UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01443279 3

# BEN HUR

POR LEWIS WALLACE

SHOUT
SHARE
IT

Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
Leslie Dewart, Esq.

BIBLIOTECA PERLA

PRIMERA SERIE

XXIX

...arrastráronlo un poco los caballos y se hizo pedazos.

LEWIS WALLACE

# BEN-HUR

## NOVELA DE LA ÉPOCA DE JESUCRISTO

*ILUSTRACIONES DE MANUEL ANGEL*

UNIVERSITY OF TORONTO

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

584383
21.5.54

PS
3134
B4S7

IMP. ZOILA ASCASIBAR Y C.ª

MARTIN DE LOS HEROS, 65.-MADRID

# BEN-HUR

"El recuerdo de los acontecimientos remotos constituye el mayor encanto de las conversaciones familiares; y si con frecuencia nos complacemos en evocar, sin hastío, los propios dulces pensamientos, ¿por qué no hemos de permitir que otros nos renueven tan agradables memorias...?"

*(Hesp.* JUAN PABLO RICHTER.)

"Mira cómo aparecen por el Oriente, caminando con rapidez y guiados por la milagrosa estrella...

.....

"Ya era de noche cuando nació el Príncipe de la Luz. Su reinado de paz sobre la tierra comienza; el viento, maravillado, se calma; las olas del mar se aquietan, murmurando gozosas la buena nueva, y las aves canoras entonan himnos de alegría."

*(La Natividad del Señor.*—MILTON.)

## CAPÍTULO PRIMERO

### EN EL DESIERTO

El Jebel Zubleh es una cordillera de más de cincuenta millas de extensión, tan angosta, que en los mapas parece la huella que dejaría una oruga deslizándose de Sur a Norte. Escalando los escarpados peñascos rojizos y blancos que la forman y mirando hacia Oriente, se pierde la vista en la inmensidad del desierto de la Arabia, de donde soplan esos vientos que tanto maldicen los viticultores de Jericó, y de los cuales los resguardan sus patios de recreo. El Eufrates ha ido amontonando arenas hasta cubrir las faldas de la cordillera y formar una especie de linde natural a las praderas de los

moabitas y a los campos occidentales de los ammonitas, territorios que, en otro tiempo, formaron también parte del desierto.

Jebel, en el idioma árabe—que se halla impreso en todo lo que existe al Sur y al Este de la Judea—, es el padre de un sinnúmero de arroyos que intersectan la carretera romana — ahora simple sendero, camino polvoriento de las peregrinaciones sirias de o a la Meca — formando surcos que el agua profundiza más y más cada día, y que, convertidos en torrentes durante la estación de las lluvias, se precipitan en el Jordán o desembocan en el mar Muerto. Atravesaba uno de ellos, el que nace al extremo del Jebel y se confunde en el lecho de Jabbock, cierto viajero que caminaba hacia las llanuras del desierto y sobre quien debemos fijar nuestra atención.

A juzgar por su aspecto, era hombre de cuarenta y cinco años, de barba gris, que debió haber sido negrísima, y que le caía hasta el pecho; de rostro broncíneo, del color del café en grano tostado, y cubría su cabeza con el *kufiych*, como todavía llaman hoy los hijos del desierto a sus turbantes. De vez en cuando alzaba sus grandes y negros ojos al cielo. Iba vestido al uso de Oriente, sin que el autor pueda dar pormenores sobre su traje, a causa de ocultarlo casi por completo a la vista de los curiosos una pequeña tienda que llevaba en su lomo un gran dromedario blanco.

No está averiguado si los pueblos occidentales, tan dados siempre a novelerías, sintieron la misma impresión de curiosidad admirativa al contemplar por primera vez un dromedario preparado para atravesar el desierto; pero hoy, al sentir el paso de una caravana, hasta los que han vivido largo tiempo entre los beduínos se vuelven y se detienen admirados a contemplarla. No consiste el encanto en el aspecto de estos rumiantes, en su caminar pesado y torpe ni en sus movimientos desprovistos de gracia; pero así como el mejor adorno del mar es un barco, estos animales constituyen el mejor adorno del desierto. El que acababa de vadear el arroyo hubiera podido reclamar con justicia el acostumbrado homenaje admirativo de los viajeros. El color de su piel, su tamaño, su andadura, su carne, no gruesa, pero musculosa; su cuello largo, delgado, encorvado como el del cisne; su hocico fino, estirado, y cuyo extremo podría aprisionarse con el brazalete de una dama; sus movimientos acompasados y firmes, todo atestiguaba su sangre siria, vieja como Ciro y absolutamente inapreciable. Llevaba la acostumbrada cabezada que le cubría la frente con franja escarlata, y guarnecían su cuello cadenas de bronce colgantes, terminadas por sendas campanillas de plata; pero no tenía riendas para el jinete ni ronzal para el conductor. La silla era un prodigio que en cualquier pueblo del Oeste hubiera hecho la fortuna del inventor. Consistía en dos cajones de madera de unos cuatro pies escasos cada uno, pendientes, como alforjas, del lomo del rumiante, y tapizados y dispuestos para que el jinete pudiera sentarse o tenderse a

dormir; cubría todo un toldo verde, largo por delante y asegurado y sujeto por fuertes correas anudadas entre sí.

De este modo, los ingeniosos orientales han contribuído a hacer confortable la travesía del asoleado desierto, la que efectúan a cada instante tanto por deber como por comercio.

Cuando el dromedario llegó al final del arroyo, había traspasado los confines de El Belka, el antiguo Ammón. Amanecía. El sol, cubierto de ligera neblina, alzaba su disco en el horizonte ante el viajero que tenía también a su frente la inmensidad del desierto, no la región de las arenas movedizas, que aun estaba lejos, sino la en que principia a ser más escasa la vegetación: la de suelo alfombrado de piedras grises y negras, intercaladas con pequeños arbustos, lánguidas acacias y mustias matas de hierba. Encinas, robles y arbustos iban quedando atrás en el umbral del desierto y como si temiesen internarse en él.

Cuando el dromedario llegó al final del arroyo, había traspasado los confines de El Belka.

La senda tocaba a su fin. El dromedario parecía más que nunca dirigido por mano firme: alargaba y apresuraba sus pasos, y con el hocico levantado hacia el horizonte respiraba el aire por las grandes ventanas de su nariz, con delicia. La litera se bamboleaba, levantándose y hundiéndose como bote a merced de las olas. Las hojas secas crujían al hollarlas el gigantesco rumiante, y de vez en cuando un aroma como de ajenjo embalsamaba el aire. Alondras vivarachas y parleras golondrinas revoloteaban en torno del viajero, y las perdices blancas huían dando extraños silbidos. Con menos frecuencia, un zorro o una hiena emprendían su galope para examinar al intruso desde respetable distancia. A la derecha se elevaban los montes Jebel, y el velo gris perla que los cubría iba

disipándose y se convertía en rojo a medida que el sol avanzaba en su carrera. Sobre sus más altos picos un águila se cernía en el espacio extendiendo sus grandes alas. Pero todo esto no causaba admiración, ni siquiera despertaba la curiosidad del viajero recostado en su tienda. Sus ojos estaban abiertos como si se recreara en interna visión. Hombre y animal parecían ser guiados.

Durante dos horas el dromedario siguió adelante, siempre al trote y sin titubear un instante, en dirección al Este, y su jinete ni cambió de posición ni volvió la vista a derecha o izquierda en todo ese tiempo. En el desierto no se miden las distancias por millas o leguas, sino por horas *(saat)* o por etapas *(manzil)*. Tres leguas y media es el *saat*, y quince o veinticinco leguas el *manzil*. En su marcha ordinaria un camello común recorre fácilmente tres leguas en una hora, y a todo escape compite con el viento ordinario. Como resultado del rápido viaje, sufrió completa transformación el paisaje. El Jebel se extendía a lo lejos semejante a una cinta azul pálida al Oeste del horizonte. Acá y allá alzábanse montículos de arcilla o de arena calcárea, que los árabes llaman *tell*, y de cuando en cuando veíanse grandes rocas de basalto, avanzadas de la montaña en los confines de la llanura inmensa, que parecía el fondo de un mar después de larga tormenta. Tampoco la atmósfera era la misma: el sol, ya muy alto, había triunfado de la niebla y caldeado el aire; parecía esforzarse por besar la frente del viajero, sembrada por el lienzo de la minúscula tienda. La tierra hallábase inundada de luz y el cielo esplendente.

Dos horas más transcurrieron sin hacer alto ni cambiar de rumbo. La vegetación había cesado por completo. La arena, tostada por el sol, parecía partirse y crujía al paso del dromedario. El Jebel hallábase ya fuera del alcance de la vista. La sombra que seguía antes al viajero y a su cabalgadura iba ya a su izquierda y era su única compañera en el camino. La conducta del jinete, que no mostraba intención alguna de suspender su marcha, hacíase cada vez más extraña.

Ninguno, conviene recordarlo, atraviesa el árido desierto por capricho; sólo las necesidades de la vida o del comercio imponen a veces la travesía, y ésta se efectúa por sendas en las que restos humanos indican el paso de anteriores análogas empresas no terminadas. El corazón del jeque más veterano palpita fuertemente cuando se halla solo en un espacio sin senderos. El hombre, pues, de quien nos ocupamos, no debía de hacer el viaje por capricho ni ser fugitivo, pues ni una vez volvió la cabeza atrás por curiosidad o miedo, sensaciones que se experimentan siempre en semejantes circunstancias; no era curioso ni temía. Cuando el hombre va solo busca con afán un compañero: el perro llega a ser su camarada; el caballo, su amigo, y no se avergüenza de prodigarles sus caricias y sus frases más tiernas. El dro-

medario no recibía tales muestras de afecto: ni una palmada, ni una sílaba.

Al mediodía en punto, el rumiante se detuvo espontáneamente, emitiendo un grito lastimoso como quien reclama algo de afecto y de descanso. El jinete, cual si despertase de profundo sueño, levantó sobresaltado las cortinas de la tienda y examinó cuidadoso el lugar donde se encontraba. Satisfecho por su inspección respiró a plenos pulmones, y movió su cabeza como diciendo: "¡Al fin!..." "¡Al fin!..." Inmediatamente cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cerviz y oró en silencio. Cumplido el piadoso deber, preparóse a desmontar. De sus labios escapóse un grito gutural repetido, familiar a los camellos: *¡Ik! ¡Ik!*, la señal para arrodillarse. El animal obedeció lentamente, gruñendo; el jinete puso sus pies sobre el delgado cuello, que le servía de estribo, y descendió a la arena.

## CAPÍTULO II

### REUNIÓN DE LOS MAGOS

El hombre, de pie a la sazón, era de admirables proporciones, no tan alto como membrudo. Desatando el cordón de seda que sujetaba el *kufiych* a su cabeza, echósele atrás y dejó al descubierto todo su rostro bronceado, de facciones enérgicas; extraña faz, de nariz aguileña, frente espaciosa, pómulos salientes, ojos abultados y brillantes, cabellos espesos, crespos, de reflejos acerados y que le caían sobre la espalda en varias trenzas, como signos de origen imposible de descifrar. Semejábase a los Faraones y a los últimos Tolomeos; parecía Mizraim, padre de la raza egipcia. Vestía el *kamis*, camisa blanca de algodón de mangas estrechas, abierta por delante, larga hasta los tobillos y bordada en el cuello y pechera. Encima llevaba una capa de lana color castaño, llamada *aba*, y entre ambas prendas una especie de chaqueta de una tela mezcla de algodón y seda guarnecida exteriormente con bordados y orlada de una franja amarilla obscura. Calzaba sandalias sujetas a las piernas por cordones flexibles de cuero y un cinturón ceñía el *kamis* a su cuerpo. Echábase de ver su valor al considerar que iba por el desierto, albergue de leones, leopardos y hombres no menos terribles que las fieras, sin llevar ninguna arma: ni siquiera el bastón con que se acostumbra a guiar a los camellos. Su mirada y continente tranquilos demostraban, pues, que era audaz en extremo, o que confiaba en alguna protección extraordinaria.

Los miembros del viajero hallábanse entumecidos por el largo viaje, y trató de volverlos a la normalidad golpeando la arena con los pies, restregándose las manos y dando cortos paseos ante el tendido dromedario, que saboreaba contento y tranquilo unos hierbajos al alcance de su hocico. De vez en cuando deteníase, examinaba el desierto, sirviéndose de su mano abierta como de pantalla, y volvía la cabeza con cierta impaciencia al no alcanzar a distinguir nada, lo cual probaba que aguardaba a alguien en aquel sitio tan lejano de todo país civilizado.

No parecía, sin embargo, dudar de su llegada. Al poco rato de comenzado su paseo dirigióse a la litera, sacó del cajón opuesto al en que había ido sentado varias piezas que, encajadas unas en otras, formaron un bastón algo más alto que él, lo plantó en tierra, rodeólo de diversas varillas *ad hoc* y cubrió todo con un paño redondo a listas blancas y rojas, armando así una tienda de campaña algo más pequeña que las habituales de los árabes. Siempre del mismo cajón sacó un tapete de forma cuadrada que extendió en el suelo de la tienda, después de limpiar éste y los alrededores. Luego, con una esponja empapada en agua que llevaba en un pequeño recipiente, lavó cuidadosamente los ojos, nariz y hocico del dromedario, que pareció agradecerle la atención, y le colgó al cuello un saco en el que había depositado varios puñados de habas, obsequio que mereció la mejor acogida por parte del rumiante. Hecho esto, volvió a mirar el horizonte en la misma forma y con igual ansiedad que las veces anteriores. Excepto un adive que atravesaba la llanura corriendo y un águila que volaba hacia el golfo de Akaba, el desierto estaba muerto, tranquilo como la bóveda celeste.

Volvióse hacia el rumiante, y en una lengua extranjera en el desierto, díjole:

—Estamos lejos de nuestra casa, ¡oh mi valiente rival del viento!; estamos lejos de nuestra casa, pero Dios está con nosotros. Tengamos paciencia.

Miró de nuevo a través de aquel océano de arena que caldeaba los rayos verticales de un globo de fuego, y exclamó:

—Vendrán. El que me ha guiado es su guía. Estaré dispuesto para recibirlos.

De su silla-tienda sacó lo necesario para una colación: platos de barro envueltos en paja para evitar su rotura durante el viaje, vino en pequeños odres de cuero, tasajo de carnero ahumado, excelente *jami* o granadas sirias, dátiles de *El Jaleb* nacidos en los *nakil* o huertos de la Arabia, queso, todo cuanto había llevado consigo para la refacción que disponía. Por último, sacó tres pequeños mantos de seda, especie de servilletas que cubren, según uso de Oriente, las rodillas de los comensales de alta clase, y por este dato se podía colegir cuántas personas aguardaba y cuál era su jerarquía.

Todo estaba ya pronto. Salió de la tienda, escudriñó el horizonte y ¡por

fin! divisó un punto negro por el Este. A su vista quedó como petrificado y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. El punto negro se acercaba y llegó a ser tan grande como una mano; luego adquirió definidas proporciones. Al poco rato distinguió un dromedario, blanco como el suyo, sobre el cual se elevaba una litera o *juda,* peculiar a los viajeros del Indostán. El egipcio cruzó los brazos sobre el pecho, y miró al cielo.

—¡Sólo Dios es grande!—dijo con los ojos llenos de lágrimas y espíritu reverente.

El extranjero acercóse, se detuvo, y pareció también como si despertara de un sueño. Contempló al dromedario arrodillado, la tienda, y el hombre que de pie ante la puerta parecía aguardarle; cruzó los brazos, bajó la cabeza y comenzó a orar en silencio. En seguida descendió de su cabalgadura, sirviéndole el cuello del rumiante de estribo, y una vez en la arena avanzó hacia el egipcio, que se adelantaba a su encuentro. Ambos se miraron fijamente un momento, se abrazaron, esto es, cada uno de ellos puso su brazo derecho sobre los hombros del otro y el izquierdo en las espaldas respectivas, colocando su barba primero al lado izquierdo y después al derecho.

—La paz sea contigo, ¡oh siervo del verdadero Dios!—dijo el extranjero.

—Y contigo, ¡oh hermano en la fe verdadera...! ¡A ti la paz y la bienvenida!—repuso fervorosamente el egipcio.

El recién llegado era hombre alto y delgado, ojos penetrantes, barba y cabellos blancos. Su cutis era de un color entre la canela y el bronce. Iba desarmado también y vestido a usanza indostánica. Cubríale la cabeza un chal que le caía sobre los hombros en pliegues pronunciados a modo de turbante. Su traje, semejante al del egipcio, sólo diferenciábase en el *aba,* más corta que la de éste y dejando ver unos calzones muy ceñidos por los tobillos. En vez de sandalias calzaba una especie de zapatillas de piel roja, terminadas en punta vuelta hacia arriba. El resto de su atavío era blanco. El aspecto de este hombre era majestuoso, arrogante, severo. Visvamitra, el principal héroe ascético de la Ilíada oriental, tuviera en él perfecta personificación. Habría podido ser tomado por un viviente saturado de la sabiduría de Brahma: una reencarnación de aquél. Sólo sus ojos daban testimonio de su condición humana. Cuando los fijó en el egipcio, se inundaron de lágrimas.

—¡Sólo Dios es grande!—exclamó al terminar la ceremonia del abrazo.

—¡Y benditos sean los que le sirven!—repuso el egipcio sorprendido de que repitiera su misma exclamación—. Pero aguardemos—añadió—, aguardemos. Nuestro compañero aparece a lo lejos.

Ambos miraban hacia el Norte, por donde se descubría ya un tercer viajero montado sobre un camello blanco, que se balanceaba al andar como una nave. Aguardaron de pie; el nuevo viajero llegó, desmontó, y se dirigió hacia ellos.

—¡Paz a ti, hermano mío!—dijo mientras abrazaba al indio.

Y el indio contestó:

—¡Hágase la voluntad de Dios...!

El último era completamente diferente de sus amigos: su complexión, menos corpulenta; su tez, blanca; cabellos rubios cubrían su diminuta cabeza

Presentóles las viandas y se sentó con ellos.

delicada y hermosa; sus ojos de azul obscuro eran muy expresivos, denotando sus miradas poderosa inteligencia, así como buena índole, sinceridad y varonil carácter Traía descubierta la cabeza, y tampoco iba armado. Bajo los pliegues de su capa blanca, que llevaba con elegancia, veíase una túnica escotada y de mangas cortas que dejaba al descubierto el cuello, los brazos y las piernas, y que ceñía al cuerpo por un cinturón ancho y airoso. Cubría sus pies con sandalias. Cincuenta años, quizás más, habían pasado por

él sin dejarle en el rostro huellas denunciadoras (a no ser cierto aspecto de seriedad y reflexión que irradiaba su semblante sin arrugas), y sin atreverse a tocar su organización física ni su salud intelectual. No es necesario decir de qué país era. Si no fué Atenas su cuna, lo habría sido de sus antepasados. Cuando se hubieron abrazado, el egipcio dijo a ambos con voz trémula:

—El espíritu me hizo llegar a mí el primero; por lo tanto, yo he sido escogido para ser el servidor de mis hermanos. La tienda está dispuesta y todo pronto para hospedaros. Dejadme ejercer mis funciones.

Tomando por la mano a sus huéspedes, los llevó consigo y les hizo sentarse; quitóles el calzado, lavóles los pies, echó agua sobre sus manos, que secaron con lienzos preparados al efecto, y terminada la ceremonia, díjoles:

—Cuidémenos nosotros mismos, hermanos míos, como nuestra misión lo exige, y comamos para restaurar las fuerzas que vamos a necesitar a fin de acabar de cumplir nuestro deber. Mientras comemos nos contaremos mutuamente quiénes somos.

Presentóles las viandas y se sentó con ellos. A un mismo tiempo sus cabezas se inclinaron, cruzaron las manos sobre los respectivos pechos y pronunciaron en alta voz esta sencilla oración:

—¡Oh, Dios, Señor y Padre de todo lo creado: tuyo es cuanto existe. Dígnate recibir nuestro agradecimiento, y bendícenos para que podamos continuar en tu gracia cumpliendo tu voluntad!

Cuando terminaron, alzaron la vista y se contemplaron uno a otro maravillados. Cada cual había hablado en un idioma que los otros no habían oído nunca hasta entonces, y todos entendieron perfectamente lo que habían dicho sus compañeros. Sus almas, invadidas de reverente emoción, comprendieron por este milagro que estaban asistidas de la Divina Presencia.

## CAPÍTULO III

### LA FE DE GASPAR

Hablando en el estilo de la época, la reunión mencionada acaeció en el mes de Diciembre del año 747 de Roma, y el invierno reinaba en toda la región oriental mediterránea. En semejante estación los que efectúan la travesía del desierto sienten redoblarse su apetito y no pueden caminar largo tiempo sin detenerse para comer. Los que se asilaban en la pequeña tienda no constituían una excepción a la regla. Estaban hambrientos y, por lo tanto, hacían honor al almuerzo. Satisfechos el apetito y la sed, hablaron:

—Nada hay tan dulce para el caminante que se halla en país extranjero como oír su nombre en boca de un amigo—dijo el egipcio, que había presidido la colación—. Nos quedan muchos días de compañerismo y es tiempo de que nos conozcamos. Si os parece bien, pues, que el último llegado sea el primero en hablar.

Entonces, despacio al principio como persona prudente, el griego comenzó así:

—Lo que tengo que deciros, hermanos míos, es tan extraño, que no sé en verdad por dónde principiar, ni hallo palabras apropiadas para el relato. Yo mismo no lo entiendo. Estoy tan seguro de que lo que hago no es más que cumplir los deseos del Señor, que vivo en constante éxtasis. Cuando pienso el resultado experimento tan intensa alegría que veo en ella la voluntad de Dios.

Hizo una pausa, imposibilitado para seguir a causa de la emoción, que sus oyentes compartían.

"En el lejano Oeste—prosiguió—hay un país que no podrá jamás ser olvidado, aunque sólo fuere por lo mucho que se le debe, ya que fué sin duda el que proporcionó a los hombres la satisfacción de sus más puros placeres. No diré nada referente a las artes, a la filosofía, a la poesía, a la elocuencia, a la guerra... ¡Hermanos míos! Su gloria brillará eternamente porque así lo dispuso Aquel a cuyo encuentro vamos. La tierra de que os hablo es Grecia. Soy Gaspar, hijo de Cleantes el ateniense.

"Mi pueblo—continuó—estaba enteramente entregado al estudio, y yo nací y me eduqué con la misma inclinación. Sucede que dos de nuestros filósofos, los más eminentes de todos, enseñan, uno la doctrina de que cada sér humano tiene un alma inmortal, y el otro la existencia de un solo Dios infinitamente justo. De entre la multitud de teorías que se disputan la supremacía en las escuelas, creí esas las únicas dignas de atención y me apliqué a comprenderlas, porque, desde luego, pensé que debía existir una relación entre Dios y el alma, tan desconocida ésta como Aquél. Por este camino filosófico la mente puede razonar hasta cierto punto que cierra infranqueable valla; llegado allí, todo lo que se puede hacer es no retroceder e invocar la divina ayuda. Así lo hice, pero en vano. Desesperado, me retiré de la ciudad y de las escuelas.

El indio sonrió aprobando.

"Al Norte de mi país, en Tesalia—el griego prosiguió diciendo—, hay una montaña famosa, supuesta morada de los dioses, donde Zeus, que mis compatriotas creen el Supremo, tiene su trono; el Olimpo es su nombre. Estalé la cima de esa montaña, encontré una caverna en lo más alto de la cordillera, hacia la parte occidental de la misma, y en ella me detuve para entregarme a mis meditaciones sin perder la esperanza de una revelación, pues

sabia que cada suspiro es una plegaria. Creyendo en un Dios invisible y todopoderoso, creí también posible que, entregando a El mi alma, se compadeciese de mí y me diese la suspirada ayuda.

—¿Y la concedió, la concedió?—interrumpió el indio levantando las manos de la cubierta de seda que tapaba sus rodillas.

—Oidme, hermanos míos—dijo el heleno, consiguiendo calmarse no sin esfuerzo—. La puerta de mi ermita daba al mar, al golfo de Salónica. Cierto día vi caer a un hombre del barco en que navegaba. Nadó hasta la orilla, lo recogí y lo cuidé. Era un judío muy versado en la historia y leyes de aquel pueblo, y por el náufrago llegué a saber que el Dios de mis plegarias existe, y ha sido por muchos años el guía y rey de los hebreos. ¿No era esto una revelación? ¡Mi fe no había quedado sin recompensa: Dios me había contestado...!

—¡Así procede El con los que se le acercan y le ruegan con verdadera fe!—exclamó el indio.

—Pero ¡ay!—añadió el egipcio—. ¡Cuán pocos hay bastante cuerdos para comprender cuándo les contesta!

—No es esto todo—continuó el griego—; el hebreo me dijo más. Me habló de los profetas antiguos que conversaron con Dios y pronosticaron su venida al mundo, dándome sus nombres; y citándome las propias palabras de los libros sagrados, me aseguró que el plazo de su venida estaba corriendo y se le esperaba en Jerusalén de un momento a otro.

—Es verdad—dijo transcurrido un momento—, es verdad que el hombre aseguróme que Dios y la revelación de que he hablado eran sólo para el pueblo judío, del cual sería Rey el que iba a venir: "¿No hará nada por el resto del mundo?"—le pregunté—. "No—fué su respuesta, dada con altivez—. No; nuestro pueblo es su pueblo predilecto." Tal respuesta no desvaneció todas mis esperanzas... ¿Por qué un Dios tan grande y tan bueno había de limitar su amor y sus beneficios a un pueblo y a una raza? Mi corazón se abrió a la verdad. Al fin me acordé del orgullo de aquel hombre y comprendí que los hebreos habían sido escogidos con acierto para servir los intereses de la Verdad, enseñándola y propagándola para que el mundo la conociese y se salvase. Cuando se hubo ido el judío y me encontré de nuevo solo, elevé desde el fondo de mi alma una nueva plegaria: que me fuera permitido ver al Rey cuando llegase, y adorarlo. Sentado una noche a la puerta de mi gruta trataba de investigar los misterios de mi existencia para acercarme así al conocimiento de Dios, cuando de repente, sobre el mar, a mis pies, o más bien entre las densas tinieblas que parecían envolverlo, vi comenzar a brillar una estrella que lentamente se fué elevando y acercándose hacia mí, hasta que colocada sobre la colina, frente a mi puerta, sus destellos hirieron de lleno mi rostro. Caí a tierra y me dormí sin poder evitarlo, y en mi ensueño pa-

recíome oír una voz que me decía: "¡Oh, Gaspar...! ¡Por tu fe has triunfado! ¡Bendito seas! Con otros dos llegados de los extremos de la tierra verás a Aquel que ha de venir, y consciente de su venida podrás atestiguarlo en cualquier momento. Levántate de madrugada y ve a buscarlos confiado en el Espíritu, que te guiará." Me levanté con la aurora, cambié mis vestidos usuales por otros de anciano, tomé el dinero que había llevado de la ciudad, hice señas a los tripulantes de un navío que pasaba cerca para que se acercaran a la costa y me embarqué para Antioquía, donde compre el camello con todo lo necesario para el viaje. Durante éste, he descansado en Emesa, Damasco, Bostra y Filadelfia; desde este último punto, me interné en el desierto. Tal es mi historia, ¡oh, hermanos míos! Ahora permitidme que escuche la vuestra.

## CAPITULO IV

### EL AMOR DE MELCHOR

MIRÁRONSE el egipcio y el indio, y a una indicación del primero, el segundo saludó y empezó así su relato:

—Nuestro hermano ha hablado bien. ¡Ojalá mis palabras sean tan discretas!

Se interrumpió, reflexionó un instante y continuó diciendo:

—Podéis llamarme Melchor, hermanos míos. Os hablo en una lengua que si no es la más antigua del mundo, es, a lo menos, la primera en que se ha escrito: me refiero al sánscrito. Soy indio por naturaleza. Mi pueblo fué el primero que se dirigió por el camino de la sabiduría, el primero que clasificó las ciencias y el primero que encontró hermoso y agradable su estudio. Suceda lo que quiera, los cuatro Vedas serán eternos como orígenes que son de la religión y de la ciencia. De ellos se derivan los Hiper-Vedas, que, como escritos por el mismo Brahma, tratan de medicina, de la guerra, de la arquitectura, de la música y de las sesenta y cuatro artes mecánicas; los Vedas-Angas, revelados por santones inspirados, que tratan de astronomía, gramática, ritos religiosos, las ceremonias del culto, los misterios y augurios; los Hiper-Angas, escritos por el sabio Vyasa y dedicados a la cosmogonía, a la cronología y a la geografía; tenemos también el *Ramayana* y el *Mahabharata*, poemas heroicos destinados a la perpetuación de nuestros dioses y semidioses. Tales son, hermanos míos, los grandes Sutras o libros sagrados de nues-

tra ley. Para mí ya no servirán de nada; pero se conservarán eternamente para glorificar el poderoso genio de mi raza. Son promesas de acabada perfección. ¿Sabéis por qué no se cumplieron tales promesas? ¡Ay! Los mismos libros nos cerraron todas las puertas del progreso. So pretexto de cuidar de nosotros, los propios autores de esas obras sentaron el fatal principio de que el hombre no debe preocuparse del estudio profundo y de las invenciones, puesto que el cielo le ha proporcionado en la tierra todo cuanto le hace falta. Cuando esta opinión se convirtió en ley, en ley sagrada, la antorcha del genio índico cayó en un pozo para no alumbrar en adelante más que muros estrechos y aguas salobres.

"No atribuyáis a orgullo estas alusiones, hermanos míos; sólo quise venir a parar en que los Sutras enseñan que existe un Dios único, llamado Brahma, y que los Puranas o Hiper-Angas nos hablan de la virtud, de las buenas obras del alma. Así, pues, con la venia de mi hermano—y el orador sonrió saludando deferentemente al griego—, haré constar que, siglos antes que en su país, las dos grandes verdades, Dios y el alma, absorbieron en su estudio todas las fuerzas intelectuales de los indios. Y permitidme añadir que Brahma, en nuestros libros sagrados, es como una Trinidad: Brahma, Visnú, Siva. Además, dícese que Brahma es el generador de nuestra raza, a la cual dividió en cuatro castas. Primero creó el mundo abajo y los cielos arriba; después preparó la tierra para morada de los espíritus terrenales. De su boca procede la casta brahmánica, la más semejante a él, la más grande, la más noble, la única encargada de enseñar los Vedas que fueron por él dictados completos, ordenadísimos y llenos de conocimientos útiles. De sus brazos proceden los Kshatuyas o guerreros; de su pecho, fuente de vida, los Vaisyas o productores: pastores, agricultores, mercaderes; de sus pies, en señal de degradación, brotaron los sudras o esclavos, destinados a la servidumbre de las otras clases: criados, siervos, jornaleros, artesanos. Sabed, además, que la ley prohibía a los hombres de una casta formar parte de alguna de las otras; y el que pretendía transgredirla era expulsado, abandonado de todos, menos de los que, como él, estaban fuera de la ley

Al llegar a este punto, el griego, herida su imaginación al considerar las consecuencias de tan dura ley, exclamó con doloroso arranque de superior interés:

—¡En esa situación, oh, hermanos míos, sí que se debe echar de menos un Dios misericordioso!...

—Sí—añadió el egipcio—. Y, sobre todo, de un Dios tan misericordioso como el nuestro.

Contrajéronse dolorosamente las cejas del indio, y cuando logró dominar su emoción, prosiguió con voz dulce:

—Yo nací brahmán. Por consiguiente, mi vida hasta el fin debía ser re-

gida por la ley, aun en los más insignificantes pormenores. Mi lactancia, el acto de proveerme de un nombre, mi primer vestido de brahmán, mi iniciación en la casta o clase a que pertenecía por mi nacimiento, fueron celebrados con lecturas sagradas y rígidas ceremonias. No podía hablar, comer, beber ni dormir sin temor de quebrantar una ley, por lo que había de ser castigada mi alma yendo a encarnar, según la gravedad de la culpa, a los distintos cielos, desde el de Indra, que es el inferior, al de Brahma, que es el superior. También podría merecer la reencarnación en el cuerpo de un gusano, de una mosca, de un pez o de un bruto. La recompensa de la estricta observancia de la ley sería premiada con la absorción de mi alma por el espíritu de Brahma, lo que, más que una nueva existencia, constituye el absoluto y eterno reposo.

El indio entregóse por un instante a sus pensamientos, y añadió luego:

—La parte de la vida de un brahmán, llamada el primer período, es su vida escolar. Cuando estuve dispuesto para ingresar en el segundo, o sea cuando estuve en condiciones de casarme y ser cabeza de familia, dudaba de todo, hasta de Brahma: era hereje. Desde la profundidad del pozo, había descubierto una luz arriba, y deseaba subir y ver todo lo que brillaba en la altura. Al fin, ¡ah, tras cuántos años de esfuerzos!, conseguí hallarme en pleno día y admiré el principio de la vida, el espíritu de la religión, el lazo entre Dios y el alma: ¡el amor!...

Las arrugadas facciones de aquel hombre resplandecieron de súbito, y juntó con fuerza sus manos. Contempláronle durante la breve pausa sus compañeros, empañándose de lágrimas los ojos del griego, y el indio continuó:

—La felicidad del amor consiste en las obras; sus testimonios, en lo que uno está deseando hacer por los demás. No podía cruzarme de brazos, pues que Brahma había llenado el mundo de infelices. Los sudras o siervos, las víctimas, me atraían. La isla Lagor está situada en las Bocas del Ganges, allá donde las sagradas aguas de este río desparecen confundidas con las del océano Índico. Allá me desterré yo mismo. A la sombra del templo construído por el sabio Kapila, uní mis plegarias a las de los discípulos que acuden al santuario a honrar la memoria de aquel bienaventurado, y pensé hallar el apetecido reposo. Mas dos veces al año llegan allá peregrinaciones indias para purificarse, bañándose en las sagradas aguas. Su miseria exacerbó mi amor a los hombres. Apreté mis labios para resistir el impulso de hablar, sabiendo que una palabra contra Brahma, la Trinidad o los Sutras me hubiera perdido, así como cualquier acto benéfico hecho en pro de los miserables desterrados a quienes se arroja en las arenas como pasto de la muerte. Hubiera sido abandonado, expulsado y rechazado como ellos por la familia, por la nación, por las leyes. ¡El amor triunfó! Prediqué a los

discípulos de Kapila en el templo, y me arrojaron de allí; prediqué a los peregrinos, y me rechazaron, a pedradas, de la isla; prediqué en los caminos, e intentaban matarme... Ni siquiera entre los expulsados hallé gracia, aun cuando fuera de la ley, por sus pecados, creían en Brahma. Entonces decidí buscar la soledad, huyendo de todos para acercarme a Dios. Seguí el curso del Ganges hasta sus fuentes en el Himalaya. Al llegar a la garganta del Husdwar, donde el río, de inmaculada pureza, lánzase por cauces limosos, oré por mi raza y me creí separado de ella para siempre. Entre montes y rocas, a través de las nieves que coronan permanentemente las altas cimas de la cordillera que parecen querer tocar las estrellas, proseguí mi camino sin rumbo fijo y llegué al Lang-Tso, lago de maravillosa hermosura dormido al pie del Tigris-Ganges y del Kailas-Parbot, gigantes que eternamente muestran cercanos al sol su cabeza blanca. Allí, en el centro de la tierra, donde el Indo, el Ganges y el Brahmaputra nacen para seguir diferente curso; donde la humanidad tuvo su primera morada, y desde donde se separaron algunos hombres para poblar el resto del mundo, dejando a Balk, la madre de las ciudades, como testimonio de tan gran acontecimiento; donde la Naturaleza, vuelta a sus primitivas condiciones, segura de su fuerza inagotable, invita al sabio y al desterrado, brindándoles descanso y soledad, en aquel edén permanecí algún tiempo solo con Dios, rogando, ayunando y esperando la muerte.

Otra vez se apagó su voz y juntó las manos en ferviente invocación.

—Una noche, paseando por las orillas del lago y hablando al callado silencio, pensé: ¿Cuándo vendrá Dios a redimir a sus criaturas? ¿No serán redimidas nunca? De repente una luz comenzó a brillar trémula sobre las aguas; pronto elevóse hasta las estrellas y se detuvo sobre mí, ofuscándome y desvaneciéndome su resplandor intenso. Mientras yacía en tierra, una voz muy dulce me dijo: "¡Por tu amor has triunfado! ¡Bendito seas, oh, hijo de la India! La redención está próxima. Con otros dos hombres llegados de los confines de la tierra, verás al Redentor y darás testimonio de su venida. Levántate con el día y ve a buscarlos confiando en el Espíritu, que te guiará." Desde ese momento la luz celeste me ilumina, conociendo por ello la presencia en mí del Espíritu. A la mañana siguiente, deshaciendo el camino, comencé a andar hacia el mundo habitado. En una hendidura del monte hallé una piedra de gran precio, la cual vendí en Hadwar. Por Lahore y Cabul y Jedz llegué a Ispahan. Allí adquirí el dromedario y le encaminé a Bagdad, sin aguardar el paso de caravana alguna. Solo y sin temor, he viajado porque el Espíritu estaba y está conmigo. ¡Qué gloria la nuestra, hermanos míos! ¡Vamos a ver al Redentor, a hablarle, a adorarlo!... Esto es lo que me ha sucedido.

## CAPÍTULO V

### LAS BUENAS OBRAS DE BALTASAR

El entusiasta griego prorrumpió en exclamaciones alegres, congratulatorias, y el egipcio, con su característica gravedad, tomó la palabra:

—Salud, hermanos míos. Habéis sufrido mucho y me regocijo de vuestro triunfo. Si tenéis la bondad de escucharme, os diré quién soy y cómo he sido llamado a tan magno acontecimiento. Dispensadme un instante.

Levantóse, salió de la tienda para echar rápida mirada a los dromedarios, y recobrando su aliento, dijo:

—El Espíritu, hermanos míos, dictó vuestras palabras—añadió—, y Él me ha permitido entenderlas. Cada uno de vosotros habló particularmente de su país, cumpliendo así un superior designio que os explicaré luego. Por lo pronto, voy a imitaros hablándoos de mi patria. Soy Baltasar, de Egipto.

Fueron estas palabras pronunciadas con voz apacible; pero había tal majestad en ella, que ambos oyentes se inclinaron ante el orador.

—Pueden atribuirse muchas glorias a mi raza—prosiguió Baltasar—, pero me contentaré con mencionar una. La Historia principió con nosotros. Hemos sido los primeros en perpetuar los acontecimientos para conservar su recuerdo. No tenemos tradiciones; pero por eso mismo, en lugar de poesías, os ofrecemos verdades. En las fachadas de los palacios, de los templos, en los obeliscos, en las losas de las tumbas, tenemos escritos los nombres de nuestros reyes y la relación de lo que hicieron, y al delicado papiro hemos confiado los secretos de nuestra religión (todos menos uno, del que hablaré después) y las doctrinas de nuestros filósofos. Más antiguos que los Vedas de Brahma o que los Hiper-Angas de Vyasa, ¡oh, Melchor!; más antiguo que los cantos de Homero o que la metafísica de Platón, ¡oh, Gaspar!; más antiguo que los libros sagrados o que los reyes de China, o que los de Sidasta, hijos del hermoso Maya o Mag; más antiguo que el Génesis de Moisés el hebreo; más antiguo que todo recuerdo humano, son las escrituras de Menes, nuestro primer rey.

Hizo una pausa, y fijando sus grandes ojos con mirada bondadosa en el griego:

—¿Quiénes fueron, ¡oh, Gaspar!, en la juventud de la Hélade, los maestros de sus maestros?—preguntó.

El griego inclinóse, sonriente.

—Por estas memorias—continuó Baltasar—sabemos que cuando nuestros primeros padres vinieron del Extremo Oriente, de la región donde nacen los tres ríos sagrados, del centro de la tierra de que nos hablaste, Melchor, vinieron trayendo consigo la historia del mundo antes del Diluvio y la del Diluvio mismo, tal como fué transmitida a los arios por los hijos de Noé, y nos enseñaron a conocer a Dios, el Creador, el Principio, y al alma, inmortal como Dios. Cuando el deber que ahora tenemos que cumplir esté felizmente cumplido, yo os enseñaré, si os dignáis venir conmigo, la biblioteca sagrada de nuestro sacerdocio; entre otros libros, el de los Muertos, donde se halla expreso el ritual que debe observar el alma en cuanto la Muerte la despacha hacia el camino del Juicio. Las ideas de Dios y del alma inmortal fueron llevadas por Mizraim al desierto y por él a las riberas del Nilo. Entonces eran fáciles y comprensibles en toda su pureza, sencillas como todo cuanto procede directamente de Dios; así lo era también el primer rito: un himno y una plegaria, propia de un alma regocijada esperando plenamente en el Creador y amándolo.

Aquí el ateniense levantó las manos al cielo, exclamando:

—¡Oh, la luz se hace para mí!...

—¡Y para mí!—dijo con igual fervor el indio.

El egipcio los miró benignamente y prosiguió:

—La religión es simplemente la ley que vincula al hombre con su Creador; en su integridad sólo tiene estos elementos: Dios, el alma y su mutuo reconocimiento, de los cuales proceden en la práctica la adoración, el amor y la recompensa. Esta ley, como todas las de origen divino, como la que, por ejemplo, rige las relaciones de la tierra con el sol, fué perfecta desde el principio por su Autor. Tal era la religión de los primeros hombres; tal era la religión de nuestro padre Mizraim, para quien no existió velo alguno que le ocultase la fórmula de la Creación, en ninguna parte tan clara y discernible como en la primitiva fe y en el prístino culto. La perfección es Dios; la sencillez es la perfección. La maldición de las maldiciones es que los hombres no mantuvieran aquellas verdades en toda su pureza e integridad.

Detúvose, como discurriendo de qué modo proseguiría, y añadió:

—Muchos pueblos han amado las apacibles aguas del Nilo: etíopes, paliputras, hebreos, asirios, persas, macedonios y romanos, todos los cuales, con excepción de los hebreos, han sido en uno u otro tiempo sus dominadores. Tal sucesión de invasiones corrompió la antigua fe de Mizraim. El valle de las palmeras convirtióse en valle de los dioses. La unidad suprema fué dividida en ocho, con cada una de las cuales se representaba un principio constitutivo de la Naturaleza, presididos por Ammon-Re. Entonces fueron inventados Isis y Osiris con su corte de representantes de fuego, el agua, el aire y otras fuerzas naturales, y hasta les tocó el turno de tener

representación a varias cualidades humanas, como la fuerza, la sabiduría, el amor y otras semejantes.

—¡Renacía la antigua locura!—gritó, sin poder contenerse, el griego—. Sólo cuando no damos forma material a las cosas, las conservamos puras.

El egipcio inclinóse, como asintiendo.

—Permitidme aún algunas palabras, hermanos míos—continuó—; algo más, antes de llegar a lo que particularmente me concierne, a fin de que hagamos una escrupulosa comparación entre lo que es y lo que ha sido. Las memorias a que me refiero dan cuenta de que Mizraim encontró el Nilo en poder de los etíopes, quienes desde allí se extendieron por todo el desierto africano, pueblo rico, genial y fantástico, entregado por completo al culto de la Naturaleza. El poético persa hacía sus sacrificios al sol, como representación la más perfecta de Ormuz, su dios; el devoto hijo del lejano Oriente esculpía la imagen de sus dioses en madera y marfil; pero el etíope, sin escritura, sin libros, sin facultades mecánicas de ninguna clase, se entregaba a la adoración de los animales, adorando en el gato sagrado al Re; en el toro, a Isis; en el escarabajo, a Pthah. Tras larga lucha contra sus groseras creencias terminó por ser adoptada como religión del nuevo imperio. Entonces se levantaron los magníficos monumentos que cubren las riberas del río y el desierto: laberintos, obeliscos, pirámides y tumbas de reyes, confundiéndose luego con las tumbas de los cocodrilos. ¡Tan profundamente envilecidos llegaron a estar, oh, hermanos míos, los hijos de los arios!...

En este punto, por la primera vez, le faltó al egipcio la calma. Aunque su semblante permanecía tranquilo, la voz lo vendía.

—No despreciéis demasiado a mis compatriotas—prosiguió diciendo—. No todos olvidaron a Dios. Hace un momento os dije, debéis recordarlo, que al papiro habíamos confiado todos los secretos de nuestra religión, menos uno; de éste os hablaré ahora. Tuvimos por rey a cierto Faraón, muy propicio a toda clase de cambios e innovaciones. Para establecer el nuevo sistema se propuso desterrar de las memorias el antiguo. Entonces vivían con nosotros, como esclavos, los hebreos. Tenían su Dios, a quien se obstinaban en rendir culto, y cuando no pudieron tolerar la persecución de que eran víctimas, se libraron de la esclavitud de un modo que nunca será olvidado. Os lo voy a contar. Uno de aquellos hebreos, Moisés, fué al palacio y demandó permiso para que se permitiera abandonar el país a todos los esclavos de su raza, millones en número. La demanda fué hecha en nombre del Señor, Dios de Israel. Faraón la negó. Oíd lo que pasó. Primero toda el agua, tanto de los lagos y ríos como de los pozos y aljibes, se convirtió en sangre. Sin embargo, el monarca continuó negando el permiso solicitado. Entonces toda la superficie de la tierra quedó cubierta de ranas. Faraón se mantuvo todavía firme Moisés, ante su presencia, arrojó al aire

un puñado de ceniza y se declaró mortífera peste en la ciudad, quedando inmunes los hebreos. Luego, todos los animales de labor, con excepción de los pertenecientes a la raza de Israel, perecieron. El Rey permaneció impasible. Sucesivamente, la langosta devoró todos los frutos de la tierra; en pleno mediodía el sol desapareció, y quedó el Imperio sumido en su más densa obscuridad, no viéndose los objetos ni aun por medio de lámparas; finalmente, todos los primogénitos de los egipcios, sin exceptuar el del mismo Faraón, murieron en una noche... El monarca cedió al fin, otorgando el solicitado permiso; pero cuando se hallaban en camino, los persiguió con el ejército para aniquilarlos. Ya alcanzaban las tropas imperiales a los fugitivos, cuando llegaron éstos al mar Rojo, cuyas aguas se separaron, abriéndoles camino para cruzarlo sin riesgo. Los perseguidores quisieron imitarlos y se precipitaron entre las aguas, que juntándose de repente sepultaron a nuestros soldados con sus carros y caballos, y hasta el mismo Faraón pereció. Hablaste de la revelación, Gaspar...

Los azules ojos del griego resplandecieron.

—Sabía la historia de los judíos—exclamó—, y tú la confirmas, ¡oh, Baltasar!

—Sí; pero por mi boca habla el Egipto, no Moisés. Interpreto los mármoles. Los sacerdotes de aquel tiempo escribieron a su modo lo que vieron, y así vivió la revelación. Así se propagó a través del tiempo el secreto de que os hablé. En mi país, hermanos míos, desde la época del referido Faraón, hemos tenido dos religiones: una privada y otra pública; una de muchos dioses, practicada por el pueblo; la otra de un solo Dios, creída sólo por el sacerdocio. Congratuláos conmigo, ¡oh, hermanos! La sucesión de tantas dominaciones, los castigos de los reyes, las calumnias, las invenciones de los enemigos, el tiempo mismo, todo ha sido inútil. Como la semilla que aguarda bajo tierra la hora de fructificar ha vivido la gloriosa Verdad, ¡y ésta, ésta es su hora!...

El decrépito cuerpo del indio estremecióse de placer inmenso, y el griego exclamó con entusiasmo:

—¡Paréceme que hasta el mismo desierto canta!...

De un arroyo que corría cercano a la tienda tomó el egipcio un sorbo de agua, y prosiguió:

—Nací príncipe y sacerdote, en Alejandría, y diéronme la educación correspondiente a mi clase. Muy pronto, empero, experimenté desilusión grande. Parte de la fe que se me quería imponer prescribía que, después de la muerte, destruído ya el cuerpo, el alma comienza a ascender progresivamente desde la más baja hasta la más alta y última existencia, fuera de la humanidad, y esto, sea cual fuere su conducta en la vida mortal. Cuando oí hablar del reino de la luz, de los persas, su Paraíso, adonde solamente van los

buenos, rebelóse mi pensamiento, y día y noche pasábame filosofando acerca de las ideas de transmigración y vida eterna en el cielo, ideas que comparaba entre sí y procuraba concordar. Si, como mi maestro me enseñó, Dios era justo, ¿por qué no hacía distinción entre los buenos y los malos? Al fin revelóse en mí la certidumbre, y a ella reduje la religión pura, de que la muerte era únicamente la separación de los malos, que habían de ser luego castigados, y los buenos premiados con una vida más noble, no consistente en la nirvana de Buda, ni en el reposo negativo de Brahma, ¡oh, Melchor!; no en la morada que promete la fe olímpica, ¡oh, Gaspar!, sino en una vida activa, alegre, feliz, eterna: ¡EN LA VIDA CON DIOS! Este descubrimiento me hizo formular otra cuestión: ¿Por qué ha de ser considerada la verdad como un secreto para consuelo egoísta de los sacerdotes? No había motivo para ello. La Filosofía nos había traído, al menos, la tolerancia. En Egipto teníamos a Roma, en vez de Ramsés. Un día en el Bruqueo, el barrio más espléndido y poblado de Alejandría, prediqué mis convicciones. El Este y el Oeste me aportaron oyentes. Estudiantes que acudían a la Biblioteca, sacerdotes, ociosos, carreristas, una multitud se detuvo a escucharme. Hablé de Dios, del alma, del bien y del mal, del cielo, premio de la virtud... Tus oyentes, Melchor, te apedrearon; los míos, sorprendidos al principio, me escarnecieron muy luego, cubrieron a mi Dios del ridículo y obscurecieron mi cielo con sus burlas. No tengo necesidad de deciros que al cabo cedí ante ellos.

El indio, al llegar a este punto, exhaló un largo suspiro y murmuró:

—El enemigo del hombre es el hombre, hermano mío.

Baltasar hizo otra pausa.

—Torturé mi mente para hallar la causa de mi fracaso—continuó, reanudando su relato el egipcio—, y al fin la hallé. Remontado el río, a una jornada de la ciudad, hay un pueblo de pastores y labradores. Tomé un bote y me dirigí allá. Al anochecer congregué a todo el pueblo, hombres y mujeres, y les prediqué la misma plática que había predicado en el Bruqueo. No se rieron. A la noche siguiente les predique de nuevo, y ellos creyeron, se regocijaron y propagaron la buena nueva por doquier; a la tercera reunión constituyóse una asociación religiosa. Por la orilla del río, bajo las estrellas, que nunca me habían parecido tan brillantes ni tan próximas, comprendí que para implantar una reforma, sobre todo de orden moral, no se debe principiar por acudir a los palacios de los magnates y los ricos, sino a las tristes moradas de los pobres y los humildes, de aquellos que encuentran siempre vacía la copa de la felicidad. Entonces concebí el plan y me propuse sacrificar a él mi vida. Como primer paso, arrendé mis extensas propiedades, a fin de ayudar con su producto a los necesitados. Desde aquel día recorrí los pueblos y las aldeas predicando la existencia de un Dios único, el deber de

la virtud y su recompensa en el cielo. Hice bien (no me corresponde a mí decir cuánto), y me considero pagado con saber que una parte del mundo está dispuesta para recibir a Aquel que ha de venir.

El rubor se extendió por las bronceadas mejillas del egipcio, quien luego continuó diciendo:

—De vez en cuando, durante los años así pasados, atormentábame el pensamiento de lo que sucedería a la empresa por mí emprendida cuando yo muriese. ¿Moriría conmigo? Había soñado muchas veces en una organización que coronase e hiciera durable mi obra. Para no ocultaros nada, os diré que hasta intenté llevarla a cabo, pero fracasé. En tal estado se halla el mundo, hermanos, que para restablecer la fe mizrámica necesita el reformador algo más que la sanción humana: no tan sólo debe venir en nombre de Dios, sino que debe acompañar las pruebas a las palabras, demostrando todo lo que diga con el mismo Dios. Tan aferrados a la imaginación se hallan los mitos; tantas falsas divinidades se coronan en la tierra, en el cielo, en el aire; tanto han dividido las cosas, que volver a la primitiva religión sólo puede lograrse por caminos ensangrentados y atravesando campos de persecución; es decir, que los convertidos deben estar dispuestos a morir antes que abjurar. ¿Y quién, en esta época, puede inculcar en los hombres, a no ser Dios, la fe hasta ese extremo? Redimir la raza no quiere decir destruirla; *redimir* la raza no puede hacerse sin que Dios se manifieste una vez más. ¡ÉL DEBE VENIR EN PERSONA!

Intensa emoción embargó a los tres viajeros.

—¿No vamos nosotros a buscarlo?—exclamó el griego.

—Ahora comprenderéis por qué fracasé en mi empresa organizadora —siguió el egipcio, tras pequeña pausa—: carecía de la sanción divina. Al comprender que mi obra iba a ser perdida, me apesadumbré en extremo. Creía en la eficacia de la oración y, con objeto de que las mías fueran lo más puras posible, me retiré del mundo habitado y busqué, como vosotros, ¡oh, hermanos míos!, consuelo en la soledad. Me dirigí, pues, adonde los hombres no estaban, adonde sólo Dios estaba. Más allá de la quinta catarata, más allá de la confluencia de los ríos, en Sinar, a la parte más desconocida del Africa, allí fuí. Por la mañana, una montaña azul como el cielo proyecta su apacible sombra sobre la parte occidental del desierto, y con sus cascadas de derretida nieve alimenta un espacioso lago al Este de su falda. El lago es el padre del gran río. Durante más de un año moré en la montaña. Los dátiles alimentaban mi cuerpo; las oraciones, mi alma. Una noche, paseándome por un huerto a la orilla del pequeño mar, exclamé: "El mundo se acaba. ¿Cuándo vendrás? ¿Por qué no puedo ver la Redención, Dios mío?" El agua cristalina reflejaba el fulgor de las estrellas. Una de ellas pareció salir del fondo del lago, brillando de un modo que me obligó

a desviar la vista. La estrella se acercó y se posó sobre mí como conducida por misteriosa mano. Caí a tierra y me tapé el rostro. Una voz ultraterrena me dijo entonces: "¡Por tus buenas obras has triunfado! ¡Bendito seas, hijo de Mizraim! .. La Redención está próxima. Con otras dos personas llegadas de los extremos del mundo verás al Salvador y darás testimonio de su llegada. Por la mañana levántate y dirígete al encuentro de tus compañeros; id juntos a la ciudad de Jerusalén, y cuando lleguéis a ella, preguntad: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque nosotros hemos visto su estrella en Oriente y somos enviados para adorarlo. Pon tu confianza en el Espíritu, que te guiará." Y la luz ha sido para mí indudable revelación y ha permanecido conmigo como inspiradora y guía. Me condujo por el río hasta Menfis; allí mi dromedario me esperaba, y en él he llegado por Suez al desierto, a través de las tierras de Ammon y Moab. Dios está con nosotros, hermanos míos.

Calló, y de repente, con prontitud inusitada, todos se levantaron, contemplándose por un momento.

—Dije que había una razón para que los tres, como inspirados, hablásemos de nuestros respectivos pueblos y de su historia—prosiguió el egipcio—. Aquel a quien vamos a encontrar era llamado el Rey de los judíos; tal título tenemos que darle para preguntar por Él. Pero ahora que nos hemos hablado y hemos oído nuestras historias, debemos considerarle como el Redentor, no sólo de los judíos, sino de todos los pueblos de la tierra. Escuchadme. El Patriarca que sobrevivió al Diluvio tenía con él tres hijos y sus familias, que fueron los que repoblaron el mundo. Desde la antigua Ariadna, el inolvidable Paraíso Terrenal, en el corazón del Asia, partieron los tres hijos de Noé en distintas direcciones. La India y el resto del Asia recibió a los hijos del primer hijo; los descendientes del menor, dirigiéndose hacia el Norte, pasaron a repoblar Europa, y los del segundo, atravesando el desierto, se internaron en Africa, avecindándose la mayoría en las riberas del Nilo.

Obedeciendo a simultáneo impulso, los tres se estrecharon las manos.

—¿Puede existir algo más divinamente dispuesto?—continuó Baltasar—. Cuando hayamos encontrado al Señor, los tres hermanos hijos de Noé y todas las generaciones que les sucedieron se arrodillarán ante Él al arrodillarnos nosotros para adorarlo. Y cuando cada uno regrese por distinto camino a su patria, el mundo habrá aprendido una nueva lección: que el cielo puede ser conquistado, no por la espada, no por los sacrificios humanos, sino por la FE, por el AMOR, por las BUENAS OBRAS.

Se produjo un silencio interrumpido por los suspiros y santificado por las lágrimas y la alegría que llenaban inefablemente sus corazones: la in-

explicable alegría de las almas que se hallasen a la orilla del río de la Vida y dimidas en la presencia de Dios.

Sus manos se separaron y los tres se lanzaron fuera de la tienda. El desierto estaba tranquilo y sereno como el cielo. El sol iba ocultándose en el horizonte. Los dromedarios dormían.

Un momento después, la tienda fué levantada y los restos de la refacción guardados en el cajón. Montaron en sus dromedarios y se pusieron en camino precedidos del egipcio. Emprendieron su marcha hacia Occidente. La noche era fría; los animales tomaron un trote largo, conservando siempre la distancia entre ellos y la línea recta con tal exactitud, que pisaban sobre las del anterior, no dejando más que una huella. Ni una sola palabra pronunciaron los jinetes.

Muy pronto apareció la luna, y como las tres blancas y silenciosas figuras avanzaban con movimientos tan iguales y ordenados, parecían, a la opalina luz del astro de la noche, espectros huyendo de odiosas sombras. De repente, frente a ellos, sobre la cumbre de una colina, fulguró una ligera llama que se convirtió en hoguera de resplandor centelleante en tanto que la contemplaban. Sus corazones palpitaron emocionados, sus almas se estremecieron, y exclamaron los tres a un tiempo y como una sola voz:

—¡La estrella, la estrella; Dios está con nosotros!

—¡La estrella! ¡La estrella! ¡Dios está con nosotros!

# CAPÍTULO VI

## EN EL PORTAL DE BELÉN

En una abertura de la muralla occidental de Jerusalén están enclavadas las "puertas de roble" llamadas el Portal de Belén. Aquel lugar es uno de los más notables de la ciudad. Mucho antes que David ocupase Sión, existía allá una ciudadela. Cuando el hijo de Isaí derribó Jebús y comenzó a edificar, la ciudadela quedó al extremo Noroeste de los nuevos muros, defendidos por una torre mucho más imponente que la antigua. Sin embargo, el campo y el portal fueron respetados, probablemente porque era difícil trasladar los caminos que allí convergen y porque aquel punto había sido convertido, de tiempo atrás, en verdadero centro de mercado. En la época de Salomón había gran tráfico por los comerciantes que iban y venían de Egipto y los ricos negociantes que acudían de Tiro y de Sidón. Cerca de tres mil años han pasado y aún existe allí algún comercio. Un viajero necesitado de un alfiler o una pistola, un pepino o un camello, una casa o un caballo, un melón o un asno, un dátil o un intérprete, se ve precisado a buscar el artículo requerido en el Portal de Belén. A veces la animación es tal, que uno considera lo que sería aquel sitio en los tiempos de Herodes el Constructor. A esa época es a la que tiene que trasladarse el lector.

Según el cómputo hebreo, el encuentro de los tres Magos, descrito en los anteriores capítulos, ocurrió en la tarde del vigésimoquinto día del décimo mes del año; es decir, el 25 de Diciembre. El año era el segundo de la olimpiada 193, o sea: el 747 de Roma, el 67 de Herodes el Grande y el 35 de su reinado, o el 4 antes de la Era Cristiana. La hora del día, según la costumbre judía, empezaba con la aparición del sol. Así, pues, para explicarnos con toda precisión, diremos que el mercado del portal, durante la primera hora del día, hallábase muy concurrido y animado. Las macizas puertas habían sido abiertas al rayar el alba. El comercio, siempre agresivo, había invadido también un callejón y un patio estrecho que, pasando bajo los muros de la gran torre, conducía al interior de la ciudad. Como Jerusalén está situado en un terreno montuoso, el aire de la mañana, en aquella ocasión, soplaba algo frío. Los rayos del sol, que prometían templar la atmósfera, se habían detenido en las almenas de la torre para provocar los arrullos y aleteos de palomas y pichones que jugueteaban presiguiéndose por los aires.

Nos conviene conocer al pueblo de la Ciudad Sagrada, tanto los habitan-

tes como los transeúntes de la misma, para comprender bien algunas de las páginas que siguen, y nos detendremos un momento en el portal para pasar revista a la escena. No puede ofrecérsenos mejor oportunidad.

A primera vista no se percibe más que una abigarrada confusión—confusión de actos, de sonidos, de colores, de cosas—, especialmente en el pasaje y en la callejuela de que queda hecha mención. El suelo, pavimentado de toscas e irregulares piedras, hace resonar los pasos; la torre, cuyos muros cubren el pasaje, rechaza los gritos y las palabras, que retumban con eco ensordecedor. Sin embargo, al poco rato de mezclarse uno con la multitud y familiarizarse con los negociantes, puede intentarse el análisis y, por consiguiente, la descripción.

Acá un asno inmóvil, atontado y amodorrado bajo el peso de las alforjas repletas de lentejas, judías, cebollas y pepinos recién cogidos en las fértiles huertas de Galilea. Cuando no estaba ocupado en servir a sus clientes, el dueño pregonaba su mercancía ensordeciendo a los transeúntes. Nada más sencillo que su traje: sandalias y un manto de hilo que le cruzaba sobre el hombro izquierdo, dejando al descubierto el derecho y ambos brazos y piernas, manto que sujetaban al cuerpo con un cinturón de cuero. No lejos, más imponente y grotesco, pero no tan inmóvil y paciente como el asno, un camello huesoso, gris y rudo, con grandes cerdas rojas bajo la boca; en el cuello y en el cuerpo hallábase cargado de cestos y vasijas cuidadosamente acomodados sobre una enorme albarda. El dueño, egipcio pequeño y delgado, de tez que había tomado el color del polvo y arenas del desierto, llevaba un apretado *tarbush* y una blusa suelta, sin mangas ni cintura, que le caía desde el cuelo a las rodillas. Sus pies estaban desnudos. El camello, inquieto por la carga, gruñía enseñando los dientes, pero el hombre iba tranquilamente de un lado a otro, sujetando con la mano las bridas y pregonando su mercancía. Frutos frescos de los huertos de Cedrón; uvas, dátiles, higos, granadas y manzanas.

A un lado, allá donde la calle desembocaba en el pasadizo o patio, algunas mujeres, sentadas afirmando la espalda en las grandes piedras del muro, vestidas a la usanza de las ínfimas clases sociales, con túnicas largas sujetas por un cinturón y velo que cubría sus cabezas y les caía hasta más abajo de los hombros, tenían ante sí multitud de vasijas de barro como las que todavía se usan en Oriente para el acarreo del agua. Entre esas vasijas y algunos pellejos de cuero, jugaban sin cuidarse de la multitud ni del frío media docena de chiquillos casi desnudos, de cutis bronceado, ojos obscuros grandes y brillantes, y sueltos y abundantes cabellos negros, atestiguadores de su origen israelita. De vez en cuando las madres, descubriendo el rostro, voceaban su mercancía: uvas como la miel y bebidas espirituosas. Sus gritos se perdían comúnmente entre el estrépito general; de modo que no era mucha su ganancia, a pesar de

la grandísima concurrencia y a causa de los muchos competidores: hombres desnudos de pie y pierna, membrudos, cubiertos con sucias túnicas, que iban de un lado a otro con sus alforjas al hombro y sus largas barbas crespas, gritando a grito herido: "¡Vino dulce! ¡Vino como la miel! ¡Exquisitas uvas de Engedy!" Cuando un cliente detiene a alguno de estos vendedores ambulantes, saca una botella y, dirigiendo el pulgar hacia la boca como si fuese a beber una copa, enseña el rojo licor, encareciendo su excelencia.

Los vendedores de pájaros meten poco menos ruido: palomas, ánades, muchas veces jilgueros o ruiseñores, pero con más frecuencia pichones; y los compradores, al recibirlos, no piensan en la peligrosa vida de los cazadores que, para abastecer de aves el mercado, se arriesgan entre rocas escarpadas suspendiéndose de pies y manos al borde de precipicios profundos, y cargados con sus cestos escudriñan las grietas de las montañas.

Mezclados entre éstos, con túnica azul y blancos turbantes, van los buhoneros: joyeros conscientes de la fascinación que produce a las gentes la vista de un cinturón de oro, un brazalete, un collar o un anillo para el dedo o para la nariz; los vendedores de utensilios domésticos y los de objetos de lujo y tocador, quienes se fatigan con sus mercancías yendo de una parte para otra, ofreciéndolas a gritos. También son dignos de notarse los vendedores de animales: asnos, caballos, zorras, ovejas, cabras y escuálidos camellos, animales de todas clases, con excepción de los cerdos, prohibidos por las leyes hebreas. Todo por todas partes, no aisladamente, sino con gran frecuencia; no en un punto determinado, sino por el mercado entero.

Y ahora el lector debe fijarse en los visitantes y compradores, fuera del portal, donde el espectáculo es tan variado como animadísimo y curioso. Y en verdad que debe ser así, por cuanto allá se establecen tiendas, barracas, y se mueve con mayor espacio inmensa multitud de todas castas y clases, celebrando alegremente el brillo y el calor del sol naciente.

## CAPÍTULO VII

### TIPOS CARACTERÍSTICOS DEL PORTAL DE BELÉN

Detengámonos un instante fuera de la incesante marea, aguzando ojos y oídos.

¡A buen tiempo! Precisamente llegan dos hombres dignos de atención.

—¡Dioses! ¡Vaya un frío!—dice uno de ellos, cubierto con soberbia armadura el cuerpo y con yelmo de bronce la cabeza. La coraza que defiende

su pecho refleja y refracta los rayos solares—. ¡Qué frío hace! ¿Recuerdas, Cayo mío, aquel subterráneo del Comicio, que aseguran es la entrada del infierno? ¡Por Plutón! ¡Lástima que no pueda trasladarme allí esta mañana, para permanecer, a lo menos, hasta entrar en calor!

Su compañero baja un tanto el embozo de su capote militar, y contesta con gesto y sonrisa irónicos:

—Los yelmos de las legiones que vencieron a Marco Antonio estaban cubiertos aún de nieve de las Galias. Pero tú, ¡oh, mi pobre amigo!, tú, recién llegado de Egipto, traes en tu sangre el estío.

Y con la última palabra desaparecieron, internándose en la ciudad.

Aunque hubieran permanecido silenciosos, por su pesado paso y su armadura los hubiéramos reconocido como soldados romanos.

Llega luego cerca de nuestro punto de observación un judío bajo y delgado, corvo de espaldas, larga y desgreñada cabellera que sombrea sus hombros, ojos y rostro. Viste túnica roja; va solo. Los que le ven se ríen, si no hacen algo peor. Es un *nazarita,* uno de los de la despreciable secta que rechaza los libros de Moisés; se dedica a los ritos y no se corta el cabello durante los votos. Mientras esa abominable figura pasa de largo, opérase repentinamente una conmoción en la multitud, abriendo calle con exclamaciones rudas y resueltas a otro individuo cuyo aspecto y traje demuestran que es hebreo. Su manto blanco, sujeto al cuello con cordones de seda amarilla, le cae suelto y airoso de los hombros. Su túnica, ricamente bordada, ciñese al cuerpo por cinturón rojo con franjas de oro que da varias vueltas a su cintura. De fisonomía apacible, sonríe aun a los mismos que más bruscamente huyen de él. ¿Se trata de un leproso? No; es simplemente un samaritano. A cualquiera de aquellos a quienes hubiésemos preguntado nos hubiera dicho que se trataba de un mestizo—un sirio—, cuyo solo contacto mancha y de quien un verdadero israelista no recibe nada, ni aun la vida. En realidad no es un odio de sangre el que los divide. Cuando David estableció su trono en Monte Sión, con la sola ayuda de Judá, las diez tribus tenían su asiento principal en Siquem, ciudad mucho más antigua y en aquel tiempo infinitamente más rica en sagrados recuerdos. La final unión de las tribus no cortó las disputas promovidas. Los samaritanos se adhirieron a su tabernáculo de Genzim, y sosteniendo su superior santidad, burlábanse de los airados doctores de Jerusalén. El tiempo no apaciguó sus odios. Bajo el reinado de Herodes la conversión a la fe fué asequible a todas las naciones del mundo, excluyendo a los samaritanos. Sólo éstos hallábanse para siempre fuera de la comunión de los judíos.

Cuando el samaritano pasaba bajo el arco del portal salían por él tres hombres muy diferentes de los que hasta ahora hemos visto. De estatura y corpulencia extraordinaria, ojos azules y tez blanca y fina, que dejaba trans-

parentar sus azuladas venas, cabellos castaños claros y cortos, cabeza redonda y pequeña que descansaba firme sobre robusto cuello, y envueltos sus cuerpos en amplias túnicas de lana abiertas por el pecho y sin mangas, al descubierto brazos y piernas fornidas y musculosas; de modales desenvueltos e insolentes, atraíanse las miradas de la multitud, que les abría paso y los admiraba. Eran gladiadores: luchadores, corredores, esgrimistas desconocidos en Judea antes de la dominación romana, y que, fuera del tiempo destinado al cotidiano ejercicio muscular, permanecían en compañía de los guardias a la puerta del palacio, viviendo muchos de ellos en Cesárea o Jericó, en donde Herodes, más griego que judío y con toda la pasión de un romano por los juegos y espectáculos circenses, había hecho construir circos y escuelas de esgrima como las existentes en las provincias galas y en las tribus eslavas del Danubio.

—¡Por Baco!—dice uno de ellos, alzando el puño hasta sus hombros—. Los cráneos no son más recios que cáscaras de huevo.

El gesto brutal y la mirada que acompaña a estas palabras nos disgustan sobremanera, y volvemos los ojos a otro lado, donde vemos cosa más agradable: una tienda de frutas.

El vendedor es calvo, de cara larga, con nariz como pico de halcón, sentado sobre una alfombra vieja, de espaldas a la muralla; sobre su cabeza, un toldo extendido sujeto a unas estacas, y en torno suyo, al alcance de su mano, en pequeños estantes, vasijas llenas de higos, granadas, uvas, manzanas y almendras. Acércase a él un hombre que nos atrae por distinta razón de la que nos hizo mirar a los gladiadores: es realmente hermoso, un hermoso griego. Sujeta sus cabellos a las sienes con una corona de mirto que conserva aún adheridas algunas pálidas flores bayas medio maduras. Su túnica escarlata es de riquísima lana; su cinturón de cuero de búfalo, abrochado con hebilla de oro bruñido, da varias vueltas por bajo del que le sujeta la cintura, llegándole hasta cerca de las rodillas; una cinta, también de lana, blanca y amarilla, rodea su cuello; sus brazos y piernas desnudos, blancos como el marfil, denuncian el uso continuo de baños, óleos, cepillos y pinzas.

El vendedor, sin moverse de su asiento, inclina algo el cuerpo hacia adelante y presenta las manos extendidas con las palmas hacia abajo.

—¿Qué tienes esta mañana, hijo de Pafos?—dijo el joven griego mirando a los cajones más que al chipriota—. Estoy hambriento. ¿Qué tienes para almorzar?

—Frutas del Podio legítimas, como las que acostumbran a comer los cantores de Antioquía por las mañanas para conservar la voz—contestó el vendedor con voz nasal y lastimera.

—Un higo, y no de los mejores, me importan tus cantantes de Antioquía—exclamó el griego—. Eres un adorador de Afrodita, como lo soy yo;

pues bien, como es de mirto esta corona, te aseguro que sus voces son frías como el viento del Caspio. ¿Ves esta guirnalda? Pues es un regalo de la gran Salomé.

—¡La hermana del Rey!—dijo el chipriota haciendo una reverencia.

—Y de gustos regios y divino criterio. ¿Por qué no? Es más griega que el Rey... ¡Mi almuerzo! Ahí tienes el dinero, cobre rojizo de Chipre. Dame uvas, y...

—¿No quieres dátiles también?

—No soy árabe.

—¿Tampoco higos?

—No; ¿me tomas por judío? No. Nada más que uvas. No hay líquidos que se mezclen más dulcemente que la sangre del griego y la sangre de la uva.

Difícilmente puede olvidarse la figura del cantor, comiendo y ensuciando sus vestidos en el mercado, a pesar de sus humos cortesanos; pero otro personaje, no menos digno de atención, lo sigue, y abandonamos al griego para examinarlo. Adelanta lentamente, con la cabeza baja, y se detiene con frecuencia, alzando los ojos al cielo como si orase. Sólo en Jerusalén pueden verse tipos semejantes. Suspendidas de la cinta que le sujeta el manto, cuélganle por delante una bolsa de piel cuadrada y otra semejante del brazo izquierdo. Los bordes de su túnica están adornados de ancha franja. Por tales indicaciones, sus apariencias, traje y el olor de santidad que pretende difundir en torno suyo, se comprende que es un fariseo, sociedad organizada, secta religiosa y partido político a la vez, cuya santurronería, hipocresía y poder habían de traer la desgracia al mundo.

La multitud se va condensando hacia la parte exterior del portal. Dejando al fariseo, atrae nuestra atención un grupo de sujetos dignos de estudio considerados aisladamente. Delante del grupo va un caballero elegante, atildado, saturado de perfumes exquisitos, de tez clara y delicada, ojos negros y brillantes, barba negra y espesa, larga. Lleva un bastón en la mano, y en el pecho, suspendido del cuello por medio de un cordón, un gran sello de oro. Los que van tras él deben ser criados, aunque muchos llevan espada al cinto, a juzgar por el respeto con que le dirigen la palabra de vez en cuando. Tras ellos dos árabes delgadísimos, de semblante bronceado, mejillas hundidas, miradas malignas, con rojos turbantes en la cabeza, y capotas de lana sobre sus *abas*, completan la comitiva. El caballero se digna responder alguna vez a los miembros de su cabalgata, que le hablan como a un príncipe. Al ver al chipriota se dirige a él directamente y le compra higos. Si cuando desaparece, internándose por el portal, alguien interroga al mercader de frutas, he aquí la respuesta, mezclada con grandes reverencias: "El extranjero es un judío, uno de los príncipes de la ciudad, que ha viajado

mucho y ha aprendido a apreciar la diferencia que existe entre el vino de Siria y el de Chipre.

Así, sucesivamente, hasta el mediodía, y a veces más tarde, el Portal de Belén presenta animadísimo aspecto, siendo centro muy importante de contrataciones, compraventas y negocios de toda clase, que atraen al mercado a todas las tribus de Israel, a todas las sectas en que se había subdividido la primitiva fe, a todas las clases sociales, desde la más alta a la más baja, y a todos los pueblos del Mediterráneo; lo mismo a los aventureros que vivían de las prodigalidades de Herodes, que a los pueblos orientales, predilectos en algún tiempo de los Césares.

En breves palabras, Jerusalén, rica en historia sagrada, más rica aún en sagradas profecías, la Jerusalén de Salomón, en que abundaba la plata como las piedras y los cedros como sicomoros silvestres, no era ya sino un remedo de Roma, centro de prácticas profanas, sede del poder pagano. Un rey hebreo vistióse cierto día hábitos sacerdotales y llegóse ante el ara del primer templo que encontró a ofrecer incienso; salió de allí convertido en leproso. Pero en los tiempos a que nos referimos en este capítulo, Pompeyo había entrado en el templo de Herodes hasta el *sancta sanctorum*, y salió sin daño, no habiendo encontrado ni el menor vestigio de Dios allí.

## CAPÍTULO VIII

### JOSÉ Y MARÍA CAMINANDO A BELÉN

Ahora volvamos al patio o pasaje que hemos descrito como parte del mercado del Portal de Belén. Era la tercera hora del día, y mucha gente se había ya retirado; sin embargo, quedaba bastante para que no se notase desanimación. Entre los recién llegados había un grupo que merece nuestra atención. Componíase de un hombre, una mujer y un asno.

El hombre, de pie al lado del animal, cuyas riendas de cuero tenía asidas, apoyábase en un bastón que parecía escogido para el doble uso de acicate y sostén. Su traje era igual al de todos los judíos que se hallaban próximos, pero parecía más nuevo. El manto lo cubría desde la cabeza, y la túnica era probablemente la que acostumbraba a llevar a la sinagoga los sábados. Podría contar unos cincuenta años de edad, y agrisaban su barba negrísima algunas canas. Miraba en torno suyo con la semicuriosidad y semidesconfianza del forastero y provinciano.

El asno pacía tranquilamente una mata de hierba, de la que brotaba abundante por el mercado. Tranquilo en su somnolencia, el animal no admitía que se le inquietase y no se curaba del bullicio y de la multitud, ni se acordaba de la mujer sentada sobre sus lomos en mullido sillón. Un vestido de lana obscuro cubría completamente su cuerpo, y un velo blanco adornaba su cuello y cabeza, velo que retiraba alguna vez un tanto de la cara para mirar y oír algo, pero sin dejar apenas ver las facciones.

Un hombre se acercó al grupo y preguntó:

—¿No eres José de Nazaret?

El interrogante estaba muy próximo al preguntado.

—Así me llaman—respondió José volviéndose gravemente hacia su interlocutor—. ¿Y tú...? ¡Ah!—añadió reconociéndolo—. ¡La paz sea contigo, amigo mío, rabí Samuel...!

—Lo mismo te deseo.

El rabí se interrumpió para mirar a la mujer, y añadió:

—¡Paz a ti, a tu casa y a los tuyos!

Dicho esto se llevó una mano al pecho e inclinó su cabeza para saludar a la mujer, la cual, para verlo, y por un instante, suficiente para dejar ver un rostro infantil y candoroso, habíase apartado el velo de la cara. Al mismo tiempo, José y el rabí juntaron sus diestras, llevándolas alternativamente hacia sus labios respectivos como para besarlas; pero las soltaron en seguida y se besó cada uno las suyas, tocando después sus propias frentes con las palmas.

—Hay tan poco polvo en vuestros trajes—dijo familiarmente el rabí—, que infiero que habéis pasado esta noche en la ciudad de nuestros padres.

—No—contestó José—; pero como no podíamos pasar de Betania antes que anocheciese, nos detuvimos allí en el jan y reanudamos el camino al romper el día.

—Entonces el viaje que tenéis que hacer es todavía largo. Sin duda no terminará aquí.

—Terminará en Belén.

La fisonomía del rabí, hasta entonces franca y amistosa, se tornó recelosa y siniestra. Emitió una especie de gruñido y tosió como acostumbraba.

—Sí, sí, ya sé—dijo—. Habéis nacido en Belén y allá os dirigís tú y tu hija para empadronaros, según lo dispuesto por César. Los hijos de Jacob están hoy como las tribus estaban en Egipto. Solamente que no hay entre ellos ni un Moisés ni un Josué. ¡Cómo cambian los tiempos...!

José, sin moverse, respondió flemáticamente:

—Esta mujer no es mi hija.

Pero el rabí, preocupado por la cuestión política, no paró mientes en la observación, y siguió:

—¿Qué hacen en Galilea los exaltados?

—Soy carpintero y Nazaret una aldea—exclamó José prudentemente—; la calle donde está mi taller no es camino de ninguna ciudad. Cepillando madera y aserrando tablones, no tengo tiempo para ocuparme de las discusiones de los partidos.

—¡Pero eres judío!—prorrumpió con calor el rabí—. ¡Y judío de la casa de David! No es posible, pues, que te conformes con pagar otro impuesto que no sea el ciclo, dado por antigua costumbre a Jehová.

José se mantuvo impasible.

—No me quejo—continuó su amigo—del aumento del tributo. Un denario es una bagatela. Pero la imposición constituye una ofensa. Y sobre todo, ¿qué significa el pagarla más que someterse a la tiranía? Dime, ¿es cierto que Judas pretende ser el Mesías? Tú vives en medio de ellos.

—He oído decir a sus compañeros que él era el Mesías.

A este punto la mujer se levantó el velo, y por un instante su rostro quedó al descubierto.

Los ojos del rabí volviéronse hacia ella y contemplaron una cara de extraordinaria belleza, que realzaba aún más su bondadosa y dulcísima mirada; celoso tantas gracias. El político olvidó su tema.

pero un leve rubor coloreó súbitamente sus mejillas. y el velo volvió a ocultar

—Tu hija es bella—dijo en voz baja.

—No es mi hija—repitió José.

La curiosidad del rabí despertóse. A su muda interrogación, el nazareno repuso:

—Es hija de Joaquín y de Ana, de Belén, de los cuales has debido de oír hablar, dada su gran reputación.

—Sí—contestó con deferencia el rabí—, los conozco. Descienden en línea recta de David; me consta.

—Han muerto—prosiguió José—. Murieron en Nazaret. Joaquín no era rico; sin embargo, dejó una casa y un huerto para dividirse entre sus hijas Mariana y María. Esta es una de ellas, y a fin de salvar su parte, la ley la obligó a casarse con un pariente. Ahora es mi esposa.

—Y tú eres...

—Su tío.

—¡Ya, ya! Y como habéis nacido en Belén, el romano te obliga a llevarla allí contigo para ser también empadronada.

El rabí hizo sonar sus dedos apretándose las manos, y miró indignado al cielo, exclamando:

—¡El Dios de Israel vive todavía! ¡La venganza está en su mano!

Diciendo esto, volvió la espalda y desapareció muy agitado. Un forastero que, hallándose muy cerca, observó la extrañeza de José, dijo tranquilamente:

—El rabí Samuel es muy entusiasta. El mismo Judas no es más exaltado.

José, no queriendo hablar con el hombre, aparentó no oirlo y se puso a hacinar la hierba desparramada por el asno. Después se apoyó en su bastón y esperó.

A este punto la mujer se levantó el velo y por un instante su rostro quedó al descubierto.

Transcurrida otra hora, la comitiva traspasó el portal, y torciendo a la izquierda tomó el camino de Belén. La pendiente del valle Hinnom era muy quebrantada, y abundaban en ambos lados los olivos silvestres, cuyas ramas se cruzaban a veces. Cuidadosamente, con ternura, el nazareno, que caminaba al lado de su esposa con las riendas del asno en la mano, impedía que la molestasen o que rozaran su vestido, apartando el ramaje. A su izquierda se

extendían por el Sudeste las murallas rojizas de la ciudad, bordeando Monte Sión o Ciudad de David, y a la derecha las erguidas colinas que forman el confín occidental del valle.

Lentamente pasaron la Laguna inferior del Hibrón, que el sol manchaba con la sombra de los collados; siguieron despacio paralelamente al acueducto de las Lagunas de Salomón, hasta una rústica vivienda situada en lo que hoy se llama Collado del Mal Consejo, y de allí empezaron a subir hacia la llanura de Rephaim. El sol les daba de frente, y María, la hija de Joaquín, apartó por completo el velo y descubrió su cabeza. José le contaba la historia de los Filisteos sorprendidos allí mismo por David y derrotados en aquel campo. Era monótono para contar: hablaba con tono solemne y con ademanes inexpresivos. Su esposa no siempre le atendía.

Dondequiera que se encuentran hombres, en los caminos de la tierra o en los barcos en el mar, se reconoce a un judío. El tipo físico de la raza ha sido siempre el mismo, aunque haya algunas diferencias en los individuos. La tradición, a falta de una historia documentada, nos pinta a todos los principales hombres de Israel con hermoso aspecto, cabellos y barba castaños cuando se hallan a la sombra y rubios dorados al sol.

Por la tradición tendremos que guiarnos para describir a la mujer que ahora camina con su esposo hacia la ciudad del santo Rey.

No tenía más que quince años. Su figura, su voz y sus ademanes, demostraban que se hallaba en ese período de transición que se llama adolescencia; su rostro era perfectamente oval y su tez más pálida que blanca. Su nariz era perfecta; sus labios, ligeramente entreabiertos, gruesos y rojos, daban a las líneas de su boca calor, ternura y firmeza; sus ojos, muy azules y rasgados, adornábanse con largas y sedosas pestañas y bien arqueadas y pobladas cejas; y en armonía con todo ese conjunto de bellezas, un torrente de cabellos rubios, que, según la costumbre de las hebreas recién casadas, caíale suelto por la espalda hasta el sillón en que se sentaba. La garganta y el cuello eran mórbidos, lanuginosos, como alguna vez ocurre en el cutis femenino cual para hacer dudar a los artistas si es un efecto de línea o de colorido. A esos encantos deben añadirse otros más indefinibles, como un aire de pureza que sólo del alma puede impartir y una abstracción natural a los que se entregan a pensamientos etéreos. A veces, con imperceptible aleteo de los labios, levantaba sus ojos al cielo, no más límpido y azul que sus pupilas; otras veces cruzaba las manos sobre su pecho como en adoración o plegaria, y frecuentemente enderazaba la cabeza como si escuchase ansiosamente una voz misteriosa. De cuando en cuando, interrumpiendo su largo relato, José se volvía a contemplarla, y admirando su rostro radiante de esplendor olvidaba su tema, bajaba la cabeza maravillado, y proseguía en silencio.

Así acabaron de atravesar la llanura y llegaron al Lago Elías, desde el cual, a través de un valle, descubrieron a Belén, la vieja ciudad natal, con sus murallas blancas sombreadas por la montaña y rodeadas de preciosos huertos. Descansaron un instante, y José señaló a su esposa con el dedo los lugares sagrados; luego bajaron al valle y se dirigieron al pozo que perpetuaba uno de los más grandes hechos de armas de David; encontraron el reducido espacio lleno de gente y de animales. José, temiendo que no hallase albergue en la ciudad para María, al ver la multitud que acudía a Belén, apresuró el paso y se dirigió a la población directamente, sin detenerse hasta la puerta del jan, que en aquel tiempo se hallaba a extramuros.

## CAPÍTULO IX

### LA GRUTA DE BELÉN

Para entender perfectamente lo que sucedió al nazareno en el jan, el lector debe recordar que los albergues o posadas orientales son diferentes de las del Oeste. Llamados jan por los persas, constituían una especie de refugio gratuito, espacios cerrados por tapias, comúnmente sin edificación de habitaciones, sin techo y hasta sin puerta de entrada, pero emplazados en sitios donde pudiera haber sombra y hubiese agua. En uno de ellos descansó Jacob cuando fué a buscar esposa en Fadam-Aram. En el día pueden verse algunos en los oasis del desierto. Varios, principalmente los que se encontraban en los caminos entre grandes ciudades como Jerusalén y Alejandría, eran establecimientos suntuosos, monumentos que proclamaban la piedad de os reyes que los habían costeado. Por lo común, sin embargo, sólo era la casa o propiedad de un jeque o patriarca, para albergar a la correspondiente tribu. Dar posada al viajero era el último de sus usos en tal caso. Eran mercados, factorías y hasta fortalezas, lugares de reunión para mercaderes y artesanos, tanto como refugio nocturno de los viajeros. En derredor de sus muros se hacían diariamente tantas transacciones como en una ciudad.

La organización de estas hosterías era lo más inexplicable y sorprendente para un europeo. No existía posadero o posadera, ni mozos, cocineros ni cocina, ni se veía un guardián o portero a la entrada ni en parte alguna del jan. Los forasteros entraban y permanecían allí lo que querían sin dar cuenta a nadie; pero, naturalmente, necesitaban llevarse consigo alimentos y utensilios de cocina, a menos que no los comprasen a los vendedores de

alrededor. Lo mismo sucedía respecto al lecho y al pienso de los animales. Agua, albergue, reposo y proteccion era cuanto podía exigirse del propietario, y esto era gratuito. La paz de la sinagoga era a veces turbada por los gritos de los contendientes que disputaban, pero la del jan nunca. Estos lugares eran sagrados: no lo era más un manantial o una cisterna.

El de Belén, ante el cual se detuvieron José y su esposa, era un buen modelo en su clase, ni muy primitivo ni muy suntuoso, y de construcción genuinamente oriental; es decir, cuadrangular, de piedras toscas, de un solo piso, de techo plano, sin ventanas al exterior y con una sola entrada, un portón a un lado. El camino pasaba tan próximo a la puerta, que el polvo de la carretera había cubierto a medias el dintel. Un vallado de piedra que se extendía de Nordeste a Oeste, formando un recinto irregular al indicado ángulo de la construcción principal, constituía lo más esencial para un jan de importancia: seguro corral para los animales.

En una aldea como Belén; como sólo había un jeque, no existía más que un jan; y aunque nacido en ella, el nazareno, con largo tiempo de residencia en otro lugar, no aspiraba a hospedarse en el pueblo. Por otra parte, el empadronamiento que motivaba su viaje podía detenerle semanas o meses, pues los delegados romanos en las provincias eran proverbialmente holgazanes, y resultaba gran molestia para parientes y relaciones la de alojarlo a él y a su esposa por un período tan incierto; consideraciones que le habían hecho, por delicadeza, rechazar terminantemente tal idea. Por eso, antes de acercarse al edificio, mientras subía por la vertiente vigilando el paso del asno por los sitios más difíciles para evitar todo riesgo, el temor de no poder hallar albergue en el jan le asaltaba, y fué, poco a poco, convirtiéndose en dolorosa ansiedad, al ver la multitud de personas que se dirigían al mismo punto con gran algazara y conduciendo abundantes animales; el camino estaba invadido, y al acercarse vió con honda pena que la puerta rebosaba de gente, y que el recinto contiguo, a pesar de su extensión, hallábase ya completamente lleno.

—¡No podemos llegar hasta la puerta!—exclamó José con su calma habitual—. Quedémonos aquí y sepamos, si es posible, lo que ha sucedido.

La esposa, sin contestar, echóse atrás el velo tranquilamente. Las señales de cansancio que al principio mostró su rostro cambiaron en breve, reflejando sus miradas vivo interés. Hallábase en la edad en que una multitud tan compacta y heterogénea no puede ser otra cosa que objeto de curiosidad, aun cuando tales tropeles suelen contemplarse bastantes veces ante los janes comunes a los grandes caminos que recorren las numerosas caravanas. Hombres a pie, que corrían de un lado para otro, hablando a gritos estridentes en todos los dialectos de la Siria; hombres a caballo, voceando; jinetes en camellos; pastores que se esforzaban en apaciguar a los bueyes insubordina-

dos y a las atemorizadas ovejas; vendedores de pan y vino; y, entre el tropel, una multitud de chiquillos que parecían querer cazar a una turba de perros. Todos los cuerpos y todas las cosas parecían moverse a un mismo tiempo. Probablemente la hermosa espectadora estaba demasiado fatigada para contemplar por mucho rato aquella escena, pues al momento suspiró, acomodóse en el sillón, y, como si hubiera llegado la hora del reposo o como si esperase algo, dirigió su vista al Sur y hacia las cimas del monte del Paraíso, que teñía de rosáceas tintas el sol poniente. Mientras se entregaba a su contemplación, un hombre acercóse al asno y examinó con curiosidad el grupo. El nazareno le preguntó:

—Pues soy, como tú pareces ser, hijo de Judá, ¿querrías decirme la causa de esta confusión?

El desconocido se volvió con altanería; pero al ver el aspecto solemne de José, cautivado por su voz y sus maneras, levantó la mano como semisaludo y contestó:

—¡La paz sea contigo, rabí! Soy hijo de Judá, en efecto, y te contestaré. Resido en Beth Dagon, que, como sabes, está situado en las tierras distribuídas a la tribu de Dan.

—En el camino de Jaffa a Modin.

—¡Ah! ¿Has estado en Beth Dagon?—y su semblante suavizóse aún más—. ¡Qué amigos de viajar somos los descendientes de Judá! Hace muchos años que falto de mi pueblo, del viejo Ephrath, como le llamaba nuestro padre Jacob, y ahora regreso obligado por el edicto que ordena el empadronamiento de todos los judíos en el lugar de su nacimiento. He aquí el motivo de mi viaje, rabí.

José contestó impasiblemente:

—A eso vengo yo también con mi esposa.

El hombre dirigió una mirada a María y calló. Ella miraba la desnuda cima del Gedor. El sol bañaba su rostro e iluminaba la profundidad violeta de sus ojos, mientras sus entreabiertos labios se estremecían como el cáliz de una flor al beso delicado del aura. Toda la humanidad de su belleza parecía purificada; estaba como nos imaginamos que han de estar los que esperan ante la cerrada puerta del cielo, aguardando el turno para henchir su espíritu de aquella imagen que, siglos después, fué una visión que inmortalizó el genio del divino Rafael.

—¿De qué estaba yo hablando? ¡Ah! Recuerdo. Iba a decir que cuando oí la orden de venir acá, me encolericé. Luego pensé en la antigua colina, en la ciudad, en el valle de las profundidades del Cedrón, en los viñedos y vergeles, en los campos, fructíferos desde los días de Booz y Ruth, en las montañas conocidas: aquí el Gedor; Gibar algo más allá; la Laguna Elías allí; y perdoné a los tiranos por la satisfacción de volver a ver aquellos

montes que, cuando yo era niño, creía los confines de la tierra. Y me puse en camino con Raquel y con Deborah y Micol, nuestras rosas de Sabrón.

El hombre se detuvo de nuevo, contemplando a María, que a la sazón lo escuchaba y miraba, y dijo:

—Rabí, ¿no querría tu esposa ser compañera de la mía? La puedes ver allá en el ángulo del camino, con las hijas, bajo un olivo. Te aseguro—y se volvió hacia José para convencerlo—que el jan está lleno; es inútil que preguntes a la puerta.

El pensamiento de José era lento, como su palabra. Titubeó un momento, y al fin repuso:

—El ofrecimiento me complace. Haya lugar o no para nosotros en la posada, iremos a reunirnos con tu familia. Permíteme hablar al portero yo mismo. Volveré en seguida:

Y confiando las riendas del jumento a su interlocutor, desapareció entre la multitud.

El guardián estaba sentado sobre un tronco de cedro, fuera de la puerta. Contra el muro, a su lado, había refirmado su azagaya, y un perro hallábase tendido en el suelo ante él.

—La paz de Jehová sea contigo—dijo José al acercarse al guardián.

—Lo que me deseas te sea devuelto—replicó gravemente el portero—y se multiplique muchas veces en provecho tuyo y de los tuyos.

—Soy belemita—dijo José—; ¿no habrá albergue para mí?

—No hay.

—Acaso habrás oído hablar de mí. Soy José de Nazaret. Esta es la casa de mis padres. Soy hijo de David.

Estas palabras infundían esperanza al nazareno. Si no le servían hubieran sido inútiles todos los demás esfuerzos, incluso el ofrecimiento de algunos siclos. Ser hijo de Judá era algo, mucho en la opinión tribal; pero ser de la casa de David, era todavía más; no existía título más alto para un judío. Más de mil años habíanse pasado desde que el niño pastor fué ungido como sucesor de Saúl y fundó la nueva dinastía. Desde entonces, ni guerras ni calamidades, ni cambio de soberanos, ni los demás innumerables acontecimientos, causas de la mudable fortuna, habían logrado desarraigar en el pueblo hebreo el prestigio de la tradición gloriosa, que conservaban incólume los descendientes del santo Rey, aunque reducidos a la necesidad imperiosa de ganar su pan como los más humildes judíos. Orgullosos de su genealogía, no podían permanecer inadvertidos y adondequiera que fueren eran considerados y reverenciados en el reino de Israel.

Si así sucedía en Jerusalén como en todas partes, ciertamente que no podía ser más razonable el invocar su ascendencia como mérito para conseguir albergue en el jan de Belén. Decir, como José había dicho, "ésta es

la casa de mis padres", era decir la verdad más esencial y sencilla; porque aquélla era precisamente la casa en que Ruth gobernó como mujer de Booz; la misma casa en que Isaí y sus dos hijos, el menor de los cuales era David, habían nacido; la misma casa en la cual Samuel, por orden del Señor, había ido a buscar y a ungir al sucesor de Saúl; la casa en que David dió al hijo de Barzillaí la Galaadita; la misma casa, en fin, donde Jeremías, por medio de la oración, había salvado del azote babilónico a los restos de su pueblo.

La invocación no quedó sin efecto. Levantándose del tronco de cedro en que estaba sentado, y apoyando la mano en su barba, repuso el guardián respetuosamente:

—Rabí, no puedo decirte a punto fijo cuándo se abrió por primera vez esta puerta para dar albergue a los viajeros; pero hace de esto ya más de mil años, y, desde entonces, no se recuerda que algún hombre honrado la haya encontrado cerrada, salvo el caso de no haber materialmente sitio. Si esto ha sido así invariablemente, considera que ha de existir verdadera imposibilidad para rechazar a un viajero ahora, y más siendo de la casa de David. De nuevo te saludo; y si te dignas venir conmigo, te mostraré que no hay un solo sitio desocupado en toda la casa, ni en los cuartos, ni en los establos, ni en el patio, ni siquiera en los desvanes. ¿Puedo preguntarte cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

El guardián sonrió.

—Considerarás a tu huésped como a tu hermano y le amarás como a ti mismo. ¿No es esta la ley?

José permaneció silencioso.

—Si esto es así, ¿puedo decir a uno que llegó hace tiempo: "Sigue tu camino; hay aquí otro que va a ocupar tu lugar?"

José continuaba impasible

—Y si así le dijese, ¿a quién concedería en justicia el lugar desocupado? Mira cuántos están esperando sitio; algunos aguardan desde el mediodía.

—¿Qué es toda esa gente?—preguntó José, volviéndose hacia la multitud—. ¿Y por qué está aquí ahora?

—Por lo mismo sin duda que has venido tú, rabí—contestó el guardián dirigiendo una interrogativa mirada al nazareno; después continuó—. Por ello han venido la mayoría de los que aquí se alojan; y ayer llegó también la caravana de Damasco a la Arabia y al Bajo Egipto, a la cual pertenecen esos de ahí, hombres y camellos.

Todavía insistió José, diciendo:

—El patio es grande.

—Sí, pero está lleno de mercancías: balas de seda, frutas, especies y fardos de mil otras cosas.

Entonces, por un instante el rostro del solicitante perdió su impasibilidad; sus ojos inexpresivos se bajaron hacia el suelo. Con algún calor exclamó seguidamente:

—No me curo de mí; pero viene conmigo mi esposa y la noche es crudísima, más cruda que la de Nazaret. No puede quedarse al raso. ¿Habrá sitio en la ciudad?

—Esa gente—dijo el guardián extendiendo el brazo para señalar una parte de la multitud que se apiñaba ante las puertas—ha recorrido toda la población y asegura que no hay ya alojamiento.

De nuevo José posó su mirada en tierra y murmuró como para sí:

—¡Es tan joven! Si duerme en la loma, el frío la matará.

Luego dirigióse de nuevo al guarda:

—Tú puede que conozcas a sus padres: Joaquín y Ana, de Belén, y, como yo, descendientes de David.

—Sí, los conocí; era buena gente. Los conocí en mi juventud.

Esta vez los ojos del guarda se fijaron en el suelo, como buscando un recurso; de repente enderezó su cabeza.

—Si no puedo haceros sitio—dijo—, tampoco puedo despediros. Rabí, haré por vosotros cuanto pueda. ¿Cuántas personas sois?

—Mi esposa y unos amigos de Beth Dagon; es decir, seis personas.

—Muy bien; no os quedaréis al raso. Ve a buscar a tu gente y apresúrate, porque cuando el sol desaparece bajo la montaña, ya sabes que la noche se echa rápidamente encima, y el sol está próximo a desaparecer.

—Te doy la bendición del viajero sin hogar; la del huésped seguirá inmediatamente.

Así diciendo, el nazareno, radiante de júbilo, fué a buscar al betdagonita y a María, a quien acomodó sobre el asno, mientras aquél corría en busca de su familia. Raquel era una matrona; sus hijas, Deborach y Micol, eran exactas imágenes de lo que a su edad debió ella de haber sido. Mientras se acercaban todos al jan, el guarda juzgó a los de Beth Dagon por gentes de humilde clase.

—Esta es la esposa de que os he hablado—exclamó el nazareno—, y esos los amigos.

María levantó el velo.

—¡Ojos azules y cabellos de oro!—murmuró el guardián entre sí, no fijándose más que en ella—. Así era el joven Rey cuando fué a cantar ante Saúl.

Luego tomó las riendas de manos de José, y dijo a María:

—Paz a ti, ¡oh, hija de David!

Luego a los demás:

—¡Paz a vosotros!

Y después a José:

—Rabí, seguidme.

Llevólos por un pasadizo empedrado, por el cual entraron al patio. Para un forastero, la escena hubiera sido muy curiosa; pero ellos la conocían y no se fijaron más que en la gran muchedumbre que llenaba el recinto por completo. Atravesaron un corredor que servía para depósito de mercancías; después otro pasaje; penetraron en el recinto adosado a la casa y pasaron por entre los animales, camellos, asnos, caballos, atados en grupos y dormitando bajo la vigilancia de los dueños o sirvientes. Avanzaban con lentitud a causa del declive del corral, y por las caprichosas posturas que adoptaban para dormir los perezosos jumentos, y llegaron al fin al promontorio de piedra calcárea que domina el jan por el Oeste.

—Nos llevas a la gruta—dijo José.

El guía fué retrasándose hasta quedar a la par de María.

—La gruta a la cual vamos—la dijo—hubo de haber sido un refugio de tu antecesor David. Desde el campo que está a vuestros pies, y desde el pozo que hay en el valle, solía llevar a ella alguna vez su ganado; y más tarde, cuando fué rey, volvió a la vieja casa y trajo buen número de animales consigo, para descansar y reponerse. Los pesebres se conservan como estaban entonces. Más vale dormir en el suelo donde durmió él, que en el valle o sobre la colina. ¡Ah! He aquí la casa ante la gruta.

Este discurso no debe ser tomado como una apología del alojamiento ofrecido, pues no había para qué hacerla. Era el mejor sitio que el hombre tenía a su disposición, y los huéspedes eran gentes sencillas que se acomodaban y satisfacían fácilmente. Vivir en grutas era una idea natural y familiar para los judíos de aquella época, por lo que escuchaban los sábados en la sinagoga. ¡Cuántos acontecimientos de la historia hebrea habían acaecido en grutas! Sobre todo, para los judíos de Belén era cosa sencillísima y corriente. Estaban acostumbrados a ver muchas de esas cavernas, grandes y pequeñas, que son tan abundantes en su país, habitadas por familias desde los tiempos de Emín y Horites. Tampoco constituía ofensa para ellos el que la gruta hubiera sido o fuera un establo, descendiendo, como descendían, de raza de pastores que habitualmente compartían su casa con el ganado o dormían con los animales en los establos. Además, por costumbre que derivaba desde Abraham, la tienda del beduíno cobijaba en cariñosa mezcla a los hijos y los caballos del viajero, y, por otra parte, las grutas y los pesebres habían sido habitados por el santo Rey, y cualquier cosa asociada a la historia de David era interesante y sagrada para los hebreos.

El edificio, reducido, saliendo muy poco de la roca, a la cual hallábase unido por el fondo, no tenía ni una sola ventana. En su lisa fachada la

puerta sujeta por enormes goznes y embadurnada de amarillo. Mientras quitaban la tranca de madera que la cerraba, las mujeres permanecieron en sus sillones. Una vez abierta, el guardián despidióse, diciéndoles:

—¿Puedes descansar aquí?—preguntó.
—El lugar es sagrado—contestó ella.

—Entrad.

Los huéspedes entraron y quedaron sorprendidos. Inmediatamente se dieron cuenta de que la casa era para disfrazar la entrada de la caverna

o gruta, que parecía tener unos cuarenta pies de largo, nueve o diez de altura y doce o quince de ancho. La luz, penetrando por la puerta, caía sobre montones de granos, de forrajes, de vasijas y legumbres, que ocupaban el centro de la cueva. A los lados, pesebres muy bajos, como para ovejas, construídos con piedras unidas con cemento. No había bancos ni asientos de ninguna clase. El polvo y la paja amarillenta alfombraban el suelo. Las telarañas flotaban de todas las hendiduras y grietas de la cornisa a modo de pabellones. Por lo demás, el sitio era bastante limpio y, en apariencia, confortable, todo cuanto puede serlo el establo de un verdadero jan. En una palabra: la gruta parecía a los viajeros como un modelo, y, efecto de la sugestión, como una reliquia.

—Entrad—dijo el guía—. Esos montones de paja sirven para arreglarse lechos. Tomad de ellos los que necesitéis.

Luego, dirigiéndose a María:

—¿Puedes descansar aquí?—le preguntó.

—El lugar es sagrado—contestó ella.

—Entonces os dejo. ¡La paz sea con todos vosotros!

Cuando el guarda hubo salido, comenzaron a hacer habitable la gruta.

## CAPÍTULO X

### LUZ EN EL CIELO

En determinado momento, los gritos y el rumor de la multitud alojada en el jan cesaron; al mismo tiempo, los que no se hallaban en pie, se levantaron, revistieron de solemne gravedad sus rostros, dirigieron su vista hacia Jerusalén, cruzaron las manos sobre el pecho y oraron; era la hora sagrada, la hora de nona, en que se ofrecían los sacrificios en el templo, sobre el Moria, adonde suponían que Dios descendía entonces. Cuando las manos de los fieles se bajaron, reanudóse el movimiento, y cada individuo se precipitó sobre su pan o se apresuró a hacerse la cama. Al poco rato las luces se apagaron y reinó el silencio y el sueño.

. . . . . .

Alrededor de media noche, alguien de los alojados en el jan gritó:

—¿Qué luz es aquella del cielo? ¡Despertad, hermanos, despertad y ved!...

La gente, medio adormilada, se levantó y miró; despertóse del todo y la alarma cundió, reproduciéndose el ruido por toda la casa, cuyos moradores salieron afuera y contemplaron asombrados el cielo.

He aquí lo que vieron. Un rayo de luz, partiendo de la inmensa bóveda estrellada, de los más próximos astros, declinaba oblicuamente hacia la tierra, y esparcía en torno una clara y deslumbrante claridad.

La aparición parecía quedarse fija sobre la próxima montaña, al sudeste de la población, formando una pálida corona en su cima. El jan fué iluminado a tal punto, que hasta los que todavía permanecían bajo techado se vieron mutuamente los rostros, expresando su asombro.

Pasados algunos minutos, la luz amenguó su intensidad, y el asombro trocóse en temor y miedo; los tímidos temblaron; los animosos se hablaron bajo.

—¿Viste nunca cosa como ésta?—exclamó uno.

—Parecía estar situada precisamente sobre aquella montaña. No puedo comprender lo que vi, ni he visto nunca cosa igual—fué la respuesta.

—¿Puede ser una estrella rota y caída?—preguntó otro a quien le faltaba la voz.

—Cuando una estrella cae, su luz se apaga.

—¡Ya di en ello!—gritó uno, convencido—. Los pastores han visto un león y encendido hogueras para ahuyentarlo de sus rebaños.

Los más próximos al que así había hablado exhalaron un suspiro de alivio, y dijeron:

—Sí, eso es. Los rebaños pastaban hoy allá, en el valle.

Un espectador disipó esa confianza.

—No, no. Aunque todos los árboles de todos los valles de Judá se apilasen para encender una hoguera, no se produciría una llama de tan intensa y alta luz.

Después se produjo un silencio, que fué interrumpido tan solo otra vez mientras el misterio continuaba indescifrable.

—Hermanos—exclamó un judío de venerable aspecto—, lo que acabamos de ver no es otra cosa que lo que nuestro padre Jacob vió en sueños. ¡Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres!...

## CAPÍTULO XI

### ¡CRISTO HA NACIDO!

A milla y media, o quizá a dos millas de Belén, al sudeste, hay una llanura separada de la ciudad por una cuesta. De este modo resguardado contra los vientos septentrionales, el valle está cubierto de sicomoros, enci-

nas y pinos, mientras que en los sotos y en los barrancos contiguos hay profusión de olivos y moraíes; todo lo cual, en tal estación del año, es valiosísimo para el mantenimiento de las ovejas, cabras y ganados de que suelen formarse los rebaños en aquellos contornos. En la parte más lejana de la población, próximo a un promontorio, existía un extenso *marah* o aprisco muy antiguo. En alguna gran olvidada correría, el edificio había sido destechado y casi demolido. El recinto, sin embargo, permanecía intacto, lo cual era muy conveniente para los pastores que apacentaban sus rebaños lejos de sus propias viviendas. El muro de piedra que rodeaba el área era tan alto como un hombre, pero no lo suficiente para impedir que una pantera o un león hambrientos lo saltaran osadamente. En la parte interna del muro, como seguridad adicional, resguardo del constante peligro, se había formado una especie de vallado de espino, cuyas picas, punzantes como clavos, entrelazadas, impedían el paso.

El día de los sucesos que se narran en los precedentes capítulos, varios pastores, buscando nuevos pastos para sus rebaños, descendieron a la indicada llanura, y desde el punto de la mañana el valle retumbaba con los gritos, ladridos, mugidos, balidos, el retintín de los cencerros y el ruido de los cayados. Cuando se hubo puesto el sol se dirigieron al *marah*, y al caer la noche ya estaba todo puesto en salvo en el corral. En seguida encendieron una hoguera ante la puerta, prepararon su modesta cena y se sentaron a descansar y charlar, dejando a uno de ellos de guardia.

Eran seis, sin contar con el centinela, y como de ordinario, se reunieron en torno del fuego, unos sentados y otros tendidos. Solían ir con las cabezas descubiertas, y sus cabellos, enmarañados, crespos, tostados por el sol, les caían en mechones sobre el cuello y los hombros; la barba les cubría la garganta y descendía espesa por sus pechos; túnicas de piel de cabrito y de cordero con el vellón adherido cubríalos desde la nuca a las rodillas, dejando al desnudo brazos y piernas, y ceñían su cintura con toscas y largas correas. Sus sandalias eran de la más ínfima calidad; colgaban de sus espaldas el correspondiente zurrón con víveres y piedras escogidas para las hondas, de que iban armados. Cerca de ellos, en el suelo, tenía cada uno su cayado, símbolo de su profesión, y, al propio tiempo excelente arma ofensiva y defensiva.

Tales eran los pastores de Judea. En su aspecto, groseros y salvajes como los flacos perros que dormitaban junto a ellos al calor de la lumbre; en realidad sencillos y bondadosos, condiciones debidas, en parte, a la vida primitiva que llevaban, pero sobre todo a su constante cuidado de cosas desamparadas.

Descansaron y hablaron. Sus conversaciones todas se reducían a sus rebaños, tema estúpido para el mundo, pero tema que era todo el mundo para ellos. Si se detenían mucho en su narración sobre pormenores insigni-

ficantes; si uno de ellos no omitía ningún punto al contar la pérdida de un corderillo, por imprevisión o impericia, o en el parto, la relación sería recordada, y se aprovecharía de ella algún compañero, al parir una oveja, conservándose la historia y la lección eternamente. Los animales eran todo para ellos, y no vacilaban, por defenderlos, en arrostrar la muerte, poniéndose ante el león hambriento o ante el ladrón homicida.

Los grandes acontecimientos que han transformado la organización de las naciones y cambiado los dominadores del mundo, serían considerados por ellos, a su vez, como bagatelas, si acaso llegaran a su conocimiento. Lo que Herodes hacía en esta o en aquella ciudad: construcción de palacios, ginmasios o introducción de prácticas prohibidas por la ley, llegaba a ellos por azar. Roma, en aquel tiempo, no aguardaba a que las gentes fuesen a ella, sino que ella iba a ellos. Sobre las colinas, a través de las cuales conducían sus ganados, o en los corrales donde los encerraban, los pastores eran sorprendidos frecuentemente por el sonido de las trompetas, y al asomarse divisaban una cohorte, o a veces una legión en marcha. Y cuando los brillantes cascos desaparecían y el desfile acababa, acaso discurrían aquellas buenas gentes acerca del significado de las águilas, pensando en los encantos de una vida tan diferente de la suya.

Sin embargo, aquellos hombres, por más rudos y sencillos que fueran, tenían sus creencias y conocimientos propios. Estaban acostumbrados a purificarse los sábados y acudían a las sinagogas, sentándose en los bancos más distantes del área. Cuando el sacerdote pasaba con la Tora entre los fieles, nadie la besaba con mayor fervor; cuando el lector interpretaba el texto, ninguno escuchaba con más absoluta reverencia, y no había quien retuviese más tiempo el sermón más antiguo, ni recordase más a menudo párrafos de él. En un versículo del Génesis hallaron todas las enseñanzas y toda la ley de sus existencias: que el Señor era Dios único, y a ello se redujo su sabiduría, que superaba a la de los reyes.

Mientras hablaban, y antes de terminar la primera imaginaria, los pastores iban durmiéndose sin moverse de sus sitios respectivos.

La noche, como muchas noches de invierno en las comarcas montañosas, era serena, fría y muy estrellada. No soplaba viento. La atmósfera parecía no haberse mostrado nunca tan pura, y la calma era más de recogimiento que de silencio; era como si el cielo se inclinase reverente para dar alguna sagrada nueva a la tierra y ésta se inundase de placer al escucharla.

Ante la puerta, envuelto en su capote, el centinela paseábase y se detenía a veces para escuchar algún ruido procedente del dormido rebaño, o el grito de un chacal por el lado del monte. La media noche, hora de su relevo, por el que ya suspiraba, llegó al fin. Su tarea cumplida, iba a entregarse al sueño, que es la bendición del trabajo a sus hijos cansados. Se dirigió hacia

la hoguera, pero se detuvo de pronto sorprendido. En torno suyo brillaba una luz suave y blanca como la de la luna. Aguardó ansiosamente. La luz creció en intensidad; las cosas antes invisibles aparecieron a la vista; vió todo el campo y lo que en él había. Un estremecimiento más penetrante que el del aire frío, un estremecimiento de temor, lo invadió. Miró al cielo: las estrellas habían desaparecido; la luz se levantaba; mientras la miraba, adquirió gran esplendor; entonces, presa del terror, gritó:

—¡Arriba, arriba!...

Los perros, a sus gritos, se levantaron y empezaron a correr, ladrando.

Los pastores pusiéronse en pie, con las armas en la mano.

El rebaño agrupóse aterrorizado.

—¿Qué ocurre?—preguntaron a una.

—¡Mirad, el cielo arde!

De repente la luz llegó a un brillo irresistible y todos cerraron los ojos y cayeron de rodillas; entonces, como sus almas estaban sobrecogidas por el terror, cayeron desvanecidos y cubriéronse los rostros. Quizá hubieran muerto, a no escuchar una voz que les dijo:

—¡No temáis!

Se repusieron algo y escucharon.

—¡No temáis! Soy portador de una buena nueva que os colmará de júbilo inmenso, así como a todas las gentes.

La voz baja y clara, de una dulzura y un encanto más que humanos, penetró en el fondo de su ser y les volvió la tranquilidad. Levantáronse sobre sus rodillas y, mirando llenos de veneración, vieron en el centro de una gran gloria la figura de un hombre cubierto con unas vestiduras maravillosamente blancas; sobre sus hombros aparecían las curvas de dos alas luminosas; sobre su frente resplandecía una estrella más brillante que Héspero; sus manos parecían bendecir a los pastores; su rostro era grave y divinamente hermoso.

Habían oído hablar alguna vez, y hasta ellos mismos habían hablado con frecuencia, de ángeles; a la sazón no dudaban de su existencia, y desde el fondo de sus corazones se dijeron:

—La gloria de Dios está sobre nosotros, y éste es el que se apareció antiguamente al Profeta en el río Ulay.

El ángel continuó diciendo:

—Porque hoy ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo, Señor Nuestro.

Se detuvo breves instantes, mientras aquellas palabras se grababan en aquellos sencillos corazones, y añadió:

—Y esto os servirá de señal: hallaréis al Niño envuelto en sus pañales, reclinado sobre un pesebre.

Levantáronse sobre sus rodillas y, mirando llenos de veneración, vieron en el centro de una gran gloria la figura de un hombre...

El heraldo no habló más; había comunicado la buena nueva; sin embargo, permaneció inmóvil todavía un instante. De repente, la luz de la cual parecía centro se tornó rosada y comenzó a titilar; sobre él, y a una altura visible, pudo distinguirse resplandor de alas blancas y confusión de formas radiantes que iban y venían; al mismo tiempo oyeron voces como de multitud que cantaba a coro:

—¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

No una, sino muchas veces, repitióse el cántico.

Después, el celestial mensajero elevó sus ojos como pidiendo la aprobación de un ser invisible, abrió majestuosamente sus alas, mostrando la parte superior blanca como la nieve y la inferior con las varias tintas del nácar, y, cuando estuvieron por completo extendidas, se levantó entre las ondas de luz y, sin esfuerzo, desapareció de la vista volando y llevándose la luz consigo. Mucho después de haber desaparecido en el cielo, aun se oía el hermoso cántico, atenuado por la distancia:

—¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Cuando los pastores recobraron sus sentidos por completo, se miraron asombrados. Al fin, uno de ellos dijo:

—Era Gabriel, el mensajero del Señor ante los hombres.

Nadie contestó.

—Cristo, Nuestro Señor, ha nacido; ¿no lo dijo así?

Otro, repuesto ya por completo, afirmó:

—Eso es lo que ha dicho.

—¿Y no dijo también en la ciudad de David, que es nuestra lejana Belén? ¿Y que le encontraremos niño de pañales?

—Y reclinado en un pesebre.

El primer interlocutor contempló la hoguera mientras reflexionaba, y de pronto exclamó, como si hubiera tomado súbita resolución::

—Sólo hay un sitio en Belén con pesebres, y ése, es la gruta vecina al antiguo jan. Hermanos: vamos a ver lo que ha pasado. Los sacerdotes y los doctores hace mucho tiempo que andan buscando al Cristo. Ahora ha nacido y el Señor nos ha dado una señal para conocerlo. ¡Vamos a adorarlo!...

—Pero los rebaños...

—El Señor cuidará de ellos. Démonos prisa.

Se levantaron y abandonaron el *marah*.

.....

Bajaron la colina, atravesaron la población y llegaron a la puerta del jan, donde les detuvo el portero.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Hemos visto y oído grandes cosas esta noche—replicaron.

—Bueno; nosotros también hemos visto grandes cosas; pero nada hemos oído. ¿Qué oisteis vosotros?

—Vamos a la gruta del recinto para que las confirmemos, y entonces te lo diremos todo. Ven con nosotros, y verás por ti mismo.

—Pero es una locura.

—No; el Cristo ha nacido.

—¡El Cristo! ¿Cómo lo sabéis?

—Vamos y lo veremos primero.

El guardián sonrió irónicamente.

—¡Cristo verdaderamente! ¿Y cómo lo conoceréis?

—Ha nacido esta noche, y está ahora acostado sobre un pesebre; así nos lo han dicho, y la gruta es el único sitio en Belén donde hay pesebres.

—¿En la gruta?

—Sí; ven con nosotros.

Atravesaron el patio sin que nadie lo advirtiese, aunque había varios hablando acerca de la misteriosa luz, y llegaron a la gruta, cuyas puertas estaban abiertas. Una linterna iluminaba su interior, y los pastores entraron sin cumplimiento alguno.

—¡La paz sea con vosotros!—dijo el guarda a José y al betdagonita—. Aquí hay algunos que buscan un niño nacido esta noche, y al cual reconocerán por hallarse envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Por un instante la inexpresiva faz del nazareno se contrajo; luego, volviéndose:

—El Niño está aquí—dijo.

Fueron conducidos ante uno de los pesebres, donde estaba acostado el Niño. Al acercar la linterna, los pastores quedaron mudos e inmóviles. El Niño se movía: era como todos los recién nacidos.

—¿Dónde está la madre?—preguntó el guardián.

Una de las mujeres tomó al niño y lo llevó a María, acostada allí cerca, entregándolo en sus brazos. Entonces los circunstantes se agruparon en torno de ambos.

—¡Es el Cristo!—dijo un pastor al fin.

—¡Es Cristo!—repitieron todos.

Doblaron las rodillas y lo adoraron.

Uno de ellos repitió varias veces:

—Es el Señor, y su gloria está sobre la tierra y sobre el cielo.

Y aquellos hombres sencillos, sin titubear, besaron la orla del manto de la madre y, con los rostros radiantes de júbilo, se marcharon.

Refirieron la historia del suceso del jan a toda la gente, levantada ya y

que acudió en torno de ellos; y mientras atravesaban la población, y durante todo el camino hasta el *marah,* fueron cantando el cántico de los ángeles:

—¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

## CAPÍTULO XII

### LOS MAGOS EN JERUSALÉN

El undécimo día del nacimiento del Niño en la gruta, llegaron los Magos a las cercanías de Jerusalén por el camino de Siquem. Desde que cruzaron el arroyo Cedrón no habían dejado de encontrar numerosa gente que se detenía a su paso y se les quedaba mirando con gran curiosidad.

En la Judea era indispensable un buen camino internacional de tránsito. El existente, faja angosta de tierra que había probablemente estrechado la presión del desierto por el Este y la del mar por el Oeste, era todo lo que podía ser; la Naturaleza, al ensancharla por el Sur, había coadyuvado a su riqueza. En otras palabras: la riqueza de Jerusalén provenía de los impuestos al comercio de tránsito. Por tal razón, en ninguna parte, si se exceptúa en Roma, había tan constante afluencia de gentes de todas las naciones, y en ninguna otra ciudad era el extranjero menos extraño a los residentes que dentro de sus muros y en sus alrededores. Sin embargo, esos tres hombres excitaban la admiración de todos cuantos los encontraron en el camino a las puertas de la capital.

Vióles venir un niño que formaba parte de un grupo de mujeres sentadas en el camino, a la parte opuesta de las tumbas reales, e inmediatamente palmoteó alegremente, gritando:

—¡Mirad, mirad...! ¡Qué lindas campanillas! ¡Qué grandes camellos...!

Las campanillas eran de plata; los camellos, como sabemos, eran de extraordinarias proporciones y blancura, y se movían con singular dignidad. Los arreos denunciaban la efectuada travesía del desierto y la riqueza de sus dueños, sentados en sus literas exactamente como cuando los vimos en la reunión que celebraron más allá del Jebel. No eran, sin embargo, las campanillas o los camellos, ni los arreos y el porte de los jinetes lo que causaba tanto asombro, sino la pregunta hecha por el que cabalgaba el primero.

La llegada a Jerusalén por el Norte se verifica atravesando una llanura que desciende hacia el Sur, y dejando la Puerta de Damasco en un valle o

cuenca. El camino es estrecho, pero sumamente interrumpido por lo muy frecuentado y dificultoso en algunos puntos, a causa de las rocas esparcidas acá y allá por el agua pluvial que desciende en torrente avasallador de la montaña. En otro tiempo, sin embargo, se extendían a ambos lados fértiles campos y soberbios olivares, que debían de haber sido, por su exuberante vegetación, hermosísimos, sobre todo a los ojos de los viajeros recién llegados de las áridas llanuras del desierto. Los tres Magos se detuvieron ante el grupo femenil indicado.

—Buena gente—dijo Baltasar pasándose la mano por la despeinada barba e inclinándose sobre su silla—, ¿está cerca Jerusalén?

—Sí—contestó la mujer, en cuyos brazos se había refugiado el chiquillo—. Si los árboles de aquella explanada fueran un poco más bajos, podrían verse las torres de la plaza del Mercado.

Baltasar echó una mirada al griego y al indio, y preguntó luego:

—¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

La mujer quedó confusa, y todas ellas se miraron sin saber qué contestar.

—¿No habéis oído hablar de él?—les interrogó Baltasar.

—No.

—Bueno; decid a todos que nosotros hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle.

En seguida los tres amigos continuaron su camino, dirigiendo a otras gentes la misma pregunta con idéntico resultado. Una gran comitiva que se dirigía a la gruta de Jeremías quedó tan sorprendida por el aspecto de los tres camaradas, que suspendió su camino y les fué siguiendo.

Tan preocupados tenía a los tres el pensamiento de su misión, que ni se fijaron en el hermoso panorama que tenían ante la vista, ni en la aldea de Bezeta, ni en el Mizpah y el Olivete a su izquierda, ni en las murallas que rodeaban la población con sus cuarenta elevados y sólidos torreones, alzados en parte para la defensa y en parte para ornato.

Ni las mismas murallas torreadas, encorvándose hacia la derecha, con varias sinuosidades y acá y allá puertas de acceso a los tres grandes y blancos edificios: Faselo, Mariana e Ipico; ni Sión, la más elevada de las colinas coronada de marmóreos palacios y nunca tan bella como en aquel momento, ni las terrazas deslumbradoras del templo santo; ni el Moria, admitido y reputado como una de las maravillas de la tierra; ni las regias montañas que rodeaban la Ciudad Santa y la hacían aparecer como en el fondo de una inmensa taza; nada de ello llamaba su atención.

Llegaron al fin a una puerta que en aquel tiempo correspondía a la hoy llamada de Damasco, abierta bajo altísimo torreón e indicadora de la trifurcación de los caminos de Siquem, Jericó y Gabaón. Una guardia romana custodiaba la entrada. En aquel momento, las gentes que seguían a los dro-

uedarios formaban una caravana suficientemente numerosa para atraer la curiosidad hacia el portal, y por ello, cuando Baltasar se detuvo para hablar al centinela, los tres amigos se vieron rodeados de un tropel de curiosos.

—La paz sea contigo—dijo el egipcio con voz tranquila.

El centinela no contestó.

—Hemos recorrido grandes distancias para encontrar al que ha nacido Rey de los judíos. ¿Puedes decirnos dónde está?

El soldado alzó la visera de su casco y dió una voz, acudiendo un oficial que salió de un departamento situado a la derecha del pasaje.

—¡Dad paso!—gritó a la multitud que, apiñada, impedía el paso a los viajeros. La muchedumbre no parecía dispuesta a obedecer, y el oficial se adelantó, blandiendo su lanza, con lo cual logró dispersarla y abrir calle. Luego, dirigiéndose a Baltasar, y en la lengua de la ciudad, preguntó:

—¿Qué deseas?

Y Baltasar contestó en la misma lengua:

—¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

—¿Herodes?—interrogó confuso el oficial.

—El reino de Herodes proviene de César. No Herodes.

—No hay otro Rey de los judíos.

—Pues nosotros hemos visto su estrella en Oriente y lo buscamos y vamos a adorarle.

El romano quedó perplejo.

—Adelante—dijo por fin—, adelante. Proseguid vuestro camino. Presentaos a los doctores de la Ley, a Anás, el gran sacerdote, o mejor aún a Herodes mismo. Si hay otro Rey de los judíos, él lo encontrará. Yo no soy judío.

Dicho esto hizo entrar a los extranjeros en la ciudad; pero antes de llegar al estrecho pasaje, Baltasar, deteniéndose, dijo a sus amigos:

—Nuestra llegada es ya del dominio público. A media noche la ciudad toda sabrá de nosotros y de nuestra misión. Vámonos al jan.

## CAPÍTULO XIII

### EL SANEDRÍN

Aquella noche, antes del crepúsculo, algunas mujeres lavaban ropa blanca en la primera grada de la escalinata que bajaba a la piscina de Siloam. Estaban arrodilladas, teniendo cada una ante sí un gran barreño. Una

chiquilla, al pie de la escalera, llenaba ánforas de agua para las lavanderas y cantaba una canción alegre, que sin duda hacía más agradable su tarea. Mientras las mujeres fatigaban sus manos estregando la ropa, llegaron otras dos con ánforas vacías sobre la cabeza.

—Paz a todas—dijo una de las recién llegadas.

Las lavanderas suspendieron su faena, se enderezaron, enjugaron sus manos y devolvieron el saludo.

—Se acerca la noche y es hora de descansar.

—No hemos terminado—fué la respuesta.

—Pero hay una hora para reposar y...

—Y para saber lo que ocurre de nuevo—interrumpió otra.

—¿Qué novedades hay?

—¿No sabéis nada?

—No.

—Dicen que el Cristo ha nacido—dijo la novelera preparándose a principiar su relato.

Era interesante ver los rostros de las lavanderas, resplandecientes de curiosidad; volviendo boca abajo los terrizos, convirtiéronlos en asientos y se dispusieron a escuchar.

—¿El Cristo?—preguntaron.

—Así se dice.

—¿Quién lo dice?

—Todos. Es voz unánime.

—¿Y todos lo creen?

—Esta tarde tres hombres atravesaron el Arroyo Cedrón por el camino de Siquem—replicó la novelera procurando disipar toda duda—. Cada uno iba sobre un camello extraordinariamente blanco y más grande que los que hasta ahora se han visto en Jerusalén.

Los ojos y las bocas de las oyentes se abrieron asombrados.

—Para demostrar lo grandioso y espléndido de tales hombres—continuó la narradora—os diré que iban sentados bajo toldos de seda; las hebillas de sus monturas eran de oro, como los adornos de sus sillas y arreos; las campanillas eran de plata, y producían una música regia; nadie los conocía y se les contemplaba como si hubieran llegado del fin del mundo. Solamente uno de ellos habló para dirigir a todo el mundo por el camino, aun a las mujeres y a los niños, esta pregunta: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?" Nadie le dió contestación; ninguno entendió la que quería decir, y así continuaba su camino, añadiendo siempre: "Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle." Repitieron la pregunta al centinela romano de la puerta, y éste, no sabiendo más que la gente del camino, los remitió a Herodes.

—¿Dónde están ahora?

—En el jan. Millares los han visto ya, y van a verlos centenares de personas

—¿Quiénes son?

—Nadie lo sabe. Se dice que son persas, magos que hablan con las estrellas, profetas acaso como Elías y Jeremías.

—¿Qué quieren decir con lo del Rey de los judíos?

—El Cristo que acaba de nacer.

Una de las mujeres rióse y, reanudando su trabajo, exclamó:

—Bueno; cuando le vea creeré en El.

Otra siguió su ejemplo.

—Y yo, cuando le vea resucitar un muerto, creeré en El.

Una tercera dijo tranquilamente:

—Cristo ha sido prometido hace muchos años. Será bastante para mí verle curar a un leproso.

Y prosiguieron su charla, hasta que el frío de la noche las ahuyentó a sus casas.

.....

Más tarde, hacia el principio de la primera vela, celebrábase en el palacio, sobre el Monte Sión, una asamblea de unas cincuenta personas, que nunca se reunían sino por orden de Herodes y cuando éste deseaba conocer alguno de los más hondos misterios de la ley y de la historia hebreas. Era, en resumen, un consejo de maestros, de sacerdotes principales, de los doctores de más fama y saber de la ciudad, de jefes de partido, de comentaristas de los distintos credos, de príncipes saduceos, de oradores fariseos y graves y reposados filósofos estoicos de los esenios.

La cámara en que se efectuaba el conciliábulo pertenecía a uno de los patios interiores del palacio, y era bastante espaciosa y de estilo romanesco. El piso era de mármol; las paredes, sin ventana alguna, estaban pintadas a cuadros de color azafranado; un diván cubierto de cojines amarillos y en forma de U ocupaba el centro de la sala, con la abertura hacia la puerta. En el arco del diván o, mejor dicho, en el arco de la letra que figuraba, había un inmenso trípode de bronce con curiosas labores de oro y plata, y sobre él colgaba del techo un gran candelabro de siete brazos encendidos. El diván y la lámpara eran de estilo hebreo puro.

Los congregados hallábanse sentados en el diván a la manera oriental, y sus trajes, salvo el color, eran uniformes. La mayoría eran hombres de edad avanzada; grandes barbas cubríanles los rostros; largas narices y grandes ojos negros eran sus rasgos más salientes; su continente era grave, digno, hasta patriarcal. En una palabra: consituían el sanedrín.

Sin embargo, el que se sentaba ante el trípode, en el sitio que podríamos

llamar la cabecera, pues tenía tanto número de congregados a la derecha como a la izquierda, evidentemente el presidente de la asambla, hubiera, desde luego, llamado la atención del espectador. Era de complexión gigantesca, pero de gran delgadez; sus blancas vestiduras caíanle desde los hombros en pliegues muy anchos que no revelaban indicios de carne y músculos, como si cubrieran un esqueleto. Sus manos, medio cubiertas por las mangas de seda, a listas carmesí, descansaban sobre sus rodillas; cuando hablaba levantaba alguna vez el índice de la mano derecha, agitándolo tembloroso, y parecía incapaz de otro ademán. Pero su cabeza era un espléndido cimborrio: escasos cabellos, como hilos de plata, cubríanle a trechos el casco; sus sienes, hundidas; la frente, profunda y profusamente arrugada; sus ojos, de mirada cansada; afiladísima su nariz; su calva nuez, reluciente; cubríale la parte inferior de su rostro una barba flotante y venerable como la de Aarón. Tal era Hillel el Babilonio. A la estirpe de los profetas, mucho tiempo hacía extinguida en Israel, había sucedido la de los doctores, de los cuales era el primero en saber: un profeta, excepción hecha de la inspiración divina. A la edad de ciento seis años era todavía rector del Gran Colegio.

Sobre la mesa, ante él, estaba desenrollado un volumen de pergamino escrito en caracteres hebraicos. Tras él permanecía de pie un paje ricamente ataviado.

La discusión había sido larga, pero, por fin, habían llegado a un acuerdo. Todos estaban en actitud de descanso. El venerable Hillel, sin moverse, llamó al paje:

—¡Ce!

El joven avanzó respetuosamente.

—Ve a decir al Rey que estamos ya dispuestos a darle contestación.

El muchacho salió.

Poco después dos oficiales se situaron uno a cada lado de la puerta, y luego apareció en ella el más extraño personaje: un anciano con manto de púrpura orlado de escarlata, ceñido al cuerpo con una faja de oro tan fina y flexible como la piel; las hebillas de su calzado deslumbraban por sus piedras preciosas; una pequeña corona de filigrana brillaba sobre su *tarbush* de felpa carmesí que envolviendo su cabeza, caíale por el cuello y los hombros. De su cinto pendía una daga. Caminaba con paso inseguro y se apoyaba fuertemente en un bastón. Llegado al diván, se detuvo y levantó la mirada del suelo; entonces, por primera vez, receloso de los congregados y excitado por su presencia, irguióse altivo y miró en derredor, tétrico, suspicaz y amenazador, como el que se asusta al verse acorralado por el enemigo. Tal era Herodes el Grande: un cuerpo quebrantado por enfermedades, una conciencia manchada de delitos, un talento no común, un alma gemela de la del César. Tenía

a la sazón sesenta y siete años, pero guardaba su trono con celo vigilante, despótico poder y crueldad inexorable.

Produjose agitación en la asamblea. Los más ancianos se inclinaban reverentes; los más nobles se arrodillaban o se ponían de pie.

Después de haber observado todo, adelantóse hasta el trípode colocado ante el venerable Hillel, quien estaba con la cabeza inclinada y las manos altas.

—¡La respuesta!—dijo el rey con imperiosa sencillez, dirigiéndose a Hillel y levantando ante él su bastón con ambas manos—. ¡La respuesta!

Los ojos del patriarca brillaban dulcemente y, levantando la frente y mirando al interrogador cara a cara, contestó, mientras sus colegas le prestaban profunda atención:

—¡La paz del Dios de Abraham, Isaac y Jacob sea contigo, oh, rey!

Parecía efectuar una invocación. Luego, cambiando de tono, prosiguió:

—Nos has preguntado dónde debe nacer Cristo.

El rey asintió sin separar su perversa mirada de la faz del sabio.

—Esa es la pregunta.

—¡Entonces, ¡oh, rey!, en mi nombre y en el de todos mis hermanos aquí congregados, sin disidencia alguna, yo te contesto: en Belén de Judea.

Hillel dirigió una mirada al pergamino sobre el trípode y, señalando con su índice tembloroso, continuó:

—En Belén de Judea, porque así está escrito: "Y tú, Belén, en tierra de Judea, no eres la menor entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un caudillo que ha de gobernar a Israel, mi pueblo."

El rostro de Herodes turbóse y sus ojos se fijaron en el pergamino, mientras se entregaba a sus reflexiones. Los circunstantes, no osando ni respirar siquiera, callaban como él. Al fin se volvió y abandonó la estancia.

—Hermanos—dijo Hillel—, hemos concluído.

Los congregados retiráronse en grupos.

—¡Simeón!—llamó Hillel.

Un hombre de unos cincuenta años, pero fuerte y robusto, acudió inmediatamente.

—Recoge el sagrado libro, hijo mío, y enróllalo con cuidado.

La orden fué obedecida.

—Y ahora dame tu brazo hasta la litera.

El hombre fuerte se inclinó, el anciano se apoyó en él y se dirigió trabajosamente a la puerta, marchándose del palacio el famoso rabino y su hijo Simeón, que había de ser su sucesor en prudencia, sabiduría y cargo.

.....

.....

Los Magos hallábanse en el jan, todavía despiertos, meditando acerca de

a próxima manifestación, tendidos en el suelo y con piedras por almohadas. Desde su habitación y en tal postura contemplaban la inmensidad del estrellado firmamento, entregados a sus reflexiones. ¿Cuándo lo verían? ¿Qué ocurriría? Estaban en Jerusalén, al cabo; habían preguntado por el que buscaban; habían anunciado su nacimiento; sólo les faltaba hallarlo, y para ello ponían toda su confianza en el Espíritu. Aguardaban la voz de Dios o una señal celeste, y no podían dormir.

Mientras estaban en esta situación, un hombre pasó el dintel y avanzó hacia ellos.

—¡Despertad!—les dijo—. Os traigo un mensaje urgente.

Los tres se pusieron de pie.

—¿De quién?—preguntó el egipcio.

—Del rey Herodes.

Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de cada uno.

—¿No eres el custodio del jan?—preguntó Baltasar.

—Lo soy.

—¿Qué quiere el rey de nosotros?

—El mensajero está ahí fuera, respondedle.

—Dile entonces que vamos.

—Tenías razón, hermano mío—dijo el griego cuando el guardián se hubo retirado—. La pregunta hecha a las gentes en el camino y a la guardia en la puerta han traído la atención sobre nosotros. Estoy impaciente. Vamos pronto.

Levantáronse, y una vez calzadas las sandalias y puestos los mantos, salieron.

—Os saludo, os deseo la paz y os ruego que me dispenséis. Mi señor el rey me ha ordenado que os invite a ir al palacio, donde desea hablaros particularmente.

Así cumplió su misión el mensajero.

Una lámpara estaba colgada en el zaguán, y a su luz se miraron, conociendo que el Espíritu estaba con ellos. El egipcio se dirigió al guardián y le dijo, cuando los otros no podían escucharle:

—Ya sabes dónde están nuestros equipajes y dónde reposan nuestros camellos. Durante nuestra ausencia dispónlo todo para nuestra partida inmediata, por si necesitáramos marchar.

—Marchad descuidados y confiad en mí—respondió el guarda.

—Los deseos del rey son nuestros deseos—dijo Baltasar al mensajero—; te seguimos.

Entonces como ahora, las calles de la ciudad sagrada eran estrechas, pero no tan sucias, pues el gran constructor no se contentaba con la hermosura y exigía limpieza y comodidad también. Siguiendo al guía caminaron silenciosos. A la luz de las estrellas subieron lentamente la colina y llegaron a la

puerta de la ciudad, situada en medio del camino. A la luz de las hogueras, encendidas en dos grandes braseros, pudieron entrever el edificio y también algunos guardias recostados e inmóviles sobre sus armas, como centinelas "en su lugar descanso". Penetraron por entre ellos, atravesaron pasillos, estancias y patios, a trechos en completa obscuridad. Las estrellas brillaban en el espacio. Subieron a lo alto del torreón, y deteniéndose el guía y señalándoles una puerta abierta, les dijo:

—Entrad. El rey está ahí.

El ambiente estaba impregnado del perfume de sandalo, y toda la cámara adornada con suntuosa afeminación. Cubría la parte central una tupida alfombra, sobre la que se elevaba un trono. Los visitantes apenas tuvieron tiempo de adquirir ligera noción del lugar alhajado con otomanas doradas y canapés mullidos, abanicos y ánforas, instrumentos musicales, candelabros de oro resplandecientes con su propia luz, y muros pintados al estilo de la voluptuosa escuela griega, cuya vista hubiera obligado a un fariseo a volver la cabeza con sagrado horror. Herodes, sentado en su trono al recibirlos, vestía el mismo traje con que asistió al sanedrín. Desde luego atrajo toda la atención de los tres extranjeros.

Al borde de la alfombra, hasta donde habían avanzado sin invitación, se arrodillaron. El rey agitó una campanilla. Un siervo acudió y colocó ante el trono tres escaños.

—Sentaos—dijo amablemente el monarca, y luego continuó—: De la puerta del Norte me han dado aviso de la llegada esta tarde de tres extranjeros montados en soberbios dromedarios, y, al parecer, procedentes de lejanos países. ¿Sois vosotros?

El egipcio, con la muda aquiescencia del griego y del indio, afirmó inclinándose reverentemente.

—Si fuéramos otros, el magno Herodes, cuya fama se extiende como el incienso por todo el mundo, no nos hubiera hecho venir a su presencia. No podemos dudar de que lo somos.

Herodes aprobó la respuesta con un signo de su mano.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?—preguntó, añadiendo significativamente—: Hable cada cual por sí mismo.

Por turno hicieron su relato, refiriéndose sencillamente a las ciudades o pueblos de su nacimiento, y los caminos por los cuales llegaron a Jerusalén. Algo contrariado, Herodes les preguntó más directamente:

—¿Qué pregunta dirigistéis al oficial de la puerta?

—Le preguntamos: ¿dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?

—Ahora comprendo por qué se ha excitado la curiosidad de las gentes. No está menos excitada la mía. ¿Es que hay otro rey de los judíos?

—Uno hay recién nacido—contestó el egipcio tranquilo.

Una expresión de dolor entenebreció la sombría faz del monarca, como si su mente fuera presa de un recuerdo penosísimo.

—¡No soy yo, no soy yo!—exclamó.

Probablemente desfilaron ante sus ojos las imágenes acusadoras de sus hijos asesinados; dominando su emoción, cualquiera que fuese la causa, preguntó con voz entera:

—¿Dónde está ese otro rey?

—Eso, ¡oh, rey!, es lo que desearíamos preguntarte.

—Me proponéis un prodigio, un enigma más difícil, con mucho, que el de Salomón—exclamó el interpelante—. Como véis, estoy en ese período de la vida en que la curiosidad es tan difícil de dominar como en la infancia, y en el cual el burlarla es una crueldad. Decídmelo de una vez y yo os honraré como los reyes se honran entre sí. Decidme todo lo que sepáis del recién nacido, y yo me uniré a vosotros para buscarlo; y cuando lo hayamos encontrado haré lo que queráis: lo traeré a Jerusalén y lo pondré en el trono; interpondré todo mi valimiento con César para su proclamación y su gloria. No habrá celos entre nosotros, os lo juro. Pero decidme, en primer lugar, ahora, ¿cómo es que, separados uno de otro por mares y desiertos, habéis oído hablar de él y os habéis reunido para buscarlo?

—Te diremos la pura verdad, ¡oh, rey!

—Decídmela—exclamó Herodes.

Baltasar se levantó y dijo con solemnidad:

—Hay un Dios Omnipotente.

Herodes turbóse visiblemente.

—El nos ha guiado hasta aquí, prometiéndonos que encontraríamos al Redentor del mundo; que le veríamos y le adoraríamos y daríamos testimonio de su venida. Como señal, cada uno de nosotros hemos visto su estrella. Su espíritu se introdujo en nosotros y permanece con nosotros todavía, ¡oh, rey!

Una emoción irresistible se apoderó de los tres. El griego logró con mucha dificultad reprimir una exclamación. La mirada sombría de Herodes erró con rapidez de uno a otro. Estaba más receloso y más contrariado que antes.

—Os burláis de mí—dijo—. Y si no, decidme todavía: ¿qué ha de seguirse a la llegada del nuevo rey?

—La salvación de los hombres.

—¿De qué?

—De su perversidad.

—¿Cómo?

—Por estos divinos auxilios: la Fe, el Amor, las Buenas Obras.

—Entonces...—Herodes se interrumpió; difícil era comprender qué sen-

timiento reflejaba su mirada—. Entonces—continuó—sois los heraldos de Cristo. ¿No es eso?

Baltasar se inclinó.

—Somos sus siervos, ¡oh, rey!

El monarca agitó de nuevo la campanilla, y apareció el paje.

—Trae los presentes—dijo el soberano.

Salió el siervo, volvió al momento y, arrodillándose ante los Magos, ofreció a cada uno un manto escarlata y azul y un cinturón de oro. Ellos agradecieron los obsequios con postraciones y reverencias orientales.

—Una palabra todavía—exclamó Herodes cuando terminó la ceremonia—. Al oficial de la puerta, y a mí mismo hace un momento, habéis hablado de una estrella que visteis en Oriente.

—Sí—dijo Baltasar—, su estrella; la estrella del recién nacido.

—¿En qué época se os apareció?

—Cuando nos fué ordenado ir a buscarlo.

Herodes se levantó, significando que la audiencia había concluído. Descendió del trono y, acercándose a ellos, díjoles muy amablemente:

—Si, como creo, ¡oh, ilustres varones!, sois, en efecto, los heraldos del Cristo que acaba de nacer, os diré que consulté esta noche con los más versados en las cosas judías y me dijeron, unánimes, que debe nacer en Belén de Judea. Yo os digo, pues: id allá, id a buscar al tierno infante y, cuando le hayáis encontrado, volved para que yo pueda acudir a adorarlo. Podéis ir sin que se os oponga el menor obstáculo ¡La paz sea con vosotros!

Y envolviéndose en su manto, abandonó la estancia. Inmediatamente apareció el guía y volvió a acompañarlos hasta el jan, a cuya puerta exclamó impetuosamente el griego:

—Vamos a Belén, hermanos, como nos aconsejó el rey.

—Sí—gritó el indio—; el Espíritu arde dentro de mí.

—Sea así—añadió Baltasar con igual entusiasmo—. Los camellos están dispuestos.

Dieron unas monedas al guardián, subieron a sus literas y se hicieron indicar el camino del Portal de Belén, poniéndose en marcha. Al llegar, las puertas estaban abiertas y salieron al campo libre, emprendiendo el camino que poco hacía recorrieran José y María. Cuando pasaron el Hinnom, en la llanura de Rephain, vieron aparecer en el horizonte una luz, al principio débil y lejana; la luz tornóse intensísima en un instante, obligándoles su brillo a cerrar los ojos. Cuando volvieron a mirar, la estrella, bella como ninguna otra, se inclinaba y se movía ante ellos como guiándolos. Y juntaron sus manos, regocijáronse y exclamaron con imponderable alegría:

—¡Dios está con nosotros! ¡Dios está con nosotros!—repitieron enaje-

nados este grito durante todo el camino hasta que la estrella se detuvo, elevándose sobre el valle al otro lado del pantano Elías, encima de una casa situada en la cumbre de la colina próxima a la población.

## CAPÍTULO XIV

### LOS MAGOS ENCUENTRAN AL NIÑO

Era al principio de la tercera vela. El alba asomaba tras las cimas de los montes por Oriente, pero su luz era aún tan débil que la noche envolvía al valle con sus sombras. El vigilante guardián, en la azotea del antiguo jan, y temblando de frío, estaba escuchando los primeros distintos sonidos con que la vida, despertándose, saluda al día, cuando una luz vino a posarse sobre la colina y cerca de la casa. Pensó que era una antorcha que alguien llevaba en la mano; en seguida creyó que era un meteoro; la luz crecía, no obstante, hasta convertirse en estrella. Sorprendido, gritó, y a sus voces acudió a la azotea cuanta gente se cobijaba en el jan. El fenómeno seguía acercándose con movimientos excéntricos, y las rocas, los árboles y el camino brillaban a su resplandor como iluminados por luz deslumbradora. De repente su claridad hízose irresistible. Los más tímidos de los espectadores cayeron de rodillas y oraron con los rostros ocultos; los más osados, cerrando los ojos, se humillaron, y lanzaban de vez en cuando miradas furtivas. Poco después el jan quedó alumbrado por intolerable fulgor. Los que se arriesgaron a mirar vieron la estrella fija sobre el edificio y frente a la puerta de la gruta en que había nacido el Niño.

En lo más culminante de esta escena, llegaron los tres Magos y desmontaron a la puerta, solicitando entrada. Cuando el guardia pudo dominar su terror acudió a su encuentro, quitó la tranca y abrióles. Los camellos semejaban espectros a aquella luz, y aparte del aspecto extraño de los tres visitantes, había en sus caras y maneras tal vehemencia y exaltación, que excitaron aun más y más los temores y el aturdimiento del guardián, quien retrocedió y no acertaba a responder a la pregunta que uno de los extranjeros le hizo:

—¿No es esta Belén de Judea?

Pero llegaron algunos, y con su presencia recobró la serenidad.

—No; éste es el jan. La ciudad está más allá.

—¿No hay aquí un niño recién nacido?

Los circunstantes se miraron entre sí con asombro, y varios repusieron:

—Sí, sí.

—¡Enseñádnoslo!—dijo el griego, impaciente.

—¡Enseñádnoslo!—replicó Baltasar—. Porque nosotros hemos visto su estrella, esa misma que se halla sobre la casa, y venimos a adorarlo.

El indio apretó sus manos, exclamando:

—¡Dios vive, en efecto! Daos prisa, daos prisa. ¡Ya hemos encontrado al Salvador!

La gente de la azotea descendió y siguió a los extranjeros en dirección a la gruta, atravesando los patios y establos. Cuando llegaron ante la puerta, la estrella comenzó a elevarse, y al trasponer el umbral desapareció. A los testigos de lo que acaecía no les quedó duda alguna de que existía una divina relación entre la estrella y los extranjeros, relación que se extendía también algo a los habitantes de la gruta. Cuando la puerta se hubo abierto, la multitud se precipitó por ella. El departamento estaba alumbrado por una linterna lo bastante para que los extranjeros pudieran distinguir a la Madre y al Niño despierto sobre su regazo.

—¿Es tu Niño?—preguntó Baltasar a María.

Y ella, que había observado atentamente todos los pormenores de la escena, afectando no darles importancia, pero ponderándolos en su corazón, que se incendió de luz celeste, dijo:

—Es mi Hijo.

Y ellos cayeron de hinojos y le adoraron.

Vieron que el Niño era como los demás niños; no rodeaba su cabeza nimbo de luz ni material corona; sus labios abiertos no pronunciaban palabra; si oía sus expresiones de entusiasta alegría, sus invocaciones, sus plegarias, no hacía señal ninguna para demostrarlo. Como un nene cualquiera, fijábase más en la llama de la linterna que en ellos. Levantáronse, se dirigieron a sus camellos y volvieron llevando presentes de oro, incienso y mirra, que depositaron reverentes ante el Niño, sin cesar en sus exclamaciones de adoración, convencidos de que la adoración pura de un corazón puro era entonces lo que es ahora y lo que ha sido siempre: un agradable sueño. ¡Y Aquél era el Salvador que habían venido a buscar desde tan lejos!...

Sin embargo, ellos le adoraban sin titubear.

¿Por qué?

Su fe se afirmaba con las señales que les había facilitado quien, desde entonces, consideramos como el Padre; y ellos confiaban tanto en que sus promesas eran del todo suficientes, que ni se les ocurrió preguntar cómo las cumpliría. Pocos eran los que habían visto las señales y oído las promesas: la Madre y José, los pastores y los Magos, y todos ellos creyeron ciega-

viente que en aquel período del plan de salvación, Dios lo era todo y el Niño nada; pero, dirigiendo la mirada más adelante, ¡oh, lector!, llegaría el tiempo en que todo dependería del Hijo. ¡Felices los que entonces creyesen en Él!...

Aguardemos esa época.

# LIBRO SEGUNDO

"...Hay una llama
en todo humano ser, celeste y pura,
motora de las más altas empresas,
vehemente, audaz, activa, inextinguible,
cuya sola fatiga es el reposo."

BYRON.—CHILDE HAROLD.

## CAPÍTULO PRIMERO

### JERUSALÉN BAJO LOS ROMANOS

EXIGE la narración que pasemos por alto veintiún años, trasladándonos a los comienzos de la administración de Valerio Grato, el cuarto gobernador imperial de la Judea, período memorable por las agitaciones políticas de que fué teatro Jerusalén, iniciándose con ellas realmente la contienda final entre judíos y romanos.

En el intervalo que saltamos, la Judea había sufrido cambios importantes de todo orden, pero en ninguno tanto como en lo concerniente a su situación política. Herodes el Grande había muerto al siguiente año del nacimiento del Niño, y murió de un modo tan miserable, que el mundo cristiano tuvo razón para creer que había sido castigado por la cólera divina. Soñó en ser el fundador de una dinastía, como acontece a los grandes gobernantes que consumen su vida en perfeccionar el poder por ellos creado, y así transmitió su trono y su corona a su hijo Arquelao, dividiendo su territorio entre éste y sus hermanos Antipas y Felipe. El testamento fué necesariamente refrendado por el emperador Augusto, quien ratificó todas sus providencias con una sola excepción, la de rehusar al hijo predilecto de Herodes el título de rey hasta que probase suficientemente su capacidad y

lealtad; en su lugar lo nombró etnarca, fijando en nueve años la duración de su gobierno y desterrándolo al cabo de ellos a las Galias, convencido de su inhabilidad y en castigo de sus desaciertos en la dirección de los turbulentos elementos judaicos.

No contento con deponer a Arquelao, castigó al pueblo de Jerusalén convirtiendo la Judea en provincia romana incorporada a la prefectura de Siria, lo cual hirió en lo más vivo el orgullo de los hebreos. De este modo, en vez de un rey gobernando soberanamente desde el palacio habitado por Herodes en Monte Sión, la ciudad cayó en manos de un empleado secundario, de un agregado consular denominado procurador, y el cual se comunicaba con Roma, por intermedio del legado de Siria, residente en Antioquía. Para hacer más dolorosa la herida, no se permitió al procurador la residencia en Jerusalén, estableciéndose la sede del Gobierno en Cesárea. Sin embargo, la humillación mayor, la que más exasperó a los judíos, la más comentada, fué la de incorporar a Samaria, la más odiosa y despreciable región del mundo, a la Judea, para que formase parte en adelante de la misma provincia. ¡Qué dolor para los hipócritas fariseos, tan orgullosos de sus prerrogativas, el de verse pospuestos y burlados por los santones de Gerizim ante el procurador en Cesárea!...

En medio de tanta vejación, un consuelo, solamente uno, quedaba todavía al pueblo. El sumo pontífice ocupaba el palacio de Herodes en la plaza del Mercado, y conservaba allí un simulacro de corte. Fácil es colegir la importancia y extención de su verdadera autoridad. El derecho de vida y muerte estaba reservado al procurador; la justicia era administrada en nombre y de acuerdo con las decretales de Roma; y lo que era aun más significativo: en la real mansión estaban establecidas las oficinas de administración, viviendo en la morada misma y con el sumo sacerdote el oficial aforador y toda su cohorte de asistentes, siseros, registradores, publicanos, recaudadores, investigadores y espías. Aun así, los soñadores de la futura libertad tenían cierta satisfacción en el acto de que el principal morador del palacio fuera un judío. Su sola presencia, día tras día, les recordaba promesas de los profetas y las épocas en que el mismo Jehová gobernaba las tribus por intermedio de los hijos de Aarón. Era para ellos ese hecho señal cierta de que Dios no les había abandonado, y alimentaban sus esperanzas, soportaban con paciencia la servidumbre y aguardaban siempre la llegada del Hijo de Judá que había de gobernar a Israel.

La Judea fué provincia romana durante más de ochenta años—período suficiente para que los Césares estudiaran la idiosincrasia de aquel pueblo—, tiempo sobrado a los menos para aprender que el hebreo podía ser gobernado pacíficamente siempre que su religión fuese respetada. Procediendo con tal política, los antecesores de Grato habíanse abstenido cuidadosamente de

intervenir por nada en los sagrados ritos y en las prácticas religiosas de sus súbditos. Pero Valerio siguió distinta conducta: casi su primer acto oficial fué deponer a Anás de su dignidad y elevar al sumo sacerdocio a Ismael, hijo de Fabio.

Emanase la decisión de Augusto o procediese directamente de Grato, su impolítica se puso de relieve inmediatamente. Ahorraremos al lector un capítulo de política judía, exponiendo en breves líneas lo principal al respecto, necesario para la mejor inteligencia de este relato. Por aquel tiempo, prescindiendo de examinar su origen, existían en Judea dos partidos: el de los nobles, y el separatista popular. A la muerte de Herodes, los dos se aliaron contra sus tres hijos, pero principalmente contra Arquelao. Del templo al palacio, de Jerusalén a Roma, moviéronle guerra, ya con intrigas o bien con las armas en la mano. Más de una vez, bajo los pórticos del Moria, resonó el grito de los combatientes. Por fin consiguieron que fuera desterrado. Los coligados, sin embargo, perseguían distintos fines. Los nobles odiaban a Joazar, el sumo sacerdote, y en cambio los separatistas eran sus más entusiastas partidarios. Cuando la soñada dinastía de Herodes sucumbió con Arquelao, éste arrastró en su caída a Joazar. Anás, descendiente de Seth, fué elegido de entre los nobles para ejercer el pontificado, lo cual ocasionó la división de los aliados. La elección del sethista puso frente a frente, con manifiesta hostilidad, a ambos bandos.

En el curso de la lucha contra el infortunado etnarca, los nobles creyeron conveniente manifestarse partidarios de Roma, fieles y adictos, pensando en que al derrumbarse aquel sistema político que estaban minando, había de seguirse una nueva organización, en la cual ellos ejercerían la ambicionada supremacía. Por esto sugirieron al César la conversión de la Judea en provincia romana, lo que dió nuevas armas de combate y mayor prestigio al partido popular; pero cuando se decretó la anexión de la Samaria, se separaron del partido los principales personajes, perdiendo casi toda su fuerza moral. No obstante, la minoría que aun quedó, mantuvo su supremacía durante más de quince años en el templo y en la corte, hasta la llegada de Valerio Grato.

Anás, el ídolo de su partido, había usado fielmente de su poder en beneficio de su imperial señor. La torre Antonia estaba ocupada por guarnición romana; guardia romana custodiaba las puertas; jueces romanos administraban la justicia civil y criminal, y el sistema fiscal romano pesaba con su implacable gravamen sobre la ciudad y la campiña. Día por día, hora por hora, de mil distintos modos, el pueblo padecía opresión y vejamen y apreció la diferencia entre la vida de indepencia y la de sujeción. Sin embargo, Anás le mantenía en relativa tranquilidad. Roma no tenía en Judea amigo más sincero que el sumo sacerdote, y bien pronto se dejó sentir su falta.

Entregadas sus insignias a Ismael, el recién investido fué desde el templo a los conciliábulos de los separatistas y se puso a la cabeza de una nueva combinación formada por elementos betusianos y sethistas.

Así quedó sin apoyo el procurador Grato y vió la hoguera que durante quince años habia conservado sus llamas envueltas en la ceniza y como extinguidas. Transcurrido un mes desde la investidura pontifical de Ismael, el romano convencióse de la necesidad de girar una visita a Jerusalén. Cuando desde las murallas los judíos que silbaban y prorrumpían en imprecaciones vieron entrar la guardia romana por la puerta Norte en dirección a la torre Antonia, cuya guarnición habían reforzado con una cohorte completa de legionarios, comprendieron el verdadero objeto de la visita y que el juego podía ser agravado impunemente. Si el procurador consideraba conveniente hacer un escarmiento ejemplar, ¡ay de la primera víctima!

## CAPÍTULO II

### BEN-HUR Y MESSALA

Teniendo en cuenta las anteriores explicaciones, entremos en uno de los jardines del palacio de Monte Sión. Son las doce de un dia de mediados de julio, cuando el calor estival es más intenso.

Limitan el jardín varias construcciones, algunas de dos pisos, por todos sus lados. Sombrean las puertas y ventanas del piso bajo de estos edificios barandales uniformes, y el superior termina en terrazas adornadas y protegidas por fuertes balaustradas. Unense entre sí los edificios por peristilos, que permiten la circulación del viento y dejan admirar las construcciones, apreciando mejor su magnitud y belleza. El arreglo del jardín no es menos agradable a la vista con sus paseos, arbustos y árboles diseminados acá y allá: árboles rarísimos, curiosos ejemplares de palmeras y grupos de algarrobos, albaricoqueros y nogales. En todas direcciones el terreno hállase en declive hacia el centro, donde hay un depósito o laguna circuida de mármol, con pequeñas compuertas, por el cual, distribuyéndose el agua a los distintos senderos, se efectúa el riego y se libra aquel lugar de la aridez predominante en toda la región.

No lejos de este lago había un pequeño estanque que alimentaba un grupo de cañas y adelfas, semejantes a las que crecen en las riberas del Jordán y el mar Muerto. Entre el cañaveral y el estanquito mencionados, sin preocuparse

del sol que deja caer sobre ellos sus rayos a través de la pesada atmósfera. dos adolescentes, uno de diez y nueve años, y otro de diez y siete, poco más o menos, sostienen muy animada conversación.

Ambos son hermosos, y a primera vista se les tomaría por hermanos. Los dos tienen cabellos y ojos negros, rostro moreno y estaturas proporcionadas a sus edades respectivas.

El mayor llevaba la cabeza descubierta. Una túnica suelta hasta las rodillas era todo su traje, además de las sandalias y el manto celeste que dejaba arrastrar negligentemente por el suelo. Sus piernas y brazos desnudos mostraban su epidermis, morena como la del rostro. Sin embargo, cierta gracia de modales, la distinción de sus rasgos fisonómicos y la educación de su voz revelaban su clase. La túnica, de lana suave, gris, orlada de franjas rojas por el cuello y bocamangas, y sujeta a la cintura por un cordón de seda, denunciaba que era romano. Y si en su conversación alguna vez mira con altivez a su compañero y le habla como a inferior, merece excusa por pertenecer a una familia noble aún en Roma, circunstancia que en tal época justificaba toda vanidad. En las guerras formidables que promovieron sus enemigos al gran Julio César, figuró un Messala como amigo de Bruto. Después de Filipo, sin menoscabo de su honor, él y el conquistador se reconciliaron; más tarde, cuando Octavio luchó por el Imperio, Messala le prestó su apoyo. Al ser proclamado Octavio emperador augusto, recordó sus servicios y lo colmó de favores. Entre otras cosas, al ser la Judea convertida en provincia romana, envió al hijo de sus amigos a Jerusalén como oficial aforador o receptor de impuestos en la región, y con este empleo se había quedado, dividiendo el palacio con el sumo sacerdote. El adolescente recientemente descripto era hijo del referido oficial aforador, y recordaba con frecuencia las relaciones de su abuelo con los grandes romanos de la época del primer César.

El compañero de Messala era de constitución menos robusta. Sus vestidos, de fina y blanca tela de lino, estaban cortados a la moda de Jerusalén. Le cubría la cabeza un lienzo sujeto con una cuerda amarilla y arreglado de modo que le caía desde la frente al cuello y a los hombros. Un observador entendido en razas, por el estudio de las facciones más que de los trajes, hubiera descubierto inmediatamente su origen judío. La frente del romano era alta y estrecha; su nariz, delgada y aguileña; sus labios, finos y rectos, y sus miradas, frías y ceñudas. Por el contrario, la frente del israelita era baja y amplia; la nariz, larga y de anchas ventanas; los labios, gruesos, más sobresaliente el superior, que daba sombra al inferior, curvándose en sus ángulos como el arco de Cupido, rasgos que, unidos a la redondez de su barba, a sus grandes ojos y al perfecto óvalo de sus carmíneas mejillas, imprimían a su semblante la dulzura, la energía y la belleza peculiares a su

raza. La hermosura del romano era majestuosa y atildada; la del judío, voluptuosa y exuberante.

—¿No decías que el nuevo procurador debe llegar mañana?

La pregunta procedía del más joven de los dos amigos y había sido hecha en griego, lengua usada entonces preferentemente por la mejor sociedad hebrea, habiendo pasado del palacio al campamento y al colegio, y desde allí, sin que nadie pudiera averiguar cuándo y cómo, al templo mismo.

—Sí, mañana—repuso Messala.

—¿Quién te lo dijo?

—Ismael, el nuevo gobernador de palacio, a quien vosotros llamáis sumo sacerdote, se lo dijo a mi padre anoche. La noticia hubiera sido más digna de fe, te lo concedo, dada por un egipcio, cuya raza ha olvidado en qué consiste la verdad; aun por un idumeo, cuyo pueblo nunca supo en qué consiste la verdad; pero si he de ser veraz por completo, esta mañana vi a un centurión de la Torre, quien me dijo que estaban haciendo los preparativos para su recepción; que los armeros estaban puliendo yelmos y escudos y dorando águilas y esferas; que las habitaciones, tiempo ha deshabitadas, se limpiaban y ventilaban como para un aumento de guarnición: la escolta, probablemente del gran hombre.

No puede darse perfecta idea del modo que fué dada esta respuesta, pues los más delicados matices escapan constantemente al poder de la pluma. La fantasía del lector puede suplir lo que falta recordando que el respeto, como cualidad romana, se había perdido o más bien pasado de moda. La antigua religión había casi dejado de ser una fe para convertirse en una nueva rutina del pensamiento, y su exterioridad sólo se conservaba protegida decididamente por los sacerdotes que hallaban sus servicios en el templo productivos, y por los poetas que no podían dispensarse en sus composiciones de invocar a los dioses lares y penates: ¡hay vates parecidos todavía en nuestra edad! Como la filosofía había usurpado el puesto a la religión, la sátira había llegado a substituir al respeto hasta el extremo de que, en opinión de los latinos, era en todo discurso, y aun en las conversaciones familiares, lo que la sal para la carne y el aroma para el vino. El joven Messala, educado en Roma, de donde había regresado recientemente, adquirió tales costumbres y modales; el movimiento casi inperceptible del párpado inferior, el desdeñoso arrugamiento de la correspondiente aleta nasal y la afectada pronunciación constituían la mejor manera de expresar la idea de general indiferencia; pero más que todo esto, se abusaba de las pausas retóricas destinadas a conseguir que el oyente apreciase y saborease la gracia del punzante epigrama. Tales pausas hizo Messala en su respuesta después de las alusiones al egipcio y al idumeo. El color de las mejillas del joven judío se

obscureció; guardó silencio y contempló distraídamente la profundidad del estanque.

—Nuestra despedida se verificó en este jardín. "La paz del Señor sea contigo", fueron tus últimas palabras. "Los dioses te guarden", contesté yo. ¿Te acuerdas? ¿Cuántos años han pasado desde entonces?

—Cinco—repuso el judío contemplando el agua.

—Pues bueno; tú tienes motivos para estar agradecido... ¿a quién diría yo? ¿A los dioses? ¡Poco importa! Te has desarrollado de un modo asombroso; los griegos te llamarían hermoso; ¡feliz labor de los años! Si Júpiter se conformase con un solo Ganimedes, ¡qué copero harías para el emperador! Dime, ¿por qué te interesa la llegada del procurador?

Judá fijó sus ojos en su interlocutor. Su mirada era grave y pensativa, penetrando en la del romano, contemplándolo mientras replicaba:

—Sí, cinco años. Recuerdo la despedida. Te fuiste a Roma. Al verte partir lloré, porque te quería. Los años han pasado, y vuelves a mi lado perfecto y fastuoso; no me chanceo, y, sin embargo..., sin embargo, yo prefería al Messala que se fué.

Las ventanillas de la fina nariz del romano se contrajeron con un movimiento irónico, y con voz más afectada que antes prosiguió:

—No; no Ganimedes: oráculo resultas, Judá. Unas cuantas lecciones de mi maestro de retórica, establecido cerca del Foro (te daré una recomendación para él cuando seas lo bastante discreto para seguir el consejo que recuerdo te di hace poco), alguna práctica en el arte de los misterios, y Delfos te recibirá como recibiría al mismo Apolo. Al sonido de tu voz solemne, la Pitia acudirá a ti con su corona. Seriamente, ¡oh, amigo mío! ¿En qué me diferencio del Messala de hace cinco años? En una ocasión escuché al más grande de los lógicos del mundo, y a propósito de la discusión dijo estas palabras, que quedaron grabadas en mi memoria: "Antes de contestar a tu antagonista, procura comprender bien su pensamiento." Haz, pues, que yo te comprenda.

El hebreo se ruborizó ante la mirada cínica del romano, pero repuso con firmeza:

—Veo que has aprovechado el tiempo y recibido de tus maestros mucha ciencia y muchas mercedes. Hablas con la facilidad de un maestro, pero tu palabra lleva consigo su aguijón. Mi Messala, cuando se despidió de mí, no tenía veneno; por nada del mundo hubiera herido la susceptibilidad de un amigo.

El romano sonrió, como si fuese un cumplido el reproche de su compañero, y más orgullosamente irguió su cabeza patricia.

—¡Oh, mi solemne Judá...! Deja ese tono de pitonisa y dime lisa y llanamente: ¿en qué te he ofendido?

El otro dió un suspiro y dijo jugando con la cuerda que le ceñía la cintura:

—En esos cinco años yo también estudié algo. Hillel no podrá valer tanto como el lógico a quien escuchaste, y Simeón y Samuel no dudo que serán inferiores a tu maestro vecino del Foro. Su ciencia no va por caminos prohibidos; pero de ellos se adquiere el conocimiento de Dios, de la ley y de la historia de Israel, y el reconocimiento, el respeto y el amor para cuanto a ellos se refiere. Frecuentando el Gran Colegio y reflexionando, sobre todo lo que en él he oído, he llegado a comprender que la Judea actual no es la Judea de otro tiempo, comprendiendo bien la diferencia que existe entre un reino independiente y una provincia esclavizada como es la nuestra. Sería yo más vil y más abyecto que un samaritano si no lamentase la decadencia de mi país. Legalmente, Ismael no es el sumo sacerdote, y no podrá serlo mientras el noble Anás viva. Sin embargo, es un levita; uno de aquellos que, por miles de años, se dedicaron a servir al Señor Dios de nuestra fe, adorándolo. Su...

Messala le interrumpió con sarcástica risa.

—¡Oh, ahora te comprendo! Tú dices: Ismael es un usurpador; pero prestar mayor fe a un idumeo que a uno de vuestros levitas, resulta injurioso para un judío. ¡Por el borracho hijo de Semele! ¡Lo que sois los hebreos! Todos los hombres y todas las cosas, hasta el cielo y la tierra, cambian; pero un judío, jamás. Para él no existe pasado ni futuro; es lo que fueron sus antepasados desde el principio. Describo un círculo en la tierra; helo ahí, y dime: ¿qué otra cosa es la vida de un judío? Da y vuelve a dar vueltas al círculo, y siempre hallarás lo mismo. ¡Aquí Abraham, más allá Isaac y Jacob, y Dios en medio...! Y el círculo—¡por el Tonante!—, el círculo resulta demasiado grande. Lo dibujo otra vez...

Se bajó, apoyó el pulgar en el suelo, y con el índice, a guisa de compás, trazó otra circunferencia más reducida.

—Mira: la huella del pulgar es el templo, y la línea trazada por el índice la Judea. Fuera de este reducido espacio, ¿hay algo que valga? ¡Las artes! Herodes era un arquitecto. Fué desdeñado. ¡Pintura! ¡Escultura! Admirarlas es pecado. La poesía la habéis encadenado a los altares. Excepción hecha de la sinagoga, ¿dónde ejercitáis la elocuencia? En la guerra os sucede que cuanto conquistasteis en seis días, lo perdisteis en el séptimo. Tal es vuestra limitada vida. ¡Y aún quieres que no me ría! Satisfecho con el culto de tal pueblo, ¿qué es vuestro Dios comparado con el romano Jove, que nos presta sus águilas para que nuestros soldados conquisten el mundo? Hillel, Simeón, Samuel, Abtalión, ¿qué significan ni valen ante los maestros que enseñan que todo lo que puede aprenderse es digno de ser aprendido?

El judío se levantó con el rostro vivamente encendido.

—¡No, no, Judá, siéntate, siéntate!—exclamó Messala tendiéndole las manos.

—Te burlas de mí.

—Escúchame un momento todavía. Pronto—el romano sonrió sarcástico—, pronto acudirán a mi Júpiter y su familia toda, griega y latina, como de costumbre, y acabarán con la seriedad de mi conversación. Estoy reconocido a tu bondad, que te ha impulsado a venir de la antigua casa de tus padres para darme la bienvenida y renovar la amistad infantil que nos profesamos. "Id—dijo mi maestro en su última lección—; id, y si queréis hacer grandes vuestras vidas, recordad que Marte reina y que Eros ha recobrado la vista." Significaba de este modo que el amor no es nada y la guerra lo es todo. Así en Roma el casamiento es el primer escalón del divorcio; la virtud es una mercancía. Al morir Cleopatra, nos legó sus retrecherías y su herencia la ha vengado; tiene una sucesora en casa de cada romano. El mundo corre por el mismo camino, y hoy, como para nuestro porvenir, Eros cayó y Marte se ha levantado. Voy a ser soldado; y tú, ¡oh, Judá...!, te compadezco: ¿qué puedes ser tú?

El judío se aproximó al estanque: Messala, ahuecando sus sentencias, siguió:

—Sí, te compadezco, mi lindo Judá. Del colegio a la sinagoga; después al templo; más tarde, ¡meta gloriosa!, un asiento en el sanedrín. Vida sin encantos ni... ¡los dioses te ayuden! En cambio, yo...

Judá lo contempló en este momento y vió la llama del orgullo encender sus mejillas y resplandecer en sus ojos, mientras continuaba diciendo:

—En cambio, yo... ¡Ah! El mundo no está todo conquistado. El mar tiene islas desconocidas. Al Norte existen gentes bárbaras. La gloria de seguir el camino emprendido por Alejandro hasta el Extremo Oriente nos brinda nuevos laureles. Mira cuántos caminos tiene ante sí un romano.

Tras un momento de pausa, reanudó sus incoherencias de este modo:

—Una campaña en Africa; otra contra los escitas; luego una legión. Aquí termina la ambición de la mayoría, pero yo aspiro a más. Yo... ¡por Júpiter! ¡Qué concepción! Cederé mi legión por una prefectura. Piensa en la vida de un romano con dinero: dinero, vino, mujeres, deportes, poetas en los banquetes, intrigas en la corte y dados todo el año. Así puedo terminar mi vida: una buena prefectura, y realizo mis ensueños. ¡Oh, Judá! He aquí la Siria. Judea es rica. Antioquía es una capital digna de los dioses. Sucederé a Cirenio, y tú, tú compartirás mi fortuna.

Los sofistas y los retóricos, que atraían las multitudes romanas y deslumbraban a la muchedumbre, casi monopolizando la instrucción de la juventud patricia, habrían aprobado las palabras de Messala reconociendo en ellas la mayor parte de sus enseñanzas. Al joven judío, sin embargo, produjéronle la

impresión de novedades distintas de la elevación del estilo y de la seriedad de discursos y conversaciones a que estaba acostumbrado. Por otra parte, pertenecía a una raza cuyas leyes y manera de pensar proscriben la sátira y la ironía, y, naturalmente, escuchó a su amigo, primero con sorpresa, luego con desdén y más tarde indeciso acerca del partido que debía de tomar. Desde el principio se había sentido mortificado por el aire de superioridad adoptado por su amigo; irritóle en breve y, al fin, se le hizo insoportable. Para el judío del período herodiano, el patriotismo era una pasión salvaje apenas disimulada por la placidez de su rostro, y tan estrechamente unida a su historia, a su religión y a su Dios, que al herir a aquél, sangraban éstos. Así, el discurso de Messala fué, en progresión ascendente, cruel tortura para su interlocutor, quien, al llegar a este punto, dijo con forzada sonrisa:

—He oído decir que hay pocos que permitan burlas respecto a su porvenir, y me he convencido, oh, Messala, que yo no soy de esos.

El romano le observó un instante; luego prosiguió:

—¿Por qué no tomar la verdad en broma o bajo la forma de parábola? La gran Fulvia fué a pescar el otro día; cogió más peces que todos sus compañeros juntos, y, según dijo, fué porque doró el barbo de su anzuelo.

—Entonces ¿no era una simple burla?

—Ya veo, Judá, que no te ofrecí bastante—contestó el romano vivamente y con los ojos centelleantes—. Cuando sea prefecto y domine en Judea, te haré sumo sacerdote.

El judío se desvió enojado.

—No me abandones—dijo Messala.

El adolescente se detuvo indeciso.

—¡Por los dioses, cómo pica el sol, mi querido Judá!—exclamó el patricio observando su perplejidad—. ¡Vamos a la sombra...!

Judá contestó finamente:

—Mejor será que hagamos otra cosa: separarnos. Buscaba un amigo y he encontrado un...

—Un romano—le interrumpió con viveza Messala.

El judío apretó los puños; pero haciendo un esfuerzo para dominarse, se alejó. El otro levantóse, se echó el manto sobre los hombros y siguióle; cuando le alcanzó, puso una mano sobre el hombro de su amigo y caminó a su lado.

—De esta manera, con mi mano alrededor de tu cuello, solíamos pasear cuando niños. Sigamos así hasta la puerta.

En la apariencia mostrábase Messala serio y bondadoso, aunque sin lograr borrar de su rostro la habitual expresión satírica. Judá permitió la familiaridad.

—Eres un niño y yo soy un hombre; permíteme que hable como tal.

El tono benévolo del romano era producto de su soberbia. Mentor acon-

sejando al joven Telémaco no podría haberse expresado con mayor desenvoltura.

—¿Crees en las Parcas? ¡Ah! Recuerdo que eres saduceo; los esenios son los más sensatos de entre vosotros; creen en las Hermanas. También yo. ¡Cómo les place a las tres interponerse en nuestro camino! Me siento a formar planes o recorro caminos distintos... ¡por Pólux!; precisamente, cuando creo coger el mundo con mi mano, oigo tras de mí el chirrido de sus tijeras; me vuelvo a mirar y allí está la maldita Atropos. Pero, Judá, ¿por qué te encolerizaste cuando te hablé de suceder a Cirenio? Pensaste que pretendía enriquecerme saqueando a Judea, ¿no es así? Bueno, supongámoslo; es lo que haría cualquier romano. ¿Y por qué yo no?

Judá acortó el paso.

—Otros extranjeros dominaron Judea antes que los romanos—dijo levantando la mano—. ¿Dónde están, Messala? Ella les ha sobrevivido. Lo que ha sucedido, sucederá todavía.

Messala repuso con hinchado tono:

—Las Parcas tienen creyentes fuera de los esenios. ¡Bienvenido, Judá, bienvenido a la fe!

—No, Messala; no me cuentes entre ellos. Mi fe descansa en la piedra que fué el fundamento de la fe de mis antepasados, desde antes que Abraham: en las promesas del Señor Dios de Israel.

—Demasiado fuego, Judá. ¡Cómo te hubiera reprochado tanto apasionamiento, si te hubiese escuchado, mi maestro de retórica! Tenía que decirte otras cosas, y tengo miedo ahora de decírtelas.

Anduvieron unos cuantos pasos en silencio, y el romano habló de nuevo:

—Creo que puedes oirme ahora, tanto más cuanto que lo que tengo que decirte te concierne más especialmente. Deseo servirte, ¡oh, bello rival de Ganimedes!; deseo serte útil con buena voluntad. Te quiero todo lo que soy capaz de querer. Te dije que intento ser soldado. ¿Por qué no me imitas? ¿Por qué no sales del estrecho círculo en que te encierran, como te he demostrado hace un momento, tus leyes y costumbres?

Judá no replicó, y Messala prosiguió diciendo:

—¿Quiénes son los sabios en nuestros días? No los que agotan su pensamiento, discutiendo sobre cosas muertas, sobre Baal, Jove o Jehová, sobre filosofías y religiones. Cítame un hombre célebre, Judá, y te permito que vayas a buscarlo donde quieras: a Roma, a Egipto, al Oriente o aquí en Jerusalén. ¡Que me trague Plutón si no pertenece el que encuentres a un hombre que conquistó su fama con los materiales que proporcionó el presente; que nada de cuanto contribuyese a su propósito consideró sagrado, y que nada despreció por el logro de sus proyectos! ¿Qué hizo Herodes? ¿No obraron así los Macabeos? ¿Hicieron otra cosa el primero y el segundo de los Cé-

sares? Imitémosles. Principia ahora. Roma te prestará ayuda para ello del mismo modo que ayudó al idumeo Antipatros.

El judío se estremeció de rabia, y como la puerta del jardín hallábase cerca, apresuró el paso, deseoso de separarse de su amigo.

—¡Oh, Roma, Roma!—murmuró.

—Sé juicioso—prosiguió Messala—. Deja las tonterías de la tradición y de Moisés, y examina la situación como realmente es. Mira de frente a las Parcas, y ellas te dirán que Roma es el mundo. Pregúntales qué es la Judea, y te responderán: "Será lo que plazca a Roma."

Estaban ya junto a la puerta. Judá se detuvo, separó de sus hombros el brazo del romano, y mirándole con los ojos preñados de lágrimas, dijo:

—Yo te comprendo, porque eres romano; pero tú no puedes comprenderme, porque soy israelita. Me has hecho sufrir mucho porque me he convencido hoy de que ya nunca podremos ser los amigos que fuimos... ¡Jamás! Separémonos. La paz del Dios de mis padres sea contigo.

Messala le tendió la mano; el judío traspasó el cerco. Cuando se hubo ido, el romano meditó un instante; luego salió también del jardín, y dijo para sí, irguiendo su cabeza

—Así sea. Eros ha muerto; Marte impera.

## CAPÍTULO III

### UN HOGAR HEBREO

Desde la puerta de la ciudad sagrada, situada donde actualmente se halla la de San Esteban, partía hacia Occidente, y paralela a la fachada Norte de la torre Antonia, una calle al nivel del famoso castillo. Siguiéndola hasta el valle Tirópeo, dirigíase al Sur corto trecho y doblaba otra vez a Occidente, llegando muy cerca del sitio donde, según la tradición, existió la Puerta del Juicio, y de allí partía decidida y directamente al Sur. El viajero o el estudioso, familiarizado con la sagrada localidad, reconocerán en la calle descripta la Vía Dolorosa, tan interesante y de tan melancólica memoria para los cristianos como ninguna otra calle en el mundo. No cumple a nuestro propósito describir toda la Vía; basta hacer notar una sola casa de la misma, casa situada en el ángulo mencionado últimamente al cambiar la calle de dirección hacia el Sur, y que merece particular descripción.

El edificio, cuadrangular, tenía, como las casas orientales de más supo-

sición, dos pisos; sus fachadas daban al Norte y al Oeste, y la superficie que ocupaba medía probablemente cuatrocientos pies por cada lado. La calle, al Occidente de la casa, era de unos doce pies de anchura, y la del Septentrión de más de diez; de modo que quien, al pasar junto a las fachadas, hubiera mirado arriba, se hubiera sorprendido del rústico, incompleto y monótono, pero fuerte e imponente aspecto que presentaban sus muros: grandes bloques de piedra sin labrar y amontonados sin trabazón alguna entre sí. Un crítico contemporáneo nuestro hubiera considerado la casa como una fortaleza, a no ser por el mayor adorno de las ventanas y la elegancia de las puertas o portones. Las ventanas occidentales eran cuatro, las del Norte sólo dos, todas a la altura del segundo piso y sobresaliendo de la pared un tanto. Las puertas eran las solas aberturas de la muralla en el piso bajo, y además de cubiertas de clavos y defendidas por barras de hierro como para resistir un ariete, estaban protegidas por cornisas de mármol hermosamente ejecutadas y de tan atrevidas proporciones, que indicaban con claridad al visitante conocedor de las costumbres judaicas que el dueño de la casa era un saduceo en política y en religión.

No mucho después de haberse apartado el joven judío del romano a la puerta de los jardines del palacio, se detuvo ante el portal occidental de la casa descrita y llamó. Abriéronle el postigo (una puertecilla situada en una de las hojas del portón), y pasó sin corresponder al respetuoso saludo del portero.

Para tener idea de la distribución interior de la casa, así como para averiguar qué más sucedió al joven, hay que seguirle.

El pasillo por donde se había internado no parecía otra cosa que un estrecho túnel con las paredes de madera y la bóveda agujereada. A ambos lados veíanse bancos de piedra pulimentados por el continuo uso durante mucho tiempo. A los doce o quince pasos desembocaba en un patio interior rodeado de pórticos en el piso bajo y terminado el superior con una terraza defendida por fuerte balaustrada. Era de figura oblonga: de Norte a Sur, la parte más larga. Los sirvientes yendo y viniendo por las galerías superiores; el rumor de los molinos en movimiento; la ropa blanca, balanceándose, colgada en cuerdas a secarse; los polluelos y pichones jugueteando alegremente; las cabras, las vacas, los asnos y los caballos, en las columnatas inferiores, y un gran pilón de agua que indicaba claramente el destino de corral que se daba al patio, saltaban a la vista desde el primer momento. Por la parte oriental había otro pasillo, perforando también el muro, exactamente igual al primero.

Atravesando el segundo pasaje entró el joven en otro patio espacioso, cuadrado, con arbustos y parras, al cual daba belleza y frescura una fuente de mármol situada al Norte. Los pórticos en éste eran más altos, sombreados

por toldos a listas blancas y rojas, y las columnas semejaban mástiles cubiertos de follaje. Una escalinata en el costado Sur conducía a las terrazas, protegidas por grandes toldos de los rayos solares. Otra escalera conducía del terrado a la azotea, cuyos bordes en todo el circuito estaban limitados por un parapeto o barandilla de ladrillos rojos. Por todas partes se observaba gran limpieza, cuidado exquisito que no permitía amontonarse el polvo ni toleraba una hoja seca en las plantas, contribuyendo así a acentuar la impresión deliciosa general que daba alta idea al visitante de la cultura de la familia moradora de aquella mansión.

El joven dirigióse directamente a la parte de los arbustos, y subió por la indicada escalera a las galerías del piso superior, o sea al terrado, cuyo suelo estaba pavimentado con piedras blancas y negras muy relucientes. Separó la cortina que tapaba una puerta al lado Norte y penetró en una estancia, que quedó en la mayor obscuridad al caer de nuevo el toldo. Sin embargo, se dirigió sin vacilar hacia un diván y tendióse en él boca abajo, sosteniendo su frente con las manos cruzadas.

A la caída de la tarde, una mujer llegóse ante la puerta y dió una voz; contestóle él y entró.

—La cena está dispuesta, y se ha hecho de noche. ¿No tienes hambre, hijo mío?—preguntó.

—No—contestó él.

—¿Estás enfermo?

—Tengo sueño.

—Tu madre ha preguntado por tí.

—¿Donde está?

—En el cenador de la azotea.

Tranquilizóse y se incorporó.

—Muy bien; tráeme algo que comer.

—¿Qué quieres?

—Lo que quieras, Amrah. No estoy enfermo, pero todo me es indiferente. No me parece ahora la vida tan agradable como esta mañana. Un dolor nuevo, Amrah; calcula tú que me conoces tan perfectamente y siempre has estado junto a mí, lo que puede sustituir a los manjares y a los medicamentos. Tráeme lo que quieras.

Las preguntas de Amrah, solícitas, hechas en voz baja y simpática, indicaban las relaciones existentes entre ambos. La mujer tocó con su mano la frente del joven y, satisfecha de su examen, se fué diciendo:

—Veré.

Al momento volvió, llevando sobre una fuente de madera una escudilla con leche, varias rebanadas de pan blanco, un delicado pastel de trigo tritu-

rado, una ave asada, miel y sal. En un extremo de la bandeja había un vaso de plata lleno de vino, y en el otro una lamparilla de bronce encendida.

Alumbrada la habitación dejó ver sus paredes estucadas; el techo, cruzado de vigas de encina, manchadas y ennegrecidas por la acción del tiempo y por la lluvia; el suelo, empedrado de piedrecitas azules y blancas, muy firmes y muy conservadas; algunas sillas, cuyas patas semejaban garras de león; un diván bajo, tapizado de azul y en parte cubierto con un gran manto de lana blanca; en resumen: un dormitorio hebreo.

La misma luz dejó ver también a la mujer; acercando una silla al diván, puso sobre ella la bandeja con su contenido, y se arrodilló para servirle. Parecía tener cincuenta años; su tez era obscura; sus ojos negros estaban en aquel momento dulcificados por una mirada de ternura casi maternal. Cubría su cabeza un blanco turbante, que dejaba al aire sus orejas y en ellas los signos que revelaban su condición: un orificio hecho con una gruesa lezna. Era una esclava de origen egipcio, a quien ni el sagrado año quincuagésimo hubiera podido devolver la libertad; bien que ella tampoco la hubiera aceptado, porque el adolescente a quien atendía era el encanto de su existencia: le había criado desde recién nacido, atendido en la pubertad, y servíale en la adolescencia, no pudiendo dejar de servirle. Para ella no sería nunca considerado como un hombre.

Sólo una vez habló él durante la comida.

—¿Te acuerdas, Amrah—dijo—, de aquel Messala que solía venir a visitarme algunos días en otro tiempo?

—Me acuerdo.

—Se fué a Roma hace algunos años, y ha vuelto ahora. He ido a verle hoy.

Un estremecimiento de disgusto recorrió su cuerpo.

—Comprendí que algo te había sucedido—exclamó ella con solicitud—. Nunca me agradó Messala. Cuéntamelo todo.

Pero él se había entregado a sus reflexiones, y a las reiteradas instancias de Amrah, sólo repuso:

—Está muy cambiado, y todo ha concluído entre nosotros.

Cuando la sirviente se fué con el servicio, él también abandonó la estancia y subió a la azotea.

Presumo que el lector sabe algo de los usos a que se destina en Oriente la parte superior de las casas. El clima es el supremo legislador de las costumbres en todas partes. El estío obliga en Siria a buscar de día la sombra de los pórticos, y les hace, en cuanto el sol se oculta tras los montes como velo que cubre a los cantores circenses, lanzarse a sitios elevados, descubiertos, y así convierten la azotea en dormitorio, sala de reunión, de música, de baile, de meditación y de oraciones. Las mismas razones que, en los climas

fríos, obligan a cuidar del decorado interior de las habitaciones, inducen en Oriente a embellecer las azoteas. Los parapetos ordenados por Moisés constituían un primor del arte cerámico; sobre ellos se levantaron más tarde torres lisas y fantásticas; después, reyes y príncipes adornaron sus azoteas con cenadores de mármol y oro. Cuando los babilonios establecieron sus jardines colgantes no tuvieron, pues, que hacer grandes esfuerzos de inventiva.

Cruzando lentamente la azotea, se dirigió a una torre construída en el ángulo Noroeste del palacio. Si hubiera sido extraño a la casa, hubiera dirigido su vista al edificio—pues no se había aun hecho de noche por completo y podía verse—, masa obscura de piedra, con ventanas enrejadas, coronada por una cúpula. Entró en él, pasando bajo una cortina medio recogida. El interior estaba oscuro, excepto en los cuatro ángulos, por cuyas celosías entraban tímidos los últimos pálidos rayos de sol. En una de dichas aberturas hallábase una mujer reclinada en el cojín de un diván. Sus formas divisábanse confusamente envueltas en blancas vestiduras. Al ruido de los pasos del joven, el abanico de la dama cesó de agitarse, descomponiendo la escasa luz crepuscular los brillantes de que estaba adornado. Se incorporó, sentóse y exclamó:

—¡Judá, hijo mío!

—Soy yo, madre—repuso acelerando el paso.

Llegó a su lado, arrodillóse, y ella le echó los brazos amorosamente al cuello y lo cubrió de besos, estrechándolo contra su corazón.

## CAPÍTULO IV

### LAS COSAS EXTRAÑAS QUE BEN-HUR QUERÍA SABER

Volvió a recobrar la dama su cómoda posición, y se reclinó en el almohadón, mientras el hijo tomaba asiento en el diván a su lado y reclinaba la cabeza en el regazo maternal. Los dos contemplaban el exterior por la celosía, viendo las azoteas vecinas, casi todas más bajas, el cielo azul tachonado de estrellas, y, al Occidente, una masa obscura que sabían eran montañas. La ciudad estaba tranquila. Sólo el viento murmuraba.

—Amrah me ha dicho que te ha sucedido algo desagradable—dijo acariciándole su mejilla—. Cuando mi Judá era niño, le permitía que se incomodase por bagatelas; pero ahora es un hombre. No debe olvidar—y su voz se hizo muy dulce—que un día llegará a ser mi héroe.

Hablaba en un idioma casi desaparecido del haz de la tierra, pero que unos pocos—tan ricos de estirpe como de bienes materiales—conservaban aún en toda su pureza para mejor distinguirse de los gentiles: la lengua en que Rebeca y Raquel arrullaban el sueño de Benjamín.

Las palabras de la mujer parecieron poner otra vez pensativo al joven; sin embargo, después de un instante de silencio, cogió la mano que le abanicaba y dijo:

—Hoy madre mía, he pensado en muchas cosas que nunca habían pasado por mi imaginación hasta el presente. Dime, en primer lugar, ¿qué debo ser yo?

—¿No te lo dije? Debes ser mi héroe.

Judá no podía ver el rostro de su madre, pero comprendió que bromeaba. Se puso más serio.

—Eres muy buena y muy cariñosa, madre mía; nadie me amará jamás tanto como tú.

Besóla y volvióla a besar muchas veces en la mano.

—Creo comprender por qué tratas de esquivar mi pregunta—continuó diciendo—. Hasta ahora mi vida te ha pertenecido en absoluto. ¡Cuán dulce y suave ha sido tu dominio! Querría que pudiera durar siempre, pero no es posible. La voluntad del Señor es que yo sea un día dueño de mí propio (día de separación y, por lo tanto, cruelísimo para tí). Seamos sensatos y animosos. Seré tu héroe, pero ponme en camino de serlo. Conoces la ley: "Todo hijo de Israel debe tener una profesión." Como no estoy exento de cumplirla, pregunto: ¿Debo cuidar ganados, moler los granos, cultivar la tierra o ser sacerdote o doctor? ¿Qué debo ser? Querida y buena madre mía, ayúdame a contestar.

—Gamaliel ha estado hoy predicando—dijo pensativa la madre.

—Puede ser, pero no le he oído.

—Entonces has estado paseando con Simeón, quien, según me han dicho, es el que hereda el talento de sus abuelos.

—No, no lo he visto. Estuve en la plaza del Mercado; no en el templo. Fuí a ver al hijo de Messala.

Cierto cambio en la voz del joven atrajo hacia él las miradas de su madre, cuyo corazón palpitó a impulso de un presentimiento vago.

—¡Messala!—dijo—. ¿Qué puede haberte dicho para turbarte así?

—Está muy cambiado.

—¿Quieres decir que ha vuelto hecho un romano?

—Sí.

—¡Romano!—continuó a media voz—. Para todo el mundo esa palabra significa dominador. ¿Cuánto ha estado ausente?

—Cinco años.

La madre levantó la cabeza y sondeó las tinieblas.

—Las costumbres adquiridas en la Vía Sacra cuadran perfectamente en las calles de Egipto y Babilonia; pero en Jerusalén, en nuestro Jerusalén, persiste el pacto.

Y absorta por este pensamiento, se dejó caer en su asiento. El joven fué el primero en hablar.

—Lo que Messala dijo, madre mía, era bastante mortificante de por sí; pero el modo con que habló lo hacía más intolerable.

—Me parece que te entiendo. Roma, sus poetas, sus oradores, senadores, cortesanos, están locos con esa afectación impertinente que ellos llaman sátira.

—Supongo que todos los grandes pueblos son orgullosos—prosiguió él sin fijarse en la interrupción—; pero el orgullo de ese pueblo es distinto del de los otros, y en estos últimos tiempos ha aumentado de tal modo, que ya apenas si consideran superiores a ellos sus dioses.

—¡Sus dioses superiores a ellos!—repuso la madre vivamente—. Más de un romano ha aceptado que le divinizaran y rindieran culto como a un dios.

—Pues bien; Messala siempre tuvo sus ribetes de orgullo. Cuando era niño le he visto burlarse de extranjeros a quienes hasta Herodes había consentido en recibir, tributándoles honores. Pero siempre había guardado consideraciones con Judea. Por primera vez hoy, en su conversación conmigo, se ha mofado de nuestras costumbres y de nuestro Dios. Como me lo hubieras aconsejado, al oirle me despedí de él para siempre. Y ahora, ¡oh, mi querida madre!, deseo saber si hay, en efecto, motivo real para el desprecio que los romanos nos manifiestan. ¿En qué soy yo su inferior? ¿Es la nuestra una raza más abyecta? ¿Por qué, aun en presencia del César mismo, he de considerarme como esclavo? Dime, sobre todo, ¿por qué si tengo un alma, como creo, no puedo yo aspirar a la conquista de los honores de cualquier orden que sean en este mundo? ¿Por qué no podría yo blandir una espada y seguir la profesión militar? ¿Por qué no podría yo cantar como poeta todos los hechos? Si puedo ser mercader, trabajar los metales, pastorear rebaños, ¿por qué no ser un artista como los griegos? Dime, madre mía, y esto es lo que más me mortifica, ¿por qué no puede un hijo de Israel hacer todo lo que es lícito a un hijo de Roma?

El lector relacionará estas preguntas con la conversación de los jardines del alcázar; la madre, escuchando con todas sus facultades reavivadas por indicios que hubiesen pasado inadvertidos para un oyente menos interesado, por el conocimiento del sujeto, por la intención de las preguntas, tal vez por las inflexiones de la voz, no tardó mucho en hallar idéntica ilación, y levantándose con viveza, exclamó con el mismo tono de voz penetrante que el hijo:

—Comprendo, comprendo. Messala, por sus relaciones y su género de vida, era casi un judío. Si hubiera seguido aquí acaso fuera ahora un creyente. Tanto pueden sobre nosotros las influencias múltiples de nuestras relaciones íntimas, que modifican insensiblemente nuestra vida. Pero los años que ha vivido en Roma han prevalecido en la formación de su carácter. No me sorprende, sin embargo—y bajó la voz—; sin embargo, podía haberte tratado con mayor consideración. Tiene índole miserable y cruel aquel que en la juventud olvida las primeras amistades de la infancia.

Acarició su frente con la mano, y luego introdujo sus dedos en los cabellos del joven, enmarañándolos amorosamente, mientras contemplaba las estrellas más altas. Su orgullo respondía al de su hijo, no como simple eco, sino al unísono y de perfecta conformidad. Quería contestarle; mas, al mismo tiempo, por nada del mundo habría querido precipitarse en dar su respuesta, aventurándose a que no satisficiese a su Judá. Una confesión de inferioridad hubiera podido desanimarle y aniquilar su espíritu para siempre. Dudaba, pues, temiendo entregarse con demasiada confianza en sus propias fuerzas, y repuso:

—La cuestión que planteas es muy ardua para ser tratada por una mujer, hijo mío. Permíteme que suspendamos hasta mañana el tratarla, y consultaremos sobre esto con el sabio Simeón.

—No me envíes al rabino—dijo Judá secamente.

—Lo haremos venir aquí.

—No; quiero algo más que una simple información. Quizá podría él informarme mejor que tú, madre querida; pero tú puedes darme lo que él no puede: la resolución, alma de nuestra alma.

Dirigió al cielo rápida mirada, pidiendo la inspiración para comprender bien todo el alcance de las preguntas que le había dirigido el joven, y exclamó:

—Cuando deseamos que se nos haga estricta justicia, debemos comenzar por hacerla a los demás. Negando al enemigo su importancia, habremos conquistado una triste victoria; y si el enemigo es bastante fuerte para imponer temor y respeto, mayor mérito existe en su vencimiento—aquí titubeó un momento—. No lograremos jamás el respeto en nuestros infortunios acusando a nuestros vencedores de poseer cualidades inferiores a las nuestras...

Así, hablando más para sí que para el joven, principió la madre, prosiguiendo luego:

—Ten, pues, valor, hijo mío; Messala es de noble estirpe; su familia era ilustre hace muchas generaciones. En la época de la república romana (no puedo decirte cuánto tiempo hace) sus antepasados fueron famosos, unos como soldados, otros como ciudadanos. No recuerdo en este momento más que un cónsul de ese nombre; figuraba entre los senadores, por ser patricios que siempre fueron considerados muy opulentos. Si hoy, no obstante, tu amigo se

vanaglorió recordando a sus antecesores, habrías tú podido corresponderle enumerando los tuyos. Si recordó las edades a través de las cuales puede seguirse la huella de su casa, su poderío, su historia, su opulencia (y tales alusiones demuestran la vanidad de un alma mezquina, a no ser impuestas por grandes ocasiones); si habló de ellas en demostración de orgullosa superioridad, habrías podido desafiarlo a un paralelo entre ambas familias.

Recogió un instante su pensamiento y prosiguió:

—Una de las ideas que más sólidamente permanecen en esta época es la de antigüedad como vara para medir la importancia de la nobleza del linaje y de las razas. Un romano, ensalzando vanidoso su superioridad a este respecto sobre un israelita, saldrá siempre abochornado. La fundación de Roma es su origen; el más ilustre de ellos no puede buscar la huella de sus primeros padres en época más remota; pocos lo pretenden, y de esos no hay uno que haya podido presentar pruebas, a no ser fabulosas o basadas en tradición de dudosa verosimilitud. Con seguridad que Messala no podría conseguir más si intentase hacerlo. Y ahora vengamos a nosotros. ¿Podemos remontarnos a época más remota en busca del origen de los Hur?

A haber habido algo más de luz en la estancia hubiérase visto fulgurar la mirada de la madre y colorarse sus mejillas a causa del orgullo que la entusiasmaba.

—Imaginémonos que un romano nos desafiase en ese sentido, yo le contestaría sin vacilación ni jactancia.

Le faltó la voz al evocar un triste recuerdo, que cambió su plan de argumentación.

—Tu padre, ¡oh, mi querido Judá!, reposa con sus padres; pero yo recuerdo como si hubiera sido hoy mismo, el día en que fuimos al templo, a presencia del Señor, en compañía de numerosos amigos alborozados. Sacrificamos las palomas y di tu nombre al sacerdote, quien lo escribió en mi presencia: "Judá, hijo de Itamar, de la casa de Hur." Este nombre fué después transcrito al registro que se llevaba aparte, a efecto de la estadística de la raza, de la santa familia israelita. No puedo decirte—continuó tras brevísima pausa—cuándo principió esta costumbre del registro; se sabe que se practicaba ya antes de nuestra huída de Egipto. He oído decir a Hillel que Abraham fué el primero que le abrió con su propio nombre y el de sus hijos, impulsado por la promesa del Señor, que separó su estirpe de todas las otras y la respetó como la más alta, la más noble, la predilecta entre todas las razas de la tierra. El pacto de Jacob decía lo mismo: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra." Y también dijo igual a Abraham el ángel del Señor que impidió el sacrificio de Isaac: "Y en un descendiente tuyo, serán benditas todas las naciones de la tierra." Y asimismo le había dicho: "A tu descendencia daré esta tierra" Así lo dijo el Señor mismo a

Jacob, mientras dormía en Bethel, en el camino de Harán. Más tarde los rabíes pensaron en efectuar una equitativa división de la tierra prometida, y con objeto de conocer a todos los que tuvieran derecho a beneficiarse del reparto, fué inaugurado el Libro de las Generaciones. Pero no lo fué solamente para eso. La promesa de bendecir a toda la tierra en la descendencia numerosa del patriarca impulsó a efectuar la estadística. No debía omitirse un solo nombre para excluirle de la bendición, por humilde que fuera, puesto que el Señor Dios no hace exclusiones ni distinciones de clase y fortuna. Así, para que la verdad apareciere clara a los ojos de los que debían ser testigos de ello, y para que se pudiese adjudicar la gloria a quien pertenecía, se exigió la inscripción en el registro con escrupulosa exactitud. ¿Ha sido cumplido así?

El abanico se agitó en silencio durante un momento, y el hijo repitió impacientemente la pregunta:

—¿Son absolutamente exactos los registros?

—Hillel dice que lo eran, y nadie está mejor informado que él en este asunto. Nuestro pueblo ha sido, en algunas épocas, negligente en algunos puntos de la ley, pero nunca en ese. El buen rabino ha estudiado el Libro de las Generaciones en sus tres períodos: desde el arca de la Alianza a la construcción del templo; desde entonces al cautiverio, y desde esta época hasta nuestros días. Una vez sólo estaban interrumpidos los anales y esto sucedió hasta el final del segundo período; pero cuando la nación se libró del largo cautiverio, como primer deber para con Dios, Zorobabel restauró los libros, facilitándonos el poder seguir la descendencia de las familias judías por un período entero de dos mil años.

Se detuvo como para dar a su oyente el tiempo de grabar en su memoria cuanto le había dicho, y prosiguió:

—Y ahora, ¿dónde ha ido a parar el orgullo del romano, por lo que respecta a la antigüedad y, por consiguiente, a la mayor nobleza del linaje? Por lo dicho se ve que los hijos de Israel, pastoreando sus rebaños en el monte Rephaim, son mucho más ilustres que los más ilustres de los marcios.

—¿Y yo, madre? ¿Qué soy yo, según el Libro?

—Lo que llevo dicho hasta aquí tiene relación con tu pregunta. Te contestaré. Si Messala se hallase presente te diría, como han dicho muchos, que la exacta huella de tu linaje se perdió cuando los asirios tomaron Jerusalén y destruyeron el templo con todas sus preciosas reliquias; pero tú podrías argüirle que la piadosa labor de Zorobabel ha rehecho las genealogías, y asegurar con toda verdad que la genealogía romana terminó cuando los bárbaros de Occidente entraron a saco en Roma y acamparon por seis meses en la desolada ciudad. ¿Guardaba el Gobierno la historia de los linajes romanos? Y si era así, ¿qué fué de ellos en aquellos luctuosos días...? No, no; la verdad está en nuestro Libro de las Generaciones, y leyéndolos hasta el período

del cautiverio, hasta la fundación del templo, hasta la huída de Egipto, adquirimos la seguridad de que tú desciendes en línea recta de Hur, el compañero de Josué. En materia de descendencia, santificada por la edad, ¿no es grande ce honor? ¿Deseas saber más? Si es así, toma la Tora y abre el Libro de los Números. Setenta y dos generaciones después de Adán, aparece el verdadero progenitor de tu casa.

Se produjo por un rato el silencio en la cámara del cenador.

—Te agradezco, madre mía—dijo al fin Judá estrechando entre las suyas las manos de su madre—, te agradezco con toda mi alma tus palabras. Tenía razón en no querer que llamasen al buen rabino; no hubiera podido satisfacerme más que tú. Sin embargo, para ennoblecer a una familia realmente, ¿basta sólo el tiempo?

—¡Ah, poca memoria, poca memoria! Nuestras pretensiones no se apoyan meramente en el tiempo, sino en la predilección del Señor, que es nuestra principal gloria.

—Estás refiriéndote a la raza, y yo, madre, me refiero a la familia, a nuestra familia. En los años posteriores a nuestro padre Abraham, ¿qué han hecho, qué han realizado? ¿Qué grandes hechos la colocan por cima de sus connacionales?

Titubeó sospechando que había errado el camino. Las informaciones solicitadas acaso tenían algún objeto más que la satisfacción de su orgullo ofendido. La juventud es sólo el pintado caparazón dentro del cual vive esa maravillosa creación: el alma humana, esperando el momento de su aparición, más pronto en unos que en otros. La madre se estremecía al considerar que este momento podría ser el supremo de la vida del joven, y que, como los niños en la cuna tienden sus inexpertas manos para apoderarse del vacío dando gritos, así el espíritu de su hijo, ciego aún, estaba tratando de asir impalpable porvenir. Aquellos a quienes un muchacho pregunta: "¿Quien soy?" y "¿Qué debo ser?", tienen necesidad siempre de la mayor prudencia. Cada palabra de su respuesta podrá ser en su día para el joven lo que la huella de los dedos del escultor para la figura de yeso que está modelando.

—Estoy emocionada, ¡oh, Judá mío!—dijo acariciándole el rostro con la mano que el hijo había cubierto de besos un momento antes—; estoy emocionada, y presiento que todo lo que he dicho ha sido en debate con un adversario más real de lo que supuse. Si Messala es el enemigo, no dejes que le ande buscando en las tinieblas; cuéntame todo lo que te haya dicho.

## CAPÍTULO V

### ROMA E ISRAEL. PARALELO

El joven hebreo refirió entonces su conversación con Messala, recalcando particularmente sus últimas expresiones injuriosas para los israelitas y sus costumbres, así como el estrecho círculo de su vida.

Temiendo aventurar afirmación alguna antes de enterarse de todo, la madre le escuchaba en silencio, reflexionando detenidamente. Judá había ido al parque de palacio, en la plaza del Mercado, llevado de su afecto hacia el antiguo amigo, a quien creía encontrar exactamente como al despedirse de él años antes; encontrólo convertido en un hombre que, en vez de recordarle las diversiones y las alegrías de la infancia, se había ocupado por completo de lo porvenir, hablando de la gloria de los conquistadores, de las riquezas y de la dominación. Inconsciente del efecto que iba a causar, había herido en su amor propio al amigo, y éste regresaba a su casa sobrexcitado, contrariado, pero lleno de ambición. La solícita madre lo comprendió así, y no sabiendo el giro que pudieran tomar las aspiraciones del querido adolescente, llegó a atemorizarse. ¿Acaso le habría hecho dudar de la fe de sus mayores? A sus ojos, este hecho era más terrible que cualquier otro. No pudo encontrar sino un camino para evitarlo, y por él se lanzó con toda su alma, inflamada de amor a tal extremo, que su palabra tuvo energías masculinas, y en ocasiones adquirió la inspiración del vate.

—Nunca existió un pueblo—principió—que no se haya creído a sí mismo por lo menos igual a cualquier otro, ni una gran nación, hijo mío, que no se creyese muy superior a las demás. Cuando Roma considera a Israel tan bajo desde su altura, no hace más que imitar la loca soberbia del egipcio, del asirio y del macedonio. Y como ellos escarnecen a Dios, el resultado será el mismo.

Su voz se hizo muy segura.

—No hay ley alguna—continuó—que determine la superioridad de una nación sobre otra; son, pues, necias e inútiles las discusiones al respecto. Un pueblo nace, recorre su camino y muere, ya por su propia culpa o bien por mano ajena. Otro le sucede en el poder, toma posesión de su herencia y escribe nuevos nombres sobre sus monumentos. Tal es la historia eterna. Si me fuera preciso simbolizar a Dios y a los hombres, en sencilla forma trazaría una línea recta y una circunferencia, y diría de la línea: "Este es Dios, porque no tiene principio ni fin y puede prolongarse indefinidamente." Y diría

del círculo: "Este es el hombre, y su camino es limitado." No quiero decir con esto que no existan diferencias importantes entre una y otra nación; no hay dos iguales. La diferencia, sin embargo, no consiste en la extensión de la circunferencia que trazan en su marcha, ni en la porción de tierra que ocupan, sino en la esfera en que realizan su movimiento, de las cuales la más alta es la que se halla más próxima a Dios.

"Si me detuviese en este punto, abandonaría el tema que motiva nuestra conversación, enfrascándome en disquisiciones que no son ahora de nuestro propósito. Dejémoslo. Hay señales evidentes para conocer la altura de la esfera en que actúa cada pueblo. Por ellas comparamos a Roma con Israel.

"La más sencilla de todas estas señales es la vida diaria del pueblo. Sobre esto sólo diré que si Israel ha tenido épocas en que ha olvidado a Dios, Roma no le ha conocido nunca. Por consecuencia, la comparación no es posible sobre este particular.

"Tu amigo o tu antiguo amigo nos echó en cara, si no he entendido mal, que no tengamos poetas, artistas o guerreros; y con esto supongo que pretendió negar que hayamos tenido grandes hombres, que es otra de las más evidentes señales a que aludí. Se necesita para apreciar exactamente el cargo definir primeramente lo que es un grande hombre. Un grande hombre, hijo mío, es aquel cuyos actos todos patentizan que ha sido reconocido, si no impulsado, por Dios. Un persa fué impulsado a castigar a nuestros idólatras padres, reduciéndolos al cautiverio; otro persa fué elegido para conducir a sus hijos a la tierra de Promisión; más grande que todos ellos, sin embargo, fué el macedonio, por cuya intervención fué vengada la ruina de Judea y del templo. El mérito especial de estos hombres consiste en que fueron elegidos por el Señor para cumplir sus providenciales designios: el que fueran gentiles no disminuye su gloria. Recuerda esta definición, mientras continúo: Existe la idea de que la guerra es la más noble ocupación de los hombres y que la más alta grandeza es la de los grandes capitanes. No te seduzca esa opinión. Que debemos venerar algo, es una ley que existirá mientras exista lo inexplicable para nosotros. La plegaria del bárbaro es un aullido de miedo dirigido a la fuerza, la única divina cualidad que puede concebir claramente: de ahí su fe en los héroes. ¿Qué es Jove sino un héroe romano? Los griegos tienen glorias propias, porque han sido los primeros en colocar la inteligencia sobre la fuerza. En Atenas, el orador y el filósofo eran más considerados que el guerrero. El auriga y el corredor ligero son todavía el ídolo del circo; pero las coronas de laurel están aún destinadas al cantor más delicado. Siete ciudades se disputaron la honra de haber sido cuna de un poeta. Pero ¿fué la Hélade la primera en renegar de la antigua fe bárbara? No, hijo mío; esa gloria nos pertenece. Contra el barbarismo de nuestros padres se alzó el Señor; en nuestro culto, el aullido del miedo ha cedido el lugar al *Hosanna*

y al *Salmo*. Así, pues, los hebreos y los griegos han llevado hacia adelante a la humanidad, ensalzándola y dignificándola. Pero, ¡ay!, el gobierno del mundo se apoya eternamente en la guerra; por esto sobre la inteligencia y por encima de Dios, el romano ha colocado a su César, la absorción de todo el poderío apetecible, la negación de toda otra grandeza.

"La supremacía de los griegos fué una primavera genial. A cambio de la libertad, ¿cuántos pensadores no producían la inteligencia? Había una gloria por excelencia para cada uno de los elegidos, y una perfección tan grande que hasta el romano los ha imitado en todo, salvo en la guerra. Griego es el primero, el modelo de los oradores actuales; en toda canción romana, si te fijas bien, hallarás el ritmo griego; si un romano abre su boca para disertar sobre moral, abstracción o misterios de la Naturaleza, o es un plagiario, o discípulo de alguna escuela indiscutiblemente griega. Sólo en la guerra, lo repito, es donde puede hallarse la originalidad romana. Sus juegos y espectáculos son invenciones griegas hechas más feroces para satisfacer la sed de sangre de la plebe; su religión, si tal puede llamarse, ha sido formada poniendo para ello a contribución las creencias de otros pueblos; sus más venerados dioses proceden del Olimpo, aun los principales: Júpiter y Marte. Así resulta, hijo mío, que de todo el mundo sólo nuestro Israel puede disputar a Grecia la superioridad como pueblo y ganarle la palma de la originalidad y de la inteligencia.

"Con relación a las excelencias de los demás pueblos, el egoísmo de los romanos es impenetrable y resistente como las corazas de sus soldados. ¡Oh, ladrones despiadados! Bajo sus pies la tierra se estremece como las espigas azotadas por el granizo. Nosotros hemos sucumbido como los demás, ¡ay, qué doloroso me es confesarlo!; se han apoderado de nuestras ciudades, del gobierno. ¿Y el fin de todo esto? Ningún hombre puede decirlo. Pueden aniquilar la Judea como almendra triturada por el martillo, y arrasar a Jerusalén, que es el óleo y la dulzura de Israel; pero la gloria hebrea permanecerá siempre luminosa como faro en los cielos, fuera de su alcance; porque nuestra historia es la historia de Dios, que escribió con nuestras manos, habló con nuestras lenguas y fué siempre autor de lo bueno que hicimos, viviendo con nosotros y siendo legislador en el Sinaí, guía en el desierto, capitán en nuestras guerras, rey en nuestros gobiernos; que una y otra vez levantó las cortinas brillantes del pabellón en que mora, para disipar nuestras dudas, y, como hombre hablando a hombres, nos mostró el camino del deber y nos hizo promesas que nos unieron a El en eterna alianza. ¡Oh, hijo mío! ¿Es posible que aquellos a quienes Dios concedió así su familiaridad imponente y solemne no hayan aprendido nada de El? ¿Puede concebirse que en sus existencias no se hayan perfeccionado y conservado las cualidades comunes

por la influencia divina? ¿Que en su genio, aun después de tal lapso de tiempo, no quede ya ni rastro del numen celestial?

Por un momento el rumor del abanico fué el único sonido que dominó en la estancia. La madre de Judá rompió el silencio, diciendo:

—Limitándonos a las artes de la escultura y la pintura, es verdad: Israel no ha tenido artistas.

La confesión fué hecha con hondo sentimiento, pues debe recordarse que los saduceos, cuya fe era distinta de la de los fariseos, amaban la belleza en cualquiera de sus manifestaciones e independientemente de su origen.

—Sin embargo, quien nos haga justicia—continuó—no olvidará que la habilidad de nuestras manos fué contenida por una prohibición divina: "No os fabricaréis ídolos, ni estatuas, ni erigiréis columnas", que fué mal interpretado, tomándolo al pie de la letra. Ni debemos tampoco olvidar que antes que Dédalo apareciese en Ática, y con sus figuras de talla transformase la escultura para hacer posibles las escuelas de Corinto y Egino y sus últimos triunfos, el Pesilio y el Capitolio, mucho antes que Dédalo, digo, dos israelitas designados por el Señor, Bescleel y Ooliat, los artífices del primer tabernáculo, esculpieron los querubines a los lados del oráculo. De oro macizo "labrado a martillo", no cincelado, eran las estatuas, que tenían a la vez el aspecto divino y humano: "Extendiendo las alas sobre el propiciatorio, mirándose uno a otro..." ¿Quién dirá que no eran hermosas o que no eran las primeras estatuas?

—Ahora comprendo por qué los griegos nos han aventajado—dijo Judá con interés intensísimo—. ¡Malditos sean los babilonios, que destruyeron el tabernáculo...!

—No, Judá; ten fe. El arca no fué destruída; sólo está perdida, por demasiado oculta, en alguna caverna de los montes. Un día, Hillel y Samuel lo dicen: Cuando plazca al Señor será hallada y restituída, y danzará y cantará ante ella Israel como en otro tiempo. Y entonces, los que contemplen los rostros de los querubines, aunque hayan visto el semblante ebúrneo de Minerva, besarán las manos al judío, entusiastas de su genio adormecido durante tantos millares de años.

La madre, entusiasmada, se había puesto en pie y hablaba con la fogosidad y vehemencia de un tribuno; y al terminar las anteriores palabras, con el fin de recobrarse o de reanudar el hilo de su pensamiento, se dejó caer sobre el almohadón silenciosamente.

—Eres tan buena, madre mía—dijo él con reconocimiento—, que estoy orgulloso de ti. Nunca podré yo llegar a hablar así. Samuel ni Hillel no lo hubieran podido hacer mejor. Ya vuelvo a ser un verdadero hijo de Israel.

—¡Adulador!—exclamó ella—. Sabe que me limito a repetir los argumentos que oí cierto día aducir a Hillel, contendiendo con un sofista romano.

—Bueno; pero la fogosidad del discurso es tuya.

Repentinamente recobró toda su vehemencia.

—¿Dónde iba? ¡Ah!, recuerdo. Estaba reivindicando para nuestros antepasados los hebreos la gloria de haber construído las primeras estatuas; mas a la escultura, Judá mío, no se reduce todo el arte, como no se reduce todo cuanto existe de grande al arte. Siempre me imagino a los grandes hombres marchando a través de los siglos, divididos por nacionalidades: aquí los indios, allá los egipcios, más lejos los asirios... Ante ellos la música de las trompetas y los preciosos estandartes; a ambos lados, como reverentes espectadores, todas las generaciones innumerables que se han sucedido desde el principio del mundo. Mientras avanzan me parece oír gritar a los griegos: "¡Alto! ¡Grecia debe romper la marcha!" Y entonces los romanos replican: "¡Silencio! ¡Ese puesto nos pertenece ahora, porque os hollamos con nuestros pies!" Y, mientras tanto, desde la cola a la cabeza de la procesión, perdiéndose en lo futuro, brilla una luz radiante, desconocida para los contendientes, que guía a todos y los impele hacia adelante: la luz de la Revelación. ¿Quiénes son los que la llevan? ¡Ah, vieja sangre judaica! ¡Cómo hierve al pensarlo! Por esa luz reconocemos a los tres veces benditos padres nuestros, siervos del Señor, guardadores de la Alianza. Vosotros sois los caudillos de la humanidad viva y muerta. La vanguardia es vuestra, y aun cuando cada romano fuese un César, no la perderíais.

Judá estaba hondamente conmovido.

—No te detengas, te lo ruego—exclamó—. Me parece oír el son de los panderos, y aguardo el paso de Miriam con las mujeres que le acompañaban danzando y cantando.

La madre dominó su emoción, y con viveza reanudó su relato, a fin de aprovechar la buena disposición del joven.

—Muy bien, hijo mío. Si puedes oír el pandero de la profetisa, podrás hacer lo que voy a pedirte; podrás imaginarte que asistes conmigo al desfile de esa gloriosa vanguardia de que te hablé. ¡Míralos! Los patriarcas delante, después los padres de las tribus... Me parece oír el sonido de las campanillas de sus camellos y el mugir de sus rebaños. ¿Quién es aquél que camina solo entre la multitud? Un anciano, que, sin embargo, no ha perdido su mirada límpida y su paso firme. Vió al Señor frente a frente. Guerrero, poeta, legislador, sacerdote, profeta; su grandeza, como la del sol matinal, obscurece con su esplendor todas las demás glorias, aun las del primero y más ilustre de los Césares. En pos de él van los jueces; luego, el Rey, el hijo de Isaí, héroe en la guerra y cantor de cánticos eternos, de salmos imperecederos, y su hijo, que superó a todos los demás reyes en opulencia y sabiduría, que hizo habitable el desierto, fundando en él ciudades, sin descuidar la honra y embellecimiento de Jerusalén, que el Señor había escogido para su sede

terrenal. ¡Inclínate, hijo mío! Esos que van inmediatamente son los primeros de su raza y los últimos de la vanguardia. Sus rostros se levantan como si escuchasen una voz celeste. Sus vidas fueron de trabajos. Sus vestidos exhalan tufo de tumba y cavernas. Una mujer habla entre ellos; escúchala: "Exaltad la gloria del Señor, porque suya es la victoria." ¡No tengas alta la frente en presencia de ellos! Son las lenguas de Dios; sus siervos, que veían en lo porvenir, escribieron lo que veían y lo dejaron escrito para que el tiempo se encargara de confirmarlo. Los reyes palidecían en su presencia; las naciones temblaban al sonido de su voz; los elementos les obedecían, y tenían en sus manos todo bien y todo mal. Mira a Elías; Mira a Ezequiel y los tres hijos de Judá que repudiaron la imagen del babilonio; contempla a aquel que confundió a los astrólogos... Y más allá, ¡oh, hijo mío!, mira y besa nuevamente el polvo, el gentil hijo de Amós, de quien el mundo recibió la promesa de la venida del Mesías.

Tienes mi permiso—dijo al fin la madre—, a condición de que sirvas al Señor y no al César.

Mientras hablaba agitaba nerviosamente el abanico. De repente se detuvo, y bajando la voz:

—¿Estás fatigado?—dijo.

—No—replicó él—, no. Estaba escuchando embelesado un nuevo canto a Israel.

La madre, prosiguiendo la consecución de su propósito, dejó sin contestar el cumplido.

—De la mejor manera que supe, Judá mío, hice desfilar ante tí la pléyade de nuestros grandes hombres: patriarcas, legisladores, guerreros, profetas y poetas. Volvamos la vista a Roma. Frente a Moisés, coloca a Julio César; frente

a Tarquino, a David; frente a Sila, a Judas Macabeo; al mejor de sus cónsules, frente a uno de nuestros jueces; Augusto, frente a Salomón, y ahí se terminará el paralelo. Pero piensa entonces que todavía nos quedan los Profetas, grandes entre los más grandes.

Sonrióse desdeñosamente.

—Dispénsame. Me viene a la memoria aquel adivino que avisó a Cayo Julio precaverse contra los idus de Marzo, y obtuvo el presagio, mirando por arte del diablo, en las entrañas de los polluelos, los auspicios que su soberano despreciaba. Ahora vuelve la vista hacia la colina de Samaria para ver a Elías deteniendo el paso del rey Achab para profetizarle su triste fin, en castigo de su homicidio. Finalmente, Judá mío, si la comparación fuera lícita, ¿cómo podríamos juzgar a Jehová y a Júpiter sino por lo que sus siervos han hecho en su nombre? En cuanto a tu porvenir...

Su voz, a estas últimas palabras, vibraba temblorosa por la emoción. Prosiguió despacio:

—Por lo que respecta a lo que debes hacer, niño mío, te digo: "Sirve a Dios, al Señor Dios de Israel, no a Roma" Para un hijo de Abraham no hay gloria sino en el camino del Señor, y en él hay grandísima gloria.

—Luego..., ¿puedo ser soldado?—preguntó Judá.

—¿Por qué no? ¿No llamó Moisés al Señor el Dios de los Ejércitos?

Produjose un largo silencio en el cenador.

—Tienes mi permiso—dijo al fin la madre—, a condición de que sirvas al Señor y no al César.

Satisfecho con la respuesta, adormecióse a poco. Entonces ella se levantó, púsole un almohadón bajo la cabeza, cubrióle con el manto, le besó tiernamente y salió del aposento.

## CAPÍTULO VI

### EL ATENTADO A GRATO

Lo mismo los buenos que los malos tienen que morir; pero recordando las enseñanzas de nuestra religión, decimos, al llegar ese trance, de los primeros: "¡No importa! ¡Resucitarán en el cielo!" Algo semejante a esta resurrección en la gloria es en la vida el tránsito de un agradable y feliz sueño a una viva percepción de luces y sonidos.

Cuando despertó Judá, el sol elevábase sobre las montañas, las palomas

volaban en bandadas, extendiendo en el aire sus blancas alas, y a su vista, hacia Oriente, alzábase el templo, confundiéndose sus cúpulas de oro en el azul del firmamento. Sin embargo, como el espectáculo le era familiar, no le dedicó sino rápida ojeada; en el borde del diván, encerrada con él, estaba sentada una niña de quince años, la cual cantaba acompañándose de un rabel que apoyaba sobre sus rodillas y que pulsaba con mucha gracia. Se volvió hasta ella, escuchando, y oyó esta canción:

EL SUEÑO

No despiertes, pero óyeme, amor mío;
desde el mar del ensueño donde flota,
a tu alma dile que se acerque a mí;
no te despiertes; tráigote un presente
feliz y grato del monarca augusto
que los sueños preside soberano;
no elijas de ligero como hasta ahora
los ensueños alegres que apetezcas;
sueña conmigo; acuérdate de mí.

Dejó el instrumento y quedó con las manos sobre las faldas, esperando que Judá hablase. Aprovecharemos este instante para añadir algunas particularidades sobre la familia en cuya casa hemos penetrado.

Las larguezas de Herodes le hicieron sobrevivir en el corazón agradecido de muchas personas del vasto imperio. Donde a la fortuna se unía la limpia estirpe, la descendencia directa de una de las tribus, en especial de la de Judá, el feliz individuo era considerado como príncipe de Jerusalén, distinción que bastaba para atraerle el homenaje de sus compatriotas menos favorecidos y el respeto, cuando menos, de los gentiles con quienes los negocios y las circunstancias sociales les ponían en contacto. De esta clase ninguno había logrado captarse más alta estima, por su vida privada y pública, que el padre del adolescente a quien hemos seguido. Sin perder jamás por un instante el sentimiento y el recuerdo de su nacionalidad, había servido lealmente al rey en su país y en el extranjero. Algunos asuntos le llevaron varias veces a Roma, donde su comportamiento atrajo la atención de Augusto, quien le distinguió sin reserva, otorgándole su amistad. La casa estaba llena de regalos regios: togas purpurinas, sillas de marfil, páteras de oro, estimadas especialmente porque fué una mano imperial las que las donó. Hombre semejante no podía menos de ser rico; pero sus riquezas no provenían, en su mayor parte, de la munificencia de sus reales amigos. Cumpliendo la ley que le prescribía abrazar alguna profesión, habíase dedicado

al ejercicio de varias. Pastores que cuidaban rebaños en las llanuras y colinas hasta las lejanas faldas del Líbano, en número grande, eran sus sirvientes; en los puertos de mar del continente y en los de varias islas había establecido casas de comercio; sus navíos le aportaban plata de Hispania, que entonces poseía las más preciosas minas conocidas, y sus caravanas, dos veces al año, le llegaban del Oriente cargadas de sedas y especies. Verdadero judío, era fiel observante de la ley y los ritos, asiduo concurrente al templo; profundamente versado en las Escrituras, se complacía en la sociedad de los rabinos, y su admiración por Hillel rayaba casi en veneración. Sin embargo, no pertenecía al partido separatista; practicaba la hospitalidad con extranjeros de cualquier país, y hasta los fariseos le acusaban de haber sentado a su mesa, más de una vez, a samaritanos. Si hubiera sido gentil y vivido más tiempo, el mundo hubiese, acaso, oído hablar de él como del rival de Herodes Antipas; pero había fallecido en el mar, diez años antes de principiar la segunda parte de nuestra historia, en la flor de su edad, con sentimiento de todos en Judea. Hemos adquirido ya conocimiento con dos miembros de su familia: la viuda y el hijo; nos falta sólo conocer a la doncella a quien hemos oído cantar junto a su hermano.

Era su nombre Tirza, y bastaba mirarlos uno al lado de otro para comprender que eran hermanos. Las facciones de ella eran tan regulares como las de él, revelando el tipo de la raza. Su semblante poseía ese encanto que la ingenuidad y la inocencia irradian. La intimidad del hogar y la sencillez de las costumbres judías permitían un vestido tan descuidado como el que la cubría. Consistía en una camisa abrochada sobre el hombro derecho, y que, pasando libremente sobre su seno y espalda y por debajo del brazo izquierdo, dejaba éste enteramente desnudo. Un cinturón recogía en pliegues su túnica, especie de jaleco, marcando el principio de su falda. Su tocado era sencillo y gracioso: un birrete de seda de Tiro, adornado de un penacho de la misma tela, preciosamente bordado y dispuesto en finos pliegues, que dejaban adivinar la forma de su cabeza, sin agrandarla; el velo estaba recogido formando como una guirnalda. Llevaba anillos en los dedos y en las orejas; brazaletes en las muñecas y tobillos, y alrededor de su cuello un collar de oro, del cual colgaba una red de cadenillas, de las que pendían perlas. Las cejas y las extremidades de sus dedos estaban pintadas de negro. Sus cabellos caían en dos largas trenzas por su espalda, y dos bucles de ellos descendían por las mejillas al lado de las orejas. Hubiera sido imposible no reconocer, desde luego, su gracia, elegancia y belleza.

—¡Muy hermosa, Tirza mía, muy hermosa!—dijo con animación el mancebo.

—¿La canción?—preguntó ella.

—Sí. y la cantadora también. Ha sido escrita por un griego, indudablemente. ¿Dónde la has aprendido?

—¿Recuerdas aquel griego que cantó en el teatro el mes último? Decían que había sido cantor en la corte de Herodes y de su hermana Salomé. Apareció después de una exhibición de luchadores, cuando el teatro retumbaba de aplausos. Al principio no se le podía oir una palabra; pero en seguida se restableció el silencio y aprendí la canción.

—Pero cantaba en griego.

—Y yo en hebreo.

—¡Sí, sí!; estoy orgulloso de mi hermanita.

—¿Sabes alguna otra por el estilo?

—Muchísimas. Pero dejémoslo ahora. Amrah me envía para decirte que te traerá aquí el almuerzo para que no tengas necesidad de bajar. Estará aquí en seguida. Piensa que estás enfermo, que un terrible accidente te ocurrió ayer. ¿Qué fué? Dímelo, y ayudaré a Amrah a curarte. Ella conoce las curas de los egipcios, que eran un estúpido juego; pero yo conozco gran cantidad de recetas de los árabes, quienes...

—Son aun más estúpidos que los egipcios—dijo él moviendo la cabeza.

—¿Así lo crees? Muy bien; entonces—replicó ella casi sin tomar aliento y llevándose las manos a la oreja izquierda—no tenemos nada que hacer con ellos; pero tengo yo aquí algo que es mucho mejor y eficaz: el amuleto que fué dado a alguien de nuestro pueblo hace mucho tiempo—no puedo decir cuánto—por un mago persa. Mira la inscripción; está casi borrada.

Y le ofreció el pendiente, que él cogió, examinó y le volvió sonriendo.

—Aunque estuviese moribundo, Tirza, no podría servirme de él. Es una reliquia idolátrica prohibida a todos los verdaderos creyentes, hijos e hijas de Abraham. Tómala, pero no la uses más.

—¿Prohibido? No tal—exclamó la doncella—. Nuestra abuela paterna llevóla puesta no sé cuántos sábados de su vida Ha curado a muchísima gente, no sé a cuántos, más de tres, y está aprobada; mira, aquí está la marca de los rabinos.

—No creo en amuletos.

—¿Qué diría Amrah si te oyese?—dijo asombrada mirando a su hermano.

—Los padres de Amrah asistían a *Sakiyeh* en los jardines próximos al Nilo.

—Pero Gamaliel...

—Gamaliel dice que son malditas invenciones de los incrédulos,

Tirza miró el zarcillo, dudando.

—¿Qué haría yo con él?

—Úsalo, hermanita. Contribuye a aumentar tu belleza, por más que no creo que necesite ayuda.

Contenta con ello volvió a colocar en su oreja el pendiente en el mismo momento en que Amrah entró en la estancia del cenador trayendo en una fuente un jarro con agua y una toalla

Como no era fariseo, las abluciones fueron sencillas y breves. La sirviente se retiró, dejando a Tirza que le arreglara el cabello. Cuando había arreglado a su satisfacción una guedeja o rizo, sacaba un pequeño espejo metálico que llevaba en el cinto, según la costumbre de las mujeres judías elegantes de aquel tiempo, y lo ponía ante la cara de su hermano triunfalmente, para que admirase lo artísticamente que ejecutaba su tarea. Mientras tanto la conversación no decaía.

—¿Qué te parece, Tirza? Me marcho de Jerusalén.

—¿Que te marchas? ¿Cuándo? ¿Adónde? ¿Por qué?—dijo Tirza sorprendida y dejando colgar sus brazos.

Él se rió.

—¡Tres preguntas seguidas! ¡Vaya un resuello!

En seguida se puso serio.

—Sabes que la Ley nos manda emprender alguna ocupación. Nuestro buen padre me dió el ejemplo. Tú misma me despreciarías si gastase en la ociosidad cuanto acumuló él con su industria y sabiduría. Voy a Roma.

—¡Oh! Yo quiero ir contigo.

—Tú debes permanecer con madre. Si ambos la dejásemos, moriría.

Tirza palideció.

—¡Ah; sí, sí! Pero, ¿por qué marcharte tú? Aquí, en Jerusalén, puedes aprender lo que necesitas para ser comerciante, si es eso lo que deseas.

—Pero es que no es eso lo que deseo. La Ley no prescribe que el hijo deba seguir la profesión del padre.

—¿Qué otra cosa puedes ser?

—Soldado—repuso con cierta altanería.

El llanto acudió a los ojos de la doncella.

—Te matarán.

—Si tal es la voluntad de Dios, así sea. Pero mi querida Tirza, no matan a todos los soldados.

Ella tendió sus brazos alrededor del cuello de Judá como para retenerlo.

—¡Somos tan felices!—murmuró—. ¡Quédate, hermano mío!

—Es que no podemos seguir siempre así. Tú, tú misma nos abandonarás dentro de poco.

—¡Jamás!

Sonrióse él de la enérgica negación.

—Un príncipe de Judá o de cualquiera otra de las tribus vendrá cualquier día en busca de mi Tirza y se la llevará consigo para que sea la alegría de otra casa. ¿Qué será entonces de mí?

Ella contestó con sollozos.

—La guerra es una profesión—continuó con orgullo el joven—que necesita aprenderse en la escuela, y no hay mejor escuela que un campamento romano.

—¿Y tú pelearás por Roma?—preguntó conteniendo el aliento.

—¡Y tú también; hasta tú la odias! El mundo entero la aborrece. En eso precisamente, Tirza mía, fundo la respuesta que voy a darte. Sí; pelearé por ella, con tal de que me enseñe a pelear para poder hacerlo un día contra ella.

—¿Cuándo te irás?

Entonces se oyeron los pasos de Amrah, que volvía.

—¡Chist!—exclamó el joven—. No le digas nada de lo que hemos hablado.

La fiel esclava llegaba con el almuerzo, y colocó la bandeja que lo contenía sobre una silla, ante ellos, esperando de pie, toalla al brazo. Ellos mojaron sus dedos en una taza llena de agua, y estaban enjugándoselos cuando llamó su atención un rumor. Escucharon y oyeron una música militar en la calle, hacia la parte Norte de la casa.

—¡Soldados del Pretorio! ¡Quiero verlos!—gritó Judá saltando del diván y saliendo del cenador.

En un instante se encontró apoyado en el parapeto de ladrillos que rodeaba la azotea, tan absorto, que no advirtió que Tirza le había seguido, y que, ya a su lado, apoyó una mano en su hombro.

Desde donde se hallaban, por ser la más alta de las del contorno, la azotea de Hur dominaba todas las azoteas y miradores que se extendían irregularmente frente a ellos hasta la torre Antonia, que, como se ha dicho, servía de ciudadela a la guarnición y de cuartel general al Gobernador. La calle, de no más de diez pies de anchura, estaba cruzada allá y acá por puentes que, como las azoteas a lo largo de la calle, se empezaban a llenar de curiosos, hombres, mujeres y niños atraídos por la música. Empleamos esta palabra, aunque no es del todo exacta, para designar de este modo aquel confuso clamor de trompetas y chillones clarines, tan delicioso para los soldados.

El cortejo llegaba a la casa de los Hur. Abría la marcha una sección de infantería, en su mayoría arqueros y honderos, en filas muy espaciadas; seguía un cuerpo de legionarios de a pie, pesadamente acorazados, con grandes escudos y armados de *astas largas* o alabardas idénticas a las usadas en los combates entre Illión; luego iban los músicos, y después un oficial a caballo, solo, seguido de un grupo de jinetes; inmediatamente, más infantería pesada en filas compactas, que se prolongaban a lo largo de la calle hasta perderse de vista.

Los musculosos miembros de los hombres; el cadencioso movimiento de derecha a izquierda de los escudos; el brillo de las mallas, de las corazas, de los yelmos, perfectamente pulidos; las plumas balanceándose sobre los cascos; el bosque de enseñas y lanzas, el porte grave, el paso medido exactamente; la mecánica regularidad con que se movía aquella masa, produjeron gran impresión sobre Judá; pero algo llamó más principalmente su atención. En primer lugar, el águila de la primera legión; un águila dorada, con las alas replegadas sobre su cabeza, águila que, Ben-Hur lo ignoraba, había sido recibida en la torre con honores divinos.

Estremecióse de horror, y maquinalmente alargó el brazo para detener el ladrillo, pero...

En segundo término, el oficial, que cabalgaba solo, llevaba descubierta la cabeza, pero el cuerpo revestido de brillante coraza. Del lado izquierdo pendíale una corta espada, y en la mano llevaba un bastón que parecía un rollo de papel blanco. Sentábase, no sobre una silla, sino sobre una manta de púrpura; el bocado era de oro, y las riendas de seda amarilla con flecos.

Desde que se distinguió al extremo de la calle, observó Judá que su vista excitaba los ánimos de los espectadores, que se inclinaban sobre las barandillas o parapetos, amenazándole con los puños, denostándole y hasta escupiéndole desde los puentes y desde las ventanas; las mujeres le arrojaban sus sandalias, dando más de una vez en el blanco, y los gritos eran generales a su paso. Cuando se acercó, los gritos se oían perfectamente. "¡Ladrón, tirano; perro de Roma! ¡Abajo Ismael! ¡Devuélvenos a nuestro Anás!"

Cuando se aproximó más, observó Judá que, como era natural, el hombre así apostrofado no demostraba la indiferencia soberbiamente afectada de

los soldados; su faz era sombría y expresaba la ira, y las miradas que de vez en cuando lanzaba a sus detractores eran amenazadoras. Los más tímidos procuraban esquivarlas.

Algo había oído el joven de la costumbre iniciada por César, según la cual los jefes principales, para indicar su clase al aparecer en público, llevaban sólo una corona de laurel en la cabeza. Por ese signo conoció al oficial: era *Valerio Grato, el nuevo Procurador de Judea.*

Para decir verdad, el romano, blanco de aquella tempestad no provocada, se atrajo las simpatías del joven; por ello cuando el jinete pasaba por la esquina de la casa en el sitio en que los hermanos hallábanse asomados, Judá inclinó aún más su cuerpo sobre la barandilla para verlo pasar, y al inclinarse, un ladrillo que se movía desde hacía tiempo, empujado por su cuerpo, desprendióse y cayó. Estremecióse de horror, y maquinalmente alargó el brazo para detener el ladrillo; pero el movimiento resultó, aparentemente, el mismo que hubiera hecho para arrojarlo. No sólo fué inútil, sino contraproducente el esfuerzo, puesto que merced a él se desprendieron otros ladrillos mal seguros. Dió un grito que hizo a los soldados levantar la cabeza hacia la azotea. Lo mismo hizo el oficial, y en el mismo momento el ladrillo cayó sobre su cabeza, derribándole al suelo como muerto.

La cohorte se detuvo; la escolta desmontó y rodeó a su jefe, cubriéndole con sus escudos. Por otro lado, el pueblo, testigo del hecho, no dudando de su premeditación, comenzó a aplaudir al joven que, inmóvil tras el parapeto, blanco de todas las miradas, estaba aterrado calculando las dolorosas consecuencias de su involuntaria acción.

El espíritu de la revolución propagóse con increíble rapidez de azotea en azotea a lo largo de la calle. Todas las manos se abalanzaron sobre los parapetos, y arrancando ladrillos y pedazos de cornisas enviaron sobre los soldados del Procurador una lluvia de proyectiles. Empeñóse la batalla, en la que prevaleció la disciplina de la tropa. La lucha, con la habilidad de una parte y la desesperación de otra, es innecesaria a nuestro relato. El desdichado autor inconsciente de aquel desastre retiróse pálido y vacilante del parapeto.

—¡Ah, Tirza! ¿Qué será de nosotros?

Ella no había visto lo sucedido, pero escuchaba el clamoreo general y veía asombrada la actividad del pueblo en las azoteas. Comprendió que algo terrible acaecía, mas ignoraba qué, así como la causa y la responsabilidad que pudiera caber en el hecho a ella o a los suyos.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué significa todo esto?—preguntó alarmada de pronto.

—He matado al procurador romano. El ladrillo cayó sobre él.

Su rostro tomó el color de la ceniza instantáneamente. Echó los brazos

al cuello de su hermano y le miró desolada en silencio. Los temores del joven se transmitieron a ella, y Judá, al ver su terror, trató de reponerse para tranquilizarla.

—No lo he hecho adrede, Tirza. Fué un accidente—dijo con más calma.

—¿Qué harán?—preguntó la joven.

Asomóse, vió que el tumulto continuaba creciendo, y recordó la faz sombría y las miradas vengativas de Grato. Si no hubiese muerto, ¿cuál no sería su venganza? Y si había fallecido, ¿a qué extremo de furor no arrastraría a los legionarios la rebeldía violenta del pueblo? Para eludir la respuesta a su hermana, se asomó otra vez, precisamente cuando los guardias ayudaban al romano a montar de nuevo.

—¡Vive, vive, Tirza!... ¡Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres!...

Con este desahogo, serenado el semblante, rióse y contestó a la pregunta:

—No temas, Tirza. Le explicaré cómo ha sucedido; se acordarán de nuestro padre y de sus servicios, y no nos causarán daño.

Iba conduciéndola hacia el cenador, cuando de pronto el piso de la azotea pareció vacilar; oyeron un alarido de agonía seguido de formidable estrépito, como de crujir el piso todo; se detuvieron y escucharon. El grito volvió a repetirse, y entonces llegó a ellos el rumor de muchas pisadas, de voces de protesta, de dolor, de rabia, de súplica, y chillidos de mujeres aterrorizadas. Los soldados habían derribado el portón del Norte y estaban en posesión de la casa. El terrible sentimiento de ser cazado como fiera se apoderó de él y pensó en huir; pero, ¿por dónde? Sólo las alas podían servirle para ello. Tirza, dilatados los ojos por el espanto, le cogió por el brazo.

—¡Oh, Judá! ¿Qué significa esto?

Los esclavos eran asesinados. ¿Y su madre? ¿No era una de las voces que había oído la suya? Con todo el ánimo que le quedaba, exclamó:

—Quédate aquí y aguárdame, Tirza. Voy a bajar para enterarme de lo que sucede, y volveré a buscarte.

Su voz no era tan firme como hubiera querido. Ella se aproximó más a él. Agudo, estridente, no ilusión de sus sentidos, llegó a ellos el grito de su madre. No titubeó ya.

—Yo no me separo de ti, Judá.

—Entonces, vamos juntos.

El terrado, al pie de la escalera, estaba lleno de soldados. Otros, con las espadas desnudas, invadían las habitaciones. En un rincón, varias mujeres pedían merced; más allá otra, con los vestidos en desorden y el largo cabello enmarañado sobre su rostro, luchaba por desasirse de un hombre cuyos brazos la estrechaban. Sus gritos dominaban los otros y se oían desde la azotea. Judá se lanzó hacia ella precipitadamente, y ya iba a libertarla:

—¡Madre, madre!—gritó.

Ella alargó sus manos hacia él, y, cuando casi la tocaba, dos brazos robustos lo sujetaron. Entonces oyó decir a alguien en alta voz:

—¡Éste es!

Volvióse: era Messala.

—¡Qué! ¿Este es el asesino?—preguntó con sorpresa un hombre de elevada estatura, con coraza y uniforme de legionario—. ¡Si es un chiquillo!

—¡Dioses!—replicó Messala con su afectación peculiar—. ¡Vaya una nueva teoría! ¿Qué diría Séneca de la doctrina según la cual un hombre debe de haber envejecido antes de odiar lo bastante para cometer un asesinato? Ahí lo tienen, y ésta es su madre, y aquélla es su hermana. Tienes, pues, en tu poder a la familia entera.

Por amor a los suyos, Judá olvidó sus rencillas.

—¡Protégelas, Messala mío! Acuérdate de nuestra infancia y protégelas. Yo, Judá, te lo suplico.

El romano hizo como que no le oía.

—Ya no me necesitas—dijo al oficial—. Hay un espectáculo más interesante en la calle. ¡Abajo Eros! ¡Viva Marte!

Dicho esto, desapareció. Judá entendióle, y con su intensa desesperación rogó al cielo:

—¡En la hora de tu venganza, oh, Señor—dijo—, sea mi mano la que ejecute!...

Después, con gran trabajo, pudo acercarse al oficial.

—¡Oh, señor!—exclamó—. La mujer que está ahí es mi madre. Ampárala y ampara también a mi hermana. Dios es justo y te devolverá merced por merced.

El oficial pareció conmoverse.

—A la torre con las mujeres—ordenó—; pero no les hagáis daño alguno. Me respondéis de ellas.

Luego, volviéndose a los que sujetaban a Judá, dijo:

—Traed cuerda y atadle las manos y llevadlo a la calle. Su castigo está reservado.

La madre fué sacada de allí. La joven, en traje de casa, atontada por el terror, siguió pasivamente a los soldados. Judá dirigió a cada una de ellas una última mirada y cubrióse el rostro con las manos, como si quisiera grabar indeleblemente aquella escena en su imaginación. Quizá lloró, pero ninguno vió sus lágrimas.

Efectuóse en él en aquel instante lo que se llama una metamorfosis. El sensato lector de estas páginas habrá comprendido suficientemente el carácter del joven hebreo para apreciar sus cualidades casi femeninas, como resultado, que rara vez falla, de su educación mimada y su vida cariñosa al lado de los dulces seres queridos. No había tenido ocasión nunca de que se

despertasen en él sentimientos más rudos, si por acaso los tenía. A veces había experimentado impulsos de ambición, pero como los sueños de un muchacho que paseando por la orilla del mar ve llegar y partir los navíos y y piensa embarcarse alguna vez. Mas el caso cambió de repente. Si pudiéramos imaginarnos un ídolo sensible al culto que solía tributársele derribado inopinadamente de su altar y abandonado entre las ruinas de su pequeño mundo de afectos, podríamos concebir una idea aproximada de lo sucedido en el corazón del joven Ben-Hur y de la impresión que le producía. Sin embargo, ningún indicio indicaba que se había operado tal cambio, si se exceptúa que cuando levantó la cabeza y extendió los brazos para que lo ataran pudo observarse que sus labios habían perdido la semejanza que hasta poco antes tenían con el arco de Cupido. En aquel instante el niño se había convertido en hombre.

Sonó un toque de trompetas en el patio, y los soldados, al terminar la llamada, se dispusieron a bajar, arrojando muchos de ellos su botín por no comparecer con él en las filas. El suelo, pues, se cubrió de varios y preciosos objetos. Cuando Judá bajó, la tropa hallábase formada, y sólo aguardaba el oficial ver su última orden cumplida.

La madre, la hija y la servidumbre fueron sacadas por la puerta septentrional, el portón de la cual, medio destrozado, obstruía el pasillo. Los ayes de los domésticos, algunos de ellos nacidos y crecidos en la casa, eran de lo más desgarradores. Cuando los caballos y los demás animales fueron sacados y llevados, Judá empezó a comprender el alcance de la venganza del procurador. Ni el edificio escaparía. Tanto como fuera posible cumplir la orden ningún ser viviente debía quedar dentro de sus muros. Si en Judea existiese algún otro bastante desesperado para pensar en el asesinato del gobernante romano, la historia de lo ejecutado con la principal familia de Hur serviría de escarmiento a los temerarios, y las ruinas del palacio perpetuarían el recuerdo de la venganza.

El oficial esperaba en la calle, mientras un destacamento de sus hombres restauraba y acomodaba interinamente el portón. Fuera, el desorden había casi cesado. Nubes de polvo sobre las casas, acá y allá, indicaban que en algunos puestos seguía aún la refriega. La cohorte permanecía casi toda en su lugar descanso. Sus filas y el esplendor de sus armaduras no habían disminuído. Buscando los objetos más queridos, Judá miró al grupo de los prisioneros, entre los cuales no se hallaban ni su madre ni Tirza.

Repentinamente, una mujer, que yacía en el suelo donde la habían arrojado, se levantó con rapidez, y atravesando la puerta se internó, desapareciendo en lo interior de la casa. En vano trataron de impedírselo. Alguno de los guardias logró asirla por el manto y se quedó con un gran pedazo

de tela en la mano. Antes se había acercado a Judá, mirándole sin decir palabra.

—¡Oh, Amrah, mi buena Amrah! ¡Dios te ayude, pues yo no puedo!

Y luego inclinándose a su oído:

—Vive—le dijo—, vive para Tirza y para mi madre. Volverán.

El oficial, al ver la acción, exclamó:

—Dejadla; sellaremos las puertas y perecerá de hambre.

Los soldados habían terminado su tarea. Clavada la puerta, hicieron lo mismo con la del lado occidental, con lo que el palacio de los Hur quedó cerrado para siempre.

La cohorte regresó a la torre, adonde ya había llegado el procurador para curar sus heridas y disponer de los prisioneros. Al décimo día después de estos acontecimientos paseóse por la plaza del Mercado.

## CAPÍTULO VII

### A GALERAS

Al día siguiente, un destacamento de legionarios se dirigió al vacío palacio y selló las puertas, tapando con cera las junturas. En ambos portones fijóse un cartel que decía en latín:

*Este palacio es propiedad del Emperador.*

El cartel daba idea suficiente de los designios del procurador Grato.

Al mediodía del subsiguiente, un decurión, con su mandato de diez jinetes, aproximóse a Nazaret por el Sur; esto es, por el camino de Jerusalén. El lugar era entonces de insignificante vecindario, colgado en la vertiente de una colina, y su única calle parecía más bien una senda que sólo hollaban con su ir y venir los pastores y sus rebaños. La gran llanura de Edrel se extendía al Sur, cerrada por el monte, desde cuyas más altas cimas se alcanzaban a ver las orillas del Mediterráneo al Oeste y también la región entre el Jordán y el Hermón.

El valle y la comarca estaban por todas partes divididos en jardines, viñedos, huertos y prados. Grupos de palmeras daban aspecto oriental al paisaje. Las casas del villorrio, emplazadas irregularmente, eran de humilde apariencia, cuadradas, de un solo piso, sin construcciones en la azotea y

cubiertas de parras. La aridez característica de Judea no traspasaba los límites de Galilea.

Un toque de trompeta anunció la aproximación de la cabalgata, y produjo mágico efecto en el reducido vecindario, que acudió a las puertas de sus viviendas para ver la comitiva y enterarse de lo que significaba aquella visita extraordinaria.

Debe recordarse que Nazaret, no sólo estaba alejada de todos los grandes caminos, sino que pertenecía al gobierno de Judas de Gamala, por lo cual podrá imaginarse el sentimiento con que los legionarios fueron recibidos. Pero cuando empezaron a atravesar la calle disipáronse los recelos, y al temor sucedió la curiosidad, bajo el impulso de la cual el pueblo, sabiendo que la comitiva haría alto en la fuente, al extremo Norte de la localidad, abandonó los quicios de las puertas y siguió a los soldados.

Un prisionero a quien custodiaban los jinetes atrajo la curiosidad. Iba a pie, medio desnudo, con la cabeza descubierta y las manos atadas a la espalda. Una correa que aseguraba sus muñecas estaba sujeta al arzón de la silla de uno de los jinetes. El polvo que levantaba al andar la patrulla envolvíale a veces entre amarillentas nubes. Avanzaba penosamente, aturdido y cansado. Los aldeanos pudieron ver que era un adolescente.

El decurión se detuvo al llegar al pozo, y se apeó como la mayoría de su fuerza. El prisionero se dejó caer en el suelo sin balbucir palabra. Estaba extenuado. Al acercarse, los aldeanos pudieron corroborar que era un muchacho. Le hubieran socorrido, pero no se atrevieron.

En medio de su perplejidad, y mientras las ánforas pasaban de mano en mano de los soldados, vióse aparecer un hombre por el camino de Sephoria. Al reconocerle, una mujer exclamó:

—Mirad. Allá viene el carpintero. Ahora sabremos algo.

La persona aludida era un anciano de venerable aspecto. Escasos bucles de cabellos blancos se escapaban bajo su turbante, y una barba más blanca todavía caíale sobre su túnica gris. Se acercaba lentamente, porque, además del peso de los años, llevaba el de varias herramientas: un hacha, una sierra y un cepillo, de tosca hechura las tres. Evidentemente llegaba de lejos.

Se detuvo al llegar al grupo.

—¡Rabí, buen rabí José!—exclamó la mujer saliendo a su encuentro—. Mira ese prisionero. Averigua quién es, lo que ha hecho y lo que van a hacer con él.

El semblante del rabí permaneció impasible; miró, sin embargo, al prisionero, y dirigiéndose al oficial:

—La paz del Señor sea contigo—dijo con inflexible gravedad.

—Y la de los dioses contigo—contestó el decurión.

—¿Venís de Jerusalén?

—Sí.

—Tu prisionero es muy joven.

—En años, sí.

—¿Puedo saber qué delito ha cometido?

—Es un asesino.

La gente repitió la palabra con asombro, pero el rabí prosiguió preguntando:

—¿Es hijo de Israel?

—Es judío—respondió secamente el romano.

La compasión de los circunstantes redobló.

—No sé nada de vuestras tribus—añadió el decurión seguidamente—; pero puedo decirte algo de su familia. Acaso habrás oído hablar de un príncipe de Jerusalén llamado Hur; Ben le llamaban. Vivió en la época de Herodes.

—Le conocí—dijo José.

—Bueno, pues es su hijo.

Levantóse un clamoreo general que refrenó el decurión inmediatamente.

—En las calles de Jerusalén, anteayer, intentó matar al noble Grato, arrojándole un ladrillo desde la azotea de un palacio; del de su padre, creo.

Hizo una pausa, durante la cual los nazarenos miraron al joven Ben-Hur como una bestia salvaje.

—¿Le mató?—preguntó el rabí.

—No.

—¿Está sentenciado?

—Sí, a galeras por toda la vida.

—¡Que el señor le ampare!—dijo José perdiendo su voz algo de su placidez habitual.

Mientras tanto, un joven que seguía a José, y que se había quedado atrás modestamente, dejó en el suelo un hacha de que iba cargado, y acercándose rápidamente al pozo llenó un ánfora de agua. La acción fué tan pronta, que antes de que el guarda pudiera haberlo impedido, caso de ser esa su consigna, ya estaba al lado del prisionero ofreciéndole de beber.

La mano que se apoyó ligeramente sobre su hombro hizo volver en sí a Judá, y al hacerlo vió ante sí un rostro que nunca había de olvidar: el de un joven, próximamente de su edad, rostro sombreado por bucles de pelo castaño, con reflejos rubios; un semblante iluminado por ojos azules de mirar tan dulce, tan compasivo, tan amoroso y al mismo tiempo tan penetrante y enérgico, que tenía todo el poder de un mandato, de una voluntad. El alma del judío, que sólo respiraba odio y venganza, se enterneció a la mirada del extranjero y convirtióse como la de un niño. Acercó sus labios al jarro y bebió mucho y largo rato. Ni una palabra le fué dicha, ni él pronunció palabra.

Cuando acabó de beber, la mano que hasta entonces había estado apo-

yada en su hombro se apoyó sobre su cabeza y permaneció entre su polvoriento cabello el tiempo suficiente para pronunciar una bendición; luego el extranjero volvió el ánfora al pozo, y cogiendo de nuevo su hacha regresó

Acercó sus labios al jarro y bebió mucho y largo rato.

al lado del rabí José. Todas las miradas le siguieron, lo mismo la del decurión que las de los aldeanos.

Se acababa la permanencia en aquel lugar. Cuando los hombres y los caballos concluyeron de beber, reanudaron la marcha. Pero en el ánimo del decurión se había operado un cambio. Él mismo levantó del polvo al prisionero y le ayudó a montar a la grupa de uno de sus soldados. Los nazarenos regresaron a sus casas, y entre ellos el rabí José y su aprendiz.

Y así, por primera vez, Judá y el hijo de María se hallaron y se separaron.

# LIBRO TERCERO

CLEOPATRA.—Por nuestra pena
en toda su extensión, medir debemos
la del culpable aleve...
*(Entra* DIÓMEDES.*)*
Dí: ¿qué nuevas
traes? ¿Murió?
DIÓMEDES.—La muerte ciérnese
implacable sobre él, mas no hizo presa.
*Antonio y Cleopatra.*—Acto IV, escena
XII.—SHAKESPEARE.

## CAPÍTULO PRIMERO

### EMBARQUE DE QUINTO ARRIO

UNO de los dos grandes puertos del Imperio romano era Miseno, ciudad que da su nombre al promontorio que la corona, a pocas millas al Sudoeste de Nápoles. Informes ruinas recuerdan hoy el lugar donde estaba situada; pero en el año 24 del Señor era una de las plazas más importantes en la costa occidental de Italia (1).

En el año mencionado, el viajero que subiera al promontorio para recrear la vista con el panorama que se abarcaba desde él dando la espalda a la ciudad, hubiera visto la bahía napolitana tan encantadora como actualmente,

(1) Recuérdese que el Imperio romano tuvo dos grandes puertos militares para sus armadas: Rávena y Miseno.

y entonces, como ahora, la línea incomparable de la costa, el cono humeante del Vesubio, el cielo y el mar de tan purísimo azul; Ischia aquí, Capri allá, y de una a otra, atravesando los átomos del aire, su mirada hubiera errado juguetona hasta fijarse al fin en un espectáculo que no puede ver el moderno turista: la mitad de la flota romana de reserva anclada bajo él. Así considerada, Miseno era lugar muy a propósito para que tres soberanos se reuniesen y se repartiesen a placer el mundo entre ellos.

En los tiempos antiguos el muro estaba interrumpido por una puerta que daba al mar, especie de pasaje en que terminaba una calle a manera del muelle, que extendíase hasta dentro del mismo océano.

Una fría mañana de septiembre, el centinela de la indicada puerta vió turbada la somnolencia que le ocasionaba el reposo, por la algazara de un numeroso grupo de personas que salía de la plaza en dirección al mar. Dirigió una mirada a los matinales y alegres paseantes y volvió a su amodorramiento.

Eran veinte o treinta las personas que constituían el grupo, de las cuales la mayoría esclavos, que, con antorchas muy humeantes y que exhalaban olor de nardo índico, alumbraban el camino, velado aún por la niebla matinal. Los amos caminaban delante, cogidos del brazo. Uno de ellos, que parecía contar cincuenta años de edad, algo calvo y con corona de laurel en la cabeza, por las atenciones de que era objeto y por la ceremonia afectuosa con que lo trataban, denotaba ser el héroe de la partida. Bastóle una ojeada al centinela para comprender que se trataba de gente superior que acompañaba a algún amigo al puerto después de una noche pasada alegremente. Llevaban todos amplias túnicas de lana blanca con grandes franjas de púrpura en la parte inferior, y hablaban ruidosamente. Su charla nos proporcionará más pormenores.

—La fortuna es muy cruel—decía uno al de la corona de laurel—, Quinto mío, al arrancarte de nuestro lado cuando apenas has tenido tiempo de acostumbrarte a la tierra firme. Vienes ayer del mar de allende las Columnas, y ¡ya tenemos que separarnos de nuevo!

—¡Por Cástor!, si puede un hombre jurar como las mujeres—dijo otro con voz vinosa.

—No nos quejemos. Nuestro Quinto no hace otra cosa que ir a buscar en el mar lo que anoche perdió en tierra. Jugar a los dados en un trepidante navío, no es como jugar en la orilla, ¿eh, Quinto?

—¡No injuriéis a la Fortuna!—exclamó el tercero—. No es ni ciega ni inconstante. Cuando nuestro Arrio la consulta en Accio, le descubre sus secretos y le acompaña a los mares, gobernando por sí misma el timón de la nave capitana. Si nos lo arrebata a lo mejor, ¿no nos lo devuelve siempre coronado con nuevos laureles?

—Los griegos son los que nos lo arrebatan—gritó otro—. Injuriémosles a ellos y no a los dioses, ya que por aprender el arte del comercio olvidaron el de la guerra.

Así hablando, concluyeron de atravesar el pasaje y desembocaron en el muelle, iluminado por la hermosa luz de la mañana. Para el veterano marinero el oleaje era un amistoso saludo. Respiró con afán, como para llenar sus pulmones con aura marina, más grata para él que el perfume del nardo, y alzando las manos exclamó:

—¡Mis tesoros los adquirí en Prenesta, no en Accio! Y... ¡mirad! Viento del Oeste. ¡Gracias, oh, Fortuna, madre mía!—añadió reverente.

Todos sus amigos repitieron la exclamación bulliciosamente y los esclavos tremolaron sus antorchas.

—¡Miradla! Ya sale a mi encuentro—añadió señalando una galera que se acercaba mecida por las olas—. ¿Qué necesidad tiene el marino de otras amantes? ¿Acaso es tu Lucrecia más graciosa, mi querido Cayo?

Miró al barco que se acercaba, y en verdad que estaba justificado su orgullo. Una sola vela en el mastelero, y los remos, que se hundían y se levantaban, permaneciendo un instante quietos y sumergiéndose de nuevo con regularidad casi mecánica, como alas de un ave, impulsaban al navío.

—Sí, respetad a los dioses que nos ofrecen ocasiones propicias—prosiguió con los ojos fijos en el bajel—. Nuestra es la culpa si la desperdiciamos. En cuanto a los griegos, olvidas, Léntulo mío, que lo son los piratas a quienes voy a combatir. Una victoria sobre ellos es más satisfactoria que cien sobre los africanos.

—¿Luego vas al Egeo?

El marino no tenía ojos sino para su navío.

—¡Qué gracia, qué gallardía! Un cisne no se movería más majestuosamente. Mirad—y casi inmediatamente añadió—: Dispénsame, Léntulo. Sí, parto para el Egeo, y como mi partida está tan inmediata, os diré el motivo; solamente que os ruego no lo divulguéis. No quisiera que al hallaros con el duunviro le recriminaseis; es mi amigo. Pues bien; el comercio entre Grecia y Alejandría, según he oído, es bastante inferior al existente entre Alejandría y Roma. La gente en esa parte del mundo se descuidó en la celebración de los Cereales, y Triptoiemos castigóles con una pobre cosecha. Así y todo, el comercio es tan importante que no puede ser interrumpido un solo día. También habéis oído hablar de los piratas del Quersoneso que anidan en el Euxino; nadie más audaz que ellos, ¡por las bacantes! Ayer llegó a Roma la noticia de que, con sus flotas, habían atravesado el Bósforo y echado a pique las galeras de Bizancio y Calcedonia, invadido la Propóntida, y, no satisfechos aún, ocupado el Egeo. Los mercaderes de granos que tienen sus naves al Oriente del Mediterráneo están atemoriza-

dos. Pidieron audiencia al emperador, y hoy salen de Rávena cien galeras y de Miseno...—hizo una pausa como para excitar la curiosidad de sus amigos, y terminó enfáticamente—: ¡Una sola!

—¡Afortunado Quinto! ¡Te felicitamos!

—La preferencia esa revela el ascenso. Desde luego te saludamos, duunvir. ¡Nada menos!

—Quinto Arrio, el duunviro, suena mejor que Quinto Arrio el tribuno.

Así le felicitaron con bulliciosas muestras de cariño.

—Yo también te felicito—exclamó el amigo embriagado—; también te felicito, pero soy más práctico, ¡oh, duunviro mío!; y hasta no saber si tu promoción te ha proporcionado conocimiento íntimo con la tésera, reservo mi opinión acerca de si los dioses te harán salir mal o bien de este... de este negocio.

—Gracias, muchas gracias—dijo Arrio a todos—. Si tuviérais linternas, diría que érais augures. ¡Por Pólux! Haré más: os mostraré qué soberanos adivinidores sois. Mirad y leed.

De entre los pliegues de su toga sacó un pergamino arrollado y lo pasó a sus amigos, diciendo:

—Recibido mientras estábamos anoche en la mesa: de Sejano.

—Este nombre era ya famoso en el mundo romano; famoso, pero no tan infame como resultó más tarde.

—¡De Sejano!—exclamaron todos a la vez, estrechándose para leer lo que el ministro había escrito:

"Sejano a Cayo Cecilio Rufo, duunvir—. Salud. Roma XIX de las Kalendas de septiembre.

"César ha recibido excelentes informes de Quinto Arrio, tribuno. Especialmente ha oído ponderar el valor y pericia manifestados en los mares de Occidente, y por ello ha dispuesto que el dicho Arrio sea enviado inmediatamente al Este.

"Es asimismo voluntad de nuestro César que reunas un ciento de trirremes de primera clase, perfectamente armados, y los despaches sin dilación contra los piratas que han aparecido en el Egeo, siendo Quinto el que comande dicha flota.

"Su organización queda a tu cuidado, Cecilio mío.

"La necesidad es urgente, como verás por los relatos que adjunto para ti y para el dicho Quinto. Cuídate.—*Sejano.*"

Arrio no paró atención en la lectura. Conforme se iba aproximando la nave, concentraba más y más su atención. Las miradas con que seguía todos sus movimientos parecían las de un enamorado. Al fin agitó en el aire una de las puntas de su toga, y, como en respuesta, sobre el *aplustro* o especie de abanico fijado a la popa de la nave, fué izada una bandera

carmesí, mientras varios marineros aparecieron en el puente y, encaramándose por las cuerdas, amainaban la vela. Volvió de proa la nave y, a fuerza de remos, se avecinó al muelle, caminando velozmente hacia él y sus amigos. Arrio siguió la maniobra con la mirada centelleante. La pronta obediencia al timón y la seguridad con que la nave seguía su derrota, eran cualidades de gran importancia para el combate.

—¡Por las ninfas!—dijo uno de los amigos devolviéndole el pergamino—. No podemos decir al más antiguo de nuestros amigos que será grande: lo es ya. Nuestro afecto desde ahora debe ser moderado por el respeto. ¿Tienes algo más que decirnos?

—Nada más; lo que acabáis de saber es a estas fechas casi noticia vieja en Roma, sobre todo en el palacio y en el Foro. El duunviro es discreto, y mis instrucciones y el sitio en que he de encontrar la flota lo veré en el pliego cerrado que hay para mí a bordo. Sin embargo, si sacrificáis hoy en algún altar, rogad a los dioses por un amigo a quien empujan los remos y el viento en dirección de Sicilia. Mas he aquí ya mi bajel—añadió mirándole—. Me gustan sus oficiales, pues no es tan fácil atracar con un barco así en semejante playa. Dejadme juzgar de su disciplina y pericia.

—¿Qué? ¿No conoces la nave?

—La veo por vez primera, y no sé si encontraré a su bordo algún conocido.

—¡Está bueno!

—¡Bah! Eso importa poco. Las gentes en el mar trabamos pronto relación; como que nuestros amores y nuestros odios son nacidos en el mismo peligro que corremos juntos.

El bajel pertenecía a la categoría de las llamadas naves libúrnicas: largo, estrecho, bajo de costados y construído para la velocidad de la marcha y rapidez en la maniobra. Su proa era hermosa; separaba el agua formando dos cataratas de espuma que salpicaban su elegante curva adornada con figuras de tritones soplando cuernos marinos. Bajo la proa, fijo en la quilla y saliente, estaba el *rostro* o *espolón*, de madera dura con punta de hierro, que en los combates se empleaba como ariete. Poderosa cornisa protegía la proa y rodeaba la nave a guisa de coraza. En los costados, y bajo la cornisa, una triple hilera de aberturas, defendidas por pantalla de cuero, daban salida a los remos: sesenta por banda. La torre de proa estaba además adornada con caduceos. Dos grandes cables a los lados indicaban el número de anclas sujetas sobre el puente del trinquete.

La sencillez de la arboladura demostraba que la ligereza de la nave confiábase más que nada a los remos. El mástil, algo más hacia la proa que a la popa, estaba asegurado por tirantes a las anillas fijas en las paredes internas del baluarte. El cordelaje era el indispensable para gobernar la única gran

vela cuadrada y la verga que la sostenía. Más allá del baluarte se veía el puente.

Salvo los marineros que habían amainado la vela y se hallaban aún en la verga, sólo un hombre mostrábase a la vista, sobre el puente, cerca de la torre de proa, con escudo y yelmo.

Las ciento veinte hojas de encina, que las olas y la frecuente limpieza con piedra pómez había vuelto blancas y brillantes, se levantaban y caían como movidas por una sola mano e impelían a la nave con velocidad rival de la de un moderno vapor.

Tan rápida y en apariencia tan imprudente era su marcha, que los amigos del tribuno se alarmaron. De repente el hombre próximo a la torre de proa hizo con la mano extendida una señal, y en seguida todos los remos se levantaron, permanecieron un momento en el aire y cayeron verticalmente. El agua se agitó espumosa y la nave dió una sacudida y se detuvo como asustada. A una nueva señal, los remos volvieron a levantarse y cayeron; pero esta vez los de la derecha se movieron hacia adelante y los de la izquierda hacia atrás. Tres veces repitióse la maniobra, y la nave giró como sobre un eje, atracando suavemente en el muelle.

El movimiento hizo que pudiera verse la popa con todos sus adornos: tritones como los de proa, el nombre de la nave escrito con grandes letras en relieve, el timón, la plataforma del timonel, una majestuosa figura con coraza y una mano sobre las cuerdas del timón; el *aplustro*, alto, dorado, esculpido y ciñéndose a la popa como inmensa hoja arabesca.

Sonó una trompeta y por escotilla se precipitaron a cubierta los soldados con yelmos, escudos y jabalinas deslumbrantes, formándose en perfecto orden de batalla; los marineros se encaramaron a la verga; los oficiales y músicos ocuparon su lugar; todo esto sin necesidad de órdenes, sin confusión ni ruido. En cuanto los remos tocaron en el muelle, un puente de tabla fué tendido desde la nave. Entonces el tribuno se volvió hacia sus amigos con una gravedad que no había manifestado hasta entonces, y dijo:

—Ahora, el deber.

Se desciñó la corona y la dió al jugador de dados.

—Toma el mirto, ¡oh, favorito de las téseras! Si vuelvo procuraré recobrar mis sextercios. Si la victoria no me sonríe, no volveré. Cuelga la corona en tu atrio.

Abrió los brazos a sus camaradas, y uno por uno acudieron a recibir su abrazo de despedida.

—Que los dioses te acompañen, ¡oh, Quinto!—le dijeron.

—Salud—repuso.

A los esclavos que agitaban las antorchas los saludó con la mano y subió al navío, de aspecto bellísimo por el orden completo de la tripulación en

filas con los penachos que ondeaban y los escudos y las jabalinas. En cuanto puso el pie sobre cubierta sonaron las trompetas, y sobre el *aplustro* se izó el *vexillum purpureum*: la bandera purpúrea, enseña del jefe de la flota.

## CAPÍTULO II

### AL REMO

De pie, sobre la plataforma del timonel, con la orden del duunviro entre sus manos, el tribuno habló así al jefe de los remeros, que llamaban *hortator* los romanos:

—¿De qué fuerza dispones?

—De doscientos cincuenta y dos remeros y diez suplentes.

—¿Con relevos de...?

—De ochenta y cuatro hombres.

—¿Y tu costumbre...?

—Ha sido hasta ahora relevarlos cada dos horas.

El tribuno calló un instante.

—La costumbre es dura, y la reformaré; pero no ahora. Los remeros no pueden trabajar noche y día.

Luego dijo al jefe de las velas:

—El viento es favorable; haz que la vela ayude a los remos.

Cuando los dos a quienes se había dirigido se retiraron, preguntó al *rector* o primer piloto:

—¿Cuántos años llevas de servicio?

—Treinta y dos.

—¿En qué mares principalmente?

—Entre Roma y Oriente.

—Eres el hombre que me hace falta.

El tribuno volvió a leer las órdenes del duunviro.

—Pasado el cabo de Campanella, nos dirigiremos hacia Messina; después, bordeando la Calabria, hasta Mélitos; luego... ¿conoces las estrellas que gobiernan el mar Jónico?

—Las conozco bien.

—Bueno; entonces de Mélitos marcharás con dirección a Levante, hacia Citerea. Los dioses mediante, no nos detendremos hasta anclar en la bahía de Antémona. Tu cometido es importante. Confío en ti.

y Arrio era hombre prudente, discreto hasta el extremo de hallarse convencido—sin por eso dejar de acudir ante los altares de la Fortuna en Accio y Pronesta—de que los favores de la ciega diosa más se consiguen por el celo, la actividad y prudencia de los devotos que por sus sacrificios y ofrendas. Toda la noche, como héroe de la fiesta, habíala pasado comiendo y bebiendo; pero las auras marinas habían refrescado su mente y despertado en él sus instintos marineros, y no quiso entregarse al reposo hasta conocer perfectamente la nave. La discreción nada abandona al acaso. Después de haber interrogado al jefe de los remeros, al contramaestre y al piloto, visitó los varios departamentos en compañía de los demás oficiales; esto es: del jefe de la tropa, del despensero, del jefe de máquinas y del superintendente de la cocina y de las luces. Nada escapó a su inspección. Cuando terminó, de todos aquellos hombres encerrados con él entre las estrechas paredes de madera del barco, él solamente conocía por completo las condiciones de la nave y todo lo que allí existía de material preparación para el viaje y sus posibles accidentes. Como lo halló todo corriente, sólo le restaba una cosa que hacer: darse cuenta de las aptitudes de la gente puesta a su servicio, parte la más difícil y delicada de su misión.

A la mitad de ese día, la galera se hallaba a la altura de Pesto. El viento soplaba aún del Oeste, hinchando la vela. Se habían colocado centinelas sobre cubierta. En el altar elevado sobre el puente del trinquete se derramó sal y avena, y el tribuno había hecho sus solemnes ofrendas a Júpiter, a Neptuno y a todas las Oceánidas, acompañados los votos de libaciones y perfumes. Después, para estudiar mejor a su tripulación, se había sentado en un espacioso camarote.

Hallábase en medio de la nave, y media sesenta y cinco por treinta pies, recibiendo la luz por tres anchas ventanas. Sostenían el techo del camarote varios robustos puntales en doble hilera, y en el centro el mástil, que habían adornado con armas y cintas de colores vivos. El departamento era punto de cita de toda la tripulación, comedor, dormitorio, sala de recreo y campo de ejercicios. Escaleras movibles, entonces plegadas y sujetas al techo, facilitaban el ascenso a las ventanas. En el fondo elevábase una plataforma con varios escalones, en la que se sentaba el jefe de los remeros, teniendo ante sí una plancha sonora que golpeaba con un martillo para dar sus órdenes, y a su derecha una clépsidra que marcaba el tiempo de los relevos y guardias. Encima de él, en otra plataforma más elevada circuída de una barandilla dorada, tenía su estancia el tribuno dominándolo todo, y amueblada con una mesa, un lecho y una *cathedra* o silla tapizada, con brazos y respaldo alto, muebles que la dispensa imperial toleraba fuesen de la mayor elegancia.

Así sentado cómodamente y mecido por el suave y uniforme vaivén de la

nave, con el manto militar negligentemente colgado de los hombros y espada al cinto, el tribuno lo inspeccionaba todo y era a hurtadillas observado por la oficialidad. Sus miradas abarcaban a toda la tripulación, pero se fijaban con mayor insistencia sobre los remeros. El lector hubiera indudablemente hecho lo mismo, pero con mayor piedad y simpatía que el tribuno, quien sólo consideraba a aquellos desgraciados como un engranaje importante de la gran máquina que tenía a su cargo.

El espectáculo era bastante simple. A los lados del camarote, en el suelo de la nave, había una triple hilera de bancos, de las cuales la segunda estaba más alta que la primera y la tercera más elevada que la segunda. Para colocar a los sesenta remeros en cada banda, el espacio destinado en cada fila era de veinte asientos, distanciados un metro uno de otro para no entorpecerse en sus respectivos movimientos. El arreglo permitía un aumento de bancos, sólo limitado por las dimensiones de la nave.

Los remeros del primero y segundo banco estaban sentados; los de la tercera fila, como tenían que manejar remos más largos, de pie. Los remos tenían en la empuñadura contrapeso de plomo y estaban sujetos por flexibles correas que les facilitaban toda clase de movimientos, pero que exigían de los remeros mayor cuidado y habilidad para no enredarse en ellas y ser arrojados de su asiento. Por la ventana entraba aire en abundancia, y la luz penetraba por el enrejado que constituía el pavimento de los pasajes entre el puente y los baluartes de popa y proa. En algún respecto, la condición de aquellos hombres, sin embargo, hubiera podido ser peor; mas no se suponga por esto que era agradable. La comunicación entre ellos estaba prohibida, y día en día ocupaban sus puestos sin cambiar una palabra ni verse respectivamente los rostros, dedicando al sueño y a la comida sus breves momentos de descanso; no reían nunca, ni nadie les había oído cantar. ¿Para qué sirve la lengua cuando un suspiro o un gemido es todo lo que se permite...? La existencia de aquellos infelices era como un río subterráneo que se precipita lenta y trabajosamente por terreno desconocido.

¡Oh, hijo de María! ¡El sable tiene ahora un corazón, y tuya es la gloria! Así pasa hoy; pero en los días a que nos referimos, el cautiverio era sufrimiento en las prisiones, en las calles, en las minas y en las galeras que la guerra y el comercio armaban. Cuando Duilio ganó la primera batalla naval, romanos eran los remeros, y la gloria la compartieron éstos con los soldados; luego, como indicio de las continuas vicisitudes de Roma que testimoniaban la política y el ardimiento desplegados en la conquista del mundo, los bancos de remeros llenáronse con prisioneros de guerra, británicos, libios, sármatas, escitas, galos, tesbitas; galeotes romanos mezclábanse con godos, longobardos, hebreos, etíopes, bárbaros de la Mediótida, atenienses, ibernios y gigantescos cimbros de ojos azules.

No había en el trabajo de los remeros nada que necesitase el concurso de la inteligencia. Echar el cuerpo hacia adelante, levantar el remo, dejarlo caer; a esto se reducía todo, y estos movimientos llegaban a su máxima perfección cuanto más automáticamente se efectuaban. Hasta el mismo temor que les producían al principio las furiosas olas, convertíase en meramente instintivo. Así, como resultado de su servicio, llegaban al embrutecimiento; pacientes, sin voluntad, inconscientes criaturas de cuerpo musculoso e inteligencia exhausta, que vivían de pocos, pero gratos recuerdos, al fin caían en ese estado de semi-inconsciencia en que el dolor se embota y el alma toma una increíble rudeza.

De derecha a izquierda, hora tras hora, el tribuno, sentado en su cómoda silla, mirábalos pensando en todo menos en la triste suerte de aquellos desgraciados. Sus movimientos precisos, ordenados y exactamente iguales en ambos costados de la nave, en breve le parecieron monótonos, y se entretuvo en observar individualmente a los remeros fijándose en las deficiencias, que anotaba con su estilo, y proponiéndose substituir a los peores con los piratas que aprisionase.

No había necesidad de apuntar nombres; los esclavos de las galeras eran identificados por el número que se les asignaba. Los ojos del tribuno llegaron al número 60 y se detuvieron. La luz le daba de lleno en las facciones, finas y distinguidas a su modo. Era muy joven. Quizá no pasaba de los veinte años. Desnudo hasta la cintura como sus demás compañeros, Arrio, que no sólo era un gran jugador de dados, si que también buen jugador de fisonomías, vió algo en la del remero que le atrajo. Era entusiasta de los atletas y de los hombres bien constituídos físicamente. De su profesor en el Gimnasio, sin duda, había adquirido la idea de que la fuerza dependía más de la calidad que de la cantidad de los músculos, y que todo ejercicio requiere cierta dosis de inteligencia a la vez que de fuerza. En el curso de sus estudios humanos, rara vez había encontrado un sujeto que le satisfaciese por completo de acuerdo con esa teoría que había adoptado.

Cuanto más observaba al remero más le agradaba, y no podía apartar de él su vista. Al principio de cada movimiento efectuado con el remo, el rostro quedaba de perfil al observador situado en la plataforma; la acción terminaba con el cuerpo inclinado hacia atrás, como para embestir. La gracia y la facilidad del movimiento sugerían al principio dudas acerca de la realidad del esfuerzo; pero fijándose en la firmeza con que aferraba el remo y lo que se arqueaba éste a cada impulso, se obtenían pruebas evidentes de la fuerza aplicada, y no tan sólo de esto, sino de la destreza del remero, pudiendo el crítico desde su cómoda silla de brazos reflexionar acerca de la combinación de la fuerza y la inteligencia, que eran el alma, por así decirlo, de su teoría.

En el curso de sus observaciones fijóse Arrio en la extrema juventud del remero, sin experimentar por ello mayor ternura; vió que era de buena estatura y que sus miembros eran de singular belleza. Acaso sus brazos resaltaban demasiado largos; pero la objección perdía toda importancia al contemplar aquella masa de músculos que al efectuar determinados movimientos se hinchaban y parecían manojo de cables. Cada costilla dibujábase perfectamente en su redondo torso, pero debido a esa sana delgadez tan apetecida para las palestras. Por último, en el conjunto de los movimientos del remero había cierta armonía que, sobre encajar en la teoría del tribuno, estimulaba su curiosidad y su interés.

Muy pronto ansió ver de frente el rostro de aquel joven que sólo de perfil se le presentaba desde su punto de observación. La cabeza era proporcionada y se asentaba sobre su robusto cuello; los rasgos fisonómicos, mirados de perfil, eran de tipo oriental y tenían esa delicadeza de expresión que ha sido siempre considerada como signo de la aristocracia de la sangre y de la elevación de espíritu. Con tales observaciones, aumentó el interés del tribuno.

—¡Por los dioses!—se dijo—. Ese hombre me interesa. Promete mucho. Me enteraré de quién es.

El tribuno cambió de punto de observación como deseaba, y el remero, frente a él, le miró.

—¡Es un judío! ¡Y un muchacho!

Bajo la mirada fija y sostenida del romano, los grandes ojos del esclavo se abrieron más aún; la sangre coloreó sus mejillas y el remo permaneció inerte en sus manos un segundo; el golpe del martillo del *hortator* le recordó su deber, y como si a él directamente hubiera sido dirigida la advertencia, se sobrecogió, bajó la cabeza y sumergió de nuevo el remo. Cuando miró de nuevo al tribuno, quedó inmensamente más asombrado: su semblante estaba iluminado por bondadosa sonrisa.

Mientras tanto la galera se internaba en el estrecho de Messina y había pasado por la ciudad de su nombre. Luego volvió algo la proa hacia Oriente, y dejó la humareda del Etna manchando en lontananza el azul del cielo.

Siempre que Arrio volvía a su plataforma del camarote-salón observaba al remero y decía para sí:

—El muchacho tiene espíritu. Un judío no es un bárbaro. Me enteraré de quién es.

## CAPÍTULO III

### ARRIO Y BEN-HUR SOBRE CUBIERTA

Cuatro días llevaba de navegación la *Astrea;* así se llamaba la galera, y surcaba velozmente las aguas del mar Jónico. El cielo sereno y el viento de Occidente atestiguaban el favor de los dioses.

Como era posible alcanzar la flota antes de arribar a la bahía oriental de la isla Citerea, punto designado para la reunión, Arrio, algo impaciente, pasábase el día sobre cubierta estudiando y anotando con su estilo en las tablillas enceradas todas las particularidades de la nave. En el camarote, cuando sentábase a reposar en su silla, pensaba constantemente en el remero número 60.

—¿Conoces aquel hombre que ahora mismo abandona su puesto?—preguntó por fin al *hortator.*

Acababa de efectuarse un relevo.

—¿El número 60?—preguntó el interrogado.

—Sí.

El jefe miró atentamente al remero que estaba marchándose.

—Como sabes—repuso—la nave no hace sino un mes que ha sido hecha, y los hombres son tan nuevos para mí como la galera.

—Es un judío—observó Arrio pensativo.

—El noble Quinto Arrio es observador.

—Es muy joven—continuó Arrio.

—Pero es nuestro mejor remero—añadió el otro—. He visto doblar su remo casi hasta romperse.

—¿De qué disposición es?

—Es obediente; no sé más. Una vez me pidió un favor.

—¿Cuál?

—Me pidió que lo destinase alternativamente de derecha a izquierda.

—¿Te dió la razón?

—Sí; había observado que los hombres que reman siempre del mismo lado se hacen deformes. Me dijo también que en algún día de tormenta o batalla podía haber necesidad de cambiarlo de banda y entonces resultar inservible.

—¡Por Pólux! La idea es nueva. ¿Qué más has observado en él?

—Es más aseado que sus compañeros.

—En eso es romano. ¿Sabes algo de su historia?

—Ni una palabra.

El tribuno reflexionó un instante y volvió a su asiento.

—Si estás sobre cubierta cuando vuelva a su faena—dijo pausadamente—, envíamelo. Que venga solo.

Dos horas más tarde hallábase Arrio bajo el *aplustro* de la galera, en el estado de ánimo de quien, sintiéndose atraído suavemente hacia un suceso de magna importancia, no puede hacer más que esperar recurriendo a la filosofía para lograr la calma que necesita. El piloto tenía en la mano las cuerdas del gobierno de la nave, una a cada lado; a la sombra que proyectaba la vela dormitaban algunos marineros, y el vigía hallábase sobre la verga. Al levantar la vista hacia el solario colocado en la parte inferior del *aplustro,* solario que, como las brújulas modernas, servía para indicar el curso de la nave, vió que el remero se acercaba.

—El jefe que te llama "el noble Arrio", me ha ordenado subir y dicho que me llamabas. Heme aquí, pues.

Arrio examinó la figura alta, musculosa, bañada por el sol y coloreada por la sangre rica y roja circulante por sus venas; contemplóla pensando en el circo; su porte le cautivaba en cierto modo; había en su voz una sugestión de vida, pasada en su mayor parte refinadamente; sus ojos, claros y rasgados, miraban más bien curiosos que desconfiados.

Ante la imperiosa, insistente y escrutadora mirada del tribuno, no se volvieron airados, vergonzosos o amenazadores; sólo daban indicio de un gran pesar, impreso en ellos como pátina de viejos cuadros. Cual tácita confirmación de la excelente impresión que le causaba el esclavo, no hablóle como señor, sino como camarada anciano a un joven apreciado.

—El *hortator* me dijo que tú eres su mejor remero.

—El *hortator* es muy bondadoso—contestóle el galeote.

—¿Hace mucho que sirves?

—Alrededor de tres años.

—¿En los remos?

—No recuerdo haberlos dejado un solo día.

—La labor es ruda; pocos hombres la soportan un año sin agotarse, y tú... no eres más que un chiquillo.

—El noble Arrio olvida que el espíritu anima al cuerpo. Merced a su ayuda, a veces el débil resiste lo que agotaría y extenuaría al fuerte.

—Por tus palabras eres judío.

—Mis antecesores, mucho antes de existir el primer romano, eran ya hebreos.

—El obstinado orgullo de tu raza no se ha perdido en ti—exclamó Arrio, observando un destello en la mirada del remero.

—Nunca es mayor el orgullo que cuando está ceñido de cadenas.

—¿Qué motivo de orgullo tienes tú?

—Que soy judío.

Arrio sonrió

—No he estado nunca en Jerusalén—dijo—; pero he oído hablar de sus príncipes y he conocido a uno de ellos. Era mercader y navegaba. Merecía haber sido rey. ¿De qué clase eres tú?

—Debo contestarte desde el banco de la galera: soy de la clase de los esclavos; mi padre fué príncipe de Jerusalén, y como comerciante surcaba los mares. Fué conocido y honrado en la corte del gran Augusto.

—¿Se llamaba?

—Ithamar, de la casa de Hur.

El tribuno levantó los brazos con asombro.

—¡Tú hijo de Hur!

Después de una pausa, preguntó:

—¿Qué te trajo aquí?

Judá bajó la cabeza y su corazón palpitó aceleradamente. Cuando logró dominarse, miró frente a frente al tribuno y repuso:

—Fuí acusado de intentar asesinar a Valerio Grato, el Procurador.

—¡Tú!—exclamó Arrio todavía más asombrado y retrocediendo un paso—. ¡Tú ese asesino! Todo Roma se ocupó del suceso, la noticia del cual llegó a mi barco en los mares del Norte.

Ambos se miraron en silencio.

—Creía que la familia de los Hur había desaparecido de la tierra—dijo Arrio.

Un torrente de tristes recuerdos inundó el orgullo del joven; el llanto brilló en sus pupilas.

—¡Madre, madre! ¡Tirza mía querida! ¿Qué es de vosotras? ¡Oh, tribuno, noble tribuno! Si sabes algo de ellas—y plegó sus manos suplicante—dímelo; dime todo lo que sepas. Dime si viven, dónde están y cuál es su suerte. ¡Oh, te lo suplico, dímelo...!

Acercóse a Arrio hasta tocarle las mangas de su túnica.

—Tres años han transcurrido desde aquel horrible día—continuó—; tres años ¡oh, tribuno! Y cada hora ha sido para mí una existencia entera de desesperación; una vida entera de lucha contra la muerte trabajada por el dolor; y en todo ese tiempo ni una palabra de ellas, ni una esperanza. ¡Oh, si pudiéramos olvidar como se nos olvida! ¡Oh, si yo pudiese olvidar la desgarradora escena: mi hermanita arrancada de mis brazos, la última mirada de mi madre...! He sentido el hálito de la peste; oí el embravecido mar, y he reído mientras los demás rogaban, porque la muerte significaba para mí la ansiada libertad. Inclinado sobre el remo con el cotidiano esfuerzo de

los brazos, procuraba borrar de mi memoria el recuerdo de lo acaecido aquel día. ¡En vano! Dime si han muerto, si debo perder para siempre la esperanza de reunirme con ellas en el mundo. Dime si han muerto, pues viviendo no pueden ser dichosas al saber mi infortunio. He oído su querida voz llamándome de noche; las he visto caminando sobre las olas. ¡Nada hay tan verdadero como el amor de mi madre! ¿Y Tirza? Su aliento era como el aroma del lirio: su cuerpo era como la más tierna rama de una palmera; ¡tan inocente, tan graciosa, tan fresca, tan linda...! Me despertaba todas las mañanas, viniendo a cantarme. ¡Y mi mano fué la que causó su desgracia! Yo...

—¿Así, pues, admites tu culpa?—interrogó Arrio severo.

El cambio operado en Ben-Hur fué asombroso en extremo. Se alteró su voz, levantó sus crispadas manos, sus nervios vibraron, sus ojos despedían rayos.

—¿Has oído hablar del Dios de mis padres, del infinito Jehová?—exclamó—. Por su verdad y omnipotencia, por el amor con que ha protegido a Israel desde el principio, juro que soy inocente.

El tribuno estaba muy conmovido.

—¡Oh, noble romano!—prosiguió Judá—; dame una remota esperanza que ilumine las tinieblas del dolor que me rodean. ¡Proporcióname una luz!

Arrio volvió la espalda y dió algunos pasos por cubierta.

—¿Te juzgó un tribunal?—preguntó deteniéndose de pronto.

—No.

El romano irguió su cabeza sorprendido.

—¿No hubo tribunal? ¿No comparecieron testigos?

—No.

—¿Quién te condenó, pues?

Recordemos que el culto a la justicia y el respeto a la ley y sus procedimientos era la característica de los romanos, y se conservó ferviente en ellos aun en la época de la decadencia.

—Me sujetaron con cuerdas y me llevaron a un calabozo de la torre Antonia. No vi a nadie. No me habló nadie. Al siguiente día los soldados me condujeron hasta un puerto, fuí embarcado en una galera, y desde entonces estoy al remo, sin descansar un solo día.

—¿Qué podrías haber alegado en tu defensa?

—Era un chiquillo, demasiado joven para conspirador. Grato era desconocido por completo para mí. Si hubiera intentado matarlo, no era aquél el momento oportuno, ni el sitio. Era pleno día y marchaba rodeado de las legiones. No hubiera podido escaparme. Pertenecía a una clase que era amiga de Roma. Mi padre habíase distinguido por sus servicios al emperador. Teníamos mucho que perder. Mi ruina, la de mi madre y la de mi

hermana eran seguras. Y aun cuando no hubiese tomado en consideración esas poderosas razones: propiedad, familia, vida... la conciencia, la Ley, que para un hijo de Israel es como el aire para los pulmones, hubieran sido suficientes a detener mi mano, por fuerte que hubiera sido tan loco impulso. No estaba loco. La muerte era para mí preferible a la vergüenza, y créeme, te lo ruego, así es todavía.

—¿Quién se hallaba contigo cuando tuvo lugar el suceso?

—Encontrábame en la azotea del palacio de mi padre. Tirza, todo candor, hallábase conmigo, a mi lado. Al mismo tiempo nos asomamos a la barandilla, al oír las trompetas, para ver pasar la legión. Un ladrillo del parapeto se desprendió bajo la presión de mi cuerpo y cayó sobre Grato. ¡Creí haberle matado! ¡Ah, cuán grande fué mi espanto...!

—¿Dónde estaba tu madre?

—En las habitaciones de abajo.

—¿Qué fué de ella?

Ben-Hur apretó los puños y ahogó un suspiro que pareció un sollozo.

—No sé. Ví que los soldados se la llevaban, y nada más. Sacaron de la casa todo ser viviente, hasta los animales domésticos, y sellaron sus puertas. El propósito fué que nadie pudiera volver a habitarla. Yo también pregunto por ella y nadie me da razón. ¡Una sola palabra! Al fin ella es inocente. Yo... puedo olvidar... ¡te pido perdón, noble tribuno! Un esclavo como yo no puede hablar de olvidos ni de desquites. ¡Estoy condenado al remo por toda la vida!

Arrio escuchaba atentamente. Llamó en su ayuda toda su experiencia en materia de forzados. Si los sentimientos demostrados eran falsos, el galeote era un comediante perfecto; por otra parte, si eran verdaderos, la inocencia del judío era indudable y se evidenciaba el abuso de poder que con él habían ejercido. ¡Toda una familia aniquilada por un accidente fortuito! Este pensamiento le preocupó.

La vida, las ocupaciones habituales a la profesión, forman el carácter del hombre; sin embargo, por ruda y sanguinaria que fuera la existencia del tribuno, no dejaba de ser recto, pues las cualidades de justicia y gracia, si realmente se poseen, sobrenadan en las tormentas de la vida como se yerguen perfumadas las flores sobre los pantanos. Quinto podía ser inexorable, pero era justo y su ánimo se rebelaba contra todas las injusticias. Las tripulaciones de los barcos que había mandado llegaban al poco tiempo a llamarle "el buen tribuno". No necesitan los lectores mejor definición de su carácter.

En este caso, muchas circunstancias se pronunciaban ciertamente a favor del joven, y varias de ellas habránse ya supuesto. Posible era que se hubiera sentido atraído con amor hacia el judío. Tal vez había conocido al anterior Hur. Acaso conocía a Valerio Grato y le era antipático. Judá, en el curso

de su conversación, le había preguntado si conoció a Ithamar, su padre, y el romano no contestó.

Por una vez el tribuno se hallaba perplejo y vacilaba. Su poder era ilimitado, como monarca de la nave. Sus sentimientos le impulsaban a la gracia. Creía firmemente al joven. Sin embargo, decíase a sí mismo que no había para qué apresurarse, o mejor, sí había por qué apresurarse para llegar a Citerea, y no podía privar a la nave del mejor de sus remeros; valía más esperar, informarse; asegurarse de que era, en efecto, el príncipe Ben-Hur, y de que era honrado, leal y veraz. Ordinariamente los esclavos eran embusteros.

—Basta—dijo por fin—. Vuelve a tu puesto.

Judá se inclinó, miró una vez más el rostro del patrón, pero no vió en él un rayo de esperanza. Volvióse despacio para marcharse, y retornando otra vez, dijo:

—Si vuelves a acordarte de mí, ¡oh, tribuno!, no olvides que la única cosa que te he suplicado es una palabra acerca de los míos: mi madre y mi hermana.

Se alejó. Arrio le siguió con ojos admirados.

—¡Por Pólux!—pensó—. Con aprendizaje, ¡qué hombre para la arena! ¡Qué carrerista! ¡Dioses! ¡Qué brazo para la espada o para la manopla! ¡Alto!—dijo en voz de mando.

Ben-Hur se detuvo y el tribuno se le acercó.

—Si fueras libre, ¿qué harías?

—El noble Arrio se burla de mí—repuso Judá con los labios temblorosos.

—¡No, por los dioses, no!

—Entonces te contestaré gustoso. Tengo que cumplir un deber, el principal de la vida, que yo sepa: buscar a mi madre y a mi hermana. Dedicaría a ese fin cada día, cada hora, y para procurar su dicha no omitiría nada; no habría para ellas esclavo más fiel. Han perdido mucho; pero, ¡por el Dios de mis padres!, les resarciría con creces.

La respuesta fué inesperada para el romano. Por un instante olvidó su propósito.

—Yo hablaba a tu ambición—dijo cuando se repuso—. Si tu madre y hermana hubieran muerto o no las hallaras, ¿qué harías?

Judá se puso lívido. Hizo un esfuerzo para recobrar su presencia de ánimo, y preguntó:

—¿Qué profesión seguiría?

—Sí.

—Tribuno, te diré la verdad. La noche anterior precisamente al día de mi desgracia, obtuve de mi madre el permiso para ser soldado, y tengo aún

el mismo modo de pensar. Ahora bien; como en todo el mundo no hay más que una escuela militar, a ella iría.

—La palestra.

—No; el campamento romano.

—Pero debes, en primer lugar, adiestrarte en el manejo de las armas.

Un amo no podía entonces aconsejar a un esclavo. Arrio advirtió su indiscreción, y dijo fríamente:

—Vete ya, y no te forjes ilusiones recordando lo que hemos hablado. Acaso no he hecho sino bromear contigo, o—y le contempló meditativo—si piensas en ello con alguna esperanza, escoge entre el renombre del gladiador y el servicio del soldado. El primero puedes conseguirlo por el favor del emperador; en el último no hay porvenir para ti. No eres romano. Anda.

Breves instantes después, Ben-Hur hallábase en el banco otra vez.

El trabajo del hombre es alegre cuando su corazón está alegre. Así, el remo no pareció pesado a Judá porque la esperanza inundábale de alegría.

Las últimas palabras del tribuno, "acaso no he hecho más que bromear contigo", habíalas dado al olvido para no acordarse sino de que había sido llamado por el grande hombre e interrogado acerca de su historia, que era el pan de su espíritu hambriento. Seguramente algo bueno le resultaría.

La alegría de que rebosaba su corazón le brindaba con promesas risueñas, y oró así:

—¡Oh, Dios! Soy un verdadero hijo de Israel que tanto has amado. ¡Ayúdame, te lo ruego!

## CAPÍTULO IV

### EL NÚMERO SESENTA

En el punto designado reuniéronse las cien galeras a la nave capitana, dedicando el tribuno un día entero a su inspección. Al segundo del encuentro dirigióse la flota a Naxia, la mayor de las islas Cicladas, situada a mitad de camino de las costas de Asia y de Grecia y en posición estratégica la más conveniente para perseguir a los piratas, ya estuvieran en el mar Egeo o bien se dirigieran al Mediterráneo.

Cuando la escuadra marchaba en orden de batalla hacia la isla, vióse venir una galera sola por el Norte. Arrio salió a su encuentro. Era una nave que venía precisamente de Bizancio, y de su comandante obtuvo el tribuno todos los informes que necesitaba

Los piratas eran de las riberas extremas del Euxino y de la Meótida, y habíanse organizado con tal secreto, que la primera noticia que de ellos se tuvo fué cuando atravesaron el Bósforo y destruyeron la flota allí estacionada. Hasta el Helesponto habían seguido su marcha conquistadora. La escuadra, formada por unas sesenta galeras, en su mayoría trirremes, perfectamente armadas, iba al mando de un griego, siendo griegos también todos los pilotos, y, por consiguiente, perfectamente conocedores de aquellos mares. El botín era incalculable, y en consecuencia, el pánico que inspiraban en el mar y en los puertos tan grande, que las ciudades habían cerrado los portones de sus murallas, coronando éstas de centinelas por las noches, y se había interrumpido el tráfico.

—¿Dónde están ahora los piratas?

A esta pregunta, la más interesante para Arrio, contestó el patrón de la nave mercante:

—Después del saqueo de Hefestia, en la isla de Lemos, el enemigo se dirigió hacia la Tesalia y, según las últimas noticias, desaparecieron en los golfos existentes entre la Eubea y la Helada.

Tales fueron las noticias.

Los habitantes de Naxia, agrupados en las cumbres para admirar el espectáculo grandioso de cien galeras marchando en perfecto orden, vieron de pronto que la escuadra cambió de rumbo hacia el Norte, como si fuese una columna de caballería. Las nuevas de las piraterías habían llegado hasta la isla, y al ver cómo desaparecían lentamente las blancas velas por entre Syra y Thermia, se reanimaron los espíritus. Roma defendía siempre lo que aferraba con fuerte mano; en compensación de los tributos, daba seguridad y protección.

El tribuno hallábase muy satisfecho por saber los movimientos del enemigo, y doblemente agradecido a la fortuna, que le había proporcionado noticias prontas y seguras y conducido a los piratas a una posición en la cual era más fácil y seguro destruirlo. Sabía cuánto daño podía hacer una sola galera en un mar extenso como el Mediterráneo y lo difícil de su apresamiento o destrucción, y no ignoraba la necesidad de tratar de combatir y vencer a toda la flota reunida, único medio de acabar con sus correrías.

Si el lector toma un mapa de Grecia o del Egeo, verá que la isla de Eubea o Negroponto se extiende casi paralela a lo largo de la clásica costa de la Helada, como un baluarte ante el Asia, dejando entre ella y el continente un canal de unas ciento veinte millas de longitud y escasamente una anchura media de ocho millas. La flota de Jerjes le había surcado, entrando por el Norte, y ahora los piratas del Euxino habíanlo invadido, atraídos por las riquezas de las ciudades situadas en las costas de los golfos de Petali y Atalanto. Estudiando la situación, Arrio calculó que los hallaría no lejos

de las Termópilas, y decidió cortarles el paso por el Norte y por el Sur. Para no perder un instante, ordenó el cambio de rumbo indicado, dando a las naves su máxima velocidad, despreciando las frutas, los vinos y las mujeres de Naxia hasta no dar cima a su empresa. Así, pues, al anochecer, distinguióse la cumbre de Oca, y el piloto anunció la proximidad de la costa eubea.

A una sola señal, la flota entera se detuvo. Cuando volvió a emprender la marcha, Arrio, al mando de cincuenta galeras, penetró por la embocadura Sur del canal, mientras las otras cincuenta naves, a gran velocidad, costeaban la parte oriental de la Eubea para cortar la retirada a los piratas, atacándoles por el Norte.

Ni una ni otra división, ciertamente, era igual en número a la de los piratas; pero en compensación ambas tenían a su favor, entre otras ventajas, las de la disciplina y la experiencia militar. Además, el tribuno había calculado que, aun en el caso de que una de las divisiones fuera destrozada por los piratas, quebrantados éstos por el combate y descuidados, serían fácilmente vencidos por la otra división, entonces ya superior a la corsaria.

Mientras tanto, Ben-Hur seguía en su banco, relevado cada seis horas. El corto descanso en la bahía le había vigorizado; así, pues, trabajaba animosamente, y el jefe, en la plataforma, estaba satisfecho.

Las gentes, por lo general, ignoran cuánto contribuye a su bienestar el conocimiento de dónde se hallan y adónde se dirigen. El sentimiento de la desorientación es doloroso, pero aún lo es más el de sentirse llevado a ciegas hacia un punto desconocido. La costumbre no había atrofiado en Ben-Hur las sensaciones hasta el punto de no hacerle experimentar tales sufrimientos, y encerrado en su estrecha cárcel, trabajando noche y día, sentía irresistible ansiedad de saber adónde se dirigía la nave. Oía todos los crujidos del barco en movimiento y escuchábalos como si en cada ruido esperase ver llegar una noticia que le sacara de su incertidumbre; contemplaba el enrejado sobre su cabeza, y por aquella poca luz que se le concedía aguardaba no sabía el qué; muchas veces había estado a punto de ceder al impulso de preguntar a su jefe, lo cual hubiera dejado estupefacto al dignatario.

En su largo servicio, contemplando los escasos rayos del sol que descendían hasta su banco, había llegado a conocer con alguna aproximación la dirección de la nave. Esto, naturalmente en los días despejados, como los que la buena fortuna del tribuno hacíales gozar; y el experimento no le había fallado desde su salida de Citerea. Al pensar que se dirigían hacia su patria la vieja Judea, paraba mientes en cualquier desviación de la ruta, y experimentó verdadera decepción cuando, próximo a Naxia, advirtió la súbita evolución hacia el Norte. No podía conjeturar el motivo del cambio de rumbo, porque lo mismo que sus compañeros de esclavitud ignoraba el objeto

del viaje y nada sabía de su situación. Su puesto estaba en el remo y allí le retenía el deber inexorable, bien estuviese el buque anclado o caminase con las velas extendidas a impulso del viento. Sólo una vez en tres años le había sido permitido subir a cubierta y contemplar el mar; la ocasión nos es conocida. No tenía la menor idea de que la galera a cuya marcha contribuía era seguida por cincuenta más en el más perfecto orden.

Cuando el sol, caminando a su ocaso, enviaba sus últimos rayos a los bancos de los remeros, la dirección de la galera era la misma. Cerró la noche, y Ben-Hur pudo discernir que no se cambiaba de rumbo. Por ese tiempo un perfume de incienso penetró por las escotillas, proveniente de la cubierta.

—El tribuno se halla en el altar—pensó—. ¿Acaso estamos en vísperas de una batalla?

Continuó observando.

Hasta entonces se había encontrado en muchas batallas sin haber visto ninguna. Desde su banco había oído el clamoreo tantas veces, que ya se le había hecho familiar en todas sus notas, casi como a un cantante una canción muchas veces escuchada. De ahí que conociese muchos de los preliminares de un combate naval tan bien como un romano o un griego. Los ritos eran iguales a los que se celebraban al principio de un viaje, y para él cuando los notaba eran siempre una advertencia.

Debe observarse que una batalla tenía para él y para los demás galeotes un interés diferente del que tenía para la tripulación, pues no provenía éste del riesgo de una derrota o de la suerte de una victoria, sino que, de sobrevivir, podía traerles la derrota de sus naves un cambio en su condición, acaso la libertad; pero de todos modos un mejoramiento posible en el cambio de amos.

Oportunamente encendiéronse las linternas, colgándolas en las escaleras, y el tribuno descendió entonces del puente, armándose con sus corazas los marineros, que se formaron sobre cubierta. El tribuno pasóles revista, examinando las alabardas, jabalinas, espadas, armas que se amontonaron en pabellones, junto a las ánforas de aceite inflamable, pez, mechas y torcidas de algodón. Finalmente, Ben-Hur vió al tribuno revestirse de su armadura, ponerse el yelmo y preparar el escudo, señales evidentes de que iba a sonar la hora del combate.

En cada banco había una pesada cadena, con la cual el *hortator* procedía a sujetar a los remeros los pies, número por número, para obligarles a permanecer en su sitio e impedirles la salvación en caso de un desastre.

En la cámara reinaba el silencio, sólo interrumpido al principio por el rumor de los remos rozando en las correas que los sujetaban. Todos los galeotes sufría la vergüenza del encadenamiento: pero ninguno en tal grado

como Ben-Hur, que hubiera querido sustraerse a ella a cualquier precio. Pronto el ruido de las cadenas anunciole la proximidad del jefe; ya le llegaba el turno, y el tribuno continuaba en su plataforma. ¿Intervendría en su favor?

Este pensamiento, sugerido por su vanidad o por el egoísmo, como lo prefiera el lector, se había enseñoreado de Ben-Hur en aquel momento. Creyó que el romano intervendría, manifestando así sus sentimientos respecto a él. Si disponiéndose para el combate se acordaba de Judá, probaría que tenía de él opinión favorable y que lo consideraba por sobre sus compañeros de esclavitud, lo cual justificaría las esperanzas concebidas por el hebreo.

Esperaba, pues, ansiosamente, pareciéndole cada segundo una eternidad

Entre golpe y golpe de remo miraba al tribuno, tendido sobre su lecho de reposo, con los ojos cerrados. Al verlo así, el número 60 tuvo un impulso de ira y se prometió no volver a dirigir más la vista hacia la plataforma.

El *hortator* se aproximaba. Había llegado al número uno, y el estridor de las cadenas sonaba horriblemente. Al fin llegó al número 60. Con la calma de la desesperación, Ben-Hur puso el remo en el descanso y tendió su pie al oficial. Entonces el tribuno se movió, incorporóse e hizo una señal al jefe.

Una violenta emoción se apoderó del judío. Los ojos del gran hombre pasaron del *hortator* a él, y cuando dejó caer su remo toda la sección de remeros de su banda parecíale brillar con luz deslumbradora. Oyó hablar al tribuno, pero no entendió lo que decía; sólo vió que la cadena pendía a su lado sin sujetarle y que el jefe volvía a su asiento y proseguía golpeando su plancha. Antojábansele los golpes del martillo notas de dulcísima melodía, y con el pecho encorvado sobre la empuñadura de plomo movía el remo con toda su fuerza, doblegándolo como si quisiera romperlo.

El jefe acercóse al tribuno y, sonriendo, le señaló el número 60.

—¡Qué fuerza!—dijo.

—¡Y qué animo!—repuso el tribuno—. ¡Por Pólux! Trabaja mejor sin grillos. No se los pongas más.

Dicho esto, tendióse de nuevo en el lecho.

La galera, impelida sólo por los remos, surcaba las olas levemente rizadas por el viento, y la gente que no estaba de servicio dormía: Arrio en su lecho; los soldados, sobre el piso del camarote.

Una, dos veces, fué relevado Ben-Hur, pero no le fué posible pegar un ojo. Sus años de tinieblas densas eran surcadas al fin por una tenue claridad. Náufrago perdido entre las olas, divisaba a lo lejos un puerto. Cataléptico durante mucho tiempo, volvía en sí, como si resucitara. No era aquella ocasión de entregarse al sueño. La esperanza, negociando con lo porvenir,

hace que sólo sean servidores de ella lo presente y lo pasado con impulsivas y sugestivas circunstancias. Fundado en el favor del tribuno la llamó así. Lo raro es, no que puedan hacernos cosas puramente imaginarias tan felices en determinados momentos, sino que las aceptemos y las consideremos como reales. Para Ben-Hur era ya un hecho el término de sus sufrimientos, la restauración de su casa y su fortuna, y el estrechar en sus brazos una vez más, a su madre y hermana. Y estos sueños le hacían más dichoso que nunca lo había sido. La menor de las dudas no aparecía para amargar tan deliciosas imaginaciones. Tan reales le parecían, que ni pensaba en la venganza. Messala, Grato, Roma, todos sus tristes recuerdos yacían olvidados, como muertos; miasmas de la tierra, lejos de las cuales flotaba dulcemente, escuchando el canto de los arcángeles y serafines.

La profunda obscuridad que precede al alba envolvía el agua y todos los objetos y seres que marchaban en la *Astrea,* cuando un hombre, descendiendo rápido del puente, acercóse a Arrio y lo despertó. Arrio se puso de pie, cogió la espada y el escudo, se cubrió con el casco y llamó al jefe de los soldados.

—¡Los piratas se acercan! ¡Prepárate ya!—dijo, y subió la escalera del puente tranquilo, sereno y confiado, como si tuviese segura la victoria por designio de los dioses.

## CAPÍTULO V

### EL COMBATE NAVAL

Todo el mundo a bordo, hasta el mismo barco, estaba despierto. Los oficiales, en sus puestos; los soldados, con las armas en la mano, en los baluartes, defendiéndolos de todos los lados como legionarios. Toda arma arrojadiza existente en la galera hallábase sobre cubierta; los líquidos inflamables y las mechas, cerca de la escotilla central; encendiéronse las linternas adicionales, y se prepararon grandes cubos de agua para caso de incendio. Los remeros de reserva estaban custodiados frente al *hortator,* y entre ellos, por designio providencial, Ben-Hur, que observaba curiosamente los últimos preparativos para el combate. Los marineros habían amainado la vela, tendían las redes, preparaban las máquinas de batir, y colocaban los escudos de cuero en los parapetos de la nave. El silencio descendió de nuevo sobre la galera; un silencio lleno de ansiedad e incertidumbre, que podía interpretarse por un: *prevenidos.*

A una señal dada desde el puente y comunicada al *hortator* por un suboficial colocado en las escaleras, todos los remos se pararon.

¿Qué significaba esto?

De los 120 esclavos encadenados en los bancos ni uno solo dejó de hacerse tal pregunta, aunque no les animaba incentivo ninguno ni experimentaban sentimientos de patriotismo, honor, deber ni amor propio. Sólo sentían el estremecimiento de los hombres a quienes una fuerza ciega precipita en un peligro. Puede suponerse que al dejar su remo el más obtuso de ellos se hizo tal pregunta pensando en todo lo que podía suceder, y sin poder prometerse nada del resultado. Encadenados en sus bancos, la victoria no hubiera remachado sus cadenas, mientras que un desastre podía echarlos a pique con la galera o un incendio podía quemarlos vivos.

En tal situación no se les ocurría preguntar: ¿Quién es el enemigo? Y si eran amigos, hermanos o compatriotas los que se aprestaban a la lucha.

Mucho tiempo hacía, sin embargo, que tales pensamientos golpeaban la mente de los galeotes. Un sonido como de remos de galeras atrajo la atención de Ben-Hur, y la *Astrea* tambaleóse un momento como en medio de corrientes contrarias. La idea de una flota próxima, de una flota que estaba maniobrando para prepararse a un combate le asaltó, y a tal pensamiento la sangre circuló precipitadamente por sus venas.

Otra orden del puente, y los remos se sumergieron, adelantando la galera lentamente. Ni el más leve rumor se oía en el barco ni en el mar, y, sin embargo, todos en la cubierta se dispusieron instintivamente al combate como si el choque fuese a producirse en aquel mismo momento. Hasta el barco guardaba el mayor silencio, sin crujir al andar, como si tuviera la intuición del peligro.

En tal situación el tiempo es inapreciable, y Ben-Hur no pudo calcular la distancia recorrida. Por fin un sonoro y prolongado toque de trompeta bajó del puente y turbó el silencio. El *hortator* golpeó con su martillo la plancha sonora, y los remeros redoblaron sus esfuerzos. La nave avanzó rápidamente. Otras trompas sonaron por detrás y a ambos costados de la nave; pero ninguna delante, por donde sólo se percibía un rumor tumultuoso. Produjose una tremenda sacudida. Los remeros de refresco, de pie ante su jefe, vacilaron y alguno rodó por el suelo. La galera retrocedió un punto, pero en seguida continuó su marcha con ímpetu irresistible. Alzáronse los clamores y gritos de espanto que ahogaban en parte el sonido de las trompetas y el fragor del combate. De pronto, a sus pies, bajo la quilla, Ben-Hur sintió un choque rudo y el crujido de madera resquebrajada, hecha astillas. Los galeotes se miraban con terror pánico. Un aullido de triunfo estalló en el puente: la proa de la nave romana había derribado a la galera

enemiga. Pero ¿quiénes eran los que el mar había engullido? ¿De qué idioma, de qué tierra?

Ni tregua ni detención. La *Astrea* siguió adelante. Algunos marineros descendieron precipitadamente a cubierta, empaparon mechas y torcidas de algodón en el aceite y las pasaron a sus compañeros que estaban en el puente. El fuego iba a sumarse con los demás horrores del combate.

De pronto, la *Astrea* se inclinó tanto a babor, que los remeros apenas pudieron sostenerse en equilibrio. Otra vez resonó el grito de triunfo de los romanos. Un bajel enemigo, aferrado por los garfios de la capitana, fué levantado de la proa y echado a pique.

El clamoreo aumentaba de un modo indescriptible. Mezclábanse al sonido de las trompetas y al estruendo de los vítores crujidos siniestros, ayes terribles, voces de terror, lamentaciones y gritos de mando.

No era la lucha en todas partes favorable a los romanos. Con frecuencia, soldados y marineros eran conducidos a la cámara, heridos o moribundos, y abandonados allí sobre el suelo.

A veces también, nubes de humo y de vapor traían con ellas olor de carne humana chamuscada y penetraban por las escotillas sumiendo en densa obscuridad la cámara, obscuridad sólo interrumpida de vez en cuando por el resplandor de alguna amarillenta llama. Ben-Hur conoció que estaban pasando por junto a una nave incendiada en la cual ardían todos sus remeros encadenados a los bancos.

La *Astrea* en aquel instante experimentó una gran conmoción. Se paró de repente. Los remos se escaparon de las manos de los remeros, quienes fueron derribados de sus bancos. Oyéronse sobre cubierta muchos y precipitados pasos, y estruendo de crujidos como si se despedazara la nave. La mayoría de los galeotes buscaban donde esconderse. Por primera vez dejó de oirse entre el tumulto el martillo del *hortator*. En medio del pánico general, un cuerpo humano fué lanzado de cabeza por la escotilla y cayó cerca de Ben-Hur. Estaba semidesnudo; una masa de enmarañados cabellos negros cubría su rostro; cayó encima de un escudo de mimbres y cuero. Era un bárbaro del Norte a quien la muerte privaba de venganza y de botín. ¿Cómo había caído allí? ¿Le habían arrancado con un garfio del puente enemigo? No. La *Astrea* había sido abordada. Los romanos estaban combatiendo en su propia casa. Un estremecimiento de terror invadió al joven judío: Arrio acaso estaba defendiendo desesperadamente su propia vida; tal vez hubiese muerto. ¡Protégelo, Dios de Abraham! Las esperanzas y sueños que había concebido, ¿no serían más que sueños y esperanzas? Madre y hermana, casa, hogar, ciudad sagrada... ¿no volvería a verlas de nuevo? El tumulto crecía sobre él; en la cámara todo era confusión; los remeros, inmóviles y paralizados más por el terror que por los grillos; los tripulantes iban y venían

apresuradamente; sólo el *hortator*, impasible ante su mesa, martillo en mano, esperaba tranquilamente las órdenes del tribuno. ¡Ejemplo de aquella admirable disciplina que había conquistado y dominado al mundo...!

Este ejemplo produjo saludable efecto sobre Ben-Hur, que se posesionó de sí mismo hasta el punto de poder reflexionar. El honor y el deber retenían al romano en la plataforma; pero esos sentimientos, en aquel caso, no significaban nada para el judío: era esclavo, y quizá el momento oportuno de su libertad se acercaba. ¿A quién aprovecharía, por otra parte, su sacrificio? Para él era un deber la vida, no la muerte. El deber, si no el honor, le ordenaban vivir para su madre y hermana, que se alzaban ante él, nunca confundiendo más la ilusión con la realidad; las veía tendiéndoles los brazos, y las oía implorarle. ¡Ay! Una sentencia romana lo encadenaba al remo. Mientras subsistiera era inútil su fuga. En todo el mundo no hallaría rincón para refugio fuera del alcance de la venganza romana ni en la tierra ni en el mar. Además, él necesitaba la libertad con todos los requisitos legales para poder recorrer tranquilamente la Judea en busca de los seres queridos, y, logrado su objeto, quedarse en ella, pues en otra tierra no quería vivir. ¡Bendito Dios! ¡Cuánto había aguardado, velado y orado por conseguirlo! ¡Y cuánto se había aplazado la realización de su anhelo...!

Por fin parecía próximo a realizarlo si había de atenerse a las promesas del tribuno. ¿No era también ese el designio del gran hombre? Pero, ¿y si su bienhechor muriese? Los muertos no vuelven para cumplir las promesas hechas a los vivos. No; no sucedería. Arrio no moriría. Y en todo caso era preferible morir con él que sobrevivirle para seguir esclavo al remo.

Una vez más Judá miró en torno suyo. En la cubierta, la lucha continuaba, pegada la *Astrea* por uno de sus costados a la nave enemiga. Los galeotes intentaban, presos de pánico, romper sus grillos, y, al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, lanzaban aullidos de frenética desesperación. Los guardias hallábanse en lo alto de las escaleras; daba plaza al terror la disciplina. Pero ¡no! Todavía el *hortator* permanecía sentado en su puesto, tranquilo, impasible, grave, fiel a su consigna, sin otra arma que su martillo, esperando las órdenes del tribuno, y procurando tranquilizar a los remeros. Ben-Hur dirigióle una última mirada, y después alejóse, no huyendo, sino en busca de Arrio.

El corto trecho que le separaba de una de las escaleras, traspúsolo de un salto, y se encontró muy luego en situación de contemplar un buen espacio de cielo, como en llamas; varias naves muy próximas, el mar cubierto de despojos, y la lucha arreciando en la galera, sobre todo junto a la cámara del piloto, donde un grupo de romanos se defendía valerosamente rodeado de gran número de enemigos. De repente le faltó el suelo bajo los pies, y parecióle como si le arrojasen hacia atrás violentamente. Cuando alcanzó a

tocar el suelo, sintióse de nuevo impulsado hacia arriba, y luego, tras un gran estrépito, la *Astrea* se abrió en dos y se hundió en el Océano, sepultándose con ella como en una enorme caja de muerto.

No se puede afirmar que el joven judío contribuyese con sus esfuerzos propios a salvarse. Su fuerza extraordinaria y los infinitos recursos de vigor que la Naturaleza tiene reservados a los hombres para los momentos de extremo peligro de nada podían servirle en aquella densa obscuridad y entre aquel torbellino de agua y de fragmentos de la nave. Quedó estupefacto, y hasta el acto de contener la respiración fué involuntario, instintivo.

El flujo de las olas lo precipitó al fondo del camarote, donde habría perecido ahogado a no sacarlo el reflujo. La enorme masa lo vomitó por una de las escotillas y le permitió ganar la superficie del golfo. El tiempo que permaneció bajo el agua parecióle una eternidad. No se cansaba de respirar a plenos pulmones el aire vivificante, y, goteando por los cabellos y los ojos, se encaramó a un tablón flotante y miró en torno suyo.

La muerte le había perseguido bajo las olas, y la halló esperándole ansiosa en la superficie, bajo múltiples aspectos, como a víctima designada

Una nube de humo extendíase sobre el mar, dejando ver de vez en cuando, acá y allá, resplandor brillante de llamas, que comprendió eran buques incendiados. La batalla continuaba todavía, sin que él pudiera calcular de parte de quién se inclinaba la victoria. Al alcance de su vista pasaba de cuando en cuando alguna nave, disipando con sus luces, momentáneamente, las tinieblas. A sus oídos llegaban crujidos de barcos que chocaban y se despedazaban. El peligro, sin embargo, estaba más próximo de lo que suponía. Cuando se hundió, la lucha sobre el puente y sobre cubierta era muy recia, y asaltantes y asaltados cayeron al mar. Muchos de estos combatientes habían vuelto a la superficie y reanudado ferozmente la lucha, apoyados sobre tablones, mástiles y trozos de arboladura, combatidos por las ondas agitadas, y arrojados en abrazo mortal y revolviéndose desesperadamente en una u otra dirección por remolinos y corrientes opuestas. Peleaban encarnizados, a veces en medio de la obscuridad, a veces al siniestro resplandor de naves incendiadas. Como no tenía nada que ver con esa lucha, en la que todos eran sus enemigos y en la que no hubiera logrado más que lo despojaran del tablón en que flotaba, esforzóse en alejarse de los combatientes lo más posible.

En esto se oyó rumor de remos en acompasado movimiento, y vió que venía sobre él, majestuosamente, una galera. La alta proa parecía doblemente alta a la luz rojiza que la iluminaba, y le daba las apariencias de un monstruo marino. A su paso, el agua se agitaba espumante.

Empujando el tablón hacia adelante, intentó ponerse en salvo. Los momentos eran preciosos; medio segundo podía salvarle o perderle. En la crisis

del esfuerzo desesperado vió salir del agua, al alcance de su mano, un yelmo dorado y dos manos de rígidos dedos, manos grandes y fuertes que procuraban aferrarse a una tabla. Ben-Hur se detuvo asombrado. El yelmo hundióse y reapareció; los brazos se agitaron violentamente; la cabeza echóse hacia atrás, iluminando el rostro la claridad de las llamas, presentando la boca abierta, los ojos dilatados por el terror y la tez con la lividez de los moribundos; ¡una visión horrible!... Pero el joven judío dió un grito de alegría ante aquella aparición, y antes de que la cabeza se hundiese por tercera vez, sujetóla y la atrajo hacia sí, colocando el cuerpo sobre el tablón que lo sostenía.

Le sacó de la cabeza el yelmo y con mayor dificultad logró desceñirle la coraza.

Era Quinto Arrio, el tribuno.

Por un instante el agua azotólos sin piedad, envolviéndolos en un remolino espumoso. La galera había pasado, y sus remos habían casi tocado a los dos náufragos. Ben-Hur tuvo que hacer desesperado esfuerzo para no soltar el madero y sostener a flote, al propio tiempo, el cuerpo del romano. Había pasado impasible por entre los combatientes flotantes dejando en pos una estela como cola de serpiente, que el resplandor de los incendios próximos teñía de rojo. Oyóse un estruendo, al que siguió un grito desesperado que le hizo volver la vista, sin abandonar su carga. Experimentó cierta invasión de alegría salvaje en su corazón al ver que la *Astrea* había sido vengada.

La lucha se alejaba. El combate se redujo a desesperada resistencia. Pero ¿quiénes eran los vencedores? Ben-Hur, sensible como muchos de sus camaradas de remo, comprendía además que la vida del tribuno dependía del resultado del combate. Acomodó al romano sobre el tablón, y esperó. El alba adelantaba lentamente. Aguardaba su venida con esperanza y ansiedad

intensas. ¿Alumbraría la victoria de los romanos o de los piratas? Si la de los piratas, su preciosa carga estaba perdida.

Por fin rompió el día. A su izquierda vió tierra el judío, pero demasiado lejos para pensar en alcanzarla nadando. Acá y allá otros náufragos como ellos procuraban sostenerse sobre pedazos de madera. En algunos sitios destacábanse humeantes fragmentos. A lo lejos, una galera con las velas desgarradas y los remos paralizados estaba casi acostada sobre su babor. Más lejos aún, pequeñas manchas movibles como de naves que huyeran o que perseguían a otras: quizá aves marinas de blancas alas.

Una hora transcurrió así; su ansiedad iba en aumento. Si el socorro tardaba, Arrio moriría. A veces parecía ya muerto, pero no era aún cadáver. Le sacó de la cabeza el yelmo, y con mayor dificultad logró desceñirle la coraza. El corazón le palpitaba levemente, lo que hizo recobrar la esperanza a Ben-Hur. No había otra cosa que hacer sino aguardar, y siguiendo las costumbres de su raza, oró fervorosamente.

## CAPÍTULO VI

### ARRIO ADOPTA A BEN-HUR

Volver en sí de la semiasfixia que prodúcese al empezar el ahogo, es más doloroso que el mismo ahogamiento. El proceso terminó felizmente para Arrio, y, al fin, los cuidados de Ben-Hur lograron volverle el habla.

Gradualmente pasó de las instintivas e incoherentes preguntas de "dónde estaba" y "por quién y cómo había sido salvado", al pensamiento de la batalla y sus resultados. La incertidumbre en que se hallaba al respecto estimulaba sus facultades intelectuales, contribuyendo a ello no poco el reposo de que gozaba sobre el tablón. En breve ya pudo sostener una conversación.

—Nuestra salvación—dijo—depende del resultado del combate. Comprendo lo mucho que has hecho por mí: me has devuelto el uso de la palabra; me has salvado la vida con riesgo de la tuya; lo reconozco por completo y, suceda lo que suceda, puedes contar con mi agradecimiento. Más que agradecimiento tendrás si la fortuna me sonríe bondadosa y propicia; si nos salvamos y he triunfado, haré por ti cuanto puede hacer un romano con valimiento y oportunidad de demostrar su gratitud. Mientras tanto está por ver si, no obstante tu buena voluntad, me has hecho un servicio o no al salvarme. Apelando a tu benevolencia—y titubeó un momento—, quiero que me

prometas cumplir fielmente una promesa que vas a hacerme, en determinada circunstancia, como el mayor favor que un hombre puede hacer a otro. Prométemelo solemnemente.

—Si lo que de mí solicitas no es cosa prohibida, lo haré — repuso Ben-Hur.

Arrio se detuvo nuevamente. Por fin preguntó:

—¿Eres realmente hijo de Hur el judío?

—Lo soy, como ya te dije.

—Conocí a tu padre.

Judá se estrechó aun más al tribuno, cuya voz debilitábase por momentos.

—Le conocí y le quise—continuó Arrio.

Produjose otra pausa, durante la cual los pensamientos del tribuno parecían volar distantes.

—No puede ser que tú, su hijo — prosiguió — no hayas oído hablar de Catón y Bruto. Fueron muy grandes hombres y nunca más grandes que en su muerte. Al morir establecieron esta ley: "Un romano no debe sobrevivir a su mala fortuna." ¿Me escuchas?

—Oigo.

—Es costumbre de los nobles romanos llevar un anillo. Mira el que llevo en esta mano, y cógelo.

Tendió la mano a Judá, y éste obedeció.

—Ahora póntelo en uno de tus dedos.

Ben-Hur lo ejecutó así.

—Su uso te será de gran utilidad—continuó Arrio—. Poseo propiedades y dinero. Puedo considerarme rico aun en Roma. No tengo familia ni parientes. Enseña este anillo a mi liberto que las gobierna en mi ausencia. Le hallarás en una quinta próxima a Miseno. Dile cómo llegó a tus manos el anillo, y pídele algo o todo lo que tiene mío; no te lo rehusará. Si vivo, haré algo más por ti. Te devolveré la libertad y te restituiré a tu hogar y a tu pueblo, o bien podrás entregarte a la profesión que más te agrade. ¿Me oyes?

—No pierdo una de tus palabras.

—Entonces, júrame por los dioses...

—No, buen tribuno; soy israelita.

—Bueno; pues por tu Dios o por lo más sagrado que se pueda jurar en tu fe, júrame que harás lo que voy a decirte y tal como te lo diga. Aguardo tu promesa.

—Noble Arrio, tu voz y ademanes me indican que vas a pedirme algo de excepcional gravedad. Dime antes lo que deseas de mí.

—¿Prometerás luego?

—No puedo afirmártelo, mientras no sepa antes... ¡Bendito sea el Dios de mis padres! ¡Ahí llega una nave!

—¿En qué dirección?

—Del Norte.

—¿Puedes comprender su nacionalidad por algún signo?

—No; estuve siempre al remo.

—¿Lleva bandera?

—No puedo distinguirlo.

Arrio permaneció callado un rato, aparentemente en honda reflexión.

—¿Camina todavía el barco?—preguntó al cabo.

—Sí.

—Mira ahora su bandera.

—No tiene bandera.

—¿Ni otro signo alguno?

—Lleva desplegada la vela; tiene tres órdenes de remo, y marcha rápidamente. Es todo cuanto puedo decir.

—Una galera romana, después del triunfo, estaría abanderada. Debe pertenecer al enemigo. Oyeme, pues—dijo Arrio poniéndose grave otra vez—; escúchame mientras puedo todavía hablar. Si la galera es pirata, tu vida está salvada; quizá no te concedan la libertad; acaso te destinen de nuevo al remo; pero no te matarán. Si lo contrario, yo...

Le faltó la voz.

—¡Por Pólux!—continuó con voz firme—. Soy demasiado viejo para sobrevivir a la deshonra. Ha de decirse en Roma que Quinto Arrio se fué a pique con su galera, cual corresponde a un tribuno romano. He aquí lo que quiero que hagas: si la galera es de los corsarios, arrójame del tablón y déjame ahogar. ¿Has oído? Júrame que lo harás.

—No juraré—dijo Ben-Hur resueltamente—ni cumpliré tu deseo. La ley que nos gobierna, ¡oh, tribuno!, me hace responsable de tu vida. Toma tu anillo—y sacándoselo del dedo se lo ofreció—, tómalo y con él todas tus promesas de beneficio en caso de librarnos del peligro. La sentencia que me condenó al remo por toda la vida me hizo esclavo; pero no soy más esclavo que tu liberto. Soy un hijo de Israel y, en este instante, mi propio y único dueño. Toma tu anillo.

Arrio permaneció impasible.

—¿No lo quieres?—continuó Judá—. No en señal de cólera ni del más mínimo desprecio, pues, sino para librarme de una pesada obligación, daré tu anillo al mar. ¡Mira, oh, tribuno!

Arrojó la sortija. Arrio la oyó caer a las aguas, pero no miró.

—Has cometido una insensatez—dijo—, insensatez incomprensible dada tu posición. Mi muerte no depende de ti. La vida es una carga que puedo arrojar de mis hombros sin tu ayuda; y si la arrojo, ¿qué será de tí? Los hombres resueltos a morir, prefieren recibir la muerte de otras manos que

las suyas, porque el alma, como nos dice Platón, se rebela a la idea de la propia destrucción; eso es todo. Si la nave es pirata, escaparé del mundo. Mi suerte está decidida; soy romano. La victoria y el honor son todo en todo. Sin embargo, quise servirte y tú no quisiste. El anillo era la única manifestación de mi voluntad que podía sacarte de tu situación. Lo hemos perdido ambos. Moriré con la pena de haber sido abandonado por la victoria y por la gloria. Tú morirás un poco más tarde cumpliendo tu penoso deber, a causa de tu insensatez. Te compadezco.

Ben-Hur vió las consecuencias de su acción más claramente que antes, pero no se arrepintió de ella.

—En los tres años de mi servidumbre, ¡oh, tribuno!, tú has sido el primero que me ha mirado compasiva y afectuosamente. ¡No! ¡No! ¡Fué otro!

Suavizóse su voz, se humedecieron sus ojos y se le representó minuciosamente la escena de la fuente en Nazaret, volviendo a ver al adolescente que se llegó a socorrerle con un ánfora de agua fresca.

—Al fin—prosiguió luego—tú fuiste el primero que me preguntó quién era; y cuando logré asirte entre las olas y colocarte a mi lado en esta tabla, aun cuando pensé en los distintos modos con que podrías favorecerme, no fué mi acción del todo interesada. Te suplico que lo creas. Por otra parte, al pensar cómo me llevó Dios a conocerte, comprendo que sus designios sólo han de cumplirse por medios lícitos. Mi conciencia me dicta que muera contigo antes de matarte. Mi resolución es tan firme como la tuya, y aun cuando me ofrecieras Roma entera, ¡oh, tribuno!, y estuviese en tus manos el cumplir el don, no te mataría. Tu Catón y tu Bruto son chiquillos comparados al Hebreo que nos dió la ley y que todo judío debe cumplir: "No matarás."

—Pero mi súplica... Tienes...

—Tus órdenes hubieran pesado más en mi ánimo, pero no me hubiesen conmovido. He dicho.

Ambos callaron, aguardando.

Ben-Hur miraba con frecuencia a la nave que se acercaba. Arrio permanecía con los ojos cerrados, indiferente.

—¿Estás seguro de que es una galera enemiga?—interrogó Judá.

—Así lo pienso—fué la respuesta.

—Se detiene y echa un bote al agua.

—¿Puedes ver su bandera?

—¿No hay otro signo para reconocer si es romana?

—Si es romana llevará un yelmo en lo alto del palo mayor.

—Entonces, alégrate; veo el casco.

Todavía no pareció convencido Arrio.

—Los hombres del bote están recogiendo náufragos. Los piratas no son humanitarios.

—Pueden necesitar remeros—murmuró Arrio, acaso recordando que había hecho lo mismo alguna vez.

Ben-Hur seguía atentamente los actos de los extranjeros.

—La nave se aleja.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la derecha, donde hay una galera abandonada. Se acerca a ella y destaca hombres de a bordo...

Entonces Arrio abrió sus ojos y perdió su impasibilidad.

—Da gracias a tu Dios—dijo a Ben-Hur, después de examinar de una ojeada el navío—. Da gracias a tu Dios como yo las doy a mis dioses. Un pirata hubiera hundido, no salvado, la nave. Por este acto y el casco sobre el mástil conozco que es romana. La victoria es mía. No desertó de mi lado la fortuna. Estamos salvados. Agita la mano; llámalos; que vengan inmediatamente. Seré duunviro, y tú... Conocí a tu padre y lo quise. Era verdaderamente un príncipe. El me enseñó que un judío no es un bárbaro. Te llevaré conmigo. Te adoptaré por hijo. Da gracias a tu Dios y llama a los marineros. ¡Apresúrate! Hemos de perseguirlos, para que ni uno de los corsarios escape. ¡Apresúrate, pues!...

Judá se enderezó hasta ponerse casi en pie sobre la tabla y agitó su mano y llamólos a grito herido; al fin los marineros destacaron un bote y los recogieron.

Arrio fué recibido en la galera con todos los honores debidos a un héroe tan favorecido por la fortuna. Sobre un camarote del puente escuchó el relato minucioso del final de la batalla. Cuando fueron salvados todos los sobrevivientes al naufragio y colocado guardias en la nave capturada, el navío enarboló la insignia de almirante y corrió, con cuantas naves pudo reunir, en persecución de los piratas, para completar la victoria. Las dos divisiones entraron, como se recordará, por las dos bocas del canal: la segunda encontró a los piratas que huían quebrantados y los aniquiló por completo. Ni uno logró escapar.

La gloria del tribuno era completa. Veinte galeras corsarias fueron capturadas, y las restantes hundidas en el mar.

A su regreso obtuvo Arrio una delirante acogida en Miseno. El joven que lo acompañaba atrajo desde luego la atención de sus amigos, y al preguntar éstos quién era, el tribuno relató con cariñosa emoción la historia de su salvación, omitiendo todo cuando se refería a su historia pasada. Al acabar su relato, llamó a Ben-Hur y dijo, colocando tiernamente la mano en su hombro:

—Mis buenos amigos: he aquí mi hijo y heredero, quien, así como to-

mará posesión de mis bienes, si es la voluntad de los dioses que yo los deje, llevará también mi nombre. Os ruego que le queráis como me queréis a mí.

A la primera oportunidad, la adopción fué formalizada legalmente, y de este modo el noble romano cumplió su promesa a Ben-Hur, introduciéndolo en el mundo imperial. Al mes siguiente al del regreso de Arrio, celebróse en el Escauro con gran solemnidad el *armilustrio*. Un costado del gran salón estaba lleno de trofeos militares, entre los cuales los más notables y admirados eran veinte proas de galera con sus correspondientes *aplustros*, y sobre ellas, legible a ochenta mil espectadores en sus asientos, había esta inscripción:

CAPTURADAS A LOS PIRATAS
EN EL ESTRECHO DE EURIPO
POR
QUINTO ARRIO
DUUNVIRO

# LIBRO CUARTO

ALBA.—¿Y si injusto el Monarca procediese?
REINA.—Esperaría, firme en mi derecho,
que por fin la justicia se me hiciese;
que es la dicha mayor en este mundo
la tranquila conciencia.
(*Don Carlos*, acto IV, escena XV.—SCHILLER.)

## CAPÍTULO PRIMERO

### VUELTA DE BEN-HUR A ORIENTE

El mes en que estamos es julio, y el año, el 29 de N. S. J.; el lugar, Antioquía, entonces reina de Oriente y casi la más fuerte y poderosa, si no la más poblada de las ciudades del mundo, después de Roma.

Hay quien opina que la extravagancia y disolución de aquella época tuvieron origen en Roma, propagándose de allí a todo el Imperio, y que las grandes ciudades no hacían sino imitar las costumbres de su metrópoli del Tíber; pero acerca de este asunto caben algunas dudas. La reacción de la conquista parece que se opera inmoralizando a los conquistadores. En Grecia y en Egipto hallaron los romanos grandes focos de corrupción, y el que estudie atenta y desapasionadamente aquella edad cerrará los ojos convencido de que la racha de desmoralización partió del Este hacia el Oeste, y que la ciudad de Antioquía, la antigua sede del poder y del esplendor sirios, era una de las principales fuentes de esa racha letal.

Una galera mercante entró en la desembocadura del Orontes, proveniente del mar. Era cerca de mediodía y hacía calor; pero no obstante, cuantos

pudieron subir sobre cubierta se apresuraron a hacerlo; entre ellos Ben-Hur.

Los cinco años transcurridos habían traído al joven israelita la completa madurez. Aunque la túnica blanca que vestía ocultaba en gran parte sus formas, permitía ver su robustez y musculatura. Por más de una hora había permanecido sentado a la sombra de la vela, y en ese tiempo varios de sus compañeros de pasaje, compatriotas suyos, habían procurado enterarse de sus asuntos, pero sin resultado. Las respuestas habían sido corteses, mas breves y en latín. La pureza de su acento, la distinción de sus modales y su reserva excitaban más la curiosidad de los pasajeros. Un observador inteligente hubiera advertido el contraste que formaba su aspecto y maneras de verdadero patricio, y ciertos pormenores y rasgos de su persona. Sus brazos eran desproporcionadamente largos, y, cuando un vaivén del barco le obligaba a buscar un punto de apoyo, lo enorme de sus manos y la gran fuerza que patentizaban amentaban la curiosidad general, y hubieran todos querido conocer las vicisitudes de su existencia, no dudando que habría sido fecunda en aventuras. En otras palabras: su aspecto parecía decir a todo el mundo: "Este hombre tiene una historia que contar."

La galera, al tocar en uno de los puertos de Chipre, recibió a su bordo a un israelita de aspecto venerable, con quien muy pronto cruzó algunas palabras amistosas Ben-Hur. Mientras la nave avanzaba, otras dos se cruzaron en su camino y deplegaron pequeñas banderas amarillas. Hiciéronse muchas conjeturas sobre el significado de aquellas señales, y uno de los pasajeros interrogó al anciano.

—Sí, sé lo que significan esas banderas; no indican nacionalidad; son, simplemente, el distintivo de su propietario.

—¿Tiene muchas naves?

—Sí.

—¿Lo conoces?

—He comerciado con él.

Los pasajeros miraban ansiosos al anciano, esperando más pormenores. Ben-Hur escuchaba atentamente.

—Vive en Antioquía—continuó tranquilamente el israelita—. Sus riquezas le han hecho notorio; pero los comentarios que se hacen sobre sus negocios no le son siempre favorables. Existía en Jerusalén un príncipe de noble y antiquísima estirpe llamado Hur.

Judá hacía esfuerzos por conservar la tranquilidad aparente, mientras su corazón palpitaba con violencia.

—El príncipe poseía el genio de los negocios. Acometió muchas empresas en el lejano Oriente y en Occidente, habiendo establecido sucursales en todas las grandes ciudades. Al frente de la de Antioquía puso a un hombre que había sido su esclavo, según voz pública, llamado Simónides, griego por el

nombre, pero israelita por nacimiento y religión. El príncipe murió ahogado, pero sus negocios prosiguieron prósperos. Poco después una desgracia sobrecogió a la familia. El hijo único del príncipe, adolescente apenas, intentó matar al procurador Grato en una de las calles de Jerusalén, frustrándose el crimen por una casualidad, y no se volvió a oír hablar de él. La venganza del romano extendióse a toda la familia: ni uno de ellos fué perdonado. El palacio, cerrado desde entonces, sólo sirve de nido a las palomas, y todas las posesiones de los Hur fueron confiscadas. El procurador se curó la herida, aplicándose una cataplasma de oro.

Los pasajeros se rieron.

—¿Eso significa que él se adjudicó los bienes?

—Así dicen—replicó el anciano—. Y sólo refiero lo que me han referido. Continuando mi historia, añadiré que Simónides, el agente del príncipe en Antioquía, se puso en breve a negociar por propia cuenta, y en brevísimo plazo llegó a ser el primer mercader de la capital. Imitando a su dueño, envió caravanas a la India, y al presente tiene en los mares tantas galeras, que bastarían para formar una flota imperial. Se dice que ningún negocio le sale mal; sus camellos sólo mueren de puro viejos; sus barcos no naufragan. Si arroja al río un pedazo de madera, el río se lo devuelve convertido en oro.

—Y esto, ¿desde qué época sucede?

—No hace aun diez años.

—Debe haber tenido buen capital.

—Sí; dicen que el procurador pudo coger solamente del príncipe lo que era notoriamente suyo: tierras, casas, ganados, bienes, caballos..., pero no logró dar con el dinero, y eso que debía tener mucho el príncipe. Lo sucedido sigue siendo un misterio.

—No para mí—dijo un pasajero, sonriendo.

—Le entiendo—continuó el judío—. Otros han tenido la misma idea. La creencia general es que ese dinero ha constituído el primer capital de Simónides. El mismo procurador Grato es de su opinión, o lo ha sido. Por dos veces, en cinco años, ha cogido a Simónides y le ha sometido a crueles tormentos.

Judá apretó con mayor fuerza la cuerda que tenía asida con la mano.

—Se dice—prosiguió el narrador—que no hay un hueso sano en el cuerpo de ese hombre. La última vez que lo vi hallábase en un diván tendido, y parecía una masa informe.

—¡Torturado hasta ese extremo!—exclamaron varios oyentes, a una voz.

—Los achaques naturales no hubieran podido deformarlo hasta ese punto. Sin embargo, el procurador no sacó nada en limpio. Todo lo que poseía afirmó que era legalmente suyo y que disponía legalmente de ello. Ahora la

persecución no seguirá, porque se halla garantido contra ella por una licencia para comerciar y navegar, firmada por el mismo Tiberio.

—¡Cara le habrá costado!

—Aquellos navíos son suyos—continuó el viejo—. Es una costumbre entre sus navegantes saludarse cuando se encuentran, como si se dijeran: "Hemos tenido un feliz viaje."

La historia terminó.

Cuando el transporte entró en el canal, Judá preguntó al hebreo:

—¿Cuál era el nombre del amo del comerciante?

—Ithamar de Hur, príncipe de Jerusalén.

—¿Y qué se hizo de la familia del príncipe?

—El muchacho, condenado a galeras. Puedo decir que ha muerto. Un año es el límite ordinario de la vida para los galeotes. De la viuda y la hija, nada se dice; el que sabe algo de ellas se guarda bien de decirlo. Sin duda murieron en alguna de las celdas de los castillos que bordean los caminos de Judea.

Judá se dirigió al puesto del piloto. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que apenas se fijó en las hermosas riberas del río, llenas de vergeles, viñedos y frutales de los más exquisitos de la Siria, y salpicadas de *villas* o quintas tan ricas como las de los alrededores de Nápoles. No reparó más en las naves que desfilaron ante ellos, ni oyó los cánticos de los marineros. El cielo, teñido de matices rojos, parecía envolver en ellos tierra y agua. Todo estaba bañado de luz, y sólo en su vida había una sombra.

Un instante pareció despertar de su sombrío sueño, y miró con momentáneo interés al bosquecillo de Dafne, que alguien señaló desde la cubierta al llegar la galera a una curva del río.

## CAPÍTULO II

### EN EL ORONTES

Cuando la ciudad estuvo al alcance de la vista, todos los pasajeros subieron a cubierta, ávidos de que no se les escapase nada del espectáculo. El respetable anciano hebreo, ya conocido del lector, explicaba los pormenores del panorama grandioso que se distinguía desde la galera.

—El río corre hacia el Oeste—dijo, rodeado de todo el pasaje—. Recuerdo cuando bañaba el zócalo de sus murallas; pero como hemos vivido

en paz desde que somos súbditos romanos, ¡lo que sucede!, el comercio se ha extendido en tal grado, que toda la orilla del río, al frente de donde estamos, hállase enteramente llena de muelles y arsenales. Más lejos—y el narrador señalaba al Sur—está Monte-Casio, o, como le llaman aquí más generalmente, las montañas del Orontes, mirando frente a frente a su hermano Amno, al Norte; y entre ellos se extiende el llano de Antioquía. Más lejos hállanse las montañas Negras, de las que, por los acueductos de los Reyes, llevan a la ciudad el agua más pura para beber y para el riego de las calles. Hay también selvas de gran extensión, en las que abundan pájaros y fieras.

—¿Dónde está el lago?—preguntó uno.

—Allá, al Norte. Puedes ir a caballo si deseas verlo, o mejor en bote, pues está unido al río por un canal tributario.

—¿Y la alameda de Dafne?—preguntó otro.

—No hay quien sea capaz de describirla; guárdese de ello. Fué comenzada y concluída por el mismo Apolo, quien la prefiere al Olimpo. La gente que va allí y la ve una vez, una vez tan sólo, nunca la abandona. Hay un proverbio que lo dice todo: "Vale más ser gusano y alimentarse en las moreras de Dafne, que ser huésped de un rey."

—Entonces... ¿me aconsejas que no vaya?

—¡Yo... no! Ve si quieres. Todos van: filósofos cínicos, jóvenes viriles, mujeres, sacerdotes... todos van. Tan seguro estoy de que irás, que me atrevo a darte un consejo. No te alojes en la ciudad, pues es perder el tiempo, sino ve directamente a la aldea, situada en los confines del bosque. El camino es un jardín con fuentes amenísimas. Los adoradores del dios y de su amada fundaron la aldea, y en sus pórticos y caminos y mil recodos hallarás tipos, trajes, costumbres y atractivos que no suelen verse en ninguna otra parte. Pero mirad las murallas de Antioquía: son la obra maestra de Jerjes, el maestro en Arquitectura mural.

Todos los ojos siguieron la dirección indicada por el índice del anciano.

—Esta parte fué levantada por orden del primero de los Seléucidas, y al cabo de trescientos años ha formado una masa compacta con la roca sobre que descansa.

Los muros justificaban el elogio. Altos, sólidos y con muchos ángulos atrevidos, se curvaban hacia el Sur hasta perderse de vista.

El hebreo prosiguió sus explicaciones:

—Cuatrocientas torres coronan las murallas, y en cada una hay un depósito de agua...

—¡Mirad ahora! Por sobre el muro, a pesar de su elevación, ved a lo lejos dos colinas, de las cuales habréis oído hablar: las crestas rivales del Sulpio. El edificio que se alza sobre la más lejana es la ciudadela, en la que hay de guarnición constantemente una legión romana. En el lado opuesto,

más acá, hállase el templo de Júpiter, y bajo él la fachada del palacio del Legado, donde están instaladas todas las oficinas y que es una fortaleza inexpugnable.

A este tiempo los marineros empezaron a amainar velas, mientras el hebreo exclamaba sinceramente:

—¡Mirad! Los que odiáis el mar y los que habéis hecho votos, preparad maldiciones y plegarias. Aquel puente sobre la carretera de Seleucia es el término de nuestra navegación. Lo que las galeras traen hasta aquí, los camellos lo transportan a su destino. Al otro lado del puente principal la isla sobre la cual Calino construyó la nueva ciudad, uniéndola a la antigua por cinco grandes viaductos, tan sólidos, que ni el tiempo, ni las inundaciones, ni los terremotos, han hecho mella en ellos. En cuanto a la ciudad principal, amigos míos, sólo he de deciros que el recuerdo de su vista aumentará vuestra dicha toda la vida.

Cuando concluyó, la nave giró y se acercó lentamente al muelle, de costado a las murallas, poniendo aun más de relieve las bellezas del panorama. Por fin se echaron las amarras y se retiraron los remos. El viaje había terminado. Entonces Ben-Hur, dirigiéndose al respetable judío, le dijo:

—Permíteme un instante de conversación antes de despedirnos.

El hombre asintió e inclinó la cabeza.

—Tu historia del mercader ha despertado en mí la curiosidad de verlo. ¿Se llama Simónides?

—Sí, y es judío, aunque lleva nombre griego.

—¿Dónde lo hallaré?

El interrogado dirigió escrutadora mirada antes de contestar:

—Puedo evitarte un desengaño: no es prestamista.

—Ni yo solicito préstamos—dijo Ben-Hur, sonriendo por la perspicacia del anciano.

El hombre enderezó su cabeza y reflexionó un instante, respondiendo luego:

—Cualquiera pensaría que el más rico mercader de Antioquía tendría una casa propia con las oficinas correspondientes a tanta riqueza; pero si quieres hallarle de día, sigue la orilla del río hasta el puente bajo el cual habita en una especie de galpón, que parece un contrafuerte de la muralla. Ante la entrada hay un vasto desembarcadero siempre lleno de mercancías, o recién llegadas o a punto de marchar. La flotilla que está allí anclada es suya. No puedes extraviarte.

—Te doy las gracias.

—La paz de nuestros padres sea contigo.

—Y contigo.

Separáronse. Dos faquines que cargaron con el equipaje de Ben-Hur recibieron órdenes.

—A la ciudadela—dijo, dirección que demostraba que era un agregado militar.

Dos grandes calles, cruzándose en ángulo recto, dividían la ciudad en cuarteles. Cuando los portadores de su equipaje volvieron hacia el Sur, el judío, aunque llegaba directamente de Roma, no pudo menos de sorprenderse ante la magnificencia de la avenida. A derecha e izquierda suntuosos palacios, y entre ellos alzábanse pórticos con dobles columnatas de mármol que se extendían indefinidamente, dejando caminos especiales para el tránsito de peones, caballos y carruajes. La calle entera disfrutaba de sombra y estaba salpicada de fuentes que manaban constantemente.

Ben-Hur no estaba en disposición de gozar del espectáculo. La historia de Simónides le preocupaba. Llegado al Omphalo—un monumento de cuatro arcos, tan anchos como las calles, con magníficos bajorrelieves y erigido en honor de sí propio por Epifanes, el octavo de los Seléucidas—cambió repentinamente de modo de pensar.

—No iré esta noche a la ciudadela—dijo a los mozos—. Conducidme al jan más próximo al puente sobre el camino de Seleucia.

Volvieron sobre sus pasos, y en breve fué instalado Ben-Hur en el refugio público, edificio de primitiva pero amplia construcción, próximo al puente bajo el cual había establecido su morada el viejo Simónides. El joven pasó la noche tendido sobre el terrado y agitado por el mismo pensamiento:

—Ahora, ahora sabré de ellas: de mi madre, de mi querida hermanita... Si están en el mundo, yo las encontraré.

## CAPÍTULO III

### LA VISITA A SIMÓNIDES

Al despuntar el siguiente día, Ben-Hur se dirigió a casa de Simónides, postergando su visita a la ciudad. Atravesando un pasaje bajo una torre almenada, y bordeando el río por entre una turba de trabajadores de los muelles, llegó al puente y se detuvo para reconocer el sitio. Allí estaba la casa del mercader, una masa de piedra gris, sin ningún estilo y pareciendo, como había dicho el viajero, el contrafuerte de la muralla en la cual se apoyaba. Dos inmensos portales al frente daban acceso a la casa. Algunos

huecos altos y protegidos por fuertes barrotes de hierro servían de ventanas. En las hendiduras crecía la hiedra, y en algunos sitios un musgo verdinegro manchaba la tosca piedra.

Las puertas estaban abiertas. Por la una entraban y por la otra salían los empleados y negociantes, afluyendo en gran número.

En los muelles amontonábanse las mercancías embaladas, y grupos de esclavos desaparecían a ratos por entre ellas, atentos a su trabajo.

Bajo el puente había anclada una flota de galeras, unas cargando otras descargando. En cada mástil ondeaba la bandera amarilla. De la flota al muelle y de galera en galera, los esclavos iban y venían. Ben-Hur, absorto en sus pensamientos, apenas contempló el espectáculo. Al fin iba a saber de los suyos, si en efecto Simónedes había sido esclavo de su padre. Pero, ¿lo confesaría el hombre? Esto equivaldría al abandono de sus riquezas y a la soberanía comercial que se le reconocía. Y, lo que era aun más grave para el comerciante: equivaldría a declararse voluntariamente esclavo. La sola idea de tal pregunta parecía una monstruosa audacia. Era como decirle, envuelto en fórmulas diplomáticas: "Eres mi esclavo; dame cuanto tienes, incluso tu misma persona."

Sin embargo, Ben-Hur sacaba ánimo para la entrevista de la conciencia de su derecho y de la esperanza que animaba su corazón. Si la historia era real, verdadera, Simónides y todo cuanto poseía era suyo. Sea dicho en justicia, las riquezas nada le inquietaban. Así, pues, cuando avanzó resuelto hacia la entrada, habíase ya jurado que si le daba noticia de su madre y de Tirza devolvería a Simónides la libertad con todo lo que poseía.

Entró en la casa.

El interior era un vasto depósito, dividido en departamentos, donde almacenábanse en el más cuidadoso orden las mercancías de distintas clases. Aunque la luz era escasa y el aire enrarecido, multitud de obreros trabajaban activamente. Ben-Hur siguió adelante por un sendero, entre montones de mercancías, preguntándose si el hombre de cuyo genio mercantil iba adquiriendo tantas pruebas había podido ser esclavo de su padre. Si era así, ¿a qué clase había pertenecido? ¿Sería hijo de un siervo? ¿Acaso un deudor o hijo de un deudor? ¿Habría sido castigado y vendido por delito de robo? Estos pensamientos que cruzaban por su mente no disminuían en lo más mínimo el respeto creciente que sentía por el mercader.

Al fin, un hombre se le acercó y preguntóle:

—¿Qué quieres?

—Quiero ver a Simónides el mercader.

—¿Quieres seguirme?

Por un laberinto de estrechos senderos, entre las balas y cajones de mercaderías, avanzó Ben-Hur al pie de una escalera que subía a la azotea del

depósito. El terrado estaba convertido en jardín. Las habitaciones del mercader eran alegres, exhalándose de ellas delicados aromas pérsicos.

Se detuvieron ante una cortina medio levantada, y el guía exclamó en voz alta:

—Un extranjero quiere ver al amo.

Una voz clara replicó:

—Que entre, en el nombre de Dios

Un romano habría llamado *atrio* a aquel departamento de paredes de madera, con anaquelería corrida, como aún hoy se usa en algunas tiendas, y en cuyos estantes se vean rollos de amarillentos pergaminos. El estante dividíase en compartimentos por medio de listones de madera, que debió ser blanca y era al presente obscura y reluciente. Remataba la estantería con una cornisa dorada. El techo, abovedado, con placas de mica violácea en el centro, a través de las cuales penetraba en la estancia la luz deliciosamente suave. El suelo estaba alfombrado de pieles de pelo gris tan largo, que los pies se hundían en ellas y se apagaba el ruido de los pasos.

**Si eres Simónides el mercader.**

En medio de la estancia había dos personas: un hombre tendido en un sillón-cama de alto respaldo y rodeado de cómodos cojines, y a su izquierda, apoyada en uno de los brazos de la silla expresada, una doncella en la primavera de la edad. A la vista de esos dos seres sintió Ben-Hur que la sangre le hervía en las venas, y saludó con una inclinación de cabeza, tanto para recobrarse como por respeto. Al enderezarse observó señales de emoción en el anciano, que hizo un gesto de sorpresa al verle aparecer. Las señales desaparecieron rapidísimamente; la doncella apoyó su mano sobre el hombro del viejo, y ambos le miraron atentos.

—Si eres Simónides el mercader e israelita—aquí hizo Ben-Hur breve pausa—, que la paz del Señor Dios de nuestro padre Abraham sea contigo... y con los tuyos.

Las últimas palabras fueron dirigidas a la muchacha.

—Soy el Simónides de que hablas, judío de nacimiento—repuso el hombre con su voz clara—. Soy Simónides, mercader e israelita, y te devuelvo el saludo con el ruego de saber lo que deseas de mí.

Ben-Hur, después de escucharle, lo contempló un instante y notó que donde debía haber existido un cuerpo robusto y sano sólo existía una masa informe hundida entre los almohadones y cubierta con un mantón de seda gris, bordado admirablemente; pero sobre aquellas pobres carnes erguíase una cabeza de aspecto majestuoso—la cabeza ideal de un estadista y conquistador—, cabeza asentada sobre robusto cuello, de ancha y noble frente, tal como Miguel Angel la habría modelado para una estatua de Julio César. Blancos cabellos ensortijados caíanle por las sienes, haciendo resaltar aún más la negrura de sus ojos rasgados, de penetrante mirada. El rostro parecía sin sangre, y profundas arrugas surcaban sus mejillas. La cabeza y el rostro de aquel hombre mostrábanle capaz de conmover el mundo, pero no de que el mundo le conmoviese; un hombre que podía ser torturado cien veces sin exhalar un grito de queja ni hacer la más mínima confesión; un hombre capaz de renunciar a vivir, antes de renunciar a la realización de un propósito; un hombre de carácter inquebrantable, invulnerable en todo, excepto en sus afectos. Ben-Hur tendióle sus manos abiertas, y con la palma hacia arriba, como pidiendo la paz, al mismo tiempo que la ofrecía.

—Soy Judá, hijo de Ithamar, último cabeza de la casa de Hur, y príncipe de Jerusalén.

La diestra del mercader apareció sobre la manta—una mano huesosa, grande, con las articulaciones deformadas por los sufrimientos de la tortura. Cerróla convulsivamente, y tal fué la única señal de sorpresa o de emoción, de bondad o interés. Con la mayor calma, repuso:

—Los príncipes de Jerusalén, de pura sangre, son siempre bienvenidos a esta casa; sólo tú... Ester, acerca un asiento a este joven.

La doncella arrimó una otomana que estaba próxima, y al colocarla tras de Ben-Hur, las miradas de ambos jóvenes se cruzaron.

—La paz de nuestro Señor te acompañe. Siéntate y descansa—dijo ella modestamente.

La doncella no había adivinado el propósito de Ben-Hur. La perspicacia de la mujer no alcanza a tanto, a no ser que se trate de sentimientos delicados como la piedad, la gratitud, la compasión y la simpatía, en los cuales su intuición parece maravillosa, y en esto estriba la diferencia entre ellas y nosotros. El hombre ante tales sentimientos sufre más que la mujer. Ester

creía simplemente que buscaba el forastero consuelo por algún contratiempo.

Ben-Hur no aceptó el asiento, y prosiguió con deferencia:

—Ruego al buen Simónides que no me considere un intruso. Al venir por el río ayer, oí que habíais conocido a mi padre.

—En efecto; conocí al príncipe Hur. Estuvimos asociados en empresas comerciales que nos aportaron gran provecho. Pero dígnate tomar asiento, te lo ruego; y tú, Ester, sírvele vino. Nehemías habla de un hijo de Hur que gobernó medio Jerusalén; es una casa antigua, muy antigua a fe mía. En los tiempos de Moisés y Josué, algunos Hur hallaron favor especial a los ojos del Señor y compartieron los honores con aquellos príncipes. Que no pueda decirse que el descendiente en línea directa de tan ilustre estirpe rehusa un cáliz de vino puro de Sorek, de uva cosechada en las vertientes meridionales de las colinas del Hebrón.

Al tiempo de concluir de hablar su padre, hallábase Ester ante Judá con un cáliz de plata que había llenado de una vinajera que en próxima mesa tenía, y le ofrecía de beber con semblante triste. El tocó su mano gentilmente, rechazando la bebida. De nuevo sus ojos se encontraron, y Ben-Hur notó que era de estatura pequeña, pues apenas le llegaba al hombro, pero de facciones delicadas y ojos obscuros, que daban a su cara suave expresión.

—Es buena y linda—pensó—, como sería Tirza si viviese. ¡Pobre Tirza!

Luego, dijo en voz alta:

—No; tu padre, si es tu padre...—detúvose.

—Soy Ester, hija de Simónides—repuso la niña con dignidad.

—Pues bien, hermosa Ester; cuando tu padre haya oído mi última palabra, no me apreciará menos por no haber probado su famoso vino, ni espero tampoco perder gracia a tus ojos. Permanece junto a mí, aquí, todavía un momento.

Ambos, por idéntico impulso, volvieron los ojos hacia el anciano.

—Simónides—dijo con firmeza—, mi padre, al morir, tenía un esclavo fiel, de tu nombre, y se me ha dicho que tú eres ese hombre.

Un estremecimiento recorrió los pobres miembros martirizados, y de nuevo la descarnada mano se contrajo.

—¡Ester, Ester!—llamó con voz severa el mercader—. ¡Aquí y no allí! Si eres hija de tu madre y mía, aquí y no allí; ¡pronto!

La doncella paseó su mirada de su padre al forastero, dejó el cáliz sobre la mesa y fué obediente a colocarse junto a la silla de su padre. Su rostro expresaba claramente sorpresa y alarma.

Simónides levantó su mano y acarició las de la muchacha, que se afirmaban amorosamente en su hombro. Luego dijo fríamente:

—Me he hecho viejo en el comercio con los hombres, viejo antes de tiempo. Si el que te ha referido lo que acabas de decirme era un amigo, conoce-

dor de mi historia, y no trató de desfavorecerme, debía de haberte persuadido de que yo soy un hombre en extremo desconfiado, por efecto de mi amarga experiencia. El Dios de Israel tenga compasión de quien, al término de su vida, se ve forzado a obrar así. Mis amores han sido pocos, pero perduran. Uno de ellos es un alma que, hasta este momento, ha sido completamente mía, y que es tan dulce consuelo para mí—y alzó sus ojos contemplando a su hija—que, si me faltase, causaría mi muerte.

La cabeza de Ester inclinóse, y su mejilla rozó la faz del anciano.

—El otro amor no es más que un recuerdo, del cual diré sólo que, como bendición del Señor, podría abrazar a toda una familia, si—y su voz debilitóse y tembló de emoción—yo supiese dónde se halla.

Encendido el rostro, Ben-Hur adelantó un paso y dijo impulsivamente:

—¡Mi madre y mi hermana! ¡Oh, de ellas hablas!

Ester, como si le hablasen a ella, levantó la cabeza. Simónides, recobrando su calma, contestó con frialdad:

—Escúchame hasta el fin. Porque soy quien soy, y por los amores de que te he hablado, voy a volver a tu pregunta acerca de mis relaciones con el príncipe Hur, y para ello, antes de nada, es preciso que me pruebes quién eres. ¿Tienes documentos que acrediten tu personalidad? ¿Tienes personas que testimonien tu identidad?

La pregunta era llana, y su derecho a hacerla, indisputable. Judá se ruborizó, apretó sus manos, miró a un lado y a otro y quedó estático. Simónides prosiguió:

—¡Las pruebas! ¡Las pruebas! ¡Preséntalas ante mí; ponlas entre mis manos!

Ben-Hur no contestó tampoco. No había previsto el caso, y por primera vez se daba cuenta de la realidad. Los tres años pasados en galeras le habían privado de toda prueba de identificación. No sabiendo el paradero de su madre y hermana, no tenía quien pudiera responder por él para acreditar su verdadera personalidad. Aunque el mismo Quinto Arrio hubiera estado presente, ¿podría decir más que dónde lo había hallado y que le creía hijo de Hur? Pero, como veremos después, el valiente marino romano había muerto. Otras veces, antes, había experimentado Judá el vacío de su soledad; pero nunca como en aquel momento. Permanecía con las manos crispadas, los ojos abiertos y la mirada vaga, como estupefacto. Simónides respetaba su padecimiento y esperaba en silencio.

—Maese Simónides—dijo al fin—, sólo puedo contarte mi historia; pero prométeme que suspenderás todo juicio hasta el fin, y me escucharás benévolamente.

—Habla—exclamó Simónides, ya verdaderamente dueño de la situación—,

habla, y te escucharé con gusto, pues no he negado que seas la persona que afirmas.

Entonces Ben-Hur comenzó a contar su vida a grandes rasgos, pero con el sentimiento que es fuente de toda elocuencia. Como el lector conoce su historia hasta desembarcar con el tribuno en Miseno, después de la victoria del Egeo, desde aquel punto seguiremos al hebreo en su relato.

—Mi bienhechor era amado y obsequiado por el Emperador; los mercaderes orientales hiciéronle también magníficos presentes por el exterminio de los piratas; y Arrio, que ya era antes rico, resultó riquísimo entre los ricos de Roma. Pero ¿puede un judío olvidar su religión o el lugar de su nacimiento, y más si es éste la Ciudad Santa de nuestros padres? El buen hombre me adoptó como hijo suyo con todas las formalidades de la ley, y yo correspondíle lo mejor que pude. Ningún hijo hubo nunca más fiel y cariñoso con su padre que yo lo fuí con él. Pretendía hacer de mí un sabio; enseñarme las artes, la filosofía, la retórica, la elocuencia; proporcionarme los mejores maestros. Rehusé, porque soy judío y no podía olvidar al Señor Dios, la gloria de los profetas, la sagrada ciudad de David y de Salomón. ¡Oh! preguntarás acaso: ¿Por qué aceptaste los beneficios del romano? Le amaba, y además pensé que podría, con su ayuda e influencia, encontrar algún día a mi madre y a mi hermana. A esas razones había aún que agregar otra, de la cual no hablaría a no ser en una ocasión tan solemne como ésta: mi anhelo por instruirme en el arte de la guerra, que ya sentía antes de la desgracia... Pues bien; firme en tal propósito, me he adiestrado en la palestra, en los circos, en el campo de Marte, y en todas partes he hecho ilustre mi nombre, pero no el de mis padres. Las coronas que he ganado, y en mi quinta de Miseno hay muchas de ellas, todas son para el hijo del duunviro Arrio, que por tal soy conocido entre los romanos. Persiguiendo mi secreto designio, dejé Roma por Antioquía, agregado al cuarto militar del cónsul Majencio en la próxima campaña contra los partos. Práctico en el manejo de todas las armas, deseo ahora procurarme todos los conocimientos superiores necesarios para mandar ejércitos. Pero ayer subió en nuestro barco, al pasar por la isla de Chipre, un anciano israelita, que, interrogado por otros pasajeros acerca del significado de unas banderas amarillas izadas por unas naves que encontramos, nos habló de ti, de tus extraordinarios éxitos comerciales, de tu asombrosa prosperidad, tus antecedentes como siervo de la familia Hur, y de las torturas a que te había sometido nuestro verdugo Grato, sin omitir el objeto de tales crueldades.

A esta alusión, Simónides inclinó la cabeza y, como para ocultar su emoción, su hija puso su cara pegada a la de su padre. De pronto el anciano levantó la vista y dijo con voz tranquila:

—Estoy escuchando.

—¡Oh, buen Simónides!—exclamó Ben-Hur avanzando un paso y con el alma en los labios—. Veo que no estás convencido y que todavía quedan en ti sombras de recelos.

Las facciones del mercader parecían de mármol y su lengua inmóvil.

—Y veo no menos claramente—continuó el joven—las dificultades de mi posición. Puedo probar todo cuanto se refiere a mi estancia en Roma, para lo cual sólo tengo que llamar al cónsul, huésped actualmente del gobernador de Antioquía; pero no lo que tú deseas que te pruebe. No puedo probar que soy hijo de mi padre. Los que podrían servirme en este asunto ¡ay! han muerto o desaparecido...

Ocultó su rostro con las manos; entonces Ester, tomando el cáliz que antes le ofreciera, se acercó nuevamente al joven, diciendo:

—Es vino de la comarca que tanto amamos todos nosotros. Bebe, te lo ruego.

Su voz era dulce como la de Rebeca ofreciendo de beber a Eliazar en el pozo de Nahor. El joven vió que la doncella tenía los ojos empañados de lágrimas, y bebió.

—Hija de Simónides—exclamó—. Tu corazón es bondadoso y tierno, pues te compadeces de un extranjero de quien desconfía tu padre. ¡Bendita seas por nuestro Dios! ¡Gracias!

Luego, volviéndose al mercader, prosiguió:

—Como no puedo probarte que soy hijo de mi padre, retiro la pregunta que te hice y me voy, oh, Simónides, para no molestarte más. Sólo quiero que conste que no deseaba tu vuelta a la esclavitud ni contaba con tu fortuna. En cualquier caso lo hubiera dicho, como ahora lo digo. Todo lo que es producto de tu trabajo y de tu genio es tuyo. Guárdalo, y buen provecho te haga. No lo necesito. Cuando el buen Quinto, mi segundo padre, se empeñó en emprender su viaje, que fué el último, pues en él pereció, dejóme heredero de su inmensa riqueza. Si alguna vez, pues, piensas en mí, acuérdate de esta pregunta que, lo juro por los profetas y por Jehová, tu Dios y el mío, es el principal objeto de mi venida aquí: ¿Qué sabes, qué puedes decirme de mi madre y de Tirza, mi hermana, la que será ahora, si vive, tan hermosa y amable como tu hija, consuelo de tu vida, si no tu vida misma? ¡Oh! ¿Qué puedes decirme de ellas?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Ester, pero su padre permanecía impasible; con su voz sonora replicó:

—He dicho que conocí al príncipe Ithamar de Hur. Recuerdo la desgracia que ocurrió a la familia y la pena que experimenté al saberla. El verdugo de la familia de mi amigo fué mi verdugo. Todavía te diré que hice bastantes pesquisas para averiguar el paradero de ellas; pero nadie me supo dar razón de la viuda de Hur y sus hijos: se habían perdido.

Judá emitió un doloroso gemido.

—¡Otra esperanza frustrada!—dijo con voz alterada por el sufrimiento—. Estoy acostumbrado a los desengaños. Te pido perdón por mi visita. ¡Consagraré mi existencia a la venganza. ¡Adiós!

Desde la cortina volvióse y exclamó sencillamente:

—Gracias a ambos.

—La paz sea contigo—contestó el mercader.

Ester no pudo responder al saludo porque la ahogaban los sollozos.

## CAPÍTULO IV

### SIMÓNIDES Y ESTER

Apenas había desaparecido Ben-Hur del terrado, cuando Simónides, pareciendo despertar de un sueño, con el rostro coloreado por la emoción, los ojos brillantes de alegría, exclamó rápidamente:

—¡Ester, llama en seguida!

La doncella fué a la mesa y llamó, agitando una campanilla.

Uno de los estantes del muro giró, dando paso a un hombre que se inclinó ante el anciano a la usanza oriental.

—Maluch, aquí... ¡Acércate!—dijo con acento de mando el mercader—. Tengo una misión que encomendarte y que has de cumplir aunque falte el sol. ¡Escucha! Un joven está ahora bajando a los almacenes, alto, gallardo y, por su aspecto, israelita; síguelo no menos insistente ni más lejos que su propia sombra cuando camina cara al sol; y cada noche ven a enterarme de dónde se encuentra, qué ha hecho, qué hace y qué compañeros tiene; si te es posible, sin excitar sospechas, traba relación con él; examínalo, sácale, palabra por palabra, cuantas sean necesarias para conocer quién es, sus costumbres, sus intenciones, su vida. ¿Entiendes? Ve pronto. Ponte en campaña, Maluch, y si deja la ciudad, síguelo y hazte amigo suyo. Si te interrogase dile lo que quieras, excepto que estás a mi servicio. Ni una palabra de esto. Vete ya. Apresúrate.

El hombre saludó como antes y se fué.

Simónides restregóse las descarnadas manos y sonrió.

—¿Qué día es hoy, hija?—preguntó en medio de su gozo—. ¿Qué día es? Quiero recordarlo como un día de felicidad. Ve; míralo sonriendo, y sonriendo ven a decírmelo, Ester.

La alegría no le pareció a ella natural, y como si quisiera reprocharle a su padre, respondió tristemente:

—Día de desgracia ha sido para mí, padre, y no podré olvidarlo.

El viejo hundió la cabeza en las flácidas carnes del pecho, y sin levantar los ojos, exclamó:

—Verdad. ¡Ciertísimo, hija mía! Es el vigésimo día del cuarto mes, y tal día como hoy, hace cinco años, mi Raquel, tu madre, murió. Cuando me trajeron a casa en el estado en que me ves, hallé muerta de dolor a tu madre. ¡Oh! Era para mí como el alcanfor para los viñedos de Engadi. Había acumulado en ella mi mirra, mis especias, mi panal, mi miel. Todo para mí. La sepultamos en un sepulcro excavado en la falda del monte. En la noche en que me sumió su muerte, dejóme una lucecita como de aurora—. Levantó su mano y la puso sobre la cabeza de la niña—. ¡Querido Señor! Te doy las gracias por haber hecho que reviva Raquel en mi Ester!

De pronto enderezó la cabeza, y dijo como herido por súbito pensamiento:

—¿No está sereno el día?

—Estaba cuando ese joven vino.

—Entonces que venga Abimelech y me lleve al jardín, desde donde puedo ver el río y los barcos, y allí te contaré, mi querida Ester, la causa de que mi boca se iluminase ahora poco con una sonrisa, y mi lengua cantase alegrías y mi espíritu se volviese como una gacela o un cervatillo juguetón de los montes.

En respuesta al campanillazo, presentóse un siervo y, en cumplimiento de las órdenes de la doncella, condujo la silla, que con tal objeto estaba provista de ruedecitas, al terrado de la casa, llamado su jardín, que estaba, en efecto, lleno de preciosas flores. Desde allí podía contemplar las azoteas de los principales palacios de la isla, el puente y el río a sus pies, cuyas aguas límpidas y bañadas por el sol de la mañana surcaba una galera. En aquel sitio, el esclavo lo dejó solo con Ester.

El vocerío de los operarios y el rumor de la labor no le molestaban en lo más mínimo, como no le incomodaba la trepidación horrísona del viaducto, casi encima de ellos. Se habían acostumbrados sus oídos a aquel estrépito, al igual que sus ojos se habían habituado a contemplar el incomparablemente bello panorama que desde aquel punto ofrecíase al espectador.

Ester, sentada a su lado, acariciábale las manos esperando que contase lo que había prometido, y el mercader exclamó con su calma habitual:

—¡Cuando el joven estaba hablando, Ester, te observé y pensé que te inclinabas de su parte!

Bajó los ojos para replicar:

—Su relato parecióme verdadero, padre. Lo creí.

—A tu juicio, entonces, ¿es, en efecto, el último descendiente de los príncipes de Hur?

—Si no lo es...—vaciló y callóse.

—Y bien; si no lo es... ¿qué?

—He sido tu sierva, padre mío, desde que mi madre respondió al llamamiento del Señor Dios. A tu lado siempre, te he visto tratar con toda clase de hombres distintos asuntos, y he aprendido a distinguir lo verdadero de lo falso. Pues bien; te aseguro que si realmente no es ese joven el príncipe Hur, nunca la mentira se habrá disfrazado tan bien con los atributos peculiares y exclusivos de la verdad.

—Por la gloria de Salomón, hija mía, hablas con mucho entusiasmo. ¿Crees que tu padre ha sido esclavo del suyo?

—No entendí que dijera eso sino como cosa que había oído decir.

La mirada de Simónides vagó durante un instante sobre las galeras que se mecían en el río, aunque probablemente no se fijó lo más mínimo en ellas.

—Eres una buena muchacha, Ester, de genuina discreción, judía y con bastantes años para escuchar una muy triste historia. Préstame atención y te hablaré de mí y de tu madre, y de muchas cosas pertenecientes al pasado, que ni conoces ni han pasado nunca por tu imaginación... Cosas que rehusé decir al romano cuando me atormentaba cruelmente por conocerlas, auxiliándome con su misericordia el Señor Dios, que me facilitó la fuerza necesaria. Nací en una tumba del valle de Hinnon, al Sur de Sión. Mis padres eran esclavos hebreos, dedicados al cultivo de higueras, olivos y viñedos en los huertos reales, y yo, desde muchacho, les ayudé en su trabajo. Eran esclavos a perpetuidad, y yo fuí vendido al príncipe Hur, quien, después del rey Herodes, era el más rico y poderoso de Jerusalén. Del sitio real fuí trasladado a Alejandría de Egipto, donde estuve varios años. Según la ley de Moisés, serví como esclavo seis cumplidos, y al séptimo me fué dada la libertad. Fuí libre.

Ester chocó suavemente sus manos una con otra.

—¡Oh! Entonces, ¡no eras esclavo de su padre!

—Oyeme, hija mía, óyeme. Por aquellos días había quien sostenía en los pórticos del templo que los hijos de los esclavos perpetuos eran también esclavos perpetuos; pero el príncipe Hur era un hombre rectísimo, e interpretaba la ley sujetándose estrictamente a la letra. Declaró que yo era un siervo hebreo comprado, en la verdadera significación que el gran legislador da a estas palabras, y, en documentos sellados que aún conservo, me hizo libre.

—¿Y mi madre?—preguntó Ester.

—Ten paciencia, hija, y lo sabrás todo. Antes de que acabe te convencerás de que me sería más fácil olvidarme de mí mismo que de tu madre. Al terminar mi servicio acudí a Jerusalén por la Pascua. Mi amo me hos-

pedó en su casa. Le amaba tanto que le supliqué me retuviera a su servicio y consintió en ello por otros siete años, en los cuales le servi, como judío libre, asalariado; me dió la dirección de algunas empresas marítimas y de algunas caravanas a Susa y Persépolis, la tierra de la seda. Peligrosos eran aquellos viajes; mas, merced a las fatigas pasadas para realizarlos, adquirí experiencia comercial y grandes conocimientos prácticos, sin los que no hubiera podido luego asumir la responsabilidad que asumí... Un día era huésped de mi señor en su casa de Jerusalén. Una sierva entró con una bandeja con pan. Se dirigió primero a mí. Fué la primera vez que vi a tu madre, y la amé; se apoderó por completo de mi corazón. Después de algún tiempo me presenté al príncipe y se la pedí por esposa. Me dijo que era esclava perpetua, pero que si ella consentía la haría libre en obsequio mío. Tu madre me correspondía; pero feliz donde estaba, rehusó la libertad. Rogué, insistí, en vano; la misma respuesta siempre: me amaba y sería con placer mi esposa, pero a condición de que fuera yo su compañero de esclavitud. Nuestro padre Jacob sirvió otros siete años por su Raquel; ¿por qué no podía hacer yo otro tanto por la mía? Pero tu madre empeñóse en que yo debía ser como ella: esclavo de por vida. Me fuí de su lado... lejos; pero volví, y ¡mira, Ester, mira aquí!—. Y mostró el lóbulo de su oreja izquierda.

—¿Ves la cicatriz de la lezna?

—La veo, y veo hasta qué extremo amaste a mi madre.

—¡Amarla, Ester! Era para mí más que la Sulamita para el rey cantor, más pura y más hermosa: fuente del valle, manantial inagotable de agua pura, arroyo del Líbano. Mi señor, cuando conoció mi decisión, llevóme ante los jueces para que expusiera mi voluntad; después me llevó a su casa y clavó con la lezna mi oreja a la puerta, según la costumbre, convirtiéndome en esclavo suyo de por vida. Así conseguí a mi Raquel. ¿Hubo nunca amor como el mío?

Ester abalanzóse hacia el anciano y lo besó. Ambos permanecieron muy juntos y silenciosos, pensando en la muerta.

—Mi amo murió en el mar, y ésta fué la primera desgracia que aún pesa sobre mí—continuó el mercader—. Hubo luto en su casa y en la mía, aquí en Antioquía, donde residíamos en aquel tiempo. Ahora, Ester, atiende: cuando el buen príncipe murió estaba yo al frente de todos sus negocios y empresas mercantiles de mar y tierra; así que casi todos sus bienes estaban en mi mano. ¡Juzga por ello cuánto me amaba y confiaba en mí! Me apresuré a trasladarme a Jerusalén para rendir cuentas ante la viuda, quien me confirmó en la dirección de los negocios. Apliqué a ellos mi mayor diligencia, todos mis desvelos. Los asuntos iban de bien en mejor, aumentando los rendimientos año por año. Diez pasaron, y sobrevino la catástrofe de que

habló el joven, el accidente, como él lo llamó, al procurador Grato, que éste calificó de tentativa de asesinato para apoderarse, como lo hizo con anuencia de Roma, de la fortuna de los Hur. A fin de evitar apelaciones contra el despojo, hizo desaparecer a la familia. El hijo, que yo conocí niño, fué condenado a galeras; la viuda y la hija debieron ser sepultadas en alguna de las muchas cárceles subterráneas de Judea, verdaderas tumbas. No se oyó hablar más de ellas, como si hubieran muerto, pero sin saber si han muerto.

Los ojos de Ester estaban inundados de lágrimas.

—Tu corazón es bueno, Ester, bueno como lo era el de tu madre, y deseo que no tenga el mísero destino de los más nobles corazones: el de ser pisoteado por los despiadados y por los ciegos. Pero óyeme algo más: me dirigí a Jerusalén para socorrer a mi señora, y, detenido en las puertas de la ciudad, fuí conducido a los subterráneos de la torre Antonia. No supe por qué, hasta que Grato en persona vino a pedirme el dinero de la casa Hur, que él sabía, por nuestras costumbres judías, que debía de tener distribuído en los diferente mercados del mundo. Requirióme para que le firmase obligaciones a su orden. Me negué. Tenía ya las casas, las tierras, los barcos, los bienes muebles e inmuebles de aquellos a quienes yo había servido; sólo le faltaba el dinero. Comprendí que con el auxilio del Señor podría reconstruir al cabo la arruinada fortuna. Rechacé las pretensiones del tirano. Pudo someterme a la tortura, pero no logró quebrantar mi firme voluntad, y tuvo que devolverme la libertad sin haber logrado adelantar nada en sus menguados propósitos. Volví a casa y recomencé los negocios a nombre de Simónides de Antioquía, en vez del príncipe Hur de Jerusalén. Tú sabes, Ester, cuánto he prosperado y cómo se han multiplicado maravillosamente en mis manos los millones del príncipe; sabes también que al cabo de tres años, cuando iba a Cesárea, fuí de nuevo arrestado y sometido segunda vez al tormento por Grato para que confesase lo que había sido del dinero de los Hur, que él tenía orden de confiscar, como sus bienes, y sabes que tampoco logró su intento. Aniquilado de cuerpo me trajeron a casa, donde hallé a mi Raquel muerta de sentimiento y pena por mí. Del Emperador mismo conseguí un salvoconducto y licencia para comerciar en todo el mundo, y hoy, gracias sean dadas al Señor, que recompensó mis sacrificios, hoy, Ester, lo que estaba en mis manos se ha multiplicado tanto, que la fortuna que poseo sería envidiada por el mismo César.

Con un movimiento de orgullo irguió su cabeza; los ojos de ambos cruzaron sus miradas, y cada uno leyó su pensamiento en el del otro.

—¿Qué haré con este tesoro, Ester?—preguntó sin bajar la vista.

—Padre mío—repuso en voz baja—, ¿no ha venido a preguntar por él su legítimo dueño?

Todavía no cambió la dirección de la mirada del anciano.

—¿Y tú, hija mía? ¿Te dejaré en la miseria?

—No, padre mío, no me dejarás. ¿No soy hija de esclavos perpetuos? ¿No se ha escrito de ellos, de los hijos de los esclavos por vida, que "la fuerza y el honor eran sus únicos vestidos y su solo regocijo el tiempo futuro?"

Un rayo de inefable dicha brilló en el rostro del anciano, y dijo:

—El Señor ha sido bueno conmigo por muchos conceptos; pero tú, Ester, eres el don más soberanamente magnífico de cuantos me ha prodigado.

La atrajo hacia su pecho y la besó muchas veces.

—Escúchame ahora—prosiguió con su más clara voz—, escúchame, y verás por qué me sonreía antes. Cuando ese joven se presentó ante mí, pacióme ver a su padre rejuvenecido. Mi espíritu se levantó para saludarle. Sentí que mis días amargos y fatigosos habían terminado. A duras penas pude contenerme. Sentía vivos impulsos de cogerlo por la mano y mostrarle el balance de la fortuna, y decirle: "¡Ea! Todo es tuyo, y yo soy tu esclavo. ¡Ya he cumplido con mi deber!" Y así lo hubiera hecho, Ester, así lo hubiera hecho si no hubieran asaltado a mi mente tres pensamientos a un mismo tiempo. ¿Sería seguramente el hijo de mi amo? Tal fué el primer pensamiento. Si es el hijo de tu dueño, averigua antes algo de su índole y carácter. ¡Cuántos herederos de colosales fortunas, Ester mía, las dilapidan en el vicio y las reducen a semilla de maldiciones!—. Hizo una pausa, cruzó sus manos una con otra y la voz apagóse por efecto de la emoción—. Considera, hija mía, la crueldad con que me torturaron las manos del romano; no, no solamente Grato: los despiadados ejecutores de sus órdenes, la primera y la segunda vez, eran romanos, y todos ellos sonreían tranquilamente al escuchar mis lamentos. Considera mi cuerpo roto, aniquilado, y los años que he pasado en un montón, como un fardo, sin poder andar ni moverme. Considera que por esa causa tu madre se halla lejos de nosotros, sola en su tumba, privada de alma como yo de cuerpo. Considera los sufrimientos de la familia de mi señor, si vive, y en las crueldades de sus verdugos, si ha muerto; piensa en todo ello, y dime, hija mía, por el amor del Señor: ¿no es justo que se expíen y venguen tantas cosas? No me digas, como los timoratos, que la venganza es del Señor. ¿No hace cumplir él su voluntad por medio de los hombres, tanto al infligir castigos como al conceder recompensas? ¿No dió el Señor a nuestro pueblo más guerreros que profetas? ¿No es su ley ojo por ojo, mano por mano, pie por pie? ¡Ah! En el transcurso de tantos años he soñado con la venganza, la he pedido a Dios; al acumular mis riquezas fué éste uno de mis más constantes pensamientos, uno de mis mayores anhelos. "Como es cierto que hay Dios, me decía, ellas me servirán para castigo de los malvados." Y cuando, aludiendo a su des-

treza en el manejo de las armas, indicó el joven Hur que no tenía objeto definido, adiviné ese objeto: la venganza. Fué este el tercer pensamiento que me asaltó, Ester, y me impuso silencio, y me dió fuerzas para escuchar impasible su relato, hasta que, fuera de mi presencia, pude dar rienda suelta a la alegría que me inundaba.

Ester acariciaba sus sarmentosas manos, y dijo, como si su alma hablara prescindiendo del cuerpo:

—Hase ido. ¿Volverá?

—Sí; el fiel Maluch va con él y lo traerá cuando yo disponga.

—¿Y cuándo será, padre?

—No tardará, no tardará. El cree que todos los testigos murieron. Hay uno viviente que no dejará de reconocerlo, si es en verdad el hijo de mi amo.

—¿Su madre?

—No, hija. Yo pondré el testigo ante él; mientras tanto, pongámoslo todo en manos del Señor. Estoy cansado. Llama a Abimelech.

Ester llamó al siervo y volvieron al interior de la casa.

## CAPÍTULO V

### EL BOSQUE DE DAFNE

El pensamiento dominante en la mente de Ben-Hur era el nuevo desengaño sufrido al no obtener del mercader noticia alguna de su madre y hermana. Al salir, pues, de los grandes almacenes, un gran desconsuelo invadía su ser; solo en el mundo, parecíale una carga la riqueza, la juventud y hasta la vida.

Por entre la muchedumbre de empleados y los montones de mercancías, llegó al fin del muelle. Las obscuras aguas del río, sombreadas por las casas, y la perezosa corriente, parecían aguardarle. De su abstracción y fascinación insidiosa vino a arrancarle el recuerdo de una frase pronunciada a bordo por el anciano israelita que fué su compañero de viaje desde Chipre a Antioquía:

"Vale más ser gusano y alimentarse en las moreras de Dafne, que ser huésped de un rey."

Volvióse de repente y se encaminó con paso rápido al jan.

—¿El camino de Dafne?—exclamó el guardián, sorprendido por la pregunta que le acababa de dirigir Ben-Hur—. ¿No has estado aquí nunca?

Bueno; cuenta que éste será el más feliz día de tu vida. No puedes equivocarte. La primera calle a la izquierda, yendo hacia el Sur, conduce al monte Sulpio, en cuya cima álzanse el templo de Jove y el anfiteatro; toma la tercera vía transversal, llamada columnata de Hérodes; vuelve hacia la derecha y atraviesa la vieja ciudad de Seleucia, hasta las puertas de bronce de Epifanes. Allí principia el camino de Dafne. Los dioses te amparen.

Después de dar algunas órdenes relativas a su equipaje, Judá se puso en camino.

No le fué difícil encontrar las columnatas de Herodes; desde ellas, a través de unas galerías de mármol por las cuales circulaba una multitud de representantes de todas las naciones comerciales del mundo, llegó a las puertas de bronce.

Era la cuarta hora del día cuando las traspuso, y encontróse en medio de una muchedumbre que se dirigía, como él, a la famosa alameda. El camino estaba dividido en tres vías: una para los peones, otra para los jinetes, y la tercera para los carruajes; estas vías estaban subdivididas en dos sendas cada una, con objeto de facilitar el ir y venir de aquellas incesantes procesiones. Indicaban las líneas de demarcación balaustradas bajas, interrumpidas a trechos por estatuas que se alzaban sobre sólidos pedestales. A derecha e izquierda del camino extendíanse magníficos prados y huertos bien cuidados, en los cuales alternaban grupos de encinas y sicomoros, y cenadores cubiertos de parras que parecían invitar al descanso a los transeúntes, buen número de los cuales acudía al regresar del bosque. La vía de los peatones estaba pavimentada con piedra roja, y las otras con arena amalgamada completamente, pero no tan sólida que el ir y venir de caballos, camellos y vehículos, produjera ruido alguno. Innumerables fuentes elevaban sus surtidores de agua al aire: eran presentes de reyes que habían visitado aquellos sitios, y después fueron designadas con los nombres de aquellos monarcas. Desde la ciudad a las puertas, al sudoeste del bosque, esta magnífica vía medía un poco más de cuatro millas.

En la situación de ánimo de Ben-Hur, la magnificencia del camino pasóle inadvertida, y no se fijó mucho más en la multitud que le acompañaba y le precedía en dirección al bosque. A decir verdad, por cima de su semiabsorción asomaba un poco de la complacencia del romano al visitar las provincias cuando conservaba aun frescas las impresiones de la vida fastuosa alrededor de la columna de oro levantada por Augusto en el Foro para hacer ver que aquel sitio era el centro del mundo. No era posible a las provincias ofrecer algo nuevo o superior a los romanos. Impaciente por la lentitud con que caminaban los que le precedían, espiaba sus movimientos a fin de ir adelantando, aun así despacio para su impaciencia. Pero cuando llegó a Heraclea, pueblo suburbano, intermediario de la ciudad y el bosque,

el ejercicio había disipado algo su mal humor; el regocijo de la multitud hizo sentir sobre él sus efectos y su ánimo hallábase predispuesto a impresiones agradables.

Primeramente, un par de cabras conducidas por una mujer hermosa, mujer y cabras adornadas caprichosamente con cintas y flores, atrajeron su atención; luego se detuvo a mirar un toro de poderosa cuerna, blanco, cubierto de guirnaldas de vides, y llevando sobre la ancha grupa un niño desnudo, la imagen de un Baco infantil que, sentado en una cesta, llevaba en la mano un cáliz lleno de vino, con el que hacía frecuentemente las libaciones de fórmula. Cuando reanudó su camino, consideraba qué altares serían enriquecidos con tales ofertas. Pasó un caballo con las crines cortadas, a la moda del tiempo, montado por un jinete vestido con lujo; sonrió Judá al observar que uno y otro se enorgullecían recíprocamente: el hombre estaba orgulloso del bruto y el bruto del hombre. Volvía la cabeza a uno y otro lado con frecuencia para ver los grupos de jinetes y carruajes que iban y venían; inconscientemente comenzó a interesarse por la diversidad de carrozas y conductores que incesantemente se sucedían. Poco a poco comenzó también a observar a la gente de a pie que le rodeaba. Vió que había seres de todas las edades, sexos y condiciones, todos con sus trajes de fiesta. Un grupo iba uniformemente vestido de blanco; otros de negro; algunos llevaban estandartes o incensarios humeantes; éstos cantaban himnos, caminando muy despacio; aquéllos iban tocando flautas y panderetas. Si todos los días del año acudía al bosque semejante concurrencia, ¿qué maravilla no debía encerrar la alameda de Dafne? Al fin resonó un nutrido aplauso y estallaron infinitas exclamaciones, y, siguiendo la dirección que marcaban muchos dedos extendidos, vió Judá sobre la colina el pórtico de un templo, a la entrada del sagrado bosque. Los himnos resonaron con mayor entusiasmo; las músicas tocaron a la vez y más de prisa, y, empujado por la muchedumbre impaciente, y participando ya de la general curiosidad, se encontró en el umbral del templo, donde, un tanto romanizado por los años pasados en Roma y arrastrado por el entusiasmo colectivo, estuvo a punto de postrarse en adoración.

A espaldas del edificio, de puro estilo griego, se extendía una gran explanada empedrada de brillantes y pulidas piedrecitas que apenas dejaba ver la multitud hormigueante. Había en ella gran número de hermosos surtidores de marmóreas pilas. En dirección sudoeste se abrían innumerables sendas de un jardín que más adelante se convertía en selva, sobre la cual se destacaba un vapor azulado. Ben-Hur contempló maravillado el bellísimo panorama, indeciso acerca del camino que seguiría, cuando una mujer próxima a él, exclamó:

—¡Hermoso!... Dime: ¿adónde vamos ahora?

Su acompañante, ceñida la cabeza de laurel, sonrió y repuso:

—¿Adónde ir, preciosa Bárbara? Tu pregunta implica temor terrenal, y hemos convenido en dejar todas esas cosas en la rústica tierra de Antioquía. El viento que aquí sopla es el hálito de los dioses. Abandonémonos a ellos.

—Pero... ¿y si nos perdiésemos?

—¡Qué tímida eres! Ni uno solo se ha perdido en Dafne, excepto aquellos tras de quienes sus puertas se cerraron para siempre.

—¿Y quiénes son?—preguntó ella aun temerosa.

—Los que arrastrados y fascinados por el sitio, por sus encantos, lo han escogido por morada en vida y en muerte. Escucha: detengámonos aquí y te enseñaré aquellos a quienes he aludido.

Sobre el mármol del pavimento resonaron las pisadas de pies calzados con sandalias, y un grupo de muchachas, abriéndose paso por entre la muchedumbre que cedía y se apartaba, avanzó y rodeó al que acababa de hablar y a su gentil amiga, principiando a cantar y a danzar acompañadas por panderetas que ellas mismas tocaban. Los cabellos de las bailarinas flotaban sueltos, y sus cuerpos vislumbrábanse a través de las vestiduras de gasa que los cubrían imperfectamente. La mujer, asustada, se estrechó al hombre. Tras breve trecho se abrieron paso, y entonces escaparon como habían llegado las bailadoras.

—¿Quiénes son?—preguntó la mujer.

—Devadasas. Sacerdotisas de Apolo. Hay un ejército de ellas. Son el coro en las celebraciones, y ésta es su casa. A veces van a otras ciudades; pero todo cuanto consiguen lo traen aquí para enriquecer a Apolo, al divino músico. Vamos adelante.

Los dos se fueron.

Ben-Hur, satisfecho con saber que nadie se había aun perdido en el bosque, se internó por el jardín, tomando al azar una senda cualquiera.

Una estatua levantada sobre un magnífico pedestal atrajo, desde luego, sus miradas. Representaba un centauro. Una inscripción informaba a los visitantes poco eruditos que era exactamente Quirón, amado de Apolo y Diana, instruído por ambos en los misterios de la caza, medicina, música y profecía. La inscripción aconsejaba también que se mirase al cielo a cierta hora de la noche, cuando era despejada, y verían su estrella, a la cual Júpiter había transferido su buen genio.

El más sabio de los centauros continuaba al servicio de los buenos. En su mano tenía un rollo en el cual podían leerse, en lengua griega, los siguientes párrafos:

*"¡Oh, viajero!*
*¿Eres extranjero?*

I. Escucha el canto de los arroyos y no temas la lluvia de las fuentes. Así las náyades aprenderán a amarte.

II. Las brisas favoritas de Dafne son Céfiro y Austro; gentiles ministros de la vida, la harán suave y dulce para ti. Cuando Euro sopla, Diana está en algún sitio de caza; si Bóreas silba, huye: Apolo está colérico.

III. Las sombras del bosque te pertenecen por el día; por la noche, a Pan y a las Dríadas. No las molestes

IV. Come el loto de las orillas de los arroyos, a menos que no quieras perder la memoria y quedarte aquí, como hijo de Dafne, eternamente.

V. No inquietes a la araña que teje su tela; es Ariadna que trabaja para Minerva.

VI. ¿Quieres ver el llanto de Dafne? Arranca el brote de una rama de laurel... y muere.

¡Guárdate!
Permanece aquí y sé feliz."

Ben-Hur cedió su sitio a los que se agolpaban tras él para traducir el místico aviso, y se apartó de allí, encontrándose con el toro blanco. El chiquillo iba sentado en la cesta, seguido de un tropel de gente; detrás, la mujer de las cabras; después, los tocadores de flautas y panderetas, y, por último, una multitud de portadores de ofrendas.

—¿A quién serán dedicados?—preguntó un circunstante.

—El toro, para nuestro padre Júpiter—contestó otro—; las cabras...

—¿No custodiaba Apolo los rebaños de Admeto?

—Sí; las cabras deben ser para Apolo.

La bondad del lector nos permitirá nuevas explicaciones. La convivencia entre gentes de diferente religión o secta nos suministra al cabo la tolerancia, y gradualmente nos hace respetar hasta los errores de las buenas gentes que nos rodean. A este punto había llegado Ben-Hur. Los años pasados en Roma y los sujetos al remo, no habían conmovido su fe religiosa; seguía siendo judío, pero no creía cometer falta alguna admirando las bellezas del bosque de Dafne.

Sin embargo, no significa esto que no hubiera sofocado probablemente sus escrúpulos en aquella ocasión, aun siendo mayores. Estaba incomodado, no como los irascibles a quienes cualquier nimiedad irrita, ni como los obcecados que, ante la fuente de la nada, se distraen en reproches y blasfemias; poseíale la ira peculiar a los temperamentos ardientes, despertada de pronto por la súbita desaparición de una esperanza, muerta quizá, con la cual contaba como fundamental apoyo para alcanzar la dicha deseada. En semejantes casos, la lucha no termina por la aparición del obstáculo: prosigue contra el destino.

En vano se recurre a la filosofía y a la paciencia; lo que uno anhela es que el destino asuma figura corporal, tangible, para tratar de aniquilarle con una mirada o un golpe; o bien, a lo menos, en un ser consciente a quien se pudiera apostrofar, fulminar con los rayos de las palabras más injuriosas. Así, el desgraciado tendría el consuelo de desahogarse, y padecería menos.

A sangre fría no hubiera ido Ben-Hur solo al bosque, o, de ir solo, se hubiera valido del puesto que ocupaba cerca del cónsul para proporcionarse un plano donde estuvieran indicados los puntos de mayor interés, o con una carta de recomendación para el guardián. Esto hubiera hecho en otras circunstancias y otra situación de ánimo distinta; pero en el estado en que se hallaba fué maquinalmente, y no era un espectador semejante a la masa vulgar que a su alrededor se agitaba y bullía.

Aunque acaso no todos en el mismo grado, cada cual ha experimentado esta excepcional situación de ánimo alguna vez; cada cual reconocerá en ella aquel estado que hace posible la realización de acciones osadas con aparente tranquilidad, y quizá muchos de los lectores diránse: "¡Dichoso Ben-Hur si la locura que lo ha atacado es amiga de la paz y no hermana de la violencia!"

## CAPÍTULO VI

### LAS MORERAS DE DAFNE

Ben-Hur se mezcló entre la multitud. No estaba bastante interesado para preguntar ni preguntarse siquiera adónde iban; sin embargo, muy pronto, despertando de su absoluta indiferencia, tuvo la vaga impresión de que la muchedumbre de que formaba parte se dirigía hacia los templos, objetos primordiales y de suprema atracción en el bosque.

De pronto, como los cantores soñolientos distraídos repiten estribillos y motivos sin explicación aparente ni ilación, comenzó a repetirse a sí mismo:

"Más vale ser gusano y alimentarse en las moreras de Dafne, que huésped de un rey." Tras monótona y larga repetición de la frase, concluyó por hacerse preguntas a las que no podía responderse: ¿Que vida tan dulce será la del bosque? ¿En qué consistirá su encanto? ¿Acaso en alguna doctrina filosófica enseñada por los sacerdotes? ¿Algo real o algo idea? Todos los años abandonaban el mundo millares de seres para servir a Apolo. ¿Encontraban los encantos que buscaban? Y si los hallaban, ¿eran suficientes para

hacerles olvidar los infinitos atractivos de la vida, los tan dulces y los tan amargos? Y si el bosque les procuraba tales beneficios, ¿por qué no había de procurárselos a él? Era judío. ¿Acaso esos encantos y dulzuras eran asequibles a todos menos a los hijos de Abraham? Sus facultades se aguzaron para resolver tales cuestiones, sin atender los cantos de los ofertantes y las bromas de los compañeros de expedición.

Ni en el cielo, azul, muy azul, tan azul como en la ciudad; ni en el aire, surcado por bandadas de parleras golondrinas, halló la solución apetecida.

Más allá, a lo lejos y de la derecha del bosque una deliciosa brisa perfumada acarició le la faz, trayéndole aromas de rosas. Se detuvo, como los demás, para ver de dónde procedía.

—¿Hay un jardín allá?—preguntó a un hombre que estaba a su lado.

—Más bien procederá de alguna ceremonia sacerdotal en honor de Diana, Pan o alguna deidad de las selvas.

La respuesta fuéle dada en su idioma nativo.

Ben-Hur contempló un instante al desconocido.

—¿Eres judío?

—Nací a pocos pasos de la plaza de Jerusalén—contestó el individuo sonriendo respetuosamente.

Un inesperado movimiento de la ola humana separó a Ben-Hur de su interlocutor antes de que el joven pudiera continuar la conversación. Todo lo que pudo recordar del desconocido fué una tela obscura atada, según la usanza hebrea, a la cabeza, y un rostro de pronunciadísimas facciones judías.

Llegaron a un punto en que las sendas comenzaban a internarse en la selva, ofreciéndole feliz ocasión de sustraerse a la multitud. Aprovechóla.

Paseó primero por una alameda florida, y a los pocos pasos volvió a la derecha, internándose en espesa selva donde millares de aves ensordecían con sus cánticos. A sus pies extendíase muelle alfombra de musgo salpicado de lirios y rosas, y plantas de hiedra trepadora se encaramaban por los árboles, cayendo de las ramas en forma de guirnaldas. El aire estaba impregnado del aroma del tulipán, de la violeta, de la adelfa, del madroño, de todos los antiguos amigos que habían admirado en los jardines de los valles que circundan la ciudad de David. Parecía perderse allí la noción de todo, hasta la del día y la noche. Para que nada faltase a la felicidad de ninfas y náyades, un arroyuelo que parecía cantar serpenteaba a la sombra de las brillantes flores, dividiendo su curso gentil por varios cauces.

Más adelante sorprendiéronle el canto del palomo y el arrullo de la tórtola; algunos mirlos parecían aguardarle inmóviles, y un ruiseñor prosiguió sus gorjeos, aun cuando Judá rozó con el codo la rama en que se apoyaba; una codorniz, precedida de sus polluelos, iba ante él saltando.

Sentóse a la sombra de un cedro, cuyas raíces grises eran bañadas por el arroyo. El nido de una paloma se reflejaba en las límpidas ondas, y el palomo lo contemplaba como dirigiéndole una muda invitación.

—En verdad—pensó—, parece como si me dijera ese ave: "Oye: no temas; ¡la ley que gobierna y rige estos dichosos lugares es el amor!"

El encanto del bosque apareciósele claramente, alegróse y resolvió sumarse, como uno más, al ejército de los que se pierden para el mundo en servicio de Dafne. Encantado de las flores y arbustos, presenciando el desarrollo de las dulces bellezas de aquellos sitios, ¿no podría ser dichoso renunciando a las tribulaciones de la vida, renunciándolas olvidando y olvidado?

Pero su sangre judía se rebeló.

El encanto podía ser suficiente para algunos; pero, ¿lo sería para él?

El amor es una gran delicia, sobre todo para aquellos que habían sufrido tanto como él; mas, ¿lo era todo en la vida? ¿Todo?

Existía gran diferencia entre él y los que renunciaban al mundo por permanecer allí. No tenían deberes, no podían tenerlos, mientras que él...

—¡Dios de Israel!—clamó en voz alta—. ¡Madre! ¡Tirza! ¡Maldito sea este instante de vacilación; maldito el pensamiento que me fingió la dicha lejos y olvidado de vosotras!

Con precipitado paso salió de la selva de los perfumes embriagadores y se dirigió hacia una corriente de agua que se deslizaba por un cauce de mampostería, roto a intervalos por esclusas y puentecillos. Uno de ellos cortaba la senda que recorría Judá. Sobre él se detuvo un momento y vió todos los puentecillos, de los cuales no había dos iguales. Bajo ellos, el agua deslizábase, ora rumorosa y alegre, ya espumosa y agitada, despeñándose como cascada por una vertiente de rocas. El paisaje era encantador: selvas, lagos, edificios fantásticos, cascadas... El río corría, cual obedeciendo las órdenes de un amo, como si fuese un servidor más de los dioses.

Los prados amarilleaban, y acá y allá rebaños de blancas ovejas pacían la hierba. Sus balidos y los cantos de los pastores circulaban por la selva en alas del viento. Acá y allá alzábanse altares ante los cuales veíanse figuras vestidas de blanco. y hacia ellos se dirigían procesionalmente grupos numerosos de mancebos y doncellas, también vestidos de blanco. ¡Ah! ¿Qué podía motivar escena tan hermosísima? De pronto comprendió que el bosque entero de Dafne era un templo en realidad, un inmenso y florido templo.

Nunca había soñado espectáculo como aquél.

El arquitecto no se había preocupado de columnas ni de pórticos, de proporciones ni de medidas. Se había servido sencillamente de la Naturaleza, y el arte no podía ir más lejos. Así el agudo hijo de Júpiter y Calixto construyó la Arcadia, y en ésta como en aquella construcción el genio era griego.

Prosiguiendo su camino llegó a la entrada de un magnífico bosque, en

el corazón del valle, y donde éste se presentaba más encantador a la vista. De la sombra que proyectaban los árboles sobre el sendero emanaba cierta seducción; el piso era de fina y menuda grama.

Todas las variedades de árboles tenían allí espléndida representación: palmeras, sicomoros, laureles, cedros que podrían ser reyes en el Líbano, moreras frondosísimas, terebintos tan hermosos que no es hipérbole hablar de ellos como procedentes del Paraíso terrenal; siemprevivas, limoneros...

En aquel tiempo sólo dos pueblos había capaces de sustraerse a semejantes seducciones; dos pueblos que, con mayor altura de mira, podían pasar por aquellos fascinadores asilos sin contaminarse: el regido por la ley de Moisés y el regido por la ley de Brahma, únicos que hubieran podido exclamar: "Vale más la ley sin el amor que el amor sin la ley."

## CAPÍTULO VII

### EL "ESTADIO" EN EL BOSQUE

Siempre adelante, llegó Judá a una selva de cipreses, cuyos troncos eran altos y rectos como mástiles. Al penetrar en ella oyó el sonido de una trompa, y un instante después vió tendido a la sombra al compatriota con quien había cambiado antes breves frases. El hombre se levantó al verlo, y le salió al encuentro.

—Otra vez te deseo la paz—dijo graciosamente.

—Gracias—respondió Ben-Hur, y luego preguntó—: ¿Vas por mi camino?

—Si te diriges al estadio, sí.

—¡Al estadio!

—Sí. La trompa que has oído ahora era una llamada a los competidores.

—Buen amigo—dijo el joven francamente—, confieso mi ignorancia del bosque, y, si me lo permites, seré tu compañero con mucho gusto.

—Me agradará mucho. ¡Escucha! Oigo el ruido de los carros. Se dirigen a la pista.

Ben-Hur escuchó un momento; después, completando la presentación, pasó su mano por el brazo del hombre, y dijo:

—Soy el hijo de Arrio duunviro, ¿y tú?

—Soy Malluch, mercader de Antioquía.

—Bien, buen Malluch: la trompa, el rumor de los carros, han despertado

en mí curiosidad por el espectáculo. Conozco algo esos ejercicios. No soy un desconocido en las palestras de Roma. Vamos a las carreras.

Malluch, titubeando, exclamó lentamente:

—El duunviro era romano, y tú, sin embargo, vistes a la hebrea.

—El ilustre Arrio era mi padre por adopción—contestó Judá.

—¡Ah! Comprendo. Dispensa.

Saliendo de la selva a una gran llanura, encontráronse en una extensión arreglada como para estadio. La pista, de tierra apisonada y regada, era un gran perímetro delineado por cuerdas flojas, atadas a lanzas que se hincaban fuertemente en el suelo. Para los espectadores se habían levantado gradas sombreadas por toldos fijos. En ellas encontraron asiento los recién llegados.

Ben-Hur contó los carruajes mientras desfilaban; eran nueve en total.

—¡Bravo! ¡Me agradan!—exclamó—. Habría creído que aquí, en Oriente, no gustaban más que las bigas; pero veo que también se usan las cuadrigas. Vale la pena de estudiarlas atentamente.

Ocho cuadrigas pasaron, unas al paso, otras al trote, y todas muy bien conducidas; entonces llegó la novena al galope, y, al verla, Judá no pudo menos de exclamar:

—¡Bravo! He visitado las caballerizas del emperador, Malluch; pero ¡por nuestro padre Abraham, de bendita memoria!, nunca vi caballos como esos.

Los cuatro caballos desordenáronse de pronto Un agudo grito exhaló uno de los espectadores, y Ben-Hur vió levantarse indignado a un anciano que apretaba los puños y lanzaba miradas de furor, mientras el temblor de su barba blanca mostraba la agitación de que estaba poseído. Algunos circunstantes empezaron a burlarse.

—Debieran respetar, a lo menos, sus canas—dijo el joven—. ¿Quién es ese?

—Un poderoso del desierto que mora más allá del Moab y tiene rebaños de camellos y caballos, que se dice son descendientes de los favoritos del primer Faraón. El jeque Ilderim, por nombre y título.

Tal fué la respuesta de Malluch.

El auriga, mientras tanto, hacía inútiles esfuerzos para domar los caballos, y cada tentativa excitaba más y más al jeque.

—¡Que Abaddon se lo lleve!—gritó el enfurecido patriarca—. ¡Corred, volad, hijos míos! ¿Oís?—La orden era dada a algunos siervos que evidentemente pertenecían a su tribu—. ¿Lo oís? Son nacidos en el desierto, como vosotros. ¡Corred! ¡Sujetadlos! ¡Pronto!

La furia de los animales iba en aumento.

—¡Maldito romano!—continuó el jeque, amenazando con el puño al auriga—. ¿No me juró que sabría guiarlos? Me lo juró por todos sus bastar-

dos dioses latinos. ¡Suéltalos! ¡Suéltalos, te digo! Juraste que correrían velozmente como águilas y dóciles como borregos. ¡Maldito sea, y maldita la madre mentirosa que le llamó hijo! ¡Miradlos qué magníficos! Que se permita tocar a uno de ellos con el látigo, y... (el resto de la frase se perdió entre un furioso rechinar de dientes). Póngase uno de vosotros delante—prosiguió, dirigiéndose a los siervos—y hábleles. Una palabra, una sola palabra es bastante de las que os dicen vuestras madres en las tiendas del desierto. ¡Oh, loco, loco de mí, que me he fiado de un romano!

Algunos de entre los más diligentes de su servidumbre corrieron a apaciguar los caballos, mientras un golpe violento de tos cortó la palabra al anciano.

Ben-Hur, pensando haber comprendido al jeque, sintió simpatía por él. No pudo menos de reconocer en el anciano la profunda ternura profesada a los animales, bien fuera mero orgullo de propietario o sentimiento de perder la carrera lo que principalmente motivase su cólera.

Eran los cuatro bayos, sin una mancha, perfectamente parejos y de espléndidas y simétricas proporciones. Sus orejas eran delicadas, sus cabezas pequeñas, de ancho hocico; sus narices, al hincharse, mostraban las membranas rojas, de un rojo de llama; los cuellos, graciosamente arqueados, adornados de abundantes y sedosas crines largas; las patas finas, de las rodillas abajo delgadas y derechas, pero en la parte superior redondas y musculosas; los cascos brillaban como copas de ágata, y al trotar y al encabritarse los nobles corceles azotaban el aire, y alguna vez la tierra, con sus largas colas. El jeque los había llamado espléndidos, y no exageraba.

En este segundo y más atento examen de los caballos, Ben-Hur comprendió el tierno afecto que les prodigaba su dueño. Habían crecido a su vista, objeto de sus cuidados por el día, de sus satisfactorios ensueños por la noche, formando parte como de su familia en la negra tienda del desierto. Hubiera podido con ellos obtener un ruidoso triunfo sobre el odioso romano, y el anciano los trajo a la ciudad fruyendo sin dudar del éxito, siempre que una mano experta los condujese; mas he ahí la dificultad. Necesitábase, no sólo una mano experta, sino cierta intuición especial que estableciese una corriente de simpatía entre los animales y el auriga. A la ardiente naturaleza del jeque no le era dado amoldarse con las frías costumbres de Occidente, que se limitaban a despedir tranquilamente al conductor por su inhabilidad; como árabe y jeque, necesitaba ruidoso desahogo.

Antes de que el patriarca hubiese terminado de lanzar imprecaciones, una docena de manos sujetaron por el freno a los caballos, sosegándolos. Por este tiempo apareció otro carruaje en la pista, que presentaba aspecto distinto por lo profusamente que estaba adornado, así como los caballos y el mismo auriga.

Era un carro clásico. Sus anchas ruedas estaban unidas por un largo eje, sobre el cual se apoyaba la caja, abierta por detrás. Tales eran los primitivos modelos. El genio artístico llegó con el tiempo a dar al grosero armatoste forma elegante y bella, que alcanzó su más perfecto desarrollo en la plástica representación del carro de la Aurora.

Los conductores de los antiguos, no menos vanos y ambiciosos que sus sucesores en la actualidad, llamaban al más humilde tronco una biga, y al tiro lujoso una cuadriga; con estas últimas concurrían a los juegos olímpicos y a otros concursos semejantes.

Preferían guiar a los cuatro caballos en una fila, y para distinguirlos llamaban *de yugo* a los animales próximos a la lanza, y *de tiro* a los otros dos. Estaban persuadidos de que dejando a los caballos la mayor libertad de acción era como se obtenía la velocidad máxima, y por ello los arreos eran sencillísimos: un collar, un tirante que sujetaba el collar al freno y las riendas. Para sujetarlos se aseguraba un yugo de madera a la lanza, mediante correas que pasaban por anillas. Los tirantes de los caballos de yugo sujetaban al eje de la carroza; los de tiro a la caja. Las riendas uníanse por un anillo en la extremidad de la lanza, y desde allí, en forma de abanico, iban a terminar en el hocico de cada caballo.

Los otros concurrentes habían sido recibidos en silencio por el público; pero el recién llegado tuvo mejor fortuna. Al adelantarse hacia los asientos, fué saludado con ruidosas aclamaciones, que atrajeron sobre él la atención general. Los caballos de yugo eran negros; los de tiro, blancos como la nieve. De acuerdo con la moda romana, llevaban las colas cortas y sus pequeñas crines divididas en trenzas atadas con cintas rojas y amarillas.

Al adelantar el carruaje cayó bajo el radio de las miradas de los espectadores de la gradería en que estaba Judá, y fuéle preciso reconocer que los aplausos estaban justificados. Las ruedas, perfectamente acabadas, con las fuertes barras de bruñido bronce reforzando sus delicados pernios; formaban los radios colmillos de marfil, con su natural concavidad hacia afuera, punto éste que se consideraba entonces de la mayor importancia, como ahora; los círculos eran de ébano con cubierta protectora de bronce, y, por último, el eje, fuerte y resistente, tenía en sus extremidades sendas cabezas de tigre. La parte superior del carruaje era de mimbres dorados.

La llegada de los hermosos caballos y el deslumbrante carro obligó a Ben-Hur a mirar con curiosidad al auriga.

¿Quién era?

Cuando el joven dirigióse a sí mismo tal pregunta no podía ver bien su rostro ni aun su figura completa; sin embargo, algo había en su aspecto y maneras que le era conocido.

¿Quién podía ser?

Los caballos se aproximaban al trote. Los gritos y aclamaciones parecían demostrar que se trataba de algún gran dignatario o potentado. La presencia de un magnate en aquellos sitios, y hasta como auriga, no hubiese tenido nada sorprendente. Sabido es que, con posterioridad, hasta los mismos emperadores Nerón y Cómodo guiaron sus carruajes en el circo. Ben-Hur se levantó de su asiento, y por entre la multitud, a fuerza de codos, llegó hasta la reja que separaba de la pista la gradería, llevando impresas en su semblante la impaciencia y la ansiedad. El vehículo pasó muy cerca, y sobre él iban dos personas: el auriga y el mirtilo, como solían apellidarlos los grandes señores apasionados por las carreras. Ben-Hur sólo tuvo ojos para el primero, que se hallaba de pie con las riendas rodeando varias veces su cuerpo: una hermosa figura, apenas cubierta por una amplia túnica de color escarlata. Su actitud era graciosa y elegante; los aplausos no conmovían su impasibilidad de estatua. En la mano derecha llevaba un látigo; en la izquierda, ligeramente levantadas y extendidas, las riendas de la cuadriga. Ben-Hur se emocionó; su instinto no le había engañado, y su memoria le había permanecido fiel: el auriga era Messala.

Por la selección de los caballos, la magnificencia del carruaje, la altivez de la persona, la frialdad de sus facciones, sus rasgos marcadamente aguileños, peculiares a la raza dominadora; por todo, en fin, Ben-Hur conoció a Messala, que no había modificado su carácter altanero, cañado, siempre audaz, igualmente ambicioso, cínico y desdeñoso.

## CAPÍTULO VIII

### LA FUENTE DE CASTALIA

Cuando Ben-Hur descendía nuevamente la gradería, un árabe, detenido en el último escalón, gritaba a guisa de pregón:

—¡Hombres de Oriente y Occidente, escuchad!... El buen jeque Ilderim os saluda. Con cuatro corceles, hijos de los favoritos de Salomón el Sabio, ha venido para competir con los mejores. Necesita un auriga. Quien quiera encargarse de guiarlos dignamente y a satisfacción será enriquecido para siempre. Aquí y allá, en la ciudad y en el circo, dondequiera que se congreguen hombres fuertes, haced pública esta oferta. Así lo desea mi señor, el jeque Ilderim el Generoso.

La proclama despertó gran murmullo entre la gente de las gradas. Por

la noche se había repetido y discutido en todos los círculos de Antioquía. Ben-Hur, al oírla, dió un paso y miró indeciso, ya al heraldo, ya al jeque. Por un momento Malluch creyóle a punto de aceptar; pero disipáronse sus recelos al verle acercársele en breve y hacerle esta pregunta:

—¿Adónde vamos ahora, buen Malluch?

—Si quieres seguir el ejemplo de cuantos vienen acá por vez primera —repuso sonriendo—, iremos a que te descrifren tu porvenir.

—¿Mi porvenir dices? Aunque no creo una palabra de esos agüeros, vamos a consultar a la diosa.

—No, no, hijo de Arrio; los sacerdotes de Apolo no proceden así. En vez de ponerte en contacto con una sibila, te venden un papiro y te invitan a sumergirlo en cierta fuente; al sacarlo puedes leer en él tu destino.

La expresión de fugaz curiosidad que había animado un instante el rostro de Judá, desapareció.

—Hay gentes que no necesitan preocuparse de su porvenir — dijo con amargura.

—¿Entonces prefieres visitar los templos?

—¿Son griegos, no es verdad?

—Los llaman griegos.

—Los helenos eran los maestros de lo bello en el arte; pero en arquitectura sacrificaron la variedad a la belleza monótona. Sus templos son todos iguales. ¿Cómo llamas a esa fuente de que me hablaste?

—Castalia.

—¡Ah! Su fama se extiende por todo el mundo. Vamos a verla.

Malluch, que iba observando a su compañero por el camino, notó que iba triste y distraído. No prestaba atención a la gente que pasaba junto a ellos, y mostrábase indiferente ante las maravillas a su paso, silencioso, hasta ensimismado, conservaba su sombría tranquilidad.

La verdad era que el encuentro con Messala había despertado en su mente un mundo de recuerdos. Parecía que apenas había transcurrido una hora desde que fuertes manos lo habían arrancado del lado de su madre; una hora escasa que el romano había clavado las puertas de la casa de su padre. Pensó en los sueños de venganza acariciados en la miseria desesperada de su vida—si tal podía llamarse—en galeras, y que tenían a Messala por blanco principal. Podría llegar a mostrarse clemente acaso con Grato; con Messala, ¡jamás! Y para confirmarse en su resolución, repetíase siempre: "¿Quién nos señaló a la venganza de los perseguidores? Y cuando imploré compasión, y no para mí, ¿quién se burló de mí y me abandonó sonriendo?" Y siempre sus sueños tenían el mismo fin. "El día en que le halle, ayúdame tú, Dios de mi pueblo, ayúdame a realizar la más terrible venganza."

Y ahora el encuentro estaba como al alcance de su mano.

Acaso, si hubiera hallado a Messala pobre y sufriente, los sentimientos de Ben-Hur hubieran cambiado; pero lo hallaba más que nunca próspero, y en la prosperidad había un insulto a la miseria a que por culpa suya habían sido reducidos él y su familia; además, algo en aquella prosperidad hería a Judá con su brillo deslumbrador, ya fuese rayo de sol o destello de oro.

Así sucedía que el que Malluch creía distraído por indiferencia, hallábase absorto en sus pensamientos de venganza, calculando cuándo se realizaría el encuentro y de qué modo podría hacerlo más memorable

Llegaron a un camino de encinas, por donde la gente iba y venía en grupos, ora a pie, bien a caballo: allá mujeres conducidas en literas por esclavos, y de vez en cuando carruajes que pasaban veloces.

Al fin de la avenida, el camino, con leve pendiente, descendía a una llanura baja. A la derecha, elevada margen de rocas grises; a la izquierda, espacioso cuadro de singular frescura. Entonces pudo ver la famosa fuente de Castalia.

Abriéndose paso por entre la multitud allí apiñada, Judá se encontró con un enorme chorro de agua que desde lo alto de una roca caía a una inmensa taza de mármol negro, donde después de agitarse y espumear desaparecía poco a poco como por un embudo.

Junto a la descomunal taza, bajo un pequeño pórtico, hallábase sentado un sacerdote anciano, barbudo, arrugado de rostro, con una especie de jaique, verdadero tipo de ermitaño oriental. Por la actitud de los circunstantes hubiera sido difícil conjeturar qué les causaba mayor admiración: si el agua burbujeando eternamente o el hombre eternamente sentado en el mismo sitio. Oía, observaba y era observado, pero no hablaba nunca. De vez en cuando alguien alargaba la mano hacia él con un óbolo; sus astutos ojos brillaban un instante, tomaba la moneda, y daba, en cambio, un papiro.

El receptor introducía el papiro en la fuente para bañarlo, lo secaba, y leía al trasluz un verso. Y la fama de la fuente resistía hasta la pobreza bárbara de los poetas y de las poesías agoreras. Antes que Ben-Hur se apresurara a consultar el oráculo, otros visitantes se adelantaron y su aspecto excitó la curiosidad de nuestro héroe no menos que la del resto de la concurrencia.

Vió primero un dromedario muy alto y muy blanco guiado por un conductor a caballo. La litera, sobre el lomo del animal, era de forma caprichosa y riquísima, cubierta y adornada de púrpura y oro. Otros dos jinetes, armados de alabardas, seguíanle.

—¡Magnífico camello!—exclamó alguien.

—Debe pertenecer a algún príncipe extranjero, venido de muy lejos —dijo otro.

—¡Si parece un elefante ese dromedario!—añadió un tercero—. Debe ser de algún rey.

—¡Un camello, y un camello blanco!—interrumpió un tercero—. ¡Por Apolo! Los que van en la litera, porque son dos, como podréis ver, no son hombres: son mujeres.

Y en medio de la discusión llegaron los extranjeros.

El animal, visto de cerca, no defraudó los entusiasmos que había hecho concebir de lejos. Ninguno de los presentes había visto más soberbio rumiante. ¡Qué ojos más negros! ¡Qué pelo blanco más fino y brillante! ¡Cómo armonizaba con sus elegantes arreos! Sonaban a su paso las campanillas de plata colgadas de su cuello por cintas rojas con flecos de oro y parecía inadvertir su carga.

Pero ¿quiénes eran el hombre y la mujer de la litera?

Todos los ojos fijábanse en ellos inquisitivamente.

Si era rey o príncipe, los filósofos de la multitud no podían negar la imparcialidad del tiempo al ver su rostro demacrado y cubierto de arrugas bajo el amplio turbante: parecía una momia. Nada digno de ser envidiado había en su persona, a excepción de la riquísima manta que abrigaba su cuerpo.

La mujer estaba sentada a estilo oriental y envuelta en gasas y encajes. En la parte superior de los brazos llevaba brazaletes en forma de áspides, y unidos por cadenitas de oro a los de las muñecas. El resto de los brazos, admirablemente torneados, quedaba por completo al descubierto. Las manos, diminutas, casi infantiles, deslumbraban a causa de los numerosos anillos que las adornaban. El velo o redecilla estaba cuajado de granos de coral y rodeado de una especie de guirnaldas de monedas, que en parte le caían por la frente y en parte por la espalda, confundidas por una espesa mata de cabellos negros que a la luz tenían reflejos azulados. Desde su elevado sitio contemplaba al público con curiosidad, sin parecer advertir la que despertaba, y, lo que era más raro y hasta en violenta contradicción con las costumbres entre las damas de calidad al presentarse en público, miraba a todos con el rostro descubierto completamente.

Era una faz admirable. De frescura juvenil, ovalada, de tez transparente, de color no blanco como el de los griegos, ni moreno como el de los romanos, no de galo rubio, sino de egipcio de la desembocadura del Nilo. Los ojos, naturalmente rasgados, parecíanlo más merced al arte, inmemorial en el Oriente; sus labios, como la escarlata, dejaban ver una hilera de dientes de singular belleza; y a todos estos atractivos, únanse una cabeza clásicamente modelada y unas facciones de corte aristocrático que le daban aspecto verdaderamente regio.

Así que hubo terminado su examen del lugar y de los circunstantes,

la preciosa criatura habló algunas palabras al guía, un etíope corpulento, desnudo hasta la cintura, quien acercó el camello a la fuente y le hizo doblar la rodilla. Luego, recibida una copa de manos de su señora, iba a llenarla de agua, cuando súbito rumor de ruedas y galopar de caballos rompió el silencio que la belleza había impuesto, y dando grandes gritos los circunstantes se desbandaron en todas direcciones.

—El romano quiere atropellarnos. ¡Guárdate!—gritó Malluch a Ben-Hur, poniéndose en salvo.

Este volvióse y vió venir a Messala de pie en su carruaje, guiando su cuádriga sobre la multitud. Hallábase muy cerca.

La muchedumbre, al escapar, había dejado al descubierto el camello, que pudo haberse salvado merced a su peculiar agilidad; pero fuese por inconsciencia o por desprecio al peligro, no se movió. El etíope hallábase paralizado por el terror; el anciano movióse como para escapar; mas, entorpecido por la edad, no pudo, y ni aun frente al peligro olvidó su continencia grave y majestuosa. En cuanto a la mujer, era demasiado tarde para salvarse por sí misma. Ben-Hur apreció de rápida ojeada la situación, se aproximó al grupo y gritó a Messala:

—¡Eh! ¡Mira adonde vas! ¡Atrás, atrás!

El patricio reflejó su buen humor con una sonrisa. Judá, viendo que no había otro medio de salvación ante el carruaje, cogió los frenos de los caballos de yugo y los inmovilizó.

—¡Perro romano! ¿Tan poco te curas de la vida?— gritó conteniendo la cuadriga con esfuerzos hercúleos.

Los dos caballos se encabritaron, y arrastrando a los otros los hicieron rodar. La lanza, al inclinarse, inclinó el carruaje. Messala pudo conservar a duras penas el equilibrio; pero su complaciente mirtilo rodó por tierra entre las risas de los espectadores, quienes al ver pasado el riesgo lo echaron a broma. La cínica audacia del romano manifestóse una vez más. Desciñéndose las riendas que rodeaban su cuerpo, las arrojó a un lado, desmontó, se dirigió hacia el camello, miró a Ben-Hur, y dijo, dirigiéndose al anciano y a la doncella:

—Perdón os pido; perdón a ambos. Yo soy Messala, y por la vieja madre de la Tierra juro que no había visto vuestro camello. En cuanto a esa buena gente, acaso confié demasiado en mi destreza: quise reirme de ellos, y ellos se han reído de mí. ¡Buen provecho les haga!

Su sonrisa benévola y la actitud indiferente con que se volvió hacia el público concordaban con sus palabras. Aguardaron lo que iba a decir, y él, asegurado de haber dominado al auditorio a quien había atropellado, hizo señas a su compañero para que apartara el carruaje a alguna distancia y prosiguió, dirigiéndose a la mujer directamente:

—Interésate por mí ante ese buen hombre, cuyo perdón, si no lo obtengo ahora, pediré con insistencia más tarde. ¿Eres su hija, verdad?

Ella no contestó:

¡Por Palas! ¡Qué hermosa eres! Procura que Apolo no te cambie por su perdido amor. No puedo calcular qué país puede contarte entre sus hijas. El sol de la India fulgura en tus ojos, y en los hoyuelos de tu barba ha impreso el Egipto las señales del amor. ¡Por Pólux! Vuelve los ojos hacia este tu esclavo, bella señora, antes de probar con alguno las dulzuras del amor. Dime, por último, que me has perdonado.

A este punto, ella volvióse hacia él.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—preguntó—. Y luego, sonriendo y con gracioso ademán, inclinó la cabeza hacia Ben-Hur.

—Toma esta copa y llénala, te lo ruego—exclmaó—. Mi padre está sediento.

—Soy tu más diligente criado.

Judá, al volverse para hacer el favor, quedó frente a frente de Messala. Sus miradas se cruzaron: provocativa la del judío; desdeñosamente irónica la del romano.

—¡Oh, extranjera, hermosa cuanto cruel!—dijo Messala saludándola con la mano—. Si Apolo no te lleva consigo, me verás otra vez. Ignoro tu país, y no puedo nombrar a tu Dios para encomendarme a él. Así, pues, ¡por todos los dioses!, me encomendaré a... mí mismo.

Viendo que el mirtilo había sosegado los caballos y tenía el carruaje pronto para la marcha, montó. La mujer siguiólo con la vista, sin expresión alguna de resentimiento o desagrado. Recibió la copa de agua, bebió su padre, rozóla con sus labios, y, volviéndose, la entregó a Ben-Hur con ademán lleno de gracia, y le dijo dulcemente:

—Acéptala; te lo rogamos. Está llena de bendiciones, todas para ti.

Inmediatamente el camello incorporóse, y se disponía ya a partir cuando el anciano exclamó:

—¡Acércate!

Ben-Hur acudió respetuosamente.

—Has servido bien hoy al extranjero. No hay sino un sólo Dios; en su sagrado nombre te lo agradezco. Soy Baltasar, el Egipcio. En el extenso huerto de las Palmas, más allá de la aldea de Dafne, ha plantado sus tiendas el jeque Ilderim, el Generoso, y somos sus huéspedes. Ve allí. Tendrás la dulce bienvenida con el sabor del agradecimiento.

Ben-Hur quedó asombrado de la sonora voz y de las principales maneras del anciano. Cuando volvió la vista, después que ambos extranjeros desaparecieron, contempló a Messala que se alejaba gozoso, indiferente y sonriendo burlonamente.

## CAPITULO IX

### CONVERSACIÓN SOBRE LAS CARRERAS DE CARRUAJES

NADA hay más eficaz para captarse la simpatía y enemistad de los hombres como portarse uno bien en oportunidad en que ellos se portan mal. Felizmente, en esta ocasión no sucedió así con Malluch. El incidente de que había sido testigo aumentó su estimación hacia Ben-Hur, y no pudo menos de reconocer a éste valor y destreza. "Si hubiera averiguado algo de la historia del joven—pensaba—, no hubieran sido infructuosos los resultados del día para el buen amo Simónides."

Respecto a este punto, poco había averiguado; dos hechos lo resumían todo, era judío e hijo adoptivo de un famoso romano. Otra conclusión que pudiera ser de importancia principiaba a resolverse en la mente del emisario: entre Messala y el hijo del duunviro existía relación de cierta importancia; pero, ¿de qué naturaleza? ¿Y cómo trocar en certidumbre su sospecha? A pesar de sus esfuerzos, no se le ocurría el modo de entrar de lleno en el asunto, cuando Ben-Hur mismo vino en su ayuda. Pasó su mano por el brazo de Malluch y lo llevó fuera de la multitud, que volvía de nuevo a contemplar al viejo sacerdote y a la fuente.

—Buen Malluch, ¿puede un hombre olvidar a su madre?—preguntóle deteniéndose.

La pregunta exabrupto era de esas que dejan confuso al interrogado. Malluch miró cara a cara a su acompañante como para comprender el significado de sus palabras, y vió en su semblante tales muestras de sincera emoción, y en sus ojos brillar las lágrimas contenidas a tan duras penas, que, más y más confuso, contestó:

—No; ¡nunca!—y tras un momento de pausa, cuando principiaba a reponerse, añadió—: Si es un israelita, ¡jamás!—. Luego, ya repuesto del todo—: Mi primera lección en la sinagoga fué sobre ese tema. En la segunda me leyeron el versículo del hijo de Sirah: "Honra a tu padre con toda el alma, y no olvides los sufrimientos de tu madre."

—Esas palabras me recuerdan mi infancia, y prueban, Malluch, que eres un verdadero judío. Creo que puedo confiar en ti.

Soltó el brazo en que se apoyaba, y con ambas manos oprimióse el pecho, como para sofocar un dolor o un sentimiento que se lo destrozaba.

—Mi padre—prosiguió luego—llevaba un nombre ilustre y gozaba de

gran consideración en Jerusalén. Cuando murió, mi madre estaba en la flor de la edad y no hallo palabras para encarecer su bondad y su hermosura. En su lengua estaba la Ley; en sus obras, la piedad; en su sonrisa, la aurora. Tenía yo además, una hermanita, y ella y yo componíamos la familia, y éramos tan felices, que no podía menos de recordad las palabras del viejo rabí: "Dios, no pudiendo estar permanente en todas partes y en todas las casas a la vez, creó a las madres." Cierto día acaeció un accidente a una autoridad romana cuando pasaba por nuestra casa a la cabeza de su cohorte; los legionarios rompieron las puertas, saquearon la casa y nos arrestaron. Desde entonces no sé de mi madre y de mi hermana; ignoro si viven o murieron. Pero, Malluch, el hombre que guiaba el carro estaba presente, nos denunció a los soldados, oyó las súplicas de mi madre y se burló de nuestro dolor. No te podré decir si en mi memoria prevalece el amor o el odio. Desde lejos lo reconocí hoy.

Cogióse nuevamente del brazo de Malluch.

—Ese hombre—prosiguió—sabe y guarda el secreto que yo compraría al precio de mi sangre; él podría decirme si vive y dónde está y cuál es su suerte; si ella, ¡no!, si *ellas*—el dolor, Malluch, ha concluído por fundir en *uno* los *dos* seres para mi corazón lacerado—, si ellas han muerto, él podría decirme dónde, de qué murieron, y en qué lugar reposan sus huesos.

—¿Y no lo dirá?

—No.

—¿Por qué?

—Soy judío y él es romano.

—Pero los romanos tienen lengua, y los judíos, aunque tan despreciados, medios para desatarlas.

—¿Para desatarlas a gentes como él? No; y además, es un secreto de Estado. Los bienes de mi padre fueron confiscados y repartidos entre ellos.

Malluch movió su cabeza lentamente como si le costara trabajo admitir el argumento; luego preguntó:

—¿Te habrá reconocido?

—No lo creo. Me condenaron a morir en vida, y hace mucho tiempo que deben suponerme muerto.

—¡Me asombra que no le hayas matado!—dijo el judío impetuosamente.

—Eso hubiera sido ponerlo en la imposibilidad de servirme. La muerte, tú lo sabes, guarda sus secretos mejor que un culpable romano.

El hombre que con tantos motivos de venganza podía dominarse hasta desperdiciar la oportunidad de vengarse que se le había presentado, o debía de tener gran fe en lo porvenir o había concebido ya otro plan mejor. Malluch, al comprenderlo así, sufrió en su ser una transformación: dejó de ser un emisario agente de otro, y se sintió atraído hacia Ben-Hur por cuenta

propia, disponiéndose a servirle de todo corazón y admirándole sinceramente.

Después de breve pausa, continuó Ben-Hur:

—No quiero quitarle la vida, mi buen Malluch. A lo menos, por ahora. Sírvale de salvaguardia contra esa extrema resolución, el secreto que posee. Sin embargo, puedo castigarlo, y si tu me ayudas lo castigaré.

—Es romano—dijo sin vacilar Malluch—y yo soy de la tribu de Judá. Te ayudaré. Elige la fórmula de juramento que gustes, y lo prestaré.

—Dame tu mano. Eso me basta.

Estrecháronselas, y prosiguió Ben-Hur, más tranquilo:

—Lo que deseo de ti, buen amigo, no es difícil ni puede contrariar tu conciencia. Sigamos adelante...

Tomaron la senda de la derecha, y el joven añadió:

—¿Conoces al jeque Ilderim, el Generoso?

—Sí.

—¿Dónde está el huerto de las Palmas?

Malluch fué asaltado por una duda. Recordó la hermosura de la joven a quien había prestado un servicio Judá en la fuente, y asombróse de que, quien parecía tener tan presentes los sufrimientos de su madre, postergase su venganza por llevar a cabo una aventura amorosa. Sin embargo, replicó:

—El huerto de las Palmas está más allá de la aldea de Dafne, unas dos horas a caballo, y una próximamente a lomos de un camello veloz.

—Gracias, y una pregunta más: ¿Sabes si se ha dado gran publicidad a las carreras de carruajes y cuándo se verificarán?

Las preguntas eran sugestivas, y si no lograron disipar las dudas de Malluch, estimularon su curiosidad.

—¡Oh, sí! ¡Serán espléndidas! El prefecto es rico y puede impunemente perder su cargo; sin embargo, como en la mayoría de los hombres, su amor a las riquezas no se ha apagado, y por tener un amigo en la corte se ha propuesto festejar espléndidamente al cónsul Majencio, que debe llegar de un momento a otro para preparar su campaña contra los partos. Los pudientes de Antioquía obtuvieron del prefecto permiso para contribuir al mayor esplendor de las fiestas con su dinero. Hace un mes que los heraldos pregonan a los cuatro vientos el anuncio de la magnífica fiesta. El nombre del prefecto es por sí sólo una garantía, particularmente en Oriente; mas cuando a éste se añadan los de los más acaudalados de Antioquía, no cabe dudar que sus juegos serán lucidísimos y de extraordinaria fastuosidad. Los premios ofrecidos son, en verdad, dignos de un rey.

—¿Y el circo? He oído decir que es el primero del mundo, después del Máximo.

—¿El de Roma quieres decir? Sí; nuestro circo es capaz para doscientos

mil espectadores, y en el romano caben unos setenta y cinco mil más. Ambos son de mármol y su distribución interior es idéntica.

—¿Y el reglamento, es igual?

—Si Antioquía se emancipase, ¡oh, hijo de Arrio!, Roma no sería tan poderosa como es. Las leyes son las mismas, excepto en un detalle: allí cada carrera está limitada a cuatro carruajes; aquí el número de éstos es ilimitado.

—La práctica griega—dijo Ben-Hur.

—Sí; Antioquía es más griega que romana.

—Así, pues, Malluch, ¿puedo elegir el carruaje que quiera?

—Carruaje y caballos. No hay restricción.

Malluch observaba que, a cada respuesta, aumentaba visiblemente la satisfacción del joven.

—Otra cosa todavía: ¿cuándo se verificará la fiesta?

—¡Ah! Dispensa que no te haya respondido antes. Mañana, no; pasado mañana, si, para hablar a estilo romano, las divinidades marinas le son propicias, llegará el cónsul Majencio... Sí; dentro de seis días serán los juegos.

—El plazo es breve, Malluch, pero suficiente—. Y pronunció esta palabra con tono resuelto—. ¡Por los profetas de Israel! Tomaré de nuevo las riendas. ¡Espera! Una condición: es preciso asegurarse de que Messala figura entre los corredores.

Malluch comprendió entonces todo el plan fraguado en la mente de Judá para humillar al romano, y no hubiera sido verdadero descendiente de Jacob si, prescindiendo de toda otra consideración, no apreciase, desde luego, las probabilidades favorables o contrarias. Con voz emocionada preguntó:

—¿Tienes suficiente práctica?

—No temas, amigo mío. Los vencedores en el circo Máximo deben sus laureles, de tres años a esta parte, a mi condescendencia únicamente. Pregunta, pregúntalo a ellos mismos, y te dirán que así es. En las últimas carreras el mismo emperador me ofreció su protección si me prestaba a guiar sus caballos.

—Pero..., ¿no aceptaste?—preguntó Malluch con interés.

—Soy judío—repuso Ben-Hur vacilando y como si hablase para sí—, y, aunque llevo un nombre romano, no me atreví a tomar una profesión, de la cual tendría que avergonzarme en los pórticos y patios del templo. Nada me impedía adiestrarme en las palestras; pero al hacer del ejercicio una profesión circense, hubiera cometido una abominación. Si aquí voy a tomar parte en una carrera, puedo jurarte, Malluch, que no lo hago por la ganancia o por el premio ofrecido al vencedor.

—¡Alto! ¡No jures! El premio consiste en diez mil sextercios; una fortuna para toda la vida.

—No para mí, aunque el prefecto la multiplicase cincuenta veces. Mejor que eso, mejor que todas las rentas imperiales desde el primer año del primer César, es humillar a mi enemigo. La venganza está permitida por la ley.

Con una sonrisa de aprobación pareció decirle Malluch: "Bien, muy bien. No hay como un judío para comprender a otro judío." Luego añadió:

—Messala correrá, no lo dudes. Lo ha hecho ya públiico en muchas partes: en calles, baños, teatros, palacios y barracas, y no se volverá atrás, porque su nombre está inscripto en las tablillas de todos los jóvenes jugadores de Antioquía.

—¿Se apuesta por él, Malluch?

—Sí; y como has visto, viene cada día a practicar ostentosamente.

—¡Ah! ¿Y ese es el carruaje y aquellos los caballos que ha de guiar? Gracias, gracias, Malluch. Me has prestado ya un buen servicio; estoy satisfecho. Ahora condúceme al huerto de las Palmas, y preséntame al jeque Ilderim, el Generoso.

—¿Cuándo?

—Hoy. Sus caballos pueden tener conductor mañana.

—¿Tanto te placen?

Ben-Hur contestó con animación:

—Un sólo instante los he visto, porque en seguida apareció Messala; pero aquella ojeada me bastó para apreciar sus maravillosas condiciones. No he visto ejemplares de esa sangre más que en las caballerizas del César; pero vistos una vez se recuerdan siempre. Mañana, si te hallase en alguna parte, Malluch, aun cuando no me saludares, te reconocería por tu rostro, por tu aspecto, por tus maneras; pues por los mismos signos reconocería yo a esos caballos y con idéntica seguridad. Si es cierto sólo la mitad de lo que de tales caballos se dice y logro dominarlos, podré...

—¿Ganar los sextercios?—preguntó Malluch sonriente.

—No—replicó con viveza el joven—. Podré, lo que vale más para un verdadero descendiente de Jacob: humillar públicamente al enemigo. Pero —agregó con impaciencia—estamos perdiendo el tiempo. ¿Cómo podremos llegar más rápidos a las tiendas del jeque?

El otro reflexionó un instante.

—Dirijámonos a la aldea, que, afortunadamente, está muy próxima, y, si podemos lograr dos buenos camellos, haremos el camino en un hora.

—Entonces, vamos de prisa.

La aldea era una reunión de palacios con hermosos jardines, intercala-

dos por algún jan para gentes principales. Felizmente hallaron dromedarios de alquiler, y, montados en ellos, emprendieron su camino hacia el huerto de las Palmas.

## CAPITULO X

### BEN-HUR OYE HABLAR DE CRISTO

La huerta de Antioquía llevaba fama en todo el mundo. En cuanto trasponían la aldehuela, el terreno era quebrado, pero no había un palmo inculto. Las colinas, convertidas en terrados, hasta sus elevados arbustos, alegraban la vista con las vides que se les enlazaban, y de las cuales pendían racimos repletos de purpurinas uvas; melonares, naranjos, cidros, limoneros, higueras, albaricoqueros, en grupos numerosos, alternaban con parras y cepas, rosales y arbustos, permitiendo ver por entre sus hojas, frutas y flores, las blancas casitas de los huertanos. Doquiera veíase a la Abundancia, la sonriente hija de la Paz, alegrando el corazón del viajero, que no podía menos de reconocer en aquella agradable variedad de colores, la influencia romana. De vez en cuando, los accidentes del terreno permitían ver en el horizonte las cimas del Tauro y del Líbano, entre los que, como una línea divisoria de plata, seguía plácidamente su curso el Orontes.

Siguiendo la jornada, los viajeros llegaron al río y lo costearon, ya venciendo rápidas cuestas, bien descendiendo algún valle a través de las áreas marcadas para la edificación de villas o quintas. La tierra estaba llena de follaje, encinas, sicomoros, mirtos, laureles y madroños y perfumados jazmines; el río reflejaba en su plácida corriente, como terso espejo, los rayos de sol descomponiendo la luz en iris, el azul del firmamento y los variados matices de la exuberante vegetación. Innumerables embarcaciones iban y venían surcando sus aguas, cual imagen emblemática de la vida y evocando recuerdos de tierras distantes, de pueblos extraños.

Los dos amigos continuaban su camino y llegaron al lago de aguas majestuosas, en uno de cuyos ángulos proyectaba su sombra una enorme y viejísima palmera. Malluch aplaudió, exclamando:

—¡Mira, mira! ¡El huerto de las Palmas!

El espectáculo que se ofreció a sus miradas sólo podía tener semejanza en algún favorecido oasis de la Arabia o en alguna factoría de las orillas del Nilo. Ben-Hur contempló una extensa llanura tapizada de mullido cés-

ped, de ese musgo fresquísimo que es en Siria la última y más hermosa producción de la tierra, y es para ésta un abono. Más allá veíanse palmeras tan numerosas como viejas, altísimas, frondosas y como de cera, alimentadas por el agua de vida del lago. Parecía una repetición del bosque de Dafne. Las palmeras, como si hubieran comprendido ese pensamiento que asaltó un instante la mente de Ben-Hur, agitaban majestuosamente las ramas al paso de los viajeros, salpicándolos de fresco rocío.

El camino seguía paralelo a la orilla del lago, y los viajeros vieron a ambas márgenes de aquél innumerables palmeras: sólo palmeras, con exclusión de todo otro árbol.

—Mira esa—dijo Malluch, señalando una gigantesca—. Cada anilla de su tronco marca un año de vida. Cuéntalas desde el brote a las ramas, y si el jeque te dice que fué plantada antes de que fueran conocidos los Seleúcidas en Antioquía, no lo dudes.

No se puede contemplar una palmera como aquélla, sin sentir la sutil sugestión que emana de tan soberbio vegetal, que parece transformarse a los ojos del que lo mira, infundiéndole sentimientos de admiración y poesía. Así se explican los homenajes tributados a las palmeras en Oriente, principiando por los artistas de los primeros reyes, que no hallaron mejor modelo en la tierra para las columnas de sus templos y palac[illegible]

Ben-Hur no pudo menos de exclamar:

—Cuando vi a Ilderim hoy en el estadio, buen Malluch, me hizo el efecto de un hombre vulgarísimo. Los rabinos del templo de Jerusalén lo hubieran mirado desdeñosamente como a un perro de Edom. ¿Cómo ha conseguido la posesión de este hermosísimo huerto? ¿Y cómo ha logrado librarlo de la avidez de los gobernadores romanos?

—Si la sangre deriva su nobleza del tiempo, ¡oh, hijo de Arrio!, el viejo Ilderim es nobilísimo, aunque sea un idumita incircunciso.

Malluch hablaba calurosamente.

—Sus padres todos fueron jeques. Uno de ellos, no sé decirte cuándo vivió ni en qué época realizó su acción, prestó gran servicio a un rey, perseguido. Se asegura que le dió para su defensa mil jinetes que conocían palmo a palmo el desierto, y éstos lo guardaron hasta que se presentó la oportunidad de destruir al enemigo y restaurarlo en el trono de sus mayores. En agradecimiento, el monarca donó a perpetuidad este terreno para su salvador y descendientes, sin que nadie haya intentado hasta ahora disputarle la posesión. Los gobernadores romanos creen que les interesa mantener buenas relaciones con una tribu a la cual el Señor ha concedido innumerables hombres, caballos, camellos y riquezas, que domina todos los caminos entre Antioquía y las demás ciudades terrestres, y que, por consiguiente, en cualquier tiempo puede paralizar el comercio a voluntad su-

ya. Hasta el gobernador en la ciudadela agradece y reputa como día fausto el en que Ilderim, llamado el Generoso por sus actos de liberalidad, va a visitarlo acompañado de sus mujeres e hijos, con un soberbio tren de camellos, caballos y esclavos, como acostumbraban a viajar nuestros padres Abraham y Jacob.

—¿Cómo es entonces—preguntó Ben-Hur, quien había escuchado atentamente sin advertir la lentitud de los dromedarios—, cómo es que hoy, al mesarse las barbas en el estadio, se maldijo por haber confiado en un romano? Si César le hubiese oído, habría dicho: "Hombres como ese no me parecen amigos. ¡Libradme de ellos!"

—Y no hubiera errado en su juicio. Ilderim no quiere a Roma; es una historia. Hace tres años, los partos capturaron una caravana en el camino de Beyrut a Damasco y se apoderaron, entre otras cosas, de los tributos recaudados en todo el distrito. A Roma le disgustó sobremanera que no hubiesen sido respetadas las sumas imperiales, y el César hizo responsable a Herodes de la pérdida, y éste, por su parte, se incautó de algunas propiedades de Ilderim para indemnizarse, so pretexto de que al jeque correspondía velar por la seguridad de los caminos imperiales. Apeló a César, el cual dióle una respuesta digna de la esfinge. Desde entonces se consume de rabia y no desperdicia ocasión de demostrarlo.

—No puede hacer nada, Malluch.

—Bien; por ahora, no; pero tal vez... Esto requiere otra explicación, que te daré si te aproximas para poder conversar en voz baja. Pero atiende: la hospitalidad del jeque comienza a demostrarse. Esas muchachas te están hablando.

Los dromedarios se habían detenido, y varias muchachas, que parecían aldeanas sirias, le ofrecían dátiles recién cogidos. No podían despreciar el obsequio. Agacháronse para coger algunos, y, en cuanto lo hicieron, un hombre salió tras del árbol junto al cual se habían detenido, y gritó:

—¡Paz y bienvenida a vosotros!

Después de haber dado gracias, los dos amigos prosiguieron su camino, dejando a los dromedarios la elección del paso.

—Has de saber—principió Malluch—que Simónides, el mercader, me otorga su confianza y a veces me honra pidiendome consejo. Así, como frecuento su casa, trato a sus amigos, y por eso he logrado intimar con el jeque Ilderim.

El judío interrumpíase de vez en cuando para comer dátiles. Ben-Hur, al oir el nombre de Simónides, se distrajo por un momento, evocando la imagen encantadora de Ester, que había causado alguna emoción en su ánimo. Parecióle contemplar sus hermosos ojos negros, en donde resplandecía

la más dulce piedad hacia él, y se entregó a tan agradable recuerdo. La visión desapareció bruscamente. Malluch proseguía:

—Hace algún tiempo, el viejo árabe fué a visitar a Simónides y me encontró con él. Observé que estaba muy agitado e iba a retirarme discretamente; pero el buen jeque exclamó: "Si eres israelita, no te vayas y escucha lo que voy a contar." El énfasis con que pronunció la palabra israelita excitó mi curiosidad. Recuerdo su relato... He de ser muy breve, porque nos acercamos ya a las tiendas. Muchos años hace llegaron a la tienda de Ilderim, en el desierto, tres extranjeros: un indio, un griego y un egipcio. Viajaban en dromedarios de talla y blancura incomparables. Les dió la bienvenida, y les hospedó. A la mañana siguiente, los tres entonaron una plegaria, que Ilderim no había oído nunca, hablando de Dios y de su Hijo. Después del desayuno, el egipcio explicó quiénes eran y de dónde venían. Cada uno de ellos había visto una estrella y oído una voz que les ordenó ir a Jerusalén y preguntar: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?" Así lo hicieron. Desde Jerusalén, la estrella los guió a Belén, donde, en una gruta, encontraron al recién nacido y lo adoraron, haciéndole merced de ricos presentes. Cumplido su deber, huyeron y se refugiaron en las tiendas del jeque, no dudando que Herodes, a quien llamaban el Grande, los hubiera condenado a muerte. Fiel a sus costumbres, Ilderim tuvo cuidado de ellos por un año, transcurrido el cual, y dejándole valiosos obsequios, partieron, cada uno en dirección distinta.

—Es, en verdad, la más maravillosa de las historias—exclamó Ben-Hur—. ¿Y cómo dices que tenían que preguntar en Jerusalén?

—Tenían que preguntar: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?"

—¿Nada más?

—Hay otras particularidades que no recuerdo.

—¿Y encontraron al niño?

—Sí; y lo adoraron.

—Es un milagro, Malluch.

—Ilderim es un hombre grave, aunque excitable como todos los árabes, pero incapaz de una mentira.

Malluch hablaba convencido. Mientras tanto, habíanse olvidado de los dromedarios, y éstos se aprovecharon de ello para pacer, desviándose del camino.

—¿Y no ha sabido nada más Ilderim de los tres hombres?—preguntó Ben-Hur—. ¿Qué fué de ellos?

—¡Ah, sí!, y esa fué la causa de su visita a Simónides. El día anterior había vuelto a ver al egipcio.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Cómo lo conoció?

—Como tú reconociste hoy los caballos: por su cara y aspecto.

—¿Por nada más?

—Iba montado en el mismo dromedario blanco y llevaba el mismo nombre: Baltasar, el egipcio.

—¡Es un milagro del Señor!—exclamó Ben-Hur agitado

—¿Por qué?—replicó Malluch sorprendido.

—¿Baltasar dijiste?

—Sí; Baltasar, el egipcio.

—Así dijo llamarse el anciano que hemos visto hoy en la fuente Castalia.

A este recuerdo, Malluch se agitó también.

—Cierto—dijo—. Y el dromedario era el mismo; y... y... tú salvaste su vida.

—Y la mujer—murmuró Judá como si hablase para sí—, la mujer es su hija.

Se entregó a sus pensamientos, evocando la segunda visión femenil, ante la cual estuvo absorto mayor tiempo que ante Ester, aunque realmente no le fascinaba más la segunda que la primera. Tras una pausa, preguntó de nuevo a Malluch:

—Dime, amigo mío: la pregunta de los extranjeros era: "¿Dónde está el que ha de ser Rey de los judíos?"

—No precisamente; las palabras eran: *nacido Rey de los judíos.* Estas fueron las que oyó el anciano jeque en el desierto, y las recuerda, y espera, y nadie puede hacer vacilar su fe.

—¡Un rey...!

—Sí, y con él la caída del imperio romano, que es lo que más ansía el jeque.

Ben-Hur guardó de nuevo un rato de silencio para recoger sus ideas y enfrenar la agitación de su espíritu, y luego dijo:

—El anciano es uno de los muchos millones que tienen ofensas que vengar en Roma, y, por tanto, esa extraña creencia, Malluch, es pan y vino de su esperanza. ¿Quién, sino un Herodes, puede ser rey de los judíos mientras Roma exista? Pero volviendo a la historia, ¿sabes lo que opina de esto Simónides?

—Sí; si Ilderim es hombre grave, Simónides es hombre sensato, y su opinión... Mas escucha; alguien nos sigue.

Oíase, en efecto, rumor de caballos y ruedas en movimiento acelerado. En breve los judíos fueron alcanzados por el jeque, a caballo, seguido de numerosa escolta, entre la cual venía el carro y la cuadriga que había admirado Ben-Hur en el estadio. Ilderim regresaba como postrado, con la cabeza

reclinada sobre el pecho; pero a la vista de los que le precedían se irguió y animóse su semblante, saludándolos afablemente:

—¡La paz sea con vosotros! ¡Ah, mi amigo Malluch! ¡Bien venido! Dime que estás de llegada y no de partida, y que traes algo para mí del buen Simónides, a quien el Señor de sus padres conserve por muchos años la vida. Sí, bien venidos ambos, y seguidme. Tengo pan y fruta, o, si lo preferís, aguardiente de caña y carne de cabrito. Venid.

Siguiéronle hasta la entrada de la tienda y, cuando desmontaron, ya estaba el jeque de pie en el umbral, con una bandeja en la mano conteniendo tres cálices llenos de un líquido espumoso que vertió de una odre ennegrecida, pendiente del poste central.

—Bebed—dijo cordialmente—; bebed, porque éste es el licor de la hospitalidad sagrada en las tiendas de los hijos del desierto.

Cada cual tomó su copa y la vació de un trago.

—Entrad ahora, en nombre de Dios.

Cuando lo hubieron hecho, Malluch llamó aparte al jeque y le habló en secreto; después dijo a Judá:

—He hablado de ti al jeque, y mañana te dejará probar los caballos. Es tu amigo. Y ahora que hice por ti cuanto pude, me vuelvo a Antioquía. A ti te toca lo demás. Tengo que ver a alguien en Antioquía esta noche; pero mañana volveré, y si todo marcha bien, procuraré quedarme contigo hasta que se efectúen las carreras.

Con bendiciones dadas y recibidas, Malluch se puso de nuevo en camino.

## CAPÍTULO XI

### EL PRUDENTE SIERVO Y SU HIJA

Cuando los últimos rayos de la luna nueva besaban las almenadas torres del palacio de Monte Sulpio, y los dos tercios de los habitantes de Antioquía buscaban en el sueño el descanso de sus fatigas, o bien gozaban del aire fresco sobre terrados y azoteas, Simónides, en su silla, que había llegado a ser como una parte de él mismo, hallábase en el terrado también contemplando el río y las embarcaciones en él ancladas. A su espalda, la muralla proyectaba su sombra hasta la orilla opuesta del río. Arriba, sobre el puente, proseguía el eco de los pasos. Ester, arrodillada junto a su padre, presentábale una bandeja con la frugal cena del anciano: algunos pasteles

de maíz, delgados como hostias, miel y una vasija de leche, en la cual empapaba los pasteles después de untados de miel.

—Malluch tarda esta noche—exclamó él, descubriendo su pensamiento.

—¿Crees que vendrá?

—A menos que haya tomado el camino del mar o del desierto, vendrá.

Simónides expresábase con entera confianza.

—Puede escribir—insinuó Ester.

—¡No, no...! Si hubiera pensado no volver, Malluch me lo hubiera avisado ya; y pues no he recibido aviso, es que puede venir, y vendrá.

—Así lo espero—suspiró la niña.

Algo llamó la atención del anciano el tono con que fueron dichas las tres palabras. El más pequeño pájaro no puede posarse sobre una ramita sin producir ligerísima vibración a todo el árbol. El organismo humano es a veces no menos sensible a las más insignificantes palabras.

—¿Deseas que venga, Ester?—preguntó.

—Sí—repuso ella abriendo los ojos y fijando sus miradas en los de su padre.

—¿Por qué? ¿Puedes decírmelo?—insistió.

—¿Por qué? Porque...—y titubeó, pero se repuso y siguió—: porque el joven es...—aquí se detuvo sin saber qué decir.

—Nuestro dueño. ¿No es eso?

—Sí.

—Y tú sigues pensando que no debí dejarle partir sin decirle: "Ven y tómanos; nosotros y todo lo que tenemos, todo: Ester, mercancías, dinero, barcos, esclavos y el poderoso crédito, manto de oro y plata tejido por mí en honor del Exito, el más grande de los ángeles para los hombres. Todo es tuyo."

Ester no contestó.

—¿No te conmueve?—insistió, no sin un tinte de amargura—. Bien, bien; he experimentado, Ester, que, por terrible que sea la realidad, nunca se hace insoportable cuando viene cara a cara y la contemplamos osadamente. No. Nunca. Porque al fin llegamos a familiarizarnos con ella. Supongo que lo mismo sucederá con la muerte. Y con esta filosofía, la esclavitud a cuyo encuentro vamos nos llegará a parecer suave. Me congratulo, desde luego, al considerar qué hombre más favorecido es nuestro amo. Las riquezas no le habrán costado nada: ni ansiedad, ni fatiga, ni siquiera un pensamiento; llueven sobre él, sin haberlo soñado, y en plena juventud. Y perdona, Ester, esta pequeña vanidad; con ellas entrará en posesión de un tesoro que no hubiera podido adquirir en el mercado: de mi flor predilecta, de mi hija, flor nacida en la tumba de mi inolvidable Raquel.

La atrajo hacia sí y la besó dos veces: una por ella, otra por su madre.

—No hables así—dijo cuando su padre le desciñó el brazo—; permíteme pensar mejor de él. Sabe lo que es sufrir y nos hará libres.

—¡Ah! Tienes nobles sentimientos, Ester, y sabes que me dejo guiar por ellos cada vez que dudo acerca del carácter de una persona. Pero... pero...—su voz vibró—estos miembros sobre los cuales no puedo sostenerme, este cuerpo desfigurado que no parece humano, no son todo lo que existe de mí. ¡No, no! Tengo un alma que ha triunfado de la tortura y de la perfidia romana; tengo una inteligencia con ojos penetrantes que ven los tesoros a una distancia mayor que la que surcaron nunca las naves salomónicas, y con poder de atracción para que vengan a mi mano; sí, Ester, a la palma de mi mano, para apretarlos con mis dedos huesosos y guardarlos, a fin de que, ni aun teniendo alas, puedan escaparse: una perspicacia aguda y clarísima para los grandes negocios.

Se detuvo un instante y sonrió.

—Porque, Ester, antes de la luna nueva, que ahora alumbra los patios del templo en el sagrado Monte, entre el próximo cuarto, yo podría conmover el mundo y hacer vacilar al mismo César. Tú no sabes, niña, que poseo la facultad más preciosa, la que vale más que un cuerpo sano y robusto, más que el valor, que la voluntad, que la experiencia misma; la más divina facultad del hombre, aquella que...

Se detuvo de nuevo y sonrió otra vez, no con amargura, sino de entusiasmo.

—Aquella que, aun los grandes hombres, no saben apreciar debidamente y que el vulgo ni conoce: la facultad de sujetar a los hombres con toda fidelidad a mis propósitos, hasta que han sido perfectamente cumplidos. Por eso, a pesar de todo, como si me hubiera multiplicado yo mismo en centenares y millares, los capitanes de mis barcos atraviesan los mares sin percance, y me traen el premio de honrados afanes; por eso Malluch sigue al joven, nuestro dueño, y nos traerá...

Oyóse rumor de pasos que se aproximaban de prisa al terrado.

—¡Eh! ¿No te lo dije, Ester? Ya está aquí, y ahora tendremos noticias. Por ti, querida hija, mi cándida azucena, ruego al Señor Dios, que no ha olvidado a su grey de Israel, que sean buenas y favorables. Ahora veremos si merece poseerte a ti con toda tu belleza y a mí con todas mis facultades.

Malluch llegó ante ellos, acercándose a la silla.

—La paz sea contigo, mi buen señor—dijo inclinando la cabeza—, y contigo, Ester, la más excelente de las hijas.

Quedó de pie ante ellos deferentemente, pero en actitud indefinible, no dejando apreciar si era un siervo o un amigo; pues si parecía esclavo por su posición, sus palabras indicaban gran familiaridad. Simónides, impaciente, después de haber contestado a los saludos, preguntó:

—¿Qué hay del joven, Malluch?

Este, con calma y sencillez, relató los acontecimientos del día, sin que el anciano, que había recobrado su impasibilidad, le interrumpiese una sola vez. Sin embargo, de vez en cuando, sus ojos lanzaban destellos que denotaban el interés con que escuchaba la relación.

—Gracias, gracias, Malluch—dijo cordialmente cuando terminó éste—. Has cumplido muy bien; nadie lo hubiera hecho mejor que tú. ¿Qué sabes de la nacionalidad del joven?

—Es israelita, mi buen señor, y de la tribu de Judá.

—¿Es seguro?

—Muy seguro.

—Parece que no te ha dicho gran cosa de su vida.

—Ha aprendido a ser prudente, mejor podría decir desconfiado, y eludió todas mis tentativas para hacerle hablar hasta que, después del incidente de la fuente Castalia, me contó lo poco que te he dicho.

—¡Lugar abominable! ¿Por qué fué allá?

—Afirmaría que por curiosidad, el principal móvil de la mayoría de los que van allí por primera vez; pero, ¡cosa extraña!, no le interesaba nada de lo que veía. Del templo sólo preguntó si era griego. Buen señor, ese joven ha tratado de olvidar sus penas y ha ido a visitar el bosque, del mismo modo, creo, que se van a visitar los sepulcros de los muertos queridos.

—Si fuese así, bien—dijo en voz baja; luego, más alto, añadió—: Malluch, la maldición de estos tiempos es la prodigalidad; el pobre se empobrece más por imitar al rico, y el meramente rico no se contenta con menos que con aparecer como príncipe. ¿Observaste signos de prodigalidad en el joven? ¿Ponderó sus riquezas, prodigando monedas de Roma o de Israel?

—No, no, buen señor.

—Seguramente, Malluch, allí donde tantos incentivos tiene la locura, tantos como el comer y el beber, no puede menos de haberte hecho alguna oferta generosa de cualquier clase. Su edad, ya que no otra cosa, le excusarían bastante.

—No; ni siquiera comió o bebió en mi compañía.

—Por sus palabras, Malluch, ¿has podido conjeturar cuál era su pensamiento dominante? Tú sabes que no hablamos ni obramos, y mucho menos decidimos alguna cuestión grave que nos concierne, excepto cuando somos impulsados por un motivo grande. A ese respecto, ¿puedes decirme algo?

—En cuanto a eso, mi amo, puedo responder con mucha seguridad. En primer lugar, está dedicado a la busca de su madre y hermana. Después conserva gran rencor a Roma, y como el Messala de quien te hablé ha contribuído algo a su desgracia, su pensamiento dominante en la actualidad es el

de humillarlo. El encuentro en la fuente facilitóle una ocasión; pero no quiso aprovecharla por no ser suficientemente pública.

—¡Messala es influyente!—exclamó Simónides, reflexionando.

—Sí; pero el próximo encuentro será en el circo.

—Bien ¿y qué?

—El hijo de Arrio vencerá.

—¿Cómo lo sabes?

Malluch sonrió.

—Juzgo por lo que me ha contado.

—¿Y eso es todo?

—No; lo conjeturo también por lo que vale más aún: por su espíritu.

—¡Ya, ya! Pero escucha, Malluch, su idea de venganza, ¿qué tendencia tiene? ¿Se limita a los pocos que le ofendieron o la extiende a muchos? Y algo más: este sentimiento ¿es el desvarío de un joven sensible o el firme propósito de una voluntad irrevocable? Tú sabes, Malluch, que el pensamiento de venganza que sólo reside en la mente no es sino un sueño, pompa de jabón que deshace un soplo, mientras que la pasión de la venganza que anida en el corazón y se extiende por todo el sér invade y no se extingue nunca.

Por primera vez dió aquí Simónides muestras de agitación; hablaba con viveza y con la convicción del hombre que siente en sí mismo lo que expresa.

—Mi buen señor—replicó Malluch—, una de las razones que me convencieron de que el joven era judío, fué la intensidad de odio. Aunque receloso, como es natural en quien ha vivido mucho tiempo en ambiente tan sospechoso como el romano, dejó transparentar la llama de su odio. Una vez, al conocer los sentimientos de Ilderim respecto a los romanos, y la otra cuando le conté la historia del jeque y del Mago y repetí la pregunta: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?"

Simónides, estremeciéndose, preguntó vivamente:

—¡Ah, Malluch, sus palabras, repíteme sus palabras! Permíteme que juzgue por ellas la impresión que le produjo el misterio.

—Quiso conocer la exactitud de la frase; si era *el que nació para ser* o *el que nació siendo* Rey de los judíos. Parecía conceder gran importancia a esto, y apreciaba gran diferencia entre las dos frases.

Simónides recobró la calma y actitud de juez oyente.

—Luego—añadió Malluch—le expliqué la opinión que acerca del misterio tiene Ilderim: que el Rey acarrearía la caída de Roma. La sangre del joven coloreó sus mejillas, y exclamó calurosamente: ¿Quién sino un Herodes puede ser rey mientras Roma exista?

—¿Lo que significa...?

—Que el imperio tiene que ser destruído antes de que otro pueda gobernar la Judea.

Simónides contempló un instante sus barcos y la sombra que proyectaban en el agua; cuando volvió a mirar a Malluch, le despidió diciéndole:

—Basta, Malluch; ve a comer y prepara la vuelta al huerto de las Palmas; hay que ayudar al joven en su empresa. Ven a mí mañana antes de partir y te daré una carta para Ilderim.

Luego, como hablando para sí, añadió:

—Acaso yo también vaya al circo.

Cuando se fué Malluch, después de la acostumbrada bendición dada y recibida, Simónides tomó un buen sorbo de leche y pareció reponerse.

—No me des más, Ester—dijo—; ya no quiero más.

Ella obedeció, retirando el servicio.

—Aquí, ahora.

La joven volvió a ocupar su sitio junto al anciano, clavado en su sillón, y tras breve pausa exclamó fervorosamente:

—¡El Señor Dios es bueno, muy bueno para mí! Ordinariamente, sus designios son inescrutables; pero a veces nos permite creer que los comprendemos. Soy viejo, querida, y he de irme del mundo; pero ahora, en esta hora undécima, cuando mi esperanza comenzaba a desvanecerse, me envía a este joven con una promesa, y estoy confortado. Veo una gran parte del camino y un acontecimiento tan grande, que será como un nuevo nacimiento para todo el mundo. Y veo también la razón de mi gran riqueza y el objeto a que está destinada. Verdaderamente, hija mía, cobro hoy una nueva vida.

Ester se estrechó más contra él como para calmarle.

El Rey ha nacido—continuó, imaginando que ella le prestaba atención—y ha de hallarse a la mitad del camino de la vida. Baltasar dice que era un niño en el regazo de su madre cuando lo vió y lo adoró, y calcula Ilderim que el último diciembre se cumplieron ya veintisiete años desde que Baltasar y sus compañeros llegaron a sus tiendas pidiendo protección contra Herodes. No puede, pues, tardar mucho en mostrarse. Esta noche, mañana quizás. ¡Santos Padres de Israel! ¡Qué dicha sólo el pensarlo! Paréceme oír ya el crujido de las murallas al ser derrumbadas, y el clamor de la transformación universal, sí; y el estrepitoso júbilo de los hombres al abrirse la tierra para tragarse a Roma... Y ellos lo ven y sonríen, y cantan al considerar que han sobrevivido a su ruina.

A su vez sonrió también.

—¿Has oído, Ester, nunca nada semejante? En verdad que me siento poeta como Miriam y David. En mi mente, donde sólo quedaban cifras y empresas mercantiles, hay una confusión de músicas armoniosas y cantos celestiales de la multitud que se agrupa en torno de un trono recién levantado. No quiero pensar en ello todavía. Sólo que, querida mía, cuando el Rey venga tendrá necesidad de dinero y de hombres, porque era un niño nacido

de mujer, y, después de todo, sólo será un hombre sujeto a las necesidades humanas como tú y como yo lo estamos. Y para el dinero tendrá necesidad de tesoreros y procuradores, y para los hombres, jefe. ¡Allí, allí...! Mira qué horizonte más hermoso se despliega ante nosotros y ante nuestro joven señor. Y al fin de su gloria, la venganza para nosotros y para él. Luego, luego...

Detúvose como herido por el egoísmo de un porvenir en el cual no había contado con su hija, y añadió, besándola cariñosamente:

—Y luego, ¡la felicidad para la hija de tu madre!

Ella seguía sin decir palabra. De pronto recordó él la diferencia de las naturalezas y la ley por la cual no nos es permitido siempre deleitarnos con el mismo motivo ni asustarnos por la misma causa, y apreció que sólo era una muchacha.

—¿En qué piensas, Ester?—preguntó, recobrando su habitual entonación—. Si tu pensamiento tiene la forma de un deseo, dímelo, pequeña, mientras conservo en mis manos las riendas del poder. Ya sabes que el poder es cosa tornadiza y tiene sus alas siempre abiertas para volar.

Con sencillez infantil contestó ella:

—Envía por él, padre mío; manda a buscarlo esta noche, y no le permitas presentarse en el circo.

—¡Aaah!—dijo, prolongando la exclamación.

Y de nuevo sus ojos cayeron sobre el río, donde las sombras eran más intensas que antes por haberse escondido la luna tras el monte Sulpio, dejando la ciudad alumbrada débilmente por las estrellas.

¿Hemos de decirlo, lector? Fué mordido su corazón por el áspid de los celos. ¡Si amase ella realmente a su joven amo! ¡Oh, no! ¡No podía ser! Era demasiado niña. Pero la idea había hecho presa en él y atenaceaba su mente. Ella tenía diez y seis años; recordábalo bien. Su último cumpleaños había sido festejado con la botadura de una nave que llevaba su nombre, *Ester*, a través de los mares. Existen realidades que se nos presentan con aspecto doloroso, como las de que vamos envejeciendo y que debemos morir. Tal pasó a Simónides con el recuerdo de la edad de su hija, que le destrozó el corazón, arrancándole un suspiro que era como un lamento. No era suficiente que aquella noble y delicada criatura, cuyos sentimientos de ternura tan bien conocía el padre, para quien era todo en el mundo, entregase al joven señor su libertad haciéndose su esclava, sino que también le entregaría su amor. El diablo, cuya tarea es la de atormentarnos, rara vez se queda corto. En la amargura del momento, el anciano olvidóse de sus vastos proyectos y del milagroso Rey que los inspiraba. Sin embargo, merced a un poderoso esfuerzo, dominóse y preguntó tranquilamente:

—¿Que no vaya al circo, Ester? ¿Por qué, hija?

—No es ese el lugar para un hijo de Israel, padre.

—¡Doctora, doctora Ester! ¿Y es eso todo?

El tono de la pregunta conmovió el corazón de la doncella, el cual empezó a palpitar acelerado. No pudo responder. Una confusión nueva y extraña invadía su ser.

—Bendición del Señor eres.

—El joven que es dueño de nuestra fortuna—dijo él, tomando la mano de Ester y hablándole con ternura—, lo es de nuestras naves, de todo, hija. Sin embargo, no me consideraba pobre, porque me quedaba tu amor, retoño del de mi Raquel. Dime, ¿también es dueño de eso?

Ella inclinóse hacia él y reclinó su mejilla en el pecho del anciano.

—Habla, Ester; seré más fuerte cuando lo sepa. Todavía tengo fuerzas.

Levantó ella la cabeza y habló como si fuera la sagrada Verdad en persona:

—¡Consuélate, padre! Nunca te abandonaré. Aunque tome mi amor, seré siempre, como ahora, tu sierva.

Y respetuosamente lo besó.

—Además—continuó—, el amor necesita correspondencia para alimentarse. Parecióme hermoso a la vista; su voz suplicante excitaba mi compasión, y tiemblo al pensar que puede correr algún peligro. Me alegraría mucho volver a verle; pero si no comprende mi amor... esperaré, acordándome que soy tu hija y la de mi madre.

—Bendición del Señor eres, Ester; bendición que me hace rico, aun perdiéndolo todo. Por su sagrado nombre y eterna existencia, juro que no sufrirás.

Obedeciendo sus órdenes, poco después fué transportado en su sillón al dormitorio, donde estuvo largo rato pensando en el advenimiento del Rey, mientras Ester se retiraba a descansar y dormía el sueño de los inocentes.

## CAPÍTULO XII

### UNA ORGÍA ROMANA

Dícese que el famoso Epifanes fué el constructor del palacio existente en la orilla opuesta del río, y frente por frente a la casa de Simónides. El arquitecto, más persa que griego, atendió con preferencia a lo grandioso, desdeñando lo clásico: hizo un palacio hermosísimo que estaba encerrado dentro de un fuerte muro, construído con el doble propósito de defenderlo contro el río y contra levantamientos populares.

Sin embargo, ese palacio-fortaleza no era habitado hacía tiempo por los Legados romanos, que, so pretexto de la insalubridad del sitio, habían trasladado su residencia a otro situado al occidente del monte Sulpio, bajo el templo de Júpiter. No faltó quien atribuyó al miedo de los Legados esta traslación, observando que la nueva residencia, por la proximidad a los cuarteles y ciudadela, ofrecía mayores seguridades; y esta opinión era verosímil. Observóse, en efecto, que el pretendido palacio insalubre estaba siempre limpio y dispuesto para ser habitado, y que, cuando algún cónsul general de la Armada, rey o potentado llegaba a Antioquía, se le hospedaba allí con su comitiva.

Sólo describiremos una habitación de ese palacio, donde va a tener lugar

la orgía, y dejaremos a la fantasía del lector que se forje los jardines, fuentes, pabellones, estancias, terrados y azoteas.

En nuestros tiempos, el departamento de referencia sería denominado *salón*. Era muy espacioso, pavimentado de reluciente mármol y alumbrado, de día, por anchas ventanas, en las cuales hacían las veces de cristales láminas de mica pintadas. Las paredes estaban interrumpidas por atlantes, de los que no había dos figuras iguales, que sostenían una cornisa llena de arabescos, sobre la cual se apoyaba la bóveda pintada de azul, verde, púrpura de Tiro y oro. Alrededor del cuarto corría un diván forrado de seda indiana y cubierto de chales de cachemir. El mobiliario consistía en varias mesas y escabeles de factura egipcia, tallados grotescamente.

Dejemos a Simónides planeando su ayuda al milagroso Rey cuyo advenimiento había decidido que fuese inmediato, y a Ester durmiendo. Atravesemos, pues, el río, y pasando por entre los leones que guardan las puertas y atrios y patios babilónicos, lleguemos al salón descripto.

Había cinco candeleros pendientes del techo con cadenas de bronce, uno en cada ángulo del salón y otro en el centro; enormes lámparas que iluminaban los demoníacos rostros de los atlantes y los arabescos de la cornisa. En torno de las mesas, de pie, sentados o yendo impacientes de un punto a otro, un centenar de personas, a las que vamos a examinar ligeramente.

Son todos jóvenes, algunos casi niños. Que son italianos, o más bien romanos de nacionalidad, no cabe duda; todos hablan el latín con pureza, y cada uno va vestido a la última moda de la gran capital del Tíber; esto es, jalecos hasta la rodilla, vestidura adaptada al clima de Antioquía y muy propia para la atmósfera de aquella estancia. Sobre los divanes, acá y allá, yacen arrojadas togas y *lacertæ*, algunas de aquéllas significativamente listadas de púrpura. También yacen sobre los divanes algunos cuerpos humanos, vencidos por la fatiga de la jornada precedente o por Baco.

El tole tole es ensordecedor e incesante. A veces surge una explosión de risas; a veces exclamaciones preñadas de rabia o exaltación; pero sobre todos los demás rumores domina el estrépito seco de los dados, de los téseras, de los peones u hostes al chocar contra el tablero del ajedrez, pues en la reunión predomina el juego. ¿Quiénes componían la sociedad?

—Buen Flavio—dice un jugador en actitud de hacer una jugada—, ¿ves aquella *lacerta* que está ahí enfrente en el diván? Es nueva y su hebilla de oro macizo.

—Bien—contesta Flavio atendiendo al juego—. He visto algunas tan buenas como esa, y aunque la tuya no parece vieja, lo que es nueva, lo que se llama nueva, ¡por el cíngulo de Venus!, que no lo es. Pero ¿qué quieres decir?

—Nada; que la daría con tal de hallar un hombre que lo supiera todo.

—¡Ah, ah! Encontrarás muchos que te hagan el cambio, aceptando el trato. Pero juega.

—Ya está. ¡Jaque!

—¡Es verdad! ¡Por Júpiter!... Y ahora, ¿qué dices? ¿Jugamos otra?

—Bueno.

—¿Y la apuesta?

—Un sextercio.

Cada cual sacó sus tablillas y su estilo y apuntó la partida; y mientras ordenaban las piezas, Flavio volvió sobre la observación de su amigo.

—¡Un hombre que lo sepa todo! ¡Por Hércules! Los oráculos morirían. ¿Qué harían con semejante prodigio?

—Hacerle contestar a una sola pregunta, Flavio, y luego, ¡por Pólux!, tirarlo al río.

—¿Qué pregunta?

—Que me dijese la hora. ¿Hora dije? No; el minuto en que llegará Majencio mañana.

—¡Vaya un chiste! ¿Y por qué el minuto?

—¿Has estado alguna vez con la cabeza descubierta al sol de Siria? Los fuegos de Vesta no son tan calurosos, y, ¡por el Estator de nuestro padre Rómulo!, prefiero morir, si he de morir, en Roma. Esto es el averno; en la plaza del Foro podría respingarme, y estirando la mano tocar el suelo por donde caminan los dioses. ¡Ah, por Venus! Me has engañado haciéndome hablar, y he perdido. ¡Oh, fortuna!

—¿Otra más?

—Tengo que tratar de recobrar mi sextercio.

—Sea.

Y jugaron otra y otra; y cuando el día con su luz mitigó la de los candeleros, halló a los dos en el mismo sitio, a la misma mesa y jugando al mismo juego. Como los más de los reunidos, eran agregados militares del cónsul que esperaban su llegada divirtiéndose.

Durante el diálogo copiado entró en la sala un nuevo grupo, que, inadvertido al principio, avanzó hasta la mesa central. Los que lo formaban tenían todas las muestras de haber pasado la noche banqueteando. Algunos de ellos manteníanse en equilibrio con dificultad. El jefe de ellos llevaba una guirnalda en la cabeza, la que indicábale como anfitrión. El vino no había hecho efecto alguno en él o había aumentado aún su belleza, de puro estilo romano. Llevaba la cabeza erguida; la sangre coloreaba sus labios y mejillas; relampagueaban sus ojos, y por sus modales, su blanca y rica toga y su actitud, parecía un monarca o un príncipe. Venido hacia la mesa, se hizo sitio para sí y para su comitiva con poca ceremonia y menos miramientos, y cuando

se detuvo y paseó una mirada sobre los jugadores, muchos se volvieron hacia él y exclamaron en voz alta:

—Messala. ¡Es Messala!

Los que se hallaban más alejados repitieron la exclamación como un eco. Instantáneamente se disolvieron los grupos, y un general movimiento hacia el centro del salón se operó entre los circunstantes.

Messala acogió indiferente estas demostraciones y se complació en mostrar su popularidad.

—Salud a ti, Druso, amigo mío—dijo al jugador más próximo a su derecha—. Salud. Permíteme por un momento tus tablillas.

Miró las anotaciones del juego en la superficie encerada, y las devolvió desdeñoso.

—Denarios, sólo denarios; la moneda de los carreteros y carniceros—dijo con despreciativa sonrisa—. ¡Por Semele! ¡Cómo ha degenerado Roma, cuando un César pasa las noches tentando a la fortuna para ganar un miserable denario!

El descendiente de Druso se ruborizó, pero los circunstantes no le permitieron hablar, apiñándose en torno de la mesa y gritando sin cesar:

—¡Messala, Messala!

—Hombres del Tíber—prosiguió éste cogiendo los dados—, ¿quién es el más favorecido de los dioses? El romano. ¿Quién es el legislador de las naciones? El romano. ¿Quién es, por el derecho de su espada, el dueño del mundo?

La reunión, así inspirada y preparada desde el nacer a la idea de supremacía indicada por Messala, respondió a coro con exaltación:

—¡El romano, el romano!

—Sin embargo, sin embargo, alguien hay mejor que el romano.

Movió su cabeza patricia, y, después de una pausa estudiada, continuó:

—¿Habéis oído? Alguien hay mejor que el mejor romano.

—Sí; Hércules—gritó uno.

—Baco—exclamó un ebrio.

—¡Jove, Jove!—atronó la multitud.

—No—repuso Messala—. Entre los hombres.

—¡Nómbrale, nómbrale!—clamaron todos.

—Voy a hacerlo. Aquel que a la perfección de romano ha añadido la perfección oriental. El que al abrazo del conquistador que se alza en Occidente agrega el arte de gozar del dominio, arte que se halla en Oriente.

—¡Por Pólux! Ese óptimo, después de todo, es también romano—exclamó alguien. Y todos sonrieron y palmotearon, admitiendo que la ventaja estaba personificada en Messala.

—En Oriente—prosiguió el orador—no tenemos más dioses que el vino,

las mujeres y la fortuna, y la más grande de esas tres divinidades es la Fortuna; de aquí nuestro proverbio: "¿Quién se atreve a lo que yo me atrevo?" Lema digno del Senado, digno del mismo Marte, digno de quien, como yo, busca lo mejor y desafía lo peor.

Su voz, al principio declamatoria, hízose más suave, sin perder por ello el ascendiente ganado.

—En la caja de la ciudadela tengo cinco talentos; he aquí los comprobantes.

De su túnica sacó un papiro que arrojó sobre la mesa en medio de religioso silencio. Todos tenían los ojos fijos en su rostro y los oídos pendientes de sus labios.

—Esa suma os dará la medida de mi atrevimiento. ¿Quién de vosotros se atreverá a tanto? ¿Os calláis? ¿Es demasiado grande la apuesta? Retiro un talento. ¡Qué! ¿Todavía os calláis? Bueno, retiro otro talento, y quedan tres; sólo tres. ¡Sean dos!... ¡Dos!... ¡Uno solamente! Uno, por honor del río a cuyas orillas hemos nacido! ¡La Roma del Este desafía a la Roma del Oeste! El bárbaro Orontes contra el sagrado Tíber.

Movió los dados y esperó.

—¡El Orontes contra el Tíber!—repitió con su habitual énfasis despreciativo.

Ninguno se movió. Tiró el cubilete de los dados sobre la mesa y guardó su recibo.

—¡Oh, oh! ¡Por el olímpico Jove! Ahora comprendo que habéis venido a buscar fortuna en Antioquía. ¡Eh! ¡Cecilio!

—¡Aquí estoy, Messala!—contestó un hombre detrás de él—. Aquí estoy pereciéndome por hallar un dracma para pagar al andrajoso barquero del averno. Pero, ¡que Plutón me lleve!, estas gentes no son capaces de reunir un óbolo entre todos

La salida provocó una carcajada. Messala conservó su gravedad.

—Ve—dijo a Cecilio—, ve a la estancia de donde vinimos y ordena a los siervos que traigan aquí el ánfora y los cálices. Si estos compatriotas nuestros miran por su fortuna, ¡por el sirio Baco!, quiero probar si miran lo mismo por su estómago. ¡Apresúrate!

Después, volviéndose a Druso, soltó una carcajada que resonó hasta fuera del salón, y exclamó, cogiendo de nuevo los dados:

—¡Ah, amigo mío! Si no te has ofendido porque haya personificado en ti al César al hablar de tus denarios, pues ya comprenderás que lo hice para avengonzar a esos aguiluchos de nuestra vieja Roma, ven, Druso, ven, y juguemos por la suma que te plazca.

La invitación era franca, cordial, seductora. Druso cedió a ella en seguida.

—Acepto, ¡por las ninfas!, sí—dijo riendo—. Jugaré contigo, Messala, por un denario.

Un verdadero chiquillo estaba mirando atentamente desde un ángulo de la mesa. De súbito, Messala preguntóle:

—¿Quién eres?

El joven trató de esquivarse tímidamente.

—¡No, por Cástor y hasta por su hermano! ¡No te esquives! No trato de ofenderte. Necesito un secretario que tome nota de mis partidas... ¿Quieres servirme?

El muchacho, con un apresuramiento que demostraba su afecto, aproximóse a Messala. Este agitó los dados.

—¡Espera, Messala, espera! Ignoro si trae desgracia suspender con una pregunta la jugada; pero una me ocurre, y la haría aunque me azotase con su cíngulo la bella diosa.

—No hagas caso, Druso mío; cuando Venus se desciñe el cíngulo es Venus amorosa. Haz tu pregunta. Echaré los dados, suceda lo que quiera. Así.

Hizo la jugada, tapó los dados para que no se vieran, y esperó.

—¿Has visto alguna vez a un tal Quinto Arrio?—preguntó Druso.

—¿El duunviro?

—No; su hijo.

—No sabía que tuviese hijos.

—Bien, no importa—añadió con indiferencia Druso—. Sólo, Messala mío, que Pólux no era más parecido a Cástor que Arrio lo es a ti.

La observación, como si hubiera sido una señal, hizo que veinte voces a un tiempo la confirmaran.

—¡Cierto, cierto; los ojos, la faz, todo!—gritaron.

—¡Quitad allá!—exclamó alguien, disgustado—. Messala es romano y Arrio judío.

—Tienes razón—añadió otro—. Arrio es judío; a no ser que Momo enviase a su madre la mentidora máscara.

Prometía el hecho originar una discusión, y Messala la cortó, diciendo:

—El vino no viene, Druso mío, y la Fortuna me sonríe propicia, como ves. En cuanto a tu Arrio, aceptaré tu opinión sobre él así que me des algunos datos.

—Bien; sea judío o romano, por el gran dios Pan, sin intentar herirte en tu amor propio, ¡oh, Messala mío!, digo que este Arrio es hermoso, valiente y sagaz. El emperador ofrecióle su favor y patronaje y lo rehusó. Rodéale cierto ambiente misterioso y parece que se considera superior a los demás. En las palestras no tenía rival; luchaba con los gigantes del Rhin y con los toros sármatas como jugando. El duunviro dejóle inmensa fortuna. Su pasión son las armas, y sólo piensa en la guerra. Es, como nosotros, agregado mili-

tar de Majencio, y debimos venir juntos; pero se nos hizo humo en Rávena. Llegó esta mañana, y en vez de venir aquí o dirigirse a la ciudadela ha dejado su equipaje en el jan, y de nuevo lo hemos perdido de vista. No sabemos dónde esté.

Messala, que había escuchado al principio con cortés indiferencia, fué interesándose poco a poco, y al fin separó su mano de los dados y dió un castañetazo, según la usanza romana, para llamar a alguien.

—¡Cayo, Cayo!—exclamó—. ¿Me oyes? ¿Estás ahí?

—¿Eso preguntas al hombre que te consagra todo el día?

—¡Por los lunares de Baco! ¿Te acuerdas del que hoy te derribó del carruaje?

—¿No he de acordarme, cuando la espalda dolorida se encarga de refrescarme la memoria?

—Entonces, da gracias a los hados. He hallado a tu enemigo. Escucha.

Y Messala volvióse de nuevo hacia Druso.

—Dame más pormenores, ¡por Pólux!; dame más pormenores de ese que es a la vez judío y romano. ¡Combinación, por Febo, que haría amable a un centauro!... ¿Cómo viste, Druso mío?

—A la judía.

—¿Oyes, Cayo? Es hombre joven: uno. Tiene aspecto romano: dos. Prefiere vestir a la hebrea: tres. Adquirió fama y gloria en la palestra deteniendo caballos y luchando con toros: cuatro. Ahora, Druso, amigo mío, ilústrame algo más. Sin duda este Arrio conoce varias lenguas; de otro modo no podría parecer hoy judío y mañana romano. ¿Conoce bien la hermosa lengua de Atenas?

—Habla el griego con tal pureza, Messala, que podría concurrir a los certámenes helénicos.

—¿Has oído, Cayo?—dijo Messala—. El amigo habla el griego como Aristófanes, lo que, si no olvidé la cuenta, hace *cinco*. ¿Qué dices tú?

—Que lo has hallado, Messala mío—repuso Cayo—, o yo no soy yo mismo.

—Dispénsame, Druso, y dispensadme todos por hablar en enigmas—dijo Messala con seductora familiaridad—. Por todos los respetables dioses, he de abusar aun más de tu cortesía, amigo mío.

Cubrió de nuevo con la mano la jugada, y..

—Mira—exclamó sonriendo—cómo oculto los secretos de la Pitia. Has dicho, me parece, que hay un misterio que se relaciona con el hijo de Arrio. ¿Cuál es?

—Nada, Messala, nada—contestó Druso—. Historias de niños. Cuando Arrio, el padre, fué a combatir a los piratas, no se le conocia esposa ni hijos. Volvió con un adolescente, el de quien estamos hablando, y al día siguiente lo adoptó legalmente.

—¡Ah! ¿Lo adoptó?—interrogó maquinalmente Messala—. Por los dioses, Druso, me has hecho interesarme en tu relato. ¿Dónde halló el duunviro al adolescente? ¿Quién era?

—¿Quién podría contestar mejor, ¡oh, Messala!, que el propio hijo de Arrio? ¡Por Pólux! En el combate, el duunviro—entonces sólo era tribuno—perdió su galera. Un bajel que volvía hallóle con otra persona, los dos únicos supervivientes, y ambos en la misma tabla naufragados. Y ahora repetiré el cuento infantil a que me referí, cuento que nunca fué desmentido. Dicen que el compañero del duunviro era judío.

—¿Judío?—dijo sorprendido Messala.

—Judío y... esclavo.

Cuando los dos fueron transportados a cubierta, el duunviro iba vestido de tribuno y el otro con la veste del remero.

Messala se levantó de la mesa en que estaba casi echado.

—¡Un gal...!

No concluyó la degradante palabra y miró azorado a sus amigos, como si despertase de un sueño. Justamente entraban entonces los siervos que traían de beber, y la entrada produjo un murmullo de entusiasmo. Messala se repuso.

—Hombres del Tíber—dijo—, esperemos a nuestro jefe festejando a Baco. ¿A quién nombráis presidente?

Druso levantóse.

—¿Quién podría serlo mejor que el que nos da la fiesta? Contestad, romanos.

Un grito unánime acogió tales palabras.

Messala desciñóse la guirnalda de la cabeza y la entregó a Druso, quien, encaramándose en la mesa, y entre la general aclamación, volvió a ceñírsela, proclamándose así presidente del festejo.

—En la estancia—dijo—donde esta noche hemos celebrado el banquete, han quedado algunos amigos. Para que nuestra fiesta se celebre según la sagrada costumbre, traedme el más ebrio de todos.

Un clamor le repuso:

—¡Hele aquí, hele aquí!

Y del suelo, donde yacía, alzaron un joven, poniéndolo encima de la mesa. Era de tan afeminada belleza, que hubiera podido pasar por el propio dios de los borrachos; solamente que no llevaba corona ni tirso.

—¡Sentadlo en la mesa!—dijo el presidente.

Pero estaba tan ebrio que no podía sostenerse.

—Ayúdale, Druso, si quieres que la linda Niobe te ayude.

Druso tomó al borracho entre sus brazos.

Entonces Messala, en medio del más riguroso silencio, habló así a aquel cedro:

—¡Oh, Baco, el más grande de los dioses! Sénos propicio esta noche. Por mí y por mis camaradas te ofrezco esta guirnalda—y se la quitó reverente de la cabeza—, te ofrezco esta corona, digo, que depositaré mañana en tu altar del bosque de Dafne.

Se inclinó, volvió a ceñirse la guirnalda, y después, descubriendo su jugada de dados, exclamó:

—Mira, Druso. ¡Por el asno de Sileno que el denario es mío!

Hubo un aplauso para el jugador, que hizo retemblar la bóveda y los atlantes que la sostenían, y principió la orgía.

## CAPÍTULO XIII

### UN AURIGA PARA LOS CABALLOS DE ILDERIM

El jeque Ilderim era hombre demasiado importante para viajar con mezquino séquito. Estaba reputado entre los de su tribu como el príncipe y patriarca más grande e ilustre de cuantos moran en el desierto oriental de Siria, y entre las gentes de ciudades como el más opulento, sin exceptuar a los mismos reyes de todo el Este. Así, pues, siendo tan rico en dinero como en tierras, en esclavos, en camellos, en caballos, en ganados de toda especie, manifestábalo satisfecho, obsequiando con magnificencia y esplendidez a los extranjeros que se le dirigían, lo que le proporcionaba satisfacción y halagaba su vanidad. En el huerto de las Palmas tenía establecido su respetable aduar, que es como decir que había instalado allí sus tiendas. Una para él, otra para los huéspedes, otra para su favorita y las demás mujeres que llevaba consigo, y seis u ocho más para algunos miembros principales de su tribu, diestros en el manejo de la lanza y del arco, y sus siervos.

A buen seguro que su propiedad no corría peligro en el huerto de las Palmas; sin embargo, como sus costumbres de beduíno así se lo exigían, llevaba a todas partes su aduar, no menor que la población de muchas ciudades, y como no era prudente prescindir de todo cuidado, en el centro del aduar era donde se colocaban las barracas de los ganados, camellos, caballos, cabras y ovejas, al abrigo de un golpe de mano de leones, panteras o ladrones.

Para hacerle completa justicia, diremos que Ilderim guardaba bien las costumbres de su raza; no humillaba a nadie, ni a los más miserables, y su vida

en el huerto de las Palmas, continuación de su vida en el desierto, era la reproducción del molde de los antiguos patriarcas: hacía la genuina vida pastoral del primitivo pueblo de Israel.

Al llegar una mañana con su comitiva al huerto, dijo desmontando y clavando su pica en la tierra:

—Aquí; planta aquí mi tienda. La puerta al mediodía, ante el lago; así, y estas hijas del desierto a Occidente.

Las hijas del desierto eran tres enormes palmeras, cuyo tronco acarició el jeque como si fueran lomos de caballos o mejillas del hijo de su amor.

¿Quién sino un jeque puede decir a la caravana: "¡Alto! Aquí se plantarán las tiendas"? Donde clavó su pica púsose el primer mástil, y luego otros ocho más, formando tres líneas de pilares. Luego, obedeciendo su llamada, llegaron las mujeres y los niños y descargaron la lona de los camellos. ¿Quién podía hacerlo sino las mujeres? ¿No fueron las que esquilaron las cabras grises de sus rebaños y tejieron las telas, que de cerca conservaban ese color o de lejos parecían negras? Con risas y gritos de alegría fué armada la tienda principal, y cuando, finalmente, las paredes de mimbres, cubiertas de tela roja, fueron colocadas, último trabajo arquitectónico de las construcciones en el desierto, con qué ansiedad esperaron todos el juicio del grande hombre, quien entró en la vivienda, la examinó, estudió su orientación con el lago, las palmeras y la dirección del sol, frotándose las manos exclamó cordialmente:

—Muy bien; terminar el aduar, y esta noche el aguardiente de caña, la miel y la carne de cabrito alegrarán nuestras mesas. Dios sea con vosotros, hijos míos. Id.

Unos pocos esclavos se quedaron para completar el arreglo interior de la tienda del jeque. De los mástiles del centro suspendieron una cortina, dividiéndola en dos departamentos: el uno consagrado para Ilderim solo; el otro destinado a los caballos favoritos, sus joyas salomónicas, que él mismo hizo entrar conduciéndolos por las crines, y besándolos y acariciándolos dejóles sueltos.

En torno del mástil central se había erigido un trofeo con las jabalinas, espadas, arcos, flechas y alabardas del jeque, figurando también el escudo y la cimitarra, cuya hoja no resplandecía menos que la empuñadura, cuajada de piedras preciosas. Cuando estuvieron dentro de la tienda los arneses de los caballos y los vestidos del jeque, éste se declaró satisfecho y despidió a sus siervos.

Entonces entraron las mujeres, dispusiéronle el diván, tan indispensable a su dignidad de jeque como la barba blanca que le cubría el pecho, semejante a la de Aaron; colocaron las ricas alfombras hasta la puerta, llenaron de agua las garrafas, pusieron al alcance de su mano las ánforas con el aguardiente de caña, y esperaron a que el señor dijese si estaba satisfecho.

Así fué levantada la tienda del jeque Ilderim, a cuya puerta se hallaba Ben-Hur.

Varios siervos esperaban las órdenes de su amo. Uno de ellos le quitó las sandalias, otro limpió el polvo de sus vestidos, y el israelita entró.

—Bien venido seas; entra en el nombre de Dios; entra y descansa—dijo el jeque en el dialecto que se habla en la plaza del mercado de Jerusalén—. Yo me sentaré aquí y tú ahí—continuó, señalando los sitios en el diván.

Una mujer ofrecióles agua y dátiles.

—Un proverbio tenemos en el desierto—dijo Ilderim acariciando su blanca barba—que dice: "Un buen apetito es promesa de larga vida."

—Según él, buen jeque—replicó Ben-Hur—, yo viviré lo menos cien años, porque tengo apetito de lobo hambriento.

—Bien; no serás echado de aquí como un lobo, sino que te ofreceremos la flor del rebaño.

Ilderim dió una palmada y apareció un siervo.

—Ve ante el extranjero, a la tienda de los huéspedes, y dile que Ilderim le desea una paz eterna como la corriente de las aguas.

El siervo se inclinó.

—Dile también que tengo aquí un amigo; si Baltasar el mago quiere compartir nuestro pan, bastará para los tres y aun sobrará para las aves del bosque.

El siervo salió.

—Ahora, reposemos.

Sentóse sobre el diván a usanza oriental, y dijo gravemente:

—Eres mi huésped, y vas a beber mi aguardiente y a probar mi sal; dispensa, pues, que te haga esta pregunta: "¿Quién eres?"

—Jeque Ilderim—repuso Ben-Hur sosteniendo tranquilo la mirada escrutadora de su interlocutor—, te ruego que no creas que trato de esquivar tu justa pregunta; pero ¿no ha habido nunca en tu vida un instante en que responder a tal pregunta hubiera sido un crimen contra ti mismo?

—Sí, ¡por el esplendor de Salomón, sí!—contestó Ilderim—. Hacerse traición a sí mismo es a veces tan criminal como vender a su tribu.

—Gracias, ¡oh, jeque! Tu respuesta me revela que querías garantizarte contra las pretensiones de un desconocido y no indagar las vicisitudes de mi pobre vida.

El jeque se inclinó, y Ben-Hur se apresuró a conquistar nuevas ventajas.

—En primer lugar—dijo Ben-Hur—, no soy romano, como lo indica mi nombre.

El jeque inclinó la barba sobre su pecho y miró al joven con ojos penetrantes.

—En segundo lugar, soy hebreo, de la tribu de Judá.

El jeque arqueó un poco las cejas.

—No es eso sólo, jeque. Soy un judío que tiene un gran agravio que vengar en Roma, comparado con el cual, el tuyo no es más que despecho infantil.

El anciano acarició su barba con nervioso apresuramiento y arqueó aún más sus cejas.

—Aún más, jeque Ilderim; te juro por la alianza que el Señor hizo con mis padres, que si tú me proporcionas la venganza que busco, el dinero y la gloria del triunfo serán para ti.

Ilderim desarqueó las cejas, levantó su cabeza; su rostro estaba radiante, y era casi posible leer en él la satisfacción que le invadía.

—¡Basta!—dijo—. Si en la raíz de tu lengua se oculta la mentira, Salomón mismo no hubiera estado a salvo de engaño contra ti. Que no eres romano, que eres hebreo y tienes una injuria que vengar de los romanos, lo creo; no insistamos más sobre este punto. Pero hay otro importante. ¿Qué experiencia tienes como auriga? ¿Y los caballos? ¿Puedes convertirlos en niños obedientes, que te conozcan, que acudan a tu voz, que vayan donde les digas, ora al galope, bien al trote, obedeciendo tu voluntad, y con una palabra comunicarles el deseo de la victoria, espolearlos para que hagan el esfuerzo supremo...? Este don, hijo mío, no es concedido a todos. ¡Ah! ¡Por el esplendor de Dios! Yo he conocido cierto rey que dominaba millones de hombres y no sabía hacerse obedecer de un caballo. Advierte que no me refiero a esos vulgares brutos nacidos para ser esclavos de esclavos, degenerados de sangre y figura, sino a caballos como los míos, los reyes de su especie, cuya sangre ya burbujeaba en los cuerpos de sus antepasados en vida del primer Faraón; de esos animales que son mis camaradas, mis amigos; que comparten mi comida y mi tienda; que se han identificado casi conmigo, añadiendo a su instinto inteligencia y a sus sentidos alma; compartiendo mi ambición, mi amor, mi odio y mi desprecio. Héroes en la guerra, en el hogar fieles como mujeres. ¡Hola!

Presentóse un siervo.

—¡Que vengan mis árabes!

El hombre levantó la cortina divisoria, exponiendo a la vista un grupo de caballos que levantaron su inteligente cabeza, pareciendo titubear, como si no creyeran que la orden había sido dada en serio.

—¡Ven'd!—les dijo—. ¿Por qué vaciláis? ¿No es vuestro cuanto yo tengo? ¡Eh! ¡Venid!

Se aproximaron lentamente.

—Hijo de Israel—continuó el jeque—, tu Moisés era un hombre poderoso; pero, ¡ja, ja, ja! Permíteme que me ría al pensar que concedió a tus padres la posesión del perezoso buey, del estúpido asno, y les prohibió la del

caballo. ¡Ja, ja, ja! ¡Considera si hubiera obrado así conociendo alguno de estos cuatro!

A estas palabras tendió su mano y acarició con orgullo y ternura infinita la inteligente cabeza del más próximo.

—¡Es un error, jeque, un error!—repuso Ben-Hur calurosamente—. Moisés era tan eminente legislador como valeroso guerrero, y amaba a todas las criaturas, sin excluir a los caballos.

Una cabeza admirablemente torneada, con ojos grandes, dulces como los del ciervo, orejas pequeñas y puntiagudas, se acercó a Ben-Hur alargando las narices y levantando el labio superior. "¿Quién eres?", parecía preguntarle el animal. El joven reconoció a uno de los cuatro que había visto en el estadio, y alargó la mano, acariciándole.

—Los calumniadores, ¡sean breves sus días!, te dirán que nuestros mejores caballos proceden de las dehesas de Persia. ¡Falso! Dios concedió al primer árabe inmensa extensión de arena, algunas montañas sin árboles, y acá y allá fuentes de agua amarga, diciéndole: "Este es tu país." Y cuando el pobre hombre se lamentó, el Señor supremo se compadeció y le habló otra vez: "Eres de los preferidos, y voy a exaltarte sobre los demás hombres." El árabe le oyó y le dió las gracias, lanzándose a buscar la bendición prometida. Anduvo, anduvo por el desierto sin encontrar nada, y por fin, en un oasis vió dos manadas: una de camellos y otra de caballos. Aceptólos con alegría y los estimó como dones del mismo Dios. Y de aquel oasis salieron todos los caballos del mundo. No dudes de mi relato. ¡Que jamás tenga virtud amuleto alguno para un árabe si no es cierta mi historia! Y voy a darte la prueba.

Dió una palmada.

—Tráeme las Memorias de la tribu—dijo al siervo.

Mientras aguardaban, el jeque jugó con los caballos, sobándolos y acariciándoles el cuello, peinándoles las crines con los dedos y rascándoles la frente. Al poco rato comparecieron seis hombres cargados con grandes cajas de cedro reforzadas con aro de hierro.

—No—dijo Ilderim—, no necesito todas; me basta con la referente a los caballos. Abrid ésta y llevaos las otras.

Abriéronla y aparecieron multitud de tablillas de marfil engarzadas con anillas de plata. Como las tablillas eran delgadas cual hostias, cada anilla tenía un centenar de ellas.

—Sé con cuánto celo y cuidado—exclamó Ilderim cogiendo algunas anillas—tus sacerdotes, hijo mío, inscribían en sus libros el nombre de cada recién nacido, con el fin de que todo hijo de Israel pueda conocer su ascendencia directa hasta los patriarcas. Mis padres, ¡sea su memoria eterna!, no

pensaron que hacían mal en aplicar el mismo procedimiento hasta a sus mudos servidores.

Ben-Hur cogió una de las anillas, y examinando las tablillas de marfil pudo ver en cada una toscos jeroglíficos árabes trazados con la punta de un hierro candente.

—¿Puedes leerlos, hijo de Israel?

—No; explícame su significado.

—Cada tablilla tiene el nombre de un caballo de pura sangre, nacido en los siglos pasados a mis padres, y además los nombres de sus progenitores. Fíjate en la edad, y cree.

Algunas tablillas estaban ya casi consumidas, y la huella de la escritura era imperceptible. Todas amarilleaban por la acción del tiempo.

—En esta caja hállase la historia documentada de la raza de estos caballos, y como éstos solicitan ahora mi atención y mis caricias, así, de siglo en siglo, sus padres han solicitado de los míos la ración de avena y ser acariciados cual niños. Creo que ahora, ¡oh, hijo de Israel!, darás crédito a mi relato. Soy el dueño del desierto, pero éstos son mis ministros. Quítamelos, y quedaré como el enfermo a quien la caravana abandona a la muerte en la soledad de las arenas. Gracias a ellos, la edad no me acobarda y conservo mi vigor juvenil. Podría contarte maravillas realizadas por sus antepasados, y he de hacerlo en mejor sazón. Por ahora baste decir que no han sido nunca vencidos, no, ¡por la espada de Salomón! Sin embargo, enganchados a un carruaje por primera vez, tengo miedo, no sé por qué, de un fracaso. Si hallaran un buen conductor, sería otra cosa. Si tú eres ese hombre, hijo de Israel, te juro que el día que vuelvas triunfante será el más feliz de mi vida. Ahora, habla.

—En este momento comprendo, ¡oh, jeque!, por qué el árabe ama a sus caballos como a sus hijos, y por qué los caballos árabes son los primeros del mundo. Pero quisiera que no juzgaras de mí por las palabras, pues, como no ignoras, las promesas del hombre suelen faltar. Déjame que me ensaye en una llanura próxima, y podrás juzgar por mis hechos mañana.

El rostro de Ilderim irradió de nuevo y quiso hablar

—Un momento, buen jeque, un momento—continuó Ben-Hur—. Déjame hablar más. De los romanos aprendí muchas cosas, pensando apenas en que ellas pudieran servirme contra ellos en una ocasión como ésta. Te diré, pues, que esos, tus hijos del desierto, aunque tengan todos la velocidad del águila y la resistencia del león, fracasarán si no se les adiestra a correr juntos. Porque considera, jeque, que uno de los cuatro ha de ser más pesado y otro más ligero; y mientras éste determina la velocidad de la carrera, el más rápido la enterpoce sin querer. Así ha sucedido hoy en el estadio: el auriga no supo hacerlos correr en armonía. Mi ensayo puede no tener mejor resultado, y tú

podrás verlo. Pero si logro que los cuatro corran como un solo caballo, dóciles a mi voluntad, tú ganarás los sextercios y la corona y yo consumaré mi venganza. ¿Qué me dices?

Ilderim escuchaba, acariciándose la barba.

—Digo—repuso sonriendo—que tengo confianza en ti, hijo de Israel. Nosotros decimos en el desierto: "Si sazonas la comida con palabras, te prometo un océano de manteca." Tendrás mañana los caballos.

En ese instante se oyeron pasos en la parte exterior de la tienda.

—Aquí está la cena. Y he aquí también a mi amigo Baltasar, a quien vas a conocer. Cuenta una historia que un israelita no se cansa nunca de escuchar.

Y añadió, dirigiéndose al siervo:

—Llevaos las Memorias de esa caja, y volved mis joyas a su departamento.

Y se hizo según órdenes.

## CAPITULO XIV

### EL ADUAR EN EL HUERTO DE LAS PALMAS

Si el lector recuerda la comida de los tres Magos en el desierto, cuando los conocimos, no necesita explicaciones sobre la cena que se prepara en la tienda de Ilderim. La diferencia sólo consistía en haber más manjares y mejor servicio.

Tres tapetes fueron extendidos sobre la alfombra, cerca del diván, y entre ellos colocóse un escabel de un pie de alto, a guisa de mesa, y cubierto con un paño. En un rincón colocóse un horno portátil al cuidado de una esclava, que proveía de tortas calientes, las cuales hacían las veces de pan, á los comensales.

Mientras se efectuaban los preparativos, Baltasar fué conducido al diván, donde Ilderim y Ben-Hur lo recibieron de pie. Un amplio manto cubría su persona; sus pasos eran cortos y sus movimientos lentos y pesados. Era conducido del brazo de un siervo, y se apoyaba en un bastón.

—Paz a ti, amigo mío—dijo Ilderim—; paz y bienvenida.

El egipcio irguió la cabeza y contestó:

—Y a ti, buen jeque, a ti y a los tuyos la paz y la bendición del Dios único: el Dios de la Verdad y de la Vida.

Las maneras eran gentiles y cariñosas, causando en Ben-Hur un sentimiento de simpatía y de atracción. Aunque el saludo y la bendición habia sido en parte dirigida a él, mientras hablaba el anciano mirábale con ojos penetrantes, rasgados, que despertaban en el pecho del joven emoción nueva y misteriosa, y que parecía saludarle sin palabras. Judá contemplaba a hurtadillas aquel semblante pálido e impasible, en el cual siempre irradiaba la placidez, la bondad y la confianza de un niño.

—Este joven, Baltasar, es el huésped que te anuncié.

El egipcio miró de nuevo al joven, y expresión de duda y de sorpresa reflejóse en sus ojos.

—Le he prometido—prosiguió el jeque—que probará mañana mis caballos, y si el ensayo es satisfactorio, los guiará en las carreras próximas.

Baltasar continuaba mirándole.

—Viene perfectamente recomendado—añadió Ilderim, a quien preocupaba el insistente examen del egipcio—. Es hijo de Arrio, que era un noble romano, marino, aunque...

El jeque titubeó, y luego dijo sonriendo:

—Aunque se declara israelita, de la tribu de Judá, y creo que sea cierto.

Baltasar no pudo resistir más, y exclamó:

—Hoy, ¡oh, el más generoso de los jeques!, mi vida estuvo en peligro, y hubiera terminado si un joven parecido a éste, a no ser que sea él mismo, no hubiera corrido a salvarla valerosamente cuando todos huían.

Luego, dirigiéndose directamente a Ben-Hur preguntóle:

—¿Eres tú mi salvador?

—Yo no puedo afirmarlo en esos términos—repuso Ben-Hur con modestia—. Soy el que detuvo los caballos del insolente romano cuando se precipitaban sobre tu camello al lado de la fuente Castalia. Tu hija me donó un cáliz.

De entre los pliegues de su túnica sacó la copa y la entregó a Baltasar.

El rostro del egipcio irradió de gozo.

—El Señor te envió hoy a mí en la fuente—dijo con voz trémula, extendiendo su mano hacia Judá—, y El te envía a mí ahora. Le doy gracias, y dáselas tú también, porque el favor que me has hecho me permitirá ofrecerte una gran recompensa; el cáliz es tuyo; consérvalo.

Ben-Hur volvió a guardarlo, y Baltasar, viendo la curiosidad pintada en el rostro de Ilderim, refirió la escena de la fuente.

—¡Cómo!—dijo el jeque a Ben-Hur—. No me has dicho nada de eso, cuando era la mejor recomendación que podías haberme traído. ¿No soy árabe y jeque de mi tribu, de diez, de mil? ¿Y no es mi huésped Baltasar? Y todo el bien o el mal que se le haga, ¿no es bien o mal que a mí se me hace? ¿Quién debe darte, y quién te dará la recompensa sino yo?

La voz, al final del parlamento, resultaba áspera por efecto de la emoción.

—Buen jeque, dispénsame, te lo ruego. No he venido por recompensa grande o pequeña, y lo que he hecho por este excelente hombre lo hubiera hecho igualmente por el último de tus siervos.

—Pero es que este anciano no es mi siervo, sino mi amigo, mi huésped. Considera esto, y apreciarás el valor de la fortuna.

Luego, dirigiéndose a Baltasar, exclamó:

—¡Por el esplendor de Dios! Te lo repito, Baltasar: no es romano.

Dicho esto, se volvió para dar algunas órdenes a los siervos, que estaban terminando los preparativos de la cena.

El lector que recuerde la historia de Baltasar contada por él mismo en la reunión de los tres Magos, en el desierto, comprenderá el efecto que le produjo el desinterés de Ben-Hur. En su amor a los hombres no puso nunca distinciones, como se recordará, creyendo que la redención que le había sido concedida por vía de recompensa, y que estaba aguardando, era universal. Por eso las palabras nobles y desinteresadas de Ben-Hur sonáronle como un eco de su propio pensamiento. Se acercó, pues, a Judá, y le habló con voz pura como la de un niño:

—¿Cómo dijo el jeque que debo llamarte? Creo que era un nombre romano.

—Arrio, hijo de Arrio.

—Sin embargo, ¿no eres romano?

—Todos mis parientes fueron judíos.

—¿Fueron, dijiste? ¿No viven?

La pregunta era tan directa como sencilla. Ilderim salvó a Ben-Hur del apuro de contestarla.

—¡Venid!—les dijo—. Ya está la comida.

El joven ofreció su brazo a Baltasar para conducirlo a su asiento. Sentáronse a estilo oriental. Los siervos presentáronles los lavamanos; el jeque hizo una señal; los esclavos desaparecieron, y la voz de Baltasar se alzó trémula y solemne, diciendo:

—¡Oh, Padre de todo, Señor Dios nuestro! Tuyo es cuanto existe; dígnate recibir nuestro agradecimiento y bendícenos para que continuemos haciendo tu divina voluntad.

Esta oración fué la que el anciano había dirigido a Dios simultáneamente con Gaspar, el griego, y Melchor, el indio en sus distintos idiomas, haciendo patente el milagro de la divina presencia en la comida que años antes tuvieron los Magos en el desierto.

La cena estaba compuesta de los más exquisitos manjares del Oriente: tortas calientes, legumbres de los huertos, leche de cabra, miel, carne asada y manteca; todo comido o bebido sin los modernos accesorios de cuchillos,

tenedores, cucharas ni platos. Apenas hablaron palabra durante la comida, porque los tres estaban hambrientos. Pero cuando se hubieron lavado de nuevo las manos y empezó la segunda parte, el segundo servicio, que decían los romanos, ya más satisfecho el apetito, dispusiéronse a conversar.

En tal reunión, un árabe, un judío y un egipcio, creyentes los tres de un Dios único, no podía haber más que un tema, y de ellos, ¿quién era el más indicado para llevar la palabra sino aquel a quien el Señor se había revelado, que había visto su estrella, había oído su voz y había sido guiado desde tan lejos por su espíritu? ¿Y de qué había de hablar sino del acontecimiento magno del cual había sido llamado a dar testimonio?

## CAPITULO XV

### BALTASAR EMOCIONA A BEN-HUR

La sombra proyectada por las montañas, cuyas cimas, a la puesta del sol, tomaban suave color violado como línea divisoria entre el cielo y la somnolienta tierra, entre el día y la noche, que llegaba prematura y rápidamente, se cernía sobre el huerto de las Palmas. Para disipar su obscuridad en la tienda, los siervos llevaron cuatro candelabros, que colocaron en los extremos de una mesa. Cada uno tenía cuatro brazos, y de cada brazo pendía una lamparilla de plata y un tazón para abastecerla de aceite de oliva. A esa luz intensa y hasta brillante, los tres hombres prosiguieron su conversación en sirio, idioma familiar a todas las gentes de esta parte del mundo.

El egipcio contaba la historia del encuentro de los tres en el desierto, y convino con el jeque en que fué en diciembre, veintisiete años antes, cuando él y sus dos amigos, huyendo de Herodes, le pidieron hospitalidad. La narración era escuchada con intenso interés hasta por los siervos, que al ir y venir abrían los oídos para enterarse de los pormenores que podían. Ben-Hur la cogió como correspondía a un hombre que oye revelación tan importante para toda la Humanidad, y sobre todo para el pueblo de Israel. En su mente, como veremos pronto, estaba formándose una idea que debía cambiar el curso de su vida, si no absorberla en absoluto.

Conforme avanzaba el relato, la impresión causada por Baltasar al joven judío hacíase mayor, y al final no dudaba en lo más mínimo de su verdad y aguardaba una explicación que él hubiera pedido de buen grado inmediatamente y que no podía ser muy larga. Nuestra historia principia en la misma

fecha en que el Hijo de María iba a nacer en Belén de Judea, y que fué poco después adorado por Baltasar mismo en el regazo de su madre. Desde el principio hasta el fin, pues, el misterioso Infante será objeto de nuestra constante referencia, ya que podemos decir de él que era *un hombre sin el cual no podía existir el mundo.* Esta declaración, dictada por la fe, es innegable. En efecto; antes de Jesucristo había habido hombres necesarios, indispensables, pero no para todo el mundo ni en todo tiempo, sino para un pueblo y en un momento dado de su historia. Así que no puede dudarse de que este acontecimiento, único, divino, era indispensable para la Humanidad.

No era la historia nueva para el jeque Ilderim. La había oído de boca de los tres Magos con todos sus pormenores, y hasta había tomado parte en ella librando a los fugitivos de la cólera del primer Herodes, que era peligrosa. Pero en la mente del árabe aquellos hechos no tenían la importancia que les concederá el hebreo, familiarizado desde la infancia con la idea de la llegada del Mesías, esperanza, temor y gloria a la vez del pueblo elegido. Los profetas la habían anunciado, y era tema de interminables disquisiones entre los doctores de la ley. En las escuelas, en las sinagogas, en el templo, los días de ayuno y los de fiesta, en público y en privado, los rabinos lo predicaban; de manera que todos los hijos de Abraham, cualquiera que fuera su condición, esperaban al Mesías, regulaban y amoldaban su vida severamente con arreglo a ese acontecimiento.

Sin duda discutíase mucho, entre los mismos judíos, alrededor del Mesías; pero las disputas todas convergían a un punto: la fecha de su venida.

No obstante, el pueblo elegido estaba unánimemente convencido de que debía ser, cuando llegara, el *Rey de los judíos,* su monarca real, político: su César. Guiados por él habían de conquistar por las armas toda la tierra, y, en nombre de Dios y en provecho de Israel, dominarla por siempre jamás. En esta creencia, los fariseos y separatistas (y éste era un término más bien de partido político) discutían en los pórticos y ante los altares del templo, y construían un castillllo de naipes más colosal que el soñado por Macedonio. Las fantasías de aquéllos sólo se limitaban a la tierra; las de los fariseos llegaban hasta el cielo mismo; es decir, que en la desenfrenada fantasía de aquellos egoístas impíos, Dios Omnipotente no era otra cosa que el instrumento de su desquite para reducir a todos los pueblos a la eterna servidumbre del hebreo.

Volviendo a Ben-Hur, hay que advertir que dos circunstancias de su vida habíanle tenido alejado de la influencia de la doctrina sustentada por sus compatriotas separatistas.

En primer lugar, su padre pertenecía al partido de los saduceos, que puede considerarse como el partido liberal o demócrata de su tiempo. Respetaban los libros de Moisés y eran rigurosos observadores de la ley; pero despreci-

ban las adiciones y comentarios de los rabinos, y su religión era más bien una doctrina filosófica que una fe, que un credo. No rehuían los placeres de la vida; admiraban los métodos y producciones artísticas de cualquier raza, aun de los gentiles, y eran en política los más encarnizados adversarios de los separatistas. Naturalmente, el hijo había heredado mucha parte de las opiniones de su padre, y a la sazón estaba en camino de adquirir las restantes.

La influencia de los cinco años pasados en Roma habían dejado profunda huella en su espíritu, y esto y la desgracia que motivó su ausencia de Jerusalén era la segunda circunstancia a que nos hemos referido. Roma estaba entonces en la cúspide de la gloria, ya que no del poderío, y era el centro político y comercial del mundo. Alrededor de la áurea columna, frente al foro, afluía la corriente de la actividad humana. Los refinamientos sociales, las obras de ingenio y la gloria militar no le habían impresionado, por poder, como hijo de Arrio, pasar día a día, en un largo período, desde su palacio de Miseno al del César, entre la muchedumbre de príncipes, embajadores, rehenes, delegados, duunviros y clientes de todas las naciones tributarias, que mendigaban una sonrisa o una palabra de un hombre. Había visto en Jerusalén, por la Pascua, asambleas no menos numerosas. Sin embargo, cuando se sentaba en el circo Máximo como uno de los trescientos cincuenta mil espectadores, no podía menos de ocurrírsele el pensamiento de que en la gran familia humana existían ramas no menos dignas que el pueblo de Israel, por sus padecimientos, de la piedad divina.

Pero este pensamiento no le preocupó ciertamente mucho, considerando quizás que la miseria de las masas, su abyección, no tenían nada que ver con la religión: provenía de falta de dioses. En los encinares de la Bretaña habitaban los druidas; Odin y Freya mantenían sus adoradores en las Galias, en Germania y entre los hiperbóreos; Egipto era feliz con sus cocodrilos; los persas adoraban aún a Ormuz y Arimán, concediéndoles iguales honores; la esperanza de nirvana hacía andar todavía al indio por el árido camino de Brahma, y la inteligencia griega descansaba de sus controversias filosóficas para cantar a los dioses y héroes homéricos, mientras en Roma nada había tan común y de escaso valor como los dioses. Los amos del mundo, por ser amos, rendían culto indiferentemente ante cualquier altar, complaciéndose en el *pandemonium* que habían formado. No satisfechos, si es que lo habían estado alguna vez, del número de sus dioses, después de haberse apoderado de todas las divinidades de la tierra, procedían a deificar a sus Césares, erigiéndoles altares votivos. No; la infelicidad humana no provenía de la religión, sino del desgobierno, la usurpación y la tiranía. El averno en el que habían caído los hombres, y del que oraban para salir, era terrible, pero esencialmente político. Las súplicas iguales de todas partes, lo mismo las de Ale-

jandría que las de Atenas, las de Jerusalén que las de Londinium, eran de un rey conquistador, no de un dios adorable.

Estudiando aquella época después de dos mil años, podemos ver y afirmar que, en el terreno religioso únicamente, si alguno de tantos dioses pudiera evidenciar por sí mismo que era el verdadero Dios, podría haber disipado un poco la confusión universal; porque los hombres de entonces, aun los pensadores y filósofos, sólo veían su salvación y rescate en la ruina, en la destrucción de Roma. Con esto creían ya todo resuelto, y de ahí las oraciones, las conjuraciones, las revueltas, los sacrificios, los crímenes, las lágrimas y la sangre vertidas tan inútilmente.

Ben-Hur estaba de acuerdo con la opinión dominante entre sus contemporáneos. Su residencia de cinco años en la capital del orbe le había permitido estudiar de cerca las miserias de los subyugados, y persuadido de que los males que afligían al mundo eran de índole política y sólo se remediarían por la espada; y estaba adiestrándose para poder contribuir a aplicar en su día el heroico remedio. En las palestras había aprendido el uso de las armas; pero la guerra no se reducía sólo al manejo de ellas, y quiso adiestrarse en los campamentos militares. El buen capitán es un guerrero armado con un ejército.

Esta concepción del cargo de jefe hízole comprender que sólo podía estudiarse en el campo de batalla la carrera; y tal designio tenía la ventaja de extenderse hasta a sus personales proyectos de venganza, que mejor podrían realizarse en la guerra que en la paz.

Los sentimientos que le agitaban al escuchar el relato de Baltasar pueden ahora ser fácilmente comprendidos.

La narración tocaba dos de los puntos más sensibles de Ben-Hur. Su corazón palpitó violentamente al pensar que aquel Infante, tan milagrosamente encontrado, fuese el Mesías. Maravillóse mucho de que Israel se quedase tan tranquilo ante tal revelación que él mismo no había conocido hasta entonces y ocurriéronsele las preguntas a que hemos aludido al principio del capítulo, preguntas en que se concentraba en aquel instante todo lo que ansiaba averiguar.

¿Dónde estaba el Niño?

¿Cuál era su misión?

Pidiéndole disculpa por las interrupciones, dirigióselas a Baltasar, quien no estaba en condiciones de responder a ciencia cierta.

## CAPÍTULO XVI

### LO QUE CREÍA BALTASAR

Si pudiera decírtelo!— repuso Baltasar con su habilidad, sencillez y fervor—. ¡Oh, si supiese dónde está! ¡Qué pronto acudiría a él, sin que me detuviesen mares ni montañas!

—¿Has intentado hallarle?—interrogó Ben-Hur.

Una leve sonrisa arqueó los labios del anciano.

—Mi primer propósito, después de haber dejado la hospitalidad del desierto—y dirigió una mirada de gratitud a Ilderim—, fué averiguar qué había sido del Niño. Pero sólo había pasado un año; Herodes vivía, y no me atreví a volver a Judea. En Egipto, a mi vuelta, hubo unos pocos que se regocijaban conmigo de que el Redentor hubiera nacido: unos pocos que no se cansaban de escuchar mi relato. Algunos de ellos fueron por mí en busca del Niño, primero a Belén, y hallaron el jan y la gruta; pero el guardia (el que estaba allí la noche en que apareció la estrella) había desaparecido. El rey lo había llamado y no se le volvió a ver más.

—¡Pero hallarían seguramente pruebas!—interrumpió Ben-Hur con vehemencia.

—Sí; pruebas escritas con sangre. Un pueblo desolado; madres que lloraban sus pequeñuelos. No sé si sabéis que cuando Herodes supo nuestra fuga, ordenó la matanza de todos los niños de Belén que se hallaban en la lactancia. Ni uno escapó. La fe de mis mensajeros se afirmó; pero regresaron diciéndome que el Niño había hido asesinado con los demás inocentes.

—¡Muerto!—clamó Ben-Hur estupefacto—. ¿Muerto has dicho?

—No, hijo mío; no dije eso; sino que mis enviados me lo dijeron así. No creí tal noticia entonces, y no la creo ahora.

—¡Ya! Has tenido noticias especiales.

—¡No, no!—dijo Baltasar bajando la vista—. El espíritu no tenía más misión que guiarnos hasta el Niño. Cuando salimos de la gruta, después de haber adorado al recién nacido y de ofrecerle nuestros presentes, lo primero que hicimos fué buscar la estrella; pero había desaparecido. La última inspiración del Dios único, la última que recuerdo, fué la que nos hizo dirigirnos a solicitar la protección de Ilderim.

—Sí—dijo el jeque mesándose nerviosamente la barba—. Me dijisteis que os enviaba a mí un espíritu; lo recuerdo.

—No he tenido noticias especiales—continuó Baltasar, observando el desaliento de Ben-Hur—, pero he reflexionado mucho, hijo mío, durante muchos años, e inspirado por la fe, os aseguro que el Niño existe. Esta creencia es tan viva en mí como la que tenía cuando la voz del espíritu me llamó a la orilla del lago, ordenándome que diera testimonio de su nacimiento. Si me escucháis os diré en qué me fundo para asegurar la existencia del Niño.

Ambos miráronle asintiendo, y tanto Ilderim como Ben-Hur concentraron toda su atención en lo que iba a decir Baltasar para no perder una palabra. Los siervos, vivamente interesados, se acercaron inconscientemente al diván para escuchar mejor. En la tienda y sus alrededores reinaba el más solemne silencio.

—Los tres creemos en Dios.

Baltasar inclinó la cabeza al pronunciar el nombre del Creador.

Y Él es la Verdad—prosiguió—. Es el Verbo. Los montes podrán reducirse a polvo; los mares podrán secarse por los vientos del Sur, pero su palabra será siempre como fué desde el principio, porque es la Verdad.

Dijo esto con voz y tono de una solemnidad inexpresable.

—La voz, que era Él, me dijo estando yo a orillas del lago: "Bendito seas, oh, hijo de Mizraim. La redención está próxima. Con otros dos, llegados de los confines de la tierra, verás al Salvador." Lo ví. ¡Bendito sea su santo nombre! Pero la redención, que era la segunda parte de la promesa, no ha llegado aún. ¿Comprendes ahora? Si el Niño hubiese muerto no habría agente de redención, y el Verbo sería nada, y Dios... no, no me atrevo a decirlo.

Levantó las manos como horrorizado, y siguió:

—La redención es el fin para que nació el infante, y mientras la promesa no se cumpla, ni la misma muerte puede separarle de su camino hasta el cumplimiento de su misión. Ved aquí el fundamento de mi fe, y prestadme todavía un poco de atención.

El buen hombre hizo una pausa.

—¿No quieres vino? Mira, lo tienes al alcance de tu mano—dijo Ilderim respetuosamente.

Baltasar bebió, pareciendo reanimarse, y continuó:

—Vi que el Salvador era nacido de mujer, como nosotros en naturaleza, sujeto a todos nuestros ordinarios achaques, y aun a la muerte. Dejadme proseguir. Considerad su misión y decidme si no requiere, para cumplirla, un hombre: un hombre sabio, discreto, fuerte; un hombre en plena virilidad, no un niño. Para llegar a serlo, pues, tenía que crecer al igual que nosotros hemos crecido. Considerad ahora los peligros a que se hallaba expuesta su vida en ese lapso de tiempo, ese gran lapso entre la niñez y la virilidad. Los poderes existentes eran sus enemigos; Herodes era su ene-

migo; ¿cómo no lo hubiera sido también Roma? En cuanto a Israel, el no ser aceptado por ese pueblo era un motivo para ausentarse de allí. Comprended, pues, que el mejor medio de cuidar de su vida durante el período de su desarrollo era desaparecer, perderse en la obscuridad. Por esto me he dicho a mí mismo, y os lo repito, que no ha cambiado nada a no ser por la inquietud de mi amor. Digo que el Niño no murió, sino que ha desaparecido, y su misión está por realizarse, y por tanto vendrá a cumplirla. Tales son las razones que tengo para creer en su existencia. ¿No son poderosas?

Los pequeños ojos de Ilderim resplandecieron reflejando la satisfacción inmensa del jeque, y Ben-Hur, recobrando su abatimiento, exclamó cordialmente:

—A lo menos, yo no seré quien las combata. Pero prosigue, te lo ruego.

—¿No te parece suficiente lo dicho, hijo mío? Bueno; pues viendo que tales razones—prosiguió Baltasar con tono tranquilo—eras lógicas, y considerando que la voluntad de Dios era que el Niño no fuese hallado, me armé de paciencia y resolví aguardar.

Se arrasaron sus ojos, en los que resplandecía la verdad.

—Y aguardo, aguardo confiado. Vive, vive, guardando bien su magno secreto. ¿Qué importa que no pueda ir a Él o que ignore la colina o el valle en que mora? Vive, vive acaso como el fruto que espera su madurez; quizá como el fruto que sólo espera la recolección; pero vive. Eso es lo esencial; vive, porque existe una promesa y una razón de Dios para que viva. Por eso sé que vive.

Ben-Hur se estremeció. El resto de sus dudas se había desvanecido.

—¿Dónde piensas que está?—preguntó en voz baja y titubeando, como quien teme romper un religioso silencio.

Baltasar lo miró bondadosamente, y replicó como quien no ha salido del todo de su abstracción.

—Pocas semanas hace, en mi casa, tan cerca del Nilo que los pasajeros en botes la ven reflejada en las aguas al mismo tiempo que sus figuras propias, estaba yo reflexionando y me decía: Un hombre de treinta años habría ya arrojado al campo su semilla de vida y la hubiera labrado, pues el tiempo de la cosecha es asaz breve. El niño tiene ahora veintisiete; el tiempo del laboreo se acerca, pues. Entonces me pregunté a mí mismo lo que tú acabas de preguntarme, hijo mío, y decidí venirme aquí como posición excelente para acudir adonde aparezca. Porque ¿dónde aparecer sino en Judea, en la tierra de tus padres, ni en qué ciudad sino en Jerusalén? ¿Quiénes han de ser los primeros en recibir las bendiciones que aporta sino los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, los hijos predilectos del amor del Señor? Si tuviera que buscarle, recorrería las cabañas y las aldeas, los montes y los valles de Judea y Galilea que miran a su Oriente el valle del Jordán. Ahora está allí, de pie,

en el dintel de una casa o en la cumbre de una colina; has visto esta tarde ocultarse el sol tras de las montañas. Ha transcurrido otro día más, y se acerca el en que aquel Niño será la luz del mundo.

Baltasar calló, con la mano extendida y el índice señalando en dirección a Judea. Sus oyentes todos, hasta los siervos, de pie ante el diván, hondamente emocionados, permanecían sobrecogidos, como si la divina presencia se hubiera repentinamente revelado en la tienda. La sensación duró bastante, y los tres que se hallaban ante la mesa se entregaron a sus pensamientos. El silencio, finalmente, fué roto por Ben-Hur.

—Veo, buen Baltasar—dijo— que has sido extraordinariamente favorecido. Y veo también que eres un mago verdadero. No sabría cómo manifestarte mi agradecimiento por las cosas que me has contado y dicho. Me has revelado la proximidad de un gran acontecimiento, y has transmitido a mí una parte de tu fe. Oblígame aún más, te lo suplico, y háblame de la misión de Aquél a quien aguardas, para que pueda yo también aguardarle, esperando con la fe de un verdadero hijo de Israel. Dices que va a ser el Salvador; pero ¿no va a ser también el Rey de los judíos?

—Hijo mío—repuso Baltasar con su acostumbrada benignidad—; la misión es todavía un designio que vive en el seno de Dios. Todo lo que pienso son deducciones de las promesas de la voz en respuesta a mis plegarias. ¿Nos referiremos a ellas de nuevo?

—Tú eres el maestro.

—La causa que me obligó a predicar en Alejandría y las aldeas de las orillas del Nilo—principió con tranquilo tono Baltasar—; la causa que me condujo a la soledad donde me halló el espíritu, fué la miserable condición en que habían caído los hombres, debido, según mi creencia, al olvido de Dios. Padecía con los padecimientos de mis semejantes todos, en las distintas clases sociales, y comprendí que en el abismo do se hallaban no podía haber redención para ellos, a no ser Dios mismo el que llevara a cabo la empresa. Y oré por su venida y porque yo pudiese verle. "Por tus buenas obras has triunfado. La redención está próxima; verás al Salvador". Así habló la voz, y por su orden fuí a Jerusalén regocijado. Ahora bien; ¿de quién ha de ser la redención? ¡De todo el mundo! ¿Cómo se efectuará? ¡Robustece tu fe, hijo mío! Los hombres creen, lo sé, que no existirá la felicidad en la tierra hasta que Roma no desaparezca con sus colinas, que es como creer que el mal no procede del olvido de Dios, sino del desgobierno de los hombres. ¿Qué necesidad hay de decir que los gobiernos humanos nunca son el fin de la religión? ¿Cuántos reyes sabes que hayan sido mejores que sus súbditos? ¡Oh, no, no! La redención no puede tener un fin puramente político para derrocar gobernantes y príncipes, y dejar las plazas vacantes para regocijo de ambiciosos pretendientes. Si eso fuera todo, la sabiduría de Dios

dejaría de ser suprema. Os digo, aunque soy el ciego que habla a ciegos, que el que va a venir será un Salvador de almas, y que la redención significa: Dios una vez más sobre la tierra para establecer el reinado de la Justicia.

La desilusión pintábase en el rostro de Ben-Hur. Inclinó la cabeza y se entregó a sus reflexiones. Si no estaba convencido, tampoco se sentía capaz de rebatir la opinión del egipcio. No así Ilderim.

—¡Por el esplendor de Dios!—exclamó impetuosamente—. La costumbre forma la ley. Las costumbres del mundo no pueden ser cambiadas. En toda comunidad un jefe es indispensable, un jefe revestido de amplios poderes. No es posible reformar esto.

Baltasar recibió el chubasco tranquilo.

—Tu sabiduría, buen jeque, es del mundo. Y olvidas que precisamente debemos ser redimidos de las costumbres del mundo. El hombre, como súbdito, constituye la ambición del rey; el alma del hombre, la salvación del alma del hombre, constituye el anhelo de Dios.

Ilderim, aunque calló, movió la cabeza como resistiéndose a creer. Ben-Hur reanudó el debate.

—Padre mío, si me permites que te llame así—dijo—, ¿por quién fuiste requerido a preguntar en las puertas de Jerusalén?

El jeque agradeció el nuevo argumento con una mirada.

—Tenía que preguntar a la gente—repuso serenamente Baltasar—: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?"

—¿Y le viste en la gruta de Belén?

—Le vimos, le adoramos y le hicimos nuestros presentes: Melchor, oro; Gaspar, incienso; yo, mirra.

—Cuando refieres hechos, padre, oirte es creerte; mas cuando opinas por tu cuenta, es otra cosa. No puedo comprender qué clase de rey quieres hacer de aquel Infante. ¿Cómo es posible separar al gobernante de sus poderes y deberes?

—Hijo—repuso Baltasar—, tenemos la costumbre de estudiar detenidamente las cosas que se hallan a nuestros pies, no concediendo más que una rápida mirada a las más grandes, a los objetos que se hallan a distancia. Tú no ves ahora más que el título: *rey de los judíos;* si levantas la mirada, si te elevas por cima del misterio, seguramente verás más claro. Una palabra acerca del título. Israel, tu Israel ha visto mejores días, días en que Dios llamaba cariñosamente a tu pueblo *su pueblo,* y el escogido entre todos los pueblos. Ahora bien; si en aquellos días prometióle el Salvador que yo he visto prometiéndolo como *rey de los judíos,* la aparición debe estar de acuerdo con las promesas, aunque sólo fuera en consideración a la palabra. He ahí la razón de mi pregunta a las puertas de Jerusalén. Pero pasemos

adelante. Acaso tú sólo piensas en la dignidad del Infante; mas si es así, considera: ¿es quizá un gran honor ser el sucesor de Herodes? ¿No puede Dios ofrecer nada mejor que eso a sus fieles? Si el Padre omnipotente necesitase, como pareces creer, un título, y buscase uno de los inventados por los hombres, ¿por qué no me hubiera ordenado preguntar desde luego por un César? Piensa en la substancia de Aquél de quien hablamos; mira más alto, hijo mío, te lo ruego. Pregúntate mejor de qué sería rey el que nos ocupa; porque te aseguro, hijo mío, que ahí está la clave del misterio, y ningún hombre se lo podrá explicar sin esa clave.

Baltasar elevó su mirada fervorosa.

—Hay un reino sobre la tierra, que no es de la tierra; un reino que trasp one los límites terrenales, que está por cima de los mares y del mundo entero, aunque está íntimamente ligado al mundo. Su existencia es un hecho como nuestro corazón, y viajamos de la cuna al sepulcro sin verle; no lo verá ningún hombre hasta que primero no conozca su propia alma, porque ese reino no es para él, sino para ella. Y en sus dominios existe la gloria, una gloria que nuestra imaginación no puede concebir: original, incomparable, imposible de ser mayor.

—Lo que dices, padre, es un enigma para mí. Nunca oí hablar de tal reino—dijo el joven.

—Ni yo—añadió Ilderim.

—Ni yo puedo decir más acerca de él—exclamó humildemente el egipcio bajando los ojos.

—Cómo es ese reino y cómo puede llegarse a él, nadie lo sabrá hasta que el Niño tome posesión de él como cosa propia. Él trae la llave de la invisible puerta, y la abrirá de par en par a los que crean en Él, que serán todos los que le amen, y para ellos será la redención.

Siguió a estas palabras un largo silencio, que Baltasar aceptó como término de la conversación.

—Buen jeque—dijo con su placidez habitual—, mañana o pasado iré a la ciudad, pues mi hija desea ver la preparación de los juegos, a residir allá por algunos días. Pero ya hablaremos de esto. En cuanto a ti, hijo mío, te veré aún. A ambos la paz del Señor, y buena noche.

Levantáronse. El jeque y Ben-Hur permanecieron mirando al egipcio hasta que desapareció tras de la cortina.

—Jeque Ilderim: esta noche he oído cosas muy extrañas. Permíteme dar un paseo por la orilla del lago para reflexionar acerca de todo ello.

—Ve, y yo iré dentro de poco.

Después de lavarse nuevamente las manos, un siervo, por orden de su amo, trajo a Ben-Hur sus sandalias. El joven salió de la tienda.

## CAPÍTULO XVII

### EL REINO, ¿SERÁ ESPIRITUAL O MATERIAL?

A corto trecho del aduar había un grupo de palmeras que proyectaban su sombra, mitad en el agua y mitad en la tierra. De sus ramas surgía un cántico de invitación. Ben-Hur se detuvo a escuchar. En otro momento las notas armoniosas del ave hubieran desvanecido todas sus preocupaciones; pero el relato del egipcio era un tejido de maravillas y tenía que reflexionar hondamente acerca de él. La música, la más dulce música, estaba entonces para Ben-Hur en aquella historia misteriosa.

La noche era serena. Ni un soplo de viento rizaba la superficie tersa del lago. Las viejas estrellas del viejo Oriente tachonaban el firmamento, cada una en su acostumbrado sitio, y el estío lo llenaba todo: el lago, la tierra y el cielo.

La imaginación del joven hallábase exaltada, sus nervios excitados, su voluntad vacilante.

Así, las palmeras, el aire, el cielo parecíanle de la lejana zona meridional en que Baltasar habíase refugiado enardecido de amor por los hombres; la superficie tranquila del lago antojábasele la laguna tributaria del Nilo, a cuya orilla estaba el buen hombre orando cuando hizo el espíritu su radiante aparición. ¿Serían todos aquellos preparativos de un nuevo milagro con que iba a ser favorecido Judá? ¿Se repetiría, cambiando sólo las personas, Ben-Hur en vez del anciano egipcio? Ansiosamente temía y deseaba la aparición, y la esperó algún tiempo. Cuando por fin cedió la fiebre, permitiéndole posesionarse de sí mismo, fué capaz de reflexionar.

El esquema de su vida habíasele explanado. En todas sus reflexiones anteriores había tenido la visión de un gran abismo, imposible de colmar o bordear. Cuando se hubiera perfeccionado en el arte de la guerra y conocido bien las obligaciones de capitán y soldado, ¿a qué objeto dirigiría sus esfuerzos? Acariciaba en su mente la idea de una revolución; pero el proceso de las revoluciones ha sido siempre el mismo, y para llevar a los hombres a la lucha es indispensable, en primer lugar, una causa que agrupase adherentes, despertando entusiasmo, y luego un fin, un objeto final práctico y concreto. Combate bien el que tiene entuertos que enderezar; pero si tiene una venganza que realizar o un glorioso resultado en perspectiva, un premio al

valor, un recuerdo de gratitud nacional en caso de muerte, el combatiente se torna un león.

Para determinar estas condiciones en sus compatriotas, entre los cuales, naturalmente, tenía que reclamar su ejército, había que estudiar sus sentimientos y condiciones. Las ofensas a Israel eran sentidas y lamentadas por todos los hijos de Abraham, y en esto ya se había hallado la causa, una causa sagrada y nacional; pero ¿y el fin? ¿Cuál debía de ser?

Horas y días había pasado pensando en esta parte tan importante de su plan sin hallar la solución. Sólo concebía una idea vaga y general de la libertad de su pueblo, lo cual no podía ser suficiente. No se atrevía a negarse la suficiencia, porque ello significaría matar sus esperanzas; pero tampoco se daba por satisfecho buscando algo mejor incesantemente. No podía ni aun asegurarse a sí mismo que Israel fuese capaz de luchar contra Roma con probabilidades de buen éxito. Conocía los grandes recursos del temible enemigo, que su arte era todavía superior a sus recursos, y sólo veía probabilidades de espléndida victoria en una alianza universal. A menos que, ¡cuántas veces lo había pensado!, saliese algún héroe del seno de aquellas naciones oprimidas, y con sus hazañas llenase el mundo y lo sujetase a su cetro. ¡Qué gloria para Judea ser la Macedonia de este nuevo Alejandro! Pero, ¡ay!, que, bajo el gobierno de los doctores, el valor era posible, mas no la disciplina. Y entonces se acordó de la frase sarcástica de Messala en el jardín de Herodes: "Todo cuanto habéis conquistado en seis días lo perdisteis en el séptimo."

Sucedía que nunca traspasaba el abismo, e incesantemente le faltaba lo mismo: el héroe. Cierto que podía surgir el día menos pensado, pero también podía no existir. En tal estado de ánimo no es difícil conjeturar la impresión que le produciría la exposición que Malluch le había adelantado de la historia de Baltasar. La escuchó con satisfacción inmensa; al fin, he ahí que hallaba al suspirado héroe, y era hijo de la tribu del León el que había nacido Rey de los judíos. Detrás del héroe, ¡sus!, el mundo en armas.

El rey implicaba un reino; tenía que ser un guerrero glorioso como David; un gobernante sabio y magnífico como Salomón; el reino sería el escollo contra el cual Roma se estrellaría. La guerra tenía que ser colosal y las víctimas innumerables; pero luego sucedería la paz, la paz que significaría el dominio eterno de Judea sobre todo el mundo.

El corazón de Ben-Hur palpitaba con violencia, y por un momento tuvo la visión de Jerusalén capital del mundo y Sión corte del Rey universal.

Parecióle al entusiasta rara fortuna poder hallar frente a frente al hombre que había visto al Rey y que quizá había oído de sus regios labios el plan de la gran transformación futura y la época en que acontecería. Si fuese inminente, el joven hubiera abandonado la campaña con Majencio

para proceder a los trabajos de organización y armamento de las tribus de Israel.

Ahora, como hemos visto, había oído de labios del propio Baltasar la maravillosa historia. Pero, ¿estaba satisfecho?

Había una gran sombra en el horizonte de sus ensueños. Proyectábase más respecto al reino que al Rey. ¿Qué reino sería? Esta pregunta golpeábale sin cesar su cerebro.

¿Qué sería aquel Niño?

A nosotros, ¡oh, lector!, nos contestó Él mismo hecho Hombre; pero Ben-Hur sólo tenía como instrumentos de juicio las palabras de Baltasar: "Sobre la tierra, no para los hombres, sino para las almas, un reino incomparable de insoñada gloria."

¿Qué extraño que en la mente del joven sonasen aquellas palabras como acertijo?

—La mano del hombre no está en esto—dijo desesperado—. El Rey de reino tal no tiene necesidad de hombres, ni de consejeros, ni de ministros, ni de soldados. La tierra debe morir o ser rehecha, y para el gobierno de las nuevas naciones hacen falta nuevos príncipes. Algo ha de existir superior a las armas, que arroje de su trono a la fuerza. Pero ¿qué?

No podía Ben-Hur comprenderlo. El poder del amor no se había patentizado a ningún hombre aún, y nadie había probado que el amor es más poderoso que la fuerza.

En medio de sus reflexiones, una mano posóse sobre su hombro.

—Tengo que decirte una palabra, ¡oh, hijo de Arrio!—dijo Ilderim poniéndose a su lado—. Una palabra y me retiro, porque la noche avanza.

—Bienvenido, jeque.

—De todas las cosas que acabas de oír—dijo Ilderim casi sin tomar aliento—cree todo menos lo referente al reino que el Niño ocupará cuando venga. Sobre este asunto no formes juicio hasta haber oído a Simónides, mercader bien acreditado en Antioquía, a quien te haré conocer. El egipcio se deja llevar de sus sueños, que son demasiado grandes para la tierra. Simónides es más prudente; te citará todos los textos de los profetas, indicando páginas y libros para probarte que el Niño será realmente rey de los judíos. Un rey como Herodes; sólo que, ¡por el esplendor de Dios!, mejor y más magnífico. Y entonces, no lo dudes, saborearemos las dulzuras de la venganza. La paz sea contigo.

—Aguarda, jeque.

Ilderim no le oyó.

—¡Otra vez Simónides!—murmuró amargamente el joven—. Simónides acá, Simónides allá, de boca de uno ahora, de boca de otro luego. Este me quiere presentar al siervo de mi padre, que ha sabido, al fin, hacer prosperar

lo que me pertenecía. Si no es más sabio, por lo menos es más rico que el egipcio. ¡Por la alianza! ¡No será al hombre desleal que hizo traición a la confianza en él depositada a quien yo pida consejo y consuelo!... Pero cantan, y la voz, ¿es de una mujer o de un ángel? Es por este lado.

Del lago, hacia el aduar, llegaba una mujer cantando. Su voz sonaba como las melodías de una flauta y crecía a cada instante. De pronto oyóse rumor de remos acompasados; luego las palabras se oyeron distintamente, palabras griegas, el idioma más hermoso y que mejor traducía en aquel tiempo el lenguaje de las pasiones.

He aquí la letra del cántico:

LAMENTACIÓN EGIPCIA

Suspiro por mi patria querida, a la que canto
del mar sirio a través;
suspiro por las auras de almizcleos arenales
que besaron mis labios al nacer,
y juegan con las ramas de altísimas palmeras
a cuya sombra no reposaré...
Acaso de la luna el rostro placentero,
mirándose en el Nilo, no vuelva más a ver,
ni sus tranquilas aguas, que gimen angustiadas,
de Menfis las ruïnas al reflejar en él...
¡Oh, Nilo! ¡Oh, sacro Nilo, señor del alma mía!
Contigo ensueño yo,
y juego con los lotos que en tus riberas crecen,
y suena en mis oídos de Memnon la canción...
Y, al despertar, el llanto resurge de mis ojos,
y el corazón palpita a impulsos del dolor.

Al concluir su canto, la cantatriz pasaba por junto al grupo de palmeras. Las últimas palabras fueron cantadas con tal expresión de ternura y de pena que conmovieron a Ben-Hur. El paso del bote por aquel lugar fué como el paso de una sombra espesa a través de las negras sombras de la noche.

Ben-Hur respiró fuerte como si suspirase:

—La reconozco por el canto: es la hijá de Baltasar. ¡Qué hermosa canción y... qué hermosa cantora!'

Recordó sus grandes ojos sombreados por largas y sedosas pestañas, sus arqueadas cejas, el óvalo de su cara, sus labios gruesos y rojos y toda la gracia de su esbelta figura.

—¡Qué hermosa es!—repitió.

Y su corazón dióle la respuesta con el apresuramiento de sus latidos

Entonces, casi al mismo tiempo, otro rostro más juvenil, tan sereno como hermoso, más aniñado y tierno, aunque no tan apasionado, se apareció ante él como si surgiese asimismo del lago.

—Ester—dijo sonriente—. Como lo deseaba, se me ha aparecido una estrella.

Y lentamente emprendió su regreso a la tienda.

Su vida había sido azotada por el dolor, y los proyectos de venganza le absorbieron, no dejándole espacio para el amor. ¿Significaba esto el principio de una transformación?

Y si la influencia del amor le hacía volver a la tienda, ¿a quién se debía?

Ester le había ofrecido un cáliz, lo mismo que la egipcia.

Y ambas se le habían aparecido, casi al mismo tiempo, bajo las palmeras.

¿Cuál de las dos prevalecería?

# LIBRO QUINTO

Del justo las acciones solamente
perfuman con su aroma todo ambiente.
SHIRLEY.
Observa la ley siempre; eleva tu alma,
y mira el porvenir con digna calma.
WORDWORTH.

## CAPÍTULO PRIMERO

### MESSALA, ALARMADO

A la mañana siguiente de la bacanal en el salón del palacio, los jóvenes patricios, tendidos en los divanes, estaban durmiendo la embriaguez. Podía llegar Majencio y toda la ciudad acudir a recibirle; podía la legión bajar del monte Sulpio a hacerle los honores, y del Ninfeo al Onfalo celebrarse fiestas espléndidas en honor del cónsul, festejos que superasen en esplendor a cuantos se habían celebrado en el magnífico Oriente, pero los agregados militares hubieran continuado su ignominioso sueño sobre el diván en que habían caído o donde los acomodaron sus indiferentes siervos; tan imposible era que pudiesen tomar parte en la recepción como que se animasen las figuras con que un artista compuso su cuadro.

Sin embargo, no todos los que tomaron parte en la orgía estaban en la misma situación vergonzosa. Cuando la luz del día asomó tímidamente por los postigos del salón, Messala levantóse, y desciñéndose la guirnalda, como para indicar que el holgorio había terminado, se ciñó la toga, echó la última

mirada a la escena, y, sin pronunciar una palabra, se dirigió a sus habitaciones. Cicerón no se hubiera retirado con más gravedad del Senado después de prolongado e importante debate nocturno.

Tres horas más tarde, dos correos entraron en su cuarto, y de su propia mano recibieron cada uno un despacho, sellado y duplicado, consistente en una carta para el procurador Valerio Grato, aún residente en Cesárea. La importancia del pliego deducíase de haber escrito dos ejemplares, y enviarlos uno por mar y otro por tierra, con orden de acelerar todo lo posible el viaje.

El contenido de la carta era el siguiente:

"Antioquía XII Kal. Julio.

"Messala a Grato:

"¡Oh, Midas mío!

"Ruégote que no tomes a mala parte el epíteto, y acógelo como muestra de afecto y gratitud, como demostración de que te considero el más afortunado de los hombres. Por otra parte, tus orejas se conservan tales como te las dió tu madre, sin más que el natural y proporcional desarrollo.

"¡Oh, Midas mío!

"Voy a contarte cosas sorprendentes que, aunque descansen algunas sobre meras conjeturas, no dudo que justifiquen tu atención.

"Permíteme primeramente que refresque tu memoria recordándote una familia de un príncipe de Jerusalén, increíblemente antiguo en abolengo e inmensamente rico, llamado Ben-Hur. Y por si tu memoria se muestra reacia, ya que el suceso a que aludo ocurrió hace muchos años, la cicatriz que aún ostenta tu noble cabeza te servirá de recordatorio eficaz.

"Luego paso a despertar tu interés. En castigo del atentado contra tu vida—y para tranquilidad de nuestras conciencias, hagan los dioses que nunca se pruebe que fué un accidente—la familia fué arrestada y sumariada y sus bienes confiscados. Nuestro César, tan justo como sabio—¡nunca falten flores en su altar!—, aprobó la sentencia, y no es, por lo tanto, vergonzoso aludir a las sumas que en ese concepto engrosaron nuestros haberes. No podré nunca agradecer bastante tu generosidad, mientras, como hasta hoy, continúe en el usufructo tranquilo de la porción que llovió sobre mí.

"En vindicación de tu sabiduría—cualidad que ahora recuerdo era ajena por completo al hijo de Gordio con quien te he comparado—, mencionaré también lo que dispusiste acerca de la familia Hur, considerando ambos que necesitábamos gozar tranquilos de aquella fortuna, y no queriendo que el silencio proviniese de muertes violentas, sino naturales. Tú sabrás lo que hiciste con la madre y hermana del malhechor; y si ahora me intereso si

viven o han muerto, no dudo que, dada la amabilidad de tu carácter, ¡oh, Crato!, sabrás dispensar mi natural curiosidad.

"Como lo más esencial en el presente asunto, sin embargo, me tomo la libertad de recordarte que el criminal fué condenado al remo por toda la vida, según el decreto tuyo, y lo más sorprendente y maravilloso del caso es que acaban de asegurarme que fué puesto en libertad por el comandante de una galera.

"Y ahora debes principiar a prestarme tu mayor atención, ¡oh, mi excelentísimo frigio!

"El límite de la vida para los condenados a galeras se calcula en un año, al cabo del cual la muerte llega para librar al cuerpo del insoportable trabajo del remo. Así, pues, tu asesino frustrado debía haber muerto o, para hablar más poéticamente, una de las tres mil oceánidas debía de haberse desposado con él hace cinco años. Y ahora llego al punto más interesante.

"La noche última, mientras presidía una fiesta de romanos, cuya extrema juventud e inexperiencia excitaron mi compasión, oí una historia singular. Majencio el cónsul llega hoy, como sabes, a dirigir la campaña contra los partos; y entre los jóvenes ambiciosos que le siguen hay uno, hijo del duunviro Quinto Arrio, y he tenido ocasión de conocer algunos pormenores curiosos acerca de él. Cuando Arrio fué en persecución de los piratas, cuya derrota le hizo conquistar los últimos honores, no tenía hijos. Cuando regresó llevaba consigo un heredero, a la fecha dueño de los muchos talentos y muchísimos sextercios que constituían su inmensa fortuna. Este feliz propietario del caudal de Arrio es aquél que enviaste tú a las galeras, el propio Ben-Hur, que debía haber fallecido hace ya cinco años, y que regresa a Oriente rico, poderoso y probablemente con la ciudadanía romana, para... ¡Ah, tú estás suficientemente seguro para no temer nada; pero yo, Midas mío, estoy en peligro, y no necesito explicarte por qué. ¿Quién puede comprenderlo mejor que tú?

"¿Qué opinas de todo esto?

"Cuando Arrio, el padre adoptivo, trabó combate con los piratas, se fué a pique con su bajel, y sólo dos de toda la tripulación escaparon del desastre: Arrio y éste su heredero.

"Los oficiales que los tomaron de la tabla sobre que flotaban dicen que el compañero del afortunado tribuno era un joven, y que, al subir sobre cubierta, iba vestido con la túnica de los remeros perpetuos.

"Esto debiera bastar para convencerte; pero si dudas aún, te diré, ¡oh, Midas!, que ayer, por casualidad—y he hecho votos a la Fortuna por mi buena suerte—me encontré cara a cara con el misterioso hijo de Arrio, y aunque entonces no lo conocí, es el verdadero Ben-Hur que fué durante varios años mi camarada; el mismo Ben-Hur hecho hombre, que, en el momen-

lo que te escribo, debe estar maquinando su venganza—esto haría yo en su lugar—, venganza que no se detendrá ante la muerte, venganza por la patria, la madre, la hermana, por él mismo y—la pongo en último lugar, aunque debiera figurar el primero—por su fortuna, de que nos apoderamos.

"No dudo que, al llegar aquí de tu lectura, ¡oh, mi buen bienhechor y amigo Grato mío!, no dudo que habrás salido de tu abstracción—así la llamo para no equipararla a la locura del viejo rey de Frigia—, y habrás pensado lo que debe hacerse, considerando tus sextercios en peligro, ya que no tu piel.

"Fuera ridículo preguntarte ahora: ¿Qué hacemos? Permíteme más bien que me declare tu pupilo, o mepor aún que te crea mi Ulises y aguarde tus prudentes consejos inspirados por Minerva.

"Me complazco en pensar que en cuanto esta carta llegue a tus manos, sin vacilación ni consideraciones, obrarás maduramente lo que convenga. Sé sabio como Mercurio y pronto como César.

"El sol se eleva tímidamente. Dentro de una hora dos mensajeros partirán de mi cuarto llevando cada uno una copia de esta carta. Uno de ellos irá por tierra; el otro por mar. Tan importante considero la presencia de nuestro enemigo en esta parte del mundo romano.

"Aguardaré tu contestación aquí.

"Por lo demás, la estancia de Ben-Hur en ésta dependerá de la voluntad del cónsul, o mejor aún de lo que le cuesten sus preparativos para la campaña, que no tendrá ultimados antes de un mes por prisa que se dé, pues ya sabes lo que cuesta reunir y aprovisionar un ejército que va a combatir en un país despoblado.

"Vi al judío ayer en el bosque de Dafne, y si no está allí ahora estará seguramente en sus cercanías, por lo cual me será fácil vigilarlo. Si me preguntases dónde está, te contestaría, con la seguridad de no equivocarme, que se halla en el antiguo huerto de las Palmas, con el traidor jeque Ilderim, que acaso no tarde mucho en caer en nuestras manos. No te sorprenda que Majencio, como medida preliminar, embarque al árabe en la primera galera que regrese a Roma.

"Abundo en tantos pormenores sobre el judío, porque serán de gran importancia para ti, ilustrísimo, cuando hayas reflexionado lo que conviene hacer. Por lo que ya sé me lisonjeo de progresar en sabiduría y experiencia; no ignoro que los tres elementos indispensables a toda empresa son: tiempo, lugar y medio.

"Si crees que es la ocasión, no titubees en confiar la ejecución del negocio a tu más afectuoso amigo, que sería el mejor y más apto de tus discípulos.

MESSALA."

## CAPÍTULO II

### LOS ÁRABES DE ILDERIM

PRÓXIMAMENTE a la hora en que los correos salian del cuarto de Messala con la carta anterior, en la madrugada, Ben-Hur entraba en la tienda de Ilderim. Habíase bañado en el lago, tomado su desayuno y llegaba vestido con una especie de jaleco sin mangas.

El jeque saludóle desde el diván.

—¡La paz sea contigo, hijo de Arrio!—dijo admirado, pues en verdad que nunca había visto un tipo de mayor belleza juvenil y robustez muscular—. Te doy la paz y la bienvenida. Los caballos están preparados; yo estoy pronto. ¿Y tú?

—Te vuelvo la paz que me das, buen jeque, y te agradezco infinito tu bienvenida. Estoy dispuesto.

Ilderim llamó con las manos.

—Ahora traerán los caballos. Siéntate.

—¿Están enganchados?

—No.

—Entonces permíteme que me sirva a mí mismo—dijo Ben-Hur—. Es necesario que haga conocimiento con tus árabes. He de conocerlos por sus nombres, ¡oh, jeque!, para que pueda hablar a cada uno en particular, y debo también de conocer su carácter, pues son como los hombres: si audaces, hay que saber reprimirlos; si tímidos, hay que alabarlos y animarlos. Que tus siervos me traigan los arneses.

—¿Y el carro?—preguntó el jeque.

—Por hoy lo dejaremos. En su lugar hazme traer un quinto caballo sin ensillar y rápido como los otros.

La curiosidad de Ilderim iba en aumento, y llamó inmediatamente un siervo.

—Los arneses de la cuadriga y las bridas de *Sirio*.

El jeque se levantó.

—*Sirio* es mi favorito, ¡oh, hijo de Arrio! Hemos sido camaradas por espacio de veinte años en la tienda, en el combate, en las etapas del desierto. Hemos sido compañeros siempre. Te lo voy a mostrar.

Levantó la cortina divisoria y la dejó caer tras de Ben-Hur. Los caballos acudieron a él en grupo. Uno de ellos, de cabeza pequeña, ojos brillan-

tes, cuello arqueado, de crines sedosas y rizadas, finas como cabello de niña, relinchó de gozo al ver al jeque.

—Buen caballo—dijo Ilderim acariciándole el hocico—, buenos días—. Luego, volviéndose a Judá, añadió: —Este es *Sirio,* padre de los cuatro. *Mira,* la madre, aguarda nuestro regreso. Demasiado preciosa para que se la exponga a los riesgos de un largo viaje, se ha quedado en el desierto. Y dudo mucho—sonrió al decirlo—, dudo mucho, ¡oh, hijo de Arrio!, que la tribu pueda soportar largo tiempo su ausencia. Ella es nuestra gloria, el objeto de nuestra adoración; si galopara sobre sus cuerpos reiríanse. Diez mil jinetes, hijos del desierto, preguntarán hoy: "¿Qué se sabe de *Mira?*" Y al contestarles: "Está bien", dirán: "¡Dios es bueno; bendito sea Dios!"

—*Mira... Sirio...,* ¿no son nombres de estrellas, jeque?—preguntó Ben-Hur mientras se acercaba a cada uno de los cuatro y los acariciaba.

—¿Y por qué no? ¿No has pasado ninguna noche en el desierto?

—No.

—Entonces no puedes saber cuánto debemos a las estrellas nosotros los árabes. Tomamos sus nombres por gratitud y los damos por amor. Todos mis antepasados han tenido sus *Miras* como yo la mía. Y la cuadriga también tiene nombre de estrellas. Este se llama *Rigel;* ese, *Antares;* aquél, *Atair,* y ese que se acerca ahora, el más joven de los cuatro, pero no el peor, no, no el peor, es *Aldebarán.* En dirección contraria del viento te llevará tan velozmente que te parecerá escuchar las olas del golfo de Akaba y te llevará adonde le ordenes, hijo de Arrio; sí, ¡por la gloria de Salomón!, te llevará ante las fauces de un león si te atreves a afrontar el peligro.

Trajeron los arneses, y Ben-Hur mismo enjaezó los caballos. Con sus propias manos los sacó de la tienda y les puso las riendas.

—Traedme a *Sirio-* dijo.

Un árabe no hubiera montado de un salto con más ligereza que él.

—Ahora dadme las riendas.

Diéronle los cuatro juegos y él los separó cuidadosamente.

—Buen jeque, ya estoy dispuesto. Dame un guía para que me conduzca al campo de ejercicio y envía allí varios hombres con agua.

No hubo confusión en la partida; los caballos no estaban asustados, pareciendo que se había establecido una tácita inteligencia entre ellos y el nuevo conductor, quien había cumplido su cometido con la tranquilidad y confianza que siempre engendra la amistad. Ben-Hur, montado en *Sirio,* guiaba como si fuera de pie en un carruaje. Ilderim estaba lleno de gozo. Acariciándose las barbas y sonriendo con satisfacción, murmuraba:

—No es romano, no, ¡por el esplendor de Dios! No es romano.

Seguía a pie, y todos los habitantes del aduar, hombres, mujeres, niños, se precipitaron fuera de las tiendas para asistir al espectáculo.

El campo era una llanura espléndida, muy a propósito para carreras de caballos. Ben-Hur principió en seguida los ejercicios, conduciendo la cuadriga, al principio lentamente y en línea recta; después haciéndole describir grandes círculos; luego al trote, más tarde al galope, estrechando cada vez más los círculos y haciéndoles cambiar de dirección repentinamente, ya a derecha, ya a izquierda.

A la hora de ejercicio volvió a poner al paso los caballos y se acercó a Ilderim.

—El trabajo está hecho; ahora ya todo es cuestión de práctica—dijo—. Te doy la enhorabuena por poseer tan excelentes servidores, jeque Ilderim. Míralos—continuó, desmontando y aproximándose a los caballos—. Míralos; ni una gota de sudor, y respirando como si empezaran ahora a correr. Te doy mi enhorabuena, y será culpa nuestra si no obtenemos—y miró con ojos centelleantes al anciano—la victoria y nuestra...

Se detuvo y se inclinó ruborizado. Por primera vez reparó en que al lado del jeque hallábase Baltasar, apoyado en un báculo, y dos mujeres cuidadosamente cubiertos los rostros con sendos velos. A una de ellas miróla de nuevo un instante, y se dijo a sí mismo, mientras su corazón precipitaba los latidos: "Es ella; la egipcia." Ilderim concluyó la frase interrumpida:

—La victoria y nuestra venganza—y prosiguió—: No temo lo contrario. Estoy satisfecho. Hijo de Arrio, tú eres mi hombre. Sea el fin como el principio, y tú verás qué liberal es la mano del árabe agradecido.

—Gracias, buen jeque—repuso volviéndose a él modestamente—. Que tus siervos traigan de beber a los caballos.

Con sus propias manos sirvióles el agua.

Volvió luego a montar en *Sirio*, y continuó la instrucción haciéndoles pasar del paso al trote, del trote al galope, hasta que, cada vez con mayor rapidez, les hizo emprender desenfrenada carrera. Los espectadores llegaron a interesarse de tal modo, que prorrumpían en frecuentes aplausos, premio a la rara habilidad del conductor y testimonio de admiración a la cuadriga, que no daba señales de la menor fatiga. En su acción había unidad, poder, gracia, ligereza, y todo sin esfuerzo aparente o indicios de trabajo.

En medio de los ejercicios que concentraban la atención entera de los espectadores, llegó Malluch al campo y se acercó al jeque.

—Tengo un mensaje para ti—le dijo en un momento que creyó oportuno—de parte de Simónides.

—¡Simónides!—prorrumpió el árabe—. Está bien. ¡Que el diablo cargue con sus enemigos!

—Me ha encargado que te desee la sagrada paz del Señor, en primer término, y después que te entregue estas cartas.

Sin moverse de su sitio rompió el sello del paquete, y de él extrajo las dos cartas siguientes, a cuya lectura procedió:

*Número 1.*

"Simónides al jeque Ilderim:

"¡Oh, amigo!

"Ten en primer lugar la seguridad de mi afecto.

"Además, hay en tu aduar un joven de hermosa presencia que se intitula hijo de Arrio, y tal es por adopción.

"Ese joven me es muy querido.

"Su historia tiene algo de maravilloso que te contaré; ven hoy o mañana para que pueda hacerlo y recibir tus consejos.

"En tanto, favorece todos sus proyectos, siempre que no sean contrarios al honor. Proporciónale lo que necesite, que yo respondo de él.

"Acerca del interés que por él me tomo, guarda secreto.

"Recuérdame a tu otro huésped. El, su hija, tú y todos los que quieras que te acompañen, pueden venir conmigo al circo a presenciar los juegos. Tengo ya comprometidos los asientos.

"Paz a ti y a los tuyos.

"Siempre tu amigo,

SIMÓNIDES."

*Número 2.*

"Simónides al jeque Ilderim:

"¡Oh, amigo!

"Permite a mi experiencia un consejo.

"La llegada de un personaje romano oficial, revestido con autoridad, es un síntoma para que se pongan en guardia, contra el probable despojo, todas las personas no romanas que poseen dinero o bienes.

"Hoy llega el cónsul Majencio.

"¡Está sobre aviso!

"Algo más.

"Se ha tramado una conspiración contra ti, y Herodes debe andar mezclado en ella, porque tú tienes grandes propiedades en sus dominios.

"¡Alerta!

"Envía esta mañana mensajeros de confianza a los caminos del Sur de Antioquía para que detengan y registren a todos los correos que vayan o vengan, y si llevan despachos relativos a ti, entérate de ellos *por ti mismo.*

"Debías haber recibido ésta ayer; sin embargo, no es demasiado tarde si eres activo.

"Si los correos hubieran salido ya de Antioquía, tus emisarios podrán darles alcance, conociendo como conocen los atajos.

"No titubees.

"Quema esta carta una vez leída.

"Tu amigo,

SIMÓNIDES."

Ilderim leyó otra vez las cartas, las envolvió en su funda y las guardó en su cinturón.

Los ejercicios continuaron algo más, habiendo durado en total unas dos horas. Al final, poniendo la cuadriga al paso, el judío se aproximó al jeque.

—Con tu venia, conduciré tus árabes a la tienda para continuar a la tarde los ejercicios.

Ilderim se puso a su lado, andando al lado de *Sirio,* en el cual montaba Ben-Hur, y exclamó:

—Te los entrego, hijo de Arrio; haz con ellos lo que quieras hasta los juegos. Has conseguido en dos horas más que el romano, ¡así devoren sus huesos los chacales!, más que el romano en dos semanas. Venceremos. ¡Por el esplendor de Dios! Sí, venceremos.

Ben-Hur permaneció en la tienda junto a los caballos mientras los lavaban y cepillaban; luego se bañó de nuevo en el lago; bebió una copa de aguardiente con el jeque, vistióse el traje hebreo y se puso a pasear por el huerto con Malluch.

Hablaron mucho, pero sólo tiene interés para nosotros una parte de la conversación: Hela aquí:

—Te daré una orden—dijo Ben-Hur—para que hagas retirar mi equipaje del jan próximo al puente de Seleucia. Tráemelo hoy, a ser posible... y perdona, buen Malluch, la molestia.

Este protestó que se hallaba por completo a sus órdenes, y el otro siguió:

—Gracias, gracias, amigo. Acepto tu ayuda eficaz, pues somos hijos de la misma tribu y el enemigo es romano. En primer lugar, como tú eres hombre de negocios y mucho me temo que el jeque Ilderim no lo sea...

—Los árabes rara vez lo son—observó gravemente Malluch.

—No; no dudo de su previsión; pero bueno será asegurarnos para impedir que a última hora surjan obstáculos imprevistos. Así, pues, avístate con el intendente del circo y entérate si Ilderim ha cumplido todas las formalidades requeridas para tomar parte en las carreras; y de paso, si puedes procurarte un reglamento, me harás gran favor. Quisiera saber qué colores he de llevar y, sobre todo, el número que ocuparé, si estaré próximo a Mes-

sala, si me toca a la derecha o a la izquierda, y en caso de estar lejos de él, procura que me cambien de sitio para correr a su lado. Malluch, ¿tienes buena memoria?

—Alguna vez suele faltarme, pero nunca, ¡oh, hijo de Arrio!, cuando, como en este caso, tengo interesado al corazón.

—Entonces voy a darte otro encargo. Vi ayer que Messala estaba, y con razón, envanecido con su carruaje, al cual no aventajan en belleza y elegancia ni los de los Césares. Aprovéchate de esa vanidad para enterarte de si es ligero o pesado; de su peso y sus medidas, que desearía conocer exactamente. Pero si no pudieras averiguar esto, entérate a lo menos de la altura a que están sus ejes del suelo. ¿Comprendes, Malluch? No quiero que tenga ninguna ventaja sobre mí. No sólo me propongo vencerlo, sino también humillarlo para que mi triunfo sea más completo.

—Comprendo, comprendo. Lo que necesitas es que se tire una línea recta del centro del eje al suelo.

—Tú lo has dicho. Y alégrate, Malluch, porque ésta es la última de mis comisiones. Volvamos al aduar.

A la puerta de la tienda hallaron un esclavo que les aguardaba con un refrigerio, y una vez que hubieron tomado algo de alimento, Malluch regresó a la ciudad.

Durante el paseo de ambos hebreos, Ilderim despachaba un mensajero, jinete en rápido corcel, con las órdenes sugeridas por el mercader Simónides. El enviado era un árabe y no llevaba nada escrito.

## CAPÍTULO III

### LAS ARTES DE CLEOPATRA

IRAS, la hija de Baltasar, me envía a ti con un saludo y un mensaje—dijo un siervo a Judá cuando éste empezaba a reposar en su tienda.

—Dame el mensaje.

—Si quieres acompañarla por el lago.

—Yo mismo le llevaré la respuesta. Díselo así

Calzáronle las sandalias, y a los pocos minutos hallábase junto a la linda egipcia. La sombra de los montes iba extendiéndose sobre el huerto de las Palmas, adelantándose a la noche. A lo lejos, a través de los árboles, oíase el tintineo de las esquilas de las ovejas, los gritos del ganado y las voces de los

pastores que volvían al aduar los rebaños. La vida en el huerto era siempre la misma, sencilla y pastoril, como la que hacen los árabes en las miserables praderas del desierto.

El jeque Ilderim, después de presenciar los ejercicios de la tarde, que fueron una repetición de los de la mañana, había partido a la ciudad para ver a Simónides, y probablemente no regresaría aquella noche. Ben-Hur, después de asistir a la limpieza de los caballos, se había quedado solo, y tras de lavarse, cambiarse de ropa y cenar, se preparaba a descansar de las fatigas del día, cuando fué llamado por Iras.

No es discreto ni honrado detractar a la belleza como cualidad. Nadie puede sustraerse a la fascinación que ejerce lo bello. La historia de Pigmalión y su estatua es tan natural como poética. La belleza es en sí misma una fuerza, y la fuerza subyuga. Era lo que arrastraba a Ben-Hur.

La egipcia era para él una mujer maravillosamente bella: hermosa de ostro y hermosa de cuerpo. En su pensamiento se le aparecía siempre como la vió por primera vez en la fuente, y sentía el influjo de su voz, más dulce al expresar su gratitud, y de sus ojos grandes, rasgados, negros, penetrantes, de miradas más elocuentes que las palabras. Al pensar en ella veía también su figura ideal, alta, flexible, graciosa, elegante, envuelta en amplio y flotante manto..., y calculaba que si su espíritu se asemejaba a su cuerpo, sería, nueva sulamita, tan terrible como ejército desplegado en línea de combate. Así, cada vez que en su imaginación la contemplaba acudían a su mente los cánticos apasionados de Salomón, cual único himno de su belleza. ¿Merecía, en realidad, tal homenaje? Pronto iba a verlo. No era amor lo que por la egipcia sentía, pero sí atracción, curiosidad, admiración, que son quizás los heraldos del amor.

El embarcadero consistía en una simple escalera que llegaba hasta la superficie del agua, y una plataforma iluminada por algunas lámparas. Al llegar se detuvo sorprendido por lo que veía.

Una chalupa descansaba sobre las ondas claras y brillantes. Un etíope, el conductor del dromedario en la fuente Castalia, empuñaba los remos, vestido con alba túnica de hilo. Todo el bote estaba alfombrado de púrpura de Tiro, y a la popa había mullidos almohadones. Junto al timón, la egipcia, cuyo cuerpo casi desaparecía entre los chales indios, aparecía como envuelta en velos y cintas, destacándose sus brazos, desnudos hasta los hombros, de morbidez admirable. Su postura, sus movimientos, su expresión, sus manos, sus dedos mismos eran tan bellos, tan atractivos, que parecían hechos por inspiración de las Gracias. Los hombros y el cuello estaban protegidos de la brisa vespertina por una amplia banda de color rojo.

Ben-Hur no prestó atención a esos pormenores. En la primera mirada que la dirigió al llegar reflejaba simplemente la impresión que el conjunto

le había producido, y que tradujo en los siguientes versículos de Salomón: "Tus labios, como venda escarlata; tus mejillas, como trozos de granada entre guedejas... Levántate, apresúrate, amor mío, paloma mía, hermosa mía y ven. Porque ya pasó el invierno, cesó la lluvia, brotan las flores perfumando el tibio ambiente, gorjean las aves y se oyen los arrullos enamorados de las tórtolas..."

—Ven—díjole ella—; embárcate, o creeré que eres muy triste marinero.

Ruborizóse pensando si habría alguna alusión a su vida de galeote, y bajó la escalinata.

—Estaba asustado—dijo sentándose junto a ella.

—¿De qué?

—Temiendo que se hundiera el esquife—dijo sonriendo.

—Aguarda hasta que nos hallemos en medio del lago—replicó la egipcia, haciendo una señal al negro, que comenzó a remar inmediatamente.

Si el amor y Ben-Hur eran adversarios, éste nunca se halló más a merced de aquél. Estaba junto a ella, y no cesaba de evocar en su imaginación a la que se le había aparecido como su ideal de la sulamita. Los ojos de ella mirándose en los de él; podía hundirse el mundo sin que Ben-Hur lo advirtiera. Así pasearon largo rato. ¿Quién ignora cómo despierta pensamientos amorosos el sosiego de las aguas de un lago, en una tranquila noche de verano, cuando se pasean dos jóvenes cuyos corazones palpitan muy cerca y los cerebros están llenos de ilusiones? Para sustraerse en parte a esa fascinación, exclamó el joven:

—Cédeme el timón.

—No—repuso ella—. Sería trocar los papeles. ¿No me preguntas por qué? Soy tu deudora y empiezo a pagarte. Puedes hablar y te escucharé, o bien hablaré yo y tú escucharás. La elección es tuya, pero yo elegiré adónde iremos y el camino.

—¿Y adónde iremos?

—¿Ya tienes miedo otra vez?

—¡Oh hermosa egipcia! Sólo hice la primera pregunta, natural en un prisionero.

—Llámame Egipto.

—Prefiero llamarte Iras.

—Cuando pienses en mí, acuérdate de ese nombre, pero llámame Egipto.

—Egipto es un país que comprende muchos pueblos.

—¡Y qué país!

—Comprendo; nos dirigimos a Egipto.

—¡Si fuéramos...! ¡Estaría tan contenta...!—dijo la bella, y suspiró.

—No te ocupes de mí entonces.

—¡Ah! Cómo se conoce que no has estado nunca allí!

—Nunca, en efecto.

—¡Oh! Es un país en el que no se conoce la desesperación: meta y anhelo de los demás pueblos, madre de todos los dioses, tierra bendita entre todas las del mundo. Allí, ¡oh, hijo de Arrio!, el que es dichoso lo es sobremanera; y el desgraciado que bebe una vez tan solo el agua clara del sagrado río, se siente feliz, y ríe y canta alegre como niño.

—¿No hay allí pobres como en todas partes?

—El pobre de Egipto tiene escasísimas necesidades. No desea sino lo suficiente, y como le basta con poco... Un griego o un romano no podrían comprenderlo.

—Pero yo no soy ni romano ni griego.

Iras rióse.

—Tengo un jardín de rosas y en medio un árbol que supera en hermosura a todas ellas. ¿De dónde piensas que procede?

—¿De Persia, cuna de las rosas?

—No.

—¿De la India entonces?

—No.

—¡Ah! ¿De alguna de las islas de Grecia?

—Voy a decírtelo. Un viajero la encontró medio marchita en el camino que cruza la llanura de Refaim.

—¡Oh! ¡De Judea!

—La planté en tierra que el Nilo, al retirarse, había dejado descubierta, y donde el sol podía besarla y el aura meridional mecerla. La planta creció agradecida, y ahora me siento a su sombra y me obsequia con su perfume. Lo mismo sucede con las rosas de Israel que con sus hombres. ¿Dónde podrán alcanzar la perfección sino en Egipto?

—Moisés no fué más que uno, entre millones.

—¿Te olvidas acaso del gran intérprete de los sueños?

—Los bondadosos Faraones murieron.

—¡Si!... El río a cuyas orillas miraban entona ahora cánticos al pasar junto a sus tumbas; pero el mismo sol templa el mismo aire para el mismo pueblo.

—Alejandría no es más que una ciudad romana.

—Sólo ha cambiado de cetro. César le arrancó el de la espada, pero en su lugar dejóle el de la sabiduría. Ven conmigo al Bruqueo, y te mostraré las escuelas de todas las naciones; al Serapeo, y contemplarás las maravillas de la arquitectura; a la Biblioteca, y leerás las obras inmortales; al teatro, y oirás las herocidades de griegos y romanos; al puerto y admirarás los triunfos del comercio; cruza conmigo las calles, ¡oh, hijo de Arrio!, y cuando se hayan dispersado los filósofos, y los maestros artistas se hayan acabado y los dioses

vuelto a sus altares, y nada se recuerde del día sino sus placeres, llegarán a tu oído ecos de las historias que han deleitado a la Humanidad desde su origen y cánticos imperecederos.

Mientras escuchaba a la egipcia, Ben-Hur transportóse con el pensamiento a aquella otra noche estrellada en que su madre, en el terrado de su casa solariega de Jerusalén, hacía fervorosa y patriótica apología de las glorias del pueblo de Israel.

—Ahora comprendo por qué quieres que te llame Egipto. ¿Me cantarás una canción si te doy ese nombre? Anoche me pareció oirte cantar.

—Era una canción del Nilo. Una lamentación que exhalo cuando me parece respirar el aire del desierto u oir el murmullo del sagrado río. Más bien cantaré una canción india. Cuando vengas a Alejandría te conduciré a la esquina de una calle desde donde podrás oirla cantar a la hija del Ganges, que me la enseñó. Kapila, como sabes, fué uno de los más memorables filósofos indios.

Entonces, como si el canto fuera su habitual manera de expresarse, empezó así:

KAPILA

Kapila, ¡oh, gran Kapila!, tan joven como sabio:
tu gloria *ansío* emular.
Quiero que me relates tus campañas,
por si tu gran valor logro igualar.
Siéntase sonriente el buen Kapila,
y así exclamó con grave majestad:
Amarlo todo sin temer a nada
da valor sin igual;
un día una mujer me entregó su alma,
que, al fundirse en la mía, germinar
hizo en mí este valor que tú me envidias
y que se aumenta cada día más.

II

Kapila, ¡oh, gran Kapila!, tan viejo como cano:
nuestra reina me acaba de llamar;
dame algunas lecciones, pues tu ciencia
ansío yo emular.
Y a la puerta del templo, sentándose,
contestó con su tono habitual:
—La fe es toda mi ciencia,
y en la fe toda ciencia hallarás;
dióme una vez su corazón ardiente
una mujer de labios de coral,
y al fundirse en el mío para siempre
la fe logró, preciosa, germinar,
y, al dotarme de fe, me dió la ciencia
que aumenta, aumenta cada día más.

Ben-Hur no tuvo tiempo de expresar su agradecimiento antes que la quilla del bote rozase la arena, encallando la proa.

—Corto ha sido el viaje, Egipto—exclamó.

—Y la parada todavía más corta—dijo ella, mientras que el negro, con poderoso esfuerzo de remo, metía la chalupa aguas adentro.

—Ahora sí que me cederéis el timón—insistió el judío.

—¡Oh, no! A ti el carruaje, a mí la barca. No estamos más que a la mitad del camino, pero has faltado a lo convenido, y no cantaré más. Ya hemos estado en Egipto. Ahora vamos al bosque de Dafne.

—¿Sin una canción para alegrar el camino?

—Dime algo del romano que puso en peligro nuestra vida.

La petición desagradó a Ben-Hur.

—Quisiera—dijo eludiendo la respuesta—que este lago fuese el Nilo. Los reyes y las reinas, después de haber dormido tanto tiempo, podrían salir de sus tumbas y viajar con nosotros.

—Eran de la raza de los colosos y hundirían la barca. Más háblame del romano. Es muy malo, ¿verdad?

—No puedo decirlo.

—¿Es de noble familia? ¿Es rico?

—No puedo hablar de sus riquezas.

—¡Qué hermosos caballos! Su carruaje era de oro y las ruedas de marfil. ¡Qué audacia la suya! Los circunstantes se burlaban cuando se fué; ellos, que estuvieron a punto de caer bajo sus ruedas...!

—¡Era miserable canalla!—dijo Ben-Hur amargamente.

—Debe ser uno de esos monstruos que dicen aborta Roma. Apolos fundidos en cerberos. ¿Reside en Antioquía?

—En alguna parte de Oriente.

—Egipto le convendría más que Siria.

—Lo dudo—replicó Ben-Hur—. Cleopatria ha muerto.

En aquel instante divisaron las lámparas colocadas ante las puertas de la tienda del jeque.

—El aduar—exclamó la joven.

—Esto no es el Nilo. ¿Dónde están sus ciudades que no alcancé a ver? No he oído sino una balada india en sueños.

—Más te hubiera valido, en vez de ver las ciudades del Nilo, ver las tumbas de los Ramsés, que elevan el pensamiento hacia Dios. Pero más bien, volvamos al Nilo; y si no puedo cantar—y sonrióse—, porque he dicho que no cantaría, te referiré historias de Egipto.

—Sí, háblame, cuéntame algo hasta que llegue el alba y se haga de nuevo de noche y aparezca otra vez la aurora—dijo Ben-Hur con vehemencia.

—¿De qué quieres que te hable? ¿De los matemáticos?

—No.

—¿De los filósofos?

—¡Oh, no, no!

—¿De mágicos, hadas y genios...?

—Si así te place...

—¿De guerra?

—Sí.

—¿De amor?

—Sí, sí.

—Te hablaré de un remedio contra el amor. Es la historia de una reina. Escucha atento. El papiro que la relata fué tomado por los sacerdotes de Pilé de manos de la misma heroína. No puede, pues, ser más verdadero.

## "NE-NE-HOFRA

No hay paralelismo en las vidas humanas.

Ninguna vida recorre una línea derecha.

La existencia más perfecta desarrolla como un círculo y termina donde empezó, siendo imposible decir luego: "Este es el principio; aquél es el fin."

Las vidas perfectas son los tesoros de Dios; en los grandes días se adorna Dios con esas sortijas el dedo anular de la mano del corazón.

### II

Ne-ne-hofra moraba en una casa próxima a Essuán, y aún más próxima de la primera catarata; así que el estrépito de la eterna batalla entre el río y las rocas constituía una parte del lugar.

Aumentaba su belleza de día en día, y decían de ella lo que de las adormideras en el jardín de su padre: "¿Qué no será en la época de la eflorescencia?"

Cada año de su vida era un canto más delicioso que el anterior.

Hija legítima del matrimonio, que sólo para ello contrajeron el Norte, limitado por el mar, y el Sur, limitado por el desierto, más allá de los montes de la Luna; aquél le había infundido su genio y éste sus pasiones; así que cuando ambos la contemplaban sonreían diciendo, no particularizando: "Es mía", sino generalizando: "Es nuestra".

Todas las excelencias de la Naturaleza contribuyeron a su perfección y se regocijaron en su presencia. Las aves, a su paso, posábanse sobre sus hombros; las auras besaban su rostro, los lotos erguíanse para mirarla; el

sagrado río suspendía su corriente para reflejar su hermosura; las palmeras saludábanla desde lejos meciendo sus ramas, y todos parecían decir: "Yo le dí mi gracia"; aquél, "Yo le dí mi pureza"; uno, "Le dí mi hermosura", y otros "Le dí mi esbeltez". Y así cada uno lo que podía dar.

A los doce años era la delicia de Essuán; a los diez y seis la fama de su belleza llenaba el mundo, y a los veinte no pasaba día sin recibir la visita de príncipes del desierto sobre magníficos dromedarios y señores de Egipto en dorados esquifes; y todos se marchaban desconsolados diciendo: "La he visto, pero no es una mujer. Es Hathor misma."

## III

De los trescientos treinta sucesores del buen rey Menes, diez y ocho fueron etíopes, y uno de éstos, Orestes, tenía ciento diez años de edad y hacía setenta y seis que reinaba. El pueblo vivía en la prosperidad, y la tierra fructificaba generosamente. Practicaba la sabiduría, porque tenía gran experiencia de la vida, y residía en Menfis, donde poseía su principal palacio, sus arsenales y sus tesoros. Con frecuencia comunicábase con Latona.

La esposa del buen rey murió. Aunque demasiado vieja para inspirar pasión vehemente, la amaba tanto que se desconsoló sobremanera. Un sacerdote, en vista de su desconsuelo, se atrevió a hablarle así:

—Estoy asombrado de que un rey tan sabio y poderoso como tú, ¡oh, gran Orestes!, no sepa encontrar un remedio a su dolor.

—Dame uno, tú—dijo el rey.

Por tres veces besó el suelo el sacerdote, y replicó seguro de que la difunta no podía oirle:

—En Essuán vive Ne-ne-hofra, tan hermosa como Hathor misma. Envía por ella. Ha rehusado la mano de príncipes y reyes; mas ¿quién podría rehusar la de Orestes?

## IV

Ne-ne-hofra descendió al Nilo en la barca más rica de cuantas hasta entonces había visto, seguida de una escuadra de esquifes algo menos hermosos que el que llevaba tan singular belleza. Toda la Nubia y el Egipto, una miriada de personas de la Libia, trogloditas y no pocos habitantes de más allá de las montañas de la Luna, levantaron sus tiendas en las riberas del río para presenciar el paso del cortejo movido por las auras perfumadas y por remos de oro.

A través de multitud de esfinges y de doble fila de leones alados en reposo fué conducida ante el trono de Orestes, que se levantó, la hizo sentar a su lado, ciñó la banda a su brazo, la besó y la hizo la reina de las reinas.

Pero esto no bastaba al sabio Orestes. Quería amor y que la reina fuese feliz con el suyo. Para hacerse amar tratóla con la mayor dulzura, le enseñó sus tesoros, sus palacios, sus ejércitos, sus flotas, sus ciudades, los subterráneos donde estaban amontonadas sus joyas, y le dijo:

—¡Oh, Ne-ne-hofra! Dame un beso de amor, y todo esto es tuyo.

Y ella, pensando que podría ser feliz, si ya no lo era, le besó una, dos, tres veces no obstante sus ciento diez años.

El primero de matrimonio fué feliz y le pareció muy breve; el tercer año fué infeliz y le pareció muy largo. Comprendió que no amaba a Orestes y que sólo había sido deslumbrada por su poderío y riquezas. La dicha huyó de su corazón; las lágrimas asomaban continuamente a sus ojos, y las rosas de sus mejillas se marchitaron. Unos decían que las Erinas la perseguían por vengar alguna crueldad amorosa; otros que la poseía algún dios envidioso de Orestes. Sea lo que fuere, ni sortilegios mágicos ni prescripciones médicas lograron resultado. Ne-ne-hofra era víctima de la Muerte.

Orestes eligió una cripta en la montaña donde estaban enterradas las reinas, y, convocando a los mejores arquitectos de Menfis, les ordenó construir un sepulcro que superase en magnificencia a los mausoleos reales.

—¡Oh, tú, reina mía, bella como la misma Hathor!—dijo el rey, en quien los ciento diez años no habían apagado la hoguera del amor—. Dime, te lo ruego, ¿qué mal es el tuyo? Estoy viéndote morir poco a poco.

—¡Ah! Dejarías de amarme si te lo dijera—repuso vacilante y temblorosa la reina.

—¡No amarte! ¡Te amaré más! ¡Te lo juro por los genios de Amentes, por el ojo de Osiris! ¡Habla!—exclamó apasionado como un amante, autoritario, como un rey.

—Oye, entonces. Hay un anacoreta, el más viejo y más sagrado de todos, en una gruta cerca de Essuán. Su nombre es Menofas; fué mi maestro y mi guía. Envía a buscarle, y él te dirá lo que deseas saber, y también te ayudará a buscar el remedio para mi abatimiento.

Orestes se levantó regocijado, pareciéndole que su espíritu se había rejuvenecido cien años en aquel instante.

## V

—¡Habla!—dijo Orestes a Menofas en el palacio de Menfis.

—Poderosísimo monarca—repuso Menofas—, si fueses joven no te contestaría, porque todavía amo la vida; pero así, te diré que la reina, como todo mortal, paga la pena de un delito.

—¡Un delito!—clamó el rey con tristeza.

Menofas inclinóse profundamente.

—Sí; contra sí misma.

—¡No estoy de humor de descifrar enigmas!

—Lo que dije no es un enigma, como vas a ver. Ne-ne-hofra creció a mi vista y confióme todas las particularidades de su vida. Entre otras, supe que amaba al hijo del jardinero de su padre: un tal Barbec.

Serenóse algo Orestes.

—Con aquel amor en su corazón, ¡oh, rey!, vino a ti; aquel amor es el que la mata.

—¿Dónde está el hijo del jardinero?

—En Essuán.

El rey salió y dió dos órdenes. La una era:

—Ve a Essuán y trae contigo a un joven llamado Barbec; le hallarás en el jardín del padre de la reina.

Y la otra:

—Busca operarios, animales y útiles, y construye inmediatamente en el lago Chemmis una isla que tenga un templo, un palacio y un jardín con toda clase de árboles frutales, viñedos y flores; una isla que, cual una galera, flote a merced del viento. Quiero que esté concluída para la próxima luna llena.

Después dijo a la reina:

—Regocíjate; lo sé todo y he mandado venir a Barbec.

Ne-ne-hofra le besó las manos.

—Será por espacio de un año completamente tuyo, y nadie turbará vuestros amores.

Ella besó sus pies. Alzóla él y le devolvió sus besos. Y las rosas de sus mejillas florecieron de nuevo y volvió la escarlata a sus labios y la alegría a su corazón.

## VI

Por espacio de un año, Ne-ne-hofra y Barbec fueron los más felices de la tierra, mecidos por los céfiros que empujaban la isla flotante de Chemmis. Jamás volverá a verse más encantador nido de amor. Un año duró la existencia de la pareja en aquella maravilla mansión. Al cabo de él, la reina regresó al palacio de Menfis.

—Ahora, ¿a quién amas más?—preguntó el rey.

Ella besóle en una mejilla, y repuso:

—Vuelve a tomarme ¡oh, buen rey!, porque ya estoy curada.

—Entonces es cierto, como dijo Menofas, ¡ja, ja, ja!, que el mejor remedio para el amor es el amor...

—Así es—exclamó ella.

De repente la frente del monarca se arrugó, y su voz se hizo terrible.

—¡No fué así para mí!—gritó.

A la conclusión de la historia hallábase Ben-Hur sentado a los pies de la egipcia.

Ne-ne-hofra se sobresaltó.

—¡Esposa culpable! Orestes, el marido, perdona su ofensa; pero Orestes, el rey no puede perdonarla, y va a castigarte.

La reina se arrojó a sus pies.

—¡Silencio!—exclamó él—. ¡Estás muerta!

Dió una palmada, y un horrible cortejo, una procesión de *paracriptas* o embalsamadores penetró en la estancia, cada cual con uno de sus fúnebres instrumentos.

El rey señalóles a Ne-ne-hofra.

—Está muerta. ¡Cumplid vuestro deber!

VII

Ne-ne-hofra la hermosa, transcurridos setenta y dos días, fué llevada a la cripta construída para ella el año anterior por orden de su regio esposo y yace junto a sus reales compañeras; pero no hubo en su honor fúnebre cortejo a través del sagrado lago."

.....

A la conclusión de la historia hallábase Ben-Hur sentado a los pies de la egipcia, y la delicada mano del timonel prisionera entre las suyas.

—Menofas estaba en un error—dijo.

—¿Por qué?

—El amor se alimenta del amor.

—¿Entonces no tiene cura?

—Sí; Orestes la encontró.

—¿Cuál?

—La muerte.

—Eres un buen oyente, ¡oh, hijo de Arrio!

Y así, charlando y relatando historias amorosas, transcurrieron rápidas las horas. Al desembarcar dijo la bella:

—Mañana vamos a la ciudad.

—Pero ¿asistirás a los juegos?—preguntó él.

—¡Oh, sí!

—Te enviaré, pues, mis colores.

Y se separaron.

## CAPÍTULO IV

### LOS ESPÍAS DE MESSALA

Próximamente a la hora tercia del siguiente día regresó al aduar Ilderim. Cuando desmontó, un hombre de su tribu se le acercó y le dijo:

—Te traigo un pliego con encargo de que lo leas en seguida. Si hay contestación, esperaré tus órdenes.

Ilderim cogió el paquete, cuyo sello había sido ya roto, y cuya dirección era: "*A Valerio Grato, en Cesárea.*"

—¡Que Abadón cargue con él!—exclamó el jeque al ver que la carta estaba en latín.

Redactada en griego o en árabe la misiva hubiese podido leerla; así, todo lo que pudo comprender fué la firma en gruesos caracteres romanos: MESSALA, que leyó con un guiño de ojos.

—¿Dónde está el joven hebreo?

—En el campo con los caballos—contestó un esclavo.

El jeque volvió a envolver el papiro, rehaciendo el paquete, y lo guardó en su cinturón, montando otra vez a caballo. En aquel instante un forastero, procedente, al parecer, de la ciudad, llegóse a él.

—Vengo en busca del jeque Ilderim, llamado el Generoso—dijo el extranjero.

Su lenguaje y porte denunciábanle como romano.

Si Ilderim no sabía leer latín, hablábalo regularmente. Repuso, pues, con dignidad:

—Yo soy el jeque Ilderim.

El hombre bajó los ojos, levantólos de nuevo, y dijo con estudiada humildad:

—He sabido que necesitas un auriga para las carreras.

Sonrió desdeñosamente Ilderim, y repuso:

—Sigue tu camino. Ya tengo auriga.

Volvióle la espalda, dispuesto a partir, pero el hombre, balbuceando, prosiguió:

—Jeque: soy aficionadísimo a los caballos, y me han dicho que los tuyos son los más hermosos del mundo. Permíteme admirarlos.

El viejo, herido en su flaco, iba casi a dejarse arrastrar por la adulación; pero se repuso.

—No, hoy no, hoy no. Otra vez te los mostraré. Estoy ahora muy ocupado.

Puso su caballo al trote, y el extranjero, sonriente y satisfecho de haber cumplido su misión, tomó lentamente el camino de la ciudad.

Desde entonces, cada día, hasta el solemne de las carreras, un hombre, y a veces dos o tres, buscaba al jeque en el huerto ofreciéndose como auriga.

Así vigilaba Messala a Ben-Hur.

## CAPÍTULO V

### ILDERIM Y BEN-HUR

El jeque esperaba muy satisfecho a que Ben-Hur concluyese sus ejercicios matinales en el campo. Aguardaba muy satisfecho, porque había visto los caballos más dóciles y ágiles cada día, bajo la mano hábil del he-

breo, no pareciendo que hubiera uno más ligero o más pesado que otro, según lo acordes que corrían los cuatro, cual si fueran un solo caballo.

—Esta tarde, ¡oh, jeque!, te devolveré a *Sirio*—dijo el joven acariciando el cuello del caballo favorito—, te lo devolveré y tomaré el carruaje.

—¿Tan pronto?

—Caballos como los tuyos sólo necesitan un día para adiestrarse. Carecen de miedo; tienen afición al ejercicio y la inteligencia de un hombre. Este —y golpeó ligeramente con las riendas el lomo del más joven—, a quien llamas *Aldebarán*, creo que es el más veloz. En una vuelta al estadio adelantaría un cuerpo a los otros tres.

Ilderim se acarició la barba y dijo con la mirada centelleante:

—*Aldebarán* es el más veloz; pero, ¿cuál es el más tardo?

—Este—contestó Ben-Hur sacudiendo las riendas sobre *Antares*—. Este es; pero venceremos, ¡oh, jeque!, porque, mira, le haré correr todo el día, y, al ponerse el sol, alcanzará su máxima velocidad.

—Tienes razón otra vez—dijo Ilderim.

—Sólo tengo un temor, jeque.

El anciano se puso serio.

—En su afán de ganar, un romano se olvida hasta del honor. En los juegos, en todos ellos, sus tretas son innumerables En las carreras de carruajes su mala fe extiéndese sobre todo: caballos, amigos, dueños... Así, pues, buen jeque, está alerta. Hasta que no se hayan realizado las carreras no dejes que ningún extraño se acerque a los caballos, y, para más seguridad, que una guardia armada de hombres de tu confianza vele por ellos noche y día. Entonces no temeré el resultado de la lucha.

A la puerta de la tienda, ambos desmontaron.

—Se hará así. Ninguna mano, excepto si pertenece a uno de nuestros leales, tocará los caballos. Esta misma noche pondré centinelas. Pero mira, hijo de Arrio—añadió sacando de su cinturón el paquete secuestrado y desenvolviéndolo para entregar el papiro al joven—, mira esta carta, y ayúdame a descifrarla con tu latín. Toma. Lee en voz alta, traduciendo palabra por palabra a la lengua de tus padres. El latín es abominable.

Ben-Hur estaba de buen humor, y comenzó la lectura en seguida: "*Messala a Grato.*"—Se detuvo. Un presentimiento agolpó al corazón toda su sangre. Ilderim observó su agitación.

—Bueno; te escucho.

Judá se excusó y reanudó la lectura de la carta, que, creemos inútil decirlo, era una de las copias enviadas por Messala a Grato la mañana siguiente de la bacanal en el palacio.

Los primeros párrafos sólo denotaban que el escritor no había perdido la costumbre de mofarse continuamente; mas cuando el lector llegó a la parte

en que Messala intentaba refrescar la memoria de Grato, la voz de Ben-Hur tembló y por dos veces tuvo que detenerse para tomar aliento. Haciendo un esfuerzo prosiguió: "Mencionaré también lo que dispusiste acerca de la familia Hur (aquí Judá ahogó un sollozo), considerando ambos que necesitábamos gozar tranquilos de aquella fortuna, y no queriendo que el silencio proviniese de muertes violentas, sino naturales."

Ben-Hur no pudo proseguir. El papiro se escapó de sus manos, que acudieron presurosas a encubrir su rostro demudado.

—¡Han muerto... muerto! ¡Estoy solo!—murmuró.

El jeque, silencioso, pero sensible espectador de los sufrimientos del joven, levantóse y exclamó:

—Perdóname, ¡oh, hijo de Arrio! No podía figurarme... Lee para ti el papel, y cuando estés bastante tranquilo me dirás el resto. Envíame a buscar cuando quieras.

Y salió de la tienda, siendo ésta la más delicada atención que se le ocurrió en toda su vida.

Ben-Hur se desplomó sobre el diván y dió rienda suelta a sus sentimientos. Cuando se recobró un tanto, recordó que no había leído una parte de la carta; recogióla del suelo y prosiguió la lectura: "Tú sabrás—continuaba la epístola—lo que hiciste con la madre y la hermana del malhechor; y si ahora me intereso en saber si están vivas o muertas, no dudo..." Se estremeció Judá; releyó las últimas palabras y una exclamación de alegría se escapó de sus labios.

—No están muertas—dijo reflexionando—. Si hubieran muerto, lo sabría Messala.

Segunda lectura, más detenida que la primera, confirmóle en su opinión, abriendo su pecho a la esperanza. Entonces envió a buscar al jeque.

—Al venir a tu hospitalaria tienda, ¡oh, jeque!—dijo cuando éste se hubo sentado en el diván y quedaron de nuevo solos—no era mi ánimo hablarte de mí sino lo indispensable, a fin de asegurarte de mi habilidad para guiar los caballos. No quise referirte mi historia. Pero la tan extraña casualidad que ha puesto este papiro en mis manos, me ha hecho cambiar de propósito. Y me inclino más a darte explicaciones por el conocimiento de que ambos estamos amenazados por el mismo enemigo. Te leeré, pues, la carta y te daré luego mis explicaciones, después de las cuales no te extrañará que esté tan conmovido. Si la consideras debilidad o sentimentalismo, reformarás tu juicio.

El jeque escuchó con religioso silencio hasta llegar al párrafo que se le mencionaba: "Si me preguntases dónde está, te contestaría que se halla en el antiguo huerto de las Palmas, con el traidor jeque Ilderim..."

—¡Traidor yo!—exclamó furioso el viejo, mientras los labios y la barba

le temblaban a impulso de la ira—. ¡Traidor yo!—Y las venas de la frente y del cuello se le hinchaban como si fuesen a reventar.

—Aun un momento, jeque—dijo Ben-Hur con gesto despreciativo—. Esa es la opinión de Messala. Oye su amenaza.

Y prosiguió leyendo: "... con el traidor jeque Ilderim, que acaso no tarde mucho en caer en nuestras manos. No te sorprenda que Majencio, como medida preliminar, embarque al árabe en la primer galera que regrese a Roma."

—¡A Roma! ¡A mí! ¡Al jeque Ilderim..., que tengo a mis órdenes diez mil jinetes armados!... ¡A mí!... ¡A Roma!...

Se puso en pie de un salto, los brazos extendidos, los dedos crispados, la mirada centelleante.

—¡Oh, Dios!... ¡No, no, por todos los dioses, excepto los de Roma!... ¿Cuándo terminará tanta insolencia?... Hombre libre soy; libre es mi tribu. ¿Debemos morir esclavos, o peor aún, debemos vivir como perros que se arrastran a los pies del amo? ¿He de lamer la mano que me castiga? Lo que es mío, no es mío; yo no soy yo; hasta el aire que respiro debe, según parece, ser de los romanos. ¡Oh, si volviese mi juventud de nuevo!... ¡Oh, si pudiera quitarme veinte años de encima, o diez, o siquiera cinco!...

Crujieron sus dientes, levantó los brazos, y de repente, a impulsos de una nueva idea, adelantóse hacia Ben-Hur, y apretándole nerviosamente el hombro, le dijo:

—Si yo fuese como tú, hijo de Arrio, joven, fuerte, diestro en las armas; si una desgracia como la tuya me exigiese venganza; si tuviese que vengar una de esas injurias que santifican el odio... ¡fuera caretas, hijo de Hur! ¡Hijo de Hur, oye!...

A este apóstrofe la sangre del joven helóse materialmente en sus venas. Asombrado, confuso, sin movimiento, fijó sus ojos en los del árabe, que le miraba de cerca con salvaje expresión.

—¡Hijo de Hur, oye! Si yo fuese como tú, con la mitad de tus injurias que vengar, con recuerdos tan dolorosos como los tuyos, no podría estar tranquilo.

Sin respirar apenas, sus palabras salían de la boca a borbotones, como torrentes.

—A todos mis sufrimientos sumaría los del mundo entero y me consagraría por completo a la venganza. De pueblo en pueblo iría predicando la rebelión, y no habría sublevación en la cual no estuviese comprometido, ni batalla contra Roma en la cual no tomase parte. Me haría parto, si no hallase algo mejor; y aunque los hombres todos me hiciesen traición, seguiría adelante: ¡Hala, hala, hala! ¡Por el esplendor de Dios! Me iría a habitar con los lobos, y me haría amigo de los leones y de los tigres para

azuzarlos contra el común enemigo. Todos los medios serían lícitos si mis víctimas eran romanas, y me regocijaría con su martirio. No pediría cuartel ni lo daría. ¡A las llamas todo lo que es romano! ¡A cuchillo cuantos nacieron romanos! De noche rogaría a todos los dioses, lo mismo a los buenos que a los malos, que me prestasen sus flagelos: tempestades, carestías, ríos, calores, sequías, todos los innumerables venenos que flotan esparcidos por el aire, para arrojarlos todos, todas esas mil causas de muerte y exterminio, en mar y en tierra, sobre los romanos. No descansaría, no podría dormir... y...

Se detuvo, falto de aliento, y permaneció de pie, pálido, jadeante, con los puños apretados por la ira, los labios espumosos. De todo su apasionado arranque, sólo conservó Ben-Hur una vaga impresión del fulgor de su mirada, de su voz estridente, de la expresión de una cólera demasiado intensa para ser coherentemente expresada.

Por la primera vez, desde hacía muchos años, el desconsolado joven oíase llamar por su propio nombre. Un hombre por lo menos le reconocía, y le reconocía sin pedirle pruebas. ¡Y este hombre era un árabe del desierto!...

¿Cómo había llegado a conocerle? ¿Por la carta? No. La carta hablaba de los sufrimientos de su familia, de sus propios infortunios; pero no decía ni podía decir que él era la víctima. Esto precisamente era lo que había prometido explicar al jeque después de la lectura. La alegría y la esperanza inundáronle, y preguntó con calma forzada:

—Dime, buen jeque, ¿cómo ha llegado a ti esta carta?

—Mis gentes custodian los caminos que conducen a la ciudad y la arrebataron a un correo—dijo Ilderim bruscamente.

—¿Son conocidas como gentes tuyas?

—No; para el mundo son ladrones, a quienes yo mismo estoy encargado de perseguir y castigar.

—Otra pregunta, jeque. Me has llamado hijo de Hur, mi verdadero nombre. No creía que persona alguna en la tierra me conociese. ¿Cómo has llegado a saberlo?

Ilderim titubeó; pero recobrándose, repuso:

—Te conozco; pero no puedo decirte más.

—¿Alguien te tiene bajo su dominio?

El jeque cerró la boca y dió algunos pasos hacia la puerta; pero observando el desagrado de Ben-Hur, volvió a él y dijo:

—No hablemos más de este asunto ahora. Voy a la ciudad, y cuando vuelva hablaremos hasta agotar el tema. Dame la carta.

Ilderim rolló cuidadosamente el papiro, rehizo el paquete, y volviéndose otra vez todo energía:

—¿Qué dices?—preguntó, mientras aguardaba que le preparasen el caballo—. Te he dicho lo que haría en tu situación, y nada me has respondido.

—Voy a contestarte—. La expresión y la voz de Ben-Hur cambiaron como por efecto de la invocación a sus sentimientos de venganza—. Todo cuanto has dicho haré; por lo menos todo cuanto puede hacer un hombre. He consagrado mi vida a la venganza, y éste ha sido mi único pensamiento desde hace cinco años. Sin tregua, sin reposo, despreciando los atractivos y placeres de Roma, me he educado para la venganza. He tenido los más famosos maestros, aunque no, ¡ay!, de retórica o de filosofía, pues no podía perder mi tiempo en tales estudios. Mi ocupación era el estudio de las artes esenciales al hombre de armas. He vivido con gladiadores, con vencedores del circo, con centuriones, y ellos fueron mis maestros, envaneciéndose de tenerme por discípulo. Soy un soldado, jeque; pero para realizar mis ilusiones necesitaba ser un general, y por eso me alisté entre los agregados al cónsul Majencio para la próxima campaña contra los partos. Cuando termine ésta, si el Señor me concede vida y fuerzas—y apretando los puños expresóse con gran vehemencia—, entonces, cuando esté en condiciones de luchar con Roma, Roma tendrá que pagarme todas mis desgracias con la sangre de sus hijos. Ya te respondí, ¡oh, jeque!...

Ilderim le echó los brazos al cuello y lo besó, diciéndole emocionado:

—Si tu Dios no te favorece, será señal de que ha muerto. Toma de mí, y te prestaré si quieres un juramento solemne, hombres, caballos, camellos y el desierto para instruirlos. ¡Lo juro!... Por ahora, basta. Me verás o sabrás de mí antes de la noche.

Y volviéndose bruscamente, tomó a galope el camino de la ciudad.

## CAPÍTULO VI

### GUIANDO LA CUADRIGA

La carta interceptada era concluyente para demostrar a Ben-Hur que no se había equivocado en sus conjeturas sobre gran número de puntos interesantes. Su autor confesábase cómplice, con aleve intención, de la persecución a la familia Hur y del plan concebido para destruirla; había recibido una parte de los bienes confiscados y estaba disfrutando de ella; por eso temía la imprevista aparición de aquel a quien llamaba el principal delincuente. Se creía amenazado, y hasta seguía dispuesto a secundar cual-

quier acción que les asegurase en lo futuro el disfrute de los bienes adquiridos, librándolos para siempre del común enemigo.

Y la carta, no sólo confesaba la culpa, sino que le anunciaba nuevas persecuciones. Así, pues, al marcharse el jeque, Ben-Hur tenía mucho en qué pensar: necesitaba obrar con rapidez. Sus enemigos eran tan audaces como poderosos en todo el Oriente. Si le temían, él tenía mayor motivo para temerles. Procuró reflexionar acerca de su situación, pero no pudo. Su pensamiento huía de toda reflexión, y si le tranquilizaba por una parte la seguridad de que su madre y hermana vivían, sin fijarse en que esa seguridad era meramente inductiva y más fruto del deseo que del raciocinio, por otra, le preocupaba el averiguar dónde se hallaban. Desde que existía una persona sabedora del paradero de tan queridos seres, parecíale fácil averiguarlo. Y en medio de estos sentimientos creía supersticiosamente que Dios le había salvado de tantos desastres para cumplir una gran misión.

Refiriéndose a las palabras de Ilderim, asombrábase y se preguntaba quién podía haberle enterado de su historia. Malluch no sería ciertamente; y menos Simónides, que tenía interés en ocultarla. ¿Habría sido el informante Messala? No, no; la revelación podía perjudicarle mucho. Sus conjeturas eran vanas, y arribaba a la misma solución: el informante debía ser un amigo que algún día se presentaría. Era cuestión de esperar más, de tener un poco de paciencia aún. Tal vez la ida del jeque a la ciudad se relacionaba con el asunto. Acaso la carta precipitara la revelación.

Se hubiera mostrado paciente a poder creer que Tirza y su madre aguardábanle en circunstancias tales que les permitieran acariciar esperanzas semejantes a las que él abrigaba; si, en otras palabras, la conciencia no le recriminase por su inacción.

Huyendo de tales recriminaciones, salió a pasear por el huerto, deteniéndose a trechos, ora contemplando distraído la cosecha de dátiles, ya siguiendo el vuelo de los pájaros que iban a ocultarse entre las ramas de las palmeras, o el movimiento de los enjambres de abejas que rodeaban rumorosas los arbustos floridos libando la miel de entre sus pétalos.

Llegó hasta la orilla del lago, y se detuvo contemplando sus límpidas aguas, apenas rizadas por el viento y que con su rumoroso vaivén evocaban en su mente la imagen de la egipcia; y recordando las dulzuras de aquella noche que pasó al lado de tan maravillosa belleza, realzada aún por el encanto de sus canciones y relatos, llenóse su corazón de infinita ternura. Recordó lo retrechero de sus movimientos, el atractivo de su risa musical, la fascinación de su persona, la suavidad de su pequeña mano, que apretaba la suya contra el mango del timón cariñosamente. De Iras, su pensamiento volaba a Baltasar y a su maravilloso relato; de éste al Rey de los judíos, que el santo hombre, con tan profunda convicción, creía vivo y suponía había

de aparecer próximamente... Y aquí se detuvo, tratando de indagar el misterio y logrando la satisfacción que buscaba; porque nada hay más fácil que refutar un pensamiento conforme a nuestros deseos; así, rechazaba de plano la opinión sustentada por Baltasar respecto al reino. Un reino de almas, si no se oponía del todo a las doctrinas saduceas sembradas en él por sus padres, parecíale deducción sobrado abstracta y engendrada por el ensueño. Un reino de Judea o de otro pueblo era más comprensible: semejante reino había existido, y, por tal razón, podía volver. Y se ufanaba y gruía al pensar en el nuevo reino, más vasto en sus dominios, más rico y de mayor esplendor que el antiguo; en el nuevo rey, bajo cuyas banderas encontraría, principalmente, venganza y honores. En tal estado de ánimo regresó al aduar.

La comida del mediodía estaba dispuesta, y terminada la refacción hizo que llevasen ante su tienda el carruaje para proceder a su examen. La palabra expresa pobremente el cuidado con que estudió y observó el vehículo. No se le escapó ninguna particularidad, y, con satisfacción que se comprenderá más adelante, vió que era de tipo griego, en su sentir preferible al romano por su mayor anchura de rueda a rueda y menor altura de eje. La desventaja de ser más pesado la compensarían sus árabes. Por lo general, los constructores romanos de carruajes, como los fabricantes modernos, sacrificaban la solidez a la belleza y la resistencia a la gracia, mientras que los carruajes de Aquiles y de los "reyes de ejércitos" destinados a la guerra eran todavía los preferidos para los que buscaban las coronas en los juegos ístmicos y olímpicos.

Inmediatamente trajo los caballos, los enganchó al carruaje y los condujo al campo de ejercicios, donde hora tras hora les obligó a efectuar toda clase de evoluciones. Al caer la tarde regresó al aduar, con ánimo tranquilo y decidido a aplazar toda medida contra Messala hasta el día de las carreras. No habría trocado por nada del mundo el placer de medirse con su enemigo ante el Oriente. Su confianza en el triunfo era absoluta. Los caballos serían sus auxiliares en la empresa.

—¡Que se prepare! ¡Que se guarde! ¿No es verdad, *Antares, Atair?* ¿No es cierto, *Rigel,* mi excelente corcel? ¿Y tú, *Aldebarán,* rey de los corredores? ¿No es verdad que debe de temernos? ¡Ah, ah! ¡Bravo, magnífico...!

Así hablaba a los caballos en los intervalos de reposo, repartiendo entre los cuatro sus caricias.

Ya en plena noche, Ben-Hur sentóse a la puerta de la tienda, aguardando a Ilderim, que aún no había vuelto de la ciudad. No sentía impaciencia, ni sobresalto, ni duda. Por el contrario, satisfecho de los caballos, hallábase de buen humor y casi alegre, bien por la esperanza del triunfo, ya gozando

del reposo tras un día de gran fatiga, ora por haber cenado con excelente apetito, o por la dejadez y depresión que se experimenta tras emociones excitantes como ley infalible de la previsora Naturaleza. Se creía en las manos de la Providencia, y no lejos de sus enemigos. Por fin oyéronse los pasos precipitados y regulares de un caballo y Malluch se apeó ante él.

—Hijo de Arrio—dijo después de los saludos usuales—, el jeque Ilderim te saluda y te pide que montes a caballo y me sigas a la ciudad.

Ben-Hur, sin preguntar nada, dirigióse al departamento de los caballos. *Aldebarán* se le acercó como ofreciéndole sus servicios. Él lo acarició, pero pasó a escoger otro, porque la cuadriga era sagrada: sólo para las carreras. En breve los dos jinetes galopaban en silencio hacia la ciudad.

Cerca del puente de Seleucia cruzaron el río en una barca y entraron en la ciudad por el Oeste. La vuelta era larga, pero Ben-Hur aceptóla como medida de precaución, comprendiendo que había razones abundantes para dar aquel rodeo.

Penetraron en el muelle de Simónides, y a la puerta del gran almacén detúvose Malluch y se apeó.

—Desmonta. Hemos llegado.

Ben-Hur reconoció el sitio.

—¿Dónde está el jeque?—preguntó.

—Ven conmigo. Te llevaré ante él.

Un guardián tomó los caballos, y casi antes de darse cuenta de lo que le pasaba encontróse Ben-Hur de nuevo ante la estancia del mercader, y escuchó las mismas palabras que la primera vez:

—¡Que entre, en el nombre de Dios...!

## CAPÍTULO VII

### SIMÓNIDES RINDE CUENTAS

MALLUCH se quedó a la puerta, y Ben-Hur entró solo.

La estancia era la misma en que el joven habló por primera vez con el mercader, y nada había cambiado en ella, excepción hecha de que a la sazón, junto a la silla de brazos, sobre un pedestal de madera más alto que un hombre de talla ordinaria, había un candelabro de cuyos brazos pendían una media docena de lámparas de plata que alumbraban con gran claridad la sala.

Ben-Hur adelantó un poco y se detuvo.

Tres personas estaban presentes, contemplándole: Simónides, Ilderim y Ester.

Paseó su mirada del uno al otro, como si buscase en sus rostros la respuesta a la pregunta que acababa de formular en su cerebro:

Ben-Hur adelantó un paso y se detuvo. Tres personas estaban presentes contemplándole.

—¿Qué negocios pueden tener éstos conmigo?—Pregunta a la que sucedió instantáneamente esta otra—: ¿Serán amigos o enemigos?

Al cabo, sus ojos se posaron sobre Ester.

—Los hombres la contemplaban bondadosamente; en el rostro de ella había algo más que bondad, algo más espiritual, que comprendió, aun siendo incapaz de definirlo.

¿Habría leído bien? En su mirada parecióle ver algo de la expresión

de la egipcia, y por un instante la imagen de ésta rivalizó en su mente con la de la gentil judía. Sin darle tiempo para hacer comparaciones, una voz volvióle a la realidad:

—¡Hijo de Hur...!

Volvióse hacia su interlocutor.

—¡Hijo de Hur—replicó Simónides con énfasis, como si quisiera inculcar en su mente lo que iba a decirle—, la paz del Señor, Dios de nuestros padres, te deseo!— Se detuvo y añadió: —Te deseamos yo y los míos.

El anciano estaba sentado en su sillón, y Ben-Hur olvidó sus miembros deformados, fascinado por aquella majestuosa cabeza, aquel rostro de facciones enérgicas, de ojos penetrantes. Después de cruzarse de brazos, inclinó la cabeza, saludando.

—Simónides—contestó Ben-Hur muy conmovido—, la sagrada paz que me deseas, te la deseo a mi vez como un hijo a su padre. Hay perfecta inteligencia entre nosotros.

Así, delicadamente, procuró eludir la sumisión del mercader como de siervo a señor, dándole otro carácter más afectuoso y elevado.

Simónides dejó caer los brazos, y volviendo el rostro hacia Ester dijo:

—Un asiento para nuestro señor, hija.

Ella se apresuró a llevarlo, y quedó de pie, ruborosa, paseando su mirada de uno a otro: de Ben-Hur a Simónides, de Simónides a Ben-Hur.

Tras breve pausa, tomó Ben-Hur el asiento, y acercándose al sillón del anciano, exclamó:

—Me sentaré aquí.

Sus ojos se encontraron con los de la doncella, mirándose ambos por espacio de un segundo, que bastó para que uno y otro se comprendiesen: él lo que ella confiaba en su generosidad, y ella cuánta era la gratitud del joven hacia ellos.

Simónides exclamó con un suspiro de alivio:

—Ester, niña, trae los papiros.

Ella dirigióse a un armario disimulado en la pared, lo abrió, y sacando un rollo lo entregó a su padre.

—Tuviste razón en decir, hijo de Hur—empezó el mercader—, que entre nosotros existía perfecta inteligencia. He aquí las notas que aclaran nuestra respectiva situación. Dos son los puntos principales que hay que aclarar: la propiedad primeramente, y luego nuestras relaciones. La exposición es clara respecto de ambas. ¿Quieres leer?

Ben-Hur tendió la mano para tomar los documentos, dirigiendo una mirada a Ilderim, que fué comprendida por Simónides.

—No empece la presencia del jeque para la lectura. Las cuentas necesita-

ban un testigo, y al pie de ellas verás la firma de Ilderim, que es tu amigo. Todo lo que ha sido para mí lo será para ti también.

El mercader miró al árabe, sonriendo apaciblemente, y éste devolvióle la sonrisa y se inclinó diciendo:

—Tú lo has dicho.

—Ya he recibido otras pruebas de su amistad—repuso el joven—, y le estoy en deuda—. Luego continuó: Más tarde, ¡oh, Simónides!, leeré cuidadosamente estos documentos; por lo pronto, guárdalos, y si no te es molesto hazme su resumen.

Simónides tomó otra vez el rollo.

—¡Aquí, Ester! Está junto a mí para recibir los papiros que yo te vaya dando, a fin de evitar confusiones.

La doncella colocóse junto al sillón, apoyando ligeramente la mano sobre el hombro de su padre, y así parecía, cuando hablaba el ancino, que eran ambos los que rendían cuentas.

—Este—principió Simónides desarrollando el primero—contiene la relación de las cantidades que obraban en mi poder de tu padre, y que salvé de la confiscación romana. Era dinero solamente, y se hubieran apoderado de él los ladrones a no estar, según costumbre hebrea, en letras de cambio sobre los mercados de Roma, Alejandría, Damasco, Cartagonova, Valencia y otras plazas. La suma salvada de este modo ascendía a ciento veinte talentos de moneda hebrea.

Entregó el papiro a Ester y desdobló el segundo.

—De ese total, ciento veinte talentos, me encargué por mí mismo, y ahora verás el montante de mis créditos. Uso la palabra, como verás, para indicar las ganancias que hice producir a esa cantidad.

De varios pliegos fué leyendo cifras, que transcribimos en sus totales y omitiendo las fracciones:

| | | |
|---|---|---|
| En naves | 60 | talentos. |
| Mercancías almacenadas | 110 | — |
| Cargas de tránsito | 75 | — |
| Camellos, caballos, etc | 20 | — |
| Almacenes | 10 | — |
| Letras de cambio | 54 | — |
| Dinero contante | 224 | — |
| TOTAL | 553 | — |

—Añade ahora a éstos, a los quinientos cincuenta y tres talentos, los ciento veinte del capital originai, y tendrás SEISCIENTOS SETENTA Y TRES TALENTOS, todos tuyos, haciéndote, ¡oh, hijo de Hur!, el hombre más rico del mundo.

Y volviendo a coger los papiros de manos de Ester, entrególos de nuevo, reservándose uno, a Ben-Hur. El orgullo que se reflejaba en su rostro no tenía nada de insolente u ofensivo: acaso provenía de la satisfacción de haber cumplido bien su deber; quizá se refería únicamente a Ben-Hur.

—Ya no hay nada—añadió bajando la voz, pero no los ojos—, no hay nada nuevo que no puedas hacer.

El momento era solemne. El mercader se cruzó de brazos, Ester estaba ansiosa, el árabe acariciaba nerviosamente sus largas barbas. Una gran fortuna es la más decisiva prueba del carácter de un hombre.

Tomando el rollo, levantóse Ben-Hur, y, luchando con la propia emoción, dijo con voz bronca:

—Esto es como una luz del cielo enviada para alumbrar mi camino en noche tan obscura y tan larga que ya me figuraba sería eterna. Doy gracias al Señor, que no me ha abandonado, y después a ti, ¡oh, Simónides! Tu fidelidad compensa la crueldad de los otros y redime la naturaleza humana. "Nada hay que no pueda hacer", has dicho; sea. ¿Habrá alguien en esta hora de poderoso privilegio que me venza en generosidad? Sírveme de testigo, jeque Ilderim. ¡Y tú, Ester, ángel bueno de este hombre bueno, óyeme tú también!...

Tendió la mano con el rollo a Simónides.

—Toda la fortuna mencionada en esos documentos, naves, casas, mercaderías, camellos, caballos, dinero, desde lo más pequeño a lo más grande, todo te lo devuelvo, ¡oh, Simónides!, haciéndolo todo tuyo y sellando mi donación para ti y todos tus descendientes por siempre.

Ester sonreía a través de sus lágrimas; Ilderim se estiraba las barbas nervioso, y sus ojos brillaban como carbúnculos. Sólo Simónides estaba tranquilo.

—Sellando mi donación para ti y para los tuyos por siempre—continuó el joven—con una sola excepción y bajo una condición.

Los oyentes estaban pendientes de sus labios.

—Que me devuelvas los *ciento veinte* talentos que pertenecían a mi padre.

El rostro de Ilderim resplandeció.

—Y que me ayudes, con tu inteligencia y con tus bienes, a buscar a mi madre y a mi hermana.

Simónides, muy conmovido, dijo, cogiéndole la mano:

—Veo tu buena voluntad, hijo de Hur, y agradezco al Señor Dios que me haya enviado un amo como tú. Si serví bien a tu padre en vida, y después su memoria, no temas que te falte a ti; pero no puedo aceptar tu generosidad.

Exhibiendo entonces el papiro que se había reservado, prosiguió:

Aún no te rendí cuentas de todo. Toma este pliego y lee, lee en voz alta.

Ben-Hur cogió el papiro y leyó:

"Lista de los esclavos de Hur, al cuidado de Simónides, administrador de sus bienes:

1.° Amrah, egipcia, guardián del palacio de Jerusalén.

2.° Simónides, administrador de la casa, en Antioquía.

3.° Ester, su hija."

En cuantas reflexiones se había hecho acerca de Simónides, ni una vez pasó por el pensamiento de Ben-Hur que, por la ley, la hija heredaba la condición de su padre. En todas sus visiones la dulce Ester figuraba como rival de la egipcia y posible objeto de su amor. La revelación repugnóle, y al ver que la joven bajaba los ojos ruborizada, rolló el papiro, y dijo:

—Un hombre con seiscientos talentos es realmente riquísimo, y puede hacer lo que quiera. Pero más raro que el dinero, más precioso que las propiedades, es la inteligencia que acumuló tal riqueza y el corazón que la fortuna no logró corromper. ¡Oh, Simónides, y tú, bella Ester! ¡No temáis! Jeque Ilderim, sé testigo de que los declaro libres desde este momento, y de que prometo legalizar su libertad en una escritura. ¿No es bastante? ¿Puedo hacer más?

—Hijo de Hur—replicó el mercader—; verdaderamente tu bondad hace agradable la esclavitud; pero estás en error. Hay algunas cosas que no puedes hacer; darnos la libertad legalmente, es una de ellas. Soy esclavo tuyo de por vida. Fuí un día a la puerta de tu casa, y tu padre clavó en ella la oreja mía con su lezna.

—¿Mi padre hizo eso?

—No le juzgues ligeramente—se apresuró a decir Simónides—. Me aceptó como esclavo perpetuo, porque yo se lo rogué, y nunca me he arrepentido. Fué el precio que pagué por Raquel, que no quería aceptarme por esposo si no me convertía en lo que ella era.

—¿Era esclava perpetua?

—Sí.

Ben-Hur paseábase por la estancia, lamentando su impotencia.

—Era ya rico—dijo parándose de repente—; era rico por los dones del generoso Arrio, y ahora acumulo otra fortuna mayor y la inteligencia que la ha sabido acumular. ¿No habrá en todo esto un propósito divino? Aconséjame, ¡oh, Simónides! Ayúdame a ver lo que debo hacer. Ayúdame a ser digno de mi nombre, y así como tú eres mío por la ley, yo seré tuyo de hecho hasta la muerte. Seré tu esclavo de por vida.

La faz del anciano centelleaba.

—¡Oh, hijo de mi querido amo! Seré más que tu consejero y ayuda: te

serviré con todas mis energías. No tengo cuerpo, pues se aniquiló en servicio tuyo; pero tengo inteligencia y corazón: ambos son todo tuyos. ¡Te lo juro por el altar de nuestro Dios y las ofrendas de su altar! Sólo te pido que me confirmes en el puesto que hasta hoy asumí.

—Nómbralo.

—Administrador de tus bienes.

—Lo eres desde este instante. ¿Quieres el nombramiento por escrito?

—Me basta tu palabra, como me bastó la de tu padre. No quiero más del hijo que del padre. Y ahora, si nuestra inteligencia es perfecta...

Se detuvo.

—Lo es por mi parte—exclamó Ben-Hur.

—¡Y tú, hija de Raquel, habla!—dijo Simónides, quitando de su hombro la mano de la doncella.

Ester quedó, de este modo, sola; permaneció un momento confusa; un color se le iba y otro se le venía; al fin dirigióse a Ben-Hur, y díjole con gracia femenil y singular dulzura:

—No soy de superior condición que mi madre; y pues ella falta, te suplico, ¡oh, amo mío!, que me permitas cuidar de mi padre.

Ben-Hur la cogió de la mano, y llevándola junto al sillón de su padre, exclamó:

—Eres una buena hija. Haz tu voluntad.

La muchacha echó de nuevo los brazos al cuello de Simónides, y, durante un rato, reinó el silencio en la estancia.

## CAPÍTULO VIII

### LA CREENCIA DE SIMÓNIDES

El mercader miraba altivamente como un señor.

—Ester—dijo dulcemente—, la noche avanza, y para que no nos cause fatiga lo que aun tenemos que hablar, haz que nos sirvan un refrigerio.

Tocó la campanilla, y un siervo acudió con pan y vino, que ella misma sirvió a los tres hombres.

—La inteligencia de que hablábamos, mi buen señor—dijo cuando todos hubieron sido servidos—, no es perfecta por mi parte. De hoy en adelante nuestras vidas correrán juntas como ríos que han unido sus aguas en un mismo cauce. Creo que vale más disipar desde luego todas las nubes para

dejar aclarado por completo el horizonte. Acudiste a mi cuarto el otro dia, y al salir de esta estancia creíste que te había negado todos los derechos que hoy te he reconocido ampliamente; pero no fué así. Ester es testigo de que te reconocí inmediatamente, y Malluch de que no te abandoné.

—¡Malluch!—exclamó Ben-Hur.

—Quien se halla clavado en un sillón, como yo, debe tener muchos brazos para alcanzar las cosas que desea y remover el mundo del que ha sido tan cruelmente desterrado. Yo tengo varios, y Malluch es uno de los mejores entre ellos. Sin contar con que a veces—y dirigió una mirada de gratitud a Ilderim—, a veces me sirvo de otros buenos corazones, como Ilderim el Generoso, tan bueno como honrado. Que te diga si te he negado ni olvidado.

Ben-Hur miró al árabe.

—¿Es él, buen jeque, es él quien te habló de mí?

Los ojos de Ilderim resplandecieron, dando afirmativa respuesta.

—¿Cómo, ¡oh, amo mío!, puede decirse sin prueba lo que es un hombre? Yo te reconocí; vi a tu padre en ti, pero no conocía tu índole. Hay gentes para quienes la fortuna es una maldición disfrazada. ¿Eras tú de esos hombres? Envié a Malluch para sondear tu carácter y en servicio tuyo; veía por sus ojos y oía por sus oídos. No lo censures. Todo cuanto de ti me dijo fué bueno.

—¡En lo más mínimo!—dijo cordialmente el joven—. Alabo la prudencia de tu bondad.

—Tus palabras son halagadoras para mí—contestó el mercader, conmovido—, muy halagadoras. Mi temor de una mala inteligencia se desvaneció. Que los ríos corran desde ahora por el mismo cauce en la dirección que a Dios plazca.

Tras una pausa, continuó:

—La verdad se descubre ahora a mi vista. Como el tejedor, que sentado al telar, ve crecer la tela a sus ojos y cubrirse de figuras mientras él acaricia sus ensueños para lo porvenir, así yo he visto crecer entre mis manos la fortuna, y me asombraba del incremento, preguntándome a mí mismo muchas veces: "¿A qué se debe esto?" Podía ver que otro cuidado, fuera del mío, sacaba a flote, sin riesgo, todas mis empresas. El simoun, que sepultaba las caravanas de otros en el desierto, respetaba las mías; las tormentas que hacían naufragar tantas naves, aceleraban la marcha de las mías a los puertos; y, lo más sorprendente, yo, tan dependiente de todos, fijado a mi sitial como cosa inerte, no he sido jamás defraudado. Los elementos, a mi servicio, y mis servidores, fieles todos.

—Es muy extraño, en efecto—dijo Ben-Hur.

—Así decía yo, y sigo diciendo. Finalmente, ¡oh, mi señor!, finalmente arribé a la misma conclusión que tú. Dios andaba en ello, y como tú, me pre-

guntaba: ¿Cuál puede ser su divino propósito? La inteligencia no se malgasta nunca, y una inteligencia suprema como la de Dios no se emplea sino con un designio. Y con esta pregunta de mi corazón, he esperado muchos años la respuesta. Estaba seguro que Dios me había de responder algún día, y creo que ya lo ha hecho.

Ben-Hur escuchaba con todas sus facultades.

—Muchos años hace, con mi familia (tu madre, Ester, estaba aún conmigo, hermosa como la aurora en el viejo Olivete) hallábame sentado fuera de Jerusalén, junto a las tumbas de los reyes, cuando tres hombres desconocidos, montados en soberbios dromedarios blancos, llegaron allá. Eran extranjeros que venían de apartadas regiones. El primero se detuvo para preguntarme: "¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?" Y, como para calmar mi asombro, añadió: "Porque nosotros hemos visto su estrella en Oriente, y venimos a adorarlo." No podía entenderlos y los seguí hasta la puerta de Damasco, donde repitieron su pregunta a los guardias. Todos cuantos la oyeron se sorprendieron como yo. Con el tiempo olvidé el suceso, aunque por entonces comentóse mucho, suponiéndose si se trataría del anunciado Mesías... ¡Ay! ¡Qué niños somos los mortales, aun los que se reputan en el mundo más sabios!... ¡Cuando Dios baje a la tierra, sus pasos serán siglos aparte!... ¿Has visto a Baltasar?

—Y le he oído contar la historia.

—¡Un milagro! ¡Un verdadero milagro, mi buen señor!... Cuando me lo refirió, parecióme oír la respuesta que aguardaba hacía tantos años. Los propósitos de Dios me concernían. Pobre será el Rey cuando venga; pobre y sin amigos, sin séquito, sin ejército, sin ciudades ni castillos. Tendrá que conquistar su reino y arrojar de él a Roma, reducida a tributaria o destruída. ¡Mira, mira, señor amo! Tú, fuerte; tú, diestro en el manejo de las armas; tú, rico... ¡considera qué ocasión te presenta el Señor! ¿No secundarás sus designios? ¿Puede algún hombre ser llamado a mayor gloria?

Simónides puso en este llamamiento todas sus energías.

—¡Pero ese reino, ese reino!—exclamó Ben-Hur ansiosamente—. Baltasar dice que será de almas.

El orgullo de raza estaba muy arraigado en Simónides, y, con una sonrisa de desprecio en los labios, comenzó su réplica:

—Baltasar ha sido testigo de cosas maravillosas, de milagros, y cuando habla de esto me inclino reverente y convencido; pero cuando discurre por cuenta propia, no. Es hijo de Mizraim, ya que no sea un prosélito, y no le creo capaz de conocimientos especiales acerca de los designios de Dios para con nuestro Israel. Los profetas recibieron la luz del cielo directamente, como él; ellos son muchos; él uno, y Jehová es el mismo eternamente. Yo debo creer a los profetas. Tráeme la Tora, Ester.

Y prosiguió, sin aguardar el cumplimiento de su orden:

—¿Pueden ser rechazados los testimonios de todo un pueblo, dueño mío? Aunque vayas desde Tiro, junto al mar del Norte, a Edom, en el Sur, no hallarás un pastor o mendigo que no te diga que el reino que ha de venir será como el de David o el de Salomón.

Ester regresó trayendo una porción de rollos cuidadosamente encerrados en estuches con arabescos y letras de oro.

—Guárdalos, hija, y dámelos conforme te los vaya pidiendo.

Entonces, continuando su argumentación, apoyábase en textos bíblicos que leía o repetía de memoria, para demostrar que el reino sería corporal y no espiritual. Hizo una pausa y preguntó:

—¿Crees en los profetas, señor?

Bebió y dijo a Ester:

—Dame el libro de Isaías.

Tomó el rollo que le entregaba la joven, y leyó:

"El pueblo que andaba en tinieblas vió una gran luz: a los que moraban en la región de la sombra y de la muerte les nació la luz..."

"Por cuanto ha nacido un infante para nosotros, un hijo se ha dado a nosotros y el principado ha sido puesto sobre sus hombros..."

"Se extenderá su imperio, y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el solio de David y sobre su reino para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre."

—¿Crees en los profetas, amo mío?... Ahora, Ester, tráeme el rollo de Miqueas.

Le obedeció la hija y leyó el versículo referente a Belén, que, aunque la menor de las ciudades de Judea, no sería la menos gloriosa, porque de ella habría de salir el futuro Rey de Israel.

—Y éste fué—exclamó—el Niño que vió y adoró Baltasar en la gruta, ¡oh, amo mío! Y ahora, ¿creerás en los profetas? Escucha, escucha lo que dijo, por inspiración o mandato del mismo Jehová, Jeremías:

"Mirad que vienen los días, dice el Señor, y levantaré de David un pimpollo recto, y reinará Rey, y será sabio, y hará el juicio y la justicia en la tierra.

"En aquellos días se salvará Judea, e Israel vivirá confiadamente..."

El anciano interrumpió la lectura para exclamar:

—¿Has oído, amo mío? Y *reinará Rey;* reinará; será rey. ¿Crees a los profetas, señor? Tráeme el libro de Daniel, Ester... Eso es. Escucha, escucha todavía, ¡oh, amo mío!...

Y leyó:

"Y he aquí que vino a mí una visión en la noche y se me apareció el Hijo del Hombre entre nubes, bajando del cielo...

"Y le fué dado en la tierra dominio y gloria, y un reino del que formaron parte hombres de todos los pueblos y de todas las naciones y de todas las lenguas...

"Y no se acabará su dominio, ni su reino será destruído jamás."

—Y ahora, ¡oh, amo mío!, ¿crees en los profetas?

—¡Basta, basta!—gritó conmovido Ben-Hur—. ¡Ya creo!

—¿Y qué?—preguntó Simónides—. ¿Si el Rey viene pobre, no le ayudará mi señor con sus riquezas?

—¡Ayudarle! Le daré hasta mi último óbolo y mi último suspiro. Pero ¿por qué crees que será pobre?

—Dame el libro de Zacarías, Ester... Ahora oye cómo entrará en Jerusalén: "Alégrate, ¡oh, hija de Sión!, porque ya llega a ti tu Rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo."

Ben-Hur miró a lo lejos.

—¿Qué miras allí, señor?—interrogó el anciano.

—Roma—dijo tristemente—, Roma y sus poderosas legiones. He vivido con ellos, en sus campamentos, y los conozco.

—¡Ah! Tú guiarás las legiones del Rey y estarás a la cabeza de millones de hombres.

—¿Millones?

—No te preocupe la cuestión del número—contestó Simónides, tras un momento de reflexión.

Ben-Hur miróle interrogativamente.

—Ves de una parte al Rey, pobre y desvalido, y de otra las poderosas legiones de Roma, y te preguntas: ¿Qué puede hacer?

—Ese era precisamente mi pensamiento.

—¡Oh, dueño mío! No sabes la fuerza que tiene nuestro Israel. Te lo figuras, viejo caduco, llorando amargamente por Babilonia; pero ve la próxima Pascua a Jerusalén y verás lo que es. La promesa del Señor al patriarca Jacob se ha cumplido con creces; a pesar del cautiverio de Egipto, no obstante la dominación romana, no hemos cesado de multiplicarnos; y ahora componemos, no sólo una nación, sino una multitud de naciones. No sólo esto te dará la medida de la fuerza de Israel, sino la propagación de nuestra fe, que se ha extendido por toda la tierra conocida. Acostumbramos a contar a Jerusalén como Israel, y no es eso; Jerusalén es una piedra del edificio, el corazón del cuerpo israelita, si quieres; pero el día que grites: "¡Israel, a tus tiendas!", verás acudir centenares, millares de israelitas de la Persia, de Egipto, de los remotos pueblos de Africa, de España, de Grecia, de Antioquía, de Roma mismo, y verás lo que puede Israel, lo que puede el Rey.

Simónides hablaba fervorosamente.

Sus palabras sonaban en los oídos de Ilderim como los toques marciales de trompetas.

—¡Oh, si volviese a mi juventud!—exclamó poniéndose de pie.

Ben-Hur no se movió. Comprendió que la arenga era una invitación a que ofreciese su vida y fortuna al misterioso Ser que era el eje de las esperanzas más queridas de Simónides y del ferviente Baltasar. La idea, como hemos visto, no era nueva para él, pero se repetía. Una vez la había tenido, escuchando a Malluch camino del huerto; otra vez, mientras Baltasar le explicaba su concepto del futuro Rey en la tienda del jeque, y se había inclinado casi a ponerla en práctica. Ahora las palabras de Simónides habían sido verdadera revelación; como si una puerta invisible se hubiese abierto ante él de improviso, inundándolo de luz y presentándole sus ensueños de remero, y sus ilusiones mientras se ejercitaba en el manejo de las armas en Roma, como próximas realidades. Le quedaba sólo una duda.

—Concedamos todo cuanto dices, ¡oh, Simónides!—dijo—: que el Rey vendrá, que su reino será como el de Salomón, y también que estoy dispuesto a poner mi persona y fortuna a su servicio, por ser ese un designo de Dios. ¿Y qué? ¿Hemos de trabajar a ciegas? ¿Aguardaremos a que el Rey venga? ¿He de esperar hasta que me llame? Tienes edad y experiencia; contesta.

—No somos dueños de elegir—contestó—. No. Esta carta—y enseñó la de Messala a Grato—, esta carta es la señal para obrar. La alianza entre esos dos romanos nos arrollaría. No somos bastante fuertes para oponernos a ella. Si aguardamos, te matarán. Mírame y contempla cuánta es la misericordia que tienen para con sus enemigos.

Se estremeció al terrible recuerdo.

—¡Oh, mi buen señor! ¿Tu ánimo es fuerte y resuelto?

El joven no le comprendió.

—Recuerdo cuán hermosa me parecía a tu edad la vida—prosiguió Simónides.

—Sin embargo, fuiste capaz de un gran sacrificio—observó Ben-Hur.

—Sí, por amor.

—¿No hay en la vida otros móviles tan poderosos?

Simónides sacudió la cabeza.

—Existe la ambición.

—La ambición está vedada a los hijos de Israel.

—¿Y la venganza?

La centella inflamó sus pasiones. Los ojos del anciano fulguraron y contestó con vehemencia:

—La venganza es un derecho del judío: es la ley.

—Un camello, hasta un perro, recuerdan la ofensa—rugió Ilderim.

De pronto, Simónides, adivinando y siguiendo el curso de los pensamientos de su señor, dijo:

—Hay un trabajo, un trabajo en pro del Rey, que debe hacerse antes de su venida. No podemos dudar que Israel será su diestra; pero, ¡ay!, la mano, hoy por hoy es de paz, inútil para la guerra. De entre sus millones no hay un capitán; no existe entre ellos disciplina. Los mercenarios de Herodes no pueden contarse, porque se reservarían para nuestra destrucción. Nuestra condición es como el romano la ha querido; su política ha dado como fruto la tiranía que soportamos; pero la hora es llegada en que el pastor arrojará su cayado para tomar la espada y la lanza, y las ovejas se convertirán en leones. Alguien, hijo mío, ha de ocupar un sitio a la derecha del Rey. ¿Y quién podrá ser si no el que realice esta gran obra?

El semblante de Ben-Hur estaba radiante, y dijo:

—Ya lo comprendo; pero habla claro. Una cosa es decir lo que debe hacerse, y otra cómo puede hacerse.

Simónides bebió del vino que Ester le trajo, y replicó:

—El jeque y tú, mi dueño, seréis los principales, cada uno en su esfera de acción. Yo permaneceré aquí, como siempre, en el negocio, para que no se agoten los fondos. Tú irás a Jerusalén y principiarás a instruir a los soldados de Israel, dividiéndolos en decenas, centenas, con sus decuriones y sus jefes; ejercitándolos en el mando y en el manejo de las armas, que yo te enviaré y tú cuidarás de tener ocultas. Comenzando por Galilea, pasarás a Jerusalén. El jeque guardará sus espaldas en el desierto, guardará los caminos, y nada hará sin tu conocimiento, ayudándote de varios modos. Hasta que el proyecto toque a su madurez, nadie ha de saber nada de lo pactado aquí. La mía no es más que la acción del siervo. He hablado ya a Ilderim. ¿Qué dices?

Ben-Hur miró al jeque.

—Así es como él lo dijo—respondió el árabe—; así es, hijo de Hur. He dado mi palabra y se ha declarado satisfecho; pero tú recibirás mi juramento y el de todos los hombres de mi tribu, y dispondrás de cuanto yo tengo.

Los tres—Simónides, Ilderim, Ester—miraron a Ben-Hur ansiosamente.

—Todos los hombres—contestó éste al fin en voz baja—tienen su respectiva copa de placer dispuesta, y pronto o tarde llega a sus manos y la apuran. Todos los hombros... menos yo. Veo, Simónides, y tú, generoso jeque, adónde tienden vuestros propósitos. Si los acepto, adiós paz y hermosas ilusiones de tranquila vida. Las puertas que ahora se me abran cerraránse tras mí para no volver a abrirse, porque Roma tiene las llaves, y su venganza me perseguirá doquiera, reduciéndome a morar en las grutas de los montes o dejándome el desierto como único asilo.

Un sollozó interrumpió sus palabras, y todos se volvieron hacia Ester, que ocultaba su rostro sobre el hombro de su padre.

—No lo hubiera creído de ti, Ester—dijo Simónides con dulzura, pues él también estaba conmovido.

—Está bien; basta, Simónides—exclamó Ben-Hur—. El hombre sufre con más paciencia cuando sabe que hay quien le compadece. Atendedme. No tengo elección; no puedo hacer sino tomar la parte que me asignáis en la empresa, pues permanecer aquí es exponerse a una muerte innoble. Empezaré en seguida la obra.

—¿Debemos escribir el compromiso?—preguntó Simónides movido por sus hábitos comerciales.

—Me basta tu palabra—exclamó el joven.

—Y a mí—contestó Ilderim.

Así, sencillamente, se operó el contrato que iba a alterar la vida de Ben-Hur. Casi inmediatamente agregó éste:

—Esto es hecho.

—¡Que el Señor, Dios de Abraham, nos ayude!—exclamó Simónides.

—Una palabra ahora, amigos míos. Quiero ser dueño de mí mismo hasta después de los juegos—dijo más alegre Ben-Hur—. No es probable que me amenace peligro alguno de Messala hasta que le conteste el Procurador, y esto no puede suceder antes de siete días. Mi encuentro con él en el circo es un placer que me procuraría a cualquier costa.

Ilderim asintió, complacido. Y Simónides, hombre de negocios ante todo, añadió:

—Está bien; y esta dilación me permitirá prestarte otro servicio, señor. Recuerdo haberte oído decir que has heredado a Arrio. ¿Son propiedades?

—Sí; hay una villa en Misseno y casas en Roma

—Propongo la venta de esas propiedades y salvar su valor. Dame cuenta de todo, y si me autorizas, despacharé un agente con esa misión. Por esta vez, a lo menos, nos burlaremos de los ladrones imperiales.

—Tendrás la nota y la autorización mañana.

—Entonces, hemos terminado por esta noche.

Ilderim, complaciéndose, peinaba su barba con los dedos.

—Y terminado satisfactoriamente—dijo.

—El pan y el vino otra vez, Ester. El jeque Ilderim nos honrará quedándose aquí hasta mañana o hasta cuando le plazca. ¿Y tú, mi señor?

—Que traigan los caballos. Me vuelvo al huerto. El enemigo no me descubrirá si voy ahora; y además—añadió dirigiéndose a Ilderim—, la cuadriga se alegrará de verme.

Rayaba el día cuando él y Malluch se apeaban a la puerta de la tienda del jeque.

## CAPITULO IX

### ESTER Y BEN-HUR

La siguiente tarde, próximamente a la hora cuarta, Ben-Hur hallábase en el terrado del gran almacén, con Ester. A sus pies agitábase la misma rumorosa multitud de operarios, dependientes, siervos, marineros, cuyo incesante ir y venir, a la luz de las antorchas, parecía una visión de cualquier cuento oriental, obra de algún fantástico genio. Estaban cargando una galera para su marcha. Simónides no había sido sacado aún de su despacho, en el cual daba sus últimas instrucciones al capitán del barco para ir sin detenerse a Ostia, el puerto marino de Roma, y después de desembarcar allá un pasajero, continuar su ruta a Valencia, en la costa oriental de España.

El pasajero era el agente que llevaba instrucciones para disponer de la herencia del duunviro Quinto Arrio. Cuando la embarcación levara anclas y emprendiera su viaje, Ben-Hur se encontraría irrevocablemente ligado a la empresa de que habían hablado la noche anterior. Si se arrepentía, podía revocar el acuerdo. Era el amo, y le bastaba pronunciar una palabra.

Tales eran sus pensamientos en aquel momento. Con los brazos cruzados, contemplando la escena, dudaba y batallaba consigo mismo. Joven, hermoso, rico, acostumbrado a frecuentar los círculos de la sociedad patricia de Roma, es fácil concebir cuántos atractivos tenía para él ese mundo al que renunciaba. Podemos imaginarnos los sentimientos que le embargaban: la lucha desesperada que iba a emprender contra César; la incertidumbre de la llegada del Rey y todo cuanto a él se refería: los negocios, los honores, la autoridad que podía proporcionarle su fortuna, y, sobre todo, la vida tranquila con los nuevos amigos que había encontrado, eran argumentos que debatíanse en su pensamiento. Sólo aquellos que han peregrinado durante mucho tiempo, de un país a otro, tristes y solos, pueden conocer la poderosa atracción que ejerce la visión de una vida apacible y cómoda.

Añádase a esto el mundo, siempre murmurando al débil y al acidioso: "Estate quieto. No te muevas de donde estás bien." Y la voz del mundo, en esta ocasión, era secundada cerca de Ben-Hur por su compañera, Ester.

—¿Has estado en Roma?

—No—contestó ella

—¿Quisieras ir?

—Creo que no.

—¿Por qué?

—Tengo miedo a Roma — repuso Ester con imperceptible temblor en la voz.

Dirigió su mirada hacia ella, o, mejor aún, dejó caer su mirada sobre ella, que a su lado parecía poco más que una niña, y, en la penumbra, no pudo distinguir sus facciones; sus mismas formas resultaban confusas. Otra vez se acordó de Tirza, y le invadió súbita ternura. Precisamente así estaba su desaparecida hermana, con él, en la terraza de su palacio, la calamitosa mañana del accidente a Grato. ¡Pobre Tirza! ¿Dónde estaría ahora? Ester obtuvo el beneficio del sentimiento evocado. Si no era su hermana, jamás podría mirarla como a una esclava; y por ser en realidad su esclava, la guardaría siempre los mayores miramientos.

—No puedo pensar en Roma—continuó ella, ya repuesta y con su tranquila y dulce voz femenil—; no puedo pensar en Roma como una ciudad de palacios y templos, poblada de gentes. Se me representa como un monstruo que tomó posesión de una de las más hermosas tierras, y lleva a los hombres la ruina y la muerte; un monstruo al que no es posible resistir; un vampiro que se alimenta con sangre. ¿Por qué?...

Le faltó la voz, bajó los ojos y vaciló.

—Sigue—dijo Ben-Hur animándola.

Ella se aproximó más a él, alzó la vista hasta clavarla en los ojos del señor, y añadió:

—¿Por qué enemistarse con ella? ¿Por qué no seguir en paz y tranquilo? Has sufrido mucho; has sobrevivido a las asechanzas de tus enemigos; padeciste durante toda tu juventud; ¿por qué no gozar de los días que te quedan?

La joven palidecía cada vez más y se estrechaba a él a medida que hablaba. Ben-Hur se inclinó hacia ella y le preguntó dulcemente.

—¿Qué desearías que hiciese, Ester?

Titubeó la muchacha un instante y preguntó a su vez:

—¿Es una quinta tu propiedad, próxima a Roma?

—Sí.

—¿Y hermosa?

—Hermosísima. Un palacio en medio de jardines, y arbolado que sombrea los paseos; fuentes acá y allá; estatuas; está rodeado de colinas cubiertas de vides, y tan altas que desde ellas se ve el Vesubio y el mar azul de Nápoles poblado de blancas velas inquietas. César posee otra próxima, pero dicen que la de Arrio es más hermosa.

—¿Y la vida es allí tranquila?

—Nunca hubo para mí días de verano o noches de luna más tranquilas, salvo cuando venían visitantes. Ahora que su antiguo señor murió y la pro-

piedad es mía, nada interrumpe su tranquila calma, a no ser el murmullo de las fuentes, el canto de los pájaros o el rumor de los siervos. Nada cambia allí, salvo los días que se suceden, las flores viejas que caen muertas para que nazcan otras que se abren mostrando al sol sus colores, y el cielo que, de ordinario sereno, es manchado a veces por algún blanco *cirrus* pasajero. La vida aquella, Ester, era demasiado tranquila para mí. Inquietábame continuamente la idea de que yo, que tenía tanto que hacer, estaba inactivo y apoltronado; y las nuevas cadenas de la vida regalona y apacible que gozaba tranquilo y satisfecho me avergonzaban, llegando a pensar que acabaría por no hacer nada de cuanto había pensado hacer.

Ella miró hacia el río.

—¿Por qué lo preguntabas?

—¡Oh, amo mío!

—¡No, no, Ester, no! No me llames así. Llámame amigo, hermano si quieres. No soy tu amo, no lo seré nunca. Llámame hermano.

No pudo ver las flores que brotaron en sus mejillas, ni el relámpago de alegría que surgió de los ojos de la doncella y fué a perderse en las aguas del río.

—No puedo comprender — dijo ella — cómo puedes preferir la vida que llevas a una vida...

—De lucha y acaso de sangre—dijo él completando su pensamiento.

—Sí—añadió la niña—, ¿cómo preferir tal vida a la que podrías disfrutar en aquella villa próxima a Roma?

—Estás en un error, Ester. No se trata de preferir. ¡Ay! El romano no me permite la elección. Voy a ella por necesidad. Permanecer aquí es morir; y si me voy allá, mi fin será el mismo: una copa envenenada, la espada de un asesino mercenario, la sentencia de un juez sobornado... Messala y el procurador Grato son ricos, merced al botín de mis bienes paternos, y el temor de perder su fortuna les impulsará a todos los extremos. Una transacción es imposible, porque implicaría la confesión del despojo. Y en cuanto a mí, ¡oh, Ester!, aunque pudiese comprar su amistad... no sé lo que haría. Creo imposible la paz para mí; ni aun bajo los marmóreos pórticos de mi villa, respirando aquellos aires perfumados y dulces. No es posible la tranquilidad mientras no sepa qué ha sido de mi madre y de mi hermana. Si las hallara y hubieran sufrido mucho, ¿no resultaría criminal que yo hubiese gozado en tanto? Y si han muerto violentamente, ¿he de dejar que escapen sus asesinos?... ¡Oh, no podría dormir tranquilamente! El amor más sagrado no me permitiría, con todos sus subterfugios, gozar de la paz y de la dicha, con la conciencia de haber faltado a mi deber.

—Entonces, ¿todo es inútil?—preguntó con voz trémula por la emoción—. ¿Nada puede hacerse, nada?

Ben-Hur estrechó su manita.

—¿Te interesas mucho por mí?

—Sí—repuso ella con sencillez.

La manita estaba tibia, y el joven la sentía estremecerse. La visión de la egipcia, tan alta, tan audaz, tan aduladora, de genio tan perspicaz y de hermosura tan maravillosa, presentóse ante Ben-Hur, quien aproximó a sus labios la mano de Ester, y la soltó después de besarla.

—¿Serás otra Tirza para mí, Ester.

—¿Quién es Tirza?

—La hermanita que me arrebató el bandido romano y a quien busco ansioso, a la que debo encontrar antes de pensar en mi propia dicha.

Ben-Hur estrechó su manita.

En aquel punto iluminóse vivamente el terrado.

Volviéronse ambos y vieron a Simónides que era conducido cerca de ellos. La puerta abierta dejaba ver la la estancia profusamente iluminada. Acudieron hacia el mercader.

En el mismo instante la galera levó anclas y, después de dar una vuelta a la redonda y de un confuso agitar de antorchas, deslizóse hacia el mar, dejando a Ben-Hur ligado a la causa del *Rey que iba a llegar.*

## CAPÍTULO X

### LOS PROGRAMAS DE LAS CARRERAS

La víspera de las carreras, por la tarde, el aduar de Ilderim, levantado por la mañana del Huerto, trasladóse a la ciudad, alojándose su comitiva y sus animales en un barrio próximo al circo. Parecía una emigración tribal aquella procesión de siervos, mujeres, jinetes armados, camellos, caballos, bueyes y cabras. Los transeuntes se reían al ver el desfile, y el jeque, de ordinario poco sufrido, acogía las burlas hasta con buen humor. Creía que si, como era probable, se le vigilaba, las sospechas se desvanecerían al conocer la pompa semibárbara con que acudía a las carreras. Sin embargo, al día siguiente, toda aquella multitud de hombres y animales se hallaría camino del desierto, no quedando en Anticquía sino lo necesario para el buen éxito de las carreras. Doce horas le bastaban para ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Nunca está más seguro el hombre que cuando es blanco de todas las burlas, y el árabe lo sabía.

Ni él ni Ben-Hur desdeñaban la influencia de Messala, pero creían que no realizaría acto alguno de hostilidad antes de las carreras. En cambio, si fuese vencido, no esperaría acaso para obrar ni las instrucciones de Grato. Con tal opinión, aunque dispuesto a todo, cabalgaba uno al lado del otro desde el Huerto a Antioquía.

En el camino encontraron a Malluch. El fiel auxiliar no hizo señal o gesto que pudiera interpretarse como que conocía las relaciones entre el joven y Simónides, ni el tratado recientemente concertado entre ambos e Ilderim. Después de las salutaciones, entregó un papiro al jeque, diciéndole:

—He aquí el programa de las carreras con el nombre de los caballos y el orden de partidas. Desde ahora ya te felicito, buen jeque, por la victoria.

Luego, volviéndose hacia Ben-Hur, dijo en voz baja:

—Y tú también, hijo de Arrio, mi enhorabuena Están cumplidas todas las formalidades para tu lucha con Messala.

—Gracias, Malluch.

—Tu color es blanco y el del romano mezcla de escarlata y oro. Los buenos efectos de la elección son ya visibles. Los niños llevan ya tu color por las calles, y mañana todos los árabes y los judíos los llevarán. En las graderías del circo la blanca dividirá sus favores con la roja y oro.

—En las graderías, pero no en las tribunas.

—No; en éstas dominará absoluta la escarlata y oro. Pero si vencemos —añadió estremeciéndose de gozo—, si vencemos, ¡cómo se estremecerán los dignatarios! Apostarán todos por Messala y, en su desprecio a todo lo que no es romano, concederán dos, tres, cinco contra uno a favor de Messala, sólo porque éste es romano—y, bajando aún más la voz, prosiguió—: No está bien hecho que un hebreo de buena reputación en el templo apueste; pero, en confianza, yo tendré un amigo próximo a la tribuna consular que aceptará apuestas de tres, de cinco o de diez contra uno, que a tanto creo que llegue la locura romana. He puesto a su disposición seis mil siclos.

—No, Malluch—dijo Ben-Hur—. El romano no apuesta más que en su moneda. Si hallas esta noche a tu amigo, ábrele un crédito por cuantos sextercios quiera. Y dile que apueste contra Messala mismo y contra todos sus amigos. La cuadriga de Ilderim contra la de Messala.

—La cuestión—dijo Malluch reflexionando—sería concentrar toda la atención, todo el interés sobre ti.

—Es lo que deseo, Malluch.

—¡Ya, ya!

—Sí, Malluch; me servirás a maravilla si me ayudas a que el público fije sus ojos sobre nuestra carrera: la de Messala en competencia conmigo.

—Un medio hay.

—Ponlo en práctica.

—Apostar muy fuerte contra él. Si aceptan las apuestas, tanto mejor.

Malluch miró inquisitivamente a Ben-Hur.

—¿No podré recuperar lo que me robaron?—dijo Ben-Hur como para sí—. No tendré oportunidad como ésta. Si pudiera quebrantar su fortuna como su soberbia... nuestro padre Jacob no podría llevarlo a mal.

Una decisión firme se dibujó en sus varoniles facciones, y dijo resueltamente :

—Si puede hacerse, Malluch, hágase. No te importe el número de sextercios; pon talentos si es preciso y encuentras quien los apueste. Cinco, diez, veinte talentos. Hasta cincuenta si la apuesta es con el mismo Messala. Dios está con nosotros. Ve, buen Malluch; no te detengas.

—Pero es una suma enorme.

—La tendrás. Entiéndete con Simónides para que lo arregle. Dile que mi corazón ansía la ruina de mi enemigo, y que no volverá a presentársele oportunidad mejor que ésta. Apresúrate, Malluch.

Y Malluch, agradablemente impresionado, saludó y se marchó presuroso; pero volvió en seguida.

—Dispensa, mas tengo que enterarte de otra cosa. No he podido acercarme al carruaje de Messala; pero me valí de otra persona y, según sus

medidas, el eje de su vehículo está un palmo más alto del suelo que el del tuyo.

—¡Un palmo! ¡Tanto!—exclamó Ben-Hur regocijado.

Y luego, inclinándose hacia él:

—Como eres hijo de Judá y eres leal—dijo con voz leve—, toma asiento encima de la puerta del Triunfo, frente a las pilastras, y está muy atento, porque si la suerte me favorece introduciré... Pero no hablemos de ello. Sólo te digo que mires atentamente, y verás.

Una exclamación de Ilderim interrumpióles:

—¡Ah, ah! ¡Por el esplendor de Dios!

Y acercóse a Ben-Hur mostrándole el programa.

—¿Qué pasa? Dímelo.

—No; es preferible que lo leas.

Ben-Hur tomó el papiro firmado por el prefecto como promotor de los juegos. Anunciábase al público que se celebraría en primer lugar una cabalgata, luego los acostumbrados sacrificios al dios, y principiarían los juegos por carreras a pie, de saltos, y por luchas de hombres o boxeo. El anuncio contenía los nombres de los luchadores, su nacionalidad, las escuelas de que procedían, los juegos en que habían tomado parte, con expresión de los premios ganados, etc.; a continuación los premios magníficos que se ofrecían, anunciados con grandes letras de colores, y dando fe del tiempo transcurrido desde el en que bastaban al vencedor, más ávido de gloria que de lucro, las sencillas coronas de laurel o mirto.

Pasó el joven rápidamente la vista por esta parte del programa, y llegó al anuncio de las carreras, que leyó con gran detención. Poníase en conocimiento del público que la lucha no había tenido semejante en Antioquía. La ciudad ofrecía el espectáculo al Cónsul, y en su honor se había organizado. Cien mil sextercios y una corona de laurel eran el premio del vencedor. Seguían los pormenores y las condiciones a que debían ajustarse. Los competidores eran seis, todos con cuadrigas, y partirían al mismo tiempo. La lista decía así:

I. Cuadriga de Lisipo, de Corintio: dos grises, uno bayo y otro negro. Vencedores el año anterior en Alejandría y en Corintio. Auriga, Lisipo; color, amarillo.

II. Cuadriga de Messala, de Roma: dos blancos y dos negros. Vencedores de los Circenses y exhibidos en el circo Máximo el año último. Auriga, Messala; distintivo, escarlata y oro.

III. Cuadriga de Cleantes, de Atenas: tres grises y uno bayo. Vencedores el año anterior en los Istmicos. Auriga, Cleantes; divisa verde.

IV. Cuadriga de Diceo, de Bizancio: dos negros, uno gris, otro bayo. Vencedores el año anterior en Bizancio. Auriga, Diceo; color, negro.

V. Cuadriga de Admeto, de Sidón: todos pardos. Tres veces tomaron parte en los juegos en Cesárea, y las tres salieron victoriosos. Auriga, Admeto; divisa azul.

VI. Cuadriga de Ilderim, jeque en el desierto: todos bayos. Primera vez que toman parte en carreras. Auriga, Ben-Hur, judío; distintivo, blanco.

*¡Auriga, Ben-Hur, judío!*

¿Por qué no figuraba con el nombre de Arrio?

Ben-Hur interrogó con la vista a Ilderim, explicándose el motivo de la exclamación del jeque. Ambos arribaron a la misma conclusión:

La mano que había hecho escribir aquéllo era la mano de Messala.

## CAPÍTULO XI

### LAS APUESTAS

La noche se cernía sobre Antioquía, y en el Onfalo, situado casi en el centro de la ciudad, agolpábase una gran multitud, alegre y bulliciosa, que se estrujaba, comunicábase a gritos sus impresiones y se dividia en dos corrientes, extendiéndose hacia el Ninfeo, al Este, en su mayoría, y hacia las columnatas de Herodes, al Oeste. La muchedumbre entregábase alegre y dichosa a los placeres de Baco y Apolo.

Antorchas y braseros, desvaneciendo la obscuridad, alumbraban aquella masa ondulante del pueblo, que bullía, se empujaba y se estrujaba alegremente, mezclando exclamaciones, cantos, carcajadas y libaciones. La marea popular era incesante, y el amasijo de hombres de distintas razas y pueblos no podía causar a nadie admiración por ser espectáculo ordinario en Antioquía.

Una de las varias misiones del gran imperio romano parece haber sido la fusión de las razas; la comunicación incesante de unos pueblos y unos hombres con otros. Roma aproximaba entre sí a todos los pueblos por el placer, por los negocios, tomando de todos ellos trajes, costumbres, lenguaje y dioses.

Una particularidad, sin embargo, podía haberse notado aquella noche en Antioquía. No había persona que no llevase la divisa de alguna de las cuadrigas que iban a disputarse el premio en las carreras. Ya una cinta, bien un pañuelo, ora una pluma, daban a entender las preferencias de cada cual, y hasta la nacionalidad respectiva. Así, el verde era llevado por los griegos amigos del ateniense, y el negro por los del bizantino. Costumbre antiquísima era

ésta, que probablemente databa de los días de la carrera de Orestes, y útil asimismo para el que se proponga estudiar hasta qué punto arrastra a los hombres la locura.

Un observador, al primer golpe de vista, hubiera notado que predominaban tres distintivos: el verde, el blanco y el mixto de escarlata y oro.

Pero abandonemos las calles y dirijámonos al salón del palacio que ya conocemos.

Los cinco grandes candelabros acaban de ser encendidos, y la concurrencia era casi la misma que conocimos, durmiendo muchos de los jóvenes sobre el diván, como dormían la mayor parte de los dados sobre las mesas. La mayoría de los reunidos conversa, paseando en grupos que se detienen a discutir vivamente, o sentados en círculos. Muchos bostezan, encontrando fútil la conversación. ¿Qué tiempo hará mañana? ¿Están ultimados los preparativos de los juegos? ¿Es igual al que rige en el de Roma el reglamento del circo de Antioquía? El trabajo del día terminó, y si pudiésemos examinar sus tablillas de apuestas, las veríamos cubiertas de notas, apuestas en todos los juegos, con excepción de las carreras de carruajes.

¿Por qué? Porque nadie quiere arriesgar su dinero contra Messala.

Nadie cree posible su derrota

¿No fueron sus caballos vencedores en el circo Máximo de Roma? Y además, ¿no es *romano?* ¿No son conocidas su habilidad y su destreza? ¿No fué educado por un *lanista* imperial?

¡Ah, sí! En la sala no hay más divisa que la suya.

En un ángulo, acomodado sobre el diván, hallábase el mismo Messala, rodeado de sus admiradores más familiares, que, de pie o sentados, le abruman a preguntas sobre el mismo asunto.

Entran Cecilio y Druso.

—¡Ah!—exclama el joven príncipe dejándose caer sobre el diván, junto a Messala—. ¡Ah! ¡Por Baco! Me canso.

—¿Adónde fuiste?—preguntó Messala.

—Por las calles hasta más allá del Onfalo. Una muchedumbre enorme las recorre. Nunca se ha visto Antioquía tan concurrida. Dicen que mañana se reunirá en el circo el mundo entero.

Messala sonrió desdeñoso.

—¡Idiotas! No han visto nunca los Circenses, organizados por el mismo César. Pero ¿qué viste más, Druso mío?

—Nada.

—¿Nada? De algo te olvidas—interrumpió Cecilio.

—¿De qué?

—La procesión de los blancos.

—¡Ah, sí; admirable! Hemos encontrado un grupo numeroso de gente con un estandarte y adornados todos con la divisa blanca... Mas, ¡ja, ja!

Y se tendió de espaldas riendo.

—Mi cruel Druso, ¿por qué no prosigues?

—Era la hez del desierto y pordioseros del templo de Jerusalén. ¿Qué iba a hacer con ellos?

—Druso teme que os riáis a su costa, pero yo no.

—Pues habla tú, Cecilio.

—Pues bien; nos detuvimos ante ellos y...

—Les ofrecimos una apuesta—interrumpió Druso—. Un hombre pequeño, lleno de arrugas, salió de las filas. Saqué mis tablillas y le pregunté: "¿Quién es tu campeón?" "Ben-Hur el judío"—me dijo—. Entonces yo: "¿Qué apuestas?" Y él contestó: "Un... un..." Perdona, Messala... ¡Por el rayo de Júpiter! No puedo contener la risa. ¡Ja, ja, ja!

Los oyentes volviéronse hacia Cecilio, a quien preguntó Messala.

—¡Un siclo, un siclo!—contestó aquél.

Una carcajada general resonó.

—¿Y qué hizo Druso?

Una exclamación que se oyó junto a la puerta produjo un movimiento general entre los circunstantes. Aunque el rumor continuaba y crecía, Cecilio, antes de dirigirse hacia allá, dijo a Messala:

—El noble Druso guardó sus tablillas y renunció a la apuesta.

—¡Un blanco! ¡Un blanco!

—¡Dejadle entrar!

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

—Estas y otras exclamaciones semejantes dejáronse oir, y los jugadores abandonaron los dados y los durmientes se despabilaron restregándose los ojos. Todos echaron mano a las tablillas.

—Yo ofrezco...

—Y yo.

—Y yo.

La persona tan calurosamente acogida era un respetable hebreo: el compañero de viaje de Ben-Hur desde Chipre. Su vestido era blanco como su turbante. Entró grave, tranquilo, cortésmente. Saludando y sonriendo, acercóse a la mesa central. Llegado allí, se sentó y levantó la mano. El brillo de una sortija en su anular no contribuyó poco al silencio que se produjo.

—Romanos, nobilísimos romanos, os saludo.

—Es desenfadado, ¡por Júpiter! ¿Quién es?

—Un perro de Israel, Druso mío, de nombre Semballat, proveedor de los ejércitos y avecindado en Roma. Enriquecido defraudando al Estado. Cabeza

fría que teje tramas más sutiles que las de las arañas. Vamos, ¡por el cinturón de Venus! Vamos a ver si lo cogemos.

En cuanto terminó de hablar, Messala levantóse, y en compañía de Druso se dirigió hacia el hebreo, rodeado de un grupo de jóvenes.

—He sabido que la desesperación reinaba en este palacio, porque no encontrábais quien apostase contra Messala. Los dioses, ya lo sabéis, desean sacrificios, y aquí vengo dispuesto a sacrificarme. Ya veis mi color; entremos en materia. Las apuestas primero; después las sumas. ¿Qué me vais a dar?

Estaba preparado a apuntar en sus tablillas. Su audacia había paralizado a todos.

—¡Pronto!—dijo—. Tengo compromiso con el Cónsul.

El estímulo surtió efecto.

—Dos contra uno—dijeron media docena.

—¡Cómo! ¿Sólo dos contra uno, cuando vuestro campeón es un romano?

—Toma tres, entonces.

—¡Tres! ¡Sólo tres, siendo un perro judío mi favorito! Dadme cuatro.

—Cuatro, pues—dijo un adolescente, molesto por el tono zumbón del hebreo.

—¡Cinco, dadme cinco!—gritó el proveedor.

Sucedióse profundo silencio.

—El Cónsul, vuestro señor y el mío, me aguarda.

El silencio pareció a muchos ultrajante.

—Dadme cinco, cinco por honor de Roma.

—Cinco te doy—dijo una voz, y Messala se abrió paso hasta el judío.

—Cinco te doy—repitió.

—Si César muriese mañana—dijo sonriente y disponiéndose a escribir—, Roma no quedaría huérfana de emperador. Ya hay quien es digno de empuñar el cetro del mundo. Dame seis.

—Sean seis—contestó Messala.

La concurrencia vitoreó a Messala.

Semballat cogió de nuevo las tablillas

—Sean seis. Seis contra uno: la diferencia que existe entre un romano y un hebreo. Y ahora que la has averiguado ¡oh. redentor del ganado de cerda!, la apuesta pronto. Podría el Cónsul mandarte a llamar, y nos privaría de tu presencia.

El judío sonrió de nuevo, escribió y ofreció a Messala lo escrito.

—¡Lee! ¡Lee!—gritaron todos

Y Messala leyó:

"Memorandum.—Carreras de carruajes. Messala, de Roma, apuesta con Semballat, también de Roma, quien lo hace a favor de Ben-Hur, judío. Total de la apuesta: veinte talentos. Beneficio para Semballat, de seis contra uno.

"*Semballat.*

"Testigos..."

Ni el menor rumor, ni el más leve movimiento se produjo. Messala contemplaba estupefacto las tablillas, observado atentamente por el proveedor. La mirada de éste le humillaba. Rápidamente reflexionó que la superioridad que hasta aquel momento había conservado sobre sus compañeros se perdería, de no aceptar la apuesta. Y no podía firmarla: no poseía los ciento veinte talentos, ni la tercera parte de esa suma. Palideció y creyó ahogarse de impotente rabia; pero una idea le hizo recobrarse.

—¡Tú, judío! ¿Dónde tienes esos veinte talentos? Muéstralos.

—Allí—contestó ofreciendo un papiro a Messala.

—¡Lee, lee en voz alta!—gritaron todos.

Y otra vez Messala leyó:

"Antioquía, Tamuz, 16.—El portador, Semballat, de Roma, tiene abierto crédito por la suma de cincuenta talentos, con el cuño del César.—*Simónides.*"

—¡Cincuenta talentos! ¡Cincuenta talentos!—se oyó decir por todo el salón.

—¡Por Hércules!—exclamó Druso, dando una patada en el suelo—. El papel miente y el hebreo es un embustero. ¿Quién, si no es César, puede tener cincuenta talentos a la orden? ¡Abajo el blanco insolente!

El grito fué repetido por muchos. El judío no se movió de su asiento y siguió sonriéndose provocativamente, lo que exasperaba más a los jóvenes. Por fin Messala habló:

—¡Chist! ¡Uno a uno, compatriotas! Uno a uno, por honor de nuestro antiguo nombre romano.

Esta exclamación le hizo reconquistar la supremacía.

—¡Y tú, perro circuncidado! ¡Oye! Yo te di seis a uno.

—Sí.

—¡Pues bien; déjame fijar el tanto de la apuesta!

—Pero me reservo el rehusarla si es insignificante.

—Pon cinco en vez de veinte.

—¿Tanto posees?

—¡Por la madre de los dioses! Te enseñaré los resguardos.

—No, no. Paso por la palabra de un romano tan valiente. Sólo que... ¡dé-

jame escribir seis, número par, en vez de cinco!

—Bueno, sea.

Trocaron las tablillas, y el judío se levantó para irse. Cerca ya de la puerta, volvióse, y sin sonreír:

—Romanos—añadió—: otra apuesta, si os atrevéis. Apuesto cinco talentos contra cinco por la victoria del blanco. Os desafío colectivamente.

Se sorprendieron de nuevo.

—¡Cómo!—exclamó zumbón—. ¿Podrá decirse en el circo mañana que un perro de Israel estuvo en un salón del Palacio, lleno de nobles romanos, entre ellos un vástago del César, y les ofreció cinco talentos, a la par, que no tuvieron el coraje de apostar?

La ofensa era terrible.

—¡Calla, insolente!—dijo Druso—. Escribe la apuesta y déjala sobre la mesa, y mañana, cuando averigüemos si tienes tanto dinero como dices, yo, Druso, prometo aceptarla.

Semballat escribió de nuevo, y, levantándose, dijo tan impasible como siempre:

—Te dejo la apuesta firmada, Druso; cuando la aceptes, fírmala y envíamela antes de que principien las carreras. Me encontraré cerca del Cónsul, en la tribuna sobre la puerta Pomposa. Paz a ti; paz a todos.

Se inclinó y salió sin curarse del clamoreo y las risas que le acompañaron hasta la puerta.

Por la noche la historia de la extraordinaria apuesta corría de boca en boca por toda la ciudad y Ben-Hur, velando junto a la cuadriga, la oyó referir y supo que toda la fortuna de Messala estaba comprometida en ella.

Y no durmió nunca tan placenteramente.

## CAPÍTULO XII

### EN EL CIRCO

El circo de Antioquía estaba situado en la orilla sur del río, casi enfrente al palacio de la isla donde hemos presenciado las apuestas, y no diferia en nada esencial de las demás construcciones de su clase.

En el más puro sentido de la palabra, los juegos eran un obsequio hecho al pueblo, que podía entrar al circo gratuitamente. A pesar de la vasta capacidad del anfiteatro, el temor de no hallar asiento hacía que la gente se acu-

mulase desde las primeras horas del día anterior en los alrededores, que presentaban el aspecto de un campamento.

A media noche fueron abiertas las puertas y la gente entró atropelladamente, ocupando las localidades designadas a la plebe. Sólo un terremoto o el asalto de un ejército hubiera sido capaz de desalojarlos de allí. Acabó la plebe de pasar la noche dentro, se desayunó y esperó ansiosa el comienzo del espectáculo que le había congregado en las graderías.

La gente más acomodada, teniendo asegurados los asientos, empezó a concurrir a la primera hora de la mañana. La noble y más rica iba a caballo o en litera y seguida de un cortejo de siervos uniformados.

A la hora segunda la afluencia de la ciudad semejaba un río de personas.

Cuando la esfera del reloj de la ciudadela marcaba la segunda hora y media en punto del día, la legión, con todas sus águilas y estandartes, descendió del monte Sulpio; y cuando la última fila de la última cohorte traspuso el puente, podía decirse con razón que la ciudad había sido abandonada, no porque el circo pudiese contener todo Antioquía, sino porque todo Antioquía se había ido de la ciudad al circo.

Un gran cortejo había acudido al río a esperar al Cónsul, que tenía dispuesta una galera del Estado, y cuando el gran personaje descendió al embarcadero y la legión le tributó los correspondientes honores, el espectáculo militar hizo olvidar por un instante a los espectadores el atractivo del circo.

A la hora tercia, la audiencia, si tal puede llamarse, estaba reunida. Un toque de trompetas resonó, e instantáneamente las miradas de cien mil espectadores se dirigieron al edificio que se elevaba en la parte oriental del circo.

Era un pasaje abovedado abierto en el muro del circo, que presentaba a la vista un poderoso arco y un pasaje llamado la puerta Pomposa. Sobre ella estaba la tribuna consular espléndidamente decorada con estandartes y flores, y allí tenía asiento Majencio, entre las enseñas de la legión. A ambos lados del pasaje abríanse las *cárceles* o estancias, cada una defendida por maciza puerta. Sobre ellas una cornisa coronada de baja balaustrada, y tras ésta levantábase la gradería de mármol, que ocupaban todos los altos dignatarios civiles y militares. Extendíase a lo ancho del circo y estaba flanqueada de torres, las que, sobre contribuir a la elegancia del aspecto, servían para las *velarias* o toldos de púrpura, que proyectaban agradable sombra sobre la tribuna y dichas graderías al avanzar el día.

Imagínese el lector que se halla sentado en la tribuna del Cónsul, mirando al Oeste, desde donde domina todo.

A derecha e izquierda, bajo las torres, hay dos entradas amplias y guardadas por portones cuyos goznes se apoyan en aquéllas.

Ante él contemplaría la arena: una llanura nivelada de considerable ex-

tensión y cubierta de fina y menuda capa arenosa, en la cual se realizan todos los juegos, excepto las carreras.

Mirando al otro lado de la arena y más al Oeste, un marmóreo pedestal sostiene tres cónicos pilares bajos de piedra gris y admirablemente esculpidos. Muchos ojos han de contemplarlos durante el día, pues son la primera meta y constituyen el principio y fin de la carrera. Tras el pedestal, dejando un pasaje-calle y espacio para altar, comienza un muro (de diez o doce pies de ancho, cinco o seis de alto, y de doscientas yardas justas, o sean de un estadio olímpico de largo), a cuyo extremo otro pedestal, con sus correspondientes tres pilares, indica la segunda meta.

Los corredores entran a correr por la derecha de la primera meta y tienen todo el tiempo el muro a su izquierda, principiando y terminando la carrera de cara a la tribuna consular, razón por la que son tan solicitados aquellos asientos.

El muro exterior de la pista que marca el límite de la misma es sólido, liso y de quince o veinte pies de altura; corónale por Oriente una balaustrada semejante a las que hemos visto sobre las *cárceles*. Esta barandilla corre alrededor del circo, sólo interrumpida en tres sitios por otros tantos pasajes de salida y entrada: dos al Norte y otro al Oeste; este último, muy adornado, se titula la puerta del Triunfo, porque a la terminación los victoriosos pasan bajo ella coronados y seguidos del cortejo triunfal.

Desde las barandillas elévanse las gradas para los espectadores, al Oeste; al terminar la balaustrada, en forma de semicírculo, dos graderías reservadas, y las demás para el pueblo. Ni unas ni otras están cubiertas con toldos.

Teniendo ante sí todo el conjunto del circo, imagínese el lector el silencio impuesto por el toque de trompetas tras el vocerío y estruendo de momentos antes.

Sale de la puerta Pomposa mezcla de voces y de instrumentos armonizados, y súbitamente aparece el coro de la procesión con que se inaugura el espectáculo. El organizador de los juegos y las autoridades civiles de Antioquía, patronos de la fiesta, van a la cabeza con las suyas coronadas de guirnaldas; síguenles las insignias de los dioses, en peanas llevadas en hombros por esclavos o en carruajes alegóricos, y luego los contendientes a los varios juegos, con sus trajes característicos.

Atravesando lentamente la arena, la procesión procede a dar una vuelta a la pista. El espectáculo es magnífico e imponente Como olas que se levantan rizadas por el viento, así las exclamaciones de la multitud expresan curiosidad o admiración. Tan impasibles como las estatuas de los dioses, el organizador de los juegos y sus compañeros no se curan de aplausos ni censuras.

La recepción de los atletas es muy calurosa, pues no hay un espectador

que no haya apostado algo por ellos. Los nombres de los favoritos corren de labio en labio, se les arrojan flores y son aplaudidos al pasar ante las graderías.

El esplendor de los carruajes y la extraordinaria belleza de los caballos, añadido a los personales atractivos de los aurigas, hace que la ovación a éstos sea mayor. Un jinete va acompañando cada carruaje, con excepción del de Ben-Hur, que ha rehusado el honor, quizá por desconfianza.

Todos cubren las cabezas con yelmos; él solo la lleva descubierta. Los espectadores, de pie, aplauden, gritan, arrojan flores.

Muy pronto puede observarse que algunos de los aurigas son más favorecidos que otros, y se observa también que no hay espectador, hombre, mujer o niño, que no lleve la divisa de algún corredor, casi siempre en forma de lazo, en el pecho o en los cabellos: bien azul, ya verde, ora amarilla; pero predominan, entre todos, dos colores: el blanco, y el mixto de escarlata y oro.

En una fiesta moderna de índole parecida en que se apostaren sumas enormes a favor de los competidores, las preferencias determinaríanse por las condiciones de los caballos y habilidad del auriga; pero en aquélla gobernaba la nacionalidad. Si el bizantino y el sidonio tenían exiguo número de partidarios, debíase a que sus ciudades respectivas tenían escasa representación en Antioquía; los griegos, aunque en gran número, estaban divididos entre el corintio y el ateniense, presentando así una cantidad relativamente pobre de colores verdes y amarillos; en cuanto al escarlata y oro de Messala, no hubiese tenido mejor suerte si los antioqueños, aduladores y parásitos, no hubieran adoptado el color romano. Quedaba la población de la región: sirios, hebreos y árabes, que, por solidaridad con Ben-Hur e Ilderim, o por odio a Roma, llevaban el blanco y ansiaban la humillación del romano.

A medida que los vehículos avanzaban, la excitación crecía, especialmente en las galerías, donde predominaba el distintivo blanco. Los gritos del público eran estruendosos, y una lluvia de flores caía sobre los carruajes.

—¡Messala! ¡Messala!

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur!

Tales eran los gritos dominantes.

Pasada la procesión, los espectadores volvían a sentarse y proseguían sus conversaciones.

—¡Por Baco! ¡Qué hermoso es!—dice una mujer que lleva la divisa del romano en el cabello.

—¡Y qué magnífico carruaje!—añade uno del mismo partido—. Es todo de marfil y oro. Júpiter lo haga vencedor.

Las observaciones en el banco posterior eran completamente contrarias.

—¡Cien siclos por el hebreo!—gritó una voz alta y estridente.

—No seas temerario—exclama un amigo moderado—. Los hijos de Jacob no pueden apostar, pues podría maldecirlos el Señor.

—Cierto. Pero ¿has visto alguna vez un aspecto más sereno y resuelto? ¡Y qué brazos tiene!

—¡Y qué caballos!

—¡Y se asegura que conoce todas las tretas de los romanos!

Una mujer completó el elogio, diciendo:

—Sí; ¡y es más hermoso que el romano!

Así animado el entusiasta hebreo, gritó de nuevo:

—¡Cien siclos por el judío!

—¡Estás loco!—exclamó un antioqueño—. ¿Sabes que hay apostados cincuenta talentos, seis contra uno, el momio a favor del hebreo? Esconde tus siclos si no quieres que Abraham te castigue.

—¡Ja, ja! ¡Asno de Antioquía! Deja de rebuznar. ¿No sabes que Messala mismo es el que ha apostado contra él?—contestó el entusiasta apostador.

De banco en banco aumentaba el vocerío y las discusiones, no todas pacíficas.

Cuando, terminado el desfile, se cerró de nuevo la puerta Pomposa, Ben-Hur sabía que su deseo estaba satisfecho.

Las miradas de todo el Oriente estaban fijas en su carrera con Messala.

## CAPÍTULO XIII

### EL ARRANQUE

Más o menos, a las tres de la tarde, para hablar a estilo moderno, el programa se había realizado todo, salvo el número último, o sea las carreras de carruajes. El prefecto, atento a las necesidades de la concurrencia, estableció en ese momento un descanso. Las *vomitarias* fueron inmediatamente abiertas, y cuantos pudieron salieron a los pórticos, en los cuales había puestos de bebidas. Los que quedaron en sus asientos hablaban, vociferaban, bostezaban y consultaban sus tablillas, olvidando la distinción de clases, reducida a dos: la de los vencedores, felices y alegres, y la de los vencidos, tristes y desconsolados.

A esa hora otra clase de espectadores iba llegando al circo: la que sólo tenía interés en ver las carreras de caballos y cuyos asientos habían sido reservados; entre ellos Simónides y su acompañamiento, que tenían los suyos

en la galería Norte, frente a la tribuna consular. Cuatro siervos conducían al mercader en su sillón, excitando la curiosidad de los espectadores. Alguien pronunció su nombre; los más próximos oyéronlo, lo repitieron, y los más apartados levantáronse para contemplar al mercader que, en boca del pueblo, tenía una leyenda maravillosa, mezcla de buena fortuna y de malos precedentes.

Ilderim también fué acogido respetuosamente; pero nadie conocía a Baltasar ni a las mujeres que cuidadosamente enveladas le seguían.

El pueblo abrió paso con respeto a la comitiva, y los acomodadores les designaron sus sitios, cerca de la balaustrada: asientos cubiertos con cojines y con taburetes para los pies.

Las mujeres eran Iras y Ester.

La última, apenas tomó asiento, recorrió el circo con mirada temerosa, y se cubrió más con el velo, mientras la egipcia, colgándolo flotante sobre sus hombros, ofreció el rostro libremente a las miradas de los espectadores con la desenvoltura propia del acostumbrado al trato social.

Hallábanse aún los recién llegados examinando el magnífico espectáculo, cuando los trabajadores del circo comenzaron a extender una cuerda, de baranda a baranda, frente a los pilares de la primera meta.

Por este tiempo seis hombres salieron de la puerta Pomposa, se situaron enfrente de las *cárceles,* uno ante cada una, y el público rompió en aplausos.

—¡Mira, mira! El verde tiene el número cuatro. la derecha. El ateniense está allí...

—Y Messala el número dos.

—¡Mira el corintio!

—¡Mira el blanco! El número uno a la izquierda. Sí; número uno.

—No, el número uno es el negro; el blanco tiene el número dos.

—Así es.

Hay que advertir que cada uno de los seis hombres vestía del color correspondiente a su auriga.

—¿Has visto alguna vez a Messala?—preguntó la egipcia a Ester.

La hebrea se estremeció y contestó que no. Si no era el romano enemigo de su padre, lo era de Ben-Hur.

—Es hermoso como Apolo.

Mientras Iras hablaba, centelleaban sus ojos y agitaba con fuerza su abanico. Ester la miró y pensó:

—¿Será más hermoso que Ben-Hur?

Después oyó que Ilderim decía a su padre:

—Sí, su cuadra tiene el número dos; a la izquierda de la puerta Pomposa.

Y comprendiendo que se refería a Ben-Hur, dirigió sus ojos hacia allá y murmuró una plegaria.

Acercóse Semballat.

—Ahora vengo de las caballerizas. ¡oh, jeque!—dijo saludando a Ilderim, que se mesaba las barbas nervioso e interrogándole con la mirada—; los caballos están perfectamente.

Ilderim repuso con sencillez:

—Si son vencidos, pido a Dios que lo sean por otros que por los de Messala.

Volviéndose a Simónides, enseñóle una tablilla.

—Tengo que decirte algo importante. Recordarás que te dije que después de concluir anoche la apuesta con Messala dejé una sobre la mesa, que, de ser aceptada, tenían que entregarme hoy antes de empezar las carreras. Hela aquí.

—Lo sé—dijo Simónides después de leer cuidadosamente la tablilla—. Un emisario de ellos vino hoy a preguntarme si tenías tanto dinero en mi casa. Guarda bien la tablilla. Si pierdes, ve por las sumas; si ganas—añadió con tono resuelto—, amigo, procura que te paguen hasta el último siclo. Que ninguno escape. Esto será hacer sencillamente lo que harían con nosotros.

—Confía en mí—dijo el proveedor.

—¿Quieres sentarte con nosotros?

—No; me vuelvo. Estáis muy bien situados; pero si dejo al Cónsul, la joven Roma se exaltará demasiado. Paz a ti; paz a todos.

Resonaron trompetas anunciando la continuación del espectáculo y llamando a los asistentes a sus asientos. Al mismo tiempo algunos siervos aparecieron en la pista y depositaron en el pedestal más occidental, el de la segunda meta, siete esferas doradas, llevando luego al de la primera siete figuras representando otros tantos delfines.

—¿Para qué sirven esas esferas y esos peces, jeque?—preguntó Baltasar.

—¿No has asistido nunca a una carrera?

—Nunca. Y ciertamente no sé por qué estoy aquí.

—Pues bien; sirven para contar el número de vueltas; al final de cada una de ellas se saca un pez y una esfera.

Los preparativos habían terminado. Un trompetero, con vistoso traje, colocóse junto al organizador de los juegos, dispuesto a secundar con una señal sus indicaciones. Todos los rostros se volvieron a Oriente y se fijaron todas las miradas en las puertas de las seis *cárceles*.

El insólito rubor que coloreaba las mejillas de Simónides demostró que también él hallábase, como todos, ansioso. Ilderim se mesaba la barba nerviosamente.

—¡Fíjate en el romano!—dijo la hermosa egipcia a Ester; pero ésta no la oyó, porque con el corazón palpitante y los ojos fijos aguardaba la aparición de Ben-Hur.

—¡Ya sale! ¡Aquél! ¡Mira!—gritó Iras señalando a Messala.

Hemos de recordar que el edificio que contenía las estancias o *cárceles* tenía la forma de un segmento de círculo y se extendía enfrente y a la derecha de la primera meta, limitando el arranque la cuerda tendida de baranda a baranda. Así, todos tenían que salir a la vez.

La trompeta sonó, y los dependientes, uno para cada carruaje, que debían cuidar de que partiesen al mismo tiempo, se situaron en sus sitios, prontos a ayudar a los aurigas en caso de que alguno de sus caballos se asustase.

A un segundo trompetazo se abrieron las *cárceles*. Primero salieron los jinetes ayudantes, en número de cinco, por haber rehusado el suyo Ben-Hur, como dijimos en el anterior capítulo. La cuerda enyesada fué soltada para dejarles paso, tendiéndose de nuevo en seguida. Aunque iban espléndidamente vestidos, nadie paró su atención en ellos, porque los cascos de los caballos golpeando el suelo, y las voces de los aurigas que se oían en las cuadras, atraían todos los oídos y las miradas.

Otra vez sonó la trompeta y se abrieron las puertas de las *cárceles*.

Los acomodadores agitaban las manos, gritando a los espectadores de las graderías que se sentasen. Tiempo perdido. Como proyectiles disparados, salieron las seis cuadrigas a la pista, y la multitud ensordeció el circo con sus gritos

¡Para ello habían aguardado pacientes tantas horas! Era el momento supremo, el ensueño de sus noches y el tema de sus conversaciones desde que se habían anunciado los juegos.

—¡Ya salió! ¡Aquél! ¡Mira!—gritó Iras señalando a Messala.

—Ya le veo—dijo Ester.

Dejó caer su velo, y por un instante la hebreíta fué valiente. Comprendió la idea de una muerte heroica arrostrada con entusiasmo a los ojos de una multitud.

Los campeones eran visibles, en aquel momento, de todos los puntos del circo; pero la carrera no había empezado: antes tenían que transponer la cuerda, cuya misión era igualar las condiciones del arranque. Si los caballos se hubiesen acercado a la maroma impetuosamente, animales y aurigas podían salir maltrechos; acercándose despacio, corrían, en cambio, el peligro de dar gran ventaja a sus contrincantes, y de todos modos perdían la posibilidad de ganar el lado interior de la pista, que todos ambicionaban lograr.

La dificultad de la prueba, sus peligros, ventajas e inconvenientes eran muy conocidos de los espectadores. La victoria debía sonreír al más hábil, pues, según la expresión de Néstor al entregar las riendas a su hijo:

"Más que la fuerza, el arte, y más que priesa,
prudencia se requiere en tal empresa."

Y esto justificaba el gran interés con que el público aguardaba el resultado final.

La arena hallábase inundada de deslumbradora claridad, pero, no obstante, esforzándose por dominar el ofuscamiento, cada conductor, al salir, miraba primero la maroma y luego el muro divisorio. Así que los seis, dirigiéndose rápidos al mismo punto, parece que debían chocar unos con otros. Y lo peor era que podía ocurrir que el director, descontento de la salida, no diese la señal de tirar la cuerda o no la diese a tiempo.

El espacio a recorrer era de unos doscientos cincuenta pies. ¡Ay del auriga que por la sugestión de las miradas de tantos espectadores, por el grito insidioso del adversario o por el animoso de un amigo, hubiese desviado su vista un solo instante! Firme el pulso, los ojos fijos, avanzaban los campeones.

El último divino toque perfeccionando la belleza es la animación. Y la del circo era indescriptible. Los seis carruajes, ligeros, graciosos, relucientes; de oro y marfil, el de Messala; los aurigas, con los miembros al aire, como estatuas, en la diestra los látigos; en la izquierda, las cuatro riendas cuidadosamente separadas; los caballos, hermosos y veloces, las crines sueltas, las cabezas erguidas, las narices hinchadas, las piernas delgadas, pero fuertes como barras de hierro, los cuerpos musculosos, llenos de vida, ora tendidos, ya contraídos, justificando al mundo que ha tomado de ellos su unidad de fuerza; todo esto constituía un espectáculo tan magnífico, que se comprendía la satisfacción y el delirio de los espectadores. Cada edad tuvo y tiene sus alegrías y sus penas; ¡que el cielo se apiade de donde no existen las primeras!...

Las seis cuadrigas dirigíanse rápidamente, cada una por el camino más breve, al muro; ceder hubiera sido como renunciar a la victoria. No es fácil cambiar de propósito a la mitad de la carrera, entre los gritos de la muchedumbre que llegaban a los oídos de los aurigas como confusos rugidos.

Las cuadrigas llegaban ya a la maroma. Sonó de nuevo la trompeta, y, aunque nadie la oyó a veinte pasos de distancia, los arrancadores, al ver la acción, dejaron caer la maroma en el momento mismo en que el casco de uno de los caballos de Messala iba a pisarla. El intrépido romano sacudió su látigo, que silbó en el aire, aflojó las riendas, echó el cuerpo hacia adelante y dando un grito de triunfo se lanzó a la muralla.

—¡Júpiter está con nosotros! ¡Júpiter con nosotros!—aulló todo el partido romano, frenético de entusiasmo.

Al dar Messala la vuelta, la cabeza de león con que terminaba el eje de su carruaje rozó la pata delantera del caballo del ateniense, arrojando al asustado animal encima de uno de los de tiro. Ambos vacilaron y tropezaron. Los guardianes corrieron hacia ellos y los sujetaron. Los espectadores de las

gradas contuvieron su respiración, pero en la tribuna consular el entusiasmo proseguía clamoroso.

—¡Júpiter nos ayuda!—gritó Druso.

—¡Sí, sí; Júpiter está con nosotros!—repitieron sus amigos al ver a Messala el primero de todos.

Semballat, con sus tablillas en la mano, se volvió a ellos. Un estrépito le obligó a mirar de nuevo a la pista. El ateniense, cuando había logrado calmar a sus caballos, iba a proseguir la carrera; pero la rueda del carruaje del bizantino chocó con el flanco del suyo, derribando al auriga al suelo. Éste dió un grito de rabia y terror, encontrándose entre las patas de sus propios caballos. ¡Horrible espectáculo, que hizo a Ester cubrirse el rostro con el velo!

El corintio, el bizantino y el sidonio siguieron adelante.

Semballat miró donde estaba Ben-Hur, y volvióse de nuevo a Druso y su pandilla.

—¡Cien sextercios por el hebreo!

—Aceptados—dijo Druso.

—¡Otros cien sextercios por el hebreo!—repitió.

Nadie pareció oírle. Gritó de nuevo, pero la atención de todos estaba concentrada en la pista, y se hallaban demasiado ocupados en gritar:

—¡Messala! ¡Messala! ¡Jove con nosotros!

Cuando la judía se aventuró a mirar de nuevo, algunos siervos sacaban los caballos y el coche destrozado, mientras otros conducían al auriga. De los bancos ocupados por los griegos partían gritos de rabia y de venganza. De pronto juntó sus manos con expresión de alegría: Ben-Hur, incólume, corría al lado del romano. Tras ellos, en grupo, seguían el sidonio, el corintio y el bizantino.

La carrera había principiado. Los campeones ponían en ella su alma entera. La multitud los contemplaba conteniendo casi la respiración.

## CAPÍTULO XIV

### LA CARRERA

Como hemos visto, Ben-Hur hallábase a la extrema izquierda de los seis cuando se inició el arranque. Como los demás, quedó un instante deslumbrado; pero se rehizo inmediatamente y procuró encontrar con la vista a sus antagonistas y adivinar sus propósitos. A Messala, que era para él

más que un rival, dirigióle escrutadora mirada. La altivez característica del patricio revelábase en su bello rostro, bronceado por el reflejo del yelmo. Por efecto de su imaginación celosa o por la sombra que proyectaba sobre las facciones de Messala el casco, Ben-Hur creyó leer en ellas, como en un papiro desarrollado ante sus ojos, todas las malas paiones del romano: crueldad, astucia, recelo y mala fe.

No tardó mucho el hebreo en volver en sí, recobrando su sangre fría. A toda costa, a cualquier riesgo, necesitaba humillar a su enemigo. Premios, apuestas, amigos, honores, todo desaparecía ante aquel firme propósito. Ni la muerte misma le hubiera hecho desistir de su intento. Su sangre circulaba normalmente y no sentía impulsos de arrojarse a ciegas en brazos de la Fortuna, porque no creía en ella. Confiaba en sí propio, en el plan que se había trazado, y reunió todas las fuerzas de sus poderosos músculos, todas las energías de su no común inteligencia para realizarlo.

A la salida vió que con su ímpetu Messala ganaría el muro, a no haber un choque o tardar en caer la cuerda. Y pronto comprendió que su enemigo sabía que iba a caer la maroma en el momento preciso. Un acuerdo con el prefecto, organizador y director de los juegos, no era difícil de conseguir para un romano de su gran influencia, tanto más cuanto que tenía interesada toda su fortuna en la victoria y el director era su conciudadano y amigo. Ninguna otra razón podría explicar el arrojado ímpetu de Messala, impeliendo adelante su cuadriga, mientras los otros procuraban contener las suyas; ninguna otra, excepto la locura.

Una cosa es ver lo que se necesita y otra hacerlo. Ben-Hur renunció al muro por de pronto.

La maroma cayó en el momento preciso, y todas las cuadrigas, menos la suya, penetraron en la arena estimuladas por las voces y el látigo de los aurigas. El dirigióse hacia la derecha a toda carrera de sus árabes, y atajó oblicuamente el camino a sus adversarios; y así, cuando la multitud temblaba ante el infortuno del ateniense, y el corintio, el sidonio y el bizantino procuraban evitar el choque, pasó como una flecha por delante de ellos y fué a colocarse al lado de Messala, por el lado exterior del muro. La maravillosa habilidad de la maniobra no pasó inadvertida para el público, y el circo amenazó hundirse bajo el estrépito de los aplausos. Ester, temerosa y sorprendida, aplaudió con entusiasmo, y en ese instante Semballat, sonriente, ofreció de nuevo "cien sextercios por el hebreo" sin obtener respuesta; y entonces, por primera vez, sospecharon los romanos que Messala había encontrado rival, si no maestro... ¡en un israelita!

De este modo, uno al lado de otro, a corta distancia entre sí, los dos carruajes llegaron a la segunda meta.

El pedestal con los tres pilares, visto desde el Oeste, presentaba el aspecto

de una piedra mural en forma de semicírculo, alrededor de la cual giraba la balaustrada paralelamente. Dar esta vuelta era considerado como la más difícil para los carreristas. Orestes mismo hubiera fracasado. El general silencio testificaba el interés con que el pueblo seguía esta fase de la carrera. El golpear de los cascos y el ruido de las ruedas se oían distintamente. Entonces pareció Messala observar a Ben-Hur y reconocerle; una vez más la audacia de aquel hombre manifestóse de sorprendente manera.

—¡Abajo Eros; arriba Marte!—exclamó haciendo restallar su látigo—. ¡Abajo Eros! ¡Viva Marte!—repitió, asestando fuerte latigazo sobre el lomo de los árabes, no acostumbrados a tan brutales demostraciones.

La acción fué vista por todo el público y con asombro universal. El silencio que se produjo, de tan intenso, llegó a ser terrible: en los bancos próximos al Cónsul, los más atrevidos contuvieron la respiración, esperando con las pupilas dilatadas lo que iba a pasar. La tensión duró un instante; después, como fragor de trueno que anuncia la tormenta, estalló la indignación de los espectadores.

La cuadriga se precipitó con ímpetu hacia adelante. Nadie los había tocado sino en señal de afecto: habían crecido, como los niños, entre caricias. ¿Cómo no enloquecer ante el brutal castigo? El carro se tambaleó. Nadie duda de que toda experiencia es útil en la vida.

¿De dónde sacó Ben-Hur el vigor de su brazo y su puño de hierro? ¿De dónde sino de las galeras adonde le habían confinado, del largo ejercicio del remo? ¿Qué era el balanceo del carro comparado con el de la nave, juguete de las olas y del viento? Sostúvose incólume, aflojóles las riendas y procuró sólo dirigirlos en la peligrosa vuelta, hablándoles con voz acariciadora. Así, antes de que la agitación del público se hubiese calmado, volvió a dominar la cuadriga. Y no sólo esto: al aproximarse a la primera meta volvió a colocarse otra vez al lado de Messala, atrayéndose las simpatías de todos los espectadores no romanos. Estos sentimientos se manifestaron con tal claridad, que el patricio, a pesar de toda su audacia, no creyó prudente nuevas bromas.

Cuando los carruajes daban la vuelta, Ester pudo ver el rostro de Ben-Hur un poco pálido, pero tranquilo y resuelto.

De pronto un hombre subió al pedestal más occidental y sacó una de las esferas; del otro sacaron un delfín.

Del mismo modo desaparecieron la segunda esfera y el segundo delfín.

Y luego el tercer delfín y la tercera esfera.

Tres vueltas habían dado: aun conservaba su posición Messala y los demás competidores seguían como antes. Parecía una de aquellas carreras dobles que fueron tan populares en Roma durante el último período cesáreo. Messala y Ben-Hur, en primer término; el corintio, el bizantino y el sidonio,

a segundo. Entretanto, los acomodadores habían logrado hacer sentar a la multitud, aunque continuaba el clamoreo.

En la quinta vuelta, el sidonio consiguió colocarse al lado de Ben-Hur, pero perdió pronto la ventaja.

Empezó la sexta vuelta sin cambio alguno en las relativas posiciones. Gradualmente la velocidad iba aumentando; caldeábase poco a poco la sangre de los aurigas. Hombres y caballos parecían conocer que la crisis final se aproximaba, llegando el momento de proclamarse al vencedor.

El interés de la carrera, concentrado desde el principio en la lucha entre el romano y el judío, con intensa y general simpatía hacia el último, se cambió en ansiedad. Los espectadores, silenciosos, inmóviles, seguían con gran interés todos los pormenores de la lucha. Ilderim dejó de acariciarse la barba; Ester olvidó su timidez.

—¡Cien sextercios por el judío!—gritó Semballat a los romanos de la tribuna consular.

No obtuvo respuesta.

—¡Un talento, o cinco talentos, o diez talentos! ¡Escoged, vosotros...! Y les mostraba las tablillas, desafiándolos.

—Yo ganaré tus sextercios—dijo un joven romano preparándose a escribir.

—No apuestes—advirtióle un amigo.

—¿Por qué?

—Messala ha alcanzado su máxima velocidad. Mírale cómo se inclina al borde de su carro, las riendas sueltas como cintas flotantes, y mira al hebreo.

El de la apuesta es detuvo y miró.

—¡Por Hércules!—exclamó palideciendo—. El perro se esfuerza por detenerlos. ¡Mira! ¡Mira! Si los dioses no ayudan a nuestro amigo, será vencido por el israelita...! ¡Aún no! ¡Aún no! ¡Júpiter con nosotros! ¡Mira! ¡Jove está con nosotros!

Esta exclamación unánime de los romanos hizo temblar el velario sobre la tribuna del Cónsul, y fué motivada por la ventaja que obtuvo el patricio.

Si Messala había alcanzado su máxima velocidad, el resultado correspondía al esfuerzo; lenta, pero visiblemente, iba ganando terreno. Sus caballos corrían con la cabeza baja y el cuello tendido; desde la tribuna parecía que rozaban el suelo; sus narices parecían inyectadas de sangre; los ojos les salían de las órbitas. Ciertamente, los buenos animales hacían todo lo que les era dable. ¿Cuánto podrían resistir así? No estaban más que al principio de la sexta vuelta. Volaban. Cuando llegaban a la segunda meta, el carruaje de Ben-Hur quedó detrás del romano.

La alegría del partido de Messala alcanzó proporciones desmedidas y Semballat iba llenando sus tablillas con apuestas. Gritaban, se exaltaban,

agitaban al aire sus distintivos... Malluch, en la tribuna, sobre la puerta del Triunfo, apenas podía contener las lágrimas. Recordaba que Ben-Hur le había dicho que ocurriría algo al rodear las columnas occidentales. Se había dado la quinta vuelta y nada había sucedido; esperó la sexta, y Ben-Hur andaba a la zaga de su enemigo.

En la gradería oriental, Simónides y sus compañeros callaban. La cabeza del mercader estaba inclinada; Ilderim se mesaba las barbas y fruncía las cejas hasta ocultarse los ojos. Ester apenas respiraba. Sólo Iras parecía contenta.

Por la penúltima vez los carruajes recorrían la pista: Messala, a la cabeza; tras él Ben-Hur. Era la antigua carrera de Homero:

> "Eumelo y sus fereceos van primero;
> Diomedes tras él con los de Troade,
> que parecen el carro delantero
> impulsar con su aliento..."

Así llegaron a la primera meta y la rodearon. Messala, temeroso de perder la ventaja alcanzada con tan sostenido esfuerzo, acercóse más al muro hasta casi tocar las piedras con su carro; un pie más a la izquierda, y el carruaje y él se hubieran hecho pedazos; sin embargo, al acabar la vuelta al pilar, nadie hubiera podido decir por la huella de los carruajes: aquí está la de Messala, aquí está la del judío; ambas dejaron una sola.

Ester atrevióse a mirar otra vez a Ben-Hur, y parecióle su rostro más pálido que antes.

Simónides, más perspicaz que su hija, dijo a Ilderim cuando los carruajes principiaron a recorrer por última vez la pista:

—No soy juez en esto, buen jeque, pero no dudo que Ben-Hur tiene algún designio que va a ejecutar. Su rostro y su mirada me lo indican.

A lo que contestó Ilderim.

—¿Has visto qué frescos están los caballos? ¡Por el esplendor de Dios, amigo; si parece que no han corrido...! Pero observa ahora.

El final se aproximaba. Quedaba una sola esfera y un solo delfín, y estaban ya los aurigas en el principio del último recorrido. Todo el público estaba ansioso.

Primero, el sidonio castigó con el látigo a sus caballos, y éstos casi locos por el dolor, lanzáronse desesperadamente, amagando ocupar el primer sitio, pero el esfuerzo se agotó muy pronto. Después, el bizantino y el corintio intentaron lo mismo con idéntico resultado; podían considerarse fuera de juego desde aquel instante. Con una prontitud fácilmente explicable, todos los partidos, menos el romano, pusieron sus esperanzas en Ben-Hur y trataron de animarle con sus gritos.

—¡Ben--Hur! ¡Ben-Hur! ¡Adelante!

Y el eco de estas exclamaciones, hechas por millares de voces, retumbó en la tribuna consular.

A su paso por delante de las graderías, el favor bajaba a él en animosas interjecciones y gritos:

—¡Sus, hebreo!

—¡Un pequeño esfuerzo!

—¡Toma ahora la muralla!

—¡Suelta las riendas a tus árabes!

—¡Látigo y rienda suelta!

—¡Ahora o nunca!

Sobre el antepecho de las barandas, millares de cuerpos humanos tendían hacia él las manos y le animaban.

—Pero, o no los oía, o no podía hacer más, porque ya estaban a la mitad de la vuelta, y continuaba a la zaga de Messala. Al llegar a la segunda meta, ambos conservaban sus puestos.

Para rodearla, Messala comenzó a tirar de las riendas a los caballos de la izquierda, disminuyendo un tanto su velocidad. Su corazón palpitaba con la seguridad del triunfo; más de un altar sería enriquecido con sus dones; el genio romano debía de prevalecer. Sobre el pedestal, a seiscientos pies de distancia, estaba la fama, la fortuna, los honores y el triunfo, que el odio hacia su rival hacía doblemente inefable. Todo se hallaba allí para él. En ese instante, Malluch vió desde la gradería, que Ben-Hur se inclinaba al borde del carruaje, soltaba las riendas sobre los lomos de los árabes y restallaba el látigo en el aire. No los tocó, pero su chasquido amenazador surtió el mismo efecto. El rostro del judío se enrojeció; sus ojos fulgura-ron; pareció comunicar a los caballos su voluntad, y éstos, de un salto, se colocaron al lado del carro romano. Messala oyó; pero estaba tan cerca de la peligrosa vuelta, que no quiso volver la cabeza. El público calló, y en el silencio del circo, sólo interrumpido por el ruido de los carruajes, pudo oirse a Ben-Hur que hablaba en la antigua lengua aramea a sus caballos.

—¡Sus, *Atair!* ¡Sus, *Rigel!* ¡Adelante, *Antares!* ¡Oh, oh, *Aldebarán!* ¿Vais a flaquear ahora? ¡Ya oigo los cantos de las tiendas! ¡Ya oigo los niños y las mujeres que cantan la canción de las estrellas! *¡Atair, Antares, Rigel, Alebarán!* ¡Victoria, victoria! Y este canto será eterno. ¡Adelante! ¡Mañana os acogerán las tiendas de vuestros padres! ¡Sus, *Antares!* ¡La tribu y el dueño os aguardan! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ah, ah! Hemos humi-llado el orgullo. La mano que nos hirió yace en el polvo. ¡Nuestra es la gloria! ¡Ah, ah! ¡Basta! ¡Hemos concluído! ¡Sóo! ¡Quietos!

Nada más sencillo, nada más rápido.

En el momento elegido, Messala trataba de rodear la meta, que ya diji-

...arrastráronle un poco los caballos y se hizo pedazos.

mos era empresa difícil y requería cuidado. Al adelantarle, Ben-Hur tenía que cortarle el camino recorriendo el mismo círculo en un radio mayor. Los espectadores contemplaron el esfuerzo de Ben-Hur; comprendieron que era el momento decisivo; vieron el salto de los caballos, la rueda interna del carro de Ben-Hur detrás del de Messala, y luego oyeron un golpe seco que conmovió todo el circo, y vieron caer una lluvia de astillas blancas. El carruaje romano se inclinó a la derecha y el eje tocó por ese lado, arrastrándole un poco los caballos, y se hizo pedazos. Entonces Messala cayó enredado entre la riendas, la cabeza bajo los animales.

Para aumentar el horror del espectáculo, el sidonio, que rasaba el muro en tercer lugar, no pudo detenerse o desviarse, y con toda su velocidad cayó sobre los restos del carruaje de Messala, en medio de los caballos del romano, casi enloquecidos por el terror. Poco después se vió al sidonio surgir de entre una nube de polvo y retirarse, mientras el corintio y el bizantino seguían como flechas al carruaje de Ben-Hur.

Los espectadores levantáronse, dando un grito. Algunos vieron a Messala bajo las patas de los caballos y bajo las ruedas, sin movimiento y como muerto. Pero la mayoría sólo tenía ojos para Ben-Hur. Nadie advirtió que el judío, inclinándose a la izquierda, por un hábil movimiento al pasar, introdujo entre la delicada rueda del carruaje de Messala la férrea punta del eje del suyo, destrozándola; pero vieron el cambio operado y se sintieron compenetrados de su resolución firme, de la furiosa energía con que supo animar a sus árabes por medio de la palabra y de los ademanes. Aquello no era correr: era andar a formidables saltos de león. A no ser por la pesadez del carro, hubiérase dicho que volaban. Cuando el corintio y el bizantino estaban a mitad del trayecto, el judío llegaba a la primera meta.

*¡Había ganado la carrera!*

El Cónsul se levantó; el prefecto dejó su asiento para coronar a los vencedores; el público gritaba entusiasmado.

El vencedor entre los boxeadores era un sajón de cabellos rojos y aspecto brutal, alto y recio, en quien reconoció Ben-Hur a su antiguo maestro de pugilato en Roma. Había sido su discípulo favorito. Luego dirigió el joven la vista hacia los asientos de Simónides. Todos le saludaron con la mano. Iras se levantó y saludóle con una sonrisa y enviándole un beso.

¡Favores no menos embriagadores para él, aunque sepamos nosotros, ¡oh lector!, que una y otro estaban dedicados en la mente de la egipcia a Messala si hubiera sido el vencedor...!

Organizóse el cortejo, y aclamado por todos atravesó lentamente el pasaje de la puerta del Triunfo

La fiesta terminaba con el día.

## CAPÍTULO XV

### LA CITA DE IRAS

Ben-Hur e Ilderim detuviéronse a la orilla del río hasta la hora de ponerse en camino, que habían decidido fuese la media noche, siguiendo a la caravana, que les llevaba treinta horas de ventaja.

El jeque era feliz; había hecho a Ben-Hur ofrecimientos verdaderamente regios; pero el joven negóse a admitirlos, insistiendo en que le bastaba la satisfacción de haber humillado a su enemigo. La generosa discusión continuaba desde hacía rato.

—Piensa en lo que has hecho por mí—decía el jeque—. En todas las tiendas negras del Akaba al Océano, y a través del Eufrates y más allá del mar de los escitas, se pregonará la fama de *Mira* y sus hijos; y cuantos la pregonen, olvidando que estoy al fin de mi vida, me ensalzarán; todas las lanzas ahora sin jeque, se dirigirán a mí y multiplicarán mi poderío. Tú no sabes lo que significa un dominio como el que desde ahora tendré en el desierto. Te digo que me proporcionará incalculables tributos del comercio y de los mismos reyes. Sí, ¡por la espada de Salomón!, sí; hasta César tendrá que recibir a mis mensajeros como embajadores de un monarca a quien tema y necesite. ¿Y no quieres nada, nada?

Y Ben-Hur contestaba:

—¡Nada, jeque! ¿No tengo tu mano y tu corazón? Que crezca tu poder e influencia en beneficio del Rey que aguardamos. ¿Quién dirá que no se te haya concedido con ese objeto? En mi obra, acudiré a ti; puedo necesitarte. No aceptándote ahora nada, podré pedirte mejor en otra oportunidad.

En medio de la controversia generosa, llegaron dos mensajeros: Malluch y un desconocido. El primero fué admitido en primer lugar.

El buen hombre no podía contener su gozo por el acontecimiento del día.

—Pero volviendo a lo que me ha encargado—dijo interrumpiendo felicitaciones y comentarios—, Simónides me envía a decirte que algunos del partido protestaron del pago de sus apuestas.

Ilderim saltó con voz estridente:

—¡Por el esplendor de Dios! El Oriente decidirá si ha sido bien ganada la carrera.

—Nada hace falta, buen jeque; el prefecto organizador de los juegos ha pagado por ellos.

—Está bien.

—Al decirle que el carro de Ben-Hur chocó con el de Messala, el prefecto rióse y recordóles el latigazo asestado por el romano a los árabes.

—¿Y qué hay del ateniense?

—Ha muerto.

—¡Muerto!—exclamó Ben-Hur.

—¡Muerto!—repitió como un eco Ilderim—. ¡Qué fortuna tienen esos monstruos romanos! ¿Messala escapó?

—Escapó de la muerte, sí, ¡oh, jeque!; pero más le hubiera valido morir. Los médicos dicen que vivirá, pero que no podrá tenerse en pie ni caminar jamás.

Ben-Hur dirigió su vista al cielo silenciosamente. Imaginábase a Messala tendido en un sillón, como Simónides, y conducido a hombros de esclavos. Los buenos sufren resignadamente; pero ¿cuánto no padecería un hombre del orgullo y la ambición de Messala?

—Simónides me encargó que os dijera más. Semballat—prosiguió Malluch—halla dificultades para el pago. Druso y los que con él firmaron la apuesta colectiva de cinco talentos han apelado al Cónsul, y Majencio ha encomendado su decisión al César. También Messala se niega a pagar, y Semballat, siguiendo el ejemplo de Druso, se ha dirigido al Cónsul y ha puesto en sus manos la cuestión. Los romanos más honrados opinan que los perdedores deben pagar, y de esta opinión es todo el público. La ciudad está escandalizada.

—¿Qué opina Simónides?—preguntó Ben-Hur.

—El amo ríe y está satisfechísimo. Si el romano paga, queda arruinado; si rehusa pagar, deshonrado. La política imperial resolverá. Ofender al Oriente será un mal principio de la campaña contra los partos; ofender al jeque Ilderim es enemistarse con el desierto, sobre cuyas vías debe tender Majencio sus líneas de operaciones. Por esto Simónides me envía a decirte que no tengas cuidado. Messala pagará.

Ilderim recobró su buen humor.

—¡Vamos!—dijo el jeque—. El negocio queda en manos de Simónides. La gloria es nuestra. Voy a mandar que preparen los caballos—. E iba a golpear las manos, cuando Malluch le detuvo.

—Aguarda. Hay otro mensajero que desea hablarte. ¿Quieres verle?

—¡Por el esplendor de Dios! Lo había olvidado.

Malluch se retiró y se acercó un siervo de corteses maneras y buen aspecto, que dió su encargo a Ilderim.

—Iras, hija de Baltasar, envía al jeque Ilderim saludos y congratulaciones por el triunfo de su cuadriga.

—La hija de mi amigo es muy amable—dijo el árabe con los ojos cen-

telleantes—. Dale este anillo en señal del placer que me ha proporcionado su mensaje.

Y sacóse uno de su dedo.

—Lo haré como deseas, ¡oh, jeque!—continuó el siervo—. La hija del egipcio me ha encargado algo más. Ella ruega al buen jeque Ilderim que envíe a decir al joven Ben-Hur que su padre habita temporalmente en el palacio de Iderneo, donde ella recibirá al joven después de la hora cuarta de la mañana. Y si con sus congratulaciones el jeque Ilderim acepta la gratitud de Iras, por este nuevo favor quedará complacidísima.

El árabe miró al hebreo, cuyo rostro estaba radiante de satisfacción.

—¿Qué contesto?—preguntóle.

—Si lo permites, ¡oh, jeque!, iré a ver a la linda egipcia.

Ilderim sonrió diciendo:

—¿No podrá un hombre gozar de su juventud?

Y Ben-Hur contestó al mensajero:

—Di a la que te envía que yo, Ben-Hur, estaré mañana, al mediodía, en el palacio de Iderneo, para tener el gusto de verla.

El esclavo se levantó y, saludando silenciosamente, fuese.

A media noche Ilderim tomó el camino del desierto, dejando un caballo y un guía para Ben-Hur.

## CAPÍTULO XVI

### EN EL PALACIO DE IDERNEO

Al siguiente día, Ben-Hur, rodeando el Onfalo, en el corazón de la ciudad, y atravesando las galerías o pórticos de Herodes, dirigióse al palacio de Iderneo para celebrar su entrevista con Iras.

De la calle pasó primeramente a un vestíbulo a ambos lados del cual había dos tramos de escalera cubiertos que conducían a un pórtico. Cada escalón representaba un león alado; en medio del pórtico, una gigantesca grulla echaba el agua de su pico a una fuente de mármol. Los leones, la grulla, el suelo y las paredes sugerían la memoria de Egipto; todo, hasta el barandaje de las escaleras, era de maciza piedra gris.

Sobre el vestíbulo levantábase el pórtico en columnas tan graciosas, ligeras y de tan exquisitas proporciones, que nadie en aquel tiempo, excepto Grecia, podía atreverse a concebir. De mármol blanquísimo, destacábanse como azucenas sobre la piedra gris.

Ben-Hur se detuvo a su sombra, admirándolo, y luego penetró en el palacio. La ancha puerta estaba abierta para recibirlo. El pasaje que primero tuvo que atravesar era alto, pero algo estrecho; piedras rojizas formaban el suelo, y las paredes tenían el mismo tono. Sin embargo, esta misma sencillez hacía esperar que iba a llegarse a algún sitio muy hermoso.

Avanzaba lentamente, recreándose con el silencio del lugar y fruyendo por su cita con Iras, la hermosa egipcia, que le aguardaría con canciones y relatos maravillosos o entretenidos: alegre, caprichosa, voluptuosa, sugestiva, de mirada ardiente y movimiento de ave. Le había llamado la noche del paseo en bote por el lago del huerto de las Palmas; ahora le invitaba de nuevo, y él acudía feliz y forjándose risueñas ilusiones.

El pasillo condújole a una puerta cerrada, cuyas anchas hojas se abrieron sin ruido ante él, en el momento preciso en que llegaba a ellas. Ninguna llave había girado en su cerradura; ninguna mano le había franqueado la entrada. La singularidad del caso pasóle inadvertida, al contemplar el espectáculo que se ofreció a su vista.

A través de la puerta, desde la obscuridad del pasaje, contempló el atrio de una casa romana, amplio y rico hasta un grado fabuloso de magnificencia.

No se podía apreciar cuán ancha era la cámara, a causa de lo admirable de sus proporciones. Cuando entró en el atrio, miró al suelo y se detuvo al ver que pisaba el pecho de una Leda, acariciando a un cisne; miró más lejos, a un lado y a otro, y vió que todo el pavimento era de mosaico representando asuntos mitológicos. Taburetes y sillones esparcidos acá y allá; mesas ricamente esculpidas; triclinios que invitaban al reposo; objetos de reconocido valor artístico; paredes con esculturas y bajorrelieves admirables, y el techo, abovedado, con una claraboya o lucernario que daba paso a la luz y permitía ver el azul del cielo, todo lo cual se reflejaba en el brillante suelo como en las aguas del dormido lago. El *impluvium,* que correspondía al lucernario, estaba rodeado de una verja de bronce. Las columnas doradas que sustentaban la bóveda brillaban como llamas donde las herían los rayos del sol. Raros y magníficos candelabros pendían del techo o salían de las paredes, formando un conjunto digno de la casa sobre el Palatino que Cicerón adquirió de Craso, o de aquella otra, aún más famosa por su magnificencia: la villa tusculana de Escauro.

Absorto en su admiración paseábase Ben-Hur aguardando. No se impacientaba; cuando Iras estuviese dispuesta le haría pasar o acudiría allí ella misma. En todas las casas romanas principales el atrio era la cámara de recibir a los visitantes.

Dos, tres veces dió la vuelta al salón; detúvose luego bajo el lucernario a contemplar el cielo; después apoyóse en una columna y estudió los efectos de luz y sombra. No se presentaba nadie. Sorprendióse al transcurrir

algún tiempo, de que Iras no acudiese a la cita, y de nuevo inspeccionó las figuras del suelo, aunque no con la satisfacción de la vez primera. Deteníase con frecuencia a escuchar; estaba ya impaciente y principiaba a hacérsele enojoso el silencio. Asaltóle el pensamiento de que podía haber caído en un lazo; pero todavía desvanecióIo con una sonrisa de esperanza.

—¡Bah! Estará dando la última pincelada a sus cejas, o tal vez concluyendo de tejer una corona para mí. La traerá consigo y se me presentará más hermosa que nunca.

Se sentó para admirar un candelabro, un plinto corredero de bronce, afiligranado y precioso. A un lado figuraba una palmera; al otro había una mujer celebrando ante un ara; las lámparas figuraban los dátiles; una maravilla en su clase. Pero el silencio le abrumaba; escuchó de nuevo, y otra vez se puso a admirar el hermoso objeto; otra vez, y ni el más mínimo sonido. El palacio parecía una tumba.

Podía haber habido error, pero no; el mensajero había sido enviado por la egipcia, y la cita fué en el palacio de Iderneo. Entonces recordó cuán misteriosamente se había abierto la puerta, sin ruido, como por sí misma.

Llegó hasta ella. Por más que trataba de andar de puntillas, sus pasos resonaban pesadamente, y su ruido le asustó y se puso nervioso. La cerradura romana resistió el primer esfuerzo que hizo para abrirla; al segundo, la sangre se agolpó a sus mejillas, hizo uso de todas sus fuerzas, pero en vano: la puerta ni aun se movió. Sobrecogióle el presentimiento de un peligro, y por un momento permaneció irresoluto.

¿Quién en Antioquía podía armarle un lazo así?

Messala.

Pero ¿y este palacio de Iderneo? Había visto a Egipto en el vestíbulo, Atenas en el pórtico y ahora veía en el atrio a Roma. Cierto que el palacio hallábase en una de las vías más transitadas de la ciudad; pero quizá a causa de ello mismo había sido elegido por el genio audaz de su enemigo. El atrio sufrió una metamorfosis: en vez de una cámara magnífica y artística se convirtió en una trampa. El temor lo pinta todo de negro.

Tal idea le irritaba. Había muchas puertas a derecha e izquierda del atrio, que daban sin duda a los dormitorios. Intentó abrir una sin lograrlo.

Quizás la noche traería la respuesta del enigma. Quiso gritar para que acudieran, pero se echó en un triclinio y se entregó a sus reflexiones.

Evidentemente, era prisionero; pero ¿de quién y con qué designio?

¡Si fuese obra de Messala! Se incorporó, miró en torno suyo y sonrióse provocativamente. Había armas en todas las mesas. Muchos pájaros habían muerto en jaulas de oro; pero no le pasaría a él. Las estatuas de bronce y los triclinios le servirían de arietes, y sus fuerzas, triplicadas por la desesperación y la rabia, derribarían las puertas.

Messala no podía acudir. No volvería a andar; estaba paralizado como Simónides, pero podía enviar a otros. Ben-Hur intentó forzar las puertas de nuevo. Llamó una vez, pero el eco de su voz, retumbando en la sala como un trueno, le asustó. Trató de recobrar la calma, y resolvió esperar un buen rato antes de hacer nueva tentativa.

En tales situaciones, la mente tiene sus flujos y reflujos, con intervalos de calma. Al fin, tras de madura reflexión, arribó a la conclusión de que se trataba de un error o de un accidente. El palacio debía ciertamente de pertenecer a alguien. Debía de tener algún custodio. Al anochecer o a la noche iría por allá. ¡Paciencia!

Pensando así, aguardaba.

Media hora pasó que a Ben-Hur le pareció mucho mayor período de tiempo, cuando la puerta que le había dado acceso se abrió y cerró silenciosa como antes; sin atraer su atención, pues en ese momento hallábase al otro extremo de la cámara. El ruido de pasos sobresaltóle.

—¡Al fin! ¡Hela aquí!—pensó, sintiendo alivio y alegría.

Los pasos eran pesados y acompañábalos el chasquido de las sandalias. Las columnas doradas estaban entre él y la puerta; avanzó silenciosamente y se apostó tras una de ellas. De pronto oyó voces. Voces de hombres, una de ellas ronca y gutural. No podía comprender lo que decían, porque no hablaban en ninguna de las lenguas orientales ni en los idiomas meridionales de Europa.

Después de una ojeada a la estancia, los extranjeros cruzaron a la izquierda, y Ben-Hur vió dos hombres, uno muy grueso, ambos de elevada talla y ambos con jalecos. Su aspecto era vulgar; el atrio parecía profanado con su presencia. Maravillábanse ante cada objeto y tocaban todo lo que veían. No tenían aire de sirvientes. Al mismo tiempo, sus desenvueltas maneras y su aire de seguridad demostraban que procedían con algún derecho o por algún negocio; pero si negocio, ¿con quién?

Con su viva jerga, deteniéndose aquí y allá, llegaron próximos al pilar contra el cual se apoyaba Ben-Hur. Un chorro de luz caía sobre el pavimento, a poca distancia, y se quedaron parados contemplándolo. Esto permitió al joven examinarlos.

El misterio y su presencia en el palacio tenían a Ben-Hur nervioso, y así no pudo contener un estremecimiento al reconocer en el más grueso de los dos hombres al normando a quien había conocido en Roma: al vencedor en el boxeo del día anterior. El rostro de aquel hombre, surcado de cicatrices recordatorias de luchas y vicios; sus vigorosos miembros, reveladores de lo que el ejercicio puede conseguir, sugerían el pensamiento de un peligro que difícilmente podría evitarse. Aseguróle el instinto que se trataba de un acto premeditado, muy bien escogido para ser fruto de la casualidad. Volvió la

vista al compañero del hombre del norte, joven, de ojos y cabellos negros, tan fuerte al parecer y tan alto como él mismo; observó que ambos llevaban el traje de la arena.

Ben-Hur no dudó largo tiempo; había caído en un lazo, e iba a morir.

Erraba su mirada del uno al otro hombre, mientras se realizaba en su mente el último milagro de la memoria, por el cual pasaron ante sí todos los sucesos de su pasada vida, como si fuera otro el protagonista y no él. Hasta entonces había sido víctima propiciatoria; pero ya empezaba a ser el agresor, y hecho el dia antes su primera víctima. En un alma cristiana esto hubiera producido el remordimiento, pero no en Ben-Hur, espíritu moldeado con las doctrinas del gran Legislador de su pueblo. El castigo de Messala era merecido y justo. Dios mismo le había concedido la venganza. Este pensamiento aumentó su confianza. Además, decíanle que el Señor le había elegido para una misión solemne acerca del suspirado Rey. ¿Por qué en el comienzo apenas de tan gran empresa podría tener miedo?

Deshizo el nudo de la faja que sujetaba la amplia vestidura blanca; dejó caer ésta al suelo, y quedó con un jaleco semejante al de sus adversarios. Luego, cruzando los brazos y apoyándose en la columna, aguardó tranquilo.

El examen de la estatua fué breve. De pronto el normando volvióse, dijo algo en la desconocida lengua a su compañero, y ambos miraron a Ben-Hur. Cambiaron algunas palabras más, y ambos avanzaron hacia él.

—¿Quién sois?—preguntó en latín.

El normando remedó una sonrisa que no logró dulcificar la brutal fiereza de su rostro.

—Bárbaros—contestó.

—Este es el palacio de Iderneo. ¿A quién buscáis? Deteneos y contestad.

Las palabras fueron dichas en tono imperioso. Los extranjeros detuviéronse, y a su vez el normando preguntó:

—¿Quién eres?

—Un romano.

El gigante inclinó hacia atrás su cabeza.

—¡Ja, ja, ja! He oído decir una vez que un dios nació de una vaca por lamer ésta una piedra de sal; pero ni un dios puede hacer de un judío un romano.

Río más fuerte, habló con su compañero de nuevo, y avanzaron un poco.

—¡Alto!—gritó otra vez Ben-Hur, separándose un tanto de la columna—. ¡Una palabra!

Por segunda vez se detuvieron.

—¿Una palabra?—exclamó el sajón cruzando los brazos musculosos sobre el robusto pecho, y con rostro que empezaba a ser amenazador—. ¿Una palabra? ¡Habla!

—Eres Thord, el normando.

El gigante abrió sus azules ojos sorprendido.

—Fuiste lanista en Roma.

Thord afirmó con la cabeza.

—Yo fuí tu discípulo.

—¡No!—dijo Thord agitando su cabeza—. ¡Por las barbas de Irmino! Nunca enseñé a un judío.

—Pero yo te probaré mi aserción.

—¿Cómo?

—¿Venís aquí para matarme?

—Cierto.

—Deja que ese hombre luche solo conmigo, y te daré la prueba sobre su cuerpo.

Un relámpago de ironía brilló en la mirada del normando. Habló algo con su compañero, y luego, con la sencillez de un niño que se divierte, agregó:

—Aguardad la señal para principiar.

A patadas llevóse allí cerca un triclinio; tendióse tranquila y cómodamente, y dijo con la mayor naturalidad:

Contempló a Ben-Hur, examinándole de la cabeza a los pies.

—¡Empezad ya!

Sin preámbulos, Ben-Hur avanzó hacia su antagonista, diciéndole:

—¡Defiéndete!

El extranjero se dispuso a la lucha.

Uno enfrente de otro, presentaban tal semejanza que parecían hermanos. El confiado adversario de Ben-Hur sonreía, mientras el hebreo, serio y resuelto, tenía tal expresión de amenaza en su rostro, que hubiera puesto en cuidado al extranjero, a conocer su agilidad y destreza. Ambos sabían que el combate era mortal.

Ben-Hur descargó un golpe con su diestra, que desvió con el brazo iz-

quierdo su adversario. Entonces, antes de que el extranjero pudiera ponerse de nuevo en guardia, el hebreo le aferró la muñeca con un apretón que los años de galeras habían hecho tan terrible como un mordisco. La sorpresa fué tal, que no le dió tiempo para evitarlo. Lanzar el cuerpo hacia adelante; impulsar el brazo cogido, primero bajo la barba y después al hombro derecho; hacer dar al hombre media vuelta para presentar sin defensa el lado izquierdo, y asestarle un formidable puñetazo en la nuca, bajo la oreja, fué todo obra rápida y ejecutada con regularidad mecánica. El sicario cayó pesadamente sin exhalar un grito, y quedó en el suelo inmóvil.

Ben-Hur se volvió a Thord.

—¡Ah, ah! ¡Cómo! ¡Por las barbas de Irmino!—gritó sorprendido el último, enderezándose hasta sentarse. Luego echóse a reír—. Ni yo mismo lo hubiera podido hacer mejor ¡Ja, ja, ja!

Contempló a Ben-Hur, examinándole atentamente de la cabeza a los pies, y poniéndose sobre los suyos se acercó al judío sin disimular su admiración.

—¡Si es mi zancadilla! ¡La treta que he practicado durante diez años en las escuelas de Roma! Tú no eres judío. ¿Quién eres?

—¿Conociste a Arrio el duunviro?

—¿A Quinto Arrio? ¡Ya lo creo! Fué mi patrón.

—Tenía un hijo.

—Sí—dijo mientras sus toscas facciones resplandecían—, sí; conocí al muchacho. Hubiera llegado a ser el rey de los gladiadores. César le ofreció su patronaje. Yo fuí quien le enseñó a dar ese golpe que acabas de dar tú, golpe imposible para quien no tenga mis brazos y mis puños. Más de una corona me ha valido.

—Yo soy el hijo de Arrio.

Thord se aproximó más y le examinó atentamente. Sus ojos brillaron con sincero placer, y, riendo, le tendió la mano.

—¡Ja, ja, ja! Me dijo que hallaría un judío aquí, un hebreo, un perro hebreo, cuya muerte era un servicio hecho a los dioses.

—¿Quién te lo dijo?—preguntó Ben-Hur cogiendo la mano del gigante.

—Él, Messala. ¡Ja, ja, ja!

—¿Cuándo, Thord?

—Anoche.

—Creí que estaba herido.

—No volverá ya a andar. Desde su lecho me dijo eso, entre maldiciones.

Un cuadro vívido, trazado en pocas palabras. Ben-Hur comprendió por la descripción que el romano, mientras viviese, le perseguiría con su odio inextinguible. Sólo la venganza podía endulzar sus penas, una vez que Semballat le había ganado la fortuna. Ben-Hur escudriñó lo porvenir en la empresa que iba a acometer y comprendió que debía de desaparecer. Aquel

hombre, sobornado para matarle, podía venderse también para asesinar a Messala, siempre que se le ofreciese suma mayor. La tentación era fuerte y estaba a punto de ceder a ella, cuando, volviendo a su primitivo pensamiento, le dijo:

—Tohrd, ¿cuánto te dió Messala por matarme?

—Mil sextercios.

—Los tendrás; y si ejecutas puntualmente mis órdenes, otros mil por mi parte.

El normando descubrió en alta voz su pensamiento:

—Ayer gané cinco mil sextercios, más mil al romano, hacen seis mil; dame tú cuatro mil, buen Arrio, y Thord es tuyo en cuerpo y alma, aunque mi homónimo me mate con su martillo. Dame cuatro mil sextercios, y a una sola palabra tuya mato al mentiroso patricio. No tengo más que taparle la boca con mi mano.

Y uniendo la acción a la palabra, se tapó la suya con su mano.

—Comprendo—exclamó el hebreo—. Diez mil sextercios son una fortuna capaz de hacerte volver a Roma y establecer un puesto de vino cerca del circo Máximo, viviendo allí como el príncipe de los lanistas.

Los ojos del gigante centellearon de placer.

—Tendrás los cuatro mil—añadió Ben-Hur—, y lo que por ellos tendrás que hacer no manchará de sangre tus manos, Thord. ¡Oyeme! ¿No se parecía a mí tu compañero?

—Como manzana del mismo árbol.

—Bien; si yo me pongo su túnica y a él le pones la mía me confundirán con él; nos marchamos tranquilamente y tú recibes tus sextercios de Messala.

Thord rió hasta llorar.

—¡Ja, ja, ja! ¡Excelente idea! ¡Ganar tan fácilmente diez mil sextercios en dos días! ¡Ja, ja, ja! Dame tu mano, hijo de Arrio. Si vas a Roma alguna vez, no te olvides de visitar la taberna de Thord el normando. ¡Por las barbas de Irmino! Te daré el mejor vino de Roma, aun cuando tenga que robárselo al César.

Se dieron otro apretón de manos, hicieron el trueque de vestidos, y una vez hecho, Thord golpeó la puerta, que se abrió, bajaron a la calle y se separaron en el Onfalo.

—¡No te olvides de la tienda de vinos junto al circo, oh, hijo de Arrio! ¡Por las barbas de Irmino! Nunca se ganó mejor una fortuna. Los dioses te guarden.

Al dejar el atrio, Ben-Hur dirigió la última mirada al asesino que yacía en tierra con la vestidura hebrea. La semejanza con él era grande. Si Thord era leal, el secreto no se descubriría.

.....

Aquella noche en casa de Simónides, Ben-Hur refirió los sucesos del palacio de Iderneo, y ambos convinieron en que, pasados unos días se haría una denuncia de la desaparición del hijo de Arrio. Para ello acudiríase al mismo Majencio, y si el misterio no se esclarecía, Messala y Grato quedarían contentos y satisfechos, creyéndolo muerto, mientras él se dirigía tranquilamente a Jerusalén para averiguar el paradero de su madre y hermana.

Al partir, Simónides, con paternal afecto, dió desde su poltrona al joven la bendición del Señor.

—Si encuentro a mi familia, Ester, irás a reunirte con ella, y serás una hermana para mi Tirza—dijo besándola.

¿Fué su ósculo un beso fraternal sólo?

Cruzó el río y se dirigió al huerto de las Palmas, donde le esperaba su guía con dos caballos.

—Este es el tuyo—díjole el árabe.

Ben-Hur le miró. Era *Aldebarán,* el más rápido, el más hermoso y arrogante de los hijos de *Mira,* y, después de *Sirio,* el favorito del jeque; Ben-Hur apreció en aquel regalo el corazón del anciano Ilderim.

La muerte de Ben-Hur, cuyo cadáver apareció en el atrio, fué comunicada al día siguiente por Messala a Valerio Grato, enviándole un correo especial. Esta vez era indudable.

Poco después abrióse una tienda de vinos cerca del circo Máximo, con esta inscripción en la puerta:

THORD EL NORMANDO

# LIBRO SEXTO

¿Es la muerte?... ¿Hay dos muertes por ventura? ¿Es el marido de la muerte acaso?

.....

.....Su cutis blanco
cutis de leprosa era, y su presencia
causaba escalofrío, horror, espanto."

COLERIDGE.

## CAPÍTULO PRIMERO

### LA CELDA NÚMERO 6 DE LA TORRE ANTONIA

NUESTRA historia requiere que pasemos por alto treinta días desde el en que Ben-Hur salió de Antioquía para reunirse en el desierto con el jeque Ilderim; en ese espacio de tiempo produjose un cambio de gran importancia para nuestro héroe: el de la sustitución del procurador de Cesárea, Valeriano Grato, nombrando el emperador como sucesor suyo a Poncio Pilatos.

La remoción, hagámoslo constar, costó a Simónides cinco talentos, que tuvo que poner en manos de Sejano, el favorito entonces del César. Como se comprenderá, el objeto fué quitar obstáculos y riesgos a Ben-Hur durante su permanencia en Jerusalén y sus alrededores. A tan piadoso fin dedicaba el leal siervo las sumas ganadas a Drusso y sus compañeros, todos los cuales, por haber pagado sus apuestas, se convirtieron desde luego en enemigos naturales de Messala, quien perdió para siempre todo su prestigio en Roma.

Por breve que fuera el tiempo que llevaban en Jerusalén los gobernantes romanos, los judíos sabían ya que el cambio de hombres no mejoraría en nada su situación.

Las cohortes enviadas para relevar la guarnición de la torre Antonia hicieron su entrada en la ciudad por la noche, y a la mañana siguiente el primer espectáculo que se ofreció al pueblo fué el adorno de los muros de la antigua torre con enseñas, águilas, esferas y bustos de los emperadores romanos. Una multitud indignada se trasladó a Cesárea, donde Pilatos residía, para pedirle que sacase de Jerusalén las detestadas imágenes. Cinco días y cinco noches rondó el pueblo hierosolimitano las puertas del palacio de Pilatos sin conseguir nada, y al fin concedióles una entrevista en el circo, el cual, una vez dentro los solicitantes, fué rodeado de fuerza armada. Como en vez de mostrarse belicosos y arrogantes imploraron humildes y pacíficos, consintió en trasladar las imágenes e insignias a Cesárea, donde Grato, más considerado o más político, las había guardado durante los once años de su gobierno.

El peor de los hombres hace en algún momento algo bueno como compensación de sus actos perversos, y así sucedió con Pilatos. Ordenó una requisa por todas las cárceles de Judea, y de la inspección de los presos y de las causas de la prisión resultó la reparación de no pocas injusticias. Sin duda obedeció, al hacerlo, al sentimiento tan común en los nuevos funcionarios de evadir el comportamiento de responsabilidades con su antecesor; pero el pueblo, no viendo más que el mucho bien que podría resultar de tal medida, aplaudió a Poncio y regocijóse por algún tiempo. Los resultados de la requisa fueron sorprendentes.

Centenares de personas inocentes fueron excarceladas; muchas a quienes se contaba como muertas salieron a la luz y resucitaron a la vida; y lo más espantoso todavía fué el descubrimiento de mazmorras subterráneas, no sólo desconocidas del pueblo, sino olvidadas por las autoridades.

Una de éstas, por asombroso que parezca, hallóse en el mismo Jerusalén.

La torre Antonia, que, como se recordará, ocupaba las dos terceras partes del área sagrada del monte Moria, fué originariamente un castillo construído por los macedonios. Más tarde, Juan Hircano convirtiólo en fortaleza para defensa del templo, y fué en aquel tiempo considerado como inexpugnable; mas al advenimiento de Herodes, el genio constructor de aquel rey reforzó sus muros, y extendiéndolos, dejó en medio una vasta construcción capaz para contener todas las dependencias necsarias a una fortaleza, como cuarteles, armerías, almacenes, cisternas y, aunque no lo menos importante, prisiones para toda clase de delitos. Niveló la sólida roca, excavó para echar los cimientos y unió el nuevo edificio al templo por una columnata, desde sobre la cual podían verse los patios del sagrado edificio. En tales condicio-

nes cayó la torre en manos de Roma, cuyos gobernantes no tardaron en descubrir sus ventajas y en destinarla a usos en los cuales eran maestros. Durante toda la administración de Grato había sido ciudadela guarnecida y prisión de revolucionarios. ¡Ay cuando las cohortes salían de sus puertas para reprimir algún desorden! ¡Ay de los judíos que arrestados penetraban allí!

.....

La orden del nuevo gobernante requiriendo una relación de los presos y sus delitos respectivos recibióse en la torre Antonia y fué cumplida prontamente. Dos días habían transcurrido desde el en que el último desgraciado había sido interrogado, y el informe hallábase para su despacho sobre la mesa del tribuno; cinco minutos más y sería enviado a Pilatos, que habitaba en Monte Sión.

El despacho del tribuno era grande y estaba adornado como correspondía al de un funcionario tan importante. El funcionario parecía impaciente por acabar su tarea para poder buscar el fresco en el terrado, desde el cual podría contemplar a los hebreos en los patios del templo. Sus subordinados y escribientes compartían su impaciencia.

Un hombre apareció en la puerta con un manojo de llaves, cada una pesada como un martillo; el ruido de ellas hizo volver la cabeza al tribuno.

—¡Ah! ¿Eres tú, Gesio? Entra—dijo.

Mientras el recién llegado se aproximaba pesadamente a la mesa, todos los presentes le miraron, observando cierta expresión mortificante y de alarma en su rostro, lo que les impuso silencio, aguardando su relación.

—¡Oh, tribuno!—exclamó inclinándose—. Tengo miedo de decirte lo que decirte debo.

—¿Otro error, eh, Gesio?

—Si pudiera convencerme de que sólo se trata de un error, no temería decirlo.

—¿Un crimen entonces, o peor aún, una transgresión del deber? Puedes burlarte de César o maldecir a los dioses, y vivir; pero si la ofensa es a las águilas... ¡Ah! Ya lo sabes, Gesio...; sigue.

—Ocho años hace ahora que me nombró carcelero de la torre Valerio Grato—dijo el hombre con calma—. Recuerdo la mañana en que me enteró de los deberes y responsabilidades de mi oficio. El día anterior había habido motín y combate en las calles. Matamos muchos judíos, y tuvimos por nuestra parte algunas víctimas. Decían que la causa de todo había sido un ladrillo arrojado sobre la cabeza de Grato; encontré a éste sentado en el sitio que tú ocupas y con la cabeza vendada. Al notificarme mi nombramiento me dió estas llaves numeradas, que jamás podría abandonar, como insignias del cargo. Desarrolló ante mi vista tres papiros con los planos de los tres pisos de las prisiones. "Entérate ahora—me dijo—del reglamento, visita las celdas

y observa en qué condiciones está el edificio. Si hay que hacer alguna reparación, ordénala, porque mientras yo mande tú serás el jefe de la cárcel." Me disponía a marchar, cuando me llamó de nuevo, y añadió: "¡Ah! ¡Me olvidaba! Dame el plano tercero." Se lo di, lo extendió sobre la mesa y prosiguió: "Mira esta celda marcada con el número V. ¡Fíjate! En ella hay tres hombres revolucionarios, dueños de un secreto de Estado, hombres peligrosísimos. La curiosidad se paga—dijo mirándome fijamente—con penas muy severas. En castigo de la suya se les ha arrancado los ojos y las lenguas, y así estarán siempre. Recibirán diariamente la comida y la bebida a través de la cavidad practicada en el muro. ¿Comprendes, Gesio?" Hice signos afirmativos, y mirándome amenazador: "No olvides en tu vida lo que voy a decirte. La puerta de la celda número V, esta puerta, y la señalaba con el dedo, no será jamás abierta por ningún motivo, ni siquiera para entrar tú." "Pero, ¿y si mueren?—pregunté—. "Si mueren—me repuso—, la celda será su tumba. La celda está infectada de lepra. ¿Entiendes?" Y me despidió.

Gesio se detuvo y sacó tres pergaminos mugrientos por el tiempo y el uso; eligió uno de ellos y lo extendió ante la mesa del tribuno.

—Este es—dijo sencillamente.

Todos los presentes miraron:

| PASAJE | | | | |
|---|---|---|---|---|
| V | IV | III | II | I |

—Tal es el plano que me dió Grato. Mira la celda número V—dijo Gesio.

—Ya la veo. Prosigue.

—La celda, según te dije, está infectada de lepra.

—Bien.

—Quisiera hacerte una pregunta—dijo el carcelero.

El tribuno asintió.

—No debía yo creer que el plano era exacto?

—¿Qué otra cosa podías creer?

—Pues bien; no es exacto.

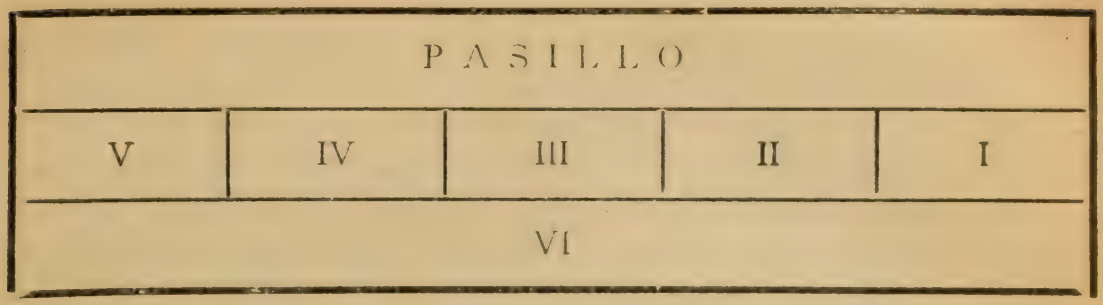
El funcionario lo miró sorprendido al oir aquella respuesta.

—No es exacto—continuó el llavero—; sólo indica cinco celdas en el piso y hay seis.

—¿Seis, dices?

—Te mostraré el plano tal como es.

Sobre una tablilla de su memorandum dibujó el siguiente, que enseñó al tribuno:




—Has hecho bien—dijo el tribuno examinando el diseño y creyendo el relato terminado—. Haré corregir el plano, o mejor, haré otro nuevo para tu uso. Vuelve por él mañana.

Esto diciendo se levantó

—¡Oyeme todavía, oh, tribuno!

—Mañana, Gesio, mañana.

—Lo que me resta que decirte es muy urgente.

El tribuno, condescendiente, se sentó de nuevo.

—Seré breve—dijo con humildad Gesio—; sólo permíteme otra pregunta: ¿No debía creer en lo que Grato me dijo respecto a los tres prisioneros de la celda V?

—Sí; tu deber era creerlo.

—Pues tampoco eso es cierto.

—¿No?—exclamó el tribuno, interesándose ya.

—Oyeme y juzga. Como me ordenaste, visité todas las celdas. En los ocho años nadie había entrado en esa celda, y quise ver a esos desgraciados que, contra toda previsión, habían sobrevivido tanto tiempo a sus infortunios. La llave señalada no entraba en la cerradura, no era de allí. Empujamos la puerta y cayó a pedazos. Sólo había un hombre viejo, ciego, mudo y sin un harapo para cubrirse. Su cabello largo y enmarañado cubríale; su piel parecía pergamino; sus uñas eran largas y retorcidas, como garras de un ave de rapiña. Le preguntamos por sus compañeros, y contestó moviendo negativamente la cabeza. Examinamos el cuarto, y nada. Si sus dos compañeros hubiesen muerto, hubiéramos hallado por lo menos los huesos.

—Por lo cual piensas...

—Creo, ¡oh, tribuno!, que sólo ha habido allí un prisionero durante estos ocho años.

—Ten cuidado—dijo el tribuno, severo—; ten cuidado. Acusas a Valerio Grato de algo más grave que una mentira.

—Pudo haber sido engañado él—dijo Gesio inclinándose.

—No; tenía razón, según resulta de lo que dices. ¿No se ha suministrado durante ocho años comida y bebida para tres personas?

Los presentes aprobaron la perspicacia de su jefe; sin embargo, Gesio no se dió a partido

—No has oído sino la mitad de la historia. ¿Quieres saber lo que hice con aquel hombre? Le hice dar un baño, cortarle uñas y cabello, vestirlo y calzarlo, y le devolví la libertad. Creía haberme librado de él; pero esta mañana volvió y, con signos y con lágrimas, me dió a entender que deseaba volver a la celda. Cuando di la orden de conducirle a ella, me besó los pies, y con mudos pero elocuentes ruegos, insistía en que fuera con él y fuí. El misterio de aquellos hombres era una obsesión para mí, y sentía no haber tratado de averiguar algo.

Los circunstantes hallábanse pendientes de las palabras de Gesio.

—Cuando conoció que estábamos en la celda, me llevó hasta una excavación interior, lo mismo que la que servía para entrar la comida a la celda V, y en la cual, a pesar de ser regular, no nos habíamos fijado la tarde anterior. Sin soltar mi mano, acercó su rostro a la cavidad y dió un grito como de bestia. Un débil sonido le respondió. Sorprendido, acerqué a mi vez el rostro al agujero y grité: ¡Hola! ¿Quién está ahí? Al principio no me respondieron; luego oí estas palabras: "¡Bendito seas, Señor!" Me asombré todavía más, ¡oh, tribuno!; la voz era de mujer. Pregunté entonces: "¿Quién eres?" Y me contestó la voz: "Una mujer de Israel sepultada con su hija: ¡Socorrednos pronto, o moriremos!" Les di seguridades de ello, y me apresuré a venir a comunicártelo.

El tribuno se levantó apresurado.

—Tienes razón, Gesio; y ahora comprendo que el plano era falso, como era falsa la historia de los tres hombres. ¡Tú y el prisionero habéis sido mejores romanos que Valerio Grato!

—¡Sí; el prisionero ha dado regularmente a las mujeres la comida y bebida recibidas!

—Y esto hay que añadir a la cuenta de...—dijo el tribuno, y al observar el aspecto de sus amigos, reflexionando lo bien que le vendría tener testigos del hecho, añadió—: ¡Vamos a salvar a esas mujeres! ¡Vamos todos!

Gesio estaba satisfecho.

—Será necesario perforar la pared. He podido hallar el sitio donde estuvo la puerta pero fué tapiada con piedra y cal.

El tribuno se detuvo para decir a uno de sus escribientes:

—Envía a buscar hombres que nos sigan con herramientas, inmediatamente. Date prisa y guarda el plano porque veo que tendrá que ser corregido.

Poco después hallábanse en la cárcel.

# CAPÍTULO II

## LAS LEPROSAS

UNA mujer de Israel sepultada aquí con su hija! ¡Socorrednos pronto, o moriremos!

Tal fué la respuesta dada a Gesio, el carcelero, desde la celda que aparecía en su enmendado plano con el número VI. El lector, al conocer la respuesta, no habrá dudado acerca de quiénes eran las desgraciadas, y se habrá dicho a sí mismo: ¡Al fin, aparecen la madre de Ben-Hur y Tirza, su hermana!

Así era.

La mañana en que fueron arrestadas, ocho años antes, se les condujo a aquella torre, donde Grato las encerró para que no le opusieran obstáculos al goce de la fortuna que les arrebataba. Había elegido la celda aquélla, en primer lugar, porque era la que más fácilmente podía hacerse desaparecer, y, en segundo, por hallarse infestada de lepra. Los prisioneros estaban destinados a morir allí, y aun en el caso improbable de salvarse, su enfermedad les hacía incapaces de trato con los hombres sanos, y, por consiguiente, de toda reclamación de justicia o de restitución de su fortuna.

Para comprender cómo vivieron madre e hija, debemos referirnos a la cultura de su espíritu y a las comodidades a que estaban acostumbradas. Las condiciones de vida nos son agradables o insoportables de acuerdo con nuestra sensibilidad. No sería una paradoja afirmar que si ocurriera un éxodo de todos los hombres del mundo al cielo tal como nos lo representa la doctrina cristiana, el cielo no sería un cielo para la mayoría; y, por el contrario, no a todos parecería un gran castigo el infierno. La cultura tiene su balanza. Así como la capacidad del alma para el goce puro es susceptible de aumento proporcional, así el cuerpo puede gradualmente acostumbrarse al padecimiento.

Lo repetimos: para comprender cómo pudieron soportar aquella vida, debe atenderse a lo cultivado de su espíritu y de su sensibilidad, casi tanto, sino más, que a las condiciones de su emparedamiento. La cuestión no debe arrostrarse pensando en cómo eran las condiciones de su vida, sino en cuánto las afectó su cambio de situación. Justamente para dar una idea de las torturas morales que esperaban a ambas mujeres, nos detuvimos tanto en la descripción del palacio de los Hur y de la vida de aquella familia de príncipes. Y

algo ayudará a comprender cómo pudieron sufrir tanto el recuerdo de aquella conversación entre madre e hijo, en el cenador del terrado, conversación en la cual habló de Dios, de la sucesión de las naciones y de los héroes con la profundidad de un filósofo, con la ciencia de un maestro y con la ternura de una madre: su discurso revelaba el temple de aquella sublime mujer.

¿Queréis herir en lo vivo a un hombre? Atacad su amor propio. ¿Queréis hacer padecer a la peor de las mujeres? Herirla en sus afectos.

Y tras este recuerdo y tales reflexiones, pasemos a ver a las desgraciadas mujeres, víctimas de la ambición de Grato y de la perversidad de Messala.

La celda VI era igual al diseño hecho por Gesio. De sus dimensiones no se podía saber nada positivo, sino que era una estancia, abierta en la roca viva, larga y estrecha.

Al principio, el castillo de los macedonios estaba separado del templo por angosta roca. Los obreros, deseando construir una serie de cámaras, comenzaron a excavar la parte Norte de la roca, dejando el techo natural de piedra; más tarde construyeron las designadas con los números V, IV, III, II y I, sin comunicarlas con la número VI, si se exceptúa la V. De la misma manera construyeron luego el pasaje y las escaleras que comunican este piso con los superiores. El procedimiento de la obra fué idéntico al seguido para la construcción de las tumbas de los reyes que se ven todavía próximas a Jerusalén; sólo que, cuando estuvo terminada la celda VI, cerróse con un muro, en el cual se hicieron pequeñas aberturas para paso del aire. Al apoderarse Herodes de la torre y reconstruir la muralla exterior, ensanchando el circuito, tapió todas las aberturas menos una, la cual, si permitía pasar un poco de aire vital y un rayo de luz, no era suficiente a disipar las tinieblas del largo y estrecho calabozo.

Tal era la celda VI.

No nos alarmemos ahora por el espectáculo que nos ofrece.

Las dos mujeres, próximas a la abertura del muro, hállanse una sentada y otra medio reclinada sobre ella. Nada se interpone entre sus cuerpos y la dura roca. La luz, penetrando desde lo alto, hiriéndolas tímidamente, nos hace ver que están sin vestidos que cubran sus carnes. Al mismo tiempo nos demuestra que el amor rige todavía en aquel antro, pues las vemos abrazadas cariñosamente. Las riquezas desaparecen, las comodidades de la vida acaban, la esperanza misma se desvanece; pero el amor es eterno, porque el amor es Dios.

El suelo sobre el cual hállanse ambas mujeres agrupadas amorosamente es completamente liso. ¿Quién podría decir cuánto tiempo de aquellos ocho años habían permanecido, como las vemos, abrazadas, ante aquella abertura que dejaba pasar hasta ellas un tímido, pero amistoso rayo de luz? Cuando la claridad venía, conocían que alboreaba: cuando desaparecía, decíanse que el

mundo quedaba envuelto en las tinieblas de la noche, las cuales no eran por todas partes tan densas y prolongadas como en aquella mazmorra. ¡El mundo! A través de aquel agujero, cual si fuera tan grande como las puertas de un palacio real, iban ambas desgraciadas al mundo con la imaginación, y recorríanlo en busca del hijo, en busca del hermano. Le creían recorriendo el mar y desembarcando en todas sus islas; hoy en una, mañana en otra, y en todas partes y en todos momentos buscándolas sin tregua, sin descanso, porque lo mismo que ellas sólo vivían para aguardarle, él vivía únicamente para buscarlas. ¡Cuántas veces veíanle con el pensamiento recorriendo opuesto camino! Era la más dulce de las delicadezas decirse una a otra: "Mientras viva, no seremos olvidadas. ¡Mientras se acuerde de nosotras, hay esperanza!" ¿Quién sabe la fuerza que puede aumentar una esperanza, por débil que sea, si no se ha hallado nunca en trance de experimentarlo por sí mismo? El recuerdo de sus primeros días tan tristes impone respeto; su padecimiento las encierra en una aureola de santidad. No obstante, sin acercarnos demasiado a ellas para no alarmar su pudor, podemos ver el cambio operado en ambas, y no por el tiempo o largo encierro. La madre era hermosa como mujer, la hija hermosa como niña; pero hoy, ni aun cegado por el amor, podría nadie decir otro tanto. Sus cabellos largos, desgreñados, extrañamente blancos, daban a sus personas un aire de repulsión que hubiera paralizado al más animoso; el efecto podía ser simplemente de luz, de la luz que se deslizaba indecisa y descompuesta por el agujero cercano al techo; pero más bien podía deberse a la atmósfera malsana, a los sufrimientos carcelarios, sobre todo en las últimas horas, pasadas sin alimento y agua, por haberse libertado a su forzado servidor, el prisionero ciego y mudo.

Tirza, reclinada sobre su madre, medio abrazada a ella, sollozaba tristemente.

—¡Tranquilízate, Tirza, tranquilízate! Vendrán. Dios es bueno. Nos hemos acordado siempre de Él, no olvidándonos de rezarle cada vez que oíamos las trompetas del templo. La luz, mira, es aún muy brillante, y el sol está hacia el Sur; no puede ser más que la hora séptima. Alguno acudirá a socorrernos. Ten fe. Dios es bueno.

Tal dijo la madre. Las palabras eran sencillas y afectuosas A pesar de los ocho años sumados a los trece que tenía Tirza cuando la conocimos, no era más que una niña.

—Trataré de ser fuerte, madre—dijo—. Tus padecimientos deben ser tan grandes como los míos, y necesito vivir para ti y para mi hermano; pero mi lengua quema, mis labios arden... Me confundo al pensar dónde estará, y dudo que nunca, nunca logre hallarnos.

Hay algo a veces en las voces que impresiona de modo extraño: el tono duro, agudo, metálico, innatural.

La madre, estrechando contra su pecho a su hija, exclamó:

—Soñé con él anoche y lo vi tan claramente como te estoy viendo a ti, Tirza. Debemos creer en los sueños, ya lo sabes, porque nuestros padres creyeron. El Señor les habló frecuentemente en sueños. Soñé que nos hallábamos en el patio de las mujeres, precisamente frente a la puerta Magnífica, con otras muchas mujeres. Llegó él, se detuvo en el quicio del portón, y miró ansiosamente aquí y allí, una por una. Mi corazón palpitó con violencia. Conocí que nos buscaba, y me adelanté hacia él, tendiéndole los brazos y llamándole. Me oyó y me miró, pero no me reconocía. Al momento desvanecióse la ilusión.

—¿No sucedería así si nos hallase realmente, madre? ¡Estamos tan cambiadas!

—Sí, acaso; pero—inclinó su cabeza, pintóse honda pena en su rostro, mas rehízose y continuó—; pero... nosotras podríamos hacer que nos reconociese.

Tirza se retorció los brazos y sollozó de nuevo:

—¡Agua, madre, agua, aunque sólo sea un sorbo!

La madre miró a las piedras con negra desesperación. Había nombrado a Dios tan a menudo, había prometido tanto en nombre del Señor para mantener la fe y la esperanza de Tirza, que parecíale un sarcasmo insistir y repetir las promesas. Pasó una sombra ante la abertura, robándoles el débil rayo de luz que las besaba, y pensó en la muerte, tan próxima, que sólo esperaba para entrar la salida de la fe.

Conociendo que debía hablar animosamente para reanimar a su hija, exclamó:

—Paciencia, Tirza. Ya llegan. Están casi a la puerta.

Parecióle oír un rumor junto a la hendidura del muro que comunicaba con la celda vecina, su única comunicación con el mundo, y no se equivocaba. Un segundo después llegó hasta ellas el grito salvaje de su mudo sirviente de ocho años. Tirza oyólo también, y ambas se levantaron, conservándose abrazadas.

—¡Bendito por siempre el Señor!—dijo la madre con fervor.

—¡Hola!—gritaron luego—. ¿Quiénes sois?

La voz era extraña. ¿Qué sucedía? En los ocho años de prisión sólo había oído la voz de Tirza. ¡Qué reacción más poderosa de la muerte a la vida y qué a punto!...

—Una mujer de Israel sepultada aquí con su hija; socorrednos pronto, o moriremos.

—¡Animo! ¡Voy a volver!

Las mujeres rompieron a llorar; habían sido encontradas y se les iba a socorrer. De deseo en deseo su esperanza volaba como las golondrinas. Ha-

bían sido halladas, y recuperarían todo lo perdido: hogar, sociedad, fortuna, hijo y hermano. La escasa luz enviábales las alegrías del día, y, olvidadas de sus padecimientos, cayeron al suelo, llorando de felicidad y estrechamente abrazadas.

No aguardaron mucho tiempo. Gesio, el guardián, contó la historia metódicamente, pero acabó al fin, y el tribuno era activo.

—¿Estáis ahí?—gritó desde la cavidad del muro.

—Aquí—respondió la madre, levantándose.

E inmediatamente oyeron otro ruido como de golpes dados en la pared, golpes rápidos, fuertes, sonoros, dados con instrumentos de hierro. Nada dijo la madre; nada dijo Tirza; ambas escuchaban ansiosamente, sabiendo bien lo que significaba todo aquéllo: un camino de libertad abierto para ellas. Como hombres que, sepultados largo tiempo en obscuras minas, escuchan la llegada de sus salvadores, anunciada por los golpes de la piqueta y del martillo, y contestan agradecidos con las palpitaciones de su corazón, así las dos desgraciadas, los ojos fijos en el sitio donde resonaban los golpes, miraban con ansiedad desoladora, temiendo que de pronto cesaran aquellos golpes, sumiéndolas otra vez en su desesperación.

Las herramientas que trabajaban eran fuertes; las manos hábiles; la voluntad buena. Por instantes los golpes se escuchaban más claros y distintos; de vez en cuando caían piedras y trozos de pared. De pronto las mujeres oyeron hablar; luego un rayo de la rojiza luz de las antorchas penetró en la celda. ¡Oh, dicha! En la obscuridad de la prisión parecióles luz diamantina, más hermosa que la de la aurora.

—¡Es él! ¡Es él, madre, que al fin nos ha encontrado!—gritó Tirza con la viveza de su imaginación juvenil.

La madre repuso dulcemente:

—¡Dios es bueno!

Un bloque cayó en la celda, al que siguieron varios, y la puerta se abrió, apareciendo un hombre, desfigurado por el polvo y por la cal que cubría su túnica; levantó su antorcha sobre su cabeza y se detuvo en el umbral, seguido de dos o tres más, también con teas, dejando todos paso al tribuno.

El respeto a las damas no es un simple convencionalismo humano, sino el homenaje natural tributado al sexo. El tribuno se detuvo al ver que las dos mujeres se refugiaban en un rincón, más que por miedo por pudor. ¡Y no solo por esto! De la obscuridad en que se habían refugiado salieron estas palabras, las más tristes, las más desgarradoras, las más desesperantes de la humana lengua:

—¡No te acerques a nosotras! ¡Inmundas, inmundas!

Los hombres se miraron sorprendidos, flameando sus antorchas.

—¡Inmundas, inmundas!—gimieron desoladamente las mujeres, con grito

tal de dolor como el que daría un espíritu que, arrojado de las puertas del Paraíso, fuese condenado a nueva existencia terrenal.

Así cumplió su deber la viuda y madre, convenciéndose de que la libertad con que habían soñado sería siempre un sueño para ellas.

¡ERAN LEPROSAS!

Posible es que el lector ignore todo el alcance de tal palabra. Considérelo con arreglo a la ley de aquel tiempo, sólo un poco modificada en el nuestro.

"Pueden contarse como muertos—dice el Talmud—el ciego, el leproso, el pobre y la estéril."

En efecto; los leprosos eran tratados como muertos; eran rechazados de las ciudades y vecindarios a lejana distancia; no podían comunicarse sino de lejos con los seres queridos; condenados a la convivencia con los leprosos; excluídos del templo y de la sinagoga, y debían andar siempre cubiertos de andrajos y con la boca tapada si no era para prevenir a los demás de su estado, gritando: "¡Inmundo, inmundo!" Sólo podían hallar vivienda en las tumbas abandonadas, y tenían que vivir de este modo, sin otra esperanza que la muerte.

Una vez—no podré decir el día o el año, porque en aquella celda la noción del tiempo desvanecióse—, una vez la madre sintió como si tuviese una llaga seca en la palma de la mano diestra y trató de lavarla. La llaga, no obstante, extendióse a toda la mano; pero la mujer callóse hasta que Tirza se quejó del mismo mal. Aunque tenían escasa el agua, la economizaban para usarla como remedio. La mano fué poco a poco llagándose enteramente, y se desprendió de ella la piel y las uñas cayeron. No sentía gran dolor, sólo un malestar continuo. Se secaron y agrietaron los labios. La amante madre, tan habituada a la limpieza, sospechó que el mal provenía de las malas condiciones de la celda, y temiendo que la hija estuviera invadida como ella por la fatal enfermedad, arrastró a Tirza hasta la luz y quedó horrorizada al contemplar sus cejas blancas.

¡Qué angustia ante semejante certeza!

Permaneció silenciosa, inmóvil, paralizado su pensamiento e incapaz de otra cosa que de repetir mentalmente: "¡Leprosas! ¡Leprosas!"

Cuando fué capaz de coordinar sus pensamientos, como madre, no pensó en ella, sino en su hija, y su natural ternura materna devolvióle el valor y la dispuso a los más heroicos sacrificios. Sepultó en su corazón el terrible secreto; redobló sus cuidados para con su hija, y trató con maravillosa ingenuidad, maravillosa principalmente por lo inextinguible, de conservar a su hija en la ignorancia de su mal, y hasta procurando inculcarle que no era nada. Repitió sus recuerdos; refirióle las acostumbradas historias; inventó otras nuevas, y escuchaba con tanto más placer los cánticos de Tirza,

cuanto que, en labios de la doncella, los salmos del Rey Cantor de su pueblo endulzaban sus horas y manteníales vivo el recuerdo de su Dios, que parecía haberlas abandonado, y del mundo, que ya no se acordaría de ellas.

Lentamente, con constancia y seguridad indudable, propagábase la infección, blanqueando sus cabellos, agrietando sus labios, llagando sus cuerpos; extendiéndose a las gargantas, hacía trémulas las voces, endurecía tejidos y articulaciones, y llegaría por fin a los pulmones y a los huesos, tornándolas día a día en seres más y más repulsivos. Llegó por fin el día tan temido por la madre: el de revelar a la hija cuál era la terrible enfermedad que minaba su organismo, y juntas rogaron a Dios que las libertase de ella con la muerte.

Todavía la fuerza de la costumbre infundióles conformidad y hasta cierto olvido de su situación de leprosas, y aferrándose nuevamente a la vida volvieron a soñar con el hijo y el hermano, con su libertad y hasta con el rescate de su fortuna y de las comodidades anejas a ella, forjándose una continuación feliz de su vida anterior.

Las antorchas iluminaron por fin la celda; la libertad llegaba.

—¡Dios es bueno!—gritó la viuda.

El tribuno entró. Y entonces, refugiándose en un extremo de la celda, el sentimiento del deber les hizo prorrumpir en el grito de aviso reglamentario:

—¡Inmundas! ¡Inmundas!

¡Con qué angustia cumplió su triste deber! La alegría de la próxima libertad no le impidió medir toda la inmensidad de la desgracia. ¡La dichosa vida de otro tiempo no volvería ya! Aunque pasaran por delante de su casa, sólo podrían acercarse a la puerta para lanzar el acostumbrado grito. Su inefable amor no podia ser pagado. Su mismo hijo, objeto casi único de su constante pensamiento, debía mantenerse lejos de ella, y si le tendía los brazos, llamándola: "¡Madre! ¡Madre!", por el mismo amor que le profesaba, debía contestar: "Inmunda! ¡Inmunda!" Y aquella otra hija, cuya desnudez trataba de cubrir con su blanca cabellera desgreñada, su sempiterna y miserable compañera, estaba unida a su suerte adversa. La valerosa mujer aceptó su destino e hizo resonar el grito característico, desde tiempo inmemorial, de los leprosos: ¡Inmundo, inmundo! El tribuno se estremeció al oírlo, pero no retrocedió.

—¿Quiénes sois?

—Dos mujeres muertas de hambre y de sed—añadió la madre—. ¡No te acerques; no toques el suelo de la celda! ¡Inmundo! ¡Inmundo!

—Dime, mujer, tu nombre; por qué estás aquí y quién te encarceló.

—Hubo una vez en la ciudad de Jerusalén un príncipe de Hur, amigo de todos los generosos romanos y del mismo César. Soy su viuda y ésta

su hija. ¿Cómo decirte por qué fuimos encerceladas, si lo ignoro? ¡A menos de ser causa nuestra gran fortuna!... Valerio Grato puede decirte quién era nuestro enemigo y cuándo empezó nuestra prisión. Mira al extremo a que nos vemos reducidas; ¡míralo y compadécete!

La atmósfera estaba enrarecida por el vaho de la peste y por el humo de las antorchas. El romano mandó a uno de los portadores de ellas que se le acercase, y escribió la respuesta, palabra por palabra. La relación era clara y contenía a la vez una historia, una acusación y una súplica. Cualquier persona vulgar no hubiese podido hacerla, y el tribuno creyó y se compadeció.

—Serás socorrida, mujer—dijo guardando su tablilla—. Te enviaré alimento y bebida.

—Y vestidos y agua para lavarnos; te lo rogamos, generoso romano.

—Como lo pides—replicó.

—¡Dios es bueno!—dijo la viuda sollozando—. Que su paz sea contigo.

—Yo no podré volver más—añadió—y ya no te veré. Prepárate, y esta noche os haré conducir a la puerta de la torre, devolviéndoos la libertad. Ya conoces la ley. Hasta ahora.

Habló a sus hombres, y fuese.

Instantes después algunos esclavos llevaron a la celda un gran recipiente lleno de agua, toallas, un plato con pan y carne, una ánfora y vestidos, y dejándolo todo al alcance de las prisioneras, se alejaron.

Después fueron conducidas a la calle, y así se libró de ellas el romano y quedaron libres en la ciudad de sus padres. Contemplando entonces el firmamento que por tantos años no habían podido ver, y las estrellas, que titilaban tan alegremente como en los antiguos días, se preguntaron:

—¿Qué sucederá ahora? ¿Adónde iremos?

## CAPÍTULO III

### VUELTA A JERUSALÉN

Próximamente a la hora en que el carcelero Gesio hizo su aparición ante el tribuno en la torre Antonia, un viandante bordeaba la parte oriental del monte Olivete. El camino era escabroso y polvoriento, abrasada la vegetación por el ardiente sol estival. El viajero, que era joven e iba ligeramente vestido, caminaba despacio mirando en torno suyo, no como

quien teme o se halla indeciso, sino como quien se recrea volviendo a ver lugares queridos y conocidos que hace mucho tiempo no ha podido contemplar sino con los ojos del deseo.

Cuando llegaba a lugares prominentes, deteníase y volvía la vista para contemplar el panorama que limitaban las montañas de Moab; pero cuando se halló cerca de la cima del Olivete, apretó el paso olvidando la fatiga, sin detenerse ni volver la faz. Para escalarla tomó un sendero a la izquierda, en otro tiempo muy frecuentado, y se detuvo de súbito, dilatados los ojos, coloreadas las mejillas y respirando con fuerza, a mirar ante sí ansiosamente.

El viandante era Ben-Hur; el espectáculo, Jerusalén.

No la sagrada ciudad de hoy, sino la sagrada ciudad de Jesucristo. Hermosísima aun hoy, vista desde el Olivete, ¿qué no sería entonces?

Ben-Hur se sentó sobre una roca, y quitándose el lienzo blanco que le cubría la cabeza, púsose a observar despacio.

Lo mismo que él habían hecho antes e hicieron después muchas personas en idénticas circunstancias: el hijo de Vespasiano, los Islamitas, los Cruzados, todos los conquistadores y peregrinos de todas las partes del mundo; pero acaso ninguno con sentimiento más dulce y a la par más amargo que Ben-Hur. Agolpábanse a su mente los recuerdos de su infancia, de su madre, hermana y amigos; los padecimientos y vicisitudes de su vida. La ciudad sagrada era como testigo inconmovible de las debilidades, de la religión y del genio de su raza. No obstante el recuerdo de Roma, encantábase Ben-Hur admirando Jerusalén. Hubiérase envanecido de ella a no recordar que se hallaba bajo dominación extranjera y que hasta el culto en el templo era debido a la benevolencia de los dominadores. Su satisfacción y su pesar eran comunes a todos los hebreos de aquel tiempo, aunque Ben-Hur los sintiese más hondamente uniéndolos a recuerdos imperecederos que la vista de su patria le renovaba con intensidad.

Una región montañosa cambia poco, y si las colinas son rocáceas, menos. La escena que Ben-Hur tenía ante su vista era la misma que hoy puede verse, salvo por lo que respecta a Jerusalén, transformado por la incansable actividad humana.

El sol caía con menos intensidad por la parte occidental del Olivete, y casi no iluminaba la parte oriental. Los viñedos que crecían en algunos sitios del monte y los olivos y demás árboles, verdeaban; pero su verdor era menos hermoso y brillante que el del llano, junto al enjuto lecho del Cedrón; allí terminaba el Olivete y principiaba el Moria: una muralla rústica, atrevida, levantada por Salomón, completada por Herodes. Desde allí, la mirada ascendía de roca en roca hasta el pórtico de Salomón, que formaba como el pedestal del monumento, cuyo zócalo era la misma colina; la vista alcanzaba a distinguir el patio de los Gentiles, el de los Israelitas, el de las

Mujeres, el de los Sacerdotes, inmensas columnatas de mármol blanco sobrepuestas unas a otras, como terrados distintos; y formando la corona de esta soberbia mole, magníficos, bellos, majestuosos, deslumbrantes de oro, se erguían el Pabellón, el Tabernáculo, el *Sancta sanctorum*. El Arca de la Alianza no estaba; pero sí Jehová, de manifiesto, presente en la fe de cada hijo de Israel. Como templo, como monumento, no han construído hasta ahora los hombres nada tan soberbiamente magnífico. Y no queda ya una piedra de ello. ¿Quién lo reconstruirá? ¿Cuándo empezará la reconstrucción? Así se preguntan todos los peregrinos al situarse donde estaba situado Ben-Hur, sabiendo que la respuesta hállase en el seno de Dios, cuyos secretos están tan bien guardados que son inexcrutables. ¿Dios mismo? ¿Un enviado de Dios? La respuesta sigue siendo un arcano para nosotros.

Todavía los ojos de Ben-Hur se dirigieron al templo, y después miró a Monte Sión, lleno de sagrados recuerdos. Sabía que el valle extendíase entre el Moria y el Sión, y atravesado por el Xisto y lleno de jardines y palacios, pero él se fijaba sólo en la majestuosa agrupación de edificios que coronaban la colina real: la casa de Caifás, el pretorio romano, la sinagoga, etc. Y cuando entre todos ellos distinguió el palacio de Herodes, pensó en el Rey que estaba esperando y cuya ayuda proyectaba. Su imaginación representóle ya el día en que el monarca vencedor sería proclamado y tomaría posesión del Moria del templo, de la lúgubre Antonia, a la diestra del templo, de Sión y de sus palacios y torres aclamado por millones de judíos que, con palmas y banderas, cantarían regocijados el triunfo de Aquél por el cual serían señores del mundo.

Se dice que el ensueño es un fenómeno de la noche y del dormir. Si se observase mejor, veríase que todo lo que nos prometemos a nosotros mismos y todos nuestros propios propósitos de grandes cosas se efectúan en una especie de somnolencia. Ensoñar es premio del trabajo, el vino que sostiene nuestras fuerzas en la acción. Aprendemos a amar al trabajo, no por sí mismo, sino porque la fatiga que engendra despierta y nos facilita el ensueño, que es el gran motor de nuestras existencias. Vivir es soñar. Sólo en la tumba no se ensueña. Nadie se ría, pues, si es discreto, de los ensueños de Ben-Hur, porque lo mismo soñaría él en igual tiempo, el mismo lugar y las mismas circunstancias.

El sol está próximo a su ocaso. Por un instante el refulgente disco pareció ocultarse tras las montañas occidentales, bronceando el cielo sobre la ciudad, dorando sus murallas y torres. Luego desapareció. En el sosiego del crepúsculo, los pensamientos de Ben-Hur convergían a la casa paterna y dirigía sus miradas hacia el sitio en que debía de estar, si existía todavía.

El suave influjo de la noche enternecía sus pensamientos, y arrojando de sí todo otro propósito, sólo pensó en el deber que le llevaba a Jerusalén.

Una noche, mientras estaba con Ilderim en el desierto escogiendo, con ojos de soldado experto, el sitio apropiado para la batalla, llegó un mensajero con la noticia de la destitución de Grato y su sustitución por Poncio Pilatos.

Messala, reducido a la impotencia creía muerto a Ben-Hur, y Grato carecía ya de todo poder. ¿Por qué no ir inmediatamente en busca de la madre y la hermana? Ya no tenía nada que temer. Si no podía recorrer por sí mismo todas las cárceles, podía examinarlas con los ojos de otros. Una vez encontradas las conduciría a lugar seguro y luego se ocuparía más tranquilo de su regia empresa. Fácilmente se obtendría la libertad de ambas por medio de dinero, pues Pilatos no tendría interés ninguno en detenerlas. Tomó súbito su resolución. Aquella misma noche habló con Ilderim y se pusieron de acuerdo. Tres árabes le acompañaron hasta Jericó, desde donde se volvieron con los caballos. Malluch debía esperarle en Jerusalén; Ben-Hur procuraría a todo evento pasar inadvertido para las autoridades, especialmente romanas. Malluch era astuto y fiel; el hombre que le convenía para sus propósitos.

No tenía idea clara de por dónde había de empezar. Hubiera deseado empezar por la torre Antonia. La tradición de que no podía vivirse mucho en los calabozos aquellos, infundía más terror a los judíos que la guarnición misma de ella. Acaso estaban sepultadas allí. Por otra parte, el instinto nos lleva a comenzar las pesquisas por donde se perdieron de vista los seres a quien se busca, y Ben-Hur no olvidaba que la última mirada de ellas recibióla cuando las llevaban a la torre. Aunque no estuviesen ya allí, algún rastro habrían dejado.

Tenía otra razón. Por Simónides había sabido que Amrah vivía todavía. Recordará el lector que la sirvienta egipcia se escapó de manos de los guardias y se refugió en el palacio cuando iban a ser selladas las puertas. Simónides había atendido a su subsistencia durante los años siguientes, y se encontraba en aquel caserón que Grato no había logrado vender a pesar de todos sus esfuerzos. La historia de sus propietarios auyentaba a los compradores. Al pasar junto a ella, la gente lo hacía de prisa, murmurando que en el palacio moraban espíritus. Probablemente debíase a las apariciones de la anciana Amrah en los terrados y azoteas. Y en verdad que ningún otro espíritu podía habitarla con mayor constancia.

Creía Ben-Hur que si lograba ver a la anciana sería ésta excelente auxiliar para sus pesquisas. De todos modos, al verla en aquel sitio sería feliz augurio para el hallazgo de su familia. Por esto quería ante todo dirigirse a la casa paterna. Tomada esta determinación, se levantó pocos momentos después de ponerse el sol y descendió del Olivete hacia el Nordeste. Abajo, cerca del lecho de Cedrón, en la intersección del camino que conduce a la

aldea de Siloque y el estanque del mismo nombre, juntóse Ben-Hur con un pastor que llevaba ovejas al mercado. Hablando, pasaron por Getsemani y entraron en la sagrada ciudad por la puerta de los Peces.

## CAPÍTULO IV

### BEN-HUR A LA PUERTA DEL PALACIO DE SU PADRE

Era ya de noche cuando, despidiéndose del pastor en la puerta indicada, Ben-Hur se dirigió por una de las calles hacia el Sur. Unas pocas personas que encontró le saludaron. Las casas eran bajas, obscuras y sombrías; las piedras del empedrado eran de punta; las puertas cerradas; de las azoteas salían acá y allá voces de mujeres que adormecían a sus hijos. Caminaba triste y pensativo con la cabeza baja y llegó a la piscina de Bethesda, en cuyas aguas se reflejaba el estrellado firmamento. Levantó la cabeza y contempló un instante la muralla septentrional de la torre Antonia, que se destacaba sobre el fondo gris del cielo. Se paró como si le hubieran dado el alto. En la obscuridad, la torre parecía una gigantesca nube.

Si su madre vivía allí encerrada, ¿qué hacer? Un ejército con catapultas y arietes hubiera sido impotente para tomar aquella fortaleza. Entonces pensó en lo débiles que son las fuerzas humanas y en que Dios es la única esperanza de los desdichados; pero a veces Dios ¡tarda tanto en obrar para los deseos de nuestra impaciencia!...

Dudoso y agobiado de mil presentimientos extraños, dió vuelta a la calle que se dirigía a la torre y tornó hacia el Oeste.

Sabía que en Bezetha había un jan donde podría residir mientras tuviese que estar en la ciudad; mas en aquel instante no pudo resistir el deseo de volver a ver su casa. Su corazón le impulsaba hacia allí.

Nunca sonó tan agradablemente en sus oídos el habitual y antiguo saludo de la gente que encontró en su camino. De repente brilló con color plateado toda la parte oriental del cielo, y objetos antes invisibles en Occidente, principalmente las altas torres de Monte Sión, se iluminaron con claridad espectral, como castillos suspendidos en el aire.

Llegó al fin a la casa de su padre.

La cera empleada para los sellos permanecía intacta, y sobre el tablero se leía: *Propiedad del Emperador.*

Nadie había pasado por ella desde el día fatal de la separación. ¿Lla-

maría como en otro tiempo? Sabía bien que era inútil; pero la tentación fué irresistible. Acaso Amrah le oyera, y, mirando por alguna ventana, por el intersticio de una puerta, le reconociese. Cogió un pedrusco, subió la gradas de piedra y dió tres golpes. que repitió el eco. Dió luego otros tres y otros tres, con cortos intervalos en que se detenía para escuchar, sin que ningún ruido turbase el silencio. Pasóse al otro lado de la calle y escudriñó las ventanas cerradas y obscuras. El alero de la azotea, iluminado por la luna, veíase tan claro que nada podía moverse allí sin que él lo viese; y, en efecto, nada se movió. De la fachada septentrional pasó a la oriental.

Las cuatro ventanas fueron examinadas detenidamente con el mismo resultado. Fluctuando entre la duda y el deseo, esperaba siempre la aparición de Amrah; pero aguardó inútilmente.

Entonces, en silencio, dió vuelta hacia el Sur. También aquella puerta estaba sellada y con la consabida inscripción. La luna permitióle leer las palabras escritas, y las leyó presa de muda e impotente rabia. Todo cuanto podía hacer era arrancar el cartel y arrojarlo. Sentóse en las gradas de la puerta y pidió a Dios que apresurase el advenimiento del nuevo Rey. Luego, rindiéndose a las fatigas del día, inclinó lentamente la cabeza y quedóse dormido.

Pocos momentos después, dos mujeres descendían por la calle en dirección de la torre Antonia, acercándose a la morada de los Hur. Avanzaban con tímidos pasos, deteniéndose frecuentemente a escuchar. Al llegar ante el edificio dijo la una a la otra en voz muy baja:

—Ya hemos llegado, Tirza.

Tirza, después de mirar a su alrededor, cogió las manos de su madre, se apoyó contra ella y comenzó a sollozar en silencio.

—Sigamos, hija mía, porque..

La madre titubeó y estremecióse. Después, esforzándose por recobrar su calma, continuó:

—Porque cuando empiece el día nos echarán fuera de la ciudad y no podremos trasponer más sus puertas.

Tirza se dejó caer sobre el empedrado.

—¡Ah, sí!—dijo entre sollozos—. Lo olvidé. Creía que íbamos a casa; pero los leprosos no tenemos casa; somos como muertos.

La madre levantóla tiernamente y la dijo:

—No tenemos nada que temer. Vamos.

Y en verdad que con sólo mostrar sus manos enlepradas hubieran hecho huir a una legión.

Avanzando como dos espectros, rozando el muro, llegaron a la puerta, vieron el cartelón y subieron las gradas para leerlo: "Es propiedad del Emperador."

Entonces la madre chasqueó sus manos apretándoselas, y con los ojos a lo alto sollozó angustiada.

—¿Qué hay, madre? ¡Me espantas!

—¡Oh, Tirza!—repuso la madre dolorida—. ¡El pobre ha muerto, ha muerto...!

—¿Quién?

—Tu hermano. Le quitaron todo, todo; ¡hasta esta casa...!

—¡Pobre!—exclamó Tirza desvariando.

—¡No podrá ayudarnos nunca!

—¿Y entonces, qué, madre?

—Mañana, mañana, hija mía, tenemos que buscar un sitio junto al camino y mendigar como los leprosos; mendigar o...

Tirza se reclinó de nuevo contra su madre y suspiró:

—¡Muramos, muramos!

—No—dijo la madre con firmeza—. El Señor dispone de nosotras y nosotras creemos en el Señor. Aguardemos nuestra hora resignadamente.

Mientras hablaba, agarró a Tirza por la mano, arrastrándola tras sí, y, siempre rozando el muro, doblaron la esquina occidental del palacio. No se tropezaron con nadie y, esquivando la luz de la luna, siguieron hasta la otra esquina. El astro de la noche iluminaba la fachada meridional y parte de la calle. La voluntad de la madre era fuerte. Penetró en el área iluminada y contempló a su hija: en sus mejillas y en sus labios agrietados, en sus manos sin cutis, en su cabello enmarañado y endurecido por un pus repugnante, y como las cejas horriblemente blanco, vió aún más patente su desgracia confirmada. No era posible distinguir a la madre y a la hija; ambas parecían dos brujas repugnantes.

—¡Chist!—susurró la viuda—. Hay alguien acostado en las gradas de la puerta... Un hombre. Demos la vuelta para verlo.

Cruzaron a la parte opuesta de la calle, silenciosamente, prosiguiendo por la sombra hasta delante de la puerta, donde se detuvieron

—¡Está durmiendo, Tirza!

El hombre estaba muy tranquilo.

—Quédate aquí, y yo me aventuraré hasta la puerta.

Así diciendo, la madre se acercó cautelosamente y tocó la puerta; pero antes de tener tiempo para cerciorarse de si cedía el postigo, el hombre suspiró, movióse inquieto, y a sus movimientos apartóse de su rostro el blanco lienzo, dejando sus facciones en la luz. La viuda, al mirarle, se estremeció convulsivamente; volvió a mirarle, inclinóse para verle mejor, y juntó las manos y elevó al cielo los ojos en acción de gracias.

Luego fué en busca de Tirza.

—Tan cierto como el Señor existe, aquel hombre es mi hijo, tu hermano—díjole con un suspiro.

—¿Mi hermano?

La madre cogió a Tirza de la mano con vehemencia.

—Vamos—continuó con voz que parecía un soplo—. Mirémosle una vez más, sólo una más, y luego tú, Señor, ayuda a tus siervas.

—¡No, por tu vida! ¡No le toques!

Atravesaron la calle cogidas de la mano, ligeras, silenciosas como fantasmas, y se detuvieron cuando sus sombras cayeron sobre él. Una de las manos del joven caía sobre la grada con la palma hacia arriba. Tirza cayó de hinojos e iba a besarle; pero la madre la retiró.

—¡No, por tu vida! ¡No le toques! ¡Inmundas, inmundas!—suspiró la viuda.

Tirza se apartó como si él fuera el leproso.

Ben-Hur era hermoso, con belleza varonil. Sus mejillas y frente estaban bronceadas por el sol y el aire del desierto; bajo su fino bigote resplandecían sus labios rojos y sus blancos dientes, y la barba no bastaba a ocultar la morbidez de su garganta. ¡Cuán bello aparecía a los ojos de la madre! ¡Qué deseo más ardiente la devoraba de abrazarlo, estrujar su cabeza contra su pecho y besarlo como antes hacía! ¿Dónde halló fuerzas para resistir al impulso? En su amor materno. Aunque le hubieran asegurado que recobraría la salud y la fortuna, por nada del mundo, ni aun por la vida, se hubiera permitido manchar las mejillas del hijo con sus labios enleprados. Sin embargo, quería tocarlo.

En el instante mismo en que lo encontraba, ¿debía renunciar a él para siempre? Sólo una madre podría quizás describir la amargura de este trance. Cayó de hinojos, y arrastrándose hasta sus pies besó la suela de una

de sus sandalias. Volvióla a besar otra, y otra, y otra vez, y ponía su alma entera en aquellos besos.

Se agitó intranquilo, movió la mano, echóse hacia atrás y le oyeron murmurar en sueños:

—Mi madre, Amrah, ¿dónde...?

Y volvió a caer en profundo sueño.

Tirza se lo comía con los ojos. La madre hundió su rostro en el polvo para ahogar un sollozo desgarrador que subióle del corazón a la garganta. Casi deseaba que despertase su hijo, su hijo que no la había olvidado y que hasta en sueños preguntaba por ella. Se incorporó, hizo una seña a Tirza, y ambas lo miraron intensamente como si quisieran grabar sus facciones en el corazón con aquella última mirada. Luego cruzaron lentamente a la sombra, y aún se detuvieron frente a la puerta. Esperaban algo sin saber qué: un milagro acaso.

Al poco rato, mientras Ben-Hur dormía aún, apareció una mujer, en la cual reconocieron a Amrah, por el camino que las leprosas recorrieron.

A la vista del hombre, la viejecita se detuvo; luego, silenciosamente, pasando por ante el durmiente, llegó a la puerta y abrió el postigo, metiendo la mano por una abertura disimulada. Introdujo adentro una cesta de verduras que llevaba al brazo, e iba a entrar ella, cuando la curiosidad le hizo inclinarse para mirar al forastero, cuyo rostro bañaba la luz lunar.

Las espectadoras, acurrucadas al otro lado de la calle, oyeron una baja exclamación de sorpresa. Luego vieron que la anciana se incorporaba, se restregaba los ojos, se inclinaba de nuevo, juntaba las manos asombrada y alegre, miraba suspicaz en torno suyo, volvía a inclinarse sobre el dormido, le cogía una mano y se la besaba. ¡Lo que ellas deseaban tan ardientemente y no se habían atrevido a hacer!

Despertado por la acción de la anciana, Ben-Hur, instintivamente, retiró la mano. Sus ojos se encontraron con los de la mujer.

—¡Oh. Amrah! ¿Eres tú?—preguntó.

Los buenos corazones en casos semejantes no pueden contestar con palabras. Amrah cayó de rodillas llorando de alegría.

El le echó los brazos al cuello y la besó con alegría no menos grande que la de la fiel esclava. Madre e hija le oyeron decir:

—¡Mi madre! ¡Tirza! ¡Oh, Amrah, dime lo que ha sido de ellas! ¡Habla, habla, habla por favor!

La egipcia sólo pudo contestar con un sollozo.

—¿Las has visto? ¿Sabes dónde están? ¡Oh! ¡Dime que están en casa!

Tirza se movió; mas la madre, adivinando su propósito, la agarró y suspiró a su oído:

—¡No vayas! ¡Por su vida! ¡Por su vida! ¡Inmundas! ¡Leprosas!

Su amor materno era un tirano. Aunque se les despedazara el corazón, Ben-Hur no debía enleprarse por causa de ellas. Y venciéronse.

Amrah seguía llorando tiernamente sin contestar a las insistentes y preniosas preguntas de Ben-Hur, quien dijo:

—¿Ibas a entrar? Vamos, entonces; entremos.

Levantóse y añadió:

—¡Los romanos! ¡La maldición del Señor caiga sobre ellos! Los romanos mienten. La casa es mía. Levántate, Amrah, y entremos.

Un momento después desaparecían ambos, dejando en la sombra a las dos mujeres, que contemplaban ávidamente aquella puerta, por la que ya no podrían entrar. Abrazadas, se dejaron caer al suelo.

Habían cumplido su deber.

Su amor había sido puesto a prueba.

Al amanecer fueron halladas allí y arrojadas de la ciudad a pedradas.

—¡Fuera de aquí! ¡Sois de los muertos! ¡Idos con los muertos!

Con estas palabras fueron despedidas de entre los vivos y sanos.

## CAPÍTULO V

### LA TUMBA DEL JARDÍN DEL RE

os viajeros a Tierra Santa en nuestros días que buscaban el famoso sitio que se llamó el Jardín del Rey, descienden el lecho del Cedrón o la curva del Gihon y el Hinnom hasta llegar a la antigua fuente de Enrogel, un aljibe que tiene agua fresca y agradable, y después de beber un vaso de aquel líquido y de reirse del modo que sacaban agua en aquellos tiempos, se detienen a contemplar el panorama que desde allí puede verse, dando una propina al pobre diablo que custodia el pozo. ¡Y qué espectáculo! Aquí los montes Moria y Sión, ambos descendiendo hacia el Norte para terminar el uno en Ophel, el otro, en lo que se llamaba antiguamente la ciudad de David; allí, en las cimas de las colinas, los restos de los palacios reales y de los soberbios edificios que ya no existen: a la derecha el Olivete, llamado hoy el monte de la Ofensa; a la izquierda la colina del Mal Consejo, que, según la tradición rabínica, cubre la entrada del Infierno; en la vertiente oriental, tumbas y cavernas habitadas en aquel tiempo por verdaderas colonias de leprosos. Aquélla era su comarca; allí, frente a Jerusalén, habían fundado su ciudad *inmunda*, *morando* solos, abandonados del mundo, como heridos por la maldición de Dios.

La segunda mañana después de las escenas descritas en el anterior capítulo, Amrah se aproximó al pozo de Enrogel y se sentó sobre una piedra. Un ánfora y una cesta cubierta con un blanco lienzo que llevaba consigo hallábanse en el suelo junto a ella. Se quitó el velo de la cabeza y aguardó mirando distraída al horizonte.

Muy pronto llegó un hombre cargado con un cubo y una larga cuerda. Saludó a la diminuta mujer, que había llegado la primera, ató la maroma al cubo y se dispuso a emprender sus tareas profesionales. Era el aguador que sacaba del aljibe el agua para transeuntes y leprosas.

Amrah seguía sentada y silenciosa. El hombre se le acercó, preguntándole si quería que le llenase de agua fresca el ánfora.

—Todavía no—contestó la esclava con cortesía.

El hombre no se cuidó más de ella. Cuando la aurora apareció tímida por el Olivete, los parroquianos principiaron a llegar y se preocupó de atenderlos. La anciana continuaba sentada.

Apareció el sol, y ella siguió vigilando y aguardando. Mientras aguarda, examinemos sus propósitos.

Su costumbre era acudir de noche al mercado, y, hechas sus compras de carne y vegetales, regresar al palacio, donde se encerraba de nuevo.

La alegría que le causaba la existencia de Ben-Hur en la vieja casa puede imaginarse. No sabía decirle nada respecto a su ama y a Tirza; ni una palabra. El joven le propuso que fuera a vivir a un sitio menos solitario, pero ella rehusó. En cambio, ella hubiera querido que él ocupase de nuevo sus propias habitaciones; pero el peligro de ser descubierto le hizo rehusar, para poder continuar las pesquisas. Así, prometió a la fiel sierva que la visitaría a menudo, yendo y volviendo de noche. La mujer conformóse con ello, y se esmeró por hacerle agradables aquellas visitas clandestinas. Recordó las cosas que más le gustaban, fuese más temprano que de ordinario a buscar miel buena, y oyó a un hombre contar una historia singular.

El narrador era uno de los que habían penetrado con antorchas en el calabozo número VI de la torre Antonia; Amrah se enteró de todos los pormenores, hasta de los nombres de las presas, conteniendo la respiración para ahogar sus sollozos.

Terminadas sus compras, regresó al palacio. ¡Qué alegría iba a proporcionar al muchacho! ¡Su madre encontrada, y por ella!

Tan pronto reía como gritaba o lloraba. De pronto reflexionó que decir a Judá que su madre y Tirza eran leprosas sería matarle, pues se iría a buscarlas a las tumbas y la enfermedad haría presa en él. Juntó desesperadamente las manos e invocó al señor; ¿qué hacer?

Como muchos antes y después de ella, sacó inspiración, ya que no sabiduría, de su propio afecto al *muchacho,* y llegó a esta conclusión:

Los leprosos bajaban todas las mañanas, en busca de agua para el día, al pozo de Enrogel. Llevaban sus jarras a cierta distancia del aljibe, las dejaban, se alejaban y aguardaban a que se las llenasen. Su ama y Tirza debían hacer lo mismo, porque la ley era inexorable y no admitía distinción. Un leproso rico no era mejor tratado que un pobre.

Así, pues, Amrah decidió no hablar a Ben-Hur de la historia que había oído, sino ir a la mañana siguiente al pozo y aguardar. El hambre y la sed las llevarían allí, y ella creía que las reconocería a primera vista. Y si no, ellas podrían reconocerla. Ben-Hur habló con la anciana mucho. Al día siguiente llegaría Malluch y comenzaría sus pesquisas. El joven estaba impaciente. Aunque el secreto pesaba sobre su conciencia, la buena mujer resistió heroicamente al deseo de revelarlo. Y en cuanto Judá se fué, se dió prisa a preparar una buena comida, y al despuntar el día ya estaba, como sabemos, junto al pozo, con la cesta y el ánfora.

Los leprosos comenzaron a salir de sus tumbas, y Amrah los devoraba uno a uno con la vista.

Casi en la base de la roca había una tumba de ancha entrada, que desde hacía mucho tiempo servía sólo de refugio a perros. Tapábala casi una gran piedra, pero el sol penetraba en ella libremente en las horas de mayor calor y permitía la entrada a personas, si bien una a una y de lado. Con gran sorpresa vió salir Amrah de allí a dos mujeres que avanzaban descuidadas e inconscientes hacia el pozo, sin parecer hacer caso de los gritos de sus compañeros.

—¡Inmundas! ¡Inmundas!

Cuando pasaban del límite trazado, el aguador cogió unas piedras, amenazándolas. Ellas se detuvieron, aisladas y como sorprendidas.

—Seguramente son novicias—pensó Amrah—. No conocen las costumbres de los leprosos.

E instintivamente, cogiendo cesta y ánfora, dirigióse hacia ellas.

—¡Qué loca!—dijo una mujer riendo—. ¡Qué loca; llevar buen pan a los muertos!

—¡Y pensar que ha venido expresamente de lejos para ello!—exclamó otra—. A lo menos yo hubiera esperado a verlas pasar casualmente ante mis ventanas.

Amrah, con mejor intento, avanzaba. ¡Si se equivocase! Cuanto más se acercaba, más aumentaban su confusión y sus dudas. A cinco varas de ellas se detuvo.

¿Podía ser aquélla la señora que tanto había amado? ¡Aquellas manos las que tantas veces besó su gratitud! ¡Aquella matrona que ella admiraba, y cuya imagen conservaba en la menoria, convertida en tal monstruo! No; no podía ser. Y Tirza, la gentil y hermosa doncella a quien amamantó pri-

nero, enseñó a andar después, cuyos juegos había compartido; la dulce, sonriente, encantadora Tirza, ángel de aquel hogar, bendición de la vejez de su ama.... ¿podía ser aquélla?

La sierva cayó en tierra dando tan fuertes sollozos, que se oyeron desde el aljibe.

—¡Si son dos viejas!—pensó—. Me he equivocado.

Iba a volverse cuando oyó llamar:

—¡Amrah!

—¿Quién me llama?

—¡Amrah! Nosotras somos las que buscas.

La fiel sirviente cayó de hinojos.

—¡Oh, ama mía! ¡Alabado sea el Señor!

Y la pobre criatura, emocionadísima, se arrastraba hacia ellas.

—¡Detente, Amrah! ¡Inmundas, inmundas!

La sierva cayó en tierra, dando tan fuertes sollozos, que se oyeron desde el aljibe.

—¡Oh, ama mía! ¿Dónde está Tirza?

—Aquí estoy, Amrah, aquí ¿Quieres traerme un poco de agua?

El hábito de la servidumbre reapareció en ella. Levantóse, se echó atrás los cabellos que la cubrían en rostro, fué en busca del cesto y lo destapó.

—Mirad—dijo—. Aquí hay pan y carne

Iba a extender la servilleta sobre el suelo para servirla, y el ama habló de nuevo:

—¡Deja eso, Amrah! Podrían apedrearte aquéllos y negarte el agua. Deja todo eso ahí y tráenos agua. Por hoy es el único servicio que puedes prestarnos. Date prisa, Amrah.

Los espectadores de esta escena ayudaron a la desfallecida Amrah a llenar el ánfora.

—¿Quiénes son?—la preguntaron.

La pobre sierva, conmovida, sólo pudo decir:

—¡Eran tan buenas para mí!

Cogió el ánfora, la cargó al hombro y hubiera llegado hasta ellas sin los gritos indistintos de todos:

—¡Inmundas, inmundas! ¡Cuidado!

Dejó el agua junto al cesto y retrocedió algunas varas.

—¡Gracias, Amrah!—dijo la viuda tomando posesión de los artículos—. Eres muy buena.

—¿No puedo hacer nada por vosotras?—preguntó.

La mano de la leprosa estaba encima del ánfora y se abrasaba de sed; pero se detuvo y dijo:

—Sí; ya sé que Judá ha vuelto a casa. Le vi la otra noche cuando le despertaste de la grada y le hiciste entrar.

Amrah juntó las manos.

—¡Cómo, ama mía! ¿Viste eso y no acudiste?

Hubiera sido matarle. Ya no me es posible abrazarle y besarle. Amrah, Amrah, tú le amas.

—Sí—dijo con toda su alma y entre nuevos sollozos la sierva—. Me haría matar por él.

—Dame una prueba.

—Estoy pronta.

—No le digas que nos has visto ni dónde estamos. Ni una palabra, Amrah.

—Pero él os busca desesperadamente. Ha venido de muy lejos para buscaros.

—Pues no debe encontrarnos. No puede compartir nuestra desgracia. Escucha, Amrah: cada mañana y cada tarde nos traerás lo necesario como hoy, y... y...—Su voz temblaba y su voluntad fuerte parecía vacilar también, pero exclamó resuelta—: Y nos hablarás de él siempre mucho; pero a él, a él, ni una palabra de nosotras. Ni una, Amrah.

—¡Me será tan penoso oírle hablar de vosotras, de la ansiedad con que os busca y... y...!

—Mucho más penoso sería verle a él en el estado nuestro. Vete y vuelve esta tarde. Te esperamos. ¡Y ni una palabra, Amrah! ¡Hasta la tarde!

La madre entregó la cesta a Tirza, cogió el ánfora y ambas se dirigieron hacia la tumba.

Amrah contemplólas de rodillas hasta que hubieron desaparecido, y regresó lentamente al palacio.

Al anochecer volvió, y desde entonces su único pensamiento fué servirlas mañana y tarde, procurando que no les faltara nada. La tumba en que moraban era para aquellas infelices menos triste que la celda de la torre Antonia. Siquiera tenían ante su vista un magnífico panorama, y podían gozar contemplando cerca, pero inasequible, la sagrada ciudad, esperando la muerte con más resignación.

## CAPÍTULO VI

### UNA TRETA DE PILATOS. EL COMBATE

En la mañana del primer día del séptimo mes, llamado *tishri* en hebreo, y equivalente al octubre nuestro, Ben-Hur se levantó de su cama en el jan, renegando del mundo entero.

Poco tiempo había perdido en debates con Malluch. En cuanto éste llegó principió sus pesquisas por la torre Antonia, y para obtener algún resultado dirigióse resueltamente al tribuno. Contó a este funcionario la historia de los Hur y todas las particularidades del accidente de Grato, que se esforzó en demostrar había sido casual por completo. Díjole que el objeto de las pesquisas era averiguar si existía algún miembro de la familia para solicitar del mismo César la restitución de sus confiscados bienes y el recobro de sus derechos civiles. Ante tal petición, indudablemente se haría una investigación que demostraría la inocencia de los Hur.

El tribuno, en respuesta, refirió a Malluch la historia de la celda número VI y leyóle la sumaria instruída por él. De esta sumaria obtuvo Malluch una copia.

Con ella corrió al encuentro de Ben-Hur.

Imposible describir el efecto que causó al joven la terrible historia.

—¡Son leprosas, leprosas! ¡Ellas! ¡Mi madre y Tirza!... ¡Ellas leprosas! ¡Hasta cuándo, hasta cuándo, oh, Señor!

Por un momento fué presa de violenta desesperación; después acudió a su mente la idea de la venganza, de la venganza admitida por su ley: "Ojo por ojo, mano por mano, pie por pie..."

Al fin se levantó.

—Mi deber es correr en su busca. Pueden estarse muriendo.

—¿Y adónde irás a buscarlas?—preguntó Malluch.

—No hay sino un sitio donde puedan estar.

A duras penas pudo contenerlo Malluch y conseguir que le dejase dirigir tal pesquisa. Ambos se dirigieron a la colina del Mal Consejo, donde solían reunirse desde tiempo inmemorial los leprosos, y pasaron el día haciendo limosnas. Así concluyeron el quinto mes y pasaron todo el sexto. Algunos leprosos, incitados por la codicia de la fuerte recompensa ofrecida por Ben-Hur, se dedicaron a buscar a las dos mujeres, sin obtener resultado alguno, pues aunque no dejaron de ser interrogadas por los investigadores, madre e hija guardaron perfectamente el secreto propio. Resultaron, por tanto, infructuosas las tentativas del joven. Al fin, en la mañana del primer día del mes séptimo, llegó a sus oídos que dos leprosas habían sido arrojadas poco antes de la ciudad, a pedradas, un amanecer, y confrontando fechas, no dudó que eran su madre y su hermana. Pero no pudo averiguar nada más. ¿En dónde estaban? ¿Qué había sido de ellas?

—No era bastante—pensaba Ben-Hur—que fuesen leprosas, sino que habían de ser arrojadas a pedradas de su ciudad natal. ¡Mi madre ha muerto! —continuaba amargamente—. ¡Muerta, abandonada! ¡Ha muerto, y también Tirza!... ¡Estoy solo en el mundo!... ¿Y por quién?... ¿Hasta cuándo, oh, Dios señor, Dios de mis padres, hasta cuándo ha de durar la dominación romana?

Iracundo, desesperado, vengativo, entró en el patio del jan, lleno de una multitud de gentes llegadas la noche anterior, y mientras almorzaba escuchó a algunos de ellos, con aspecto de provincianos y forasteros, pero fuertes, jóvenes, robustos, vigorosos, desenfadados y vivarachos. Transparentábase en sus modales el brío propio de los montañeses, y no tardó mucho en convencerse de que eran galileos. Supo que habían acudido a la ciudad con varios propósitos: el principal de ellos, asistir a la Fiesta de las Trompetas, que era aquel día. Desde el primer instante le interesaron, pues procedían de la región con la cual contaba más para su proyectada empresa. Mientras los oía forjábase en su fantasía las heroicidades que podían llevarse a cabo con tales soldados, bien disciplinados e instruídos. Un hombre entró de pronto, agitado y con los ojos centelleantes.

—¿Por qué estáis aquí?—dijo a los galileos—. Los rabinos y los doctores han salido ya del templo para ir a ver a Pilatos. Vamos, daos prisa, y acompañémosles.

Los galileos le rodearon.

—¿A ver a Pilatos? ¿Para qué?

—Se trata de una iniquidad. Pilatos quiere que se pague el nuevo acueducto con los dineros del templo.

—¡Cómo! ¿Con el tesoro sagrado?

Hablaban todos a la vez, agitadísimos.

—¡Es *Corban* dinero de Dios!... ¡Que toque un siclo de ese dinero, si se atreve!

—¡Vamos!—exclamó el mensajero—. La comitiva debe estar ya en el puente. Todos debemos seguirla. Podemos ser necesarios. ¡Aprisa!

—¡Vamos!—dijeron todos, precipitándose hacia la puerta.

Entonces Ben-Hur les dijo:

—¡Galileos! Soy un hijo de Judá. ¿Queréis que os acompañe?

—Acaso tengamos que pelear—le advirtieron.

—¡Oh! Entonces no seré yo el primero en huir.

La respuesta agradóles, y el mensajero repuso:

—Pareces bastante fuerte. Ven.

Ben-Hur se quitó el manto.

—¿Crees que habrá lucha?—interrogó sencillamente, poniéndose el cinturón.

—Sí.

—¿Con quiénes?

—Con la guardia.

—¿Legionarios?

—¿De quiénes, si no, puede un romano fiarse?

—¿Quién de vosotros ha combatido con ellos?

Todos se miraron unos a otros en silencio.

—Bien—continuó—; haremos lo que podamos. Pero, ¿no sería mejor elegir un jefe? Los legionarios tienen uno siempre, y así son capaces de obrar como si fueran un solo hombre.

Los galileos le miraron con más curiosidad, como si la idea fuese nueva para ellos.

—Acordemos a lo menos obrar juntos. Y ahora estoy pronto, si lo estáis vosotros.

—Sí, vamos.

El jan, no hay que olvidarlo, estaba en Bezetha, ciudad nueva; y para ir al pretorio, como llamaban los romanos al palacio de Herodes, situado en Sión, había que cruzar el valle al Noroeste del templo. Atravesando senderos, pronto dieron la vuelta a la región de Akra, dirigiéndose hacia la torre Mariana por la ruta que desciende hasta la puerta de las aituras fortificadas. Hallaron en el camino mucha gente irritada por la noticia de la profanación propuesta, a la cual se reunieron para llegar a la puerta del pretorio, que habían ya pasado ancianos y rabinos, seguidos de inmensa multitud.

Un centurión, con su guardia armada y acorazada, guardaba la entrada del pretorio. El sol brillaba en los escudos de los legionarios, tan indiferentes a sus rayos ardorosos como a los gritos e insultos de la muchedumbre. Por las bronceadas puertas entraba una corriente de ciudadanos y salía otra más pequeña.

—¿Qué sucede?—preguntó un galileo a un espectador.

—Nada—contestó éste—. Que los rabinos están ante la puerta del palacio pidiendo ver a Pilatos, y éste ha rehusado recibirlos. Entonces le han enviado a decir que no se moverían de allí hasta no ser oídos. Y aun aguardan.

—Entremos—dijo Ben-Hur con calma, previendo lo que ninguno de sus compañeros preveía: una discusión entre los solicitantes y el gobernador, la cual podía tomar el carácter de una rebelión.

Al otro lado de la puerta limitaba el paso una doble hilera de árboles frondosos que daban sombra a varios bancos. El pueblo, al ir y venir, evitaba la sombra de los árboles, porque, por más extraño que parezca, una ordenanza rabínica, basada, según parecía, en la ley, vedaba los árboles dentro de los muros de Jerusalén. Por eso se dice que el Rey Sabio, deseando un jardín para su esposa egipcia, lo había construído más allá del pozo de Enrogel, donde luego se constituyó la ciudad de los leprosos.

Por cima de los árboles descubríase la fachada del palacio. Volviendo a la derecha, la comitiva penetró en una ancha plaza, a la izquierda de la cual estaban las habitaciones del gobernador. La plaza llenábala una exaltada muchedumbre. Ante una puerta, bajo un pórtico, había otro destacamento de legionarios. Los galileos no pudieron adelantar por lo compacto de la multitud, y quedáronse atrás en expectativa. De la muchedumbre impaciente salían exclamaciones diversas.

—Pilatos, si eres gobernador, ¿por qué no sales?

—¿No significa ya nada el pueblo de Israel? En nuestra ciudad sagrada, ¿no somos más que perros de Roma?

—¿Crees que saldrá?

—¡Qué va a salir! ¿No ha dicho ya que no por tres veces?

—Como en Cesárea. Permanecerán aquí hasta que se les oiga.

—No se atreverá a tocar el tesoro, ¿verdad?—preguntó uno de los galileos.

—¡Quién sabe! ¿No profanó otro romano el *Sancta sanctorum?* ¿Hay acaso algo sagrado para los romanos?

Una hora transcurrió sin dignarse contestar Pilatos. Los rabinos y la multitud aguardaban. A mediodía descargó un aguacero, pero no se notó cambio alguno, a no ser que la multitud aumentaba como su indignación. El vocerío era incesante.

—¡Que salga! ¡Que salga!

A veces se oían palabras irrespetuosas. Pilatos sólo aguardaba un pretexto para recurrir a la violencia. En medio de la confusión oyóse de pronto un rumor de golpes y ayes de dolor. Los que ocupaban el centro de la plaza esforzábanse por salir; los de atrás, curiosos, querían avanzar, y por un instante el choque de las dos fuerzas contrarias fué terrible. La sorpresa se transformó en pánico. Ben-Hur, tranquilo, preguntó a uno de los galileos:

—¿Puedes ver lo que ocurre?

—No.

Voy a levantarte.

Así lo hizo.

—¿Ves ahora?—añadió.

—Sí; varios hombres armados de varas apalean a la multitud. Visten a la hebrea.

—¿Qué son?

—Romanos. Tan cierto como hay Dios. Romanos disfrazados. Menean los palos que es un gusto. No respetan a nadie. Ahora han tumbado a un rabino... un anciano. ¡Miserables!

Ben-Hur bajó al hombre y dijo:

—¡Galileos! Es una treta de Pilatos. Ataquemos a los hombres de los palos.

—¡Sí, sí!—dijeron todos

—Volvamos pies hacia los árboles de la entrada, y proveyámonos de varas. Como veis, la idea de Herodes, aunque contraria a la ley, fué excelente. Seguidme.

Corrieron cuanto pudieron, desgajaron rápidamente las ramas más fuertes de los árboles, y en un instante quedaron todos armados. Al volver a la plaza, la multitud escapaba, con gritos, lamentos y maldiciones, perseguida por los falsos hebreos.

—Arrimáos a la pared—dijo Ben-Hur a los galileos— y dejad que pase la muchedumbre.

Así lo hicieron.

—Uníos ahora y seguidme.

Las órdenes de Ben-Hur eran fiel y rápidamente ejecutadas. Sus compañeros le siguieron compactos por entre el gentío. Cuando los romanos, apaleando a los hebreos, se encontraron frente a los galileos, ávidos de luchar y armados con iguales armas, se detuvieron sorprendidos. El odio de los galileos, largo tiempo comprimido, desencadenóse violento; los garrotes de los romanos chocaron con los de los hebreos, y en aquella lucha éstos llevaron la mejor parte. Ninguno cumplió su cometido mejor que Ben-Hur. Su maestría y disciplina sirviéronle esta vez admirablemente. No tan sólo sabía parar los golpes y herir, sino que su poderosa fuerza, la longitud de

su brazo y su habilidad inclinaban de su parte la victoria, haciéndole terrible. Era al mismo tiempo soldado y capitán. De un golpe derribaba un adversario, y paraba diestramente los a él dirigidos sin perder de vista a su hueste, a la que animaba con la voz y con el ejemplo. Vigilaba a todos, y sus voces infundían tanto valor a sus secuaces como temor a sus contrarios. Los romanos se retiraban primero ordenadamente, peleando, pero el terror acabó por desbandarlos, y volviendo la espalda huyeron. Los impetuosos galileos hubieran querido perseguirlos hasta las escaleras, pero Ben-Hur, más prudente, los contuvo.

—¡Alto!—les gritó—. El centurión llegará pronto con sus soldados, que tienen espadas y escudos. No podemos medirnos con ellos. Bastante hemos hecho. Retrocedamos hasta la puerta.

Obedecieron, aunque lentamente, pues la vista de sus conciudadanos tendidos en el suelo excitaba su cólera; unos estaban retorciéndose y gimiendo; otros pedían socorro, y otros, atontados, como muertos. El único consuelo que tenían es que no todos los caídos eran judíos.

—¡Detenéos, perros de Israel!—les gritó el centurión al verlos retirarse.

Ben-Hur soltó una carcajada.

—Si nosotros somos perros de Israel, vosotros sois chacales de Roma. Si salís otra vez, volveremos—contestóle en su lengua.

Los galileos, riendo y mofándose de los romanos, prosiguieron su camino.

Fuera de la puerta había una multitud inmensa, como no la había visto nunca Ben-Hur, ni aun en el circo de Antioquía. Las azoteas, las calles, las vertientes de las colinas, todo estaba lleno de gente apiñada que ensordecía los oídos con sus gritos e imprecaciones. La guardia no puso obstáculo a la salida de los galileos, pero el centurión les seguía y dijo a Ben-Hur:

—¡Hola, insolente! ¿Eres romano o judío?

—Soy un hijo de Judá, nacido aquí. ¿Qué se te ofrece?

—Aguarda y combatiremos.

—¿Los dos solos?

—Como quieras.

Ben-Hur sonrió burlonamente.

—¡Oh, valeroso joven! ¡Digno hijo del bastardo Jove! No tengo armas.

—Te prestaré la mía—dijo el centurión—. Un guardia me cederá la suya.

La gente que oyó el diálogo enmudeció, y su silencio fué propagándose a la multitud. No hacía mucho Ben-Hur había vencido a un romano ante todo el Oriente, en Antioquía; si ahora vencía a otro ante el pueblo de Jerusa-

lén, el honor alcanzado sería de gran utilidad para el futuro Rey. Por tanto, no titubeó, y adelantándose hacia el romano, le dijo:

—Estoy dispuesto. Préstame la espada y el escudo.

—¿Y el yelmo y la coraza?

—Guárdalos. No me sirven.

Se pusieron en guardia ambos.

Los soldados, formados junto a la puerta, se cruzaron de brazos como meros espectadores. La muchedumbre, excitada y temerosa, preguntábase asombrada.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Nadie lo sabía.

La supremacía de las armas romanas consistía en tres cosas: sumisión a la disciplina; orden de las legiones en batalla y su singular habilidad en el manejo de la espada. Nunca herían de filo en el combate; la manejaban de punta amagando siempre o casi siempre al rostro del enemigo, ya avanzando, bien retrocediendo. Todo esto lo sabía bien Ben-Hur. Cuando iba a empezar la lucha, dijo al romano:

—Soy un hijo de Judá; pero no te he dicho que fuí en Roma discípulo de un lanista. ¡Defiéndete!

Dijo, y avanzó hacia su antagonista. Ambos se miraron mutuamente por encima de los escudos; el romano dirigióle una estocada al pecho, que hizo sonreir a Ben-Hur; luego amagóle al rostro. Ben-Hur se ladeó a la izquierda, y cuando vió que tenía descubierto el lado derecho, aprovechóse e hiriólo con rapidez. El romano cayó pesadamente de bruces sobre el empedrado. El hebreo había vencido. Con el pie sobre la espalda del enemigo, levantó sobre su cabeza el escudo, blandiéndolo a usanza de gladiadores, y saludó a los impasibles soldados de la guardia.

Cuando el pueblo comprendió que el judío era el vencedor, estalló en exclamaciones de inmenso y delirante júbilo. De boca en boca, hasta el lejano Xisto, y con la rapidez de la luz, se propagó la noticia, y la muchedumbre iba flameando lienzos y pañuelos, aplaudiendo y voceando. A haberlo permitido Ben-Hur, los galileos le hubieran llevado en triunfo.

A un oficial que se destacó de la puerta, dijo el hebreo:

—Tu camarada murió como un soldado. No lo despojo de nada; pero su espada y su escudo me pertenecen de derecho.

Y se confundió entre la multitud. Cuando estuvo algo apartado de la puerta, habló así a los galileos que le seguían:

—Hermanos: os portasteis bien. Separémonos por si nos persiguen. Esta noche, en el jan de Betania, nos reuniremos, y os propondré una cosa de gran interés para Israel.

—¿Quién eres?—le preguntaron.

—Un hijo de Judá—repuso sencillamente.

La multitud, ansiosa de contemplarle, se agolpó en torno suyo y de sus compañeros.

—¿Iréis a Betania?

—Iremos.

—Llevad con vosotros esta espada y este escudo para que pueda reconoceros.

Y desapareció entre la muchedumbre.

Pilatos permitió al pueblo la entrada en el palacio para que recogiera los muertos y heridos. El dolor de los hebreos encontró algún consuelo en la victoria del desconocido campeón, a quien todo el mundo buscaba y ensalzaba. El abatido espíritu nacional levantóse por el valeroso hecho, y en las calles y en el templo, aun en medio de las solemnidades del culto, volvieron a recordarse las hazañas de los Macabeos. Millares de personas murmuraban entusiasmadas:

—Un poco de paciencia, sólo un poco de paciencia, hermanos, y la gloria de Israel resurgirá esplendente de nuevo. Confiemos en el Señor.

De este modo adquirió Ben-Hur su supremacía sobre los galileos y preparó el camino para la magna empresa del Rey que aguardaba.

¡Ya veremos con qué resultado.

# LIBRO SEPTIMO

"Una sirena envuelta en leve bruma
vi, del dormido mar que iba surgiendo,
con el cuello adornado de corales
y coronados de algas los cabellos."

TOMÁS BAILEY ALDRICH.

## CAPÍTULO PRIMERO

### JERUSALÉN ACUDE A CONTEMPLAR UN PROFETA

CELEBRÓSE la reunión en el jan de Betania, como se había convenido. Ben-Hur acompañó luego a los galileos a su país, en donde su lucha con el centurión propalóse rápidamente, granjeándole prestigio y autoridad. Antes de terminarse el invierno, había organizado tres legiones a la manera romana. Hubiera podido organizar muchas más, pues no se hallaba adormecido el marcial espíritu de aquel pueblo; pero no quiso, para no despertar las sospechas de Roma y de Herodes Antipas. Adiestraba a los oficiales por sí mismo en el manejo de las armas, sobre todo de la espada y la lanza, y en el manejo de las legiones, y luego los enviaba a sus casas para que a su vez instruyesen al pueblo.

Como puede suponerse, la tarea exigía paciencia, habilidad, celo, confianza y fervor de su parte, cualidades que necesitaba inculcar en los otros, y que inculcó como pocos hombres pueden conseguirlo. ¡Cuánto bregó y con qué profunda abnegación y sacrificio! Sin embargo, no hubiera podido lograr su propósito a no haber contado con el apoyo de Simónides y de Ilderim; el primero le proveía de armas y de dinero; el último le guardaba

las espaldas en el desierto, y le llevaba víveres y provisiones. Aun así hubiera fracasado a no tropezar con el carácter de los galileos. Bajo este nombre comprendíanse cuatro tribus: Aser, Zabulón, Isacar y Nephtali, que moraban en los distritos que se les había asignado desde el principio. Los hebreos nacidos a la vista del templo despreciaban a sus compatriotas del Norte pero en su contra tenían el Talmud mismo, que decía: "El galileo ama la honra, y el judío, el dinero."

Animados por su odio a Roma, igual en intensidad al amor que sentían por su tierra natal, los galileos eran los primeros en entrar en campaña y los últimos en abandonarla. Ciento cincuenta mil jóvenes galileos perecieron en la última guerra con Roma. Con motivo de las fiestas trasladáronse a Jerusalén, con tiendas y caballos como un ejército. Amantes de la libertad y tolerantes hasta con los gentiles, estaban orgullosos con las grandes ciudades de aspecto romano que Herodes había fundado en Séfora y Tiberiades, y a cuyo embellecimiento habían contribuído con el trabajo de sus brazos. Consideraban como conciudadanos suyos a todos los hombres, y vivían en paz con todos los pueblos. El autor del *Cantar de los Cantares* y el profeta Oseas, que tanto contribuyeron a realzar el nombre hebreo, eran galileos.

En pueblo tan diestro, tan arrogante, tan valeroso, dotado de tan ardiente imaginación, el relato de la venida del próximo Rey debía tener extraordinaria resonancia. El solo hecho de venir para abatir el orgullo romano hubiera sido bastante para que secundaran los planes de Ben-Hur; pero cuando además se les aseguró que sería dueño del mundo, más suntuoso y magnífico que Salomón, y que su reinado sería eterno, el llamamiento fué irresistible y se afiliaron a la causa en cuerpo y alma. Preguntaron al hebreo en qué fundaba sus creencias, y él contestó que en los profetas y en Baltasar, que había visto al Niño y le había adorado, y aguardaban su aparición en Antioquía. Se satisficieron con ello por la antigua y muy amada leyenda del Mesías prometido por el Señor. El sueño tanto tiempo acariciado iba a realizarse. El Rey no era una mera esperanza: estaba ya en la tierra.

Así pasaron los meses del invierno, y llegó la primavera con sus lluvias continuas y sus vientos occidentales; pero por este tiempo ya había convencido a todos y organizado sus legiones; de modo que podía decirse a sí mismo y a sus secuaces:

—¡Que venga ahora el Rey! Solamente tendrá que decirnos dónde quiere asentar su trono, y nosotros se lo conquistaremos con nuestra espada.

Y cuantos le trataron por aquel tiempo no le conocieron por otro nombre ni le dieron otro que el de hijo de Judá.

. . . . . .

Una tarde, ya al anochecer, en que Ben-Hur hallábase sentado con varios galileos a la entrada de la gruta que le servía de cuartel general, llegó un correo árabe y entrególe un paquete. Ben-Hur lo deshizo y leyó la siguiente carta:

"Jerusalén.—Nisán IV.

"Ha aparecido un profeta que todos aseguran que es Elías. Ha pasado muchos años en el desierto, lejos de la gente, y a nuestros ojos es un verdadero profeta. Tal aparece por sus palabras. Dice que llegará muy pronto uno más grande que él y a quien aguarda en la orilla oriental del Jordán. Lo he visto y lo he oído. El que aguarda es verdaderamente un Rey. Ven y juzga por ti mismo.

"Todo Jerusalén acude a contemplar al profeta, y es tanta la aglomeración de gente que la orilla del Jordán está como el Olivete en los últimos días de la Pascua.—*Malluch.*"

El rostro de Ben-Hur resplandeció de gozo.

—Por lo que se me dice, oh, mis amigos—exclamó—, por lo que aquí se me dice, poco tendremos ya que aguardar. El heraldo del Rey ha aparecido y lo ha anunciado

Leyó la carta, que produjo gran alboroto en los galileos.

—Preparáos, pues, y mañana id a vuestras casas; cuando lo vea yo lo notificaré a alguno de vosotros. Estad dispuestos. Entretanto, vivamos con la alegría de la promesa.

Entrando en la gruta, escribió sendas cartas a Ilderim y a Simónides, dándoles noticias de las nuevas recibidas y de su propósito de trasladarse inmediatamente a Jerusalén. Entregó las cartas a rápidos mensajeros, y cuando cayó la noche y brillaron las estrellas, montó en *Aldebarán*, y, precedido de un excelente guía árabe, se puso en camino.

## CAPÍTULO II

### UN OASIS

Aunque Ben-Hur tenía el propósito de detenerse al romper el día en algún sitio seguro para proseguir su camino al anochecer, como sorprendiólo la aurora en pleno desierto, siguió adelante. El guía le prometió conducirlo en pocas horas a un lugar delicioso, un valle rodeado de

enormes rocas, donde había un manantial, algunos morales, mullido césped y pasto abundante para los caballos.

Mientras Ben-Hur cabalgaba meditando en la magna empresa que absorbía su pensamiento, el guía vigilaba, e hizo notar a Ben-Hur la aparición de extranjeros tras ellos. Por todas partes sólo es distinguían las arenas del desierto, que amarilleaban bajo la luz solar, sin cosa verde visible. A la izquierda, pero aún muy lejos, se alcanzaba a distinguir una cadena de montañas bajas, aparentemente interminable. En la vastísima llanura ningún objeto movible podía ocultarse mucho tiempo.

—Es un camello montado—dijo de pronto el guía.

—¿Seguido de otro más?—interrogó Ben-Hur.

—Solo. ¡No! Un jinete a caballo lo sigue. Probablemente el guía.

Un poco después Ben-Hur mismo pudo ver el camello, que era blanco y de colosal estatura, recordándole el hermosísimo animal en que vió a Baltasar junto a la fuente de Castalia. No podía haber otro como aquél. Pensando entonces en la linda egipcia, fué retardando sensiblemente el paso, hasta que, finalmente, pudo ver la litera y dos personas sentadas en ella. ¡Si fuesen Baltasar e Iras! ¿Debería darse a conocer? Mientras reflexionaba sobre ello, llevó hasta él el dromedario a sus jinetes. Oyó el retintín de las campanillas, vió la riquisima silla que tanto había admirado la multitud en la fuente Castalia, y reconoció también al etíope que los acompañaba siempre. El gigantesco bruto se detuvo junto a su caballo, y Ben-Hur, al alzar la cabeza, hallóse con Iras, que levantaba las cortinas de la litera y le miraba con sus grandes ojos centellantes, en los que se leía mitad asombro, mitad curiosidad.

—Las bendiciones del verdadero Dios desciendan sobre ti—dijo con su temblona voz Baltasar.

—Y sobre ti y los tuyos la paz del Señor—repuso el joven hebreo.

—Mi vista hállase debilitada por los años—continuó Baltasar—, pero creo reconocer en ti al hijo de Hur, que hace poco conocí como honrado huésped de Ilderim el Generoso.

Y tú eres Baltasar, el sabio egipcio, el Mago, cuyas palabras referentes a sagrados sucesos próximos no son extrañas a nuestro encuentro de ahora en este sitio. ¿Qué vienes a hacer por acá, por estas soledades?

—No está nunca solo quien está donde está Dios, y Dios está en todas partes—repuso Baltasar gravemente—. Pero en el sentido de tu pregunta, te diré que una pequeña caravana nos sigue en dirección a Jerusalén, pues va a Alejandría, y había pensado incorporarme a ella para llegar a la Ciudad Santa, a la cual voy. Contra los ladrones del desierto nos proteje un pase del jeque Ilderim; contra las bestias feroces, Dios es toda nuestra salvaguardia.

Ben-Hur inclinó su cabeza y prosiguió:

—El pase del buen jeque es un excelente salvoconducto en toda la extensión del desierto, y muy rápido ha de ser el león que alcance a este rey de los corredores.

Y mientras hablaba acariciaba el cuello del dromedario.

—Sin embargo—dijo Iras con una sonrisa que no pasó inadvertida para el joven, cuyos ojos, debe confesarse, se habían vuelto varias veces hacia ella durante el corto diálogo con el anciano—, mejor sería para él si se hubiera desayunado; también hay monarcas hambrientos y con dolor de cabeza. Si eres verdaderamente el mismo Ben-Hur a quien mi padre se refiere y que tuve yo el gusto de conocer, estoy segura de que nos mostrarás el camino más corto para llegar a una fuente, a fin de que podamos bendecir nuestro almuerzo de hoy en el desierto.

El joven se apresuró a contestar:

—Bella egipcia, tus palabras me enternecen. Ten un poco de paciencia, y hallaremos el manantial que deseas de aguas tan frescas y puras como las de la famosa Castalia. Con tu venia, apresuraremos la marcha.

—Te doy la bendición del sediento, y te ofrezco, en cambio, pan de la ciudad untado con manteca fresca de los opulentos ganados de Damasco.

—¡Bocado codiciable! Vamos.

Así diciendo, Ben-Hur, con su guía, pusiéronse a la cabeza de la comitiva, ya que el paso del camello impedía cualquier conversación cortés. Al poco rato llegaron a un torrente que bordearon por la derecha. El lecho estaba algo húmedo por las recientes lluvias, y era muy quebrado. A trechos ensanchábase entre rocas, y el agua se deslizaba rumorosa o se precipitaba en espumosas cataratas. Finalmente, tras un angosto paso penetró la comitiva en una hondonada, delicioso valle que tras las amarillentas arenas del desierto les hizo el efecto de un nuevo Paraíso. El agua del torrente dividíase allá en varios arroyos que serpeaban por entre islitas de verdor con trepadoras vides y espesos cañaverales. Algunos árboles procedentes de los valles del Jordán alegraban con sus flores aquel oasis, destacándose como presidente una gigantesca palmera. A la izquierda, un bosquecillo de moreras revelaban con su verdor la presencia del manantial de que había hablado el árabe. Allí les condujo el guía, indiferente a los gritos de las perdices y otras aves de hermoso plumaje que huían asustadas, y llegaron al manantial apetecido. El agua surgía de un agujero excavado en una peña en forma de nicho. Esculpida en ella había una palabra: DIOS.

Sin duda el escultor se había detenido allí por varios días y agradecido en tan durable forma el agua bebida. Desde su nicho, el manantial corría por una pradera cubierta de brillante musgo, e iba a precipitarse en un lago cuyo fondo se veía claramente. La falta de sendas y de huellas de-

mostraba que aquel sitio era muy poco frecuentado. Los caballos quedaron libres y el etíope ayudó a bajar del dromedario a Baltasar y a Iras. Una vez en tierra, el anciano volvióse hacia Oriente, cruzó las manos con fervor sobre su pecho y oró.

—Tráeme una copa—dijo con alguna impaciencia Iras.

El esclavo sacó una de cristal de la litera; entonces ella dijo a Ben-Hur:

—Seré tu sierva en la fuente.

Se dirigieron juntos al lago. Ben-Hur hubiera querido servirla, pero Iras rehusó; metió la copa en el agua, no sin alborozo, y la tuvo allí hasta que estuvo fresca y llena, ofreciéndosela al judío.

—No—dijo él rechazando la linda mano y sin ver otra cosa que los grandes ojos medio velados por las arqueadas cejas negras de la egipcia—, no puedo consentir que me sirvas. A mí me corresponde.

Ella insistió.

—En mi país, hijo de Hur, solemos decir: "Vale más ser copero de un afortunado que ministro de un Rey."

—¿Afortunado?—interrogó expresando su sorpresa con la voz y con la vista.

Iras añadió:

—Los dioses nos revelan en una señal que están a nuestro lado. ¿No fuiste vencedor en el circo?

El joven principiaba a ruborizarse.

—Era una señal. Hay otra. En un combate a espada venciste a un centurión romano.

El rubor invadió todo su rostro, satisfechísimo, no tanto por el triunfo como por el halagüeño pensamiento de que la egipcia seguía paso a paso su vida; prueba de que le interesaba. De pronto una reflexión vino a disipar su alegría. Sabía que la fama de aquel combate se había esparcido por todo el Oriente, pero eran contadísimos los que sabían el nombre del vencedor. Sólo a Malluch, Ilderim y Simónides lo había revelado. ¿Podría alguno de los tres haber confiado el secreto a la egipcia? Al ver su confusión se irguió y dijo manteniendo su copa sobre el estanque:

—¡Dioses de Egipto! Os doy gracias por haber descubierto un héroe, y gracias porque la víctima del palacio de Iderneo no fué mi Rey de los hombres. Y así, ¡oh, sagrados dioses!, bebo en vuestro honor.

Vertió en el lago parte del contenido de la copa y apuró el resto. Después, separando el cristal de sus labios, exclamó sonriéndole:

—¡Oh, hijo de Hur! ¿Es el sino de los más valerosos ser tan fácilmente fascinados por una mujer? Toma la copa, y mira si en su fondo hallas una frase agradable para mí.

El hebreo tomó la copa y se inclinó para llenarla.

—Un hijo de Israel no tiene dioses a quien ofrecer libaciones—dijo jugueteando con el agua para disimular su turbación.

¿Qué más sabía de él la egipcia? ¿Estaba enterada de sus relaciones con Simónides? ¿Sabría algo del tratado con Ilderim y su objeto? ¿Le habría

—¡Oh, tú la más bella de las mujeres! Si fuera egipcio, griego o romano, diría...

revelado alguien tan serios secretos? Precisamente, se dirigía a Jerusalén, donde una indiscreción podía serle fatal para sus planes. ¿Sería su enemiga la egipcia? Con la copa ya fresca y llena se levantó y, aparentando indiferencia, dijo:

—¡Oh, tú, la más bella de las mujeres! Si fuera egipcio, griego o romano, diría—y levantó la copa sobre la cabeza—: ¡Oh, vosotros, los dioses

mejores! ¡Recibid mi agradecimiento por haber dejado en el mundo, a pesar de todos sus males y padecimientos, el encanto de la belleza y la dulzura del amor! Bebo en honor de la que mejor representa ambas cosas: de Iras, la más hermosa de las hijas del Nilo.

—Has transgredido la ley—dio ella poniéndole una mano en el hombro—; has invocado dioses falsos. ¿No te podría denunciar a los rabinos?

—Es lo menos que podría hacer una que conoce tantos secretos míos importantes.

—Haré más—añadió sonriendo—. Iré ante la hebreita que cultiva las rosas en el terrado del gran mercader de Antioquía. A los rabinos te acusaré de impiedad; a ella...

—¿A ella de qué?

—Le repetiré lo que me has dicho alzando la copa sobre tu cabeza y tomando por testigos a los dioses.

Ben-Hur calló un instante como si aguardase que la egipcia continuara. En su imaginación representósele Ester leyendo a su padre las cartas suyas, y leyéndolas de nuevo ella misma a veces. En su presencia había contado a Simónides la historia de lo acaecido en el palacio de Iderneo. Ella e Iras se conocían: la una era astuta y mundana; la otra sencilla, cándida, fácil de engañar. Ni Simónides ni Ilderim podían haber revelado el secreto que les interesaba demasiado. ¿Sería Ester la que había informado a la egipcia? No la acusaba; sin embargo, la sospecha asaltó su pensamiento y llenó su mente de dudas y recelos. Antes de que pudiese contestar a la alusión, Baltasar llegó al lago.

—De mucho te somos deudores, hijo de Hur—dijo con su habitual gravedad—. Este valle es hermosísimo, y los árboles, con su sombra, nos invitan a quedarnos aquí. El manantial brilla como un diamante en movimiento y entona cantos al Dios amantísimo. No hallo palabras con qué agradecerte este goce que nos proporcionas. Ven a sentarte con nosotros y a compartir nuestro pan.

—Permíteme antes que te sirva.

Y diciendo esto, el hebreo llenó el cáliz y lo dió a Baltasar, que le miraba agradecido.

Inmediatamente el esclavo trajo las toallas, y los tres, después de haberse lavado, sentáronse a estilo oriental bajo la misma tienda que años antes había cobijado a los tres Magos cuando iban en busca del que había nacido Rey de los judíos.

## CAPÍTULO III

### LA EXISTENCIA DE LAS ALMAS

El lugar era delicioso: la frescura del aire, el sosiego del valle, la belleza del sitio y el silencio, sólo turbado por los gritos de alguna perdiz que se aventuraba a beber en el lago y llamaba a su pareja, o por el rumoroso volar de la abeja cargada con su dulcísimo botín, enternecieron visiblemente al anciano.

—Cuando te alcanzamos, ¡oh, hijo de Hur!—dijo Baltasar al terminar el almuerzo—, parecía también que te dirigías a Jerusalén. ¿Puedo preguntarte, sin indiscreción, si vas allá?

—Voy a la Ciudad Sagrada.

—Por la gran necesidad que tengo de ahorrarme fatigas, te preguntaré también si hay otro camino más próximo que el de Rabbath-Ammon.

—Uno hay más escabroso, pero más corto, que es el que yo pienso seguir.

—Estoy impaciente. Desde hace unos días tengo ensueños, o mejor el mismo ensueño. Se reduce todo a que oigo una voz que me dice: "¡Apresúrate! ¡Arriba! ¡El que esperas hace tanto tiempo, va a llegar!"

—¿Te refieres al que ha de ser Rey de los judíos?—preguntó Ben-Hur mirando con asombro al egipcio.

—El mismo.

—¿Y no has oído nada de él?

—Nada, salvo las palabras que te he dicho.

—Pues aquí tengo nuevas que te regocijarán como me regocijaron a mí.

Ben-Hur sacó la última carta recibida de Malluch. Baltasar la cogió con mano trémula, la leyó en voz alta y con emoción creciente, y al concluir levantó los ojos al cielo en acción de gracias y de súplica. Nada preguntó, porque no tenía dudas.

—¡Cuán bueno has sido conmigo, oh, Dios! ¡Déjame, te lo suplico, ver al Salvador otra vez y adorarle, y tu siervo estará pronto para la muerte!

Las palabras, el acento, la sencillez extraordinaria de la oración conmovieron hondamente a Ben-Hur, produciéndole una sensación nueva y duradera. Dios no le había parecido nunca tan presente y tan próximo; creíalo allí, inclinándose sobre ellos o sentado a su lado, como un amigo

desinteresado y obsequioso, como un Padre que ama igualmente a todos sus hijos; Padre lo mismo de los judíos que de los gentiles; Padre universal que no necesitaba de intermediarios, ni rabinos, ni sacerdotes, ni doctores. La idea de que un Dios así no enviase un Rey, sino un Salvador, se le presentó con claridad nueva tan esplendente, que llegó a apreciar la mayor importancia de ese don y la mayor coherencia de él con la Naturaleza divina. No pudo, pues, resistir a la tentación de preguntar al Mago:

—¿Piensas todavía que era un Salvador y no un Rey?

Baltasar dirigióle una mirada tan profunda como tierna, y repuso:

—No sé qué decirte. El espíritu, que era la estrella que nos guió en otro tiempo, no ha vuelto a aparecérseme desde que hablamos en la tienda del buen jeque; esto es decirte que no he visto ni oído nada para poder modificar mis convicciones. Creo que la voz que oí en sueños era el espíritu mismo; pero no he tenido revelación alguna.

—Te recordaré la discusión—dijo Ben-Hur respetuosamente—. Opinabas que sería un Rey, pero no como César; creías que su soberanía sería espiritual y no terrena.

—Sí, sí; y opino lo mismo hoy. Consiste la divergencia en que tú buscas en Él un rey para los hombres y yo un Salvador para las almas.

Detúvose como quien busca la expresión más sencilla de su pensamiento.

—Préstame atención, ¡oh, hijo de Hur!—dijo de pronto—, y te ayudaré a comprender claramente mi creencia, y acaso, comprendiendo la superioridad del reino espiritual que yo ansío sobre todos los esplendores cesáreos, entiendas la razón del interés que me merece la misteriosa persona que vamos a buscar. No puedo decirte cuándo tuvo origen la idea de la existencia del alma humana. Es lo más probable que nuestros primeros padres la tuvieron ya cuando salieron del Paraíso, que fué su primera morada. Todos sabemos, sin embargo, que esa idea no se perdió nunca por completo. La perdieron algunos pueblos y en algunas épocas; otros la discutieron y dudaron; pero el bondadoso Dios nos enviaba de cuando en cuando poderosas inteligencias que restablecían la verdadera doctrina y nos confirmaban en nuestras esperanzas.

"¿Por qué un alma para cada hombre? Considera por un momento, hijo de Hur, la necesidad de semejante creencia. Acostarse a morir y acabar todo nuestro ser por siempre. El hombre se ha rebelado siempre contra este fin; más aún: ningún hombre ha dejado de prometerse en lo íntimo de su corazón algo mejor. Los grandes monumentos de todas las naciones son todos protestas contra esa nada después de la muerte, llámense estatuas o inscripciones, llámese historia. El más grande de nuestros reyes egipcios hizo esculpir su efigie en una colina de sólida roca. Día a día iba con su séquito a ad-

mirar los progresos de la obra, hasta que se terminó. Ninguna efigie tan grande ni tan duradera. La contempló como se contemplaría a sí mismo, y acaso pensó con orgullo en aquel momento: "Venga la muerte: no moriré por completo." Y se le cumplió su deseo. La estatua dura aún y durará siglos.

"Pero ¿nos aseguramos así una segunda vida? Vivir en la memoria de los hombres es sólo una gloria vana, como la luz de la luna; una historia en piedras. Mientras tanto, ¿qué fué de aquel rey? En la pirámide yace su cuerpo; un cuerpo embalsamado que fué otrora el suyo... Pero ¿dónde, oh, hijo de Hur, dónde está el rey? Ha caído en la nada. Dos mil años pasaron desde que era un hombre vivo como tú y como yo. ¿Fué su fin el último aliento que exhaló?

"Afirmarlo sería una blasfemia. Aceptemos más bien la doctrina que nos promete la verdadera vida, después de lo que llamamos muerte, que no es más que la vida transitoria. Yo creo en algo más que una mortal memoria, vida de ir y venir, con sensaciones exquisitas, con clarividencia, con poder en todas sus manifestaciones: vida eterna quizá con pequeños cambios de forma y condición.

"Acaso se te ocurrirá preguntar: ¿cuál es el plan de Dios? Sus designios son inexcrutables. Dios nos da a cada uno un alma en la cuna, con esta sencilla ley: sólo el alma es inmortal. Comprende por esa ley la necesidad de que cada cuerpo tenga su alma correspondiente.

"No puede expresarse con palabras el placer que se experimenta al pensar que cada uno de nosotros tenemos nuestra alma particular. En primer lugar, tal idea despoja a la muerte de todos sus horrores, y surge en nosotros el pensamiento de mejorarnos para gozar de la nueva vida, que será eterna. Después, mira cómo me encuentro: débil, caduco, anciano, exhausto, demacrado, inútil; mira mi rostro apergaminado, mis sentidos deficientes, mi voz temblona. Y, sin embargo, estoy alegre con la esperanza de que, cuando la tumba se abra para recoger mis despojos, las puertas ahora invisibles del Universo, que no es sino el palacio de Dios, se abrirán para recibir mi alma, inmortal y libre.

"Quisiera poderte explicar cómo será aquella vida, pero no sé nada de ella. Sólo sé, y es bastante para mí, hijo de Hur, que siendo una vida de almas, tendrá condiciones de divina superioridad. Las discusiones entre nosotros a este respecto serían inútiles y estériles. ¿Vale la pena de preocuparse por lo accidental, conociendo lo esencial? ¿Cuál es la forma de mi alma? ¿Tendrá también necesidad de comer y beber? ¿Qué morada tendrá? ¿Estará adornada de alas? ¿Qué significan esos pormenores? Nada. Confiemos en Dios, que lo ha dispuesto todo óptimamente; y si las hermosuras de este mundo, que es obra suya, nos maravillan, ¿qué no será en la otra

vida? El que blanquea el lirio, colora la rosa, destila la gota de rocío, armoniza la música de la Naturaleza; en una palabra, el organizador de la vida, bien puede disponer de mi alma en la vida infinita que sigue a la muerte. Yo sólo sé que me ama."

El buen hombre se detuvo, bebió, llevando con mano temblorosa la copa a sus labios, y los tres guardaron silencio. Iras y Ben-Hur estaban conmovidos. La mente de éste iluminóse con una luz nueva y vivísima. Principiaba a comprender la posibilidad de un reino inmaterial, de mayor importancia para los hombres que el imperio de toda la tierra, y que, después de todo, un Salvador sería, en verdad, más divino presente que el del más grande rey.

—Podría preguntarte ahora—continuó Baltasar—: ¿Es preferible a esta humana vida, tan turbulenta y breve, la otra más perfecta y destinada a las almas? Pero reflexiona y formula la cuestión para tí en esta forma: "Suponiendo a ambos igualmente felices y alegres, ¿es preferible un minuto a un año?" De ello a preguntarse: "¿Valen más diez años, cien en la tierra, que una eternidad con Dios?" "No hay más que un paso, y la respuesta, hijo de Hur, no es dudosa. Es penoso confesar que la idea de la existencia del alma es una luz casi apagada en el mundo. De vez en cuando algún filósofo especula sobre ella; pero como los filósofos no suelen basarse en la fe, no admiten, por lo general, su existencia y, naturalmente, su fin les es desconocido por completo. Toda criatura tiene una inteligencia medible por sus necesidades. ¿Y no ves un profundo sentido en el hecho de que sólo el hombre tenga facultad para discurrir acerca de lo futuro? Por esta señal reconozco que Dios ha querido darnos a entender que fuimos creados para otra vida mejor, vida que es en nosotros aspiración innata y necesidad cultural. Pero ¡ay! ¡Qué mal comprendido es!... Los hombres viven al día, como si lo presente fuese todo, y se dicen: "No existe mañana después de la muerte, y si existe, como no lo podemos averiguar, no debe preocuparnos." Y nadie se preocupa de inculcarnos una doctrina para hacernos pensar en la vida de ultratumba; sólo nos ocupamos, pues, de esta existencia, sin pensar en la otra, que es mucho más importante y sublime. Por mi parte, con toda sinceridad te digo que no daría una hora de mi vida espiritual por mil años de vida terrena."

Aquí el anciano pareció olvidarse de sus oyentes, y tras breve pausa prosiguió como hablando consigo mismo:

—Esta vida tiene sus problemas, y hay hombres que pasan sus días tratando de solventarlos. Pues ¿qué decir de los problemas de la vida futura? ¿Qué del conocimiento de Dios? Sólo Él puede hacer que todos los misterios dejen de serlo para mí. Entonces, todo el universo se me revelaría. Poseería una sabiduría divina y contemplaría todas las glorias y saborearía todas las

dulzuras. En comparación de esto, las mayores ambiciones de esta vida, todos sus goces y pasiones, no significarían tanto como el retintín de minúsculas campanillas.

Se detuvo de nuevo, como para salir de su éxtasis; parecíale a Ben-Hur su discurso como el de un alma hablando de ella misma.

—Te ruego que me dispenses, hijo de Hur—continuó el buen hombre con una grave inclinación de cabeza, seguida de tierna mirada—. Quise decir que la vida de un alma, por sus condiciones y placeres, es superior con mucho a la nuestra mortal. Si consideras la perfecta existencia que nos aguarda tras la muerte, y cómo las pasiones y la ignorancia humanas han ofuscado en nosotros la percepción de ella, comprenderás cuán necesaria es la venida de un Salvador; infinitamente más necesaria que el advenimiento de un rey; y cuando vayas al encuentro del Hombre que esperamos, te convencerás de que debe presentarse como Redentor y no como guerrero armado o monarca con corona. Si persistes en tu creencia, buscarás un hombre vestido de oro y púrpura; si es como yo creo, se nos mostrará pobre y humilde, un hombre en la apariencia como los demás hombres. Y el signo por el cual le reconoceré no puede ser más sencillo: Él me mostrará a mí y a toda la Humanidad el camino de la vida eterna, de la verdadera, pura y hermosa vida del alma.

El profundo silencio que siguió a estas palabras fué interrumpido de nuevo por Baltasar.

—Levantémonos—dijo—, levantémonos ahora y prosigamos nuestro camino. Cuanto he dicho ha aumentado más en mí la impaciencia que me devora por verle, por ver al que ocupa constantemente todo mi pensamiento. Y si parezco apresurado, ¡oh, hijo de Hur, y tú, hija mía!, dispensadme, y sírvaos esto de excusa.

A una señal, el etíope sirvióles vino, y, después de beber y sacudir las servilletas, se levantaron.

Mientras el esclavo recogía la tienda y el árabe preparaba los caballos, laváronse los tres las manos en el manantial.

Un poco después volvieron a pasar el torrente con intención de alcanzar la caravana, que, durante su reposo, se les había adelantado.

## CAPÍTULO IV

### BEN-HUR RECELA DE IRAS

El aspecto de la caravana extendida sobre las arenas del desierto era muy pintoresco, pero su andar de fatigosa lentitud; se movía como una serpiente perezosa y en breve hízose insoportable tal marcha para Baltasar, impaciente por llegar al término ansiado de su viaje; la pequeña comotiva, pues, separóse de nuevo, partiendo más rápidamente.

Si el lector es joven o conserva un simpático recuerdo del romanticismo de su juventud, comprenderá el placer con que Ben-Hur, cabalgando junto al dromedario, dirigió la última mirada a la cabeza de la columna humana que quedaba atrás, casi fuera del alcance de la vista, en la reluciente llanura.

Hablando sinceramente, Ben-Hur encontraba cierto encanto en la presencia de Iras. Si le miraba desde su elevado sitio, apresurábase a acercarse a ella; y si le hablaba, su corazón palpitaba con violencia. El deseo de complacerla se hizo un constante impulso en él. Los objetos que veían por el camino, aunque vulgares, le parecían interesantes señalados o contemplados por la egipcia; una golondrina que pasaba volando, si ella se la mostraba con el dedo, antojábasele rodeada de un nimbo de luz; si un trozo de cuarzo o una lámina de mica brillaban sobre la arena a los rayos del sol, corría como un relámpago para cogerlos y llevárselos; y si la hermosa los arrojaba desilusionada, sin pensar en la fatiga que le habían causado, disgustado de ver que no tenían valor ninguno, afanábase en buscar algo mejor: un rubí o tal vez un diamante. Así dispuesto, si el color purpurino de los lejanos montes parecíale más intenso y bello, haciéndolo resaltar ella con una exclamación de alabanza, cuando, a intervalos, el toldo de la litera cubría a los viajeros, parecíale la obscuridad más densa y el día noche. Mecido por tan dulces influencias, ¿cómo resistir la fascinación de la encantadora egipcia, que aumentaban la soledad del sitio y el compañerismo del viaje?

Como no hay lógica en el amor ni el más rudimentario elemento matemático, sucede casi siempre que el más fuerte es el más débil. Así, el héroe cede ante el capricho de tímida o casquivana doncella.

Iras estaba plenamente convencida de la influencia que ejercía sobre Ben-Hur. Por la mañana se había puesto una diadema de monedas de oro, cuyos brillantes colgajos le caían por la frente y las mejillas, por entre sus cabellos negros; adornóse con anillos, pendientes, brazaletes y otras joyas, y

cubrió sus espaldas con un chal recamado con hilos de oro. Así procuró atraerse del todo a Ben-Hur, poniendo en práctica mil retrecherías de palabras, movimientos y ademanes, sonrisas y miradas, o bien riendo cadenciosamente con sonidos de flauta. Con artes semejantes privó Cleopatra de su gloria a Marco Antonio. Sin embargo, no era la reina de Egipto tan hermosa como esta compatriota suya.

Y así llegó el mediodía, y luego la noche.

Cuando el sol ocultóse tras el torreón del viejo Bashán, la comitiva acampó junto a un estanque de agua límpida que las lluvias acumularon. Allí se armó la tienda, se dispuso la cena y se hicieron los preparativos para pasar la noche.

La segunda vela correspondía a Ben-Hur, quien acudió a su puesto, vigilando ante la tienda, de pie, lanza en mano. Hallábase cerca del soñolento dromedario, ya contemplando las brillantes estrellas, ya la inmensidad del desierto, envuelto en las tinieblas de la noche. El silencio y la calma eran intensos. Sólo de vez en cuando turbaban uno y otra unos soplos leves de ardiente brisa. El joven hallábase absorto en sus pensamientos, recordando y enumerando los encantos de la egipcia, discurriendo acerca de cómo había averiguado sus secretos y qué uso haría de ellos, oyendo al oído las frases inarticuladas de amor que Iras le dirigía y que le causaban una tentación que en vano trataba de resistir: la de echar una ojeada al interior de la tienda. En el momento preciso en que parecía dispuesto a hacerlo, una mano blanca y brillante se posó en su hombro, haciéndole estremecer su contacto. Ben-Hur volvióse. Iras estaba a su lado.

—Pensé que dormías—dijo por decir algo.

—El sueño es para los ancianos y para los párvulos—repuso ella—. Yo salgo para contemplar las estrellas del Sur, esas que ahora bailan sobre el Nilo. Pero confiesa que te he sorprendido.

Ben-Hur cogió la mano que descansaba sobre su hombro y exclamó:

—¿Lo he sido por un enemigo?

—¡Oh, no! Los enemigos lo son porque se odian, y yo soy incapaz de odiar, porque Isis no me lo permite. Ella me besó en el corazón, ya lo sabrás, cuando era niña.

—No hablas como hablaría tu padre. ¿No tienes su fe?

—Acaso la hubiera tenido—dijo sonriente y en voz baja—si hubiera visto lo que él. Quizá la tenga cuando llegue a su edad avanzada. No hay religión para la juventud como la poesía y la filosofía, y no hay poesía sin vino, mirto y amor, y no hay filosofía sino en la tolerancia, justificación y disculpa de las locuras juveniles. El Dios de mi padre es demasiado severo para mí. Ni lo encontré en el bosque de Dafne, ni he oído decir que se haya presentado en los altares de Roma. Pero tengo un deseo, hijo de Hur.

—¿Un deseo? ¿Y cómo no lo satisfaces?

—Veremos. Tú dirás si es posible.

—Habla.

—Deseo protegerte.

Y se acercó más a él, que sonrió y dijo dulcemente:

—¡Oh, Egipto! He estado por llamarte querida Egipto. Dime, ¿no es la Esfinge originaria de tu patria?

—¿Y bien?

—Tú eres uno de esos enigmas. Sé compasiva y dame una pequeña clave para ayudarme a entenderte. ¿Para qué necesito ayuda? ¿Cómo puedes ayudarme?

Ella retiró la mano que él tenía asida, y volviéndose al camello acarició su cabeza cariñosamente como si fuese un portento de belleza.

—¡Oh, tú, el más rápido y más grande de los animales de Jacob! También tropiezas alguna vez cuando el camino es escabroso y la carga pesada; pero ¿cómo conoces la bondad de la intención con una palabra, aunque esa ayuda te venga de una mujer? Quiero besarte, regio bruto—y besó su frente—, porque en ti hay inteligencia y no recelos.

—Tu reconvención—dijo con calma y conteniéndose Ben-Hur—ha dado en el blanco, Egipto. Pero aunque te diga que no, ¿no podía ser a causa de hallarme ligado con un juramento que interese la vida y la fortuna de otros?

—¿Podría ser? Es; es así.

El dió un paso atrás y dijo con voz temblorosa por el asombro:

—¡Cómo! ¿Lo sabes todo?

Rióse la egipcia y repuso luego:

—¿Por qué niegan los hombres que los sentidos de las mujeres son más penetrantes que los suyos? He observado tu rostro durante el día, y he visto que tu mente estaba atenaceada por un pensamiento dominante. Para averiguar cuál era éste, sólo tuve que recordar tus conversaciones con mi padre.—Bajó la voz y, acercándose hasta rozar con su aliento las mejillas del joven, continuó—: Hijo de Hur, el que vas a buscar ha de ser Rey de los judíos, ¿no es así?

El corazón del hebreo palpitó con violencia.

—Un rey como Herodes, pero más grande aún, ¿verdad?—prosiguió ella.

Los ojos de Ben-Hur vagaron a través de las tinieblas, mirando a las estrellas; después las miradas de ambos se encontraron. La egipcia estaba tan cerca, que el hebreo recibía en sus labios su tibio hálito.

—Toda la mañana—añadió ella—hemos estado ambos forjándonos ilusiones. Si te cuento las mías, ¿me contarás las tuyas? ¿Callas? ¿Titubeas?

Ella rechazó sus manos y se volvió para irse, pero él se las cogió de nuevo y dijo con vehemencia:

—Quédate; quédate y habla. Habla y refiéreme tus ensueños, Egipto, mi querida Egipto. Ni el Tisbita ni el Legislador rechazarían una súplica tuya. Sé compasiva, te lo ruego.

La egipcia, refugiándose en los brazos del hebreo, como chiquilla miedosa, lentamente y sin mirarle, dijo:

—Mi fantasía representóme una terrible guerra, por tierra y por mar a un tiempo, como si hubieran vuelto a renovarse las luchas de César y Pompeyo y de Octavio y Antonio al mismo tiempo. Levantáronse polvaredas de ceniza y polvo que cubrieron el mundo; pero cuando el viento las disipó Roma había desaparecido. Todo el poderío se trasladó a Oriente. Surgió nueva raza de héroes que dividió la tierra en satrapías que no se conocieron nunca tan grandes, ricas y florecientes: satrapías como reinos. Y mientras pasaba la visión, ¡oh, hijo de Hur!, y después de haberse desvanecido, me preguntaba a mí misma: "¿Qué no obtendrá del futuro Rey el que mejor y más eficazmente le sirva?"

Otra vez se estremeció Ben-Hur. La pregunta era la misma que él se hacía a sí mismo diariamente. De pronto creyó haber encontrado la clave que necesitaba para comprender a la egipcia.

—¡Ah, ah!—exclamó—. Ya estoy. Quieres ayudarme a conquistar las satrapías y las coronas. Comprendo, comprendo. Y no habrá habido nunca una reina como tú lo serías, tan inteligente, tan hermosísima, tan majestuosa... Pero, ¡ay, querida Egipto!, tu visión me demuestra que todos los premios son para los guerreros, y tú no eres más que una mujer, aunque Isis te haya besado en el corazón. No sé cómo puedas ayudar a conquistar coronas, a no ser que conozcas para alcanzarlas otro camino que el de la espada. Si lo conoces, dímelo, ¡oh, Egipto!, y yo lo recorreré, aunque sólo fuera por consideración a ti.

Ella se retiró de los brazos de él, y dijo:

—Extiende tu mano junto al camello para que pueda sentarme y recostarme sobre el animal. Te contaré una historia que llegó por el Nilo a Alejandría, donde yo la oí.

Obedeció el joven, y ella se sentó reclinando su cabeza sobre el dromedario, cuyo lomo servíale de respaldo.

—¿Y qué hago yo?—preguntó él quejumbroso—. En Alejandría, los oyentes, ¿están de pie o sentados?

Sonrió la doncella, acomodándose bien sobre el viejo animal, y contestó:

—Los oyentes de los narradores de leyendas, en Alejandría, son muy voluntariosos y suelen hacer lo que les place.

Sin más, el hebreo se sentó en la arena, junto a la egipcia, y clavó su lanza en el suelo al alcance de su mano.

—Ya escucho.

Y ella empezó así:

## "CÓMO VINO A LA TIERRA LA BELLEZA

"Has de saber, en primer término, que Isis era, y debe ser todavía, la más hermosa de las diosas; y Osiris, su marido, aunque sabio y poderoso, sentíase a veces herido de celos, ya que sólo en sus amores se parecen a los mortales los dioses.

"El palacio de la diosa es de plata, coronando la más alta montaña de la luna, y de allí pasaba con frecuencia al sol, en el corazón del cual, como origen de eterna luz, tiene Osiris su palacio de oro, tan resplandeciente que los hombres no pueden mirarlo fijamente, pues les deslumbra.

"Una vez (para los dioses no existen días), mientras ambos conversaban en el áureo palacio, ella miró a lo lejos y, justamente en el límite extremo del Universo, vió pasar a Indra con su brillante ejército de simios, llevados por fuertes y voladoras águilas. El amigo de los Vivientes, como era llamado Indra, regresaba de su guerra final con el odioso Raksakas, a quien había vencido. En su séquito marchaba Rama, el héroe, y Sita, su esposa, quien, después de Isis, era la más bella de las mujeres. Levantóse Isis, y, desciñéndose el cinturón de estrellas, saludó a Sita, a Sita, entiéndelo; pero, instantáneamente, entre la hueste en marcha y la divina pareja del palacio de oro se interpuso algo tan obscuro como nuestras noches nubladas; pero no era la noche, sino que Osiris había arrugado el ceño.

"Entonces Osiris se levantó y, suspendiendo la conversación, dijo majestuosamente:

"—Puedes irte a tu palacio. Haré la obra solo. Para hacer un ser perfecto y feliz, no necesito de ti. Vete.

"Isis tenía los ojos tan dulces y tan grandes como los de la sagrada vaca; miró a su marido con la pupila más pequeña que un cuarto de luna, se levantó y, sonriente, exclamó:

"—Hasta la vista, mi buen señor; no tardarás en llamarme, lo sé, porque sin mi ayuda no podrás hacer una criatura perfecta y feliz como crees —y suspendiendo su risa, añadió gravemente—: Es más, no creo que tú mismo puedas ser dichoso sin mí.

"—¡Veremos!—repuso Osiris.

"Y ella se fué a su palacio de plata y se inclinó sobre el telar para continuar su labor.

"En la mente de Osiris se agitaban grandes ideas. Al esfuerzo de su vo-

luntad, las estrellas temblaron y algunas se desprendieron y cayeron; ella las vió caer y siguió tranquila tejiendo.

"Muy pronto apareció cerca del sol un punto que iba creciendo y amenazaba ser mayor que la luna. Isis comprendió que era un mundo nuevo que arrojaba su sombra sobre el planeta de la diosa, lo que mostraba cuánto era el enfado de su marido; pero siguió tejiendo.

—Ya escucho.
Y ella empezó así:

"Y así surgió la tierra: al principio una gran masa helada sin vegetación; después se dividió en ríos y montañas, y el primer hombre surgió mirando al sol, agradecido, como fuente de luz, calor y vida. Instantáneamente floreció el suelo en torno suyo y se cubrió de selvas y bosques, de flores y de animales de todas clases.

"Y por algún tiempo el hombre se sintió feliz contemplando tanta belleza. Del sol llegó al palacio de Isis una risa burlona y estas palabras

"—¡Tu ayuda! ¡Contempla a esa criatura feliz y perfecta!

"Pero la diosa inclinóse en silencio sobre su telar. Era paciente como Osiris fuerte, y aguardaba, sabiendo que la mera vida no es suficiente para la felicidad.

"No tardó en aburrirse el primer hombre. Isis observó con alborozo el cambio. Osiris creó entonces los volcanes, los torrentes, el mar, las nieves y los colores. El hombre palmoteó de alegría, y por otra temporada fué feliz.

"Isis se sonrió y se dijo:

"—No está mal pensado; pero la mera belleza no es suficiente para la dicha.

"De nuevo aburrióse el hombre, hastiado de los colores, y de nuevo oyó

la diosa el trueno potente de la voluntad creadora. Y el hombre fué feliz por otra temporada con el sonido, escuchando el suspirar del viento, el murmurar de los arroyos, el mugido del torrente, la agitación de las olas, el canto de las aves.

"Entonces se puso pensativa la diosa, al oír decir a su esposo:

—"¡Ah, ah! ¡Mira cómo me las compongo sin ti!

"Isis admiró el genio de su esposo, y pensó:

"—Calor, movimiento, sonido, luz; no existen más elementos de belleza y todos los tiene el mundo. Si el hombre se aburre de nuevo, Osiris tendrá que recurrir a mí.

"Y siguió tejiendo su plateada tela.

"El hombre parecía que no iba a aburrirse jamás; pero Isis aguardaba paciente.

"—¡Pobre criatura!—se decía a sí misma—. Es más desgraciado que nunca.

"Y como si el hombre hubiera penetrado el pensamiento de la diosa, comenzó a aburrirse, hastiándole lo mismo el chirrido del grillo que el canto del ruiseñor. Languidecía y se dejó caer sobre el césped, desolado.

"Entonces Isis, movida a compasión, habló:

"—Señor y esposo mío—dijo—: Tu criatura se muere.

"Pero Osiris, aunque lo veía, permanecía inmóvil. No podía hacer más.

—"¿Quieres que le ayude a ser feliz?

"Osiris era demasiado orgulloso para contestar.

"Entonces Isis, concluyendo de tejer su tela argentada, hizo un rollo con ella y la arrojó a la tierra, de modo que cayera junto al hombre. Este, al oír el ruido, incorporóse, y, ¡oh, maravilla!, vió a su lado una mujer, la mujer primera que le tendía, sonriendo, la mano para ayudarle a levantarse. Desde entonces no sintió jamás el fastidio, y fué eternamente feliz."

—Tal es, hijo de Hur, el génesis de la belleza y del amor, según las tradiciones populares del Nilo.

—¡Linda fábula y graciosa!—dijo él de pronto—, pero imperfecta. ¿Qué hizo después Osiris?

—Llamó a la diosa al sol, a vivir en su palacio, y fueron felices juntos, ayudándose mutuamente.

—¿Y no he de hacer yo como el primer hombre?

Agarró la mano de la doncella, la besó y exclamó:

—¡Por amor, por amor!

Luego reclinó la cabeza en las rodillas de la joven.

—Encontrarás al Rey—murmuró ella dulcemente, acariciándole los cabellos—; le servirás fielmente, y conquistarás con tu espada sus más ricos presentes. Su mejor soldado será mi héroe.

Levantó Ben-Hur la cabeza y vió su rostro inclinado sobre él.

—¡Oh, Egipto, Egipto!—dijo poniéndose de pie—. Si el rey tiene coronas que regalar, una será para mí, por el amor tuyo. Y yo la colocaré en tu cabeza para que seas la reina: mi reina. ¡Ninguna más hermosa que tú, y ninguno más feliz que yo, más felices que nosotros lo seremos!

—Y tú me lo confiarás todo y dejarás que te ayude en todo, ¿no es verdad?—dijo ella besándole a su vez.

La pregunta mitigó su entusiasmo, volviendo a sus recelos.

—¿No basta que te ame?—interrogó.

—Amor perfecto, confianza completa. ¡No importa! Ya me conocerás mejor. Soltó su mano, incorporóse y se dispuso a marchar.

—Eres cruel—dijo el hebreo.

Ella, sin contestar, abrazó y besó al camello, diciendo:

—Tú eres el más noble de tu raza, porque tu amor no se ve turbado por la desconfianza.

Un instante después había entrado en la tienda.

## CAPÍTULO V

### JUAN EL NAZARITA

Al mediar del tercer día de viaje encontraron en la ribera del Jabock como un campamento de unas cien personas, la mayoría pastores, con sus ganados. Se les acercó uno con un cántaro y taza, invitándolos a beber, y como recibieran la invitación con mucha cortesía, el hombre preguntó a Baltasar:

—Vengo del Jordán, en donde hay gran número de personas de todos los países; pero no he visto allí ni en parte alguna un camello tan magnífico. ¿De dónde procede?

Baltasar satisfizo su curiosidad y se entregó al reposo, pero Ben-Hur preguntó:

—¿En qué parte se halla esa multitud?

—En Bethalaza.

—Lugar poco frecuentado, y no comprendo...

—Ya estoy. Venís de lejos, y no conocéis las buenas nuevas.

—¿Qué ocurre?

—Un hombre, un verdadero santo, ha aparecido. De sus labios salen pa-

labras extrañas que seducen a cuantos las escuchan. Se llama a sí mismo Juan el Nazarita, hijo de Zacarías, y dice que es el Precursor del Mesías.

La egipcia escuchaba atentamente.

—Dicen que pasó su vida en el desierto, alimentándose con langostas y miel silvestre. La multitud acude a oírle predicar. Yo vengo con éstos de escucharle.

—¿Todos tus compañeros han estado allí?

—La mayoría va ahora; yo vuelvo con unos cuantos.

—¿Y qué predica?

—Una nueva doctrina que nunca antes de él se enseñó en Israel. El la llama de arrepentimiento y bautismo. Los rabinos no saben qué hacer de él. Unos le preguntan si era Cristo, otros si era Elías; pero a todos ha contestado negativamente, diciendo: "Soy la voz del que clama en el desierto; preparad el camino del Señor; haced derechas sus sendas."

A todo esto el hombre fué llamado por sus amigos, e iba a irse, cuando Baltasar le dijo:

—Buen extranjero, dinos si hallaremos al predicador en el sitio en que lo dejaste.

—Sí.

—¿Quién puede ser ese nazareno—dijo Ben-Hur a Iras—sino el heraldo de nuestro Rey?

En tan corto tiempo había llegado a creer a la hija más interesada aún por hallar al misterioso personaje que el mismo Baltasar. Este, confortado por la buena nueva, dirigiendo al cielo la mirada, exclamó emocionado:

—Apresurémonos. No estoy cansado.

Ayudaron al esclavo y partieron.

Al descansar por la noche, exclamó el buen egipcio:

—Levantémonos temprano mañana, hijo de Hur, para continuar el viaje. El Salvador puede llegar sin que estemos allí nosotros.

—El Rey no puede estar lejos de su heraldo—dijo Iras como un suspiro.

—Mañana lo veremos—repuso Ben-Hur, besando la mano de la doncella.

Al acercarse a la parte septentrional del Jordán, palpitaba con violencia el corazón de Ben-Hur.

—Regocíjate, Baltasar; estamos llegando.

El guía apresuró el paso del dromedario; muy pronto vieron camellos y caballos, tiendas y una gran muchedumbre de personas junto a la orilla del Jordán. Comprendieron que el ermita predicaba, y apresuráronse; pero conforme se acercaban, la multitud se iba dispersando.

¡Habían llegado demasiado tarde!

—Detengámonos aquí—dijo Ben-Hur a Baltasar, que juntó sus manos desesperado—. Acaso venga el nazareno por esta parte.

La gente, muy preocupada con la discusión de la doctrina de Juan, no paró mientes en los recién llegados. Cuando ya creían perdida la ocasión de ver al nazareno, vieron llegar por la orilla del río una persona de tan extraño aspecto, que se pusieron a contemplarla, olvidándose de cuanto les rodeaba.

El aspecto del hombre era rudo y agreste: casi salvaje. Su cutis parecía pergamino; su rostro flaco; los cabellos, largos, le caían en bucles por los hombros; sus ojos muy brillantes; iba vestido con una túnica burda de pieles de camello, que dejaba casi todo su lado derecho a la intemperie, mostrando su flacura y la tostada piel. La túnica, sucia como las telas de las tiendas de los beduínos, sujetábase al cuerpo por medio de un cinturón de piel sin curtir. Llevaba los pies sin sandalias; colgaba de su cintura un zurrón y se apoyaba en nudoso palo. Sus movimientos eran vivos, inquietos, pero resueltos y denotando vigor viril. De vez en cuando apartábase de los ojos sus rebeldes bucles, y miraba en torno suyo, como buscando a alguien.

La bella egipcia contempló al hijo del desierto con sorpresa, por no decir con disgusto. De pronto, alzando la cortina de la litera, preguntó a Ben-Hur:

—¿Es ese el heraldo del Rey?

—Es el Nazarita—replicó el joven sin mirarla.

Y en verdad él también se sentía contrariado. A pesar de hallarse familiarizado con los ascetas de Engadi, y no obstante saber que iba a encontrar un nazareno que se decía: "Voz del que clama en el desierto", contrariábale el aspecto de aquel heraldo de su soñado Rey omnipotente; había creído que encontraría en el Precursor algún rasgo del esplendor de Aquél a quien aguardaba. Al considerar su aspecto salvaje recordó las figuras de los cortesanos que había visto muchas veces en las termas y en el palacio imperial de Roma, y el paralelo aumentó su disgusto y su vergüenza. Confuso y malhumorado, sólo pudo decir:

—Es el nazareno.

Baltasar era diferente. Sabía que los caminos de Dios no son conocidos de los hombres. Había visto al Salvador de niño, en un pesebre, y estaba preparado por la fe para verlo reaparecer en cualquier forma. Así, pues, permaneció aguardando, con las manos cruzadas sobre el pecho y los labios murmurando una plegaria. No esperaba a un rey.

En este momento, de tanto interés para los recién llegados, en el cual cada uno considerada la cuestión desde distinto punto de vista, otro hombre que había estado sentado sobre una piedra cerca de la orilla, pensando probablemente en el sermón que acababa de escuchar, se levantó y se dirigió con tranquilo paso al encuentro del Precursor.

Los dos, el predicador y el extranjero, siguieron andando en dirección

contraria hasta hallarse, el primero a unas veinte varas del camello, y el último a diez pies del animal. Aquél, entonces, se detuvo, apartó de sus ojos un mechón de cabellos, miró fijamente al otro y levantó las manos como si pidiese a la multitud que atendiera. La muchedumbre que le seguía se detuvo también, cada cual en actitud de escuchar, y cuando el silencio era más profundo, levantó el cayado con la mano derecha y señaló con él al extranjero.

Todos los circunstantes le miraron.

Cediendo al mismo impulso, Baltasar y Ben-Hur contemplaron también al desconocido, que avanzaba lentamente hacia ellos. Era de estatura algo más que mediana, delgado, de movimientos tranquilos y graves, como de hombre acostumbrado a meditar. Llevaba una túnica de mangas anchas y un manto. En el brazo izquierdo el acostumbrado paño para la cabeza, el cual era rojo. Su traje, amarillento por el polvo, estaba salpicado de lodo. Las borlas de su cinturón eran azules y blancas, y como las de los rabinos, según lo prescribía la Ley. Sus sandalias, ordinarias. No usaba ni bolsa ni bastón.

Sin embargo, ninguna de esas cosas atrajo la atención de nuestros amigos, que se fijaron sólo en la cabeza y en el rostro del hombre, especialmente en el rostro, que difundía una inefable e irresistible fascinación.

La cabeza descubierta; largos y rizados cabellos castaños, rubios cuando los bañaba la luz solar, dividíanse en mitad de la cabeza para descender en bucles sobre los hombros; bajo su frente ancha y arqueadas cejas negras, brillaban sus grandes ojos garzos con mirada centelleante, que dulcificaban más que las largas y sedosas pestañas la tierna humedad de la pupila, como se ve alguna vez en los niños, pero nunca, o muy rara vez, en los hombres. Difícil hubiera sido determinar si sus facciones eran griegas o hebreas. La delicadeza de su nariz y su boca indicaban el tipo helénico. La dulzura de su mirada, la palidez de su rostro, la sedosidad de sus cabellos y rizada barba formaban un conjunto inexplicable, que hubiera hecho sonreir con desdén a un soldado, habrían impulsado a amarle a una mujer, y un niño se hubiera sentido atraído a echarle los brazos al cuello, otorgándole toda su infantil confianza.

Distintos observadores habrían atribuído la expresión dominante en su fisonomía a causas muy diversas, interpretándola de varios modos. Unos hubieran leído en ella inteligencia y reflexión; otros amor inmenso, piedad infinita o tristeza dulce. Y realmente parecía una compenetración de todas esas cualidades. Su mirada revelaba un alma purísima, destinada a penetrar y a compadecer la corrupción de los hombres por entre quienes pasaba. Sin embargo, nadie hubiera observado en su rostro la menor huella de debilidad; ni aun aquellos que saben que el dolor, el amor y la piedad son el

resultado de una fuerza moral capaz de los mayores padecimientos, como lo han demostrado los mártires y los santos. Y tal, en verdad, era su aspecto.

Lentamente seguía aproximándose a los tres.

Ben-Hur, con la lanza en la mano, era digno de atraer las miradas de un rey; sin embargo, el desconocido no se fijó en él, ni en la rara belleza de Iras, ni en el bondadoso rostro del anciano Baltasar.

El silencio era profundo.

De pronto el Nazarita, aún señalando al otro con su cayado, gritó con voz bronca:

—¡He ahí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

Los circunstantes, sorprendidos por la acción y por la frase, dispusiéronse a escuchar lo que seguiría. En Baltasar produjeron un efecto irresistible. Había ido allí para ver al Redentor de los hombres. Su fe, premiada con singulares privilegios, estaba aún bien arraigada en el corazón, y con una penetración superior a la de sus compañeros, reconoció en el forastero Aquél a quien buscaba. Más bien que llamarle milagro, podríamos considerar a esa fuerza penetrativa intelectual la facultad superior de un alma que conserva aún las huellas de sus relaciones con la divinidad a cuya presencia había sido admitida otras veces como recompensa de una vida de santidad sin ejemplo en aquella época, una vida que era por sí misma un milagro. El ideal de su fe hallábase ante él perfecto en su faz, forma, vestido, actos y edad; y él estaba viéndolo y acababa de reconocerlo. Y ahora sólo aguardaba algo que identificase al extranjero, fuera de toda posible duda.

Y así sucedió.

Exactamente cuando formulaba este pensamiento, como para confirmar en su fe al emocionado egipcio, el Nazarita repitió gritando:

—¡He ahí el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo!

Baltasar cayó de rodillas. El no necesitaba más explicación; y como si Juan la supiese, volvióse a los más maravillados entre los que le rodeaban, y prosiguió:

—Este es Aquel de quien dije: "En pos de mí viene un varón, el cual ha sido preferido a mí, porque existía antes que yo." Yo no le conocía, pero he venido a bautizar con agua para que El sea reconocido en Israel. Yo he visto al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre El. No le conocía antes, mas el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu y reposa sobre El, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo." Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que El—se detuvo, volvió a señalar con el cayado al extranjero de la túnica blanca, y terminó recalcando las palabras como

para inculcarlas bien en la mente de sus oyentes—, por eso doy testimonio de que *El es el* HIJO DE DIOS.

—¡Es El, es El!—exclamó Baltasar con los ojos empañados de lágrimas. Y en el mismo momento cayó desvanecido.

Mientras tanto, Ben-Hur había estado estudiando la fisonomía del desconocido con un interés muy diferente del de los demás. Seduciale su aspecto de santidad; sentíase atraído por su nobleza, su ternura y su humildad, pero no cesaba de preguntarse: ¿Quién y qué es ese hombre? ¿Mesías o rey? Nunca había visto aparición menos majestuosa; sólo con mirar su aspecto benigno, dulce y tranquilo, parecía ahuyentarse toda idea de guerra y conquista. "Baltasar debe tener razón, y Simónides está en un error" —pensó—. Aquel hombre no podía haber venido a restaurar el trono de Salomón, no parecía tener carácter de monarca. Si llegaba a ser rey, su reino no sería más grande que el de Roma.

Sin embargo, todo esto no era más que una mera impresión, no un juicio definitivo de Ben-Hur. Y mientras tanto esforzábase por recordar algo que huía de su memoria. "En verdad que yo he visto ya en alguna parte a este hombre; pero ¿dónde y cuándo?" Aquella mirada tan tranquila, tan piadosa, tan dulce y amante se había fijado ya sobre él como bálsamo que suavizara su tristeza; como entonces, se posaba sobre Baltasar, pero no podía recordar en qué ocasión. De repente, como iluminada por un hermoso rayo de sol, se le presentó la escena junto al pozo de Nazaret, cuando lo llevaban a galeras. Se estremeció vivamente. Aquellas manos le habían prestado auxilio cuando padecía; aquel rostro lo tenía grabado en su corazón desde aquel día. Era tanta la emoción de Ben-Hur, que no oyó las palabras del profeta, a excepción de las últimas, que aún repite el mundo:

¡ES EL HIJO DE DIOS!

Ben-Hur apeóse para rendir homenaje a su bienhechor, pero Iras gritóle:

—¡Socorro, hijo de Hur! ¡Mi padre se muere!

Detúvose, volvió la vista atrás y se acercó al camello, haciendo al esclavo que le ordenase arrodillarse, y corrió al río por agua. Cuando volvió, el desconocido se había ido.

Al fin Baltasar volvió en sí, y juntando las manos:

—¿Dónde está?—murmuró débilmente.

—¿Quién?—preguntó Iras.

—El, el Redentor; el Hijo de Dios, a quien he visto otra vez.

—¿Lo crees tú así?—preguntó Iras al joven en voz baja.

—El tiempo es de maravillas; aguardemos—fué lo único que se le ocurrió contestar a Ben-Hur.

Al día siguiente, mientras los tres escuchaban al Precursor, éste se interrumpió diciendo con fervor:

—¡He ahí el Cordero de Dios!

Miraron adonde señalaba Juan, y vieron otra vez al desconocido. Mientras Ben-Hur examinábale de nuevo admirando su aspecto augusto, asaltóle nueva idea:

—Baltasar tiene razón y también Simónides. ¿No puede ser al mismo tiempo Redentor y Rey?

Y preguntó a uno que se hallaba a su lado:

—¿Quién es ese hombre?

El otro rió burlonamente, y repuso:

—Es hijo de un carpintero de Nazaret.

# LIBRO OCTAVO

¿Quién sus hechizos resistir podría
Su aliento era ambrosía,
cuna de frescas rosas su regazo;
ciñóme en un abrazo,
y de rumbo cambió la vida mía.
Rindiendo culto humilde a su belleza,
Ella mi reina fué; yo, esclavo suyo.

KEATS.—*Endimion.*

*Yo soy la resurrección y la vida.*

J. C.

## CAPÍTULO PRIMERO

### HUÉSPEDES EN CASA DE BEN-HUR

ESTER, Ester: haz que me traigan una copa de agua.

—¿No preferirías vino, padre?

—Que traigan de los dos.

Era en el cenador del antiguo palacio de los Hur, en Jerusalén. Desde la barandilla que daba al corral, Ester llamó a un siervo, en el momento mismo en que otro iba a su encuentro con un paquete sellado.

—Este paquete para el amo—dijo, dándoselo.

Para satisfacción del lector, debemos decir que sucedía esto el vigésimo primer día del mes de marzo, y próximamente tres años después de la anunciación del Cristo en Bethabara.

En ese espacio de tiempo, Malluch, por orden de Ben-Hur, que no

podía sufrir el abandono ruinoso de la casa de su padre, había comprado el palacio a Poncio Pilatos y procedió a repararlo, devolviéndole su antiguo esplendor y aun superándolo, merced al buen gusto adquirido por el joven en la quinta de Misseno y en la capital romana. No quiso, sin embargo, figurar todavía como su propietario ni recobrar en público su verdadero nombre. De vez en cuando acudía a la ciudad natal y pasaba unos días en la casa paterna, pero siempre de incógnito y como huésped. No descuidaba sus asuntos de Galilea ni perdía de vista al Rey; pero el descanso no era el sólo móvil que le llevaba a su casa. En ella estaban Baltasar e Iras. Esta le fascinaba con su hermosura y retrecherías; el padre, con su vigor intelectual, prodigioso en cuerpo tan débil y delicado.

En cuanto a Simónides y Ester, habían llegado pocos días antes de Antioquía. Fué un viaje muy trabajoso el del anciano, llevado en un palanquín entre dos camellos, que no siempre marchaban al mismo paso. Pero una vez llegado, no se cansaba de mirar su ciudad natal, y se pasaba el día en la azotea y en el terrado, en una silla semejante a la que tenía en Antioquía, examinando ávidamente los contornos. A la sombra del cenador contemplaba la salida del sol, seguía su curso hasta el ocaso y recordaba a aquella doncella tan amada en su juventud, aquella mujer cuya memoria érale cada día más querida. No descuidaba, empero, sus negocios. Al frente de su casa de Antioquía había dejado a Semballat, de quien recibía diariamente larga carta, y él enviaba por su parte todos los días un mensajero con instrucciones tan precisas y minuciosas, que excluían toda iniciativa que no fuese la propia y toda eventualidad, a no ser de aquellas que el Todopoderoso no permite adivinar a los hombres.

Cuando Ester volvía al cenador, la luz solar bañaba el terrado, y envolviendo a la joven en una ola de luz, hacía resaltar sus gracias: sus regulares facciones, rosadas por la juventud y la salud; su mirada inteligente, hermoseada por una expresión de bondad inmensa; una mujer digna de ser amada y capaz de hacer la felicidad de cualquiera.

Miró al paquete, se detuvo, lo miró segunda vez más atentamente que la primera, y se ruborizó; el sello era de Ben-Hur. Entonces apresuró el paso.

Simónides examinó el paquete un momento, y también reconoció el sello, por lo que deshízolo y entregó el papiro a la hija.

—Toma; lee—dijo.

Sus ojos se fijaron investigadores en la doncella, y una expresión de tristeza se reflejó en su rostro.

—Ya veo que sabes de quién es, Ester.

—Sí..., es... de... nuestro amo.

Aunque balbuceó las palabras, no miró turbada a su padre, quien añadió con calma:

—Tú le amas, Ester.

—Sí—contestó ella.

—¿Has pensado bien lo que haces?

—He tratado de no pensar en él, padre, a no ser como en un amo a quien estoy obligada. El esfuerzo ha sido inútil.

—¡Buena muchacha, buena muchacha; digna hija de tu madre!—murmuró pensativo el anciano.

Y después de un instante añadió:

—El Señor me perdone; pero tu amor no hubiera sido desdeñado si yo hubiera retenido, como podía haberlo hecho, la fortuna que tenía en mi poder. Tal es el poder del dinero.

—Si hubieras obrado así, padre, hubiera sido peor para mí, porque entonces no sería yo digna de él ni podría enorgullecerme de ti. ¿Leo ahora?

—Dentro de un momento. Permíteme que por tu bien, hija mía, te dé a conocer tu desgracia. Su amor, Ester, no te pertenece.

—Lo sé—dijo ella resignadamente.

La egipcia lo ha cogido en sus redes—continuó él—, y ella reune a la astucia de su raza una gran belleza. Mucha hermosura y gran astucia; pero, como todas las de su raza, no tiene corazón. La hija que desprecia a su padre, no será buena esposa.

—¿Y ella hace eso?

El afirmó ;

—Baltasar es un sabio que, para ser gentil, ha sido maravillosamente favorecido por Dios; sin embargo, ella se mofa de él. Ayer, hablando de su padre, le oí decir: "Las locuras sólo son excusables en la juventud; sólo la sabiduría puede hacernos tolerar a la ancianidad; cuando ésta falta, los viejos deberían morir." ¡Palabras crueles dignas de un romano! Me las apliqué para mí, conociendo que no estoy lejos de esa debilidad intelectual que ella censura en su padre; pero tú, Ester, tú no dirás ni pensarás de mí que valía más que muriese, ¿verdad? No, no; tu madre era hija de Judá.

Con los ojos llenos de lágrimas besóle Ester, y repuso

—Soy hija de mi madre.

—Sí; y eres hija mía, hija mía; mía como el templo era de Salomón.

Tras un momento de silencio, puso el anciano su mano en el hombro de la doncella y continuó:

—Una vez casado con la egipcia, volverá sus ojos a ti, arrepentido. Su espíritu, Ester mía, se atribulará al conocer que ha sido tan sólo el instrumento de la ambición rastrera de esa mujer. Roma es el centro de los sueños de ella. Para ella, es el hijo de Arrio el duunviro, no el de Hur, príncipe de Jerusalén.

Ester no quiso disimular el efecto de tales palabras.

—¡Sálvalo, padre; aún no es tarde!—suplicó.

El anciano movió negativamente la cabeza.

—Un hombre que se ahoga puede ser salvado; pero no un hombre que se enamora.

—Pero tú puedes influir mucho sobre él. Está solo en el mundo. Muéstrale el peligro. Dile quién es esa mujer.

—Eso podría salvarle de ella; pero ¿te lo entregaría a ti, Ester? No —añadió frunciendo las cejas—; soy un esclavo, como lo fueron mis padres de generación en generación; yo no podría decirle; "Repara, amo mío, en mi hija; es más hermosa que la egipcia, y te ama más." He vivido demasiados años libre de dirección. Las palabras abrasarían mi lengua. Las mismas piedras de esas viejas colinas huirían avergonzadas de mi, cuando yo me acercase por allá. No, Ester; es preferible acostarnos ambos con tu madre a dormir el sueño de los sueños.

Encendiéronse vivamente las mejillas de la niña.

—No quise decirte que le dijeras eso, padre. Al decir lo que dije, pensaba sólo en él, en su dicha; no en la mía. Ya que me he atrevido a amarle, quiero conservarme digna de su respeto; sólo así podré excusar a mis propios ojos mi locura. Permíteme leer la carta ahora.

—Sí; lee

Ella principió en seguida, como para poner término a aquel enojoso asunto:

"Nisán, 8.

"Desde el camino de Galilea a Jerusalén.

"El Nazareno está en camino también. Con él, aunque sin saberlo él, voy con una de mis legiones. La segunda nos sigue. La Pascua excusará tal aglomeración. Al marchar nos dijo: "Iremos a Jerusalén, y todas las cosas que han escrito de mí los profetas tendrán su cumplimiento.

"Nuestra espera toca a su fin.

"Apresúrate.

"La paz sea contigo, Simónides.

BEN-HUR.

Ester devolvió la carta a su padre, ahogando a duras penas un sollozo. No había una sola palabra en la misiva para ella. Ni siquiera en el saludo final había sido incluída, ¡y era tan fácil con sólo añadir en la última línea: *y con los tuyos!* Por primera vez en su vida sintió la mordedura de los celos.

—Ocho, ocho—murmuró Simónides—, y hoy estamos a...

—Nueve.

—¡Ah! Entonces, deben estar en Betania.

—Y es posible que le veamos esta noche—añadió ella alegremente y olvidando su desengaño.

—Puede ser, puede ser. Mañana es la fiesta del pan ácimo, y querrá asistir a ella. Quizás veamos también al Nazareno; acaso los veamos a ambos, Ester.

En este instante llegó el siervo con el vino y el agua. Ester ayudóle a servir a su padre, y mientras lo servía se presentó Iras en el terrado.

Nunca la egipcia había aparecido a los ojos de la hebrea tan hermosa. Sus vestidos de gasa la envolvían como en nube vaporosa; su frente, cuello brazos resplandecían de joyas, como era costumbre en aquel pueblo. Su aspecto era alegre. Movíase con gracia y dignidad, como quien conoce su propia belleza, pero sin afectación. Ester, al verla, sintió oprimido su corazón y se aproximó más a su padre.

—La paz sea contigo, Simónides, y contigo, linda Ester—dijo Iras saludando—. Me recuerdas, buen señor, dicho sea sin ofensa, me recuerdas a los sacerdotes de Persia, que suben, al declinar el día, a la azotea del templo para dirigir sus preces al sol poniente. Lo demás de su culto lo ignoro, pero si quieres saberlo, pregunta a mi padre. Es de casta de Magos.

—Bella egipcia—repuso el mercader inclinándose con grave cortesía—, tu padre es hombre que no se ofendería si me oyera decir que su ciencia persa es una mínima parte de su sabiduría.

Iras sonrió irónica.

—Para hablar como un filósofo, a ejemplo tuyo, una parte mínima implica otra mayor. Permíteme que te pregunte cuál es esa parte mayor de esa cualidad que te place atribuirle.

Simónides volvió hacia ella sus ojos severos.

—La verdadera sabiduría se dirige siempre hacia Dios. La mayor sabiduría estriba en el conocimiento de Dios, y no conozco hombre alguno que la posea en más alto grado o haga más manifiesto ese conocimiento en palabras y obras que el buen Baltasar.

Diciendo estas palabras, levantó la copa y bebió. La egipcia, un tanto picada, volvióse hacia Ester.

—Un hombre que tiene millones en mercancías y flotas en el mar no puede comprender en qué encontramos deleite las mujeres. Dejémosle. Podemos hablar en la azotea.

Se acercaron a la balaustrada y se pusieron en el mismo sitio en que años antes Ben-Hur hizo desprenderse un ladrillo que fué a caer sobre la cabeza de Grato.

—¿No has estado en Roma?—preguntó Iras jugueteando con un brazalete que se había sacado.

—No—repuso tímidamente Ester.

—¿Y no has deseado ir?

—No.

—¡Ah, qué pobre ha sido tu vida!

El suspiro que siguió a esta exclamación no podía haber sido más elocuente. La egipcia soltó luego una carcajada que podía haberse oído en la calle, y dijo:

—¡Oh, oh, mi linda sencillota! Los pajarillos que aún no han dejado el nido en Menfis saben casi tanto como tú.

Entonces, viendo la confusión de Ester, cambió de tono y añadió:

—No te ofendas; bromeaba; deja que bese la herida y te diré lo que a nadie más diría; a nadie, ni a Simbel misma si me preguntase, ofreciéndome un ramillete de lotos salpicados de espumas del Nilo.

Y después de otra carcajada, que disimuló hábilmente el relámpago que fulguró en sus ojos al mirar a la hebrea, dijo:

—Viene el Rey.

Ester la miró con inocente sorpresa.

—El Nazareno—continuó Iras—. Aquél de quien nuestros padres han hablado tanto, y a cuyo servicio se ha consagrado Ben-Hur—. Y bajando más la voz—: El Nazareno llegará mañana y Ben-Hur esta noche.

Ester esforzóse en vano por disimular su emoción; bajó los ojos, ruborizóse y no pudo ver la sonrisa de triunfo que resplandecía en el semblante de la egipcia.

—Mira; aquí está su promesa—dijo sacando un papiro de su cinturón. Luego añadió—: Regocíjate conmigo, amiga mía; esta noche lo tendremos aquí. Ben-Hur posee un palacio junto al Tíber y ha prometido regalármelo; naturalmente, ser su dueña significa ser la...

El rumor de pasos apresurados en la calle le hizo detenerse, y asomándose a la barandilla un instante, exclamó:

—¡Bendita sea Isis! Es él; el mismo Ben-Hur. Aparece mientras estábamos hablando de él. Si esto no es de buen agüero, los dioses no existen. ¡Abrázame y bésame, Ester...!

La hebrea miróla con el rostro encendido y una expresión, por la primera vez en su vida, no muy lejana de la ira. No era bastante para ella haberse prohibido pensar, excepto en fugitivos sueños, en el hombre a quien amaba; debía oir de labios de la afortunada rival proyectos y esperanzas de dicha vedada para ella. De ella, sierva de un siervo, ni mención indirecta hacía Ben-Hur, y a la egipcia una carta entera, cuyo contenido adivinaba. Por eso exclamó:

—¿Tanto le amas, o lo que más amas es a Roma?

La egipcia avanzó un paso; inclinó su altanera cabeza muy cerca de la hebrea, y dijo:

—¿Qué te importa? ¿Es por ventura algo tuyo, hija de Simónides?

Ester, toda temblorosa, principió a decir:

—Es...

Un pensamiento que relampagueó en su cerebro detuvo sus palabras. Palideció, agitóse, se recobró y terminó la frase más serena:

—Es amigo de mi padre.

Por nada en el mundo hubiera confesado en aquel instante su servil condición.

Iras sonrió más irónicamente que antes.

—¿Nada más que eso? ¡Ah, por los dioses egipcios del amor, puedes guardar tus besos; guárdatelos...! Tú me has enseñado ahora que otros más apreciables me aguardan aquí, en Judea—. Volvióse y, mirándola por encima del hombro, añadió—: Y voy a recibirlos. La paz sea contigo.

Ester miróla desaparecer por las escaleras, y tapándose la cara con las manos prorrumpió en amargo llanto de vergüenza y de dolor, mientras repercutían en sus oídos aquellas palabras de su padre: "Tu amor no hubiera sido despreciado si yo hubiera retenido, como podía haberlo hecho, la fortuna que tenía en mi poder."

Las estrellas alumbraban ya con luz vacilante la ciudad y los montes que la rodean, antes de que Ester se hubiese recobrado lo bastante para poder ir al cenador. Por fin logró dominarse y fué silenciosamente a ocupar su acostumbrado sitio al lado del sillón de su padre, aguardando su ventura. Parecía que sólo el cumplimiento de aquel deber filial era la obra a que debía consagrarse, y aceptó su destino resignada, arrostrándolo de frente.

## CAPÍTULO II

### BEN-HUR HABLA DEL NAZARENO

UNA hora después de la escena de la azotea hallábanse en el salón principal del palacio Baltasar y Simónides, éste último asistido por Ester, y mientras hablaban ambos ancianos, Ben-Hur e Iras entraron juntos.

El joven hebreo, adelantándose a su compañera, se acercó a saludar a Baltasar, y luego se volvió hacia Simónides; pero a la vista de Ester detúvose.

A veces en un mismo corazón pueden albergarse dos pasiones dominantes a un tiempo, siempre que una de ellas brille con luz más débil y tranquila. Así sucedió con Ben-Hur: sus esperanzas y sueños, la influencia del medio ambiente, como ahora se dice, y más directamente la influencia de Iras, habían despertado en él la ambición, y, conforme iba creciendo ésta, dominaba en su mente de una manera imperiosa, y borraba en ella hasta el recuerdo de las resoluciones e impulsos de los primeros días. El olvido es casi una cualidad de la juventud, y era natural que contribuyese a él el misterio que envolvía la muerte de su familia, por una parte, y por otra, el creerse tan cerca de la meta de sus nuevas aspiraciones.

Se paró con sorpresa, viendo en Ester una mujer nueva, tan hermosa y dulce; y en el instante en que se detuvo a contemplarla, una voz interior se apresuró a recordarle las promesas y los deberes olvidados.

Por un momento se turbó; pero, reponiéndose pronto, fué hacia la hebrea y dijo:

—¡La paz sea contigo, dulce Ester!—y volviéndose a Simónides—: Y contigo, Simónides. La bendición del Señor te acompañe siempre, aunque no sea más que por haber sido el cariñoso padre de esa hermosa huérfana.

Ester escuchó la bendición con los ojos fijos en el suelo. Simónides contestó:

—Te repito la bienvenida que te ha dado el buen Baltasar, hijo de Hur. Bienvenido seas a la casa de tu padre. Siéntate y háblanos de tus viajes, de tu empresa y del maravilloso Nazareno. ¿Quién es? ¿Qué hace? Si tu no lo sabes ya, ¿quién lo sabrá? Siéntate, te lo ruego, entre nosotros dos, a fin de que no perdamos una sola de tus palabras.

Ester, con cariñosa solicitud, le llevó una silla.

—Gracias—dijo él, agradecido.

Después de tomar los tres asiento, Ben-Hur exclamó:

—Y ahora voy a hablaros del Nazareno.

Los dos ancianos escucharon atentamente.

—Por muchos días lo he seguido, espiando todos sus actos y esperando ansioso que un indicio me hiciera saber quién era y sus propósitos. Lo he visto en todas las circunstancias que bastan para juzgar a un hombre, y cuanto más me he convencido de que es un hombre como yo, mayor ha sido mi convencimiento de que es algo superior a un hombre.

—¿Superior?—preguntó el mercader—. ¿En qué sentido?

—Voy a decíroslo.

Alguien que venía a la estancia le hizo interrumpirse. Se volvió, y, levantándose con los brazos extendidos, exclamó alborozado

—¡Amrah! ¡Mi querida Amrah!

Ella fué hacia él, y, al ver la alegría que se reflejaba en sus facciones,

no se fijó ninguno en el rostro apergaminado y rugoso de la anciana, que se reclinó a los pies del joven, abrazó sus rodillas y besó sus manos respetuosamente. Ben-Hur, abrazándola cariñoso, le preguntó:

—¿No sabes nada de ellas, mi buena Amrah, ni una palabra, ni un indicio, nada...?

La anciana rompió en sollozos más elocuentes que la palabra.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—exclamó Judá, tras un momento de solemne silencio. En sus ojos brillaban las lágrimas, que se esforzaba por contener y que no hubiera querido que vieran los circunstantes.

Cuando logró dominarse del todo, se sentó y dijo:

—Aquí, Amrah; aquí, a mi lado; siéntate a mi lado. ¿No? Entonces, quédate a mis pies, junto a mí y escucha lo mucho que tengo que contar a estos buenos amigos, de un hombre maravilloso que ha aparecido en el mundo.

La anciana se sentó en el suelo, apoyó su espalda en la pared y, cruzando las manos sobre sus rodillas, manifestó bien claramente a todos que su único goce era contemplarlo. Entonces Ben-Hur inclinóse ante los ancianos y principió otra vez:

—No quisiera contestar a vuestra pregunta acerca de quién es el Nazareno sin contaros previamente algunas de las muchas cosas que le he visto hacer. Y con tanta más razón, cuanto que mañana llegará a esta ciudad para visitar el templo, al cual llama Él la casa de su Padre, y en donde se nos dará a conocer. Mañana, pues, sabremos los israelitas quién de vosotros dos, Baltasar o Simónides, tiene razón.

Baltasar se frotó las temblorosas manos y preguntó:

—¿Dónde podré ir a verlo?

—El tumulto de gente en las calles será grande; así, pues, vale más que vayas al terrado de las galerías, sobre el pórtico de Salomón.

—¿Vendrás con nosotros?

—No; pueden necesitarme mis amigos en la procesión.

—¿Procesión? ¿Viaja con cortejo?—preguntó Simónides.

Ben-Hur vió el argumento en la mente del mercader, y se apresuró a contestar:

—Viaja con doce hombres: pescadores, labradores; uno de ellos es publicano; todos de la más humilde condición, y hacen sus viajes a pie, sin preocuparse del viento, del frío, de la lluvia o del sol. Viéndoles detenerse en medio del camino, a la noche, comer un poco de pan y acostarse a dormir en el suelo, he recordado a los pastores cuando vuelven del mercado a sus rebaños, más bien que a nobles y reyes. Sólo cuando se quita el lienzo de su cabeza para mirar a alguien o sacudir el polvo, he podido apreciar

que es su maestro tanto como su compañero, superior tanto como amigo de ellos.

Tras una pausa prosiguió:

—Vosotros sois hombres de experiencia; sabéis tan bien como yo que somos a veces esclavos de nuestras pasiones; que es poco menos que la ley de nuestra naturaleza el consagrar la vida a la persecución de ciertos ideales; recordando, pues, esta ley, ¿qué diríais de un hombre que, pudiendo convertir en oro las piedras que pisa, prefiere vivir en la indigencia?

—Los griegos le llamarían filósofo—observó Iras.

—No, hija mía—rectificó Baltasar—. Nunca los filósofos han poseído facultad semejante.

—¿Y cómo sabes que la posee ese hombre?

Ben-Hur contestó con viveza:

—Le he visto convertir el agua en vino.

—¡Muy extraño, muy extraño!—murmuró Simónides—. Pero no es eso tan extraño para mí como el que prefiera la indigencia pudiendo ser tan rico. ¿Tan pobre es?

—No tiene nada propio ni ansía la propiedad ajena. Lejos de codiciar sus bienes, compadece a los ricos. Pero dejemos eso. ¿Qué diríais si vieseis a un hombre multiplicar siete panes y dos peces, todo lo que tenían para comer él y sus compañeros, multiplicarlos, digo, en cantidad suficiente para dar de comer a cinco mil personas, y dejar aún los cestos llenos? Eso le vi yo hacer al Nazareno.

—¿Tú lo viste?—exclamó Simónides.

—Sí; y hasta comí pan y pescado. Pero he visto más maravillas. ¿Qué diríais de un hombre que tiene la virtud de sanar los enfermos con que sólo toquen la orla de su túnica o les hable desde lejos? De eso también he sido testigo, no una vez, sino muchas. Cuando salíamos de Jericó, dos ciegos llamaron al Nazareno; El tocó sus ojos, y ellos vieron. Trajéronle un paralítico en una camilla, y El dijo simplemente: "Vete a tu casa." Y el hombre cargó con la camilla y se fué paso a paso. ¿Qué decís de esas cosas?

El mercader no sabía qué contestar.

—¿Creéis ahora, como yo lo he oído decir, que el Nazareno no es más que un prestidigitador, un mágico charlatán? Dejadme que os conteste relatándoos las otras cosas más grandes que le he visto hacer. Todos conocéis esa maldición de Dios para la cual no hay más remedio que la muerte: la lepra.

A esas palabras, Amrah puso las manos en el suelo, como para levantarse; pero se detuvo y escuchó atentamente a medio levantar.

—¿Qué diríais, pues—preguntó Ben-Hur con creciente entusiasmo—, qué diríais si hubiérais visto lo que yo? Un leproso se llegó al Nazareno mientras yo estaba con El en Galilea. "Señor, le dijo: si tú quieres, puedes curar-

me." El oyó la súplica, le tocó con la mano y repuso: "Quiero. ¡Se curado!" E instantáneamente le desapareció la lepra y fué curado, y quedó tan sano como lo estábamos los que fuimos testigos del hecho, que éramos una multitud.

Aquí Amrah se levantó, agitada y febril. Quería no perder una palabra de lo que decía su amo; pero no conseguía que le obedeciese la atención.

—Luego—continuó Ben-Hur—acudieron diez leprosos; acudieron a El un día, juntos, y cayendo a sus pies gritaron (yo lo vi y oí todo): "Maestro, Maestro, apiádate de nosotros." Y El les dijo: "Id a presentaros al sacerdote como la Ley prescribe, y antes de llegar allí estaréis curados."

—¿Y lo fueron?

—Sí; a los pocos pasos la enfermedad desapareció sin dejar en ellos más rastro que las sucias vestiduras que les cubrían.

—Cosas como éstas no se habían oído nunca, nunca hasta ahora, en todo Israel—murmuró Simónides.

Mientras hablaban, Amrah dirigióse a la puerta y salió de la estancia, sin que ninguno lo notara.

—Los pensamientos que suscitaban en mi mente tales hechos, realizados ante mis propios ojos, podéis imaginarlos—prosiguió Ben-Hur—. Pero mis vacilaciones, mis sospechas, mi asombro, no se habían colmado aún. El pueblo galileo es, como sabéis, turbulento e impetuoso. Después de tantos años de aguardar, sus espadas salían solas de las vainas; no deseaban sino obrar. "No se atreve a proclamarse; obliguémosle", me gritaban. Yo mismo estaba impaciente. Si había de ser rey, ¿por qué no proclamarlo desde luego? Las legiones estaban dispuestas. Así, pues, estando una vez predicando a la orilla del mar, íbamos o coronarlo, quisiera o no; pero Él, adivinando nuestra intención, desapareció, y al poco rato lo vimos en una barca que lo alejaba de la costa. Buen Simónides, los deseos que enloquecen a los demás hombres, riquezas, poder, hasta coronas ofrecidas por el amor de un gran pueblo, no tienen para Él el menor atractivo: ¿Qué decís a esto?

El mercader, con la barba sobre el pecho, meditaba; de pronto, irguiendo la cabeza, replicó resueltamente:

—El Señor existe y también las palabras de los profetas. El tiempo de la cosecha no ha llegado. Dejad a mañana la respuesta.

—Así sea—dijo Baltasar sonriendo.

Ben-Hur asintió. Luego continuó:

—Pero aún no lo he dicho todo. De todos estos hechos maravillosos e indudables para quien, como yo, los ha presenciado, pasemos a otros más maravillosos, a prodigios que desde la creación del mundo han sido siempre considerados como imposibles de realizar por los hombres. Decidme: ¿ha habido nunca alguien capaz de rescatar y arrebatar a la Muerte lo que la

Muerte había hecho ya propiedad suya? ¿Quién ha sido nunca capaz de volver la vida perdida a un cuerpo? ¿Quién sino...?

—Dios—concluyó Baltasar fervorosamente.

Ben-Hur inclinó la cabeza reverente.

—¡Oh, sabio egipcio! No quería pronunciar ese nombre que tú has puesto en mis labios, por sobreentenderse que nada es imposible al Todopoderoso. ¿Pero qué dirías, oh, tú, Simónides, qué diríais ambos si hubieseis visto, como yo a un hombre deshacer la obra de la Muerte con unas pocas palabras, sin ceremonias, cual la madre que despierta al hijo adormecido? Lo siguiente acaeció en Nasia. Cuando estábamos cerca de las puertas de la ciudad, un cortejo salía acompañando un cadáver. Una mujer, la madre del muerto, viuda, iba llorando desconsolada tras el féretro. Yo vi la faz del Nazareno radiante de piedad. Acercóse a la madre y le dijo: "No llores." Y arrimóse y tocó el féretro, y dijo mientras los que lo llevaban se separaban: "¡Mancebo, yo te lo mando, levántate!", y luego se incorporó el difunto y se puso a hablar.

—Dios sólo es tan grande—dijo Baltasar a Simónides.

—Y observad que sólo os refiero lo que he visto en presencia de mucha gente. Por el camino vi otro hecho más milagroso todavía. En Betania había un hombre llamado Lázaro, que murió y fué sepultado, y después de hacer cuatro días que estaba en la tumba, tapada con una gran piedra, el Nazareno llegó allí. "Quitad la piedra", ordenó. "Señor", le observó una mujer llorosa, "mira que ya hiede". Quitada la piedra, descubrimos el cadáver amortajado. Muchos éramos los presentes, y todos oímos las palabras del Nazareno, pronunciadas en alta voz: "¡Lázaro, sal afuera!" Y no es posible describir nuestra admiración cuando vimos a aquel amortajado adelantar hacia nosotros. "Desatadle", dijo entonces el Nazareno. "Desatadle y dejadle ir." Y cuando le quitaron el lienzo que le tapaba el rostro vimos sus facciones colorearse por la sangre y tomar el aspecto que había tenido en vida antes de enfermar. Vive todavía y se le puede ver y hablar; vosotros podéis ir a verle mañana. Y ahora, en verdad que no tengo más que añadir; sólo os pregunto, respondiendo a tu pregunta de hace un momento, mi buen Simónides: ¿No es superior, no es algo más que un hombre ese Nazareno?

La solemne pregunta hizo enmudecer a todos por un instante; pero pasado el primer momento originó larga discusión, que se prolongó hasta media noche. Simónides no acertaba a dar otra interpretación a las palabras de los profetas; Ben-Hur se afirmaba en la idea de que ambos contendientes tenían razón, siendo el Nazareno el Redentor que tanto ansiaba Baltasar, y también el Rey que Simónides creía y por el cual suspiraba el pueblo hebreo.

—Mañana lo veremos. La paz sea con todos vosotros.

Y se despidió para regresar a Betania.

## CAPÍTULO III

### LAS LEPROSAS ABANDONAN SU TUMBA

La primera persona que, al abrirse las puertas de la ciudad, al amanecer, salió de Jerusalén, con su cesta al brazo, fué Amrah, que iba en busca de su señora más temprano que de costumbre, como si tuviera prisa por llevarles el cuotidiano alimento, creyendo que habían de tener más hambre que de ordinario. Los guardianes no la interrogaron; estaban ya acostumbrados a verla diariamente, más puntual todavía que la misma aurora, y admiraban la fidelidad y abnegación de la anciana sierva.

Cruzó la vertiente oriental del Olivete, descansando alguna vez e impaciente por lo que tardaba en salir el sol, y llegó al jardín del Rey, convertido, como sabemos, en la ciudad de los leprosos. Desde lejos vió a su ama a la puerta de su tumba. Tirza estaba adentro durmiendo. La enfermedad había hecho tan rápidos progresos en ellas, que la princesa, por no aumentar la desesperación de su hija, iba siempre cuidadosamente envelada, no mostrándose, salvo rarísima y rápida vez, aun a Tirza.

Aquella madrugada, con la cabeza descubierta, hallábase tomando el aire y sumida en sus reflexiones. La infeliz pensaba que en breve, cuando el sol lorase la cresta del Olivete, llegaría, cual de costumbre, Amrah, llevándoles alimento y el ánfora de agua fresca, además de las ansiadas cuotidianas noticias.

Era aquella la única satisfacción que restaba a la pobre mártir. Por Amrah podía recibir noticias de su hijo y consolarse con el pensamiento de que por lo menos su Judá estaba sano y próspero. Cuando sabía que él estaba en casa, pasábase el día inmóvil, mirando hacia la ciudad, más allá del templo donde estaba aquel palacio que tenía para ella tan gratos y dulces recuerdos, aquella mansión tan querida siempre, y entonces más que nunca, porque la habitaba su hijo.

Mientras pensaba en su desgracia, y deseando la muerte que no podía ella procurarse porque *se lo prohibía la Ley,* tan respetada por todo verdadero hijo de Israel, una mujer apareció en la colina, acercándose jadeante. La viuda se cubrió la cabeza con el velo, y gritó con voz extrañamente áspera:

—¡Inmunda! ¡Inmunda!

Un instante después, sin que pudiera darse cuenta de ello, Amrah estaba

a sus plantas. Todo el amor comprimido en el corazón de la fiel esclava durante tantos años se desbordaba al fin, y, entre sollozos y protestas apasionadas, besaba y volvía a besar el vestido de su ama. La viuda intentó en vano librarse de ella, y luego, viendo que no podía, procuró calmar su agitación.

—¿Qué has hecho, Amrah? ¿Me quieres dar una prueba de afecto con tu desobediencia? Desdichada. ¡Te has perdido, y a él, a tu amo...! ¡Ya no podrás nunca volver a su lado!

Amrah seguía besando y sollozando.

—La ley te alcanza a ti también. Ya no podrás regresar a Jerusalén; ¿qué será de nosotras? ¿Quién nos traerá la comida? ¿Cómo sabré de él? ¡Ah, desdichada, desdichada! ¡Nos has perdido!

—¡Piedad, piedad!—sollozó Amrah desde el polvo.

—A ti te tocaba tenerla de nosotras. ¿Adónde huiremos? No nos queda ya esperanza alguna. ¡Oh, sierva desleal! Demasiado pesaba ya sobre nosotras la ira del Señor.

Tirza despertóse a estas voces y apareció en el umbral de la tumba. No parecía la misma criatura, hermosa y aniñada, que conocimos. La pluma se niega a describir los progresos hechos en ella por la fatal enfermedad.

—Madre, ¿es Amrah?—preguntó saliendo.

La sierva hizo ademán de preciptarse hacia ella.

—¡Detente, Amrah!—gritó imperiosamente la madre—. Te prohibo tocarla; levántate y huye antes de que alguien te haya visto. Pero ¡ah! Me olvidaba. ¡Es demasiado tarde! Ya no tienes más remedio que compartir nuestra desdichada suerte. ¡Levántate!

La anciana se levantó, y, luchado con la emoción que la dominaba, apenas pudo proferir:

—¡Oh, buena ama mía! No soy desleal, no soy ingrata. Te traigo buenas nuevas.

—¿De Judá?—preguntó ávidamente la viuda, medio descubriendo la cabeza.

—Existe un hombre maravilloso—continuó Amrah—que tiene el poder de curaros; dice una palabra, y desaparece la enfermedad, y hasta los muertos resucitan. He venido para acompañaros a verle.

—¡Pobre Amrah!—exclamó, compasiva, Tirza.

—No, no—gritó Amrah, comprendiendo la duda por el tono de la exclamación—; no; tan cierto como existe el Señor, el Señor Dios de Israel, que es mi Dios y el vuestro. Digo la verdad. Venid conmigo y no perdamos tiempo. Esta mañana debe pasar por el camino que conduce a la ciudad. Mirad; el sol va a aparecer. Aquí tenéis la comida; almorzad, y vamos.

La madre escuchaba curiosamente. ¿Había llegado hasta ella la fama de aquel hombre extraordinario, que ya se extendía por toda la tierra?

—¿Quién es?—preguntó.

—Un nazareno.

—¿Quién te habló de él?

—Judá.

—¿Judá te habló de él? ¿Está en casa?

—Llegó anoche.

La viuda, tratando de contener los latidos de su corazón, permaneció un rato silenciosa.

—¿Y Judá te envía a decirnos esto?—preguntó luego.

—No; cree que habéis muerto.

—Un profeta, en cierta ocasión, sanó a un leproso—dijo pensativa la madre, volviéndose hacia Tirza—; pero había recibido poder de Dios para ello.

Y luego añadió, mirando a la anciana:

—¿Cómo sabe mi hijo que ese hombre tiene igual poder?

—Judá ha viajado con él. Ha oído a varios leprosos llamarle, y los vió sanar; primero uno; después diez; luego los curaba a todos.

La viuda calló de nuevo; su mano temblaba visiblemente. Esforzábase en dar crédito al relato. No era que dudase de la verdad del hecho, puesto que lo afirmaba su hijo, sino que procuraba comprender la facultad de realizar milagros concedida a un hombre. La viuda reflexionó largo rato. De pronto un rayo de luz hirió su pensamiento, y dijo a Tirza:

—¡Debe ser el Mesías!

No lo dijo fríamente o como un razonamiento para disipar una duda, sino como una mujer de Israel, versada en las promesas de Dios a su pueblo; una mujer inteligente que se regocijaba ya de antemano con el cumplimiento de las promesas del Señor.

—Hubo un tiempo en el cual corrió por Jerusalén y por toda la Judea la noticia de su nacimiento. Lo recuerdo. Actualmente debe ser un hombre... El debe ser; El es. Sí, sí—continuó, dirigiéndose a Amrah—: iremos contigo. Trae el agua que está en el ánfora en la tumba, y siéntate a comer con nosotras. Comeremos y partiremos.

El almuerzo, por efecto de la sobreexcitación, que les quitó el apetito, fué muy breve. Al ponerse en camino les asaltó una duda. De Betania a Jerusalén había tres caminos o sendas. Uno sobre la primera cima del Olivete; otro por la falda del mismo monte, y otro entre éste y el monte de la Ofensa. Aunque no distaba mucho uno de otro, había bastante distancia para impedir a aquellas infelices ver al Nazareno, si tomaban distinto camino.

Pocas palabras bastaron a la madre para comprender que Amrah no conocía nada del país allende el Cedrón, y menos aún de las intenciones del hombre que iban a ver, si podían. Se hizo cargo de que ambas, Amrah, por hábito de servidumbre, y Tirza, por natural dependencia, mirábanla como a su guía, y ella aceptó la dirección.

—Iremos primero a Betfage—les dijo—. Y allí, si el Señor nos favorece, sabremos lo que debemos hacer.

Bajaron la colina a Tophet y el jardín del Rey, y se detuvieron en el sendero que, a través de los siglos, habían formado con sus pasos los caminantes.

—Tengo miedo del camino—dijo la matrona—. Es preferible que vayamos por el campo, entre la roca y los árboles. Hoy es día de fiesta, y en aquel lado veo señales de muchedumbre que aguarda. Cruzando por aquí el monte de la Ofensa, podremos esquivarla.

Tirza, que había caminado hasta allí con gran dificultad, al oir esto perdió los ánimos.

—El monte es muy escarpado, madre, y no puedo subir.

—Ten en cuenta que vamos a buscar la salud y la vida. Mira, hija mía, cómo brilla el sol. Y por allá vienen algunas mujeres que nos apedrearán si nos detenemos aquí. Vamos, haz un esfuerzo por esta vez.

Así, la madre, padeciendo no menores torturas que la hija, procuraba animarla.

Amrah acudió en su ayuda, y, si hasta entonces no había tocado los cuerpos de las leprosas, a despecho de todas las consecuencias y contra la voluntad y las órdenes de su ama, la fiel y abnegada sirviente se acercó a Tirza, y posando el brazo de la doncella sobre sus hombros para que se apoyara, le dijo:

—Aunque vieja, soy fuerte. Apóyate en mí. El camino es corto. ¡Así! Ahora ya podrás subir.

La colina que se disponían a cruzar estaba llena de zanjas y ruinas de antiguas construcciones. Cuando llegaron a la cima y descansaron un momento, la madre sintió renacer en ella el amor a la vida al contemplar aquel panorama.

—Mira, Tirza—dijo—, como reflejan los rayos del sol las losas de oro de la puerta Magnífica, devolviendo esplendor por esplendor. ¿Recuerdas que acostumbrábamos a ir allí? ¡Cuán agradable será volver...! Nuestra casa está allí...; puedo casi verla al otro lado de la azotea del *Sancta sanctorum*. ¡Y Judá estará en ella para recibirnos!

De la cima, medio llena de mirtos y olivos, vieron salir sutiles columnas de humo que anunciaban la actividad matinal de los peregrinos y advertían a las mujeres de la necesidad de apresurarse.

Aunque la buena sierva hacía grandes esfuerzos para facilitar el paso de la joven, Tirza exhalaba a cada paso gemidos de dolor, cayendo por fin a tierra en el camino, entre el monte de la Ofensa y el Olivete.

—Adelántate con Amrah, madre, y déjame aquí.

—No, no, Tirza. ¿Para qué quiero la salud si tú no la tienes? Y cuando Judá me pregunte por ti, ¿qué le diré si ahora te abandono?

—Dile que le amaba.

La madre, que se había inclinado sobre la extenuada hija, se enderezó y tendió la vista en torno suyo, desesperada. La suprema alegría del pensamiento de su curación era inseparable de Tirza, que no era vieja y podía olvidar, en la felicidad y la hermosura de una vida agradable, los años de miseria y padecimientos. En el momento en que aquella mujer heroica iba a renunciar a toda ulterior tentativa, poniéndose en manos de Dios, vió a un hombre que adelantaba rápidamente por el camino oriental.

—¡Animo, Tirza! Veo a un hombre que nos dará noticias del Nazareno.

Amrah ayudó a la muchacha a sentarse, y sostúvola mientras llegaba el hombre.

—En tu bondad, madre, te olvidas de lo que somos. El extranjero huirá de nosotras, y su presente será una maldición, si no una pedrada.

—Veremos.

No podía contestar otra cosa, sabiendo el trato que acostumbraban a recibir los leprosos de sus compatriotas.

Como se ha dicho, el camino en que se hallaban las mujeres era una senda hecha por los mismos caminantes a través de los años, entre montones de piedra calcárea. Si el desconocido seguía el sendero, tenía que encontrarse con las tres infelices. Y así fué. Mas cuando se hallaba a distancia suficiente para oír el grito que la ley obliga a dar a los leprosos, la viuda, descubriéndose el rostro, exclamó:

—¡Inmundas, inmundas!

Con gran sorpresa de ellas, el hombre continuó acercándose.

—¿Qué queréis?—les preguntó cuando se hallaba a cuatro varas escasas de ellas.

—¡Mira cómo estamos! ¡Ten cuidado!—dijo la madre con dignidad.

—Mujer, soy un enviado del que con una sola palabra devuelve la salud y la vida. No tengo miedo.

—¿El Nazareno?

—El Mesías—repuso el apóstol.

—¿Es verdad que viene hoy a la ciudad?

—Ahora está en Betfage.

—¿Y qué camino seguirá, maestro?

—Este mismo.

La viuda juntó las manos y elevó los ojos al cielo.

—¿Quién crees tú que es?—preguntó el hombre con lástima.

—El Hijo de Dios—contestó ella sencillamente.

—Aguárdale aquí entonces; pero como le sigue gran muchedumbre, súbete a esa roca blanca y llámale cuando pase. Si tu fe iguala a tu conocimiento, te oirá, aunque estalle el cielo. Yo voy a anunciar su llegada a Jerusalén, a fin de que lo reciban dignamente. La paz sea contigo y con los tuyos, mujer.

El extranjero echó a andar.

—¿Has oído, Tirza, has oído? El Nazareno está en camino, en este camino, y pasará por aquí y nos oirá. Una vez más, hija mía; una vez más tan sólo. Vamos hasta esa roca; está a un paso.

Tirza hizo un esfuerzo y, ayudada por Amrah, levantóse; pero apenas había dado algunos pasos, la sierva se detuvo diciendo:

—Deteneos; el hombre vuelve.

Y las tres aguardaron.

—Te ruego que me perdones mujer—dijo al acercarse—. Recordé que el sol calentará ya bastante antes que el Nazareno llegue, y la ciudad está muy cerca para darme el refresco que necesite. Pensé que este agua te hará a ti mas falta que a mí. Toma, y buen provecho os haga. Llámale cuando pase.

A estas palabras ofrecióles una calabaza llena de agua, dándosela en la mano en vez de dejarla en tierra.

—¿Eres judío?—preguntó ella asombrada.

—Lo soy, y más que eso: soy un discípulo de Cristo, quien nos enseña diariamente con la palabra y con el ejemplo a hacer cosas como lo que hago contigo. Hace ya mucho tiempo que el mundo conoce la palabra caridad sin entenderla. De nuevo os deseo la paz y buen provecho a ti y a los tuyos.

Se fué, y ellas se encaminaron despacio a la roca que él les había indicado, alta como sus cabezas y distante unas treinta varas del camino, a la derecha. Escaláronla y cobijáronse a la sombra de un árbol que extendía sus ramas por encima de la roca, y probaron el agua de la calabaza y refrescaron sus gargantas. Tirza se adormeció, y la madre y la sierva callaron para no turbar su tranquilo sueño.

## CAPÍTULO IV

### EL MILAGRO

DURANTE la hora tercia comenzó a animarse el camino con una multitud que se dirigía a Betfage y a Betania, y, al empezar la hora cuarta, una muchedumbre con palmas apareció en la cima del Olivete. Entonces parecióle a la sorprendida viuda que era el momento de despertar a Tirza.

—¿Qué significa todo esto?—preguntó la doncella.

—Ya viene—repuso la madre—. Esos han salido de la ciudad a esperarlo, y ese rumor lejano que se oye por el Este son indudablemente los que le acompañan. Puede ser que se encuentren aquí delante unos y otros.

—Temo, si es así, que no pueda oírnos.

Lo mismo pensaba la viuda.

—Amrah — preguntó: cuando Judá contó la curación de los diez, ¿con qué palabras dijo que habían llamado al Nazareno?

—Dijeron: "Señor, ten piedad de nosotros", o "Maestro, apiádate de nosotros."

—¿Sólo eso?

—Nada más oí.

—En verdad que es bastante—añadió para sí la viuda.

—Judá dijo que él los había visto presentarse en el camino.

Mientras tanto, las dos multitudes seguían avanzando. En la que se dirigía a la ciudad, las leprosas vieron un hombre montado en un borriquillo, en torno del cual la muchedumbre cantaba y bailaba con júbilo extraordinario. El jinete del asno llevaba la cabeza descubierta e iba vestido de blanco. Cuando estuvo a distancia de poder ser examinado, miráronle ansiosamente y vieron su rostro aceitunado, sombreado por larga cabellera de color castaño. No miraba a derecha ni a izquierda, y parecía abstraído del tumulto, expresando su rostro una melancolía tiernísima a la par que una profunda indiferencia por la demostración de que era objeto. El sol enviaba sus rayos a la parte posterior de su cabeza, haciendo brillar sus flotantes cabellos con reflejos dorados, que semejaban envolverle en un nimbo de oro. Tras él seguía una irregular procesión con inmenso clamoreo de cánticos y exclamaciones entusiastas, imposible de percibir claramente por las leprosas. No hubo necesidad de que nadie dijese a aquellas infelices que era el maravilloso Nazareno.

—Aquí está. Tirza—dijo la madre—. Aquí está. Ven hija mía.

Mientras hablaba, adelantó hasta el borde de la blanca roca y se dejó caer de rodillas. La hija y la sierva arrodilláronse a su lado. Llegó cerca de ellas la multitud que había salido de la ciudad, y se detuvo esperando a la otra que tenía a la vista. Los millares de personas que componían aquélla, agitando las palmas en el aire, exclamaron a coro:

—¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

A este cántico contestó la multitud que rodeaba al Nazareno con exclamaciones que retumbaban en los montes y el valle. La voz de las pobres mujeres se perdería indudablemente en medio de aquel estruendo. Sólo un milagro podía hacer que se oyese.

—Acerquémonos más, hija mía; no puede oirnos.

Avanzaron tambaleándose, pues si no aprovechaban la oportunidad no hallarían otra en la vida; y en el mismo borde de la roca, y alzando los brazos, gritó con voz estridente la prevención legal. El pueblo, al ver aquel rostro espantoso, enmudeció de pronto. Tirza, asustada y débil, desplomóse.

—¡Las leprosas, las leprosas!

—¡Apedreadlas!

—¡Las maldecidas por Dios! ¡Matadlas!

Estas y otras imprecaciones parecidas confundíanse con los hosannas de la multitud, que, alejada de aquel sitio, no entendía la causa de ellas. Gentes había, empero, que, más familiarizadas con la naturaleza del hombre a quien invocaban las infelices, manifestaban un destello de compasión divina, y miraron al Nazareno, quien se detuvo ante las tres mujeres. La viuda contempló aquella faz tranquila, piadosa y de maravillosa belleza, y conmovióse ante la mirada tiernísima de aquellos grandes ojos benévolos y dulces.

—¡Maestro, Maestro! Ve nuestra necesidad. Tú puedes curarnos. ¡Ten piedad de nosotras, ten piedad!

—¿Crees tú que yo puedo hacerlo?—interrogó.

—¡Oh, sí! Tú eres Aquél de quien nos hablaron los profetas: el Mesías.

Sus ojos fulguraron, y dijo fervorosamente:

—Mujer, grande es tu fe. Hágase como lo pides.

Detúvose un instante, aparentemente olvidado de los que le rodeaban, y luego volvió a ponerse en camino, siguiéndole la despedida cariñosa de la agradecidísima mujer.

—¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Bendito, tres veces bendito sea el Hijo que nos ha enviado!

Inmediatamente, ambas huestes, la de la ciudad y la de Betfage, rodearon al Nazareno con sus alegres y ruidosas demostraciones de entusiasmo,

—Mujer, grande es tu fe. Hágase como lo pides.

y pasaron por donde estaban las leprosas. Cubriendo su cabeza la viuda, se acercó a Tirza y la estrechó entre sus brazos, exclamando:

—Hija, alza los ojos. Tengo su promesa. Es verdaderamente el Mesías. ¡Estamos salvadas, salvadas!

Y las dos permanecieron de rodillas, mientras la muchedumbre desaparecía tras el monte. Cuando los cánticos y exclamaciones llegaban ya como leve rumor a sus oídos, el milagro empezó.

El primer síntoma notado por las leprosas fué el de afluir a sus corazones más sangre; la circulación fué acelerándose por todo el cuerpo, produciéndoles inefable bienestar. Cada una de ellas sintió como si sus fuerzas reviviesen; volvían a ser ellas mismas. De repente, como para completar su purificación, sintieron su alma invadida por gran fervor, que rayaba en verdadero éxtasis, y por una dulzura infinita que las hacía dichosas, paralizando su pensamiento. La conciencia del cambio que iba operándose en ellas engendró en sus corazones gozo inefable, cuyas huellas conservarían toda su vida, y no acertaban a pensar en otra cosa que en su agradecimiento.

A esta transformación, que así debe llamarse más bien que curación, asistió otro testigo que Amrah: Ben-Hur, que seguía constante al Nazareno y había oído la invocación de la mujer, visto su asqueroso semblante y escuchado la contestación también. Su interés por el Maestro era más vivo cada día, así como su interés por desvanecer toda duda acerca de su misión. Y este deseo era aún más intenso por su convicción de que aquel mismo día, antes de ponerse el sol, el hombre sería de todos conocido por una proclamación pública. Por consecuencia, Ben-Hur retiróse del cortejo y sentóse sobre una piedra, esperando que pasara la multitud.

Desde su asiento había cambiado saludos con varios del séquito, los cuales eran galileos, de las legiones por él organizadas y armados de espadas cortas bajo los mantos respectivos. Poco después pasó un árabe llevando del diestro dos caballos, y a una seña de Ben-Hur se detuvo también.

—Aguarda aquí—díjole cuando todos, hasta los más rezagados, hubieron desaparecido—. Deseo llegar pronto a la ciudad, y *Aldebarán* me hace falta.

Y después de haber acariciado al animal se dirigió hacia las mujeres, que le eran desconocidas, y sólo le interesaban como sujetos de una experiencia, para ver si hallaba la explicación de aquel misterio que tanto le interesaba y tan vivamente deseaba penetrar. Mientras avanzaba, se fijó en la más pequeña de las tres mujeres y se restregó los ojos, creyéndose víctima de una alucinación.

—Tan cierto como hay Dios, que es Amrah—exclamó para sí.

Aceleró el paso, y, pasando por entre la madre y la hermana, sin fijarse en ellas, se detuvo sorprendido ante la sierva.

—¡Amrah! ¿Qué haces aquí, Amrah?

Ella fué hacia él y cayó de rodillas a sus pies, cegada por el llanto y sin poder proferir palabra, en su lucha entre la alegría y el temor.

—¡Oh, amo, amo mío! Tu Dios y el mío ¡cuán bueno es!

El conocimiento que adquirimos por la simpatía hacia otros en momentos de prueba es un fenómeno vagamante entendido y bastante extraño, pero nos hace capaces, entre otras cosas, de identificarnos con los dolores y alegrías ajenas. Así, la pobre Amrah, sin mirar a sus amas, conocía la transformación que se operaba en ellas como si la experimentase ella misma. Su aspecto, sus palabras, sus ademanes la vendían, y, con presentimiento súbito, Ben-Hur dirigió su pensamiento a las leprosas y se volvió hacia ellas cuando se ponían de pie. Su corazón dejó de latir; quedóse un poco como petrificado, mudo, sobrecogido.

La mujer que había invocado antes al Nazareno, con los descarnados brazos altos, miraba al cielo con los ojos llenos de lágrimas. La mera transformación hubiera sido suficiente causa de sorpresa; pero era la menor de las que producían su emoción. ¿Se engañaría? Nunca, en su vida, había visto una mujer de tan extraordinario parecido con su madre; su madre, que, salvo algunos cabellos blancos, aparecíasele tal como era cuando se la arrebató el romano. ¿Y quién podía ser la que estaba a su lado sino Tirza? Una Tirza más desarrollada, hechicera, perfecta, hermosa, pero en todo lo demás exacta a como la vió con él la fatal mañana del accidente a Grato. Ya las consideraba muertas, y el tiempo le había hecho resignarse con tal convicción, cuando entonces, de repente, la esperanza volvía a sonreírle. Así, pues, no dando crédito a sus ojos, tendió las manos hacia la sierva y dijo con voz trémula:

—¡Amrah! ¡Amrah! ¡Mi madre! ¡Tirza! ¡Dime si es cierto! ¡Si no me engañan los ojos!

—¡Háblales, amo mío, háblales!—respondió la anciana.

No esperó más; corrió a estrecharlas entre sus brazos, mientras gritaba:

—¡Madre, madre! ¡Tirza! ¡Aquí estoy!

A la exclamación del hijo siguieron las de la madre y Tirza, que, con no menos ímpetu, corrieron hacia él. De pronto la madre se detuvo, retrocedió asustada y dió el antiguo grito de alarma:

—¡Inmundas, inmundas! Detente, Judá, hijo mío; ¡no te acerques!

No dió aquel grito por efecto de la costumbre. El amor materno, sobreponiéndose a todo otro impulso, le inspiró la idea de que, aun curada, podría subsistir el peligro de transmitir a su hijo por el contagio la terrible enfermedad. Mas semejante temor no fué obstáculo para él, o más bien

ni le asaltó siquiera. Un instante después, los tres, tanto tiempo separados confundían su aliento y sus lágrimas en estrecho abrazo.

Quien primero se repuso fué la madre, que dijo:

—En tu felicidad, ¡oh, hijo mío!, no nos hagas ser ingratas. Permítenos que empecemos nuestra nueva vida, agradeciéndola a Aquél a quien la debemos.

Arrodilláronse los cuatro, y la viuda recitó en voz alta una antigua plegaria, que era como un salmo.

Tirza y Ben-Hur repetían palabra por palabra las de su madre, con la misma unción e indisputable fe por parte de ellas; pero él, fijo en su idea, preguntó cuando concluyeron:

—En Nazaret, donde ese hombre ha nacido, madre, le llaman "el Hijo del Carpintero". ¿Quién será?

Ella le miró con igual ternura que en los pasados días felices, y contestó como había contestado al Nazareno:

—Es el Mesías.

—¿Y de quién procede su poder?

—Podemos conocerlo por el uso que hace de él. ¿Puedes decirme si ha hecho mal alguna vez?

—No.

—Pues por ese signo, yo te respondo que su poder procede de Dios.

No era empresa tan fácil convencer a Ben-Hur, borrando los prejuicios arraigados en su mente. Así, pues, no podía concebir que careciese de atractivo para él la gloria de este mundo: la dominación, el poderío, la diadema imperial. Persistía, como los hombres de nuestros días, en medir al Cristo por sí mismo. Y en verdad mejor haríamos en medirnos a nosotros mismos por Cristo.

Naturalmente, la madre fué la primera en recordar la necesidad de la vida.

—¿Qué haremos ahora, hijo mío? ¿Dónde iremos?

Entonces Ben-Hur recordó el deber; cercioróse de que las huellas de la asquerosa enfermedad habían desaparecido, recobrando su aspecto primitivo ambas mujeres; se quitó el manto y lo entregó a su hermana, diciéndole:

—Tómalo. Las miradas de los extraños se hubieran desviado de ti antes. Ahora no deben ofender tu pudor.

La acción descubrió la espada de su cinto.

—¿Es tiempo de guerra?—preguntó la madre inquieta.

—No.

—Pues ¿por qué vas armado?

—Por si fuere necesario defender al Nazareno.

De este modo Ben-Hur ocultaba parte de la verdad.

—¿Tiene enemigos? ¿Quiénes son?

—¡Ay, madre! No son todos romanos.

—¿No es israelita y hombre de paz?

—No hubo nunca hombre más pacífico; pero, en opinión de los rabinos y de los doctores, es reo de un gran crimen.

—¿De qué crimen?

—A los ojos del Nazareno, un gentil no circuncidado es tan merecedor de la gracia del Señor como el judío de costumbres más austeras. Predica una nueva Ley.

La madre guardó silencio y todos se agruparon a la sombra del árbol. Dominando su impaciencia por tenerlas en su hogar, mostróles la necesidad de acatar las disposiciones de la Ley en semejantes casos. Luego llamó al árabe, le ordenó que se adelantase con los caballos y le aguardase en la puerta de la ciudad, y se dirigió con los seres queridos hacia el monte de la Ofensa. Con paso rápido y la alegría en el corazón llegaron en breve a una tumba próxima a la de Absalón, y que dominaba el valle del Cedrón. Después de asegurarse de que nadie la habitaba, tomaron las tres mujeres posesión de ella y Ben-Hur se alejó con paso rápido para atender solícitamente a lo que su nueva situación pedía.

## CAPÍTULO V

### LA PEREGRINACIÓN A JERUSALÉN POR LA PASCUA

En la parte superior del Cedrón, y a poco trecho de las tumbas de los reyes, Ben-Hur construyó dos tiendas, las amuebló convenientemente y transportó a ellas a su madre y a su hermana para que las habitasen mientras obtenía el certificado de completa pureza que debía expedirle el sacerdote inspector.

El cumplimiento de sus deberes filiales imposibilitóle asistir a la gran fiesta y poner siquiera el pie en el templo; pero halló compensación en oir el relato de sus desventuras y en gozar de las miradas y caricias de las dos mujeres.

Historia como la de ellas, que abrazaban un lapso de años de padecimientos físicos y morales, son ordinariamente largas de contar, y rara vez hay la debida ilación entre los diversos incidentes que se recuerdan. Es-

cuchó la narración y todo cuanto ellas le dijeron con una calma, máscara de sus sentimientos de ira y de venganza, que aumentaban en intensidad a medida que conocía los pormenores de las torturas sufridas por aquellos seres tan queridos. Locas ideas cruzaban por su imaginación, pensando tan pronto en sublevar a Galilea como en buscar a Grato para asesinarle alevosamente. Pero la reflexión le hizo comprender la insensatez de sus propósitos, y sus pensamientos volvieron a su punto de partida: al Nazareno.

Momentos hubo en que su fantasía exaltada forjóle la siguiente invocación, que ponía en boca del Nazareno:

"—¡Oyeme, Israel! Soy el Mesías prometido: el que nació Rey de los Judíos, que vengo a inaugurar el Imperio de que hablaron los profetas. ¡Levántate y conquista el mundo...!"

¡Qué tumulto produjeron esas pocas palabras en la multitud! Ejércitos numerosos se improvisaron y organizaron como por encanto; millares de bocas se convirtieron en trompetas que tocaban llamando a los hijos de Israel.

¿Las habría dicho?

Ansioso por principiar la obra, Ben-Hur olvidaba la doble naturaleza de aquel hombre y hasta la posibilidad de que la divina predominase en él sobre la humana. En el milagro operado con su madre y Tirza veía solamente la confirmación de su *poder* para coronarse Rey de Judea, a pesar de Roma, contra ella, y hasta sometiendo a Roma, poder más que amplio para reformar la sociedad y congregar a la humanidad en una sola familia purificada y feliz. Una vez realizada esta obra, la paz reinaría en el mundo. ¿No era esta misión digna de un hijo de Dios? ¿Podría haber alguno que negara esa redención, debida a Cristo? Descartando toda consideración de orden político, ¿qué inexplicable gloria no le alcanzaría a él en cuanto hombre? No era capaz mortal alguno de rehusar tal carrera.

Mientras, los alrededores de Cedrón y hacia Bezetha, en especial el camino que conducía a la puerta de Damasco, se llenaban de tiendas, cabañas y barracas provisionales como albergue de los peregrinos que llegaban para asistir a la Pascua en Jerusalén. Ben-Hur visitó y habló con muchos de aquellos extranjeros, y volvió a sus tiendas sorprendido del creciente número de forasteros que acudían en incesante procesión; tenía allá representación todo el mundo: los países de ambas riberas del Mediterráneo hasta más allá de las columnas de Hércules, ciudades de la India, provincias del Norte de Europa; hombres que no entendían una sola palabra de hebreo y que acudían con el mismo objeto: la celebración de la célebre fiesta; al considerar todo esto, una idea semisupersticiosa arraigó en su mente. Acaso había comprendido mal al Nazareno. ¿No podía ser que éste, aguardando pacientemente, hubiera disimulado con habilidad y preparado con singular acierto su plan para el mejor cumplimiento de su misión divina? Y, en efecto, ¡cuánto mejor

era esta oportunidad que la que le ofrecieron en Genezareth los galileos que querían coronarlo! Allí el sufragio se reducía a unos pocos miles; aquí su proclamación tendría millones de adherentes. Prosiguiendo en este orden de ideas a sus conclusiones, Ben-Hur se recocijó pensando en tan brillantes promesas, y admiró en aquel hombre melancólico, de mirada tan dulce, la sutileza de un estadista y el genio de un conquistador.

De vez en cuando iban a visitarlo hombres de aspecto guerrero y largas barbas, que preguntaban por él y conversaban con el joven misteriosamente. A la pregunta que le hizo su madre acerca de ellos, contestó:

—Algunos buenos amigos míos de Galilea.

Por medio de ellos estaba informado de lo que hacía el Nazareno y de lo que proyectaban sus enemigos los sacerdotes y los romanos. Supo que la vida del buen hombre corría peligro, pero resistíase a creer que hubiese alguien tan temerario para atentar a ella en los momentos de su mayor popularidad precisamente. Esta consideración le tranquilizó. Sus numerosísimos admiradores en la ciudad eran suficiente para ponerle a salvo de cualquier atentado. Y, sin embargo, a decir verdad, la confianza de Ben-Hur, más que en aquéllos, se basaba en el poder milagroso del Cristo. No se le ocurría que quien utilizaba aquel gran poder en provecho de los demás no lo querría utilizar en provecho y defensa propios.

Contando por el moderno calendario, estos incidentes ocurrieron entre el 21 y 25 de marzo. Al anochecer de este último día, Ben-Hur, no pudiendo refrenar su impaciencia, se fué a la ciudad, prometiendo volver la misma noche.

El caballo estaba descansado y era ligerísimo. La vista se regocijaba al contemplar los viñedos y lozanos huertos que flanqueaban el camino. Sin embargo, campos y carretera estaban desiertos; las casas abandonadas; las hogueras extinguidas; en la víspera de la Pascua, todo el mundo se había ido a Jerusalén, llenando los patios del templo donde se inmolaban los corderos.

El jinete entró por la puerta septentrional. Jerusalén hallábase en el esplendor de su gloria, iluminado en honor del Señor Dios de Israel.

## CAPÍTULO VI

### UNA SERPIENTE DEL NILO

Entregando su caballo al siervo árabe que lo aguardaba a la puerta del jan donde se detuvieron al ir a Belén, más de treinta años antes, los tres Magos, se dirigió rápidamente a su casa. Preguntó por Malluch en primer término, pero le dijeron que no estaba; entonces quiso saludar a sus amigos, pero también el mercader y el egipcio se habían hecho conducir a la fiesta. El último, según le informaron, estaba muy débil y muy abatido.

Cuando Ben-Hur preguntó por Baltasar y deseó cortésmente saber si tendría gusto en recibirle, el siervo dirigióse para inquirirlo a la hija del Mago; así, pues, mientras estaba dándole noticias de todos, la cortina de la estancia alzóse, y la joven egipcia entró flotando, más que andando; tal aspecto vaporoso le prestaban sus vestiduras de gasa, que cubrían, sin ocultarlo enteramente, el escultural cuerpo de la hechicera mujer.

El siervo los dejó solos.

En la agitación producida por los acontecimientos de los últimos días no había dedicado Ben-Hur apenas un fugitivo pensamiento a Iras, a no ser para recordar que le aguardaría impaciente.

Pero al verla en todo el esplendor de su hermosura resucitó con todo vigor su fascinación, y avanzó hacia ella con los brazos abiertos. Pocos pasos dió, y se detuvo sorprendido al ver la transformación operada en su rostro, que nunca había visto de tal modo.

Hasta entonces había sido una amante deseosa de cautivarlo. Cada mirada suya era una confesión de amor, halagándole con el incienso de la adulación. Mientras estaba presente le fascinaba, y la impresión persistía en el cerebro de Ben-Hur durante la ausencia. Para él eran las miradas ardientes, las sonrisas provocativas, las leyendas de amor cantadas por los trovadores populares de las calles de Alejandría, los versos de los poetas egipcios, las canciones del Nilo, los apretones de manos, los estudiados descuidos en el tocado y otras sutilezas retrecheras capaces de enloquecer de amor al hombre más grave. La idea, tan antigua como el más antiguo de los pueblos, de que la hermosura es el galardón de los héroes, nunca fué más real para otro que para Judá, al extremo de llegar a no dudar de que era un héroe. Ella puso en juego mil artificios, tan naturales como su propia belleza, para trastornar al joven, usando medios que cualquier mujer, a no ser una hija del antiguo Egipto, hubiera tenido por vedados.

Tal fué para Ben-Hur la egipcia desde el nocturno paseo en bote por el lago del huerto de las Palmas. Pero entonces...

Hay pocas personas que no tengan una *doble naturaleza:* la real y la adquirida como resultado de la educación, que pule y perfecciona los caracteres. Pues bien; en aquel momento manifestábase la índole real de la egipcia.

Ella fué la primera que habló.

—Llegas oportunamente, ¡oh, hijo de Hur! —dijo con voz áspera y ruda—. Deseaba agradecer tu hospitalidad, y, después de mañana, tal vez no hubiera tenido ocasión de hacerlo.

Ben-Hur inclinó la cabeza sin apartar sus ojos de ella.

Difícilmente hubiera podido recibir a un extranjero con una repulsión más incisiva. A no ser por una pequeña contracción del labio superior y la leve inclinación de cabeza con que saludó, se la hubiese podido creer una estatua. Su hablar era frío.

—Los jugadores de dados—prosiguió ella—observan entre ellos, según dicen, una costumbre: consultar sus tablillas al terminar el juego para pagar o cobrar. Después hacen libaciones a los dioses y coronan al afortunado vencedor. Nosotros estamos jugando hace muchos días y noches. ¿Por qué, ahora que terminamos, no miras a quién pertenece la corona?

Examinándola con atención, repuso indiferente:

—Un hombre no puede luchar con una mujer resuelta a hacer su gusto.

—Dime—continuó ella, irónica—. Dime, ¡oh, príncipe de Jerusalén! ¿Dónde está ese Hijo del carpintero de Nazaret y no menos Hijo de Dios, de quien tanto esperáis?

Ben-Hur movió con impaciencia la cabeza, y repuso:

—No soy su custodio.

La hermosa cabeza inclinóse más aún hacia él.

—¿Ha despedazado a Roma?

Encolerizado, Ben-Hur irguióse, próximo a estallar en imprecaciones.

—¿Dónde ha establecido su capital?—prosiguió ella—. ¿No puedo ver su trono y sus leones de bronce? ¿Y su palacio? Si tiene poder para hacer levantar de su tumba a un muerto, ¿qué hace que no levanta para sí un palacio de oro?

Ben-Hur creyó que las preguntas agresivas, que el tono mordaz y la ironía de sus palabras no eran otra cosa que impaciencia y despecho de mujer mimada, y repuso con calma:

—¡Oh, Egipto! Aguardemos otro día, una semana más, y veremos el palacio y los leones.

Iras continuó sin fijarse en la réplica:

—¿Y cómo se presenta de tal guisa? No es esa la costumbre de los go-

bernadores o virreyes de la India ni de país alguno. Vi una vez al sátrapa de Teherán con turbante de seda y manto tejido de oro. Su espada tenía el puño cuajado de piedras preciosas y una vaina esplendente. Creía que Osiris le había prestado un rayo de su sol. Temo que no entrarás nunca en tu reino, ese reino que yo debía compartir contigo.

—La hija de mi sabio huésped es más bondadosa conmigo de lo que ella misma imagina: está mostrándome que Isis puede besar un corazón sin mejorarlo por ello.

Ben-Hur habló con fría urbanidad; Iras, después de juguetear un rato con un solitario pendiente de su collar, añadió:

—Para ser judío el hijo de Hur, es inteligente. Vi a tu soñado César entrar en Jerusalén, al que tú creías que debía proclamarse Rey de los judíos en el templo. Vi su séquito original y escuché sus cánticos. ¡Qué gran efecto producían las palmas al agitarse en el aire! Busqué inútilmente una figura majestuosa, un jinete vestido de púrpura, un carruaje de oro un guerrero con resplandeciente escudo, un arrogante lancero. ¡Hubiera sido tan bello ver un príncipe de Jerusalén con una cohorte de legiones galileas!

Acompañó estas palabras de miradas despreciativas, y soltó luego una provocativa carcajada como si la imagen evocada fuera más ridícula que despreciativa.

—En vez de un Sesostris volviendo triunfal o de un César con coraza y espada, ¡ja, ja, ja!..., vi un hombre con faz y cabellos de mujer cabalgando sobre un asnillo. ¡Ja, ja, ja! ¡El Rey! ¡El Hijo de Dios! ¡El Redentor del mundo! ¡Ja, ja, ja!...

Ben-Hur no pudo reprimir un movimiento de cólera.

—No dejé mi sitio, príncipe de Hur — continuó sin darle tiempo para hablar—. No me reí, pero me dije: "En el templo se glorificará a sí mismo, y convirtiéndose en héroe se dispondrá a tomar posesión del mundo." Le vi trasponer la puerta, atravesar el patio de las mujeres y detenerse ante la puerta Magnífica. La gente que le seguía se estrujaba para entrar, invadiendo patios, pórticos y galerías. ¡Qué imponente silencio! ¡Ja, ja, ja! En mi imaginación oía ya el estrépito del edificio romano derrumbado. ¡Oh, príncipe! Por el alma de Salomón, te aseguro que tu Rey del mundo se envolvió en su manto y desapareció por la puerta más lejana sin decir palabra. ¡Ja, ja! Y el Imperio romano sigue en pie.

Como piadoso homenaje a la desilusión que se operó en aquel instante, Ben-Hur bajó la mirada. Ni los argumentos de Baltasar ni la propia experiencia de los actos del Nazareno le habían convencido de su error; pero las burlas de Iras pusieron de relieve ante él la discutida naturaleza del Nazareno. El estudio de lo humano es el mejor camino, después de todo, para entender lo divino. En todo lo que supera a la inteligencia del hombre po-

demos hallar siempre a Dios. Así, en la escena relatada por la egipcia de volver la espalda el Nazareno a la puerta Magnífica, la acción era inexplicable desde el punto de vista humano. Como parábola destinada a un pueblo acostumbrado y amante de ese lenguaje, significaba lo que tantas veces había repetido: que su reino no era material. Estos pensamientos cruzaron por la mente de Ben-Hur con la rapidez del rayo.

—Hija de Baltasar—dijo con dignidad—: si ese es el juego a que aludías, la corona es tuya por derecho propio; tómala. Pero basta de palabras inútiles. Estoy seguro de que tienes un propósito. A él, pues, te lo ruego, de una vez. Después sigamos nuestros distintos caminos, y olvidemos lo pasado. Habla, te escucho, pero hazme el favor de ceñirte al asunto, o me voy.

Miróle ella con intención un momento, como si discurriese lo que haría, acaso midiendo la fuerza de voluntad del joven, y repuso fríamente:

—Tienes mi permiso. Vete.

—Paz a ti—dijo Ben-Hur, y se fué a la puerta.

Cuando iba a desaparecer tras la cortina, la egipcia exclamó vivamente:

—¡Una palabra!

Se volvió, y miróla sin moverse de su sitio.

—Considera todo lo que sé acerca de ti.

—¡Oh, la más bella de las egipcias! ¿Qué *todo* sabes acerca de mí?—preguntó retrocediendo.

—Eres el más romano de todos tus compatriotas, hijo de Hur—repuso Iras, mirándole distraídamente.

—¿Tan distinto soy de los demás judíos?

—Los semidioses todos son romanos.

—Y ahora, ¿quieres decirme qué más sabes de mí?

—La semejanza me conmueve y me induce a salvarte.

—¿Salvarme?

Los rosados dedos de la joven jugaban con los colgantes deslumbradores de su collar; su voz era dulce y acariciadora; sólo algunos golpecitos nerviosos, dados con las sandalias en el suelo, advertían a Ben-Hur que se precaviese.

—Hubo un judío, un escapado de galeras, que mató a un hombre en el palacio de Iderneo—empezó.

Ben-Hur estremecióse.

—El mismo judío mató a un soldado ante el palacio del Mercado, aquí en Jerusalén. El mismo judío tiene organizadas tres legiones de galileos, dispuestas a arrestar esta noche al gobernador romano. El mismo judío tiene pactadas alianzas contra Roma, y el jeque Ilderim es uno de sus aliados.

Acercándose más a él, murmuró a su oído.

—Tú has vivido en Roma. Supón que estas cosas llegan a oídos que nosotros conocemos. ¡Ah! ¿Cambias de color?

Ben-Hur se apartó de ella con la expresión que podemos suponer en un hombre que creyendo haber estado jugando con un gatito se encuentra con un tigre junto a sí. Ella continuó:

—Tienes conocimientos en la corte, y sabes quién es Sejano. Supón que hay quien le diga esto con pruebas en la mano, o sin ellas, añadiendo que ese mismo judío es el hombre más rico del Oriente y de todo el Imperio. Los peces del Tíber comerían aquel día opíparamente, ¿no es verdad? Y mientras se hartaban, hijo de Hur, ¡qué fiesta más espléndida se celebraría en el circo! Divertir al pueblo romano es un arte; pero divertirlo a costa ajena, es todavía más meritorio. ¿Y ha habido nunca artista como Sejano?

La emoción de Ben-Hur al conocer la evidente bajeza de aquella mujer no le ofuscó la memoria, y recordando la sospecha de que Ester le hubiera vendido imprudentemente, resuelto a averiguar la verdad, se repuso y exclamó:

—Para complacerte, hija de Egipto, reconozco tu habilidad y que estoy a merced tuya. Podía también complacerte el oírme declarar que no espero gracia de ti. Podría matarte, pero eres mujer. El desierto se abre para recibirme, y aunque Roma sea buena cazadora de hombres, tendría que correr mucho y bien para cogerme, porque en el corazón del desierto hay bosques de lanzas y mares de arena, y no es amiga Roma del invencible parto. En tus redes, como estoy, engañado como lo he sido, sólo una cosa deseo de ti. Dime quién te ha informado de mis asuntos. En fuga o en el cautiverio, aun muriendo, me consolaré maldiciendo al traidor. ¿Quién te ha dicho lo que sabes de mí?

Ya fuese por artificio o sinceramente, en el rostro de la egipcia se pintó la compasión.

—Hay en mi país, hijo de Hur, artistas que forman cuadros hermosos con las conchas arrojadas por la tormenta a la playa, y que ellos recogen acá y allá. ¡Cuánta enseñanza encierra este arte para los que van a caza de secretos! Así yo recogí un cúmulo de pormenores, acá y allá esparcidos acerca de tu persona, y con un poco de constancia realicé mi obra, alegrándome cuanto puede alegrarse una mujer que llega a tener en sus manos la fortuna de un hombre con quien... — Se detuvo, hirió el suelo con su pie y volvió la cara como si quisiera ocultar su emoción; luego terminó así—: De un hombre con quien ella misma no sabe qué hacer.

—No, no basta—dijo Ben-Hur, sin conmoverse por el juego—; no es bastante. Mañana determinarás lo que has de hacer conmigo. Pero hoy, dime por quién o cómo has averiguado mis asuntos.

—Bueno—prosiguió con énfasis y vivamente—, pues te diré que algo de

ello lo he sabido por el jeque Ilderim, que hablaba con mi padre en una gruta del desierto. La noche era tranquila, muy tranquila, y yo pude oir sus palabras, como oía el aleteo de los pájaros e insectos volando por el aire.

Sonrióse de la comparación, y prosiguió:

—Otras cosas, las principales, las he sabido por... ,

—¿Por quién?

—Por el mismo hijo de Hur.

—¿Nadie más ha contribuído...?

—Nadie más.

Hur exhaló un suspiro de alivio, y dijo con tranquilidad:

—Gracias. No quiero hacer aguardarte a Sejano. El desierto me espera. De nuevo te deseo la paz, ¡oh, Egipto!

Hasta aquel instante había permanecido descubierto; pero al decir esto cogió el lienzo que le colgaba del brazo, se lo puso en la cabeza y volvióse para irse. Pero ella le detuvo vivamente, alargando sus manos, que llegaron a agarrarle.

—¡Detente!—dijo.

Miróla sin tocarle la mano resplandeciente de joyas, y comprendió por su aspecto que estaba próximo el desenlace de la comedia que había representado.

—Quédate y no desconfíes de mí, hijo de Hur, si te digo que sé por qué te hizo Arrio su heredero. Y por Isis y por todos los dioses de Egipto te juro que tiemblo por ti al considerarte tan valiente y generoso en las manos de un ministro tan desentrañado. Tú has pasado una parte de tu juventud en los atrios de la gran capital; considera, como yo lo hago, que la vida en el desierto será para ti muy amarga, Te compadezco, y si haces lo que te diga, te salvaré, te salvaré; esto también lo juro por la sagrada Isis.

Palabras suplicantes, dichas con un tono de seducción, al que ayudaba eficazmente su belleza.

—Casi, casi, te creo—repuso Ben-Hur en voz baja e incierta, luchando entre la confianza y el recelo.

—La perfecta vida de una mujer es vivir amando; la mayor satisfacción para un hombre es vencerse a sí mismo. Esto es, príncipe mío, lo que tengo que pedirte.

Hablaba rápidamente y con animación; en verdad que nunca se le había aparecido tan fascinadora.

—En tu infancia tuviste un amigo. Tuvisteis una cuestión y os convertisteis en enemigos. Cometió una falta. Tras algunos años os encontrasteis de nuevo en el circo de Antioquía.

—¡Messala!

—Sí, Messala. Eres su acreedor. Olvida lo pasado. Devuélvele tu amis-

tad, y dónale la fortuna que perdió en una gran apuesta. Sus treinta talentos no son nada para ti: tanto como una hoja para el árbol floreciente y vigoroso; pero para él... Tiene el cuerpo despedazado. ¡Oh, noble príncipe de Hur! Para un romano la miseria es otro nombre de la muerte. ¡Sálvale de la miseria!

Si la rapidez con que hablaba era estudiada para no darle tiempo de reflexinar, no supo nunca, o lo olvidó, que existen convicciones que no derivan del pensamiento. Parecióle, cuando terminó ella y esperó su respuesta, ver a Messala inclinarse sobre el hombro de ella, y la expresión y el aspecto del romano no eran de mendicante o de amigo; los labios del patricio, como siempre, dibujaban la peculiar sonrisa sarcástica, tan altiva como irritante.

—La cuestión se decidió del todo, y, por una vez a lo menos, Messala *no ganó nada*. Voy a escribir en mi libro de los grandes acontecimientos: un romano sentenció contra un romano. ¿Pero te envía él, te envía Messala a mí con esa embajada, oh, Egipto?

—Su índole es noble, y juzga de la tuya por la suya.

El cogió la mano que se apoyaba en su hombro.

—Puesto que tanto lo conoces, bella Egipto, dime: ¿haría él por mí, si estuvieran trocadas las condiciones de ambos en este asunto, lo que solicita que haga yo? Contesta por Isis, contesta la verdad sinceramente.

Había tanta insistencia en el apretón de su mano como en la mirada que dirigióla.

—¡Oh!—principió ella balbuceando—. El es...

—Romano, ¿no es esto lo que ibas a decir? Y con ello querías significar que, por ser yo judío, estoy obligado a restituirle mis ganancias. Si tienes algo más que decirme, date prisa: comienza a hervirme la sangre, y pudiera olvidarme de que eres mujer. Por el Señor Dios de Israel, no veo en ti más que la espía de un hombre insolente, doblemente odioso por ser romano. Di, pues, y pronto, lo que falte.

La egipcia retiró la mano de la de él, retrocedió un paso, entrando en el radio de la plena luz, y mostrando al desnudo su índole perversa en la voz, en las miradas y en las palabras, dijo:

—Tú, bebedor de heces, comedor de pellejos, ¿piensas que pudiera amarte habiendo visto a Messala? Hombres como tú no son dignos ni de calzarle las sandalias. Él se hubiera contentado con el abandono de sus talentos; pero oye: a esos suyos vas a añadir veinte, veinte que tienes que darle, ¿has oído? Los besos en mis dedos, que tú le has hurtado, aunque con mi consentimiento, tienes que pagárselos. Yo te seguía con afectada simpatía, demostrándote fingido amor, y todo eso tiene que entrar también en la cuenta, aunque lo haya hecho en servicio suyo. El mercader es tu cajero; si ma-

ñana al mediodía no tiene una orden tuya a favor de Messala por cincuenta talentos, cincuenta, ¡fíjate bien en la suma!, te las entederás con Sejano. Sé prudente, y que te vaya bien.

Y se dirigió a la puerta; pero Ben-Hur adelantóse y, mientras le cerraba el paso, exclamó:

...pero Ben-Hur adelantóse, y mientras le cerraba el paso, exclamó:

—El antiguo Egipto revive en ti. En cuanto veas a Messala, mañana o pasado, aquí o en Roma, dale este mensaje. Dile que he recobrado toda mi fortuna, hasta los talentos que él me robó cuando se apoderaron de los bienes de mi padre. Dile que he sobrevivido a las galeras a que me hizo condenar, y que, poderoso y fuerte, gozo con su miseria y su inutilidad corporal; dile que la postración en que lo ha sumido mi mano es la maldición y el castigo de nuestro Señor Dios de Israel por sus atentados inicuos contra los débiles y desgraciados; dile que mi madre y mi hermana, a quienes encarceló en la torre Antonia para que murieran de lepra, están tranquilas y curadas, merced al poder del Nazareno a quien tú tanto desprecias; dile que han sido restituídas a mis brazos y a mi amor, hallando en su afecto puro más que compensación a la impura pasión que tú me habías inspirado en servicio suyo; dile, y esto para tu gobierno tanto como para el suyo, ¡oh, serpiente encarnada!, dile que cuando Sejano venga a despojarme no hallará nada que coger, porque la herencia del duunviro, incluso la quinta del Miseno, ha sido vendida, y el importe de la venta fuera de su alcance, distribuído en letras de cambio por todo el mundo; y que esta casa, los bienes, las mercancías, las galeras y las caravanas que tan pingües lucros proporcionan a Simónides se hallan garantizadas con un salvoconducto imperial, porque una

cabeza mejor organizada que la de Messala ha hallado el precio del favor de Sejano, quien es bastante discreto para preferir una ganancia lícita por vía de don, a la mayor ganancia extraída de lagunas de sangre e ilegalidades; dile que, aunque todo ello no fuera así, que aunque todo el dinero y todos los bienes fueran míos, no sacaría él nunca la menor parte de ellos, aunque fuese a medias con el mismo Sejano; porque aunque se hallasen los giros hebreos y forzasen a sus consignatarios a pagarlos, me quedaría otro recurso: el de hacer una donación al César. ¡Tanto, oh, Egipto, he aprendido en los atrios de la gran capital! Dile todo eso; hazle presente mi desprecio, y que no le envío mi maldición en palabras, sino que, como mejor expresión de mi odio mortal, le envío una que le hará probar la suma de todas las maldiciones posibles; y cuando al repetirle mi mensaje te mire a la cara, como yo lo estoy haciendo, con su perspicacia de romano comprenderá, ¡oh, hija de Baltasar!, quién es ese compendio y suma de todas las maldiciones que pueden formularse por un hombre. Vete ahora..., y yo también me iré.

La condujo hasta la puerta, y, con ceremoniosa cortesía, tuvo levantada la cortina mientras la egipcia pasaba.

—Paz a ti—dijo él.

Y ella desapareció.

## CAPÍTULO VII

### BEN-HUR VUELVE A ESTER

Con paso menos firme, lastimado en su vanidad, cabizbajo y rumiando la idea de que un hombre quebrantado y postrado en un sillón tuviera fuerza aún para dañar a sus enemigos, abandonó Ben-Hur la estancia de su palacio, en la cual había entrado alegre, erguido, gozoso y confiado.

Con la facilidad con que se ven los pormenores de una cosa después que ha sucedido y nos ha sido revelada, el joven, que no había alentado nunca la menor sospecha acerca de las relaciones íntimas de Iras con Messala, que había puesto en ella toda su confianza, exponiendo su vida y la de sus amigos, cuando se despidió la egipcia tras la escena que hemos relatado, comenzó a recordar minucias y atar cabos sueltos que lastimaban su amor propio.

—Ahora recuerdo—decíase a sí mismo—que no tuvo ni una palabra

de reproche para el romano cuando éste puso en peligro su vida en la Fuente Castalia; ni siquiera se indignó por su insolencia en disculparse. Recuerdo también que, cuando el paseo en bote por el lago del huerto de las Palmas, demostró interesarse mucho por él, y... ¡ah!—se interrumpió y golpeó violentamente su frente con la mano derecha—¡ah! ¡qué rayo de luz! El misterio de la cita en el palacio de Iderneo ya no es para mí un misterio.

La herida, debemos hacerlo notar, era en su vanidad, y casi nunca son mortales semejantes heridas, ni siquiera tardan mucho en cicatrizarse. En el caso de Ben-Hur había una compensación que le hizo exclamar para sí:

—Alabado sea el Señor Dios, que no ha permitido que esa mujer se adueñase de mi corazón. Ahora comprendo que no la amaba.

Entonces, como aligerado de grave peso, avanzó más ligero y llegó al lugar del terrado donde se hallaba la escalera que conducía al patio y la que subía a la azotea. Tomó la última y principió a subirla. Al poner los pies en el postrer escalón se detuvo de nuevo.

—¿Podía haber sido Baltasar cómplice de su hija en la comedia representada? No, no; la hipocresía es rara vez compañera de una edad tan venerable. Baltasar es un hombre bueno.

Con esta firme convicción puso el pie en la azotea. La luna llena la alumbraba, y el cielo parecía más iluminado reflejando las hogueras encendidas en las calles de Jerusalén. En torno de las hogueras, los israelitas entonaban los antiguos salmos de Israel. Con su melancólica armonía que él no podía menos de escuchar complacido, parecían decirle:

—¡Así, oh, hijo de Judá, probamos nuestra adoración al Señor Dios y nuestra lealtad y amor a la tierra que nos dió! ¡Que aparezca un Gedeón, un David o un Macabeo, y nos hallará dispuestos!

Esto parecía la introducción; lo demás estaba reservado al hombre de Nazaret.

A veces nuestra mente parece como si se burlase de nosotros presentándonos visiones completamente opuestas a nuestros pensamientos y deseos.

Mientras cruzaba la azotea hacia la barandilla del lado Norte de la casa, se le representó el melancólico y femenil semblante de Cristo y no halló en sus facciones indicio belicoso alguno. No acertaba a ver en aquel rostro sino la calma y la tranquilidad de un cielo sereno al anochecer. Repitióse, pues, la antigua pregunta:

—¿Qué hombre es ese?

Ben-Hur acercóse a la barandilla, echó una ojeada a la calle, y mecánicamente se dirigió hacia el cenador.

—Que hagan lo que quieran—pensaba mientras caminaba lentamente—; no perdonaré al romano, ni dividiré con él mi fortuna, ni huiré de la ciudad de mis padres. Antes acudiría a Galilea y provocaría la guerra. La

fama de mis hechos me atraerá el contingente de todas las tribus. El que nos dió a Moisés nos dará un jefe si yo fracaso. Si no fuera el Nazareno, sería otro de los muchos que desean morir por la libertad.

El interior del cenador estaba escasamente iluminado, y las columnas de los costados Norte y Oeste proyectaban su sombra sobre el suelo. Mirando adentro, vió ocupado el sillón en que ordinariamente reposaba Simónides, y junto a la ventana, que permitía ver una buena parte de la ciudad hacia la plaza del Mercado.

—El buen hombre ha vuelto—pensó—; hablaré con él, a menos que no tenga sueño.

Entró, y con paso ligero se aproximó al sillón. En él, dormida y envuelta en la manta de su padre, estaba Ester. Su desarreglado cabello caíale sobre el rostro. Su respiración era leve e irregular De pronto dió un profundo suspiro que terminó como un sollozo. Algo, acaso ese suspiro o la soledad en que la hallaba, indicó a Ben-Hur que aquel sueño era el descanso de una pena más bien que de una fatiga. La Naturaleza envía tal alivio a los niños, y él se había acostumbrado a no pensar en Ester sino como en una niña. Apoyó sus brazos sobre el respaldo del sillón y reflexionó.

—No la despertaré. No tengo nada que decirle—pensaba—, a no ser que la amo... Es una hija de Judá, muy hermosa y completamente distinta de la egipcia. En aquélla, ambición y egoísmo; en ésta, deber y desinterés... No, no se trata de que yo la ame, sino de que ella me ame. Fué mi amiga desde el primer instante. La noche aquella, en el terrado de Antioquía ¡se interesó con tan infantil entusiasmo por mí, aconsejándome que no me enemistase con Roma...! Me preguntó por mi quinta de Miseno y por la vida que allí llevaba... La besé aquella noche. ¿Habrá olvidado ese beso? Yo no. La amo... Aquí no saben que he recobrado a mi hermana. Lo dije a la egipcia, pero sin indicarle dónde están; pero a esta pequeña sí se lo diré. ¡Se alegrará tanto! Será otra hija para mi madre y una hermana para Tirza. Voy a despertarla para decirle todas esas cosas... Pero no... ¡maldita hechicera de Egipto...! Después de la locura esa no podría hablarle... Me voy y esperaré otra oportunidad mejor. Aguardemos, hermosa Ester, niña amorosa, hija de Judá.

Y se retiró silencioso, como había entrado.

## CAPÍTULO VIII

### GETSEMANÍ. ¿A QUIEN BUSCÁIS?

La ciudad estaba llena de gente que acampaba en calles y plazas en torno de las hogueras, en las cuales asaban la carne, cuyo olor impregnaba el aire. Aquella noche todos los hijos de Israel eran hermanos y se ejercía la hospitalidad sin límites. A cada paso era saludado Ben-Hur e invitado a cenar.

—Ven aquí y cena con nosotros. Todos somos hermanos en el amor del Señor.

Pero el joven daba las gracias y seguía adelante con el propósito de tomar su caballo en el jan y regresar a las tiendas del Cedrón.

Para ir a su destino tenía que atravesar el camino que iba tan pronto a recibir tan dolorosa perpetuación para los cristianos. También por allí se celebraba la fiesta. Mirando a lo largo de la calle vió antorchas que se movían, y observó que cesaban los cánticos por donde las antorchas pasaban. Su sorpresa llegó al más alto grado, sin embargo, cuando entre el humo y las chispas divisó lanzas centelleantes que le revelaron la presencia de soldados romanos. ¿A qué iban los escarnecedores legionarios a mezclarse en la fiesta hebrea? El hecho era inaudito y se detuvo para ver el significado de ello.

La luna brillaba radiante; pero como si su luz y la de las hogueras y antorchas no bastasen, algunos de la comitiva militar llevaban linternas, e imaginando que descubriría el especial propósito en el uso de tales precauciones, Ben-Hur, empezó a caminar despacio y tan cerca de la línea procesional, que tenía que ver y conocer a cuantos la formaban. Las antorchas y linternas eran llevadas por esclavos, cada uno de los cuales iba armado con maza o jabalina. El oficio de éstos no era más que alumbrar el camino a los dignatarios que los seguían: sacerdotes, doctores y príncipes, rabinos de largas barbas y personajes influyentes en los consejos de Caifás y Anás. ¿Adónde iban? No al templo ciertamente, pues parecían venir de él. Y si era asunto de paz, ¿a qué la presencia de los soldados?

Cuando empezó a examinar la comitiva, su atención fijóse desde luego sobre tres personas que caminaban juntas, en fila; iban como a la cabeza, los siervos con linternas que los precedían alumbrándoles con singular cuidado el camino. El personaje de la izquierda era el jefe de los guardianes del templo; el de la derecha uno de los más caracterizados sacerdotes; el

del centro caminaba pesadamente, apoyándose en los otros y con la cabeza hundida en el pecho. Parecía un prisiero que aun no se había repuesto de la sorpresa de su arresto, o algún condenado a tortura o a muerte. Los dignatarios le ayudaban solícitos como si fuera uno de los principales personajes de la comitiva, como director, guía, testigo o delator. Con gran audacia, Ben-Hur se introdujo en las filas, formando al lado del sacerdote y observando si el hombre levantaba su cabeza.

Y de pronto sucedió como lo deseaba. La luz de la linterna le dió en plena faz al levantarse, y Ben-Hur contempló su rostro pálido, flaco, con expresión de terror impresa en él: los ojos apagados, hundidos; la barba desgreñada. Su frecuente estancia con el Nazareno le había hecho conocer a sus discípulos tan bien como al Maestro, y entonces, a la vista de aquel hombre triste y desesperado, no pudo menos de exclamar:

—¡El Iscariote!

Lentamente, la cabeza del hombre volvióse hasta fijar sus ojos en Ben-Hur, y movió sus labios como para hablar; pero el sacerdote se interpuso, y dijo dando un empujón al joven:

—¿Quién eres tú? ¡Largo de aquí!

El hebreo soportó el empujón con paciencia, y aguardando otra oportunidad se mezcló de nuevo entre las filas. Así fué llevado pasivamente hacia la torre Antonia, y salieron de la ciudad. Había gente por todas partes y doquiera celebraban la sagrada fiesta.

Como era la noche de la Pascua, las puertas de la ciudad estaban abiertas. Los guardianes también la celebraban. La comitiva internóse en el Cedrón, más allá del Olivete, con sus cedros y olivos que se destacaban siniestramente en el horizonte, iluminados por la luna. Ningún indicio revelaba el objeto de aquella excursión misteriosa. Dirigiéronse al huerto de Getsemaní, con gran sorpresa de Ben-Hur, que sabía era aquél un lugar desierto. Mientras calculaban qué podían buscar aquellos hombres en aquel sitio, la cabeza de la comitiva se detuvo, y produjose una confusión y un retroceso generales. Sólo los soldados permanecieron firmes.

Ben-Hur se adelantó para ver lo que ocurría, y halló un portal cuyo cancel había sido roto. Miró adentro.

Un hombre vestido de blanco hallábase en oración, de rodillas, con las manos cruzadas; una figura delgada, con largos cabellos, descarnado rostro y actitud resignada y expectante.

Era el Nazareno.

Tras él, cerca de la puerta, estaban sus discípulos en un grupo; se hallaban excitados; pero no hubo nunca hombre más tranquilo que Él. La luz de las antorchas iluminaba su semblante melancólico, bondadoso y compasivo, y daba a sus cabellos un tinte rojizo.

En oposición a Él estaba la gentuza aquélla, miedosa, pronta a huir a la menor señal de cólera del Nazareno. Miró el joven al Cristo, y de Él paseó su mirada a ellos, y luego a Judas, en medio de los dos conspicuos, y comprendió el objeto de aquella expedición. Aquí estaba el traidor, allí el traicionado, y los legionarios prontos a prenderle.

Un hombre puede guardar su secreto hasta que se le pone a prueba: era el momento aguardado por Ben-Hur durante varios años. El hombre a cuya seguridad se había consagrado y sobre cuya vida había construído tanto castillo, quizás de naipes, estaba en personal peligro, pero estaba tranquilo. ¡Contradiciones de naturaleza humana! A decir verdad, no se había repuesto aún de la impresión que le produjo la pintura hecha por la egipcia de lo ocurrido ante la puerta Magnífica. Además, la calma que demostraba desafiando a la turba y subyugándola persuadía a Ben-Hur de la existencia de una fuerza superior más que suficiente para salvarse del peligro. Paz, buena voluntad y no resistencia y amor eran la esencia de la enseñanza del Nazareno; ¿pondría en práctica su doctrina? Dueño de la vida que podía restituir y quitar a su antojo, ¿qué uso haría de su poder entonces? ¿Se defendería? ¿Cómo? Un suspiro, una palabra, un pensamiento eran suficientes. Creía el hebreo que iba a presenciar una señal de aquel poder maravilloso, y aguardaba confiado. Persistía en medir al Nazareno por él mismo, por el cartabón de la miseria humana.

De pronto resonó claramente la voz de Cristo:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno—contestó el sacerdote.

—Yo soy.

Estas sencillas palabras fueron dichas con tal majestad, que los asaltantes retrocedieron algunos pasos, y los más de ellos cayeron en tierra. Allí hubieran quedado los que ni para escapar tenían alientos, a no haberse adelantado Judas y, abrazando a Jesús, hubiese dicho:

—¡Salud, Maestro!

Y le besó.

—Judas—dijo con dulzura—, ¿así vendes al Hijo del Hombre con un beso? ¿A qué has venido?

No recibiendo respuesta, el Maestro habló a la multitud otra vez:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno.

—Ya os he dicho que yo soy. Si me buscáis sólo a mí, dejad que éstos partan tranquilamente.

A estas palabras los rabinos avanzaron hacia Él y, viendo su intento, algunos de los discípulos por quienes Él había intercedido rodeáronle.

Uno de ellos cortó con su espada la oreja de uno de los aprehensores. ¡Y

Ben-Hur no se movió! Ni siquiera cuando cumplió uno de sus más sublimes actos de caridad, mientras le ataban ignominiosamente, colocando la oreja cortada al esbirro.

—¡No sufras más!—dijo el Hombre extraordinario al curar al herido por su discípulo.

Amigos y enemigos estaban confundidos: unos, por la realización del milagro; otros por realizarlo en aquellas circunstancias.

—Seguramente no permitirá que se lo lleven—pensó Ben-Hur.

—Vuelve tu espada a la vaina; el cáliz que mi Padre me envía, ¿no debo apurarlo hasta las heces?

Y después de hablar así al discípulo que le había defendido, volviéndose a sus perseguidores, dijo:

—¿Por qué habéis salido a mi encuentro como al de un malhechor, armados con espadas y palos? Todos los días he estado en el templo con vosotros, y no me habéis detenido. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas.

La turba cobró ánimos y rodeó al Maestro. Cuando Ben-Hur volvió los ojos en busca de los discípulos, todos habían desaparecido.

La multitud que rodeaba al abandonado Nazareno parecía muy atareada con lengua, manos y pies; a ratos, por claros de la masa, Ben-Hur podía distinguir al Maestro tranquilo y resignado, y su alma se inundaba de piedad.

—Sin embargo—pensaba—, pudo haberse defendido por sí mismo; pudo haber aniquilado con un suspiro a sus enemigos... ¡y no quiso!... ¿Qué cáliz es ese que su Padre le da a beber? ¿Y quién ese Padre tan tierna y solícitamente obedecido? ¡Misterios sobre misterios!

Cuando la turba se dispuso a regresar a la ciudad, los soldados se pusieron a ambos lados de la comitiva. Ben-Hur, ansioso, no estaba satisfecho de sí mismo. Donde las antorchas brillaban, en medio del tropel, comprendió que se hallaba el Nazareno. De pronto resolvió verle otra vez; quería hacerle una pregunta.

Arrojó su manto y el lienzo que le cubría la cabeza al suelo, se mezcló entre la multitud, y no sin trabajo pudo llegar a ponerse al lado del hombre que llevaba el extremo de la cuerda que sujetaba al prisionero.

El Nazareno caminaba despacio, con la cabeza inclinada, las manos en la espalda, el cabello desordenado, cubriéndole parte del rostro, y más encorvado que de ordinario. Parecía no advertir lo que sucedía en torno suyo. Cuando llegaron al puente que flanqueaba el barranco, Ben-Hur tomó la cuerda de manos del esclavo, y adelantándose, se puso al lado de Jesús.

—¡Maestro, Maestro!—murmuró apresuradamente—. ¿Me oyes? ¡Maestro! ¡Una palabra! ¡Una palabra! ¡Dime que me oyes!

El siervo se esforzaba en recobrar la cuerda.

—Dime—prosiguió Ben-Hur—, ¿sigues a esos hombres voluntariamente?

La turba rodeábale iracunda, ensordeciéndole con sus gritos.

—¿Quién eres, tú, hombre?

—¡Oh, Maestro!—se apresuró a decir el joven con ansiedad manifiesta—. Soy tu amigo y te amo. Dime, te lo ruego: si te presto ayuda, si te libero, ¿lo aceptarás?

El Nazareno ni le miró ni dió muestras de reconocimiento. Sin embargo, algo que en los momentos de sufrimiento parece hablarnos para consolarnos o aconsejarnos, decía a Ben-Hur con palabras no pronunciadas por ninguna voz humana: "¡Déjalo! Sus amigos lo han abandonado. El mundo le ha negado. En la amargura de su espíritu, se ha despedido de los hombres, y no sabe adónde va, ni le importa. ¡Déjalo tranquilo!"

Y Ben-Hur estaba en peligro. Una docena de puños amagábanle, y la multitud, por todos lados, gritaba:

—¡Este es uno de ellos! ¡Prendedle! ¡Apaleadle! ¡Matadle!

La cólera devolvióle las fuerzas de otros tiempos; se deshizo de las manos que le sujetaban, y manejando sus brazos hábilmente logró escapar de la turba feroz que le asediaba, y sudoroso, destrozada la túnica, medio desnudo, desapareció y salvóse, buscando refugio en las amistosas tinieblas del torrente.

Recobró en el huerto su manto y el lienzo de su cabeza, regresó a la ciudad, y, una vez en el jan, montó en su caballo y se dirigió en él a las tiendas, donde estaba su familia, en el Cedrón.

Mientras cabalgaba prometióse ver al Nazareno al día siguiente, ignorando que el pobre abandonado era conducido a casa de Anás para ser juzgado aquella misma noche.

El corazón del joven palpitaba de tal suerte en el lecho, que no pudo dormir. Comenzaba a creer que la restauración del reino de Judea sólo era un sueño. Es triste cosa ver cómo se derriban y aniquilan los soberbios edificios que se complace en levantar nuestra fantasía, sin dejar apenas al oído descansar del estrépito que produce el derrumbe primero. El alma que sabe sobrellevar con paciencia este desastre es de temple superior. La de Ben-Hur era de esas. Mirando lo porvenir, principió a entrever cuadros de dulce felicidad en su palacio, con Ester por esposa. Otra vez y otra pensó en su quinta de Miseno, y parecíale verse allí paseando por aquellos soberbios atrios con su mujercita, bajo la bóveda del sereno cielo de Nápoles.

En una palabra: la nueva crisis en que entraba Ben-Hur podía resolverse al día siguiente con el Nazareno.

## CAPÍTULO IX

### EL CAMINO DEL CALVARIO

A la segunda hora de la mañana próxima, dos hombres llegaron a galope a la puerta de la tienda de Ben-Hur, que no se había aún levantado, pero dió orden que entraran.

—Paz a vosotros, hermanos—dijo reconociendo a dos de sus más fieles galileos, dos oficiales—. ¿Queréis sentaros?

—No—dijo el de más edad—; sentarse es dejar morir al Nazareno. Levántate, hijo de Judá, y ven con nosotros. Ha sido sentenciado. El árbol de la Cruz se levanta ya en el Gólgota.

—¡La Cruz!—fué todo lo que pudo decir el joven abriendo con asombro los ojos.

—Anoche fué preso y procesado—continuó el hombre—. Al alba le llevaron ante Pilatos. Por dos veces el romano ha negado su culpabilidad: dos veces rehusó condenarlo. A lo último se lavó las manos y dijo: "Caiga su sangre sobre vosotros"; y ellos contestaron...

—¿Quiénes contestaron?

—Ellos, los pontífices y el pueblo: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos"

—¡Santo padre Abraham!—gritó Ben-Hur—. ¡Un romano más compasivo por un hebreo que sus compatriotas! Y si fuese, ¡ah!, si fuese verdaderamente el Hijo de Dios, ¿quién lavaría a sus hijos de esa sangre? No debe ser; llegó la hora de la lucha.

Su rostro expresó la resolución y golpeó sus manos.

—¡Los caballos, inmediatamente!—ordenó al árabe que se presentó—. Y vosotros, amigos míos, esperadme afuera. Es tiempo de morir por Israel, compañeros.

Comió un pedazo de pan, bebió una copa de vino y muy pronto estuvo a caballo.

—¿Adónde vamos primero?—preguntó el galileo.

A reunir las legiones.

—¡Ay!—clamó el hombre juntando las manos.

—¿Por qué ¡ay!?

—Maestro, mi compañero y yo somos los únicos leales. Los demás han seguido a los acerdotes—dijo avergonzado el galileo.

—¿Buscando qué?—interrogó Ben-Hur sujetando las riendas.

—Matarle.

—No, al Nazareno.

—Tú lo has dicho. Al Nazareno.

Ben-Hur dirigió su mirada de uno a otro hombre. Le parecía oir de nuevo la pregunta de la noche anterior: "El cáliz que mi Padre me envía, ¿no debo apurarlo hasta las heces?" Al oído del Nazareno él le había preguntado: "Si te salvo, ¿lo aceptarás?" Y se dijo a sí mismo: "Esta muerte no puede evitarse. Ese hombre ha estado caminando hacia ella, con pleno conocimiento de lo que debía acaecer, desde el día en que empezó su misión; es imposición de una voluntad más alta que la suya: ¡indudablemente, la del Señor! Si ha consentido, si fué a ella voluntariamente, ¿qué podemos hacer los demás?" El joven reflexionó sobre la deserción de sus legionarios, y su deserción confirmaba más y más sus convicciones, por la singularidad de que acaeciese aquella misma mañana. Un temor se apoderó de él. Acaso sus proyectos, su labor, los tesoros gastados en ella no habían sido sino blasfemias contra el Señor Dios. Cuando soltó otra vez las riendas y murmuró: "¡Vamos!", todo ante él era incierto. La facultad de resolver prontamente, con la cual se puede llegar a ser héroe, se había obscurecido en él.

—¡Vamos, hermanos! ¡Vamos al Gólgota!

Atravesaron por entre muchedumbres excitadas que se dirigían, como ellos, al Sur. Toda la parte Norte de la ciudad estaba en movimiento.

Oyendo que el cortejo con el condenado podía ser visto cerca de las grandes torres blancas de Herodes, los tres amigos cabalgaron hacia allá. En el valle inferior a la Laguna de Ezequías, caminar contra la multitud era imposible, y fueron compelidos a desmontar y detenerse en la esquina de una casa para aguardar allá.

Parecía que estaban a la orilla de un río tumultuoso: tal era la afluencia de gente.

En el primer libro de esta historia hay algunos capítulos escritos expresamente para dar idea al lector de la composición heterogénea del pueblo hebreo tal como era en tiempo de Jesucristo, y en previsión de esta escena. Leídos con atención, darán una idea de lo que Ben-Hur estaba contemplando: un raro y maravilloso espectáculo.

Media hora, una hora, estuvo flotando ante Ben-Hur y sus compañeros la multitud incesante, varia, inacabable. Hubieran podido, al cabo de ese tiempo, decirse: "He visto todas las casas de Jerusalén, todas las sectas de Judea, todas las tribus de Israel y todas las nacionalidades de la tierra, representadas en la muchedumbre aglomerada, desfilando sin tregua ante mi vista." Pasaron, en efecto, ante ellos judíos de la Libia, judíos de Egipto, judíos del Rhin; en una palabra, judíos de todos los países de Oriente y

Occidente y de todas las islas conocidas; unos a pie, otros a caballo, sobre camellos éstos, en literas aquéllos, en carruajes o en dromedarios, y con infinita variedad de trajes, aunque con la misma semejanza fisonómica que todavía hoy caracteriza a los hijos de Israel, desparramados como lo han sido por distintos países, viviendo en varios climas y ambientes, hablando todas las lenguas conocidas, lo que parece más que suficiente para que sólo hubiera de distinguírseles grupo por grupo. Pasaban presurosos, con viveza, atropellándose, estrujándose, para ver morir a un pobre Nazareno, a quien reputaban el felón de los felones.

Así eran la mayoría, pero no todos.

Engrosaban la multitud millares de griegos, romanos, árabes, sirios, africanos, egipcios, indios. Así que, estudiando la masa, se veía que el mundo entero estaba allí representado e iba a presenciar la crucifixión.

El desfile era extraordinariamente tranquilo. El pisar de los caballos, el rumor de ruedas, las voces de los que conversaban, sin excitarse, era el único rumor de la multitud en movimiento que llegaba a los oídos de Ben-Hur y sus compañeros. El aspecto y las miradas reflejaban la impresión de quienes van a presenciar un espectáculo sangriento, una catástrofe imprevista, una ruina o una calamidad de la guerra. Y por tales signos comprendió Ben-Hur que aquéllos eran los forasteros llegados a Jerusalén por la Pascua, que no habían intervenido en la prisión y condena del Nazareno, y aun quizá eran amigos suyos.

Al cabo, en dirección de las grandes torres, Ben-Hur oyó, primero débil, a causa de la distancia, y luego más distinto, el clamoreo de muchos hombres.

—¡Ya vienen! ¡Mira!—dijo un galileo.

El pueblo se detuvo a escuchar, y, cuando los gritos resonaban sobre sus cabezas, se miraron unos a otros y siguieron en aterrador silencio su camino.

El vocerío iba en aumento y ensordecía el aire, cuando Ben-Hur vió a los siervos de Simónides llevando a su dueño en el sillón de brazos. Ester caminaba a su lado. Seguíales una litera cubierta.

—Paz a ti, Simónides, y a ti, Ester—dijo Ben-Hur acercándose a ellos—. Si vais al Gólgota, dejad que pase el gentío e iré con vosotros. Aquí, junto a esta casa, podréis aguardar.

La inteligente cabeza del mercader estaba como hundida entre su pecho. La levantó un tanto y repuso:

—Díselo a Baltasar; su voluntad será la mía. Va en la litera.

El joven levantó la cortina y vió al Mago yacente, con el rostro lívido y demacrado como el de un cadáver.

—¿Podremos verle?—preguntó con voz débil Baltasar, en respuesta a la invitación de Ben-Hur.

—Sí; pasará a pocos pasos de nosotros.

—¡Amado Señor!—el anciano dijo fervientemente—. ¡Una vez más! ¡Una vez tan sólo! ¡Oh, qué terrible día para el mundo...

Hicieron como Ben-Hur lo propuso. Hablaron muy poco, como si temieran confiarse uno a otro sus pensamientos. Baltasar descendió trabajosamente de la litera y se quedó de pie, apoyado en un siervo; Ester y Juda próximos a Simónides.

Mientras tanto, el desfile incesante continuaba y, si fuera posible, aún más denso que antes. El clamoreo se oía muy cerca. Los gritos agudos, crueles, de escarnio, hendían el aire.

—¡Mira!—dijo Ben-Hur amargamente—. Ahora viene Jerusalén.

La vanguardia formábanla un tropel de chiquillos, que chillaban:

—¡El Rey de los judíos! ¡Paso, paso al Rey de los judíos!

Observó Simónides cómo saltaban y vociferaban alegres, y exclamó:

—¡Cuando sean hombres, hijo de Hur, qué desgracia para la ciudad de Salomón!

Una escolta de legionarios, con sus brillantes armaduras, seguía en apretadas filas, con tranquilidad e indiferencia, a los chiquillos.

*Detrás venía el Nazareno.*

Iba casi muerto. A cada pocos pasos vacilaba como si fuese a caer. Cubría la espalda de su sencilla túnica gris un manto desgarrado. Sus pies desnudos dejaban huellas sangrientas en las losas del pavimento. Una inscripción sobre una tablilla pendía de su cuello. Una corona de espinas ceñía su cabeza, que le causó punzantes heridas al colocársela, y que en aquel instante producíale las manchas de su cuello y mejillas, manchas de su sangre coagulada. Donde podía distinguirse la piel, veíase lívida. Un campesino le ayudaba a llevar la cruz, al peso de la cual había caído. Era la costumbre que los condenados a muerte la llevasen hasta el lugar del suplicio. Tenía las manos atadas. Cuatro soldados le custodiaban para librarlo de la gentuza que, aun así, le golpeaba con palos o le escupía de vez en cuando. No salía de sus labios sonido alguno como demostración de cólera, de queja o de cansancio, ni miraba a su alrededor. Sólo cuando llegó a la esquina de la casa donde estaban nuestros amigos levantó la vista. Ester abrazó a su padre, que tembló, no obstante la fuerza de su voluntad. Baltasar quedó sin voz. Sólo Ben-Hur exclamó: "¡Oh, Dios mío, Dios mío!" Entonces, como si adivinara los sentimientos de todos ellos o hubiese oído la exclamación, el Nazareno volvió su rostro hacia ellos, los miró a cada uno y siguió su penosa marcha. El recuerdo de aquella divina mirada no se borró jamás de la memoria de ellos; vieron que pensaba en ellos, y los moribundos ojos les dieron la bendición que no podía darles de palabra.

—¿Dónde están tus legiones, hijo de Hur? — gimió Simónides, desesperado.

—¡Anás puede responderte mejor que yo!

—¿Qué, desertaron?

—Todos, menos estos dos.

—Entonces, ¡todo se ha perdido! ¡Y ese justo debe morir!

La faz del mercader se contrajo convulsivamente. Su cabeza volvió a hundirse en el pecho y experimentó gran angustia ante la ruina total del edificio que había contribuído a levantar.

Otros dos hombres seguían a Jesús, también con su cruz a cuestas cada uno.

—¿Quiénes son esos?—preguntó Ben-Hur a los galileos.

—Ladrones, condenados a morir con el Nazareno—contestaron.

Tras ellos iba un personaje mitrado, resplandeciente con sus hábitos de oro de sumo sacerdote, rodeado de los sacerdotes guardianes del templo; y luego, en orden, los individuos del Sanedrín. Tras ellos un largo séquito de sacerdotes, príncipes y doctores de la ley, con túnicas blancas y mantos de varios colores.

—¡El yerno de Anás!—dijo Ben-Hur en voz baja.

—¿Caifás? Le he visto—repuso Simónides, que añadió después de una pausa, durante la cual todo su pensamiento se concentró en el examen del Sumo Pontífice—. Y ahora estoy convencido con tal seguridad de que el que precede a todos es lo que proclama la inscripción que pende de su cuello: *Rey de los judíos,* como si me hubiera sido revelado por el Espíritu. Un hombre ordinario, un impostor, un felón no fué nunca llevado así a la muerte. ¡Mira! Aquí están las naciones: Jerusalén, Israel. Aquí está el efod, aquí la túnica azul con la orla de oro y los mantos de púrpura y los ornamentos sagrados que no se habían visto en la calle desde el día en que Judas fué a combatir al macedonio. Pruebas todas que patentizan que el Nazareno es rey. ¡Si yo pudiese levantarme y seguirlo!

Ben-Hur le escuchaba sorprendido. De pronto, como si el mercader despertase de un sueño a su inhabitual sentimiento de tristeza, exclamó:

—Habla a Baltasar, te lo suplico, y vayámonos. La hez de Jerusalén se acerca.

Entonces dijo Ester:

—Veo algunas mujeres que se adelantan llorando; ¿quiénes serán?

Siguiendo la indicación de su mano, vieron cuatro mujeres deshechas en llanto. Una de ellas iba del brazo de un hombre de aspecto muy parecido al Nazareno. En seguida Ben-Hur contestó:

—Aquél es el discípulo más amado de Jesús, y aquélla a quien da el brazo es María, la madre del Maestro. Las otras son mujeres galileas.

Ester siguió el triste grupo con los ojos llenos de lágrimas, hasta que se perdió entre la multitud.

Acaso el lector se imagine que este diálogo era una conversación tranquila, pero no: los interlocutores tenían que esforzar grandemente la voz para poder entenderse en medio de aquel clamoreo ensordecedor.

La demostración era semejante a las que treinta años después conturbaron la sagrada ciudad bajo el dominio de las facciones. Tan agitada como numerosa, tan fanática, como sedienta de sangre, componíase la manifestación de esclavos, conductores de camellos, custodios de puertas, vendedores del mercado, jardineros, hortelanos, vinateros, siervos y operarios del templo, ladrones, vagabundos y granujas de esos que aparecen siempre en los tumultos, gentes que no se sabe quiénes son ni de dónde salieron, ni su profesión o modo de vivir; miserables desarrapados, sucios, desgreñados, de voz estridente, de bocas dilatadas, de las cuales salían aullidos de fieras en celo.

Unos iban armados de espadas y jabalinas; otros de palos, mazas y hondas. Entre esa masa abyecta aparecían aquí y allá personajes: escribas, fariseos, rabinos, saduceos, ricamente vestidos, doctores, etc., los cuales parecían directores de la canalla. Cuando las voces amagaban debilitarse, ellos las promovían dando nuevos gritos:

—¡Rey de los judíos! ¡Paso al Rey de los judíos!

—¡Destructor del templo!

—¡Blasfemo! ¡Escarnecedor de Dios!

—¡Crucificadle, crucificadle!

Estos últimos eran los que más se oían, como si fueran los que mejor interpretaban los sentimientos del pueblo contra el Nazareno.

—¡Ven!—gritó Simónides cuando vió a Baltasar pronto a seguirlos—. ¡Ven hacia adelante!

Ben-Hur no oyó el llamamiento. El aspecto de brutalidad y sed de sangre de aquella parte de la comitiva que empezaba a pasar le recordó al Nazareno y los muchos actos de caridad que le había visto hacer en pro de infelices y miserables. Los recuerdos avivaban los recuerdos, y de uno en otro llegó Ben-Hur a acordarse de la gran deuda de gratitud que él tenía sin saldar con aquel Hombre extraordinario, en la época en que él iba preso entre romanos a una muerte que creía segura y casi tan terrible como la de la cruz. Se le representó la escena junto al pozo de Nazaret: el rostro divino que le infundió ánimo al darle de beber, y la mirada aquélla compasiva y tierna... Luego recordó el último milagro, el del domingo de Ramos, que le había hecho recobrar a su madre y a su hermana. Estos pensamientos le hicieron maldecir de sí propio, que no devolvía bien por bien, ayuda por ayuda al Nazareno. ¡No! Ben-Hur no había hecho todo lo que podía hacer por aquel Hombre. Hubiera debido vigilar de cerca a sus galileos, tenerlos dispuestos, y ¡hala!,

una carga bien dada en aquel momento hubiera dispersado a la gentuza y libertado al Nazareno. Esto hubiera sido, además, un toque de rebato para el pueblo de Israel, que se hubiera agrupado en torno suyo y precipitado la soñada guerra de independencia. La oportunidad había sido desaprovechada; los minutos que transcurrían la estaban diñriendo nuevamente, y ¡si se perdía!... ¡Dios de Abraham! Nada podía hacerse ya, ¡nada!

En ese instante vió un grupo de sus galileos, y cruzando por entre la multitud les increpó así:

—¡Seguidme! ¡Tengo que hablar con vosotros!

Ellos le obedecieron, y cuando llegaron a la esquina díjoles:

—Sois de aquellos a quienes dí armas y convinieron conmigo en esgrimirlas defendiendo la libertad y en pro del Rey que iba a venir. Lleváis las espadas al cinto y ha llegado la hora. Id, buscad a vuestros compañeros por todas partes y congregaos al pie del árbol de la Cruz. El Nazareno es el Rey y hay que salvarlo, porque la libertad morirá con él. ¡Pronto! ¡Id!

Lo miraron respetuosamente, pero no se movieron.

—¿Habéis oído?—interrogó.

Entonces uno de ellos repuso:

—Hijo de Judá—recuérdese que sólo por este nombre lo conocían—. Hijo de Judá, has sido engañado como nosotros y como nuestros hermanos que tienen tus espadas. El Nazareno no es Rey ni tiene espíritu de Rey. Estábamos con él cuando entró en Jerusalén. Lo vimos en el templo y fué un fracaso para él, para nosotros y para Israel. Al llegar a la puerta Magnífica volvió la espalda a Dios, rehusando así el trono de David. No, no es el Rey, y la Galilea no está con él. Que sufra la muerte. Pero escucha, ¡oh, hijo de Judá! Tenemos tus espadas y estamos dispuestos a dártelas y a pelear a tu lado por la libertad. Nos encontraremos contigo bajo el árbol de la Cruz.

Aquél era para Ben-Hur el momento supremo de su vida. Si hubiera aceptado el ofrecimiento y dicho una palabra, la Historia podía haber sido distinta de lo que es; pero hubiera sido una historia ordenada por los hombres y no por Dios; cosa que no fué nunca y no será jamás. Una confusión inmensa turbó sus sentidos, confusión que no supo entonces a qué atribuir, y que más tarde atribuyó al Nazareno, porque cuando Jesús resucitó comprendió la necesidad de su muerte para la fe en la resurrección, sin la cual el Cristianismo hubiera sido una doctrina y no una religión. Cubrióse la cara con las manos, y luchó en su espíritu con el conflicto entre sus deseos, que le impelían a aceptar el ofrecimiento de los galileos, y la fuerza oculta y misteriosa que le enmudecía.

—¡Ven! ¡Te estamos aguardando!—dijo por cuarta vez Simónides.

Sin darse cuenta, mecánicamente se puso en marcha en pos del sillón y la

lífera. Ester caminaba a su lado. Como a Baltasar y a sus amigos los dos Magos, el día que acudieron a la reunión en el desierto, una mano oculta guiaba a Ben-Hur.

## CAPÍTULO X

### LA CRUCIFIXIÓN

La comitiva, guiada por Ben-Hur, llegó al lugar del suplicio. Formábanla Simónides, Ester, Baltasar y los dos galileos fieles, además de los siervos. Cómo pudo abrirse y abrirles camino a través de la densa multitud, no lo supo nunca. La fuerza misteriosa que le guiaba lo llevó inconscientemente al sitio en que se detuvo como atontado y sorprendido, imitándole los que le seguían. Los designios de Dios son siempre inexcrutables para nosotros, y nunca conocemos los caminos suyos.

Al detenerse el joven detuviéronse sus acompañantes. Miró a todas partes, y, como se levanta el telón a la vista de los espectadores para permitirles ver la comedia, así pareció a Ben-Hur que se le quitaba una densa nube de ante sus ojos, devolviéndole la clara percepción de las cosas.

Era un espacio ante el monte redondeado como un cráneo, espacio abierto, árido, polvoriento, estéril. La barandilla de este espacio era una viviente valla humana, tras la cual se agitaba una muchedumbre curiosa y turbulenta. Un cordón de legionarios en varias filas impedía adelantar más. Un centurión mandaba los soldados. Ben-Hur llegó hasta aquel muro romano, y allí permaneció con el rostro vuelto hacia Occidente. Aquella colina era el antiguo *Gólgota* de los caldeos; en latín, *Calvaria;* en español, *Calvario,* que vale como decir: osario.

Doquiera que Ben-Hur dirigía sus ojos, no veía más que cabezas humanas; ni un palmo de tierra, ni una mata de hierba. Millones de corazones palpitaban allí, y millones de ojos estaban fijos en la escena que se representaba en la colina. Indiferentes aquellos tres millones de personas a la suerte de los ladrones, sólo contemplaban al Nazareno, objeto del odio, del temor o de la curiosidad generales. El que tanto amaba a todos iba a morir por ellos.

En el espectáculo de una gran aglomeración de gente hay la misma fascinación que produce el mar agitado; pero Ben-Hur no concedió a ese espectáculo sino una mirada somera, concentrando toda su atención en el Calvario.

Sobre la colina, descollando de su brillante séquito, con su mitra, sus vestiduras de oro y su aire altanero, estaba el Sumo Pontífice. Más elevado aún veíase al Nazareno inclinado y sufriendo en silencio. Un burlón de entre los guardias, completando el escarnio de la corona, le había puesto en las manos una caña para cetro. El clamoreo de aquellos millones de personas llegaba a él como las olas que se estrellan contra los peñascos de la costa.

Todos los ojos estaban fijos en Jesús. Sea por la piedad que le invadía o por otra causa, Ben-Hur sentía operarse un cambio en sus ideas, la concepción de algo mejor que lo mejor de esta vida, de algo que pudiera dar a un cuerpo extenuado la fuerza para soportar todas las agonías del cuerpo y del alma; acaso una vida superior a ésta, como opinaba Baltasar, apareció claramente ante el entendimiento de Ben-Hur, y entonces oyó, o le pareció oir, aquella frase que ya había escuchado al Nazareno:

*Yo soy la resurrección y la vida.*

Las palabras aparecían, como seres vivos, ante sus ojos, enviándole torrentes de luz diáfana y con nuevo significado. Y como hombre que repite una fórmula tratando de comprenderla del todo, repitióse mirando la escuálida figura, coronada y con la caña en la mano, que estaba sobre la colina: "¿Quién es la resurrección? ¿Quién la vida?"

*Yo soy,* parecía decirle la figura; y dicho esto por el Nazareno en la imaginación de Ben-Hur, difundióse por todo su ser una paz y dulzura inefables, una paz que no había tenido nunca, la paz que desvanece toda duda y pone término a todo misterio: la fe, el amor y la clara inteligencia.

El ruido de los martillazos sacó a Ben-Hur de esa especie de éxtasis. Algunos soldados y obreros preparaban las cruces. Los agujeros para plantar los árboles estaban hechos, y ahora clavaban los travesaños.

—Manda a esos hombres que se apresuren—dijo al centurión el Pontífice—. Este—y señalaba a Jesús—ha de ser muerto y sepultado antes de ponerse el sol, a fin de que la tierra no pueda ser profanada. Tal es la Ley.

Movido a compasión, un soldado ofreció agua al Nazareno, pero él rechazó el cáliz. Entonces otro le sacó del cuello la tablilla con la inscripción y la clavó en lo más alto del árbol de la Cruz. Los preparativos habían terminado.

—Ya están las cruces—dijo el centurión al Pontífice, quien inclinó la cabeza y repuso:

—Haz que suba primero el blasfemo. El Hijo de Dios debe ser capaz de salvarse a sí mismo. Veremos.

La gente, que silbaba, gritaba e imprecaba, con ensordecedor clamoreo, mientras seguía con vista e interés crecientes los preparativos, enmudeció de pronto. La parte más terrible, la de clavar en la cruz a los condenados, iba a empezar. Cuando los soldados cogieron al Nazareno para crucificarlo,

la multitud fué invadida de súbito temblor. Algunos, más tarde, lo atribuyeron a repentino enfriamiento del aire.

—¡Qué tranquilo está!—dijo Ester pasando su brazo en derredor del cuello de su padre.

Este, recordando las torturas que él había sufrido, estrechó contra su pecho a la doncella y exclamó con voz trémula:

—No mires, Ester, no mires. No lo sé, pero creo que todos los que estamos mirando, los inocentes como los culpables, seremos malditos desde esta hora.

Baltasar cayó de rodillas.

—¡Hijo de Hur!—dijo Simónides con creciente agitación—. ¡Hijo de Hur!, si Jehová no extiende su mano, y pronto, Israel está perdido... y todos estamos perdidos.

Ben-Hur contestó con calma:

—He tenido un sueño, Simónides, y en él he oído por qué sucede esto: es la voluntad del Nazareno, la voluntad de Dios. Hagamos como el egipcio: recobremos nuestra paz y oremos.

Y miró a la colina de nuevo, y otra vez el aire sosegado llevó a sus oídos aquellas palabras:

—*Yo soy la resurrección y la vida.*

Se inclinó reverente como ante una persona que le hablara.

En la cima, mientras tanto, proseguía el suplicio. Los soldados arrancaron al Salvador sus vestiduras y lo dejaron desnudo a la vista de los millares de millares de espectadores. Sus espaldas conservaban las huellas de los azotes recibidos aquella mañana. Sin compasión fué tirado al suelo, extendido sobre la cruz y clavado en ella. Los clavos eran agudos, pocos martillazos bastaron. Los golpes del martillo turbaban el profundo silencio, y llenaban de horror aun a aquellos que por la distancia no los oían y sólo veían el martillo al levantarse para chocar contra la cabeza del clavo. Y el paciente, ni una queja, ni un gemido, ni una palabra de ira; nada que diese lugar a las burlas de sus enemigos ni que excitase aún más la compasión de sus fieles.

—¿Hacia qué lado quieres que mire?—preguntó bruscamente el soldado.

—Hacia el templo—contestó el sumo sacerdote—. Que vea al morir la casa sagrada, que se jactaba de poder destruir.

Los obreros llevaron la cruz al sitio en que debía quedar erigida. A una señal del Pontífice la dejaron caer en el hoyo, y el cuerpo de Cristo cayó también pesadamente, quedando colgado de los brazos. Tampoco se quejó ni gimió; sólo salió de sus labios aquella exclamación sublime, la más divina de las exclamaciones que de él se recuerdan:

*¡Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen!*

La descollante cruz se destacaba negra sobre el fondo azul del firmamen-

to, y la multitud, al verla, lanzó un aullido de salvaje alegría. Los que podían leer la inscripción la leyeron en voz alta, y repetida de boca en boca, pronto dió lugar a la burlona exclamación:

—¡Salve, Rey de los judíos! ¡Salud, Rey de los judíos!

El Pontífice, con más fina intuición, comprendió el significado que se podía dar a la frase, y protestó inútilmente para que la sacaran o borraran.

Así colocado el titulado Rey, con sus moribundos ojos podía ver aquella ciudad de sus padres que le había rechazado y escarnecido.

El sol se acercaba rápidamente al meridiano tiñiendo de oro las cimas de los montes y regocijando con sus rayos de púrpura las más lejanas colinas. En la ciudad, los templos, palacios y torres, todos los puntos bellos y prominentes, podían tomarse por el origen o foco de la misma vida, según aparecían de brillantes. De improviso, una ligera niebla pareció envolver toda la tierra, primero como un simple velo, luego como crepúsculo precoz. Cesaron los gritos, las risas, las conversaciones, y se miraban unos a otros, asombrados, dirigiendo los ojos al sol, luego al cielo, que se cubría de nubarrones; después a los montes, que parecían alejarse y, por último, a la cima de la colina donde se desarrollaba la sangrienta tragedia. Y vagando sus miradas de una a otra parte, palidecían y temblaban.

—No es más que una nube pasajera—dijo Simónides a Ester para calmar la alarma de la doncella—. Bruma que se desvanecerá en seguida.

Ben-Hur no pensaba así.

—No es una nube ni bruma—exclamó—. Los espíritus que viven en el aire, los santos y los profetas echan este velo para evitar a la Humanidad el oprobio de esta escena. Te aseguro, ¡oh, Simónides!, tan verdad como Dios existe, que el que va a morir sobre la colina es el Hijo de Dios.

Y dejando a Simónides estupefacto de oirle hablar así, acercóse a Baltasar y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¡Oyeme, sabio egipcio! Tú sólo tenías razón. El Nazareno es verdaderamente el Hijo de Dios.

Baltasar volvió el rostro hacia el hebreo y, permaneciendo de rodillas, repuso:

—Le vi en el pesebre, recién nacido. No es extraño que le haya conocido más pronto que tú. Pero ¡ay! ¡Por qué habré llegado a ver este día! ¡Hubiera debido morir como mis hermanos! ¡Feliz Melchor! ¡Dichoso, dichoso Gaspar!

Consuélate; sin duda ellos están también aquí.

La obscuridad iba haciéndose cada vez más densa, sin que por ello se interrumpiera el trabajo del Gólgota. Uno tras otro, los dos ladrones fueron clavados en sus cruces, y éstas plantadas en el suelo. Entonces la guardia

se retiró y el pueblo avanzó hasta el pie de las cruces. Comenzaron a llover denuestos y escarnios contra el Nazareno.

—¡Sálvate a ti mismo si eres hijo de Dios...!

—Sí—dijo un sacerdote—; si desciendes de la Cruz, creeremos en ti.

—¡Puede destruir el templo y reedificarlo en tres días, y no puede salvarse a sí mismo!—decían otros.

Nunca se ha podido explicar este hecho, observado repetidas veces. El Nazareno no había hecho daño a nadie, había favorecido siempre al pueblo, y, sin embargo, el pueblo, ¡singular contrariedad!, se cebaba en él, llenándole de insultos y maldiciones, mientras demostraba sus simpatías por los ladrones.

La noche sobrenatural afligía a Ester, como a muchos miles de espectadores más valientes y más fuertes.

—Volvamos a casa—repetía dos, tres veces, implorando a su padre—. Esto es cosa de Dios. ¿Quién sabe lo que puede suceder? Tengo miedo.

Simónides era obstinado. Presa de gran agitación, hablaba poco; pero viendo que al cabo de una hora menguaba el gentío alrededor de las cruces, propuso a sus compañeros acercarse a ellas. Ben-Hur dió el brazo a Baltasar; pero, sin embargo, el egipcio subió con gran dificultad. Desde su nuevo sitio no podían ver tan perfectamente al Nazareno; sólo distinguían su cuerpo colgado, pero oían hasta los suspiros que daba y que denotaban un agotamiento superior al de sus compañeros.

La segunda hora después de la crucifixión pasó como la primera. Para el Nazareno eran horas de insulto, de provocaciones, de muerte lenta. Sólo una vez habló en todo ese tiempo. Algunas mujeres cayeron de hinojos al pie de la Cruz; entre ellas reconoció a su madre junto al discípulo amado, y la dijo levantando la voz:

—*Mujer, ahí tienes a tu hijo.*

Y al discípulo amado:

—*He ahí a tu madre.*

Llegó la hora tercera, y aún el pueblo seguía en torno de la Cruz, como atraído por una fuerza misteriosa. Mas se había apaciguado un tanto, y sólo de vez en cuando se escuchaba alguna imprecación. Desfilaba la multitud por delante del Nazareno y le miraban en silencio. Después de partirse la ropa del Crucificado y echar suertes sobre su túnica sin costura, también los soldados y los jefes, en grupo aparte, vigilaban más al Crucificado que a la muchedumbre. Si se movía, si suspiraba, ponianse inmediatamente en guardia. Más sorprendente era aún el cambio operado en el sumo sacerdote y su séquito. Cuando empezó la obscuridad, todos aquellos rabinos que habían tomado parte en el juicio nocturno empezaron a decaer de ánimo. Había entre ellos algunos muy versados en astronomía y conocedores de los fenómenos

celestes que tanto atemorizaban a las masas en aquella época. Gran parte de su saber lo habían adquirido de sus antecesores que vivieron en el cautiverio, y lo habían acrecentado con sus experiencias en el servicio del templo. En cuanto el sol, pues, comenzó a apagarse y los montes y los collados fueron esfumándose en el horizonte, agrupáronse los astrónomos en torno del Pontífice para discutir el fenómeno.

—Hay luna llena—decían con verdad—, y esto no puede ser eclipse.

Después, no pudiendo explicarse el fenómeno al aumentar la obscuridad, lo relacionaron con el Nazareno, y un terrible pánico les invadió. Ocultándose tras los soldados, atentos a cada movimiento del Cristo, se decían suspirando que aquel Hombre podía ser el Mesías, y entonces...; mientras tanto, aguardaban y miraban.

Ben-Hur no recibió más la visita del Espíritu. La perfecta paz continuaba en él, y oraba para que, a ser posible, se acelerase el fin. Comprendía el estado de ánimo de Simónides fluctuando entre la duda y la fe; veía su frente surcada de arrugas por el esfuerzo de su mente, y que miraba al sol tratando de explicarse aquél fenómeno. Tampoco le pasaba inadvertida la solicitud con que Ester le contemplaba, ocultando sus temores para condescender con los deseos paternos.

—No tengas miedo—la decía Simónides—. Estate tranquila y observa como yo. Tú puedes vivir dobles años de los que yo viva, pero nunca verás una maravilla semejante.

Cuando había ya transcurrido la mitad de la hora tercera, algunos hombres más groseros se situaron ante la Cruz central.

—Este es el nuevo Rey de los judíos—dijo uno de ellos.

Los otros gritaron con mofa:

—¡Salud, salud, Rey de los judíos!

Viendo que no recibían respuesta, insistieron:

—Si eres Rey de los judíos o Hijo de Dios—decían envalentonados—, ¿por qué no te vas de ahí?

Y uno de los ladrones, cesando de quejarse, exclamó:

—Eso es. Si eres el Cristo sálvate y sálvanos.

La canalla rió y aplaudió; y mientras aguardaban lo que contestaría, el otro ladrón dijo a su compañero:

—¿No tienes temor de Dios? Nosotros recibimos el castigo de nuestras culpas, pero este hombre no ha cometido ninguna.

Los circunstantes estaban asombrados; en medio del silencio que produjeron sus palabras, el segundo labrón habló de nuevo, pero dirigiéndose al Nazareno.

—Señor—le dijo—. ¡Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino...!

Simónides dió un gran suspiro. "Cuando estés en tu Reino." ¡El Reino!

Este era el punto de duda en su mente: la cuestión tantas veces debatida con Baltasar.

—¿Has oído?—le dijo Ben-Hur—. El Reino no puede ser de este mundo. Ya oyes que parece que está yendo a su reino. Y, en efecto, esto concuerda con mi sueño...

—¡Silencio!—dijo el mercader con un tono imperativo que nunca había usado con él—. Calla, te lo ruego... ¡Si hablara!

Y, en efecto, el Nazareno contestó con voz clara y sonora:

—*En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso.*

Simónides aguardó un instante a ver si continuaba hablando; luego juntó sus manos y exclamó:

—No más, Señor, no más. Las tinieblas han desaparecido. Veo con otros ojos, como los de Baltasar: con los ojos de la verdadera fe.

El fiel siervo había obtenido la recompensa. Su cuerpo descoyuntado no se curaría, no olvidaría el recuerdo de sus pasados sufrimientos, pero ahora entreveía una nueva vida más hermosa en el Paraíso. Allí encontraría el soñado Reino y el Rey por quien tanto se había afanado. Un gran sosiego invadió su ser y gozó de la paz que gozaba Ben-Hur.

Ante la Cruz, entre el grupo de sacerdotes, la consternación aumentaba. Habían condenado al Nazareno por haberse declarado el Mesías, y ahora, desde la Cruz, confirmaba su misión divina de un modo indubitable. Se estremecieron ante las consecuencias de su acción, y el mismo soberbio Pontífice tuvo miedo. ¿De dónde sacaba aquel Hombre su confianza sino de la verdad? ¿Y de quién procede la verdad sino de Dios? Un poco más, y hubieran deshecho lo hecho.

La respiración del Nazareno era cada vez más fatigosa; sus suspiros eran estertores. ¡Sólo tres horas sobre la Cruz, y se moría ya!

La noticia transmitióse rápidamente, y todos enmudecieron. Nadie que no lo supiese hubiera dicho que había más de dos millones de personas en aquel sitio.

A través de las tinieblas, por sobre las cabezas de los más cercanos, pasó este grito del moribundo:

—*¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?*

La voz resonó en todos los corazones. Ben-Hur estaba conmovidísimo.

Los soldados habían llevado con ellos un barril de vino y agua y lo habían dejado bajo las cruces. Con una esponja atada a la extremidad de una caña humedecían de vez en cuando la lengua de los crucificados. Súbitamente recordó Ben-Hur el sorbo de agua que le había dado el Nazareno junto al pozo de Nazaret; se sintió impulsado, cogió la esponja, la introdujo en el agua y la llevó a los labios del Cristo.

—¡Déjalo—gritó el pueblo con cólera—. ¡Déjalo!

Sin hacer caso de las voces, humedeció los labios del Crucificado.

¡Demasiado tarde!

El rostro, claramente visible para Ben-Hur, se iluminó con repentina sonrisa; los ojos se dilataron, y fijándose en un punto que sólo Él veía allá en el cielo, dejó escapar de sus labios, como un grito de alegría, estas palabras:

—*Todo se ha consumado.*

Así un héroe, al morir, celebra con su último vítor su última victoria.

La luz de sus ojos se extinguió, y su coronada cabeza cayó lentamente sobre su descarnado pecho. Ben-Hur creyó que todo había concluído. Pero el alma del Nazareno reconcentró todas sus fuerzas para decir en voz baja, que Ben-Hur y los que estaban próximos oyeron, como si se dirigiese a una persona que estaba a su lado:

—*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Un estremecimiento recorrió los martirizados miembros; dió una gran voz, y su misión y su vida terminaron. Su gran corazón, rebosante de amor por los hombres, se había roto, y ésta, ¡oh, lector!, fué la causa de su muerte.

Ben-Hur volvió al lado de sus amigos y les dijo lacónicamente:

Se acabó. Ha muerto.

Rápidamente se propagó la noticia por la multitud. Nadie se atrevía a repetirla en voz alta; sólo como un murmullo oíase en todas direcciones: "¡Ha muerto! ¡Ha muerto!" Y eso era todo. El deseo popular estaba cumplido; el Nazareno había muerto, pero aún permanecieron allí un buen rato mirándose unos a otros con terror. Su sangre caería sobre ellos, como lo habían querido. Y, mientras permanecían mirándose, la tierra empezó a temblar como rugiendo, y un aullido de espanto se escapó de todos los pechos. En un instante las tinieblas se disiparon y volvió a brillar el sol, viéndose las cruces inclinadas por la violencia del terremoto. La de enmedio parecía elevarse, gigantesca, sobre las otras, cual si estuviese enclavada en el cielo. Y todos cuantos habían golpeado, escarnecido, insultado al Nazareno, todos los que le habían condenado a muerte, los que habían contribuído a ella o la habían deseado, se sintieron señalados por la ira divina y amenazados por la mano del Señor. Echaron a correr; corrían con todas sus fuerzas, a la desbandada, a pie y a caballo, en camellos y en carruajes, aterrorizados, y la oleada del terremoto resquebrajaba el suelo bajo sus pies. ¡Su sangre caía sobre sus cabezas! El ciudadano y forastero, el sacerdote y el laico, el príncipe y el esclavo, los saduceos y los fariseos, se atropellaban en desordenada y desesperada fuga. Si invocaban el nombre de Dios, la tierra parecía responderles con nuevos sacudimientos terribles. El sumo sacerdote fué derribado al suelo, y sus vestiduras de oro pisoteadas, y su boca cubierta de polvo. Él y su pueblo se habían igualado: la sangre del Nazareno caía sobre las cabezas de todos.

Cuando la luz del sol volvió a brillar iluminando el Calvario, la Madre del Redentor, el discípulo amado, las mujeres de Galilea, el centurión con sus soldados y Ben-Hur con sus amigos, eran los únicos que habían quedado en la colina. Demasiado absortos en los propios pensamientos, no se dieron cuenta de la fuga general.

—Siéntate aquí—dijo Ben-Hur a Ester, obligándola a sentarse a los pies de su padre—. Tápate los ojos y no mires. Pon toda tu confianza en Dios y en el alma del Hombre tan injustamente asesinado.

—No—dijo Simónides reverentemente—. Desde ahora llamémosle el Cristo.

—Sea así—repuso el joven.

Entonces principió el terremoto. Los gritos de los ladrones en las tambaleantes cruces hendían el aire, desgarradores. Aunque aturdido por el movimiento del suelo, el joven buscó a Baltasar y lo vió tendido en tierra, boca abajo. Lo llamó, se inclinó sobre él y vió que estaba muerto. Entonces recordó haber oído un grito de agonía en contestación a las últimas palabras de Jesús. No había vuelto la cabeza para ver de dónde procedía; pero hasta el último instante de su vida conservó el convencimiento de que el espíritu del egipcio había acompañado al del Maestro hasta el umbral del Paraíso. No le sugirió la idea el grito oído. Si la fe había obtenido merecida recompensa en la persona de Gaspar y el amor en la de Melchor, galardón mayor merecía quien en vida había tenido las tres virtudes· fe, amor, y buenas obras.

Los siervos de Baltasar habían desertado, y al regreso a la ciudad los dos galileos llevaron el cadáver de Baltasar, a quien su litera sirvió de ataúd.

¡Triste cortejo el que entró por las puertas de la casa de los Hur al ponerse el sol de aquel día!

Próximamente a la misma hora el cuerpo de Cristo era bajado de su Cruz.

El cadáver de Baltasar fué colocado en la habitación de los huéspedes. Todos los esclavos le rodearon para llorarlo, porque le amaban; pero, al ver la expresión de felicidad que animaba su semblante, se dijeron.

—Consolémonos. Más feliz es esta noche que lo era al salir esta mañana.

Ben-Hur no quiso confiar a nadie la misión de dar la triste nueva a Iras. Fué a su cuarto, levantó la cortina y llamó; como no le contestaron en un buen rato, entró en la estancia y no la encontró. Pensaba que era aquella hora propicia de perdonar, y su corazón se inclinaba a la piedad y a la ternura. Subió rápidamente a los terrados y a la azotea. Iras no estaba tampoco.

Por fin los siervos le enteraron de que no la habían visto en todo el día. Después de una requisa por toda la casa, Ben-Hur volvió a la estancia de los huéspedes y ocupó el puesto de la hija junto al cadáver de Baltasar.

De todo corazón agradecía a Cristo que, en los umbrales del Paraíso, hubiera llamado a Sí al anciano y fiel servidor.

Mitigada su tristeza por la muerte de Baltasar, y al noveno día de su curación, según prescribía la Ley, Ben-Hur condujo a su casa a su madre y a Tirza, y desde aquel día los más sagrados nombres que se podían pronunciar en aquella casa siempre reverentemente asociados, son los dos más dulces para los hombres:

Dios Padre y Cristo Hijo.

.....

Cinco años próximamente después de la muerte del Redentor, Ester, esposa de Ben-Hur, hallábase sentada en una estancia de la hermosa quinta de Miseno. Era un mediodía caluroso del verano, y el sol de Italia calentaba las rosas y las parras del jardín. Todo se conservaba como en vida de Arrio; todo era romano, excepción hecho del traje de Ester, a la usanza hebrea. Tirza y dos niños que jugaban sobre una piel de león extendida en el suelo, le hacían compañía, y no había más que fijarse en el cuidado vigilante con que observaba a los pequeñuelos para comprender que eran hijos suyos.

El tiempo había premiado su virtud. Era hermosa, y al convertirse en dueña de aquella quinta había realizado uno de sus más caros sueños.

En medio de la sencilla escena doméstica apareció un siervo a la puerta, diciéndola:

—Una mujer en el atrio quiere hablar contigo.

—Que venga; la recibiré aquí.

Tras breves instantes la extranjera entró. A su vista, Ester levantóse, fué a su encuentro, e iba a hablar, cuando vaciló, cambió de color y retrocedió diciendo:

—Te he conocido, buena mujer. Eres...

—Iras, hija de Baltasar.

Ester disimuló su sorpresa, ordenando al siervo que acercase una silla.

—No—dijo la egipcia.

Las dos mujeres quedaron contemplándose un instante. Sabemos que Ester era una mujer hermosa, una esposa feliz, una madre satisfecha; mas, evidentemente, la fortuna no había tratado con igual benevolencia a su ex rival. La figura alta y flexible de Iras conservaba algo de su gracia, pero tenía impresas en todo su ser las huellas de la mala vida. Su semblante se había hecho vulgar; sus grandes ojos habíanse enrojecido; sus párpados se habían hinchado; tenía las mejillas pálidas y demacradas, y su desaliño le daba aspecto de envejecida. Su vestido estaba sucio del barro. Iras rompió el silencio preguntando:

—¿Son tus hijos?

Ester los miró y sonrió.

—Sí; ¿quieres hablarles?

—Les asustaría—replicó la egipcia. Acercóse a Ester, y viéndola retroceder instintivamente, añadió: —No tengas miedo. Traigo un mensaje para tu marido. Dile que su enemigo ha muerto, y que lo he matado yo por la miseria que me trajo.

—¿Su enemigo?

—Messala. Dile además que por el mal que le deseé he sido tan atrozmente castigada, que hasta él me compadecería.

Las lágrimas asomaron a los jos de Ester, que hizo ademán de hablar.

—¡Quita! No necesito compasión de llanto. Dile, finalmente, que me he convencido de que ser romano es lo mismo que ser bruto. Salud.

Iba a marcharse, pero Ester la detuvo.

—¡Quédate, y hablarás con mi marido! No siente por ti rencor. Ben-Hur será tu amigo. Somos cristianos.

La egipcia se paró.

—No, no; soy lo que he querido ser. Dentro de poco, todo habrá terminado.

—Pero—insistió Ester, vacilando—¿nada deseas? ¿Nada que... para...?

La egipcia conmovióse. Algo como una sonrisa plegó sus labios, y miró a los niños que jugaban en el suelo. Ester siguió su mirada, y con rápida percepción repuso:

—Hazlo.

Iras se acercó, y arrodillándose en la piel del león besó a las dos criaturas. Levantóse luego lentamente sin apartar de ellos la vista, se dirigió a la puerta y marchóse silenciosa y rápida, no dando tiempo a Ester para seguirla.

Cuando supo la visita, Ben-Hur adquirió el convencimiento de que el día de la crucifixión, como lo había sospechado, la egipcia abandonó a su padre para irse con Messala. No obstante, recorrió con sus siervos los alrededores, buscándola en vano. La bahía azul, risueña cuando el sol la besa, tiene por la noche negros secretos. Si tuviera lengua podría contarnos el fin de la egipcia.

.....

Simónides alcanzó edad muy avanzada. El año décimo del reinado de Nerón abandonó sus grandes negocios y su casa de Antioquía. Hasta el último momento conservó su clara inteligencia y su buen corazón, sonriéndole la buena suerte.

Un anochecer de aquel año estaba sentado en su sillón de brazos en el terrado de su casa-almacén, teniendo a su lado a Ben-Hur, a Ester y a sus tres nietecillos. El último de sus barcos estaba anclado en el río. Los demás habían sido vendidos. Su única pena desde el día de la crucifixión hasta

aquella tarde había sido ocasionada por la muerte de la madre de Ben-Hur, aminorada un tanto por la resignación que le infundía su fe cristiana.

El barco había llegado el día anterior de Roma trayéndoles noticias de la persecución de que eran víctimas los cristianos por Nerón, y comentaban los tres estos sucesos, cuando entró Malluch, todavía a su servicio, entregando un paquete a Ben-Hur.

—¿Quién lo ha traído?—dijo Ben-Hur después de leer.

—Un árabe.

—¿Dónde está?

—Partió inmediatatamente.

—Escucha—dijo Ben-Hur dirigiéndose a Simónides.

Y leyó la siguiente carta:

"Yo, Ilderim, hijo de Ilderim el Generoso, y jeque de la tribu de Ilderim, a Judá, hijo de Hur:

"Si quieres saber cuánto te amaba mi padre, lee el pliego adjunto. Su voluntad es mi voluntad; por consiguiente, lo que él te dió, tuyo es.

"Todo cuanto los partos le arrebataron en la gran batalla en que sucumbió, lo he rescatado: el papiro que te envío, entre otras cosas, y aquella yegua *Mira*, que fué madre de tantas estrellas.

"Paz a ti y a los tuyos.

"Esta voz que te llega del desierto es la expresión de los deseos de

*"Ilderim, jeque."*

Desenrolló Ben-Hur el papiro adjunto y leyó:

"Ilderim, llamado el Generoso, jeque de la tribu de Ilderim, a su hijo y sucesor:

"Todo cuanto tengo, hijo mío, será tuyo el día en que me muera; todo, excepto esa propiedad próxima a Antioquía, que es conocida por el nombre de *Huerto de las Palmas*, la cual será del hijo de Hur, que tanta gloria nos proporcionó en el circo. De él y de sus sucesores.

"No deshonres a tu padre.

*"Ilderim el Generoso, jeque."*

—¿Qué te parece?—preguntó el mercader.

Ester tomó los papiros, complacida, y los leyó para sí. Simónides permaneció silencioso. Su mirada estaba fija en la galera. Al fin habló.

—Hijo de Hur: el Señor ha sido muy bondadoso para ti en estos últimos años. Tienes mucho que agradecerle. ¿No es tiempo ya de decidir el empleo de esa gran fortuna, cada día mayor, que te ha concedido?

—Lo decidí hace tiempo. La fortuna se empleará en servicio del Señor. No una parte, Simónides, sino toda entera. Ahora bien; aconséjame, te lo ruego, sobre el modo de emplearla más provechosa y eficazmente en tan santa causa.

Simónides exclamó:

—Soy testigo de que has entregado grandes sumas a la iglesia de Antioquía. Ahora, casi al mismo tiempo que el espléndido don del generoso jeque, nos llega la noticia de las persecuciones de Nerón a los cristianos de Roma. Un nuevo horizonte se abre ante ti. Nuestros hermanos son perseguidos. La luz no debe extinguirse en Roma.

—Dime cómo puedo conservarla.

—Te lo diré. Los romanos, aun Nerón, tienen dos cosas sagradas, las más sagradas para ellos que yo sepa. Las cenizas de los muertos y los sepulcros. Si no puedes construir templos para el culto del Señor, sobre la tierra, construyelos bajo el suelo, y, para preservarlos de toda profanación, haz que se entierren en ellos los cuerpos de los que mueran en la fe.

Ben-Hur se levantó conmovido.

—Es una gran idea—dijo—. No aguardaré mucho para ponerla en práctica. El tiempo no nos permite dilaciones. La galera que trajo las nuevas de los padecimientos de nuestros hermanos me llevará a Roma. Quiero partir mañana.

Volvióse a Malluch y ordenóle:

—Cuídate de que todo esté pronto, y estálo tú para partir conmigo.

—Está bien; haces muy bien—dijo Simónides.

—Y tú, Ester, ¿qué dices?—preguntóle amoroso Ben-Hur.

La esposa se le acercó y le dijo dulcemente, mirándole con amor:

—Que esa es la mejor manera de servir a Cristo. ¡Oh, esposo mío! No te estorbaré; permíteme que te ayude.

.....

Si alguno de mis lectores, al pasar por Roma, quiere hacer una visita a las catacumbas de San Calixto, que son más antiguas que las de San Sebastián, comprenderá en qué se emplearon los *talentos* de Ben-Hur, y le dará las gracias. De aquel recinto funerario salió el Cristianismo para alzarse sobre los Césares.

FIN DE LA OBRA

# INDICE


Páginas.

## LIBRO PRIMERO

Capítulo I.—En el desierto ..... 7
— II.—Reunión de los Magos ..... 11
— III.—La fe de Gaspar ..... 15
— IV.—El amor de Melchor ..... 18
— V.—Las buenas obras de Baltasar ..... 22
— VI.—En el Portal de Belén ..... 30
— VII.—Tipos característicos del Portal de Belén ..... 32
— VIII.—José y María caminando a Belén ..... 36
— IX.—La gruta de Belén ..... 41
— X.—Luz en el cielo ..... 49
— XI.—¡Cristo ha nacido! ..... 50
— XII.—Los Magos en Jerusalén ..... 57
— XIII.—El sanedrín ..... 59
— XIV.—Los Magos encuentran al Niño ..... 68

## LIBRO SEGUNDO

I.—Jerusalén bajo los romanos ..... 71
— II.—Ben-Hur y Messala ..... 74
— III.—Un hogar hebreo ..... 82
— IV.—Las cosas extrañas que Ben-Hur quería saber ..... 86
— V.—Roma e Israel. Paralelo ..... 93
— VI.—El atentado a Grato ..... 99
— VII.—A galeras ..... 110

## LIBRO TERCERO

Capítulo I.—Embarque de Quinto Arrio ..... 115
— II.—Al remo ..... 121
— III.—Arrio y Ben-Hur sobre cubierta ..... 126
— IV.—El número sesenta ..... 132
— V.—El combate naval ..... 137
— VI.—Arrio adopta a Ben-Hur ..... 143

# INDICE

Páginas.

## LIBRO CUARTO


Capítulo I.—Vuelta de Ben-Hur a Oriente..... 149
— II.—En el Orontes..... 153
— III.—La visita a Simónides..... 155
— IV.—Simónides y Ester..... 163
— V.—El bosque de Dafne..... 169
— VI.—Las moreras de Dafne..... 174
— VII.—El "estadio" en el bosque..... 177
— VIII.—La fuente de Castalia..... 181
— IX.—Conversación sobre las carreras de carruajes..... 187
— X.—Ben-Hur oye hablar de Cristo..... 192
— XI.—El prudente siervo y su hija..... 197
— XII.—Una orgía romana..... 205
— XIII.—Un auriga para los caballos de Ilderim..... 213
— XIV.—El aduar en el huerto de las Palmas..... 219
— XV.—Baltasar emociona a Ben-Hur..... 222
— XVI.—Lo que creía Baltasar..... 226
— XVII.—El reino, ¿será espiritual o material?..... 232


## LIBRO QUINTO


Capítulo I.—Messala, alarmado..... 237
— II.—Los árabes de Ilderim..... 241
— III.—Las artes de Cleopatra..... 246
— IV.—Los espías de Messala..... 257
— V.—Ilderim y Ben-Hur..... 258
— VI.—Guiando la cuadriga..... 263
— VII.—Simónides rinde cuentas..... 266
— VIII.—La creencia de Simónides..... 272
— IX.—Ester y Ben-Hur..... 280
— X.—Los programas de las carreras..... 284
— XI.—Las apuestas..... 287
— XII.—En el circo..... 292
— XIII.—El arranque..... 296
— XIV.—La carrera..... 302
— XV.—La cita de Iras..... 310
— XVI.—En el palacio de Iderneo..... 312


## LIBRO SEXTO


Capítulo I.—La celda núm. 6 de la torre Antonia..... 321
— II.—Las leprosas..... 327
— III.—Vuelta a Jerusalén..... 334
— IV.—Ben-Hur a la puerta del palacio de su padre..... 338
— V.—La tumba del jardín del rey..... 343
— VI.—Una treta de Pilatos. El combate..... 348

PS 3134 B4S7

Wallace, Lewis
Ben-Hur

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

# *INDICE*

Páginas.

## LIBRO SÉPTIMO

Capítulo I.—Jerusalén acude a contemplar un profeta..... 357
— II.—Un oasis..... 359
— III.—La existencia de las almas..... 365
— IV.—Ben-Hur recela de Iras..... 370
— V.—Juan el Nazarita..... [illegible]

## LIBRO OCTAVO

Capítulo I.—Huéspedes en casa de Ben ..... 385
— II.—Ben-Hur habla del Naza[illegible]
— III.—Las leprosas abandonan [illegible]
— IV.—El milagro.....
— V.—La peregrinación a Jerusa[illegible]
— VI.—Una serpiente del Nilo.....
— VII.—Ben-Hur vuelve a Ester..... [illegible]0
— VIII.—Getsemaní. ¿A quién buscáis [illegible]
— IX.—El camino del Calvario..... [illegible]
— X.—La crucifixión..... ..... [illegible]

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 10 23 07 009 2